

COLECCION  
AELITA

## TRILOGIA DE LOS DIOSSES

ANGEL TORRES GUESADA



Publicaciones



Por fin el lector puede conocer el desenlace de la ya mítica serie Los dioses que Angel Torres Quesada escribiera originalmente para Nueva Dimensión. La lamentable desaparición de la revista y el extravío del original de la novela que cerraba la serie, hizo que ésta quedara inconclusa para los aficionados durante todos estos años.

PulpEdiciones ofrece en este volumen las dos primeras novelas, Dios de Dhrule y Dios de Kerthe, y lo completa en éste mismo tomo con el tan ansiado final de la serie, Dios de la Esfera.

Angel Torres Quesada ha rescatado a partir del original escrito a máquina por fin encontrado, la continuación de las aventuras de Darío Siles, su compañera Yaita y su prodigiosa nave. Ha reescrito las dos anteriores novelas, ofreciendo al lector la posibilidad de apreciar la obra como un conjunto y conocer el final de la intriga comenzada hace dos décadas.

El lector podrá averiguar ahora lo que el destino tenía reservado al hombre que un día descubrió que podía resucitar como los dioses, obligado a ser uno de los protagonistas de una trama en el tiempo y en el espacio diseñada por una raza desconocida.

La Trilogía de los Dioses es una intriga estelar que apasionará y agradará a todos los aficionados a la Ciencia Ficción y cuyo desenlace no decepcionará.

Alfonso J. Merelo

**PulpEdiciones**

**COLECCION  
AELITA**

ISBN 84-95741-15-6



9 788495 741158



## **Ángel Torres Quesada**

© Del autor

© De esta edición:

RÍO HENARES PRODUCCIONES GRÁFICAS, S.L.

Edita:

RÍO HENARES PRODUCCIONES GRÁFICAS, S.L.

Padre Mariana, 3 bajo A

28805 Alcalá de Henares (Madrid)

Tel.: 91 881 56 05 - Fax: 91 881 57 64

E-mail: [riohenares@retemail.es](mailto:riohenares@retemail.es)

I.S.B.N.: 84-95741-15-6 Dep.Leg.:M-22155-2002

Impreso en España

Queda hecha la reserva de derechos

# PRÓLOGO

## DHRULE, KERLHE Y ESFERA

En más de una ocasión, sentado ante mi vieja máquina de escribir Olympia, y sin una idea en la cabeza para comenzar una novela de a duro, practicaba el sano ejercicio de desarrollar la trama sobre la marcha. Aquella tarde en blanco escribí sobre un naufrago, único superviviente de una nave estelar a la deriva. A continuación imaginé una fila interminable de cuerpos. Con estos mimbres a mi disposición se me ocurrió que, puesto que tenía que salvar al naufrago ya que iba a ser el protagonista, de ello se ocupara la misteriosa entidad regidora de un ingenio prodigioso. El chico se salva, vuelve a la vida y la entidad le explica que... Bueno, mejor no seguir desgranando el argumento. El caso es que continué dándole a las teclas y me encontré con que había escrito unas cuarenta páginas y aún no había llegado al nudo argumental. Me di cuenta de que no iba a tener suficiente con los ochenta folios que la editorial me exigía para una novela de la colección La Conquista del Espacio. Pues seguiré, me dije, a ver hasta dónde llego. A los pocos días terminé la novela que titulé *Dios de Dhrule*, y la envié a Bruguera. Yo llevaba tiempo queriendo hacer algo... ¿Cómo lo diría? Una novela más extensa, algo más trabajado que una novelita de a duro. No es que quisiera salir del guetto, como han acabado llamando al círculo que formábamos los autores de novelas populares, sino que deseaba escribir algo con más ambición. Como esperaba, en la contestación que recibí de Bruguera se me explicaba que la novela estaba bien pero era demasiado larga. Dijeron más cosas, pero no viene a cuento detallarlas ahora. Ni caso me hicieron cuando les sugerí que se publicara en dos números. No era su política.

Para no alargar esta presentación, daré un salto pequeño en el tiempo y me remitiré a la propuesta que Domingo Santos me hizo un día: publicar *Dios de Dhrule* por entregas en Nueva Dimensión, algo muy frecuente en el mercado norteamericano, algo que él quería experimentar en España.

La primera entrega de *Dios de Dhrule* se publicó en el número 122 de Nueva Dimensión, abril de 1980. La segunda, al mes siguiente. La acogida que obtuvo fue favorable, al menos eso fue lo que manifestaron los que se molestaron en enviar una carta al director. Animado por ello, me lancé a escribir la segunda parte. *Dios de Kerlhe* fue publicada en los números 133 y 134, justo un año después. No tuvo la misma aceptación que la primera, según dijeron algunos lectores en la sección de cartas al director. Algunos incluso protestaron al ver que un autor acaparaba tantas páginas de la revista.

En honor a la verdad, Santos me hizo unas sugerencias respecto a *Dios de Kerlhe*. No hice caso a todas. Me equivoqué, lo reconozco. No por ello me desanimé, y escribí *Dios de la Esfera*, la tercera y última novela. No llegó a aparecer en ND. La revista dejó de publicarse, cuando su editor intentó revitalizarla a partir del número 148. El original quedó en manos de Santos, y durante años no supe dónde guardaba la copia. El año pasado la encontré, la leí y, después de haberme sonrojado un poco, la copié a mano en el ordenador, colgando las páginas en la columna, corrigiendo, borrando un poco y añadiendo bastante. Las anteriores novelas de la trilogía, después de escanearlas un amigo, las sometí a un proceso de depuración, sobre todo la segunda.

Veintidós años después que *Dios de Dhrule* apareciera en Nueva Dimensión, tienen en sus manos la aventura completa de Darío Siles, Yaita y Eva, la mente regidora de la Esfera, el Hogar, el Módulo, la Sala Azul que alberga a las Criptas. Y el Código, el adversario de Eva.

Espero que *Dios de la Esfera*, la novela inédita, la de mayor extensión de las tres, agrade a los que en su día leyeron *Dios de Dhrule* y *Dios de Kerlhe*, novelas que sin duda encontrarán bastante diferentes. Y confío que quienes tal vez oyeron hablar de este experimento en Nueva Dimensión, al

que por fin podrán conocerlo al completo, no queden decepcionados. Mi único propósito fue entonces, y lo sigue siendo, que se entretengan un rato con su lectura, nada más.

Por último, deseo dedicar esta obra, si se me permite llamarla así, a Domingo Santos, a Pedro Domingo Mutiñó, a quien tanto le debe la ciencia ficción española, sobre todo yo.

**DIOS DE DHRULE**

## CAPÍTULO I

Permanecía inmóvil en aquel lugar del espacio desde que surgió de la nada, sin girar alrededor de su eje, burlándose de todas las leyes del cosmos.

Había elegido una posición equidistante entre dos de los cinco planetas interiores.

Sólo sabía que tenía que esperar una señal.

El tiempo transcurría y permanecía indiferente a cuanto acontecía a su alrededor, sin que la luz de la estrella se reflejara en su estructura indefinida; al captar lo que consideró podía ser la señal que aguardaba, entró en actividad y se puso en marcha una secuencia que le permitió realizar un análisis, y cuando consideró que el resultado era correcto se preparó para llevar a cabo la misión para la que había sido creado.

El elemento que había irrumpido en su entorno se aproximó impulsado por la inercia, con su fuerza vital totalmente agotada. Era viejo, pero no tanto como la cosa que durante tanto tiempo había permanecido expectante. El estado del objeto aparecido era lamentable, había soportado mal el paso del tiempo y mostraba en su carcasa las huellas del accidente que había interrumpido su viaje por las estrellas: estaba herido, agujereado por miles de corpúsculos estelares; no estaba completo, sólo quedaba un sesenta por ciento de su composición original.

Había sido detectado antes de que se aproximara al paciente centinela, y su velocidad, densidad, tamaño y contenido fueron analizados en una fracción de segundo después de que su presencia activara al vigía.

Por un instante la cosa pareció dudar, pero su vacilación quedó interrumpida; no había sido creada para titubear, sino para actuar y tomar una rápida decisión. Dejó que el objeto se acercase lo suficiente para hacerse con su control. Cuando hubo anulado su inercia, se acercó a él sabiendo que la espera había terminado.

Después de tanto tiempo de inmovilidad, procedió según los esquemas a los que por fin tuvo acceso. Hizo una última observación para comprobar si valía la pena el trabajo que iba a emprender.

Con paciencia infinita escudriñó hasta el último rincón del intruso hasta que localizó la materia orgánica que le permitió poner en funcionamiento otros elementos, hasta entonces inactivos, diseñados para actuar en el momento preciso. Se introdujo en el recién llegado y se apoderó de lo que consideró que era lo más importante que transportaba, lo único que podía salvar.

Después de obtener del intruso los últimos datos que necesitaba, permitió que se alejase y continuara su vagar por el espacio. Calculó su trayectoria y estimó que la fuerza de una estrella lo atraería antes de que alcanzara la nebulosa más próxima y lo arrastraría a ella. Sería su fin.

Con el elemento del intruso alojado en sus entrañas, consideró que había llegado el momento de cumplir con la misión para la que había sido creada.

Sintió algo parecido a la euforia.

Se consideró útil.

Empezó a trabajar.

El elemento no tardó en responder al proceso.

Una vez le habían contado que a quien abre los ojos y trata de mirar a su alrededor, después de haber perdido el conocimiento, le invade una ausencia total de emociones.

Algo parecido sintió Darío Siles al tratar de mirar más allá de la niebla que giraba ante él y darse cuenta de que estaba tendido sobre una superficie dura y no podía moverse.

Parpadeó varias veces, consiguió alejar la niebla y vio que sobre él había un techo liso de monótono tono gris. Así permaneció largo rato.

No supo cuánto tiempo estuvo observando el gris resplandeciente que flotaba sobre él. Poco a poco fue recuperando la sensibilidad en su cuerpo. Finalmente su mente inició un proceso de reflexión. Comenzó a pensar.

Se dijo que estaba despertando. ¿Pero de qué? No había estado durmiendo, no recordaba

haber tenido pesadillas, de ello estaba seguro.

Muy despacio fue recuperando el control de su cuerpo, hasta sentir las puntas de los dedos de las manos y mover los pies; saboreó el aire al penetrar en sus pulmones, se deleitó al expulsarlo, aspirarlo, expulsarlo... El aire le pareció que contenía elementos extraños, pero poco a poco se hizo suave, percibió un olor a lavanda, su perfume favorito.

Pensó en flores y olió a flores.

Cansado de ver aquel techo gris, quiso girar la cabeza, y por primera vez tuvo miedo, temió fracasar al intentarlo y descubrir que estaba paralizado, haberse convertido en un vegetal.

Sin embargo, pudo mover la cabeza, primero a la derecha y luego a la izquierda. Quedó un poco desilusionado porque el mismo gris que flotaba encima de él también lo vio a los lados. Le molestó la dureza sobre la que descansaba su cuerpo, echó de menos la cama de su casa, la que le preparaba su madre por las noches. Recordó que el colchón era suave, acogedor. Le había gustado descansar siempre sobre algo suave. El viejo colchón de plumas se adaptaba tan bien a su anatomía...

Se sobresaltó al notar debajo de él el cálido contacto de algo tan suave que parecía acariciarle. Estaba desnudo.

Aquel descubrimiento le extrañó. Empezaba a recordar, y sabía que antes de quedarse dormido vestía el incómodo y pesado traje de presión... y estaba tendido pero no sobre aquel agradable lecho, sino sobre un colchón hidráulico, esperando...

¿Qué estaba esperando cuando perdió la conciencia? No esperaba nada agradable. Recordó que sintió pánico. La idea de morir le aterrorizó, y pensó en la muerte mientras escuchaba el ulular de las alarmas. El largo y escalofriante crujido del metal agrietándose le advirtió de la muerte.

Empezó a intranquilizarse. Decidió alzarse de aquel lecho, que por muy agradable que le pareciera, se le antojaba ahora que podía convertirse en el sudario que tarde o temprano acabaría envolviéndole.

Se sentía lleno de vitalidad. Movié una pierna, luego la otra. ¡Podía moverse! Muy despacio, como si temiese perder el control de su cuerpo, se fue incorporando. El lecho estaba a nivel del suelo y se sentó sobre él, apoyando los pies sobre una superficie cálida y suave, también de color gris. Estaba harto de ver aquel color. Sus colores favoritos habían sido el verde y el amarillo.

Estuvo a punto de soltar una exclamación ante el súbito cambio que se produjo en su entorno. El gris desapareció y se encontró envuelto en una extraña combinación de amarillo y verde.

Se puso de rodillas y tanteó con las manos el suelo. No se fiaba de su solidez. Un suelo que cambia de color súbitamente es para desconfiar. Sintió la firmeza del pavimento bajo sus pies descalzos y se incorporó despacio.

No estaba seguro, pero creía que el techo, antes gris y ahora verdoso, se había alejado al mismo tiempo que él se había levantado. Intentó tocarlo con la mano y lo vio alejarse.

Reparó que la luz no procedía de ninguna parte y, sin embargo, estaba en todas partes, en cada centímetro cuadrado de las paredes, del techo y del suelo, incluso parecía flotar en el aire y respirarla.

Temiendo perder el equilibrio, giró sobre sí mismo. Aunque creía que cada instante que pasaba era más fuerte, como lo había sido antes de perder el conocimiento, la sensación que experimentaba le hacía sentirse más desamparado.

Hizo un esfuerzo para poner en orden sus recuerdos, recuperar el pasado, comprender quién era y por qué estaba allí.

Se palpó el cuerpo, desde su rostro hasta los pies, para alejar el temor de sentirse incompleto. Era él, no cabía duda, y estaba entero: sólo le faltaba la memoria. Sabía su nombre y la edad que tenía, y recordaba el rostro de su madre, pero nada más. ¿Qué hacía allí?

Dio unos pasos; las piernas le respondían, pero se sentía inseguro, como si fuera a caer de bruces. Se detuvo, miró hacia la pared y se fijó como objetivo llegar hasta ella; lo haría aunque tuviera que arrastrarse. Midió la distancia con la mirada y calculó que sólo tenía que recorrer unos diez metros.

Caminó.



Fue contando los pasos que daba. Cuando sumó veinte, unos diez metros, se detuvo perplejo. La pared seguía estando a la misma distancia que cuando empezó a caminar.

Mareado, dio media vuelta y regresó al lecho. Se sentó con las piernas recogidas.

Miró con rabia la pared, que de nuevo estaba a una decena de metros. Echó la cabeza hacia atrás y contempló el techo. Quiero tocarlo, pensó. Alzó la mano derecha, convencido de que se alejaría de él, y lo tocó.

Era suave y cálido como el asiento hidráulico del que no pudo librarse cuando empezó a sonar la alarma. Las correas lo mantuvieron sujeto a la cripta... ¡Cripta! Empezó a recordar. Los tripulantes llamaban cripta a la cápsula en la que debían permanecer el tiempo que durase el viaje.

¿Qué había pasado con la nave?, se preguntó al tiempo que se ponía en pie de un brinco. Ahora recordaba lo suficiente para comprender que no debía estar en aquel lugar tan extraño, sino en la nave, dentro de su cripta, en la que se encerró seis semanas después de la partida. Recordó que el navegante de guardia había comentado algo acerca de los fallos detectados en el analizador de ruta, lo que podía significar que no disponían de todas las garantías para eludir las anomalías que encontrarán.

Dentro de su cripta, se dejó llevar al sueño profundo pensando que sería despertado para el quinto turno de guardia... dentro de cinco años.

Pero no fue un compañero quien le despertó, sino el retumbar de las sirenas. Luchaba en vano para salir de la cripta y librarse de los cinturones cuando el sistema automático de apertura produjo un chasquido y comprendió que estaba encerrado y nadie vendría a ayudarlo.

Ya no recordaba más.

Miró a su alrededor, consciente de que se enfrentaba a algo que no tenía explicación. No se encontraba donde debía estar, pero estaba vivo y para él debía ser lo único importante.

—Necesito averiguar qué es este lugar...

Calló. Su propia voz le sonó extraña.

Por primera vez se dio cuenta del silencio que le rodeaba. No escuchaba otro ruido excepto su propia respiración o el roce de sus pies en el suelo, que se movían sin parar.

—No estoy en la nave —se sentía más reconfortado después de haberse escuchado a sí mismo—. ¿Dónde están mis compañeros? Necesito averiguar dónde me encuentro, y sobre todo qué es esta extraña estancia... Dios, podría estar en peligro...

De repente sintió como si una brisa helada le azotara el rostro, y escuchó la voz:

—No debes tener miedo, estás totalmente a salvo.

Se quedó paralizado, pero reaccionó enseguida y le alegró haber oído algo aparte del latir de su corazón. Sin embargo, la dicha sólo duró el breve tiempo necesario para comprender que la voz no le había llegado de ninguna parte en especial, sino de todos los puntos de aquella estancia cambiante en colores y dimensiones.

—¿Quién eres? ¿Por qué no te veo?

—Yo soy yo. Nunca podrás verme. Sólo me oirás.

Siles frunció el ceño. La voz carecía de la más mínima entonación humana, pese a que su pronunciación era perfecta.

—Pero tú me ves a mí.

—Según tus conceptos, puedo verte; sin embargo lo correcto es decir que te palpo, noto, siento, huelo, escucho y, sobre todo puedo comprender tu consternación.

—Me das miedo

—Debes confiar en mí.

—¿Por qué debo hacerlo? No sé quién eres.

—No necesitas saber con quién hablas. Por el momento.

—Juegas con ventaja porque tú sí sabes quién soy yo.

—¿Ventaja? Es un concepto ambiguo, no adecuado para esta situación.

—¿Cómo considerarías esta situación si te encontraras en mi lugar? —preguntó Siles, notando que empezaba a perder la paciencia.

—No puedo identificarme con tus pensamientos, deseos, intenciones y ansias.

—Pareces una máquina.

—Lo soy.

Guardó silencio. Volvió a recorrer la estancia, viendo cómo las paredes se alejaban de él. Incluso el techo ascendía cuando levantaba un brazo, ya no se dejaba tocar. Regresó al lecho y se quedó de pie.

—¿Sigues ahí, máquina?

Inmediatamente, escuchó:

—¿Qué deseas?

—Saber dónde estoy y quién me ha traído aquí.

—Aún no puedo contestar a tu primera pregunta. En cuanto a la segunda pregunta, me he limitado a situarte en este lugar.

—¿Situarme? ¿Qué demonios has querido decir?

—Me he expresado de forma incorrecta. El proceso de adaptación por mi parte a tus esquemas será laborioso. Lo siento.

—Te exijo que tus respuestas sean concretas.

—Sólo te puedo complacer hasta donde alcanza el sentido de tus requerimientos.

—Está bien. ¿Cómo debo llamar a todo esto? —y abarcó la estancia con los brazos.

—Carece de nombre.

—¿Desde dónde me hablas?

—Desde tu contorno.

—Eres una máquina estúpida.

—Ese concepto es inadecuado para mí.

—Debo estar volviéndome loco.

—Estás cuerdo. Antes tenías ciertos desajustes emocionales, pero he intentado subsanarlos.

De todas formas continúas sufriendo desequilibrios. No puedo corregir todos tus defectos, lo siento.

—¿Qué significa eso? ¿Eres un maldito programa para ayudar a los locos? ¿Un Freud virtual?

—No es ése mi cometido principal.

—¿Cuál es entonces?

—No lo entenderías.

—Vale. Vayamos despacio. ¿Cuándo me tendiste en un sofá y analizaste mi cabeza?

—Antes de tu vuelta a la vida, mientras te reparaba.

Dar entornó los ojos. Si aquello era un juego al que estaba obligado a jugar, confiaba conocer pronto las reglas.

—Empecemos de nuevo —dijo—. Sólo puedo recordar que iba en una nave y ocurrió algo que nos detuvo a mitad del viaje. ¿Qué has querido decir con que me reparabas?

—Los vericuetos de tu idioma aún son complicados para mí, me pierdo en ellos; pero dentro de poco no cometeré errores.

—¿Mi idioma no es el tuyo?

—No.

—¿Cuál es?

—No lo sé.

Dar estuvo a punto de protestar. Empezaba a cansarle aquella conversación y pensó que debía abandonarla, hasta que se presentase alguien, pero dijo:

—¿Por qué hablas mi lengua con tanta corrección?

—La aprendí de ti.

—¿De veras? No recuerdo habértela enseñado.

—Lo has hecho. Pasivamente, pero lo has hecho.

—Mientras dormía, claro.

—Sí.

—Tengo la sensación de haber dormido una eternidad.

—Te convenía un largo sueño.

—Que me han obligado a tener, es evidente.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

No le sorprendió demasiado el silencio que siguió a su pregunta. Sonrió. Parecía haber puesto en un brete a la máquina. Volvió a escrutar su alrededor, preguntándose cuándo aparecería el responsable de aquel lugar.

—Eh, ¿te has quedado muda o has agotado la batería?

—Lo siento. He necesitado los datos para confeccionar una escala de tu medida temporal. La respuesta es: has dormido tres meses, dos días, cuarenta minutos y ocho segundos.

Dar lanzó un suspiro. Podía haber sido peor, pensó. Volvió a palpase el cuerpo. ¿Cómo lo habían mantenido dormido tanto tiempo? No encontraba huellas en su cuerpo de sondas, y en los brazos no había señales de haber sido agujereado para suministrarle suero y potingues.

—Creo que acabaremos entendiéndonos. Me gustaría que me contases todo lo que me ha pasado y para quién trabajas —guardó silencio un instante—. Empiezo a sospechar que me dirás que es imposible para ti, que no te lo permiten o algo parecido. Sigamos. Yo estaba en una nave que había partido de la Tierra. Mis compañeros eran veinte hombres y mujeres de distintas nacionalidades, todos voluntarios. En realidad debíamos de estar chiflados para haber aceptado una misión tan fantástica. Quizá lo sepas, pero te recordaré que por primera vez en la historia la humanidad iba a conquistar las estrellas. Aún tengo lagunas en la memoria, pero creo que fui sometido a un proceso de hibernación mientras acelerábamos sin cesar con el fin de alcanzar la velocidad de la luz. Todos haríamos el viaje dormidos, excepto el que se encargaría de vigilar que la nave funcionara correctamente. Yo era el número cinco que debía ser despertado para tomar el mando, vigilar los controles y asegurarme que los impulsos vitales de los demás eran correctos.

Debía haber despertado en la nave, con mi compañero al lado para darme el informe y traspasarme los poderes. Yo debía ayudarle a meterse en su cripta y vigilarle hasta que se durmiera. Pero he despertado aquí, en un lugar insólito, desconocido, escuchando una voz extraña, la tuya, que mantiene una conversación de locura conmigo. ¿No crees que cuanto me está ocurriendo es suficiente para que el más sereno de los mortales pierda los estribos y se ponga a gritar pidiendo que aparezca el encargado de esta casa de locos?

—Tienes razón, y porque conocía el riesgo que ibas a correr, condicioné tu mente para que no quedase dañada cuando conocieras la realidad.

Dar se dijo que la condenada voz tenía razón. Era muy extraño que estuviera tan sereno, que lo aceptara todo con tanta tranquilidad. Pero ¿con qué derecho había manipulado dentro de su cabeza? No se sentía como si le hubieran atiborrado de tranquilizantes.

—Haces bien en mantenerte escondido —masculló—. Si pudiera echarte mano te... —se mordió la lengua. ¿Qué podía hacerle a la máquina si ni siquiera era capaz de salir de entre aquellas paredes que parecían tener vida propia y se alejaban cuando intentaba llegar hasta ellas?— Por favor, dime dónde estás. Aunque tu voz parece salir de todas partes, me sentiría mejor, me sentiría más cómodo dirigiéndome a un punto determinado al hablarte.

—Puedo intentar que me escuches al frente. ¿Algo más?

—Quiero salir de aquí.

—Aún es pronto. Deberías descansar, dormir un poco más.

—¡No quiero dormir! Temo volver a despertarme y oírte decir que he dormido otros tres meses.

—Vamos, Darío Siles, Dar para los amigos, olvida tus temores. Te prometo que cuando despiertes sólo habrán pasado unas horas, te sentirás mejor y seguiremos charlando.

—Eh, un momento. ¿Cómo sabes mi nombre? No te lo he dicho...

—Lo has pensado.

—¿Acaso lees mi mente?

—Sólo lo que tú me permites que lea. Pensabas constantemente en tu nombre, como si quisieras que yo lo supiera.

Dar se frotó los ojos. Todo aquello le parecía una pesadilla. Pensó que estaba en un sueño provocado por la animación suspendida, y cuando fuera despertado se reiría de lo que había soñado.

Pero no estaba soñando, seguía en el mismo y extraño lugar en el que había despertado.

—Maldita seas, voz del infierno. Conseguirás volverme loco —empezó a sentir cansancio, un irresistible deseo de echarse en la cama y dormir se iba apoderando de él—. Me hablas con un sentido paternalista que me obliga a sentir odio hacia ti, pero lo peor es que tengo la sensación de que te debo algo.

—No te he pedido y nunca te pediré nada, pero si el hecho de sentirte deudor conmigo te tranquiliza, podríamos aceptar mutuamente que estás en deuda conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—Me debes la vida.

—¿A ti, a una máquina?

—Estabas clínicamente muerto cuando te rescaté de las ruinas de la nave en que viajabas.

—¿Has dicho que yo estaba muerto?

—Rectifico. Todavía te hallabas en condiciones de ser recuperado. Ahora duerme, Darío Siles.

## CAPÍTULO II

Dar despertó con mucho apetito y bastante sed. Cuando vio la mesa con las viandas cerca de él no se sorprendió. Se incorporó y fue hasta ella. Estudió el menú. Lo aprobó con un gesto de cabeza. Probó la cerveza. Estaba fresca y tenía el grado alcohólico que le gustaba. La carne asada humeaba y estaba cortada en delgadas lonchas.

Hasta que terminó de comer no quiso acordarse de la voz. Apartó los restos de la comida a un lado y se sentó en la mesa, saboreando la copa de coñac de la marca que siempre había sido su preferida.

—¿Tengo que darte las gracias? —preguntó.

Cuanto le rodeaba era igual a lo que había visto antes de que el sueño le venciera, salvo la mesa. Las paredes y el techo seguían teniendo el mismo color. Había hecho la pregunta convencido de que el dueño de la voz, máquina o persona, le había escuchado.

—No es necesario que me las des, pero te lo agradezco.

Había esperado con temor que la voz no le respondiese. Tras oírla se sintió más tranquilo. Después de haber comido y bebido, creía que no le dejaría morir de inanición. Pero necesitaba otras cosas, por ejemplo un baño y un inodoro. Se preguntó qué haría cuando sintiera necesidad de recurrir a él.

Lo más extraño era que ya no le preocupaba la situación en que se encontraba. El misterio al que se enfrentaba ya no le producía angustia, sino alborozo, como si fuera un reto para su inteligencia.

El tono de la voz le había parecido más humano y decidió que había llegado el momento de hacer preguntas.

—La comida era excelente, así como el vino, la cerveza y el coñac, todo en su justa medida, en calidad y en cantidad. Ya ves que he dejado los platos vacíos. ¿Cómo has adivinado mis preferencias? Oh, había olvidado que puedes leer mi mente.

—Te repito que sólo capto tus pensamientos cuando realmente deseas que lleguen a mí.

—Para mí será muy difícil pensar en cosas que yo no desee que conozcas. ¿Cómo te ocultaré mis pensamientos más íntimos, lo que no me interese que sepas?

—Lo estás haciendo. Ahora no sé qué piensas. No tienes que esforzarte para conseguirlo.

—¿Tengo que lavar los platos? —preguntó, sonriendo por primera vez desde que había despertado en aquella estancia.

—Ese es mi trabajo. Pareces incómodo ahí sentado.

Dar descubrió a su lado un sillón. Lo tanteó con precaución antes de sentarse. Parecía alguna especie de cuero, muy mullido. Cruzó las piernas y suspiró. Cuando dejó en la mesa la copa vacía, al mirarla por segunda vez no la vio. La mesa había desaparecido.

Apretó los labios para no mostrar a la voz su sorpresa. Si quien le hablaba quería divertirse a su costa, no le daría ninguna satisfacción.

—Hablemos de ti y de mí, y sobre todo de este lugar.

—De acuerdo —dijo la voz, y Dar creyó percibir en ella una atisbo de alborozo—. Te prometí que después de un corto descanso te sentirías más relajado para mantener una conversación conmigo.

—Tienes razón. Me siento estupendamente. Pero deberías decirme tu nombre.

—¿Mi nombre? ¿Es necesario?

—Tengo que llamarte de alguna manera, ¿no? Incluso las cosas tienen nombres.

—Lo siento, pero no tengo nombre.

—Entonces tengo que ponerte uno. Si no te importa, claro.

—Me gustaría tener un nombre, Dar.

—Si el sexo te es indiferente, me gustaría llamarte Eva.

—¿Eva? ¿Lo has elegido por alguna razón especial?

Dar entornó los ojos. La voz desconocía el significado del nombre de Eva. Pensó en el Paraíso y en la supuesta primera mujer de la especie humana, la madre de todos los seres humanos. Sonrió. La voz permaneció en silencio mientras él pensaba. No le podía leer la mente cuando él no se lo permitía.

—Así se llamaba la primera mujer. Claro que si no te gusta...

—Está bien. No me importa que me llames Eva. Suena bonito.

—Tu voz suena dulce ahora, parece la de una mujer. Cuando desperté carecía de tono.

—Me dejaste leer que te gustaba más escucharme con personalidad de mujer. Pronto lo haré mejor.

—Aprendes muy deprisa —rió Dar—. Pero volvamos a lo importante. Antes de dormirme dijiste que yo había muerto y me recuperaste. ¿Qué significa eso?

—La nave en la que viajabas en compañía de un montón de cadáveres irrecuperables, había chocado hacía mucho tiempo con una roca, que aunque pequeña fue suficiente para matar al que montaba la guardia y averiar los alimentadores que mantenían a los durmientes en animación suspendida. Fuiste afortunado, y tu cilindro, al que llamabas cripta, continuó funcionando gracias a que unas unidades energéticas de reserva no fueron afectadas por la colisión.

—¿Cómo supiste que aún era recuperable?

—Al descubrir la nave y acercarme a ella, analicé su interior y percibí en ti una pequeña señal de vida. Te traje a bordo y empecé a rehacerte. Tardé mucho tiempo porque tuve que regenerar parte de tu cerebro para poder estudiarlo y obtener los datos de tu cuerpo antes del accidente.

—¿Quieres decir que yo estaba destrozado?

Eva no respondió.

—Estoy esperando tu respuesta —le apremió Dar.

—Hay cosas que no deberías saber tan pronto. Ya he hablado bastante por hoy del pasado.

—Te exijo que me respondas.

—Estabas destrozado, pero una porción de tu cerebro aún vivía. Cuando te encontré no te quedaba mucho de vida, pues las máquinas que mantenían la cripta en funcionamiento estaban a punto de pararse.

Dar se estremeció. Volvió a mirarse el cuerpo y se tocó la cara. Para él todo seguía igual que antes del accidente, incluso conservaba la señal de cuando le operaron de apendicitis. Su dentadura también era la misma. Las tres muelas de acero inoxidable estaban en el lugar de siempre. Se tranquilizó. Eva exageraba o no sabía explicar correctamente lo sucedido. Quizá su educación no había sido completada.

—De acuerdo, te creo. Ahora hablemos de ti.

—Yo no soy nada interesante.

—Vamos, no seas modesta. Estás desarrollando un extraño sentido del humor, algo que en lugar de enfurecerme, me complace. Eres una máquina, y nunca me ha gustado hablarle a una máquina. Prefiero imaginar que eres un ser vivo. Una mujer.

—Procuraré no defraudarte, Dar.

—No sé cuál es tu misión y para qué fuiste creada, pero eres algo fuera de lo corriente. La mesa con la comida no me sorprendió, pues pudiste ponerla mientras yo dormía, pero hacerla desaparecer fue algo extraordinario. Por favor, respóndeme. ¿De dónde vienes y por qué estabas en el espacio?

—No puedo responderte a eso, Dar.

—¿Qué te lo impide? ¿Te ha sido prohibido revelarme quién te ha creado?

—No tengo datos de ninguna prohibición. Sencillamente no puedo decírtelo porque lo ignoro.

Dar arrugó el ceño.

—Voy a enfadarme contigo. No puedo creer que ignores de dónde vienes y cuál es tu misión.

¿Acaso fuiste fabricada para salvar naufragos?

—No exactamente.

—Me has salvado a mí.

—Al descubrir vida a bordo de la nave supe que tenía que intentar recuperarla.

—¿Dentro de tu cerebro de metal saltó un relé que te impuso ese trabajo?

—Algo parecido, sí. Pero es cierto que no sé de dónde procedo, Dar, créeme. Desperté cuando tu nave apareció. Antes de que esto ocurriese todo está en blanco en mis registros.

Dar se agitó en el sillón. Aunque le desagradaba tener que reconocerlo, creía que Eva no podía engañarle.

—¿Tampoco sabes cuál es tu misión? Estoy seguro de que existes para algún fin determinado.

—Sé que tengo un trabajo que hacer, pero todavía desconozco su naturaleza.

—Dios mío, esto es increíble. No me puede estar pasando a mí.

—Entré en actividad cuando detecté tu vieja nave destrozada. Por eso desperté.

—¿Tienes un almacén de datos propio?

—Podría llamarse así. Sí, lo tengo. Pero sólo tengo acceso a información complementaria cuando la situación lo exige. Por ejemplo, aprendí en segundos el medio para sacarte de la cripta sin causarte más daños e introducirte aquí. En ese momento aún no sabía cómo reconstruirte partiendo de lo poco que quedaba de ti, pero apenas comencé a repararte acudieron a mí todos los conocimientos necesarios. Fue muy sencillo. Mientras dormías, supe que tenía que alimentarte y dispuse de los medios precisos para suministrar la comida y bebida de tu predilección.

—¿De la misma manera apareció la cama, que al principio noté muy dura, y luego el sillón donde estoy sentado?

—Empiezas a comprender.

—No soy tan estúpido como hayas podido pensar. Lo que quiero saber, y espero que esto sí me lo puedas aclarar, es dónde estoy y si algún día podré regresar con los míos.

—Supongo que podría trasladarte a tu planeta de origen cuando sepa dónde está y averigüe el camino para dirigirme a él. Sin embargo, dudo que sea posible devolverte al lado de los tuyos.

—¿He entendido bien? ¿Has dicho que puedes llevarme a la Tierra pero no con los míos?

—La gente que conociste está muerta. Lo he deducido tras verificar el tiempo que has permanecido vagando por el espacio y el promedio de vida de tu especie.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Dar, sintiendo un nudo en la garganta.

—Resulta difícil de precisar. El navío se alejó antes de que considerase importante trazar una línea temporal. Un cálculo aleatorio estimaría entre cien y quinientos años los transcurridos desde que partiste de tu mundo natal.

Dar se sentía aturdido, incapaz de coordinar las ideas. Siempre había sido un gran fumador, pero no se llevaba un cigarrillo a los labios desde que partió a las estrellas.

No se sobresaltó al ver un cenicero de pie a su lado, y a un lado del disco de cobre un largo y humeante cigarro. Lo cogió y saboreó el humo. No le importó que Eva hubiera leído su mente.

Se preguntó hasta dónde podía alcanzar la capacidad de Eva para suministrarle cuanto quisiera. Le reconfortó que aquella lámpara de Aladino estuviera dispuesta a satisfacer todos sus deseos.

Pensó en ropas de vestir e inmediatamente aparecieron pantalones, camisas y chaquetas sobre unas perchas de metal que, curiosamente, se parecían a unas que había tenido en su apartamento de la base. También había zapatos, botas y zapatillas, y varios pares de calcetines.

Eva explicó podía cambiar la decoración de la estancia. Si al principio todo era gris fue porque aún no disponía de datos suficientes para complacerle. El gris cambió a verde y amarillo cuando él pensó que eran sus colores preferidos. Eva carecía aún de estética decorativa, y la mezcla de los colores no fue satisfactoria.

Tras un largo cambio de impresiones con Eva, Dar consiguió una sala lujosamente decorada según los gustos de mediados del siglo veinte. Nada de extraños muebles estilizados, sino de bella estética, y sólida y noble madera. O al menos parecía madera. Solo tuvo que fijar su mente en lo que había visto una vez en un museo de arte antiguo para disponer de una sala amplia y acogedora. Las paredes estaban pintadas de ocre y adornadas con alegres cuadros. Al fondo se abría una puerta que comunicaba con un dormitorio, y otra tras la que estaba el cuarto de baño. El agua que salía de los grifos era fría o caliente según su voluntad, limpia y cristalina.

Dar lo aceptaba todo sin pararse a pensar si estaba soñando. Incluso llegó a temer que estuviera bajo la influencia de alguna droga alucinógena. Se pellizcó para convencerse de la autenticidad de todo cuanto le rodeaba. No se cansaba de tocar las cosas, temiendo que se desvanecieran.

Fumaba sin parar, y el humo que pasaba por sus pulmones era suave y aromático. No tosía.

Satisfecho con cuanto le rodeaba, comió el menú que había encargado a Eva, y bebió los vinos que recordaba haber degustado. Después del segundo coñac, sintió ganas de dormir y dio las buenas noches a Eva.

Al entrar en el dormitorio se quedó mirando la cama y se dijo que era triste verla vacía. Necesitaba compañía, femenina por supuesto. Sacudió la cabeza para alejar, mejor hacer desaparecer, la imagen hermosa y seductora de la última chica con la que había estado durante la fiesta de despedida, una semana antes de partir. Miró por encima del hombro. Eva le proporcionaba todo lo que necesitaba. Le dio miedo haber pensado en una mujer. Aún era pronto como para pedir algo tan complicado o tan sencillo como un sucedáneo. No le gustó la palabra y pensó en un sustituto. Se apresuró a rectificar y cambió el término por el de sustituta.

Cuando descubrió un nuevo cuadro en el comedor adivinó que Eva le había leído el pensamiento. Después de comprobar que no había nada nuevo, pensó que también conocía su deseo de no ver realizado por el momento el tener compañía.

Eva le había manifestado en más de una ocasión que podía satisfacerle en todo. El desnudo femenino del cuadro, una magnífica reproducción de una pintura de un famoso artista español — Dar no quería pensar que fuera auténtico—, lucía en la pared donde poco antes había estado una bucólica escena campestre. Recordó que cuando visitó el museo donde estaba expuesto el auténtico cuadro, permaneció un rato contemplándolo. Aquel día no le pasó por la cabeza que lo tendría para él solo. ¿O era una reproducción?

Mientras desayunaba café, tostadas y mantequilla, decidió que no dejaría pasar más tiempo sin plantearle seriamente a Eva la cuestión que consideraba más importante.

—Te pedí ayer que averiguaras cómo devolverme a la Tierra —usaba los términos ayer, hoy y mañana desde que llevaba un reloj de oro en la muñeca. También había empezado a tratar con cariño a Eva. Era lo menos que podía hacer para corresponder a sus atenciones.

—Eso no depende de mí.

—Explícate.

—No sé dónde está la Tierra. Tendrías que indicarme el camino.

Dar dejó de beber café. Se quedó pensativo.

—Para ello necesito saber dónde estamos, disponer de mapas estelares, computadoras, etc.

—Explícame cómo son esos mapas, computadoras, etc., y te lo proporcionaré. Luego me indicas cuál es tu planeta y te llevo a él.

Dar gimió. Podía pensar en una computadora, pero no explicarle a Eva cómo estaba hecha por dentro.

—Un momento. No necesitas mi ayuda para construir una computadora. Me has rodeado de tantas comodidades que me parece absurdo que seas incapaz de proporcionarme una simple máquina.

—Todo lo que te he dado estaba muy claro en tu subconsciente; los datos que me faltaban los he suplido analizando tus necesidades. Por ejemplo, la composición del agua que requiere tu organismo es una conclusión lógica, obtenida después de analizarte. Y los alimentos...

Dar alzó una mano para que Eva no continuase. Había comprendido. Reflexionó. Había visto los mapas estelares, pero sólo cuando necesitaba estudiarlos en el ordenador. No podía recordar los detalles. En su mente sólo podía encontrar atisbos confusos. Tuvo una idea y dijo:

—Eva, si te esfuerzas podrías ayudarme. Tú misma eres un computador, creo que el más genial del universo. ¿Por qué no puedes construir para mí un aparato que me ayude a encontrar el camino de vuelta a casa? Tu lógica aplastante puede conseguirlo porque sabes que es algo para obtener respuestas a preguntas.

—Tal vez tengas razón. Pero necesitarás mapas tridimensionales, datos astronómicos, un



procesador de altas matemáticas y coordenadas comprobadas, y sobre todo un punto de partida sobre el que trabajar. Puedo estudiar nuestro entorno y planificar a escala reducida un detallado mapa virtual. Pero no me atrevería a dar nombres a las estrellas que nos rodean.

Dar soltó la copa de mala gana. Empezó a temer que jamás saldría de aquella jaula dorada.

### CAPÍTULO III

Hizo girar el sillón y dio la espalda a la mesa de trabajo. Aplastó en el cenicero el resto del cigarrillo. Sonrió al verlo tan atestado. Nunca en su vida había fumado tanto. Pero no le importaba. Eva le había asegurado que el tabaco que le proporcionaba era totalmente inofensivo. Había estudiado sus pulmones y analizado el producto que siempre había fumado en la Tierra, llegando a la conclusión de que lo había estado matando lentamente. Le fabricó un sucedáneo de tabaco con idéntico sabor, aroma y combustión, que no afectaba al organismo. Incluso los cigarrillos que ahora fumaba le limpiaban los pulmones.

Dar miró las estrellas mientras jugaba con la regla de cálculo. Toda una pared de su estudio —había pedido a Eva un estudio donde trabajar, y enseguida obtuvo una habitación desde la que podía observar el espacio que le rodeaba— era totalmente transparente. Al principio se asustó porque no parecía existir nada que le defendiese del vacío, pero Eva le tranquilizó diciéndole que no tenía nada que temer. No la creyó hasta que tocó el cristal.

Eva le había proporcionado todo cuanto precisaba para realizar sus estudios astronómicos. Dar sabía que había hecho todo lo que pudo, pero resultó insuficiente y acabó rindiéndose a la evidencia de que nunca lograría encontrar el camino de vuelta a la Tierra.

Después de varios días creía conocer bastante a Eva como para saber que tenía limitaciones. También había aprendido a conversar de manera que conseguía respuestas más concretas, al menos hasta el límite de los conocimientos de Eva, de los que parecía disponer hasta límites que él no se atrevía a sospechar. Pero había algo que le estaba vedado a ella, como si una barrera le impidiera acceder a los bancos de datos libremente.

De lo que no tenía la menor duda era de que Eva no le había mentado al decirle que desconocía la naturaleza de su misión y quiénes la habían construido.

El lugar donde vivía ahora permanecía inmóvil en el sistema solar donde fue rescatado de las ruinas de la orgullosa nave que un lejano día partió de la Tierra para conquistar las estrellas. Dar creía que se hallaba en algún punto situado en las proximidades de la M-567, aunque posteriores cálculos le hicieron dudar. Cansado, después de comprender que su trabajo era inútil, abandonó el empeño. Necesitaba más datos para continuar. No quería perder la esperanza de que más adelante Eva se los proporcionase, cuando encontrara la manera de acceder a los conocimientos que todavía le estaban vedados por una razón que a Dar se le escapaba.

Eva estaba allí para algo; llevaba esperando una señal desde hacía un período de tiempo que ni ella misma sabía. Y esto le aterrizzaba porque él no disponía de toda una eternidad para salir del atolladero en el que se había metido.

—¿Quieres una taza de café, Dar? —preguntó solícita la voz de Eva.

Últimamente no esperaba a que él iniciara la conversación. Cuando Dar permanecía demasiado tiempo en silencio, era ella quien lo rompía, algo que no hacía al principio. Eva estaba cambiando mucho. Y deprisa.

—No, gracias —respondió Dar. Se levantó y regresó a la sala. Se sirvió un whisky con hielo.

—Pareces hoy muy preocupado —comentó Eva—. Y estás bebiendo mucho.

Dar se encogió de hombros.

—Con este brebaje moriré ahogado antes que borracho. Dios, cuánto daría por coger una buena curda.

—Según tú, sabe igual que el mejor whisky que has bebido en tu vida.

—¿Crees que sólo se bebe por placer? Algunas veces se bebe para olvidar —masculló Dar, dejándose caer en una de aquellas sillas tan cómodas que lo acogían como si estuvieran vivas.

—¿Qué necesitas olvidar?

—Para empezar, un millón de cosas.

—No eres feliz —la voz de Eva sonó triste.

—¿Acaso tú lo eres?

—Sí.

—No me hagas reír. No puedes tener sentimientos.

—¿Por qué no? Me siento feliz porque haces que me sienta útil. Al servirte me doy cuenta de que soy eficiente.

—Mientes. Siempre has dicho que desconoces el verdadero fin para el que fuiste creada. No creo que te hayan colocado en este punto del espacio sólo para que rescataras un cuerpo podrido como el mío y lo restaurases.

—Sabes que no puedo mentir. No sé lo que es la mentira. Insisto: al devolverte a la vida y cuidar de tu salud estoy cumpliendo con mi deber. Tal vez tenga otras obligaciones, pero por ahora las ignoro. ¿Has olvidado que cuando la situación lo exige tengo libre acceso a los conocimientos que necesito?

—No lo he olvidado —Dar había estado sufriendo conatos de enfado con mayor frecuencia. Sorbió un poco de whisky y se relajó—. Cada día que pasa soporto peor la idea de morirme de viejo en este lugar, que por cierto aún no sé lo que es.

—Debes tener paciencia. Algún día encontraremos la solución. Por cierto, debería enfadarme contigo al referirte a este lugar con desdén. ¿No quedamos de acuerdo en que le llamarías tu Hogar, el que siempre quisiste tener?

—Lo dije en un momento de euforia. Faltan muchas cosas para que sea un verdadero hogar.

—Entiendo. Hemos hablado de ello en otras ocasiones. Necesitas una mujer. ¿Por qué no me permites que te proporcione una?

—Olvidalo. Todavía puedo pasar sin una muñeca de goma.

—Sería casi perfecta, Dar. De ti he obtenido todos los datos para hacerla a tu completa satisfacción.

—Tú misma lo has dicho. Ese «casi» sería el obstáculo que mi propia estima no podría admitir. Dejémoslo por ahora. Si algún día tú pudieras traerme una chica guapa de algún planeta, te lo agradecería.

—Eso está fuera de mis posibilidades.

—Algunas veces me pareces tan poderosa como un dios, pero hay momentos en que te comportas como una máquina estúpida.

—¿Necesitas un estimulante para dormir esta noche, Dar? Perdona. He debido decir un sedante.

—No, gracias —Dar probó una sola vez lo que Eva llamaba estimulante y se juró que no volvería a repetir la experiencia. Aunque le garantizó que era inocuo, el brebaje le dejó atontado durante todo un día.

—¿No vas a trabajar más por hoy en las cartas estelares? Las últimas estaban muy completas.

—Gracias por alentarme; pero no valían nada. Eva, ¿por qué no me dices lo grande que puede llegar a ser el Hogar? La primera vez que desperté sólo vi una habitación cuyas paredes se alejaban cuando me acercaba a ellas. Ahora tengo un gran apartamento; cuando necesité un estudio, creí que ibas a dividir la sala para construírmelo. Sin embargo, añadiste una habitación con un extraordinario ventanal. ¿Sabías que desde entonces he tenido miedo de pedirte más habitaciones? A veces me das miedo. Siempre he tenido la sensación de que esto es una nave espacial, una extraordinaria nave espacial, por supuesto; pero todas las naves tienen sus límites. ¿Cuáles son los límites del Hogar?

—No lo sé. Tú necesitas más espacio y yo te lo proporciono. No me paro a pensar si lo voy a obtener o no. ¿Quieres que pruebe a construir un valle, un campo de fútbol o la avenida principal de tu ciudad natal?

Dar se mordió los labios. Por un instante estuvo tentado de responder que sí, pero temió que Eva forzase el núcleo o lo que fuese que proporcionaba la gran cantidad de energía que necesitaba el Hogar, y provocase un cortocircuito o una explosión. Con una vez que había estado muerto ya era suficiente.

—No hagas nada —dijo—. ¿Jugamos al ajedrez?

—Encantada —Eva hizo aparecer una mesita con un tablero y las figuras preparadas para

comenzar la partida.

Eva había aprendido a jugar al ajedrez, y pronto se convirtió en una consumada jugadora. Empezó a ganarle a Dar y éste empezó a dejar de sentir interés en el juego. Entonces Eva rectificó y algunas veces perdía una partida. Dar sospechaba que se dejaba ganar, pero le agradaba y sorprendía al mismo tiempo la forma de jugar de Eva. Cuando ella quería mover una figura la hacía desaparecer y la hacía surgir en la casilla elegida, escamoteando la pieza eliminada. En las primeras partidas Eva se limitaba a cantar la jugada y Dar realizaba los movimientos, pero una vez hizo trampa, y ella ideó aquella forma de jugar.

—Dar...

—¿Qué? —preguntó él, distraído, pensando en la mejor salida, por ejemplo peón rey.

—He estado considerando la posibilidad de traer una mujer al Hogar.

—¿Quieres decir una mujer de verdad, nada de una androide o muñeca de plástico?

—Por supuesto.

—¿Y cómo lo harías? —inquirió con burla.

—Desde un planeta habitado por humanos.

Dar contuvo la respiración. Tocó el peón rey. No lo movió. A veces había tenido la sospecha de que Eva le mentía, aunque afirmara que no podía hacerlo. Tal vez su intención era tenderle una trampa y reírse a su costa, y podía ser aquella ocasión.

—¿Qué has sacado en claro? —preguntó, sin mostrar demasiado interés.

—Puedo estudiar el asunto. Creo que podría encontrar la manera de hacerlo, pero necesito demostrar al Código que es preciso para ti que tengas la compañía de una mujer.

Pensó que Eva bromeaba y decidió seguirle la corriente.

—Está bien. Tómate el tiempo que quieras; me encantaría que pudieras hacerlo. No dejes de avisarme cuando vayas a hacerlo. No quiero sorpresas —sonrió e hizo una salida estúpida con su peón rey.

Dar había aprendido a bloquear su mente de forma que Eva no tuviese acceso a ella, y no supiera lo que pensaba. Desde la última partida de ajedrez se aislaba a menudo y procuraba hablar con ella de cosas triviales. Para pasar el tiempo se ocupó sin mucho entusiasmo de las cartas estelares. Había clasificado todas las estrellas visibles y calculado con poco margen de error que la más próxima estaba a unos doscientos millones de kilómetros del Hogar, una copia casi exacta del Sol. Lamentó no disponer de un buen telescopio para examinar los dos planetas interiores, ambos del tamaño de la Tierra, a ciento sesenta y ciento treinta millones de kilómetros de la estrella; los otros planetas menores no podían estar habitados, demasiado calor para tener atmósfera. Los mundos gigantes, tanto o más grandes que Júpiter, todos con brillantes anillos, sólo eran hermosos elementos decorativos de aquel sistema planetario.

Durante varios días se estuvo preguntando cómo podía ayudar a Eva para que le suministrara elementos de observación.

Tomó la determinación de que dentro de unos días solicitaría a Eva que le llevase a las cercanías de los dos mundos que tantas probabilidades tenían de poseer agua.

Con un poco de suerte podía tomar como referencia aquel sol para trazar una ruta que le devolviera a la Tierra.

Siempre que había preguntado a Eva si podría llevarle a su mundo, la respuesta había sido afirmativa.

Cuando quiso saber si el Hogar era una nave y qué sistema de impulsión lo movería, la respuesta de Eva fue sorprendente.

—No sé a que te refieres. Pero si estás pensando en una especie de impulso, me ocuparé de ello cuando llegue el momento. Puedo anticiparte que no te defraudaré. ¿Puedo hacerte una pregunta, Dar?

Enarcó una ceja, sorprendido. Eva nunca le había hecho una pregunta. Aquello era nuevo. Lo que Eva fuera, algo que aún no había podido averiguar pese al tiempo que había transcurrido, escapaba a su imaginación; si como creía la voz que escuchaba nacía de un complejo ordenador, su tecnología tenía que ser muy superior a la que había conocido. Un puñado de chips no hacía

desaparecer las cosas ni podía ofrecer a un humano comida, agua y alojamiento, y mucho menos construir habitaciones con muros de energía transparente.

Inspiró profundamente y asintió con la cabeza.

—¿Por qué quieres volver a tu mundo? Ya hemos hablado del tiempo que ha transcurrido desde tu partida. Si regresas no encontrarás viva a ninguna persona que hayas conocido, ni a tus parientes y amigos. ¿Estuviste casado? En el mejor de los casos, si tenías mujer será muy anciana o estará muerta. Por último, la sociedad habrá cambiado mucho, hasta el punto de que te podría resultar muy difícil adaptarte.

— Crees que no he pensado en todo eso, Eva? ¿Estás intentando convencerme para que no vuelva? ¿Es lo que quieres? Sí. Estuve casado una vez, pero antes de un año nos divorciamos. No tuvimos hijos, y después de lo que me ha pasado me alegro. Si los hubiera tenido de aquel matrimonio los habría dejado con pocos años cuando me ofrecí voluntario. Es cierto que no me habría gustado volver a la Tierra y encontrarlos convertidos en unos viejos, o muertos o enfrentarme con sus descendientes, que no habrían admitido a un abuelo más joven que ellos. No tengo ninguna familia a la que llorar, y mi ex mujer se casó antes de que yo embarcara.

Si han pasado treinta o cuarenta años, según tus últimos cálculos y no varios siglos desde mi partida, a los que habría que añadir el tiempo que haría falta para el viaje de vuelta, me preocupan los cambios que pudiera encontrar porque temo que no sean para mejor, ya que cuando abandoné la Tierra la situación política y la crisis económica habían empeorado. ¿Te dije que ya había colonias en la Luna y en Marte? Sí, claro que te hablé de aquellos fracasos. Nuestra expedición era el primer y último intento de alcanzar las estrellas, un proyecto en el que colaboraron varias naciones, demasiado costoso para ser financiado por un solo país. Ya ves en qué ha quedado: la nave destruida por un meteorito o lo que fuera, cuando yo dormía, como casi todos mis compañeros. ¿Qué ocurrió? Nunca lo sabré. Lo peor es que al no tener noticias de nosotros se hayan cancelado los siguientes intentos para alcanzar las estrellas. Quizá la Tierra ya no exista, una guerra la haya destruido y apenas queden supervivientes en Marte. ¿Quién sabe? Pero quiero volver a la Tierra, y también lo temo.

—No me interpretes mal. Solo quería advertirte. Lo siento.

—No te preocupes. Te lo agradezco. Y no olvides que de ninguna manera pienso pasarme toda la vida encerrado entre estas paredes que se dilatan, en habitaciones que aumentan de número según las voy necesitando. No quiero ofenderte, Eva, pero a pesar de las comodidades que me proporcionas, no me seduce la idea de vivir aquí hasta mi muerte, anclado en este punto desconocido del espacio.

—No siempre estaremos aquí. Tiene que suceder algo que me impulse a ir hacia alguna parte. He llegado a la conclusión de que durante mucho tiempo estuve inactiva, esperando la señal que me pusiera en acción. La presencia de tu nave errante me despertó. Desde que tuve la oportunidad de salvarte he comenzado a vivir. Puedo decir que ambos nacimos por segunda vez el mismo día. Tú estabas casi muerto cuando te devolví a la vida. Me diste la oportunidad de vivir... o de funcionar, como prefieras definirlo. No sé si es exactamente agradecimiento, pero estoy contenta de que gracias a ti pueda pensar y esperar el momento en que cumpliré la misión para la que fui creada.

Dar había escuchado en silencio. Pocas veces Eva había hablado tanto. Sus frases siempre habían sido cortas, pero últimamente las alargaba.

—Me cuesta creer que ignores cuál es tu misión.

—Es la verdad. Sólo sé que existe, pero algún día ocurrirá algo y mi Código me permitirá tener acceso a las instrucciones. Mientras tanto solo tengo que preocuparme de ti, y haciéndolo cumplo con mi deber. Considero que debo advertirte acerca de los peligros que te pueden acechar al regresar a la Tierra.

—Vuelvo a darte mis más sinceras gracias, gentil Eva; pero sigo decidido a volver a la Tierra tan pronto como puedas hacerlo. ¿Seguirás ayudándome?

—Desde luego, Dar. Pero espero que cuando llegue el momento lo vuelvas a considerar.

—¿Por qué?

—La situación podría haber cambiado. No puedo decirte más; me temo que no lo entenderías.

Dar se quedó con la boca abierta. Era la primera vez que Eva dudaba de su capacidad de comprensión. ¿No se estaba dando cuenta de que minaba su moral, y lo sumía en la más desesperante duda? Eva, según le había dado a entender siempre, quería hacerle feliz. Se sintió confundido. Tal vez no tenía otra respuesta.

Decidió no seguir hablando de su regreso a la Tierra. Tendría paciencia.

—Basta por hoy —dijo.

—Como quieras, Dar.

Salió del cuarto frunciendo el ceño, extrañado porque Eva no insistiera en que él siguiera hablando. Se detuvo en la sala para encender un cigarrillo, y echó una mirada distraída al interior del dormitorio.

Abrió la boca y el cigarrillo se le escapó de entre los dedos. Entró en el dormitorio, sin apartar la mirada de la cama en la que yacía una muchacha desnuda, su larga cabellera negra desparramada sobre la almohada; dormía profundamente, con un rictus complaciente dibujado en sus labios.

Furioso, Dar gritó:

—¡Eva!

## CAPÍTULO IV

La miró para asegurarse de que respiraba. El movimiento de su pecho así lo indicaba. La muchacha estaba viva, y era de carne y hueso. La vio volverse, adoptar una postura más cómoda y lanzar un leve suspiro. Se alegró de que su grito llamando a Eva no la hubiera despertado.

Había llamado a Eva a gritos, olvidando que no necesitaba gritar porque ella estaba siempre presta a oírle, pero en aquella ocasión parecía haberse vuelto sorda y ciega y aún no había escuchado su respuesta.

La tardanza de Eva en responderle le permitió tomarse un tiempo y calmarse.

Adelantó la mano derecha tocó suavemente el hombro de la muchacha. No podía apartar la vista de su rostro; era increíblemente hermosa. Contuvo la respiración cuando sus dedos bajaron y se detuvieron en los pechos. Los apartó al escuchar que ella murmuraba algo en una lengua desconocida.

—Eva —dijo sin alzar la voz.

—Te escucho, Dar —las palabras le sonaron con un timbre nuevo, como temerosas.

—¿Por qué lo has hecho? Es la primera vez que me desobedeces.

—No exactamente, Dar. No lo manifestabas en voz alta, pero lo deseabas.

—Sí, pero te advertí que quería ser avisado. ¿Qué es? ¿Un robot, un androide?

—¿No la has mirado bien? Incluso la has tocado. Para ti no hace mucho tiempo que viste una mujer por última vez.

—¿Me tomas por tonto? Claro que recuerdo muy bien cómo es una mujer. Me da miedo tu poder. Quiero que me digas quién es.

—Lo calificaría como un magnífico ejemplar femenino de tu raza —contestó Eva—. ¿No es de tu satisfacción?

Parecía disgustada por el poco entusiasmo demostrado por Dar.

—Prefiero no responderte —dijo. Cogió una sábana y cubrió a la muchacha. Su desnudez empezaba a aturdirle.

—¿Deseas que la despierte?

—No —se apresuró a responder—. Todavía no.

Salió del dormitorio y regresó a la sala. Llenó hasta el borde la copa y bebió todo el coñac de dos tragos, lamentando que no se le subiera a la cabeza. Para afrontar la situación creía que tenía que estar completamente borracho o sereno.

Se revolvió, y señalando el rincón del que suponía que surgiría la voz de Eva, le increpó:

—Esta vez no quiero evasivas. ¿Qué diablos has hecho?

El silencio le sorprendió. Tuvo que repetir la pregunta, y añadir:

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué no respondes?

—Creí que te alegraría. Nunca te he visto tan furioso. No sabes lo que me ha costado traerla. ¿Crees que me ha hecho feliz? La idea de tenerla aquí no me complace.

Dar abrió la boca y miró el rincón de donde provenía la voz.

—¿Se te han fundido los plomos? ¿Has puesto una chica en mi cama y te atreves a decir que no te ha complacido?

—Es culpa tuya. Quisiste que pensara y me comportase como una mujer, desde el primer momento. ¿Por qué te sorprende que reaccione como mujer? He trabajado mucho estos días para satisfacerte, he tenido que luchar contra mis deseos de no hacerlo, porque la presencia de una mujer a bordo me haría sombra y no querrías hablar conmigo ni jugar al ajedrez.

Dar tragó saliva, no supo qué responder. Había creído que Eva poco podría sorprenderle, pero lo estaba consiguiendo. Estuvo a punto de echarse a reír. No era para menos. Eva estaba celosa.

—Ahora me doy cuenta de que últimamente te comportabas de una forma bastante extraña, como si no estuvieras pendiente de mí a todas horas. Ausente, diría.

—Tenía que ocuparme de ti al mismo tiempo que trataba de buscar una mujer que te complaciera. ¿Es ésta la palabra? Bueno, he querido decir que te hiciera feliz. No ha sido fácil.

—Espera, déjame que piense. ¿Estás segura de que es totalmente humana y puedes despertarla cuando quieras?

—La despertaré cuando... —titubeó—. Cuando considere que está recuperada.

—¿De qué?

—Del viaje.

—¿Cómo has conseguido traerla desde la Tierra?

—No es de la Tierra. No sé dónde está tu mundo, recuérdalo.

—¿De dónde la has sacado? ¿Del infierno haciendo un pacto con el diablo? No creo que Lucifer haya aceptado tu alma de metal como pago.

—No sólo en la Tierra hay seres humanos. Tampoco procede de un planeta del sistema solar al que pertenece tu mundo.

—¿Quieres hacerme creer que es una alienígena? Vamos, eso no me lo cuentes a mí.

—Tranquilo, he comprobado que la chica es totalmente humana. Pertenece a tu especie —dijo Eva lentamente, pronunciando despacio cada palabra—. Me he asegurado que puede cumplir perfectamente todas las funciones que esperas de ella.

—Escúchame, aprendiz de celestina. Si no es de la Tierra, ¿de dónde la has conseguido? Y no eludas la respuesta.

—Me diste la pista cuando intentabas explicarme cómo debían ser los aparatos que te facilitarían el estudio de dos de los planetas interiores. Como no atinabas a darme la información adecuada, investigué por mi cuenta y descubrí que en dos mundos viven seres humanos.

Dar bebió otro sorbo de coñac.

—Si pudiera te retorcería el cuello, víbora.

—Me alegro de que el coñac no te pueda emborrachar. Así no tienes disculpa por la grosería que me has dirigido, Darío Siles —le reprendió Eva.

—Pero, ¿es que no lo entiendes, máquina obtusa? Si has conseguido traer esa chica, ¿por qué no me has enviado a mí a su planeta? ¿Eres la máquina más retrasada mentalmente de todas las que salieron de la cadena de montaje que te parió?

—No entiendo muy bien lo que dices, pero me suena estúpido e incoherente. ¿De qué te quejas? Sólo me has pedido que te devuelva a la Tierra, no que te lleve a otro mundo.

—Eres retorcida. Claro que quería regresar a la Tierra, pero otro mundo parecido me habría valido. ¿Es que no has visto cómo me he devanado los sesos intentando salir de este lugar, que no sé todavía lo que es?

—No te has molestado en explicarme ese pequeño detalle; creí que eras un hombre de ideas fijas. Lo siento.

—Tu conciencia de hojalata y tu absurda lógica son dignas de encomio, maldita seas. Siempre procuras enredarme para salirte con la tuya. ¡Me río de tu Código!

—Tal vez tengas razón. No tengo la culpa de que el Código no me conceda siempre el libre albedrío. Pero no te libras de culpa, pues convivir contigo no es fácil. Si no soy perfecta para ti, lo siento.

La chica se está volviendo respondona, pensó Siles. Sintió ganas de soltar una carcajada.

—Estábamos hablando de la chica que hay en tu dormitorio —replicó con sequedad Eva.

—De acuerdo, pero antes cuéntame todo lo que sepas acerca de ese planeta.

—Accedí a un banco de datos con el consentimiento del Código. Necesitaba explorar esos planetas. Lo hice durante varios días. Los humanos que viven en ellos son como tú. Después de una larga búsqueda, comprendí que tenía que esperar para traer al Hogar a una chica que te agradara.

—Debo admitir que esa muchacha es muy bonita. ¿Cómo sabías que es mi tipo? No recuerdo haberte hablado de mis preferencias...

—Digamos que reuní los datos después de psicoanalizarte, pero también aporté mi grano de intuición femenina.

—¿Qué? Nunca me has psicoanalizado, al menos que lo recuerde.



—No era necesario que te tendieras en un diván y contestaras preguntas estúpidas. Hemos tenido muchas conversaciones, ¿no? Aunque te moleste saberlo, dispongo de un amplio dossier tuyo, tanto clínico como mental.

—Debería enfadarme contigo, pero no lo haré porque estoy seguro que lo has hecho con la mejor intención. Estoy dispuesto a creer que no sabías que podías trasladar a un ser humano a través de millones de kilómetros hasta que te lo planteaste. Empiezo a comprender cómo actúa el maldito Código, es decir que no merece la pena que intente adivinar sus decisiones porque están fuera de mi alcance. Sin embargo, debes admitir que debiste decirme que podías enviarme al mundo de la chica antes que traerla a ella al Hogar.

—Consideré que no debías arriesgarte a ir a un planeta del que nada conoces.

—Para mí es suficiente que vivan humanos en ellos. ¿Tienen naves estelares?

—Ese dato no me interesaba y no lo investigué. Tampoco podría establecer el nivel de civilización de esa gente, si es eso lo que quieres saber.

—La chica tiene aspecto de ser civilizada —sonrió Dar—. No tiene el aspecto de una salvaje. ¿Puedo saber cómo la elegiste?

—Primero seleccioné unas diez mil, luego reduje el número a cien, y por último a doce. A partir de entonces sólo tenía que esperar el momento adecuado para actuar. Hemos tenido suerte, pues la espera ha sido breve.

—¿Qué tenías que esperar?

—Que la chica muriese.

—¿Bromeas?

—No, Dar. Hablo muy en serio. No la podía traer viva al Hogar.

Dar buscó un sillón. Después de recuperar el resuello, temiendo oír lo peor, preguntó:

—Cómo murió?

La contempló un rato. Era más bonita de lo que le había parecido un momento antes. Dominó su deseo de levantar la sábana y contemplar el resto de aquel cuerpo que el embozo le permitía ver hasta el comienzo de sus senos.

—¿Sufrió mucho? —preguntó. Eva acababa de decirle que la muchacha había muerto violentamente.

—No puedo medir el sufrimiento de un ser humano, pero su cuerpo quedó bastante malparado. Yo lo reparé.

—¿Era necesario que muriese para poder traerla?

—En realidad aún le quedaba un aliento de vida. La medicina que tú conociste no hubiera podido hacer nada por ella.

—¿Por qué debía de estar a punto de morir clínicamente para poder apoderarte de su cuerpo y su mente?

—En estado de agonía no podía ofrecer resistencia. Una vez que la recuperé y restauré, durante su sueño condicionado le enseñé a hablar tu idioma. Lo consideré necesario para que al despertar sus traumas fueran los mínimos y fuese más sencillo para ella de lo que fue para ti cuando recobraste el conocimiento. Tú en cambio tuviste que enfrentarte a una voz, algo difícil de asimilar para una mente recién devuelta a la vida; pero ella te verá y podrá hablarte. Si eres amable en el comienzo de vuestra relación, en los primeros momentos, y tienes un poco de paciencia, no intervendré hasta que esté familiarizada con el Hogar. Ella tendrá la ventaja de que se encontrará en una vivienda bastante aceptable para sus gustos, no despertará en el feo salón gris que descubriste al abrir los ojos. ¿Deseas que la despierte?

Dar volvió la espalda a la chica y dijo:

—Quiero que la devuelvas a su planeta.

—¿Qué? ¿No la deseas? Si temes que te rechace, estás equivocado. Estoy segura de que le gustarás. Y si así no fuera yo influiría en su mente para que le parecieras el más atractivo de los hombres...

—Aunque consintiera que viviera conmigo, no aceptaría que gracias a ti se volviera loca por mis huesos... Espera. Se me acaba de ocurrir una idea.

—¿Qué se te habrá ocurrido? Tus destellos de genialidad hace tiempo que me asustan.

—Transpórtame a ese planeta, y también a ella.

Le pareció escuchar algo que no entendió, pero que interpretó como una imprecación. Se quedó sorprendido al descubrir que Eva había aprendido a maldecir.

—Debes pensarlo bien; podría cometer un error.

—Estoy decidido. ¿No lo comprendes, Eva? Nunca encontraré el camino de vuelta a la Tierra, estoy varado en este punto del espacio; pero a poca distancia hay un planeta en el que viven seres iguales que yo. Es posible que su ciencia esté tan desarrollada que les permita navegar por el hiperespacio o a través de los agujeros de gusano y en unos días me devuelvan a la Tierra. ¿Qué puedo perder? ¿Es que no puedes moverte y dejarme en la superficie?

—No es ese el problema, aunque transportarte a ese planeta no sería como imaginas, sino que ambos correríamos el riesgo de que nunca más volviéramos a encontrarnos.

Dar entornó los ojos. ¿Eva le había cobrado tanto afecto que temía perderle o había entrado en funcionamiento un relé que la había vuelto egoísta y no quería perderle porque se había convertido en su distracción favorita?

—Quiero ir a ese planeta, Eva.

Eva tardó unos segundos en responder:

—De acuerdo. Os trasladaré a los dos allí.

Cuando Eva le pidió que cogiese a la chica y siguiera su voz, Dar temió que le hubiese preparado una trampa para retenerle en el Hogar.

Salió del dormitorio con ella en sus brazos, envuelta en la sábana; pero sus manos tocaban aquella carne cálida, la piel suave, y empezó a arrepentirse de la decisión que había tomado. La voz de Eva le dijo que se detuviera delante de su cuadro favorito.

Esperó tenso, mirando intranquilo la pintura que otras veces había serenado su espíritu, preguntándose qué estaba haciendo allí.

De repente el cuadro y una sección de la pared desaparecieron. Al otro lado había una habitación.

—Entra —le pidió Eva.

—¿Qué es esto? —preguntó, retrocediendo un paso.

—No tengas miedo.

Dar avanzó y se encontró en medio de una habitación de cinco metros por cinco, de paredes azules y brillantes. En el centro había dos lechos estrechos y metálicos. Sobre ellos flotaban campanas de un material transparente.

—Debo reconocer que eres endiabladamente rápida construyendo nuevas dependencias para el Hogar —comentó asombrado.

—Esta habitación ha existido siempre, Dar.

—¿Por qué la has mantenido oculta?

—No la necesitabas. En este lugar te reconstruí. Luego te llevé a otra estancia que creé para ti.

Dar miró con aprensión las camillas.

—¿Te importa decirme cómo nos enviarás a ese mundo? Se me está ocurriendo algo difícil de creer, demasiado fantástico para que pueda ser verdad.

—¿Qué estás pensando?

—Te permito que leas mi mente.

Un segundo después, Eva dijo:

—Algo parecido, Dar. Y, sin embargo, más complicado para ti. Pero no temas, el medio es seguro.

—Explicame los detalles.

—No lo entenderías. Si quieres, lo dejamos...

—¡No! —exclamó. Aquella podía ser la estrategia de Eva: infundirle miedo—. Confío en ti. ¿Nos enviarás al planeta desde aquí?

—Así es. Por favor, deposita a la muchacha en una de esas literas. Luego te tiendes en la otra. Sólo tienes que relajarte.

Colocó a la muchacha con cuidado sobre la estrecha litera. Eva la seguía manteniendo en un sueño profundo, tan placentero que se reflejaba en su rostro. Sin dejar de mirarla, se tumbó en la segunda litera.

—¿Me dormirás a mí también? —preguntó.

—Te quedarás dormido apenas descienda sobre ti la cubierta transparente. Despertaréis en el mismo lugar donde encontré a la chica. Ella estará a tu lado. Te será de gran ayuda al poder hablar tu idioma. Si estás de acuerdo, aprovecharé que tu mente esté totalmente en blanco para que también sepas hablar la lengua de los humanos que viven en ese planeta. El traslado será instantáneo. El tiempo objetivo desde que la chica vino aquí será de seis horas. Por lo tanto, ella habrá regresado a su mundo seis horas después de haber muerto. No puedo decirte lo que encontrarás a tu alrededor. Me habría gustado que hubieras estado más tiempo conmigo. Te deseo suerte, Dar.

Tragó saliva. Estaba seguro que iba a echar mucho de menos a Eva. Nunca olvidaría los días que había pasado en el Hogar. Le debía la vida. Reflexionó sobre su supuesta resurrección. Si nunca había creído en los milagros, ¿por qué iba a creer que Eva le había devuelto a la vida gracias a la sorprendente ciencia que manejaba, partiendo de unos pedazos de su cuerpo? Eva nunca había sido diáfana a la hora de explicarle si estaba vivo o muerto cuando lo sacó de entre los restos de la nave. Eva era muy complicada, y aunque afirmaba que nunca le mentía, creía que lo hacía, aunque no fuera de manera consciente. Para ser una máquina era muy rara o muy compleja.

Pensó que había sido a causa de la emoción que sentía, pero le pareció que Eva se introducía en su mente y le decía:

—Deberías haberte quedado. Dar; te quedaban tantas cosas sorprendentes por conocer.

—Te echaré de menos —susurró—. Te estoy muy agradecido por todo lo que has hecho por mí. Nunca te olvidaré, nunca. Me costará acostumbrarme a no oír tu voz, de veras...

—No sé si seguiré en este lugar cuando vuelvas, Dar, pero te acogeré en mi seno, no importa lo lejos que me encuentre.

—Habías dicho que nunca volveríamos a encontrarnos...

—No me expresé correctamente. Tarde o temprano, regresarás. Ojalá seas feliz hasta entonces.

Sintiendo que pronto perdería la consciencia, Dar miraba la cúpula sostenida en el aire. La vio descender lentamente sobre él. Antes de que terminara de cubrirle, dijo:

—Es posible que llegue a arrepentirme de haberte dejado, pero como dijo alguien la felicidad sólo se disfruta cuando se la recuerda... ¿Quién lo dijo? —sintió que se hundía en un sopor placentero, dulce.

La cúpula terminó de ajustarse, y ya no sintió nada. Si no hubiera estado inconsciente habría escuchado a Eva decirle:

—Si no estuviera segura de volverte a ver, éste sería el momento más doloroso para mí desde que he recobrado el aliento de la vida. Te cuidaré siempre. Aún no has terminado de asombrarte, Darío Siles.

## CAPÍTULO V

Volvió a ser él mismo un instante antes de volver a ser dueño de su cuerpo. Tenía los ojos cerrados, pero sabía que ya no se encontraba en el Hogar; estaba tendido sobre una tierra húmeda y áspera. El viento acarició su cuerpo. Comprendió que estaba desnudo.

Se hallaba en cualquier sitio excepto dentro del cilindro transparente. El aire que llegaba a sus pulmones le sabía a resina, a tierra empapada por la humedad de la noche. Cuando al fin pudo abrir los párpados pudo ver un cielo que escapaba de la noche, cortado a su derecha por el borde de un precipicio de unos ocho o diez metros de altura, salpicado de arbustos hasta donde él se encontraba.

Se acordó de la chica. Eva le había dicho que la encontraría a su lado cuando despertara. Volvió la cabeza y la vio junto a él. Estaba tendida boca arriba y parecía tan profundamente dormida como en la sala azul. Se sentía obligado a cuidarla. Se incorporó y miró en derredor. Le hizo gracia verla desnuda. Se palpó el cuerpo, y de nuevo comprobó que estaba entero. Miró al cielo, preguntándose si Eva sabía que habían llegado bien. Demasiado tarde comprendió que se había precipitado y no preparó el viaje. Debió haber traído una maleta. Inmediatamente pensó que no habría servido de nada. Aquel sistema de viaje era estupendo, pero no admitía nada inorgánico.

Maldijo a Eva. ¿Por qué no le advirtió que las ropas se quedarían en el Hogar?

La chica estaba tan desnuda como él. Se quedó un rato mirándola. Lo merecía.

Se preguntó si cuando despertara recordaría que había muerto, viajado a un distante lugar en el espacio y regresado al mismo sitio donde seis horas antes había sufrido un accidente mortal.

Sonrió al sentir el calor del naciente sol en su piel. El aire que respiraba era agradable. Dio unos pasos, sintiéndose ligero. Le costó creer que la gravedad del planeta era casi la misma que la de la Tierra. Volvió a mirar a la muchacha, que seguía quieta.

No veía cerca a nadie excepto a la muchacha, tampoco una ciudad o un pueblo en la lejanía.

Echó de menos los cigarrillos y el encendedor.

Dedicó otro insulto a Eva. ¿Porqué les había dejado saltar desnudos a aquel mundo? ¿Había sido su última broma?

La ciudad más próxima no podía estar muy lejos. El aspecto de la chica no era el de una muchacha de campo, dedicada a las faenas agrícolas. Sus manos eran suaves, no estaban encallecidas por los duros trabajos de la tierra.

Al mirar por encima del hombro hacia el barranco pensó que la chica podía haber caído desde lo alto. Bajó la mirada y descubrió sobre la hierba un vestido. Lo cogió. Estaba manchado de sangre. Lamentó no haber hecho más preguntas a Eva acerca de la muchacha. Si había caído desde lo alto de las rocas, debió quedar malherida. Tal vez sufrió una larga agonía hasta que murió. Sacudió la cabeza. Eva le había asegurado que aún le quedaba un soplo de vida cuando la transportó al Hogar. El viaje de ida lo hizo desnuda, su vestido quedó atrás.

Debió caer durante la noche ¿La empujaron o no se dio cuenta de que se dirigía hacia el abismo? ¿Qué estaba haciendo en aquel solitario lugar?

Ella respiraba normalmente. ¿Por qué no despertaba? Empezó a preocuparse. Quería confiar que Eva la hubiera preparado para que recobrase el sentido inmediatamente después que él. Podían pasar varios minutos antes de que abriera los ojos. Quería explorar los alrededores.

Encontró las sandalias de la chica y las arrojó junto al vestido; con ellas caminaría mejor. Para él, después de tanto tiempo de caminar descalzo por los alfombrados suelos del Hogar, dar un paso era demasiado molesto.

Soltando imprecaciones ascendió por la ladera. Los arbustos le ayudaron a subir, agarrándose a ellos.

Cuando llegó a lo alto del barranco, parpadeó. El sol lo deslumbró. Se protegió los ojos con las manos y estudió el terreno que le rodeaba, una extensa llanura con aislados grupos de árboles. A lo lejos descubrió sembrados y casas aisladas. Como había supuesto, era una zona habitada y

agrícola.

Calculó que tardaría una hora en llegar a la granja más próxima.

Tendría que esperar a que la chica despertase. No podía dejarla sola, buscar ayuda y regresar. Ella podía despertar de un momento a otro y quería estar a su lado.

Estaba deseando escuchar su voz y ver el color de sus ojos, que le explicara quién era, cómo se llamaba y qué mundo era aquel. La necesitaba como guía. También quería que fuera su amiga. Frunció el ceño. No sería fácil convencerla para que no desconfiara de él.

Al volverse para iniciar el descenso, vio un pañuelo rojo enganchado en un matorral. Lo cogió con cuidado para no desgarrarlo. Era de seda. Debía de haber pertenecido a la chica. Le alegraría recuperarlo.

El nivel de civilización del planeta seguía siendo un enigma para él. Un pañuelo de seda y unas granjas no podían revelar nada al respecto.

Mientras desandaba el camino, le asaltó la idea de que la chica tuviera pareja, estuviera casada y fuera madre. En el Hogar calculó que tendría poco más de veinte años. Era atlética pero no musculosa. Seguía creyendo que vivía en una ciudad, y si se hallaba en el campo debía ser circunstancialmente.

Se ató el pañuelo a la muñeca y siguió bajando, agarrándose a los arbustos. Cuando la chica despertase, lo primero que haría sería preguntarle su nombre.

Eva le había dicho que la chica podría hablar su lengua y él la de ella. Se preguntó cómo se las arreglaría para expresarse en un idioma del que no tenía la más ligera noción.

Salvó los últimos metros de la pendiente y se volvió. Soltó una exclamación. La chica no estaba allí, ni tampoco el vestido y las sandalias. No debió haberse alejado hasta que ella hubiese despertado. No habían pasado ni diez minutos desde que la dejara; por lo tanto no podía estar muy lejos.

La buscó con la mirada, en dirección a las granjas. La llanura seguía solitaria. Corrió a lo largo del barranco, lanzando imprecaciones a cada paso que daba; los guijarros le hacían daño en los pies y no podía correr deprisa. Llegó hasta el final del muro de piedras y se detuvo. A unos cien metros se alzaba un bosque.

La chica corría hacia los árboles; se había vestido con la corta túnica y parecía huir de algo. Dar se preguntó por qué huía. Si había recobrado el conocimiento mientras él estaba en lo alto del barranco, podía haberlo confundido con un demente, al andar desnudo por el campo.

Echó a correr. No le sería fácil alcanzarla, pues no podía ir demasiado rápido porque no tenía ni unas simples sandalias como ella.

Estuvo a punto de llamarla a gritos, decirle que no temiera nada de él, pero podía asustarla más. Lamentó no saber el nombre de la muchacha; si lo supiera y lo gritara, podría convencerla de que no quería hacerle ningún daño.

La vio desaparecer entre los árboles.

Llegó al bosque jadeante, con los pies doloridos. La chica parecía conocer el terreno. Se sentó en una roca. Su mirada se detuvo en un arbusto de amplias hojas. Arrancó una e intentó romperla. No lo consiguió. Era muy resistente. Junto a él crecían mazos de juncos muy flexibles, largos y delgados. Con varias hojas confeccionó unas suelas y se las ató a los pies con los juncos. Probó el calzado y le pareció excelente.

Encontró las huellas de la chica en un sendero y corrió por él. Los árboles no estaban muy juntos y pronto vio a la chica, caminando. Sin perderla de vista, le gritó:

—¡Eh, espérame! ¡No tienes que temerme! ¡Quiero hablar contigo! —confiaba que le entendiera.

La chica se detuvo y se volvió para mirarle. Dar le mostró sus manos, se acordó del pañuelo y se lo quitó de la muñeca. Lo agitó.

—Quiero devolvértelo. Es tuyo, ¿verdad? —dijo, avanzando un paso.

Había empezado a sonreír para infundirle confianza cuando se dio cuenta de que estaba desnudo; se volvió un poco, encogiéndose de hombros para darle a entender que su desnudez no debía asustarse.

—Por favor, no huyas de mí. Yo... —estuvo a punto de decir que había regresado con ella al planeta desde el Hogar, pero pensó que no podría comprenderle, y añadió—: Yo estaba a tu lado, desperté antes que tú y encontré tu vestido y las sandalias. Luego vi el pañuelo, arriba de las rocas. Los dos aparecimos desnudos, pero yo no había dejado aquí mi ropa; por eso estoy desnudo. — Soltó una risa—. Sé que no estoy presentable, pero no soy peligroso, te lo prometo. Por cierto, ¿entiendes lo que te digo?

La chica le dio la espalda y echó a correr de nuevo, esta vez con más rapidez. Dar soltó una maldición y la siguió.

No tardó en perderla de vista. Se detuvo jadeante, pensando que corría como una gacela; el miedo que había visto reflejado en el rostro de la chica parecía haberle dado alas. Se sentía cansado, a pesar de que en el Hogar dedicaba todos los días un par de horas a ejercitar su cuerpo en la sala que Eva había llenado con aparatos gimnásticos.

Escuchó un grito. Sólo podía ser de la chica. Corrió por el sendero y salió a un pequeño claro, donde el pequeño bosque terminaba. Al otro lado de los últimos árboles se abría otra llanura, salpicada de grandes arbustos.

La chica estaba apoyada en el tronco de un árbol, mirando asustada al hombre que se acercaba a ella.

Dar tuvo que hacer un esfuerzo mental para comprender lo que estaba pasando. El hombre se hallaba de espaldas a él; sólo parecía prestar atención a la chica. Sólo vestía un taparrabos y su cuerpo estaba húmedo. Al lado había un riachuelo. Dar dedujo que el hombre se lavaba cuando ella irrumpió en el claro.

Detrás del hombre había un montón de ropas y armas. A Dar le sorprendió ver una lanza con punta de acero y una espada de ancha hoja de acero.

Cada vez que la chica trataba de escapar, el hombre le cortaba el paso, sin dejar de reír. No vio a nadie más. Aquel tipo estaba solo. Por la cabeza de Dar no pasó otra idea que iba a violarla. Dio un paso. La chica le descubrió y le dirigió una mirada de súplica. Volvió de inmediato la cabeza, para que el otro no se diera cuenta de la presencia de Dar.

Pero su gesto la traicionó. El hombre se volvió y su mirada se encontró con la de Dar, que se acercaba hacia las armas que estaban junto a las ropas.

El hombre soltó un grito de rabia y trató de detenerle. Dar, mientras saltaba hacia las armas, imaginó haberle entendido. Cayó cerca de la espada, recordando que Eva le metió en la cabeza el lenguaje que hablaba la chica, que debía ser el mismo del energúmeno que lo insultaba.

Estaba a punto de alcanzar la espada cuando el hombre cayó sobre él, derribándolo. Dar se revolvió y logró empujarle, arrojándole lejos. Pero el hombre se había apoderado de la espada, a la que libró de su funda con enérgico ademán. Dar agarró la lanza y trató de levantarse.

Estudió a su enemigo. Era alto y fuerte, tenía la piel muy curtida por el sol. Le impresionó su musculatura. No iba a ser un fácil adversario. Sin estar seguro de que le entendería, dijo:

—Escuche, amigo. No voy a pelear contra usted. Sólo quiero que deje en paz a la muchacha —se atragantó al darse cuenta de que hablaba en una lengua desconocida para él hasta entonces, pero perfectamente comprensible. Algunas palabras le sonaron familiares.

El hombre se movía ante él, agitando la espada, esperando que su contrincante bajase la guardia para atacar. Empezó a sonreír, moviendo la brillante hoja de acero delante de los ojos de Dar, seguro de su victoria.

—Debes estar loco —dijo el hombre—. ¿Cómo te atreves a desafiarme? ¿No has visto mis ropas? ¿Tan palurdo eres que no sabes a quién sirvo?

—Me tiene sin cuidado quién seas. Sólo quiero que dejes marchar a la muchacha. No permitiré que le hagas daño —dijo tratando de conservar el aplomo. Echó una mirada rápida a las ropas y vio entre ellas una coraza pectoral de metal dorado.

—Hoy es mi día de suerte, y creo que el tuyo también —dijo el hombre, dejando de mover la espada y adoptando una actitud conciliadora—. Me darán una recompensa por llevar a esa fulana al campamento. Por eso te perdono la vida, patán. Arroja esa lanza y márchate corriendo; pero te juro que si te vuelves a cruzar en mi camino te rebanaré el pescuezo.

Dar nunca había luchado con una lanza entre las manos. Miró a la muchacha y volvió a encontrar en sus ojos una angustiada petición de ayuda. Aunque no entendía la situación, creía que debía protegerla porque se sentía obligado a ello; se consideraba culpable del peligro que estaba corriendo.

—Déjala ir y te devolveré tu lanza —dijo. El otro le miró confuso.

—¿Estás confesando que la conoces? —preguntó.

—Es mi amiga —respondió con determinación.

—En tal caso no estás loco ni eres un idiota, sino un maldito infiel —la sonrisa desapareció del duro rostro del guerrero, volviéndose feroz su gesto.

Dar estuvo a punto de ser sorprendido por el ataque del hombre, apenas tuvo tiempo de desviar la trayectoria de la espada con la lanza. Aprovechó que su enemigo dio un traspies al tropezar con una piedra para golpearle en la espalda con la punta roma de la lanza, arrojándolo cerca del riachuelo. Su contrincante se revolvió contra él rugiendo, lanzándole mandobles, obligándole a retroceder. Uno de los golpes dio en mitad de la lanza y Dar se quedó con un trozo de ella en cada mano.

La muchacha gritó asustada al verle en desventaja. Dar le miró de reojo. ¿Por qué no huía ahora? Ella parecía petrificada. Dar agarró el trozo de lanza con la punta de acero como si fuera una espada. Su enemigo soltó una carcajada antes de lanzarse al que debía creer que iba a ser el ataque definitivo.

Dar le arrojó el trozo de madera a la cara. El guerrero lo esquivó dándole un manotazo. Antes de que revolviese, Dar lo amagó por la derecha, y cuando la espada bajaba hacia su mano, se arrojó al suelo y desde abajo le clavó la lanza en el vientre.

El hombre soltó la espada y se miró la herida, sin poder creer que había sido vencido por un patán. Dobló las rodillas y cayó lentamente al suelo. Pataleó un poco y se quedó inmóvil.

Dar respiró hondo. Se acercó al hombre y comprobó que estaba muerto. Reprimió las ganas de vomitar. Nunca había matada a nadie.

Volvió la cabeza mientras se incorporaba.

—¡Mierda! —exclamó al ver que la chica ya no estaba junto al árbol.

Debió salir corriendo al creer que iba acabar siendo atravesado por la espada del guerrero.

—Al diablo con ella —dijo. Se sentía cansado, sin ganas de volver a correr tras ella.

Trató de recuperar el resuello perdido en la lucha. Se acercó a las ropas del vencido. Las miró. Llegó a la conclusión de que no debía permanecer allí más tiempo. El muerto podía no estar solo. Si era un soldado, como le hacía creer su indumentaria, podía pertenecer a alguna patrulla. Cogió la ropa y sopesó la coraza. Había una amplia camisa amarilla, un faldellín del mismo color y un par de botas de media caña. Por último encontró un cinturón de cuero, del que pendía una pequeña bolsa de gamuza, que abrió lleno de curiosidad. Contenía varias monedas de oro y plata. Estaban magníficamente acuñadas y poco gastadas por el uso. Las miró primero por su anverso, en el que figuraba un sol radiante; en el reverso había un triángulo con una estrella de nueve puntas. Según los tamaños, las piezas mostraban signos que debían corresponder a su valor liberatorio. Le extrañó no ver ninguna leyenda.

Regresó junto al cadáver y le quitó el taparrabos. Cuando se vistió con el uniforme del muerto, encontró detrás de la piedra un casco dorado. Era esférico. No pudo reprimir una exclamación de asombro. Era de plástico, pero de una aleación tan dura que le costó rayarlo con la punta de la espada. Hizo la misma prueba con el peto. Otra sorpresa. El metal podía ser fácilmente arañado. Un fuerte golpe con la espada lo atravesaría. Todo aquello le pareció absurdo. El peto era medieval, pero el casco, de perfecta manufactura era la prueba de que había sido fabricado mediante una sofisticada tecnología.

Cuando terminó de vestirse sintió que la camisa era áspera. Ajustó la coraza a su pecho con los cordeles laterales. Le quedaba un poco grande. Envainó la espada y se quedó mirando los dos trozos de lanza. Los dejaría allí. Agarró al muerto por los pies y lo arrastró hasta detrás de unos arbustos. La punta de la lanza la arrojó al río.

Cruzó el claro y se quedó un instante preguntándose cuál camino debía seguir. Se colocó el

casco para protegerse del sol y empezó a caminar sintiéndose un poco en ridículo con semejante indumentaria, pero era mejor que continuar desnudo. Las botas le estaban un poco grandes, pero había metido las hojas que le habían servido de improvisado calzado.

Tenía hambre y sed. Cuando el riachuelo volvió a aparecer ante él, se agachó y probó el agua. Le pareció buena y bebió.

Al reanudar la marcha descubrió delante de él lo que parecía ser un camino. Se acercó y vio que por su derecha avanzaba una carreta tirada por una pareja de enormes y gruesos caballos. Un hombre desde el pescante fustigaba a los animales con un largo látigo.

Antes de dejarse ver se preguntó si sería prudente preguntar al hombre por el camino que le llevaría al pueblo más cercano.

Aún no había tomado una decisión cuando vio aparecer una sombra en la hierba, y luego deslizarse ante él.

Echó la cabeza atrás y descubrió que una gran plataforma de más de cinco metros de diámetro volaba sobre su cabeza. Tras detenerse en el aire, el vehículo se desplazó hacia el frente y descendió al otro lado del camino.



## CAPÍTULO VI

El artilugio volador estaba rodeado por una barandilla metálica; más de una docena de hombres vestidos con trajes como el de Dar se apoyaban en ella. En el centro había un bloque de metal.

Algunos hombres miraron a Dar; uno de ellos le hizo señas con la mano y le dijo;

—¿Qué esperas? Nos largamos de aquí. Vamos, sube de una maldita vez.

Dar observó que los hombres parecían cansados, todos estaba sucios y ojerosos. Quien le habló llevaba una corta capa blanca que le llegaba hasta la cintura, y sobre su metálico peto de metal amarillo campeaba un radiante sol dentro de un triángulo.

Le habían confundido con un compañero. Dar agachó la cabeza y cruzó corriendo el camino. La carreta se había detenido y el hombre parecía petrificado, temblando de miedo.

Subió a la plataforma por un hueco donde no había barandilla. Unas manos le ayudaron. El individuo de la capa parecía ostentar el mando y le dijo despectivamente:

—Ah, tú no perteneces a mi grupo, pero te llevaré al campamento. ¿Qué te ha pasado?

Dar tragó saliva. Le costaba acostumbrarse a que le hablaran en un idioma desconocido para él hasta hacía unas horas, pero que podía entenderlo sin ninguna dificultad.

La plataforma se elevó suavemente, sin hacer el menor ruido y voló a moderada velocidad a una altura de veinte metros. Volvió a mirar al oficial, que esperaba su respuesta.

—Me perdí —replicó, esperando no cometer una equivocación.

—No eres el primero al que transporto que no pertenece a mi pelotón. Espero que los otros pelotones hayan tenido más suerte que nosotros.

Le volvió la espalda, situándose junto al que manejaba los controles del bloque de metal. Dar respiró con alivio y se relajó. Por el momento había salvado la situación, pero no debía confiarse. Si aquellos hombres descubrían que había matado a uno de los suyos, estaba perdido.

Aquella gente pertenecía a alguna milicia que volvía de una misión y se disponía a reintegrarse a sus cuarteles. Tenía que aprovechar la primera oportunidad que se le presentase para largarse de allí. Su idea era llegar a una ciudad lo bastante grande en la que nadie reparase en él, y durante varios días estudiarla, comprenderla y buscar con tranquilidad a las personas que pudieran ayudarle, a las que tendría que confiarle quién era.

Miró hacia abajo. La plataforma volaba a unos veinte metros de altura, y a bastante velocidad, unos cincuenta kilómetros por hora; ni pensar en bajarse en marcha.

Le preocupaba llegar al campamento; allí podía ser descubierto. Podía olvidarse de decir que había encontrado la ropa y las armas abandonadas.

La suerte no tardaría en cansarse de ser su aliada.

No estaba satisfecho con todo lo que había visto hasta entonces. Se sentía confundido. Los acontecimientos habían ido demasiado deprisa y no había tenido un momento de descanso para reflexionar. En parte se sentía desilusionado. Si al despertar había creído que el planeta estaba habitado por una sociedad agrícola, la presencia de aquel medio de transporte, de excelente tecnología le permitía pensar que podía tener medios para viajar a las estrellas.

Pensó en el Hogar, y en Eva, y se preguntó si se estaría aburriendo al no tener con quien discutir ni jugar al ajedrez.

Vio un odre apoyado en el bloque de metal. Lo cogió y bebió un largo trago de agua. Nadie le había prestado atención. El oficial parecía preocupado mientras escrutaba el horizonte, junto al hombre que manejaba los mandos. Los demás soldados se habían tumbado y descansaban con la lanza al lado. Dar no llevaba una, y le preocupó que fuera un arma reglamentaria.

Volaban sobre terrenos cultivados. Dar veía a lo lejos casitas construidas con madera y techumbres de paja. Hombres y mujeres trabajaban en los campos, alzaban la mirada al cielo al ver la plataforma y corrían a encerrarse en las viviendas, llevándose a sus crios.

Dar se había preguntado un momento antes si debía pedir audiencia al jefe del campamento y contarle la verdad, aunque callando que había matado en una pelea a un soldado; pero al descubrir que los campesinos se mostraban temerosos al paso de la plataforma, decidió que debía esperar.

Miró con disimulo a los hombres. Allí parecía haber nórdicos y latinos; algunos tenía la piel muy oscura, como si fueran árabes, aunque eran los menos. Descubrió a dos con aspecto asiático. Escuchó lo que hablaban el oficial con el que pilotaba la plataforma. Su lengua parecía una mezcla de italiano, español, francés y griego; no es que hablara otros idiomas aparte del suyo y el inglés, pero conocía las palabras más corrientes.

Estaba más convencido que nunca que debía escabullirse del campamento apenas descendiera la plataforma. En una ciudad o un pueblo se sentiría más seguro. Llevaba algunas monedas, con las que podría vivir algún tiempo. No cometería la estupidez de confesar a un nativo quién era, ni siquiera le hablaría de la Tierra y de que había vivido en una especie de nave estelar gobernada por una máquina llamada Eva, que le había transportado a su planeta desde muchos millones de kilómetros de distancia en un segundo. ¿Quién le creería? Le tomarían por loco, y le encerrarían.

Poder hablar la lengua de aquel mundo era una ventaja, sin duda, pero desconocía las costumbres, y un error podía descubrirle. Se preguntó si también podría leerlo y escribirlo. En voz baja ensayó a hablar en la lengua nativa, y ante su asombro se escuchó hablar en inglés, y luego en español. ¿Qué tenía que hacer para expresarse en el idioma que Eva le había metido en la cabeza?

Tal vez la explicación era más sencilla de lo que pensaba, y sólo necesita desear pensar y hablar en aquel idioma para hacerlo.

Estudió la plataforma, y de nuevo se enfrentó a un enigma. La tecnología de aquel vehículo era sorprendente, podía afirmar que igual o superior a la terrestre. Se movía en el aire de forma silenciosa; no tenía hélices, giróscopos ni nada que a Dar le resultase familiar.

Lo discordante eran los hombres armados con lanzas y espadas, protegidos con corazas de débil metal y tocados con cascos de durísimo plástico, y usaban la plataforma como militar; sin embargo, había carretas tiradas por caballos y en los campos se valían de animales para sembrarlos y demás faenas agrícolas.

Pasó la mano por la barandilla. Era de un metal oscuro, parecido al acero, brillante; pero las armaduras eran toscas. Dar movió la cabeza. No comprendía nada.

Tan abstraído se hallaba con sus pensamientos que no se dio cuenta de que estaban descendiendo hasta que la plataforma tocó el suelo. Miró a su alrededor y vio que estaban en el centro de un campamento.

Unas veinte tiendas de lona formaban un amplio círculo. En el claro había ocho plataformas. Docenas de hombres iban de un lugar a otro, la mayoría estaban dedicados a las faenas de limpieza del campamento.

Los hombres empezaron a saltar de la plataforma. Dar se vio empujado. Una vez abajo, caminó unos pasos sin saber hacia dónde dirigirse. Sus compañeros de viaje se apresuraron a ir a una tienda en la que unos cocineros repartían comida.

Dar hizo lo que los demás, dejó su espada en un armero. Al lado había un cajón lleno de platos de latón, cogió uno y se puso a la cola.

—Vamos, muévete —escuchó que le decían.

Se volvió y se enfrentó a la mirada hosca de un hombre barbudo y malencarado.

Dio unos pasos y se acercó a la larga mesa donde distribuían la comida, sintiendo en su nuca el aliento cargado a vino del tipo que estaba detrás de él.

Cuando le tocó el turno de recibir la comida, un malhumorado cocinero le echó un cucharón de algo oscuro en el plato y otro le puso en la mano un panecillo. Dar se alejó. Olió la sopa y no le pareció mal. El pan estaba recién cocido.

—Eh, compañero. Podemos sentarnos ahí a comer.

Dar se volvió. El hombre que había estado detrás de él le señalaba un tronco situado junto a una de las tiendas.

—Tengo un trozo de embutido que puedo compartir contigo —dijo el hombre, sonriendo ahora.

Dar asintió y lo siguió. Se sentaron en el tronco. El otro sacó de una bolsa que llevaba colgada del hombro un trozo de embutido. Con una navaja muy afilada cortó una ancha rodaja y se la entregó a Dar.

—Nunca te había visto por aquí, amigo. Me llamo Reude. ¿Te gusta la carne bien sazonada? Pues ésta lo está.

Dar la probó, encontrándola un poco salada para su gusto; pero dijo que estaba muy buena. La sopa era aceptable y casi vació el plato.

—Aún no me has dicho cómo te llamas —dijo Reude, dando bocados al embutido.

—Dar.

—Es la primera vez que escucho este nombre. ¿De dónde eres?

Dar dejó de comer. Empezó a sospechar que el llamado Reude era demasiado curioso.

—¿No te parece que preguntas demasiado a cambio de un trozo de carne, amigo? —respondió, confiando que su dureza hiciera desistir a Reude de hacerle más preguntas.

El soldado dejó de comer, se limpió la boca con el dorso de la mano y dijo mirando al frente:

—Es lógico que quiera saber quién es el que ha matado al dueño de la armadura que llevas.

Dar bajó la mirada y descubrió la abolladura de su peto, a la altura del corazón.

Miró en silencio a Reude, quien se encogió de hombros y siguió comiendo. Al cabo de un rato, dijo indiferente:

—Te he estado observando desde que subiste al patrullero, y te vi caminar desorientado por el campamento. Reconocí la armadura, porque siempre ha sido la de Gerd, un mal tipo que hace más de veinticuatro horas que ha desaparecido. Su patrullero volvió anoche. Todo el mundo cree que ha desertado, y el sargento ya ha informado al comandante. ¿Qué has hecho con Gerd?

—Lo maté en una lucha —respondió Dar, esperando tenso la reacción de Reude.

—Me da igual que le hayas aplastado la cabeza por la espalda —dijo Reude, encogiéndose de hombros—. Ese golpe que tiene la coraza, por la que te he descubierto, lo hice yo no hace mucho tiempo. Estuve a punto de matarle por delator. Él también fue enrolado en la última leva, pero le costaba adaptarse a la vida militar y siempre andaba diciendo que se largaría. ¿Sabes? Me caes simpático. No me importa de dónde vengas ni cuáles son tus ideas; para mí es suficiente que hayas matado a Gerd. Sin embargo, siento curiosidad por saber por qué lo mandaste al infierno.

—Me atacó en el bosque. Luchamos y le maté.

—¿Por qué cometiste la estupidez de ponerte su ropa y coger su espada?

—Iba desnudo —rió Dar—. Cuando salí a la llanura me encontró la patrulla y no tuve más remedio que subir a la plataforma.

—Tu historia es demasiado fantástica para que me la crea. ¿Qué hacías desnudo por el bosque?

—Me bañaba en el río y alguien me robó mis ropas.

—A nadie se le ocurriría ocupar el lugar de un guardián —gruñó Reude—. No eres de esta región. Hablas de una forma extraña. Si huías de la justicia de otra comarca, te has metido en la boca del lobo. Dentro de un rato, cuando vuelva la última patrulla, pasarán lista, y los pocos amigos que tenía Gerd descubrirán que usas sus ropas. Creo que eres un renegado infiel.

Era la segunda vez que Dar escuchaba aquella palabra. El soldado muerto le había acusado de infiel, pero Reude sólo sospechaba que lo fuera.

—No sé por qué piensas eso de mí —dijo Dar cautamente.

—No tengo nada en contra de vosotros los infieles, pero tampoco estoy de acuerdo con su ideario. Estoy aquí en contra de mi voluntad, vivía feliz en mi pequeña granja cuando llegaron los Guardias Negros y me reclutaron. A mi mujer la enviaron a otra ciudad —el rostro de Reude se ensombreció—. No sé nada de ella desde hace más de un año. No confío en volverla a ver, y creo que será mejor así. Me he resignado, de veras, y sólo deseo ser capaz de soportar los dos años que me quedan de servicio y emprender una nueva vida. No, no soy un infiel, pero tampoco un adicto fanático. Ya todo me da igual. Mis padres me contaron cómo era antes la vida, muy diferente a la que tenemos —hizo un gesto vago—. Supongo que los pobres chocheaban a causa de las raciones de contrabando que conseguían. ¿Me creerás si te digo que nunca he probado una maldita dosis?

Me ha costado mucho, no creas; pero de alguna forma me siento más libre. Al menos puedo pensar libremente.

Reude había terminado de vaciar el plato y estaba mojando un pedazo de pan en el resto de la sopa.

—Dos años pasarán pronto —dijo, con la mirada perdida—. Regresaré al sur y arreglaré la granja. Tal vez encuentre una mujer que quiera compartir conmigo lo que me resta de vida. Con mi collar de licenciado siempre habrá alguna viuda que me acepte, que no tema perder a su compañero. Pero para conseguirlo necesito tener una buena hoja de servicios, que me libre de ser enviado a una expedición a las llanuras del norte. Creo que me enviarán allí si me ven charlando contigo y descubren que eres el asesino de Gerd. Será mejor que me aleje de ti; pero antes te aconsejo que te marches.

El soldado se levantó y dirigió una mirada de simpatía a Dar. Lo vio alejarse en dirección al otro extremo del campamento, tratando de hilvanar toda la información que le había dado aquel hombre. Le habría gustado interrogarle, preguntar acerca de todo lo que le intrigaba, pero había temido asustarlo, y que la simpatía que había despertado en él por haber matado a Gerd desapareciera y terminase denunciándole.

Estaba de acuerdo con Reude en que su presencia en el campamento era peligrosa. Observó cómo un guerrero empezaba a batir un pequeño gong. Los hombres comenzaron a formar pelotones en el centro del campamento, delante de las plataformas. Poco antes había descendido la última. Un grupo de oficiales conversaba acaloradamente junto a la tienda más grande.

Dar se dirigió al armero donde había dejado su espada. Si iba a internarse en la espesura quería hacerlo armado. Envainó el arma y se alejó en dirección opuesta al claro. El bosque no estaba lejos. Allí podría ocultarse. Según creía, el campamento no tardaría en levantarse, y la zona quedaría libre de soldados.

Al pasar entre dos pequeñas tiendas, se dio de bruces con un soldado armado con lanza y escudo.

—¿Ya es la hora del relevo? —preguntó el soldado.

A Dar solo se le ocurrió asentir con la cabeza.

—¿Y tu lanza y tu escudo? —preguntó el centinela, retrocediendo un paso y poniéndose en guardia—. No vienes preparado para hacer la guardia. Tú no perteneces a mi pelotón.

—Se ha puesto enfermo quien tenía que relevarte y me han enviado a mí —contestó Dar.

El soldado levantó el escudo y apuntó con la lanza a Dar.

—¡Estás mintiendo! Si fuera verdad, no vendrías sin lanza y escudo, y te acompañaría el sargento. ¿A qué pelotón perteneces?

—Al de Reude. ¿Le conoces?

—Yo soy del pelotón de Reude y nunca te he visto —el centinela estaba más nervioso por momento: Dar llegó a la conclusión de que no era su día de la suerte. Detrás de él se escuchaban los gritos de los suboficiales dando órdenes a los hombres.

Saltó hacia atrás para apartarse de la lanza, pero al volverse para echar a correr tropezó con una raíz y cayó de espaldas. Sintió en la garganta la punta de la lanza. El centinela gritó pidiendo ayuda. Por un momento desvió la mirada de Dar, y éste, rodando sobre sí mismo, se alejó del arma; vio al soldado arrojarla furioso contra él, hizo una finta y agarró la lanza cuando silbaba cerca de su cintura, la agarró y tiró de ella; sorprendido, el soldado rodó por el suelo, pero sin soltar el arma ni el escudo.

Antes de que Dar pudiera incorporarse, se encontró rodeado por una docena de soldados y otras tantas lanzas que le apuntaban. Abatió los hombros y se dejó conducir al campamento.

Le ataron las manos a la espalda con un cordel de cuero y le sujetaron a un poste clavado en el suelo en el centro del campamento. Toda la tropa le rodeaba, en silencio, mirándole con expresiones que Dar no sabía cómo interpretar. A ambos lados había soldados que no le quitaban ojo. De la tienda mayor salió un grupo de oficiales. Uno de ellos dio un grito y todos los hombres adoptaron la posición de firmes. Un individuo apareció, caminando a zancadas. Dar lo miró con curiosidad. Su indumentaria era distinta a las demás.

Vestía totalmente de negro, con pantalones ajustados y botas altas y brillantes. Su coraza era igualmente negra, cubría la cabeza un casco gris rematado con un penacho negro. De sus hombros colgaba una larga capa, también negra. Su rostro, hermético, tenía un aire de autoridad y suficiencia que hasta entonces Dar no había visto en los oficiales de armadura amarilla.

El hombre vestido de negro se detuvo delante de Dar, se paró y puso los brazos en jarra.

—Dime quién eres, cómo te llamas, de dónde procedes y qué le has hecho al dueño del uniforme que vistes —su voz era grave, acostumbrada a dar órdenes.

—Si usted es quien manda aquí, me alegro de conocerle —dijo Dar, tratando de conservar la calma—. Hablemos a solas. Lo que tengo que decirle es muy importante. Le costará creerme, pero puedo demostrarle que es verdad cuanto pienso decirle. Espero que sea la persona que estoy buscando.

—¿Para qué?

—Parece alguien importante, ¿no? Ordene que me suelten de este poste y escúcheme un momento. Sólo le pido eso, que me escuche.

—¿Con quién crees que estás hablando? Sólo escucharé las respuestas a las preguntas que te haga, infiel. Empecemos. ¿Has matado al soldado Gerd?

—Le contaré eso después de que me escuche...

El brazo derecho del hombre se movió rápido y golpeó a Dar, quien sintió un profundo dolor en la mejilla, como si una descarga eléctrica se la hubiera cruzado desde la ceja hasta el mentón. Cuando superó el dolor y abrió los ojos, vio que aquel tipo sostenía una varilla plateada. Sacudió la cabeza.

—¿Se ha vuelto loco? ¡Escúcheme, maldito sea! —rugió.

Al bajar la mirada tuvo que reprimir una exclamación de asombro al descubrir en el cinturón del hombre negro una larga pistola, metida en una funda de cuero oscuro.

—¿Cómo se llama este lugar? —preguntó—. ¿Quién es usted y por qué es el único que tiene un arma de fuego?

El otro frunció el ceño y dijo con desprecio:

—Eres un infiel. Sólo alguien de tu calaña me hablaría con tan poco respeto. No me hagas perder la paciencia, sigo esperando que confieses que has matado al soldado Gerd.

—¡Sí, yo le maté! —masculló Dar, viendo que la varilla plateada se movía delante de los ojos. No deseaba recibir otra descarga eléctrica. Con una había tenido suficiente—. Él me atacó. No quería matarlo, pero tuve que hacerlo. ¿Me escuchará ahora?

—Tal vez. ¿Te ordenaron matarlo?

—Oiga, usted no quiere entenderme. Ese tipo iba a violar una muchacha...

—¿Qué muchacha? —gritó el hombre.

Dar se mordió los labios. Había perdido los estribos y, sin darse cuenta, había mencionado a la chica. Empezó a comprender que las patrullas la habían estado buscando. Tal vez cayó por el barranco mientras huía. Había sido un estúpido al no haber pensado en ello antes. El soldado al que mató sólo quería entregarla a sus jefes. ¿Quién era la chica? Se dijo que ya era tarde para averiguarlo. El hombre vestido de negro esperaba su respuesta, y Dar le contestó:

—Averígualo, cabrón.

—Empiezo a comprender. Te enviaron para que ayudaras a Yaita-La. ¿Dónde está?

—Que te jodan.

El hombre de negro palideció. Los soldados empezaron a cuchichear, escandalizados ante la actitud del prisionero.

Así que la chica se llamaba Yaita-La. Y la buscaban. ¿Por qué? Podía apostar a que no era una delincuente, sino una proscrita. Ya conocía su nombre, y le quedaba por averiguar por qué la perseguían.

—Tal vez no ande lejos —sonrió el hombre de negro—. Podemos encontrarla. La ayudaste y ella te dejó. Era de esperar. Eres un imbécil.

Se volvió y se dirigió a la tienda grande. Al pasar junto al grupo de oficiales hizo un gesto con la mano.

Uno de los oficiales ladró unas órdenes y varios soldados corrieron a formar una fila delante de Dar. Llevaban lanzas y empezaron a sopesarlas. Algunos sonreían.

Dar quiso rechazar la idea de que iban a ejecutarle; no podía creer que su vida fuera a terminar de una forma tan estúpida. El hombre de negro, que no parecía tan palurdo como los oficiales, no pensaba interrogarle, y mucho menos permitirle que le contara su historia.

Comprendió que sería inútil tratar de convencerle de que había matado a un soldado en defensa propia. Un soldado se acercó a él y le ató otra cuerda alrededor de la cintura, inmovilizándolo al poste.

Miró hacia la tienda; tendría que gritar para que el siniestro hombre de negro pudiera escucharle. Tenía que decirle que era portador de importantes noticias, que había nacido en un planeta llamado la Tierra, y una máquina lo había llevado hasta allí a través del espacio.

—¡Tienes que escucharme! —gritó—. ¡Cuando me hayas oído no te atreverás a matarme!

Nadie salió de la tienda. Dar terminó maldiciéndole, mientras observaba con horror cómo el pelotón levantaba las lanzas a una orden del oficial.

Entre un grupo de curiosos vio a Reude. Su mirada era de pesar. Agachó la cabeza y se retiró.

Dar miraba con ojos desorbitados las lanzas. Los soldados echaron los brazos hacia atrás. El oficial encargado de dar la orden levantó una mano.

Intentó desatarse, pero los nudos eran fuertes, estaba bien sujeto al poste y no podía moverse.

El oficial bajó la mano.

Dar sintió el primer golpe en el pecho, y también el segundo; pero las puntas afiladas que se clavaron en su carne, rompiendo costillas y atravesándole de parte a parte, no las sintió.

## CAPÍTULO VII

—Sabía que regresarías; pero no esperaba que fuera tan pronto. Incluso me dije que podías morir de viejo.

Dar abrió los ojos y comprendió dónde estaba.

El dormitorio del Hogar le rodeaba, y la voz de Eva le envolvía.

Se palpó el pecho. Sus dedos tocaron la camisa de un pijama de seda. Se sentó en el borde de la cama. A la vez que se miraba el cuerpo recorrió con las manos los lugares donde sintió que las lanzas le atravesaban. No encontró ninguna cicatriz.

—¿Tienes apetito? ¿Quieres beber algo? ¿Un whisky con hielo, un coñac?

Se sentía bien, pero empezó a dolerle la cabeza al intentar descifrar aquel misterio. ¿Había sido todo un sueño?

—He tenido una pesadilla —dijo.

—Oh, no —dijo Eva, con tono de burla—. Todo fue real.

—Imposible. Me mataron. Seis lanzas se clavaron en mi pecho... ¡Y no veo ninguna herida! No, no lo soñé. A menos, claro está que... Eva, me drogaste.

—Por favor, Dar. ¿Me crees capaz de gastarte una broma tan pesada? Me decepcionas. Había esperado que tu regreso fuera más cordial. Y sólo se te ocurre insultarme.

—¿Juras que no ha sido una pesadilla?

—No sé para qué sirve un juramento.

—Pero... ¡Me mataron, Eva! ¿Lo entiendes?

—Claro que sí, querido Dar. Si no hubiera sido así no habrías vuelto.

Se levantó, fue hasta un amplio espejo y miró su pecho.

—¿Aún no estás convencido? —suspiró Eva—. Vamos, admite de una vez que has muerto, y esta vez completamente.

—¿Quieres decir como la primera vez?

—La otra vez aún tenías un poco de vida, y ahora, una vez que te atravesaron seis largas lanzas, tu muerte fue definitiva. ¿Cómo no ibas a morir? Una de las lanzas te traspasó el corazón.

—¿He resucitado? —de pronto soltó una carcajada—. Estás de broma. Tú no eres una diosa que puedes traerme aquí y devolverme la vida.

—La verdad es que no te he traído al Hogar esta vez, sino que has sido restituido. Y es cierto, en esta ocasión puedes decir que has resucitado.

—Me da la impresión de que no te ha sorprendido.

—Acabas de oírme decir que lo esperaba, pero no tan pronto. Apenas has estado fuera unas horas.

—Está bien, admito que he vuelto a la vida por segunda vez, pero en mi primera resurrección tú estabas cerca, y hace un momento me hallaba a unos cien millones de kilómetros. ¿Pretendes hacerme creer que robaste mi cuerpo ante las narices de aquella turba de locos?

—Eres más terco de lo que creía. No me queda más remedio que mostrarte algo. Sígueme.

Dar siguió a Eva por la canción que había aprendido de él, que cantaba ahora mucho mejor que la última vez que la escuchó. Mientras Eva le conducía por varias salas hasta la estancia donde estaban las dos literas, no dejó de hacerse preguntas. Si no entendía pronto lo que le estaba pasando, acabaría volviéndose loco.

Estaba de nuevo en la pequeña habitación donde él y la muchacha fueron dormidos para ser enviados al planeta.

—Ya estamos aquí. ¿Qué tengo que ver?

Eva no respondió. La pared de enfrente desapareció, dejando ver dos estantes acristalados, ambos estaban ocupados por sendos cuerpos. Dar se adelantó para verlos de cerca.

Retrocedió, ahogando un grito de asombro.

—No puede ser... —balbuceó—. ¡Yo estoy ahí dentro, en la urna de arriba!

—Así es. Y la chica está en el otro. Pero en realidad no sois vosotros, sino unos cuerpos preparados por las matrices.

Dar estaba muy pálido. Consiguió articular:

—Necesito un trago. ¿No podrías añadirle un poco de alcohol?

—La Matriz te rehizo a partir de la copia, y otro cuerpo fue depositado en la Cripta, para ser depositario de tu alma si murieras... ¿Te importa que lo llame alma? No es exactamente así, pero es mejor no perder el tiempo discutiendo acerca de la verdadera esencia humana.

—Continúa —le pidió Dar.

—Despertaste en el primer cuerpo de reserva, y lo creíste el tuyo, el que llevabas cuando te mataron a lanzazos. Al quedar libre tu alma, se reintegró en el siguiente cuerpo que la Matriz tenía preparado. Esto ocurrió hace unos minutos. Oh, podrías haber vuelto a vivir al segundo siguiente de tu muerte, pero preferí que descansaras un poco.

—Eva, yo estaba a muchos millones de kilómetros de aquí —le recordó.

—¿Crees que eso tiene importancia?

—¿No la tiene?

—No lo sé. Créeme que no lo sé.

—¿No estás segura? ¿Habría muerto definitivamente si te hubieras equivocado?

—Me aseguré que podrías volver desde ese planeta.

—¿Cuál es el límite?

—Lo ignoro.

—¿Qué fue de mi otro cuerpo, el que se quedó en el planeta? —preguntó Dar. En su mano derecha sostenía un vaso medio lleno de ron, y en la otra un aromático cigarro.

—Supongo que tus ejecutores lo enterrarían o quemarían. No me he molestado en averiguarlo. No tiene la menor importancia.

Dar se encogió de hombros, pensando que tal vez para Eva, al ser inmaterial, no tuviera ningún significado saber si su cuerpo estaba enterrado o había sido convertido en cenizas.

Tenía un nuevo cuerpo. Perfecto. Era para saltar de alegría; nunca había imaginado que disfrutaría de una segunda oportunidad. ¿O era la tercera? La sensación era tan extraña como apasionante.

—Yaita-La —murmuró—. ¿Sabes lo que significa esa palabra?

—Desde luego. Así se llama la chica que busqué para ti..

—¿Sabías cómo se llamaba y no me lo dijiste?

—No me lo preguntaste.

—Qué retorcida eres. Si hubiera sabido cómo se llamaba cuando huía de mí, me habría escuchado, tal vez le hubiera explicado lo que había pasado, estaríamos juntos y yo no habría muerto. Pero sobre todo, sabría que no le había pasado nada. Estoy preocupado por ella, Eva.

—Oh, debe de estar bien. Te aseguro que vive.

—¿Cómo lo sabes?

—Si hubiera muerto estaría aquí.

Dar inspiró hondo y dijo:

—Tráela al Hogar.

—Imposible.

—¿Por qué no puedes?

—No está a mi alcance, quiero decir dentro de mis posibilidades.

—Lo que te ocurre es que estás celosa; te arrepentiste de haberla traído. Vamos, yo estoy aquí. ¿Por qué ella no?

—Piensa, Dar. Cuando estáis cerca de mí os puedo transportar en una fracción de segundo, pero hacerlo a la inversa es difícil, porque tendría que localizaros primero. Eso o esperar que muráis. Sé que no es fácil que lo entiendas, pero acabarás comprendiéndolo. Mientras Yaita esté viva no la puedo traer al Hogar, a menos que me acerque al planeta y sepa dónde está. Puesto que el cuerpo que está en la Matriz carece de alma, significa que ella vive.



—Sí, te entiendo; pero yo sólo quiero saber si no la han apresado. Dios, en este momento pueden estar haciéndole daño, torturándola o... —no quiso seguir poniendo ejemplos.

—Eso no lo puedo saber.

—Me sorprende haber estado aquí tanto tiempo y saber tan poco de ti.

—¿Crees que no me gustaría conocer mis limitaciones y posibilidades? Te repito que únicamente obtengo nuevas nociones cuando la situación lo requiere. El Código sólo se abre a mí cuando le parece bien. No es un libro que pueda leer por curiosidad. ¿Sabes? Temo que me estoy volviendo demasiado humana —terminó riendo.

—¿Qué más hay acerca de la Matriz y de la sala Azul?

—¿Llamas sala Azul donde están las Matrices y el sistema para transportarte? Me gusta el nombre.

—¿Qué es exactamente la Matriz?

—Conserva los... ¿cómo diría?... Ah, sí. Guarda los moldes de tu cuerpo y del de Yaita, además de los registros mentales de ambos. Tranquilízate y escucha.

—Estoy tranquilo y soy todo oídos.

—Apenas os marchasteis, averigüé cuáles son los módulos inalterables en el Hogar, los que no puedo modificar. No tengo ningún control sobre ellos. Aunque te parezca extraño, hasta poco antes de que os enviara al planeta, no podía entrar en ellos ni mostrártelos. Esas unidades, y las que alojan al Código, son el Núcleo original del Hogar. Puedo hacer una habitación si lo deseas, un campo de fútbol, una piscina o una montaña; ignoro el límite de mis posibilidades. Te confieso que me da miedo conocerlo.

—¿De dónde sacas la energía?

—Tampoco lo sé, pero siempre está a mi alcance, solo tengo que tomarla. Quizá sea la energía que discurre por el espacio, los restos de la fuerza que creó el universo. Pero eso carece de importancia.

—Creo que sí la tiene, Eva. ¿No te has parado a pensar en las inmensas posibilidades que tienes a tu alcance? Por favor, no te subestimes.

—Gracias, Dar —dijo Eva, halagada.

—¿Puedo volver a la vida tantas veces como me maten, mi cuerpo sea destruido en un accidente o muera de vejez?

Dar se asustó al comprobar que Eva tardaba más de lo normal en responderle.

—Bueno, supongo que sí.

—¿Por qué has dudado?

—Todo tiene un límite, Dar. No sé cuántas veces podrías resucitar. En la Matriz hay un cuerpo preparado para cuando mueras, y apostaría que otro lo reemplazaría al instante, pero no puedo saber cuántos hay exactamente.

—¿Cómo sabría que las resurrecciones terminarían?

—Cuando no hubiera un cuerpo en la Cripta.

—¿Eso no está en tus manos?

—He sido creada por seres, no por dioses.

—¿Crees en algún dios?

—No he sido diseñada para hablar de abstracciones. Por lo que sé de ti, crees en un ser superior. Ese es tu dios.

—¿Puedes fabricar más matrices, tantas como quieras?

—Imposible. Todo lo que existe en las Salas Azules es imposible de reproducir —añadió Eva, dubitativa—. No puedo duplicar nada de los módulos básicos. ¿Por qué me has hecho esa pregunta?

—Olvídalo. Había dejado volar mi imaginación. Me pasó por la cabeza que un ejército formado con soldados registrados en matrices sería invencible. ¿Puedes imaginar cómo combatirían unos soldados que supieran que si morían podrían volver a vivir? Sería el mejor ejército jamás visto, y sus enemigos se desmoralizarían sabiendo que aunque los matasen volverían al campo de batalla.

—No me gusta que pienses así —le reprochó Eva.

—Nunca he tenido sueños de poder. No me atrae la idea de convertirme en un dictador; siempre me resultaron odiosos. ¿Sabías que apareceríamos desnudos en ese mundo? No, no me contestes. Puedo adivinar tu respuesta, será que yo no te lo pregunté. Pero pudiste hacer que apareciéramos con ropas, ¿verdad?

—Supongo que sí. Bueno, de hecho estoy segura.

—¿Por qué no lo hiciste?

—No pensé que eso os causara problemas. La desnudez es un concepto difícil de entender para mí. A veces paseabas por el Hogar desnudo, pero también vestido.

—Eva, quiero que para el próximo viaje yo llegue vestido, y a ser posible con algunas armas.

—¿Próximo envío? ¿Qué estás pensando?

Dar dijo, asombrado:

—Volver a ese planeta, naturalmente.

Escuchó una especie de sonido extraño y a continuación:

—Estás loco. Es un mundo peligroso. Ya te han matado una vez. ¿Quieres morir de nuevo?

Aquella cena había sido la mejor que le sirvió Eva. Se sintió satisfecho. Pero su pensamiento estaba en Yaita, y constantemente se preguntaba si estaría a salvo.

Estudió la pistola que Eva le había proporcionado. El contacto del frío y pulido metal era agradable. En la culata había un cargador de cien cartuchos con vaina cuadrada y bala explosiva.

Un rato antes dio instrucciones a Eva acerca del arma que, según su idea, siempre había tenido en mente. La probó en una galería de tiro que Eva le fabricó, y quedó satisfecho. La pistola era ligera y no podía encasquillarse.

Recordó lo que Eva le dijo cuando hizo aparecer el arma en una mesa, junto con una docena de cargadores:

—No me gustan las armas; pero quiero que te sientas seguro en ese planeta.

—Eres un encanto —sonrió Dar. Sabía que Eva vería su sonrisa de agradecimiento. Antes de tener el arma había temido que no se la pudiera facilitar—. Pero tienes que lograr que esta pistola me acompañe, además de ropas. Creo que hace frío de noche.

—Lo intentaré, pero no te puedo asegurar nada. Dar, sé sincero conmigo. ¿Sólo quieres volver por la muchacha?

—Creo que sí. Está en peligro. Necesito averiguar porqué la perseguían tantos soldados. ¿Te expliqué que son reclutados a la fuerza y mandados por un misterioso personaje vestido de negro y armado con una pistola? No lo entiendo; los oficiales y la tropa vestida de amarillo sólo llevaban espadas y lanzas. Menudo anacronismo. Todavía no sé qué nivel tecnológico existe en ese planeta. Ojalá pudieras decírmelo. Necesito información para saber cómo comportarme y cometer los menos errores posibles.

—Me gustaría ayudarte, pero no puedo darte información al respecto. Para ello necesitaría desplazarme al planeta y estudiarlo durante varios días.

—¿Por qué no le echas un vistazo?

—Me gustaría, pero no puedo moverme de aquí.

—¿Te lo prohíbe el Código?

—No lo he consultado, pero es seguro que sí.

—Así que no te puedes mover. Lástima.

—No he dicho eso, sino que por ahora no me está permitido desplazarme.

—Lástima. Me habría gustado que me acompañaras y me dejaras en un lugar donde nadie me viera aparecer.

—Debo darte un consejo, Dar.

—Te escucho.

—Si eres apresado y te encuentras en una situación difícil, no dudes en suicidarte para volver al Hogar.

—Ya lo había pensado, pero gracias por recordármelo. ¿Sabes? Me cuesta admitir que volveré a la vida si muero —miró al rincón del que surgía la voz de Eva—. ¿Y si fallara el milagro?

—No fallará —rió Eva.

—Sigamos hablando de ese planeta, que por cierto aún no sé cómo se llama. Sus habitantes son humanos, es evidente; entre los soldados había bastante mestizaje, arios, negros, asiáticos... Cuando partimos de la Tierra no se había descubierto ninguna clase de vida inteligente en el Cosmos, y todos los planetas descubiertos en lejanas estrellas eran gigantes, mayores que Júpiter; en la estrella M-5678 fue detectado un mundo que podía ser una copia de la Tierra, y a él nos enviaron. Nada menos que once años luz, que recorreríamos en veinte años. Dios mío, no sé qué esperaban de nosotros, pues regresaríamos al cabo de cuarenta años. ¿Crees que para entonces sobreviviría mi mundo? La gente que he visto en el planeta son como yo, incluso hablan una jerga que me suena a esperanto, o a una mezcla de varias lenguas. Si no hubiera explorado las estrellas que nos rodean, creería que he visitado la Tierra. Increíble, Eva. No esperábamos aterrizar en un mundo que se pareciera tanto al mío, nos conformábamos con que tuviera aire y una poca de agua. Creo que los habitantes del planeta son descendientes de terrestres. Quizá llegó una expedición posterior a la mía, la nave podía navegar más rápida y...

—Resumiendo, ese planeta no es la Tierra. En cuanto a que sus habitantes pueden descender de la Tierra, tu teoría tiene un fallo, Dar.

—¿Cuál?

—No podemos saber con exactitud el tiempo que ha transcurrido en la Tierra desde que el Vorágine partió, aunque lo calculamos entre veinte y quinientos años; si hubieran pasado cinco siglos, seguiría pensando que es un plazo demasiado corto para alcanzar un desarrollo demográfico y sociológico como tú mismo lo has visto.

Dar soltó una carcajada.

—Acabarás convenciéndome de que los terrestres descendemos de esa gente, que ellos llegaron a la Tierra hace miles de años y luego olvidaron su origen.

—Una cosa u otra, Dar. Es imposible que una misma especie evolucione en dos planetas distintos, separados por... ¿Cuánta distancia? No sabemos cuántos años luz nos separan de la Tierra.

—Dentro de unos días te responderé a todas las preguntas —afirmó Dar.

—No sólo en el planeta de Yaita viven humanos, Dar.

—¿Qué? —preguntó Dar, casi dejando escapar la pistola de sus manos.

—En el otro planeta también viven humanos.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo exploré también.

—¿No encontraste en él una chica moribunda?

—Oh, ni siquiera lo intenté.

—¿Por qué no?

—Es infranqueable. Descubrí que una extraña fuerza me impediría sacar de él un ser vivo o muerto. Tampoco podría enviar un ser humano a su superficie —añadió—. Así que olvídate de explorarlo.

—Creo que en el primer planeta podré descubrir por qué el otro está protegido por una barrera —ajustó la pistola al cinto y dijo—: Estoy preparado. Cuando quieras puedes dormirme, Eva.

—Sígueme a la Sala Azul. Por cierto, ¿estás seguro de querer ir?

Dar había pedido a Eva que le situase a un par de kilómetros del campamento. Quería explorar sus alrededores.

Lo primero que comprobó cuando abrió los ojos era que estaba vestido, calzado, y llevaba consigo todo lo que creía que iba a necesitar, la pistola, la munición, los alimentos concentrados y las raciones de agua. Eva no le había defraudado. Algún día le demostraría su agradecimiento.

Por la posición del sol calculó que estaba donde quería. Encontró el bosque donde Yaita intentó despistarle. El planeta tardaba veinticinco horas y diez minutos en dar una vuelta completa sobre su eje. Desde el Hogar lo había estudiado y sabía que era un poco más pequeño que la Tierra. En su anterior viaje sólo permaneció unas horas. Ahora confiaba en no volver al Hogar tan pronto.

No quería pensar en el regreso: la idea de tener que morir o suicidarse le parecía horrible.

Movió la cabeza con pesimismo. Echó a andar, preguntándose si algún día obtendría el conocimiento necesario del Código para regalarle un billete de ida y vuelta sin que tuviera que mediar su muerte.

Se detuvo para orientarse. Tenía que dirigirse hacia el sur, ya que suponía que hacia aquella dirección estaba el campamento. Miró su muñeca izquierda. El reloj lo había acompañado. Habían pasado veintidós horas desde que le ajusticiaron.

Se adentró en el bosque, buscando el riachuelo que le llevaría al claro donde se levantaba el campamento.

Avanzó con precaución, para no ser sorprendido por alguna patrulla o algún soldado. De vez en cuando miraba hacia las copas de los árboles; una plataforma podía sobrevolarle.

Encontró el riachuelo y lo salvó de un salto. Por la dirección de la corriente, el campamento debía quedar a su derecha. Unos minutos después observaba la llanura.

No vio ningún asentamiento de tropas.

Tras asegurarse de que no había nadie por los alrededores, salió de detrás del matorral y caminó de un lado a otro, la mano rozando la culata de su pistola. Se detuvo. Delante de él había señales inequívocas de que allí había estado el campamento.

Lo más sorprendente para Dar fue encontrar las tiendas de lona derribadas y quemadas.

Parecía como si una horda hubiera pasado sobre aquel lugar, destrozándolo todo. Las tiendas de lona estaban derribadas y quemadas, y el terreno cubierto de restos de comida, armas rotas, ropas y... varios cadáveres. Sonrió al ver el poste donde fue amarrado y ejecutado. Había sangre cerca, su sangre.

Contó once cadáveres, algunos soldados, pero la mayoría eran oficiales. No vio al tipo vestido de negro. Todos habían sido muertos a lanzazos, un par de ellos decapitados. Sin embargo, también encontró en los cuerpos heridas de bala.

En el claro donde se posaron las plataformas descubrió zonas achicharradas, como si el fuego de un potente lanzallamas hubiera pasado por él.

Levantó con un palo un resto de tienda calcinado y llegó a la conclusión de que habían sido saqueadas. Quienes habían consumado la masacre se dedicaron al pillaje.

Miró en derredor. De las distantes casas no salía humo por sus chimeneas.

No debía permanecer allí más tiempo. Tocó las brasas de una hoguera y las encontró calientes. La matanza había sido reciente. No tardarían en llegar campesinos, cuando se les pasara el miedo, o los compañeros de los muertos.

Al alejarse tropezó con un cuerpo medio oculto entre la hierba. Lo reconoció: era el hombre vestido de negro. Se habían ensañado con él después de haberlo degollado; tenía clavadas dos puntas de lanza. Su rostro miraba sin ver el cielo, contraído por un gesto de dolor y rabia.

Volvió al bosque, confundido, preguntándose qué había ocurrido. Apenas había alcanzado los primeros árboles, un ruido sordo le obligó a volver la cabeza.

Varias plataformas estaban descendiendo alrededor del campamento. Si se hubiera entretenido unos minutos más, habría sido sorprendido.

El sentido común le decía que se marchara de allí cuanto antes, pero sentía curiosidad y se quedó, agazapado tras un denso arbusto. Los hombres que bajaron de las plataformas vestían de negro. En sus manos llevaban armas de fuego, unos extraños rifles. Eran docenas y echaron a correr hacia el arrasado campamento.

Dar se dijo que podían adentrarse en el bosque, buscando a los causantes de la matanza, y emprendió una veloz carrera. La tropa vestida de negro descubriría que la lucha era reciente y el enemigo no debía andar lejos.

Cruzó el pequeño bosque y se detuvo a descansar. Bebió un poco de agua. Delante de él tenía de nuevo la llanura. La observó largo rato. ¿Hacia dónde dirigirse?

Recordó las palabras de Reude. Aquel hombre le habló con temor de los guardias negros.

Los oficiales de la tropa amarilla parecían tener miedo al tipo que le condenó a muerte. ¿Aquella región estaba en guerra? Si lo estaba, ¿quiénes eran los soldados reclutados a la fuerza y la élite negra? Pero la pregunta que más se hacía Dar era quiénes eran sus enemigos.

¿Cómo podía enterarse de lo que estaba ocurriendo en aquella región del planeta sin levantar sospechas entre los aborígenes?

Debía encontrar un pueblo o una ciudad. En su cinturón llevaba un puñado de monedas de oro que Eva le proporcionó después que le hiciera un diseño bastante aproximado de las que encontró en la bolsa del soldado al que mató.

Lo más urgente para él seguía siendo encontrar un núcleo urbano lo bastante grande como para que le permitiera pasar desapercibido. Sus ropas no eran demasiado diferentes a las que usaban los campesinos que vio desde el aire cuando fue conducido al campamento.

Se abrió la camisa y la puso por fuera de los pantalones, escondiendo la pistola en la cintura.

Echó a caminar, cruzó varios campos de cultivo. De las chozas seguía sin salir humo. Sus dueños podían estar dentro de ellas, temblando de miedo. La presencia de las plataformas debía haberlos atemorizado.

Después de pensarlo, decidió no llamar a la puerta de una granja. Los campesinos eran desconfiados en todas partes y no le recibirían con entusiasmo.

Una hora después llegó a un camino. Iba a cruzarlo cuando vio a su derecha aproximarse un carromato tirado por una pareja de enormes caballos. Un hombre caminaba al lado, tirando de las bridas y arrastrando un largo látigo por el polvo.

Dar se situó en medio del camino y levantó una mano. Por un momento temió que el hombre echase a correr, abandonando el carro. Para tranquilizarlo, le mostró una amplia sonrisa.

El nativo detuvo los caballos y miró a Dar con recelo. Era un muchacho joven. Vestía camisa y pantalones ajados. Cubría la cabeza con un sombrero de ala ancha del que salía una larga cabellera rubia.

—Hola —saludó Dar, echando a andar.

No podía ver el interior del carro, pero creía que no había más personas.

—Paz, hermano —respondió el joven quedamente, uniendo las palmas de sus manos.

Dar se dijo que debía responder de igual forma y repitió el gesto del muchacho.

—Paz, hermano —dijo, inclinando la cabeza—. Llevo todo el día caminando. Te agradecería que me permitieras descansar en tu carro hasta el próximo pueblo.

El chico miró con desconfianza a Dar, y éste se preguntó si era costumbre en aquel lugar recoger caminantes cansados.

Dar miró el pescante vacío. ¿Por qué el chico no iba sentado en él?

—Salí anoche de mi granja —dijo—. No viajo en mi carro porque tenía el eje partido y no me quedaba tiempo para repararlo. Necesito ir a la ciudad.

—¿A cuál de ellas? —preguntó el muchacho.

Dar no había pensado que hubiera dos.

—A la más importante y cercana —respondió.

Su respuesta no sorprendió al chico. Dar sonrió.

El campesino señaló el carro y dijo:

—De acuerdo, hermano. Sube y descansa un rato, pero tendrás que bajarte pronto, pues llevo mucha carga y los caballos están agotados.

Dar saltó al pescante a la vez que el chico arreaba los caballos. Una vez arriba, miró atrás. Estuvo a punto de soltar una maldición al ver la clase de mercancía que transportaba.

En el carro había dos toscos ataúdes de madera, y por la forma en que se movían a causa de los baches, era fácil adivinar que estaban ocupados.

## CAPÍTULO VIII

Esperó un rato para descender del carro. Aparte de alejarse de la fúnebre carga, quería caminar junto al joven y conversar con él. Si no era demasiado patán, podía resultar una buena fuente de información.

—¿Ya te encuentras mejor? —preguntó el muchacho.

—Sí. Sólo me dolían los pies un poco. Se me ha abierto el apetito. ¿Tienes algo para comer? —al ver que el chico le miraba sorprendido, Dar se apresuró a añadir—: Naturalmente, te pagaría la comida. Cualquiera cosa, no soy muy exigente.

Para convencerle de que no quería comer a su costa, sacó del cinturón una moneda y la puso en la mano del chico que sostenía el látigo que no había usado una sola vez para fustigar a los animales. Los caballos debían estar bien enseñados y no necesitaban que los castigasen.

El joven abrió los ojos ante el brillo de la moneda. Dar temió ser demasiado generoso al desconocer el valor del oro entre aquellas gentes.

—No tengo otra moneda —dijo—. Puedes quedártela a cambio de algo de comer y beber.

El campesino se apresuró a sacar de la bolsa que llevaba colgada al hombro un trozo de queso y otro de pan, a lo que añadió una botella de barro. Dar la abrió y olisqueó el vino, ácido y rojo. La verdad era que no tenía apetito, pero necesitaba una excusa para comprar la voluntad del chico a cambio de un poco de oro.

El queso era demasiado fuerte para su paladar; dio buena cuenta de él, después de haber afirmado que tenía hambre. El pan estaba un poco duro; sin embargo, el vino se mantenía fresco y tenía un buen sabor.

—Me llamo Dar —dijo, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—Mi nombre es Juess, hermano —respondió el chico, sonriente. Dar observó divertido que no sacaba la mano del bolsillo en el que había guardado la moneda, debía de estar tocándola para asegurarse que era suya. Aquellos gramos de oro debían significar una cantidad importante de dinero para él.

Debía ser más cuidadoso y evitar ser demasiado generoso. Un desconocido con ese comportamiento podía despertar las sospechas de los nativos.

—¿Vives muy lejos de aquí? —preguntó.

—Más allá del bosque. Partí al amanecer, apenas despuntó el alba. Cuando apareciste en el camino me llevé un susto, pero me alegro de que me acompañes.

—¿De veras?

—Oh, no lo digo por lo generoso que has sido conmigo, sino porque es mejor tener compañía en estos caminos. Con la moneda que me has dado podré pagar unos rituales más decorosos para mis padres.

—¿Tus padres están en los ataúdes?

—Murieron ayer. El edil de la comarca extendió los certificados de defunción.

—¿Adonde los llevas para enterrarlos?

Juess le miró sorprendido.

—¿Enterrarlos? —parecía ofendido—. No soy rico, pero he podido comprar los ataúdes y perder el día llevándolos para que los incineren esta noche. Me habría empeñado para no evitar complicaciones.

—Eres muy joven. ¿No tienes hermanos o parientes que te ayuden? Tus padres no debían ser muy ancianos

—Él tenía cuarenta años, y mi madre treinta y ocho —su rostro se ensombreció—. Es cierto que han muerto muy pronto, pero debo aceptar con resignación el destino.

—Así que no tienes más familia.

—Tenía un hermano, pero hace dos años lo sorprendió la leva y le enviaron a las llanuras. Al

cabo de un mes nos enteramos de que había muerto. Su muerte tuvo la culpa de que mis padres empezaran a tomar más dosis de lo normal. Incluso hipotecaron la granja para conseguirlas —sonrió tristemente—. Creo que no me podré volver a ella, y los prestamistas se la quedarán. Intentaré encontrar un trabajo en la ciudad.

—¿Crees que podrás salir adelante? Eres demasiado joven. ¿Qué sabes hacer además de cuidar de una granja?

—Nada, pero tendré más posibilidades en la ciudad, donde es más difícil que los guardias negros encuentren a quien no ha prestado los años de servicio en las compañías amarillas —se volvió para mirar a Dar—. No llevas al cuello la cinta de licenciado, y eres bastante mayor.

Dar trató de sonreír.

—He tenido suerte hasta ahora.

Juess movió la cabeza y dijo:

—Eres un poco extraño. Has dicho que vives cerca, pero parece venir de muy lejos, del confín habitado. Perdona que te lo pregunte, pero ¿eres un infiel?

Dar permaneció callado. Juess empezaba a sospechar de él.

—¿Puedo confiaren ti? —preguntó.

—Claro. Yo sería un infiel, pero tengo demasiado miedo para enfrentarme a los guardias negros.

—No sé lo que significa ser infiel, de veras. He vivido aislado desde que era un niño. No sé mucho del mundo ni de sus costumbres. Creo que perdí parte de mis recuerdos en un accidente. Estoy confundido. Te recompensaré si me ayudas a no cometer errores en la ciudad.

—¿Perdiste la memoria en un accidente o por abusar de las raciones? A muchas personas les pasa que olvidan quiénes son, se vuelven locas o mueren prematuramente. Cerca de mi granja vive un hombre que ya no recuerda ni como se llama, no reconoce a su mujer, y no le importa que ella se acueste con sus vecinos. Pero no tienes la misma mirada de ese pobre hombre.

—Nunca he tomado la ración, al menos que recuerde. No conocí a mis padres; vivía con unas personas muy viejas, que decían haberme encontrado vagando por el campo. Me recogieron y cuidaron. Cuando murieron, me dije que debía conocer el mundo.

—Llevas buenas ropas y tienes dinero, que gastas sin conocer su valor. ¿Por qué me has dado mil veces lo que vale la comida?

—¿Comprendes por qué necesito que alguien me ayude? Los viejos tenían bastante oro. ¿Qué se puede comprar con la moneda de oro que te di? —se apresuró a añadir—: No voy a pedirte que me la devuelvas. Es más, te daré otra igual si me ayudas y me explicas todo lo que necesito saber.

—Mis padres, antes de que enfermaran, me enseñaron a no engañar a la gente. Te diré todo lo que quieras sin que me des más dinero —sacudió la cabeza—. No sé, pero creo que tendrás dificultades en la ciudad, en cualquiera de ellas.

—Hagamos un trato. Yo cuidaré de ti y pagaré todos tus gastos durante el tiempo que decidas permanecer conmigo. Comida y alojamiento. ¿Qué te parece? Sólo te pido a cambio que seas mi guía y consejero.

Juess se quedó pensativo; pero sonrió enseguida y tendió su mano derecha a Dar, que se la estrechó.

—Puede ser divertido —dijo jovialmente el chico—. La verdad es que tengo pocas ganas de ponerme a trabajar tan pronto. Cuando entregue los cuerpos de mis padres en la Ciudad Prohibida, iremos a Deshtie.

—¿Ciudad Prohibida? —repitió Dar—. Explicame qué es esa ciudad, Juess.

Cuando Juess detuvo el carromato y señaló hacia delante, Dar vio dos ciudades separadas por un caudaloso río.

Una de ellas, a pesar de hallarse aún lejos, era un conglomerado de viejas y destartaladas casas, mientras que la otra, situada en el margen derecho del río, superaba con creces las más modernas urbes que Dar había conocido en la Tierra.

—La ciudad prohibida debe ser aquella, ¿no? —dijo, señalando la del margen derecho del río.

—Sí. Nosotros sólo llegaremos hasta la zona permitida del pueblo, donde se harán cargo de

los cadáveres. Debemos apresurarnos, se nos está haciendo tarde.

Hasta un par de horas antes habían hecho el viaje sin ver a nadie en el camino, pero a medida que se acercaban a las ciudades las carretas y los caminantes eran cada vez más numerosos. En dos ocasiones les sobrevolaron plataformas en dirección a la ciudad moderna.

Tuvieron que cruzar un puente de hierro para llegar al otro lado del río. Dar se llevó la sorpresa de encontrar una carretera amplia y bien asfaltada, aunque mal cuidada, con arbustos y montones de arena en las cunetas.

Otro misterio que añadir a los muchos que ya llevaba anotados en la mente.

La ciudad de la izquierda era tan grande como horrible; la llamada Ciudad Prohibida era menos populosa, pero deslumbrante, con altos edificios que parecían de plata y cristal, rodeada por una alta muralla de pulidos bloques de granito negro y azul.

Decenas de plataformas de diversos diámetros, pero cerradas y con uno o dos pasajeros, se deslizaban a varios centímetros de la autopista que conducía a la Ciudad Prohibida. Los pasajeros vestían lujosamente. Dar vio mujeres hermosas acompañando a hombres altaneros, que no volvían una sola mirada hacia la multitud mal vestida y temerosa que iba de un lado a otro, caminando o en carros tirados por caballos y otros animales que a Dar le recordaron los bueyes terrestres.

A medida que se aproximaban a la ciudad majestuosa, iba descubriendo en ella muchos detalles sorprendentes. La alta muralla de granito que la rodeaba estaba llena de incrustaciones de metal dorado. Las terrazas de los edificios que sobresalían tenían jardines; pasarelas cubiertas comunicaban unos edificios con otros.

Observó que Juess conducía el carro hacia una de las muchas entradas de la ciudad. Otra carreta les precedía. Las demás se habían desviado hacia el camino que terminaba en la ciudad sombría. Dar miró atrás y vio que nadie les seguía. La multitud harapienta parecía ignorar la ciudad luminosa.

Juess detuvo el carromato ante una cuesta que terminaba en una puerta de madera grande y negra; cuando Dar fue a preguntarle qué esperaban, el joven se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio. El carro que estaba delante de ellos recibió el permiso para que avanzara de dos hombres vestidos de negro y armados con fusiles. Dar no los miraba directamente, y de reojo observó que reían y se burlaban del hombre que tiraba de las bestias para que el carro subiera la cuesta.

Los dos guardias vestían igual que el hombre de negro que le interrogó, quien horas más tarde tuvo una muerte furiosa a manos de unos misteriosos vengadores.

Un guardia les hizo señas para que avanzaran.

Cuando llegaron ante los guardias Dar dejó que Juess hablase. Los hombres vestidos de negro leyeron un papel que el joven les entregó, uno subió al carro, levantó las tapas de los ataúdes y miró a su interior. Hizo un gesto de repugnancia, se tapó la nariz y bajó de un salto. Se volvió hacia Juess y le hizo una señal para que continuase.

Al pasar delante de los guardias, Dar agachó la cabeza; se sintió observado; cuando se alejaron, volvió la mirada y respiró aliviado al ver a los dos hombres hablar y reír. Había temido que su ropa, demasiado limpia, hubiera despertado sospechas.

Si había esperado entrar en la ciudad y conocerla mejor, no tardó en darse cuenta de su error; cuando Juess detuvo el carro ante el primer edificio que había al otro lado de la entrada, cuatro hombres vestidos de púrpura les salieron al paso, empujando unas camillas con rueda, sobre las que pusieron los ataúdes. Juess habló con el encargado, y Dar vio que le entregaba la moneda de oro que le había dado. El hombre asintió y le devolvió varias de plata y cobre. Dar no pudo enterarse de lo que hablaron, pero cuando las camillas fueron empujadas hacia el interior del edificio, el chico le explicó:

—Me han prometido que entonarán oraciones cuando mis padres sean incinerados. Dentro de dos días puedo volver para recoger las cenizas, si deseo conservarlas.

—¿Qué piensas hacer? ¿Llevarlas al mar y esparcirlas?

—Oh, no. El mar queda lejos. No dispongo de un lugar seguro donde depositarlas. Si dentro de veinte días no vuelvo, guardarán los recipientes. Mis padres descansarán en este bendito lugar.



—¿Te fías de esos hombres?

—¡Claro que sí! Aunque viven al otro lado del camino, son honorables. Ah, ellos son afortunados. Cualquiera daría su brazo derecho por trabajar en los hornos crematorios de Taisha.

—¿Taisha?

—Taisha es el nombre de la Ciudad Prohibida. A los amos no les gusta que la llamemos así —susurró Juess, como si temiera ser escuchado.

Desandaron el camino, salieron de Taisha y entraron en la ciudad oscura. Juess dijo que se llamaba Deshtie. Ya anochecía y Dar propuso a Juess que buscaran un sitio para pasar la noche.

—Y también cenar. Estoy muerto de hambre, pero me gustaría comer algo que no sea queso —añadió.

—En Deshtie hay muchos sitios donde saciar el apetito, y al alcance de todas las fortunas, y también para descansar en una habitación limpia y confortable.

—Estupendo. Descansaremos esta noche, mañana nos levantaremos temprano y tú me llevarás a una biblioteca pública.

—¿Te refieres a los edificios donde se guardan los libros?

—¿Es que no hay biblioteca en Deshtie?

—Ya no. Antes sí las había, y lugares donde la gente aprendía viendo cosas en cuadros mágicos —Jess rió—. Mis padres me contaron que ellos las vieron cuando eran niños, pero debía ser un cuento. Además, ¿para qué quiero libros? No sé leer. Casi nadie sabe.

—¿Es que nadie va a la escuela?

—¿Escuelas? ¿Para qué sirven?

Dar había notado que Juess miraba encima del hombro, como si temiera que pudieran escucharles. Taisha estaba ya lejos, luminosa en el atardecer.

—Sólo los privilegiados pueden aprender. Las viejas escuelas de la ciudad son ahora establos; los ediles dicen que así son más provechosos los viejos edificios.

Dar soltó una sarta de maldiciones entre dientes, en su idioma. Al oírle, Juess le miró sorprendido, pero no se atrevió a preguntarle qué había dicho.

Trató de ordenar las ideas. En pocas horas había aprendido bastante acerca de las costumbres locales, pero seguía sin entenderlas. De lo que estaba seguro era que el planeta, o aquella región, estaba regido por una casta privilegiada que sometía a una brutal dictadura a la mayoría de la población, condenándola a la ignorancia, la superstición y el fanatismo religioso, sostenido por el terror que infundía al pueblo un ejército de soldados de negro que a su vez controlaba una soldadesca reclutada a la fuerza.

Los guardianes de Taisha no eran rústicos soldados armados con lanzas y espadas, sino altaneros guerreros con pistolas de efectos aún desconocidos para él.

Deshtie le pareció la ciudad gris y no muy limpia que había observado de lejos; al internarse en sus callejuelas su aspecto era aún más desolador. Dar observó las casas de dos, tres o cuatro plantas, se fijó en ellas y llegó a la conclusión de que bajo su capa de mugre eran elegantes y bien construidas, pero que no habían podido soportar el paso del tiempo, quizá porque nadie se había preocupado de conservarlas. Después de salir del dédalo que conformaba el arrabal, descubrió que las avenidas debieron ser originalmente muy amplias; pero en éstas había chabolas y chozas, todas rodeadas de inmundicias.

Los ciudadanos iban de un lado para otro procurando apartarse de cuantos pasaban cerca, todos recelosos, mostrando sus miedos en cada gesto.

Juess hizo detener el carro delante de un edificio grande, como otros de ajada belleza en sus piedras labradas. Tenía una amplia puerta que daba a un gran patio. Al fondo, bajo una galería, varias personas se sentaban alrededor de mesas de tosca madera. Dos muchachas les servían comida y bebidas. Dar arrugó la nariz. El olor que emanaba de la posada era pestilente.

El muchacho le pidió que se sentara en una mesa mientras él se ocupaba de encerrar el carro y los animales en las cuadras.

Dar eligió una mesa apartada. El fuego de la chimenea apenas llegaba hasta aquel rincón, pero lo prefirió porque estaba apartado de los parroquianos. Esperó que Juess regresara. Llevaba en un

bolsillo algunos cigarros, pero no veía a nadie fumar y decidió no hacerlo. Se distrajo observando a los clientes. En la posada el ambiente no era tan tétrico como el que había visto en las calles. Allí los hombres y las mujeres que les acompañaban vestían mejores ropas y tenían buen aspecto.

La mesa más próxima estaba ocupada por tres hombres, uno de ellos muy obeso, que vestían ropas limpias y comían a dos carrillos, bebiendo sin parar vino rojo. Gastaban bromas a las maduras camareras que les servían, y a éstas parecía complacerles.

Dar pensó que si hubiera viajado en el tiempo al medioevo terrestre, habría calificado al bullicioso grupo como comerciantes ansiosos por divertirse tras haber cerrado una excelente operación comercial.

Ocultó una sonrisa. Incluso en la clase oprimida había tipos que disfrutaban de un nivel de vida superior a la mayoría. Antes de abandonar el Hogar sopesó la posibilidad de quedarse a vivir para siempre en el planeta de la chica, pero había cambiado de opinión. Si pudiera decirle a Eva que le hiciera regresar a su lado, se lo pensaría dos veces.

Se preguntó si todos los clientes de la posada habían soñado una vez en su vida con escapar de la miseria y vivir en Taisha. No lo creía. A la ciudad deslumbrante la llamaban la Prohibida. Quizás a lo más que podían aspirar era a incinerar cadáveres, una profesión que seguramente sería despreciada por los altaneros habitantes del recinto amurallado.

Juess regresó en el momento en que una camarera se acercó a la mesa, sonriendo de forma insinuante a Dar. Al ver llegar a Juess, con su humilde indumentaria, hizo desaparecer su gesto amable y preguntó qué iban a comer.

Dar pidió a Juess que eligiese la comida. El muchacho ordenó caldo de ave, carne asada y verduras, y dos jarras de vino. Antes de que la camarera se retirase, Dar le dijo:

—También queremos una habitación con dos camas.

—La comida son tres tais y la habitación dos. ¿Tienes cinco tais, hermano? —preguntó la camarera.

Dar sacó una moneda de oro y se la entregó. La camarera abrió los ojos y sopesó la moneda para asegurarse que era de buena ley. Luego miró a Dar y replicó malhumorada:

—¿Crees que estamos en fiesta y la bolsa del dueño se ha llenado? No creo que tenga cambio —dejó de mala gala la moneda en la mesa.

Juess se apresuró a sacar de su bolsillo unas monedas de cobre, que la camarera se guardó, marchándose mascullando insultos.

—Esta moneda es mayor que la me me diste, Dar, vale más de mil tais —explicó Juess.

Empujó hacia Dar la moneda. Tendrá que cambiarla mañana por un puñado de piezas de plata—. Se había puesto nervioso y miraba a su alrededor con desconfianza, temeroso de que alguien hubiera visto el oro.

—Cierto que la otra moneda era pequeña, pero los tipos del crematorio te devolvieron algunas de cobre y plata.

—Les pedí que las oraciones por mis padres fueran largas. Ahora tengo más dinero.

—¿Has atracado a alguien? —preguntó Dar, riendo.

—He vendido el carro y los caballos. Me pagaron cien tais por todo.

—¿Nada más?

—Tal vez hubiera conseguido cinco o seis tais más si hubiese esperado hasta mañana; pero es buen precio.

—¿Por qué lo has hecho?

—Te dije que no volveré donde vivía. Me abriré camino en la ciudad.

Trajeron la comida. Dar probó el caldo. Estaba caliente y tenía buen sabor a carne de ave. El filete estaba tierno y poco hecho. El vino ya lo conocía, y fue lo que más le agradó.

—Cuéntame todo lo que sepas acerca de Taisha, Juess. ¿Quién manda en esa ciudad?

—El Privado. ¿Cómo es posible que lo ignores? ¿Tampoco sabes quién dice al Privado lo que tiene que hacer?

Dar negó con la cabeza. Una sombra de inquietud cruzó el rostro de Juess.

—Debería verte un médico. No digas a nadie que ignoras esas cosas, porque pensaría que eres

un infiel.

—¿Quiénes son los infieles? ¿Se trata de una secta hereje de la religión oficial? Vamos, cuéntame todo para que no cometa errores. Parece ser que decir cosas impropias en esa ciudad no es bueno para la salud.

—Un infiel es quien ha probado la ración y renegado de ella. Como dice el Privado, quien rechaza el dulce placer de los sueños, reniega de la existencia de Logaroh.

Dar dejó que Juess hablara; ya le preguntaría quién era Logaroh.

—...afirmando que todo es falso. También son considerados infieles aquellos que han escapado a las montañas y desafían la gloria de Logaroh y sus Privados, los que luchan contra los soldados y se enfrentan a los guardias negros. Los infieles entierran a sus muertos, no los entregan para que sean incinerados, y además, esos locos procrean a su libre albedrío y según los viejos sistemas. Por último, se niegan a pagar los impuestos establecidos. Gracias a Logaroh cada vez son menos, y pronto dejarán de existir.

—Tú eres un fiel seguidor de Logaroh —sonrió Dar.

—Mis padres fueron infieles durante un tiempo, pero se arrepintieron, renegaron de sus herejías y recibieron el perdón. Sin embargo, sus cabezas no volvieron a regir bien, y las raciones que les administraban eran muy fuertes para ellos, y cayeron en el vicio que a los ojos de Logaroh es el acto más infame que pueda cometer un mortal —Juess bajó la voz—. Por favor, no cuentes a nadie lo que te he dicho.

—¿Te avergüenzas de ello?

—Oh, no; pero temo por mi vida si llegara a los oídos de los espías del Privado que intento no tomar la dosis.

Habían terminado de comer y la camarera se acercó llevando una bandeja. Depositó sobre la mesa dos vasos de agua y dos saquitos. Cuando se alejó, Dar preguntó a Juess qué era aquello.

—Es la ración, hermano Dar. La hemos pagado.

## CAPÍTULO IX

Dar vio que Juess abría la bolsita y echaba su contenido, unos polvos blancos, en un vaso. Cuando fue a hacer el gesto para beber, le contuvo con un ademán enérgico.

—¿Es la ración? —preguntó.

—Sí...

—Creí que habías dicho que intentabas apartarte de ella.

—Nos están mirando, Dar, y si ven que no la tomamos nos denunciarán.

—Los vasos son de barro, no verán si echas dentro esos polvos de mierda. Guarda esas bolsas y las tiras más tarde. Finge que bebes. No sé qué es, pero no puede ser bueno si a quienes lo toman se les pone la cara de cretino que he visto en las calles.

Juess se quedó pensativo.

—Mis padres, antes de morir, me hicieron prometer que dejaría de tomar la dosis diaria, Dar. Creo que sabían lo que decían. Los infieles afirman que quema el cerebro y nos impide pensar, pero otros dicen que todo lo que Logaroh nos pide que hagamos tiene que ser bueno.

Dar se movió preocupado, algunos clientes les miraban. Cogió su vaso y obligó a Juess a que tomase el suyo. Dijo en voz alta:

—Subamos a la habitación. Ahí daremos buena cuenta de la ración.

Un hombre acudió a su llamada y les condujo hasta el piso de arriba. Recorrieron un pasillo estrecho, alumbrado por una solitaria esfera que producía una luz amarilla y triste. Abrió una puerta y entregó a Dar la llave, retirándose en silencio.

Dar cerró la puerta con la llave. Juess se acercó a una esfera que colgaba del techo y la encendió frotándola ligeramente con sus manos. Dar lo miró lleno de curiosidad. Se dijo que la luz se encendía mediante una reacción química. Cogió el vaso de Juess y arrojó su contenido en el lavabo que había en un rincón. Sacó un poco de los polvos de su saquito y los olió.

No podía saber si era una droga conocida en la Tierra; probó un poco con la punta de la lengua y le supo dulzón. Decidió guardar el resto. Juess le había estado observando. Dar le dijo que se sentase en una cama. Sacó los cigarros y encendió uno, ante la mirada asustada del muchacho.

—Fumar es malo, pero creo que es peor consumir todos los días esa porquería. Creo que el poder establecido os obliga a tomarla para impedir que penséis y lleguéis a la conclusión de que sois unos desgraciados y os gobierna una panda de cabrones. Puedo adivinar lo que pasa.

—Creo que deberías hablar con un consultor de Logaroh —dijo Juess.

—¿Quieres decir un confesor?

—No sé lo que es un confesor, pero los consultores ayudan a los indecisos. ¿Sabes? Es mejor dejarse llevar por el viento que luchar contra él. Si tuviera que elegir entre ser un infiel y un imbécil, elegiría lo último. Tendría más probabilidades de llegar a viejo.

—Deja de decir bobadas —Dar se aproximó hasta la ventana. Desde ella podía ver el patio y parte del comedor. La camarera que les había servido estaba hablando con dos hombres. La vio señalar el piso superior. Dar se apartó. Aquella noche dormiría con un ojo abierto—. Si quieres seguir a mi lado tienes que prometerme que no volverás a tomar esos polvos. ¿Qué decides?

—Te lo juro, Dar. Quiero ser tu amigo.

—Te daré una oportunidad. He conocido a un hombre que me dijo que no tomaba la ración desde hacía mucho tiempo. Se llamaba Reude. No sé si aún vive. Es o era un soldado amarillo, y pertenecía a un pelotón destinado a un campamento mandado por un tipo vestido de negro. Cuando volví, lo habían arrasado. Al jefe negro lo habían matado a hachazos, se enseñaron con él. ¿Quiénes lo hicieron, Juess?

—Los infieles.

—¿Estás seguro? Creí que eran unos locos; a veces los salvapatrias son tan peligrosos como los tiranos, en el fondo sólo aspiran a ocupar los puestos de los que pretenden derrocar.

—No los menosprecies. Mi granja no estaba lejos de ese campamento, levantado hace unos días para perseguir a un grupo de infieles, sobre todo a uno de sus líderes. La misma noche que murieron mis padres, atacaron por sorpresa el campamento. El edil que fue a darme los certificados para la cremación, me dijo que contaron con la colaboración de muchos soldados, y todos juntos escaparon en las plataformas.

—Todo el despliegue de hombres, según tú, había sido ordenado para detener a cierto personaje. ¿A quién exactamente?

—Un par de días antes de que llegaran las plataformas, un vecino me visitó para interesarse por la salud de mis padres, y me contó los rumores que corrían del infiel que había venido del otro lado de la barrera protectora para destruir Taishalant, pero fue descubierto y había logrado huir, refugiándose en las llanuras, donde le esperaba un grupo de infieles. Los soldados que le perseguían estaban a punto de apresarle cuando se esfumó delante de ellos, sin que hasta el momento haya podido ser encontrado.

Dar se sobresaltó.

—¿Te explicó cómo desapareció?

—Parece ser que mientras huía en la noche cayó por un barranco. Cuando los soldados bajaron no encontraron su cuerpo.

Dar dijo que era hora de dormir y se tumbó en la otra cama, después de aminorar el resplandor de la lámpara. Cuando escuchó a Juess roncar, sacó su pistola del cinturón y la colocó debajo de la almohada.

Se durmió pensando en Yaita-La.

Un rato más tarde fue despertado por unos ruidos procedentes de la puerta. Se volvió a mirarla y vio que la abrían despacio.

Dos sombras se recortaron bajo el dintel de la puerta y se deslizaron al interior de la habitación. Se detuvieron para habituarse a la oscuridad.

Dar pensó que por la posada había corrido la voz de que el forastero pagaba con oro y parecía llevar más monedas en su cinturón. Los ladrones no habían tardado en actuar.

Los observó. Sólo eran dos, no había nadie más en el pasillo. Uno de ellos señaló a Juess a su compañero y dio unos pasos en dirección a la cama que ocupaba el forastero.

Dar empuñó la pistola y saltó de la cama; mientras caía al otro lado apretó el gatillo, en la habitación retumbó el disparo y el hombre que estaba más cerca de él fue lanzado contra la pared. Al caer su espalda dejó un rastro de sangre en los desconchados.

El otro ladrón se revolvió. Llevaba una daga en la mano y miró a Dar, gritó asustado, y antes de que echara a correr se escuchó otro estampido y en su pecho apareció una gran mancha roja. Se tambaleó y recorrió el cuarto, trató de mantener el equilibrio junto a la ventana y acabó cayendo sobre ella, destrozándola y precipitándose al patio.

Dar se incorporó y corrió a mirar abajo. El cuerpo del ladrón estaba tendido con los brazos en cruz, sobre un charco de sangre. No se movía.

Se apartó de la ventana y comprobó que el otro ladrón estaba muerto. Juess estaba de pie detrás de él, mirándole sorprendido.

—¿Quiénes son, hermano Dar? —preguntó el chico. Tenía en la mano un cuchillo.

—Una visita al olor del oro. Debí esperarla.

Escucharon voces en el patio. Se acercaron a la ventana y vieron a mucha gente que corría para ver al muerto.

El posadero parecía el más consternado. Echó la cabeza atrás y miró a la ventana.

—Eh, tú; envía a alguien a limpiar el cuarto. Tu sucia posada deja mucho que desear en cuestión de higiene, hay demasiado bichos.

Un minuto después el posadero y tres criados entraron en la habitación, se detuvieron a los pies del cadáver.

—¿Cómo lo ha matado? —preguntó, señalando la herida.

—Eso no te importa. Llévatelo y déjanos dormir. Mañana me explicarás cómo ese ladrón tenía una llave de la puerta.

—Tendré que dar parte de lo sucedido...

—Espera a mañana. Ahora quiero dormir. ¡Fuera!

Cuando se quedaron solos, Juess dijo preocupado:

—Lo has matado de un disparo. ¿Quién eres que tienes una pistola como las que llevan los guardias de Logaroh?

Dar sacó la pistola que había mantenido escondida mientras se llevaban el muerto. Dejó que Juess la viera un instante. La guardó en su cinturón.

—¿Sorprendido? Los ladrones se sorprendieron más que tú, no esperaban que los fuera a recibir a tiros.

—Sólo los servidores de Logaroh tienen armas como la tuya, y también los infieles.

—Puesto que no sirvo a ese tipo llamado Logaroh, debo ser un infiel —rió Dar—. Prepara las cosas, chico; nos marchamos.

—¿No has dicho que querías dormir?

—Ese posadero nos delatará. Estaba de acuerdo con los ladrones. Los soldados amarillos o los guardias negros no tardarán en venir. Buscaremos una salida que no sea la principal. Vamos, date prisa.

Al otro lado del corredor encontraron una puerta que conducía a unas estrechas escaleras que los llevó hasta la parte de atrás, cerca de los establos. Se deslizaron en las sombras de la noche.

Las calles estaban sumidas en la más completa oscuridad excepto en lugares donde resplandecían mortecinas esferas de luz.

Cuando consideraron que estaba lejos, caminaron más despacio. Dar preguntó a Juess si conocía algún lugar al que pudieran ir.

—En ningún sitio querrán recibimos a estas horas. Tendremos que dormir al raso. Y esta noche hace frío.

—Imagino que la ciudad está infestada de bandidos y asesinos.

—No te equivocas.

—Si alguien intenta asaltarnos se llevará una sorpresa —dijo Dar, palpando la pistola.

—Hay barrios peores que éste. Durante la noche deambulan miles de personas para robar, unas para no morir de hambre y otras para poder comprar raciones extras. Las últimas son las más peligrosas. Incluso disponen de una hermandad. Si quienes entraron en la habitación pertenecían a una banda, empezarán a buscarnos para vengar a sus compañeros.

—Me dijiste que Logaroh os manda ingerir una dosis diaria de ese producto que sus sicarios distribuyen. Me cuesta creerlo —dijo Dar, mirando a todas partes cada vez que entraban en una calle—. Tenéis un dios muy raro, y te lo digo yo que he conocido deidades muy extrañas.

El silencio era absoluto; únicamente escuchaban sus pasos. Dar se detuvo y agarró a Juess de un brazo para que hiciera lo mismo, cuando creyó escuchar ruidos a sus espaldas. Prestaron atención pero sólo percibieron el silencio que los envolvía. Al reanudar la marcha volvieron a sonar las pisadas.

En la siguiente echaron a correr y se escondieron en un recoveco. Los pasos se apresuraron. Dar amartilló la pistola. El perseguidor no tardó en aparecer. Al pasar ante ellos, Dar le hundió en la espalda el cañón de la pistola y dijo:

—Vuélvete muy despacio y no intentes nada.

El hombre se giró. Había una luz cerca y Dar pudo verle la cara, que no le resultó desconocida. Le había visto en el comedor, comer solo cerca de ellos. Al contrario de los demás, no demostró tener curiosidad por ellos.

—No tienes que temer nada de mí —dijo el hombre, alzando las manos, las palmas hacia arriba—. Te he seguido porque soy de los tuyos.

—¿De lo míos? Explicáte —dijo Dar, mirando por encima de los hombros del desconocido para comprobar que no lo seguía un grupo de asesinos.

—Si os hubiera querido hacer daño no tenía que molestarme caminando tras vosotros. Tengo un arma como la tuya —Muy despacio se abrió la chaqueta. Entre el pantalón y la camisa apareció la culata de una pistola—. Tu error fue enseñar la moneda de oro. Me fijé en ti y vi que asomaba de

tu cinturón la pistola. Soy más precavido respecto al dinero. No os seguía para robaros. Tengo todo el que cogimos a los soldados que no se unieron a nosotros tras el ataque al campamento.

—Creo que te equivocas. No tomé parte en el asalto.

El hombre pareció confundido.

—¿Cómo conseguiste el arma? Pensé que eras uno de los que nos tuvimos que dispersar por las llanuras. No todos pudimos viajar en las plataformas que les robamos.

—Estuve en el campamento más tarde y encontré esta pistola y una bolsa con dinero.

—¿Sigues desconfiando de mí? Fuimos varios grupos los que participamos en el ataque, y no os conocía a todos, pero sé que eres uno de los nuestros. No eres un adicto, no te vi tomar la maldita droga después de la cena.

—Si mi amigo y yo somos lo que tú piensas, ¿por qué nos has seguido? ¿Acaso las órdenes que recibimos no decían que nos dispersáramos?

—Tenéis problemas, seguro. Yo iba a pasar la noche en la posada, pero el jaleo que armasteis la convirtió en un lugar poco seguro. Dentro de poco estará llena de sicarios de Logaroh, el posadero envió a sus criados a denunciaros.

—Eso ya lo sabemos.

—Tengo un refugio que no quería utilizar, pero dadas las circunstancias debemos hacerlo.

—¿Estás seguro de que queremos acompañarte? —preguntó Dar, sin dejar de apuntarle con la pistola. Aquel hombre parecía sincero. Era cierto que si hubiera querido les habría disparado desde lejos en vez de seguirles—. Dame una prueba de que no pretendes engañarnos.

—Sólo lo haría por el dinero de la recompensa, ¿no? —metió la mano en los bolsillos y las sacos llenas de monedas de oro y plata—. ¿Para qué iba a robaros? Vamos, decidete. Las plataformas no tardarán en recorrer las calles cercanas a la posada. Su dueño no sabe quiénes somos, pero los hombres del Privado comprenderán que pueden apresar al menos a un par de infieles, y después de lo ocurrido en el campamento querrá congraciarse con su amo y señor.

—Te seguimos.

—Mi nombre es Clestu.

—Yo soy Dar y el chico se llama Juess.

Clestu caminó deprisa por las solitarias calles, que recorrieron durante más de media hora. Finalmente se detuvieron ante una casa de tres plantas que presentaba un estado ruinoso mayor que las demás. Clestu golpeó tres veces la puerta, esperó unos segundos y repitió la llamada.

Cuando la puerta fue abierta, Clestu empujó a Dar y Juess al interior. Se encontraron en un zaguán alumbrado por un globo de luz amarilla. Había una escalera al fondo y subieron por ella. La persona que les había franqueado la entrada se limitó a intercambiar con Clestu un corto saludo y añadió que los demás estaban arriba. Dar sujetó a Clestu de un brazo cuando habían subido la mitad de la escalera.

—¿Quiénes son los que están arriba? —preguntó.

—Todos intervinieron en el asalto al campamento. Aquí hay muchos refugiados, la mayoría son desertores de las compañías amarillas, pero los que nos esperan son viejos camaradas.

—Espero que no trates de engañarnos. Por tu bien. Serías el primero en morir.

Clestu abrió una puerta y entró. Dar le siguió tenso, mirando con desconfianza a su alrededor. En la habitación había cinco hombres sentados alrededor de una mesa. Callaron al verlos entrar.

—Respondo de ellos, hermanos —dijo Clestu, señalando a Dar y a Juess—. Estaban en la posada y el mayor mató a dos ladrones con una pistola. Me ha contado que no intervino en la lucha, pero que consiguió el arma en el campamento. No sé si es de los nuestros o no, pero no hay duda de que son enemigos de Logaroh. No tomaron la dosis de la noche, aunque lo fingieron. Los seguí y pude convencerles para que me acompañaran.

Los cinco hombres les observaban en silencio. Dar podía captar la desconfianza que había en sus miradas. Uno de ellos se levantó y pasó la mano por la esfera de luz, aumentando su intensidad. Lanzó una exclamación y se dirigió hacia Dar. Vestía una camisa amarilla.

Dar le reconoció.

El hombre se plantó delante de él y le señaló con un gesto. Se volvió hacia Clestu y dijo:

—Has cometido un grave error, hermano Clestu. ¡Este hombre es el que ejecutaron el día antes del ataque! Es el mismo del que os hablé.

Dar había empezado a sonreír después de haber reconocido a Reude, pero al escucharle frunció el ceño y empezó a comprender que no iba a ser sencillo explicar a aquella gente que seguía vivo.

Uno de los hombres que estaban sentados a la mesa se levantó y ladró una orden.

Dar sólo entendió que eran espías y todos se lanzaron contra ellos. Fue sorprendido, intentó empuñar el arma pero era demasiado tarde; no tardó en verse en el suelo, aplastado por los hombres. Uno le propinó un puñetazo en la mandíbula. Sintió que le ponían las manos atrás y se las ataban con alambres. Le izaron y le obligaron a sentarse en la silla que acercó Reude.

Dar se sintió como un fardo. Le irritaba lo sucedido. Se llamó estúpido. ¿Por qué diablos había seguido a Clestu? Debió imaginar que se encontraría en dificultades, aunque no podía adivinar que esa noche se vería frente a frente con Reude, uno de los desertores de las compañías amarillas.

Volvió la cabeza y vio que habían atado a Juess a otra silla.

—El chico no tiene nada que ver conmigo. Me trajo a la ciudad en su carro. No sé lo que tenéis contra mí, pero él es inocente.

—Eso ya lo averiguaremos —dijo Clestu, con gesto preocupado. Parecía avergonzado ante sus amigos por haber llevado un espía a su refugio.

Reude tomó la pequeña esfera que ardía sobre la mesa y la acercó a Dar. Durante un rato le estuvo observando.

—Es asombroso —musitó—. No hay duda de que es él. Ni siquiera un hermano gemelo se le parecería tanto. Ninguno de vosotros estabais en el campamento cuando fue sentenciado a muerte por un guardia negro. Yo vi con mis propios ojos cómo las lanzas lo atravesaban. ¡Juro que una de ellas debió traspasarle el corazón, pues se la arranqué antes de enterrarle! Sí, el guardia negro dijo que no merecía la pena llevarlo a Taisha para incinerar el cuerpo, que era maldito y Logaroh lo rechazaría. Cavamos una fosa y lo arrojamos dentro. Pero está vivo.

Sus compañeros se miraron entre sí.

—Debes de estar equivocado, Reude —dijo uno de ellos—. ¿Sabes lo que significaría si fuera cierto lo que afirmas?

Reude movió la cabeza afirmativamente.

—Claro que sí —dijo roncamente—. Sería el fin de todo. Logaroh habría conseguido lo que durante tanto tiempo ha estado anunciando.

—Me dijo su nombre y que estuvo en el campamento, pero no que te hubiera conocido, Reude —dijo Clestu.

—Hablamos poco, y recuerdo perfectamente que me dijo llamarse Dar. Es el mismo, estoy seguro.

\* \* \*

—Mi nombre es corriente —dijo Dar, consciente de que estaba lanzando un farol con escasas probabilidades de hacerle ganar la partida—. Es cierto que estuve en el campamento, pero ya estaba arrasado, y me alejaba cuando llegaron muchas plataformas con soldados vestidos de negro.

—Está mintiendo —afirmó Reude. Se volvió hacia Juess y le preguntó—: ¿Qué sabes de él, muchacho? Dinos la verdad si quieres salir con vida de ésta.

Juess estaba muy pálido. Miró a Dar como pidiéndole disculpas por intentar salvar su vida.

—Es cierto que le encontré en la carretera y me pidió que le llevara a la ciudad. No sé más de él, aparte de que tiene un arma y mucho dinero.

—¿Te ha llamado algo la atención?

—Me contó que había perdido la memoria. Se ofreció a alimentarme y darme dinero a cambio de que le ayudase a no llamar la atención y le hablara de las costumbres de nuestro pueblo.

Reude movió la cabeza pensativamente.



—No tengo experiencia, pero creo que el comportamiento de Dar es el habitual en un resucitado.

—No pedí a Clestu que me trajera ante vosotros —dijo Dar—. ¿No es suficiente prueba? No soy un espía.

—Su presencia en el campamento podía estar justificada; quizá le ordenaron la misión de infiltrarse entre nosotros; pero también es posible que sospecharan que se iba a producir un ataque —Reude se rascó la cabeza—. La verdad es que estoy confundido.

Hizo gestos a sus compañeros para que se apartaran de Dar y conversó en voz baja con ellos.

Cuando terminó la conferencia, Reude se puso delante de Dar. Le encañonó con una de las pistolas que portaban los guardias negros. Señaló el arma de Dar, que estaba sobre la mesa.

—Nos llevamos todas las armas del campamento, una por cada guardia negro. La tuya es de un modelo desconocido. Creo que eres un espía. Un torpe espía, por supuesto.

—¿Por qué no me decís de una vez lo que suponéis que soy?

—Hemos decidido ejecutarlo —respondió Reude, apuntando a la frente de Dar.

Sus palabras podían sonar terroríficas para cualquier hombre excepto para Dar. Se limitó a encogerse de hombros. Juess gritó lleno de espanto y cerró los ojos.

Cuando Dar volvió a mirar a Reude, le vio sonreír y dirigirse a sus compañeros para decirles:

—Ésta es la prueba de que tengo razón, amigos. Sólo un hombre como él es capaz de enfrentarse a la muerte con tanta indiferencia.

—¿Qué podemos hacer entonces? —preguntó Clestu, nervioso.

—Esperar hasta mañana —dijo un hombre. Era delgado y hasta entonces no había hablado—. Los jefes llegarán a primera hora. Que ellos decidan.

—Será ella quien decida —rió Clestu—. Pero podemos imaginar lo que dirá. Bien, ya sabemos qué precauciones debemos tomar con el prisionero.

Dar estaba pasando de una sorpresa a otra. ¿Por qué habían fingido que iban a matarle? Que no se hubiera puesto a temblar parecía haberlos disgustado. Morir de nuevo no era motivo de alegría para él, pero creía que era la mejor forma de escapar de aquella situación. Empezó a lamentar que Reude no le hubiera levantado la tapa de los sesos de un tiro. No habría sentido nada, y hubiera despertado en el Hogar. Al menos esperaba abrir los ojos en la Sala Azul y escuchar a Eva darle la bienvenida de nuevo.

Sin embargo, aquellos hombres actuaban dándole la impresión de que se acercaban a su secreto. Cuando intentó mantener con ellos un diálogo, se limitaron a ponerle en pie y le llevaron a una habitación contigua, donde le tendieron en una cama y le ataron a ella de manera que sólo podía mover la cabeza de un lado a otro.

—Sólo se podrá matar conteniendo la respiración —rió uno de los hombres.

Se marcharon y le dejaron a oscuras.

Dar los maldijo. No querían que se suicidara. Probó a aflojar las ligaduras y sólo consiguió lastimarse las manos. Intentó dormir.

## CAPÍTULO X

Durmió poco y mal, y cuando despertó sentía calambres en todo el cuerpo. Lo había despertado una luz. A su lado estaba el hombre que les abrió la puerta, sentado en una silla.

—Necesito ir al lavabo —dijo, tratando de sonreír—. Podría morir si no orino pronto.

El hombre gruñó entre dientes y llamó a otro. Entre los dos le ayudaron a incorporarse, después de desatar las cuerdas que le sujetaban a la cama. Le costó caminar, tenía las piernas entumecidas y estuvo a punto de caer dos veces. Entraron en la habitación que ya conocía y le hicieron pasar a un cuartucho en el que había un hediondo agujero en el suelo. Dar tuvo que pasar por la humillación de ser ayudado. Cuando salieron, pidió algo de comer y preguntó por el chico.

—Juess está bien —le dijeron, mientras lo llevaban de nuevo a su encierro—. Nos convenció de que nada tiene que ver contigo. Nos contó cosas muy interesantes.

—¿Por ejemplo? —preguntó Dar.

—Te enterarás de todo cuando decidan lo que haremos contigo —replicó riendo el hombre. Iban a atarle de nuevo a la cama cuando se escucharon voces en el piso inferior.

Reude se asomó y dijo que llevasen al prisionero a la habitación contigua.

Acomodaron a Dar en la silla. Apenas terminaron, entraron varias personas en la habitación. Eran los cinco hombres que ya conocía. Les acompañaba un hombre de unos sesenta años y mirada taciturna. Le observó con curiosidad. Por último entró una mujer. Dar la miró y exclamó:

—¡Yaita!

—¿Por qué le habéis dicho cómo me llamo? —preguntó la muchacha, con el ceño fruncido.

Reude se encogió de hombros, los demás se miraron extrañados.

—Nadie se lo ha dicho —dijo uno.

—Dejadme hablar, por favor —pidió Dar—. Escúchame, Yaita, te conozco. ¿No te acuerdas de mí?

La chica vestía una túnica oscura, como todas las mujeres que Dar había visto en Deshtie. La burda ropa no podía esconder toda su belleza. Yaita le miraba confundida.

—Nunca he visto a este hombre —dijo.

—Te seguí hasta el bosque cuando huías y en el claro, donde un soldado se lavaba en el riachuelo, te sorprendió y trató de detenerte, pero luché con él y le maté. Volviste a huir. Cogí sus ropas y me vestí con ellas. Más tarde una plataforma descendió junto a mí y sus tripulantes me confundieron con uno de los suyos y me obligaron a ir al campamento —miró a Reude y añadió—: El resto ya lo sabes tú muy bien.

Sólo cuando Reude se echó a reír, Dar cayó en la cuenta de que había cometido un error.

—Ha confesado que es el hombre que ejecutaron. No hay duda de que es quien tanto temíamos que pudiera ser. Ahora debemos deshacernos de él de manera que no pueda volver a causarnos problemas. No creo que Yaita-La tenga que decidir en nombre del consejo.

La idea de morir ahora le parecía a Dar una burla del destino.

—Escuchadme. Es cierto que os mentí, pero tenía que hacerlo. He estado buscando a Yaita-La durante varios días —miró implorante a la muchacha—. Tienes que acordarte de mí, yo estaba desnudo cuando peleé con el soldado. ¿No te fijaste en mi cara? Tienes que admitir que te salvé ese día. No había nadie más que nosotros. ¿Cómo puedo estar enterado de lo que pasó?

—Yaita me contó que un desconocido la salvó, hermano Reude —intervino el hombre de edad—. Y también que ella trataba de huir de sus perseguidores cuando sintió que caía al vacío. Perdió el conocimiento y despertó después del amanecer, sin un rasguño, en el fondo del barranco. Algo extraño, desde luego. ¿Cómo es posible que los soldados amarillos no la vieran? Rastrearón todo el terreno y siguieron buscándola al día siguiente. Antes del ataque al campamento, la encontramos escondida en el bosque.

—Recuerdo que un hombre desnudo corría detrás de mí —admitió Yaita, sin apartar la mirada

de Dar—. Pero no le vi la cara, estaba muy lejos. Era el mismo que atacó al soldado cuando éste intentó atarme.

—¿Reconoces al prisionero como el hombre que te ayudó?

—No sé si era él. Pero si es el mismo que fue ejecutado, como asegura Reude, debemos ser prudentes.

Reude rió nerviosamente.

—¿Y cómo podríamos hacerlo? Matarle sería liberarle.

—¿Cómo saben que si muero significaría la libertad para mí? —preguntó Dar.

El anciano abatió la cabeza.

—No debemos tener el mínimo reparo en proceder, Yaita. El hombre que dice llamarse Dar es el resultado de los experimentos de Logaroh, lo que ha estado buscando hace mucho tiempo. Lamentablemente parece haber logrado sus propósitos.

Yaita no dejaba de mirar a Dar, pero las palabras del anciano le hicieron volver la cabeza. Asintió y sacó de un bolsillo una jeringuilla, que llenó con el contenido de un frasquito.

—¿Qué van a hacer? —preguntó Clestu.

—Esto lo mantendrá en suspensión animada durante unos meses —explicó Yaita—. Es la única forma de librarnos de él. Mientras viva, no volverá a molestarnos. Luego tendréis que buscar un sitio seguro donde dejarle para que no sea encontrado.

—Conozco una mina abandonada en las afueras de la ciudad —dijo Reude—. Cegaremos la entrada —miró a Dar—. Cuando le conocí me pareció simpático. Incluso le aconsejé que huyera, pues pensé que era un infiel solitario.

Dar empezó a sudar. Lo que pensaban hacer con él le había pillado desprevenido, no lo esperaba. La muerte significaba regresar a la seguridad del Hogar, donde le esperaba un nuevo cuerpo. Vigilaba la aguja que se acercaba a él. Yaita parecía ser respetada entre aquellos hombres, y además sabía cómo tratarle. Si le inyectaba aquel líquido, yacería en el fondo de una mina, siempre a oscuras, hasta que muriese de vejez. Pasarían muchos años antes de volver al Hogar. Se preguntó si para entonces recobraría su juventud, la misma que se conservaba en la Matriz. Probablemente sería así, pero su mente habría envejecido, tal vez hubiera enloquecido y el porvenir que le aguardaba fuera peor que morir definitivamente.

Un hombre le estaba levantando la manga del brazo derecho.

—Puedo demostrar que vais a cometer un error —dijo.

La aguja se detuvo. Yaita parpadeó. Parecía confundida. El anciano, impaciente, gruñó:

—Estamos perdiendo el tiempo. Terminemos de una vez. Pongamos a este individuo a buen recaudo.

—Si lo hacéis, lo lamentaréis —insistió Dar—. ¿qué haréis si dentro de unas horas o unos días os dais cuenta de que os habéis equivocado conmigo? ¿Por qué no me concedéis una oportunidad. Os contaré toda la verdad, y si es necesario aportaré pruebas.

—¿Qué pruebas? —preguntó Yaita.

—Dejadme que os muestre mi pecho y veréis las cicatrices de las lanzas.

—¿Insistes en hacernos creer que no moriste ni volviste a la vida gracias a Logaroh? —preguntó Reude—. Vamos, yo mismo te di la patada que te arrojó al fondo de la fosa. Yaita, clávale la aguja y terminemos de una vez.

—Un momento —dijo el anciano. Miró a los demás, esperando sus opiniones—. Aquí hay algo que no encaja. ¿Le escuchamos?

Reude se encogió de hombros. Yaita asintió. Los demás dieron su conformidad a regañadientes.

—Soltadme —pidió—. Necesito tener libres las manos. Sois muchos, no podré hacer nada contra tantos.

Dar fue levantado de la silla después de ser desatado de ésta. Hizo un esfuerzo para borrar de su rostro la ansiedad que le embargaba cuando comenzaron a quitarle las cuerdas. Mientras dos hombres le sujetaban, Reude y Clestu le abrieron la camisa.

Dar actuó antes de que descubrieran el delgado cilindro que tenía sujeto con finas correas al

antebrazo; apretó el puño, tensó los músculos de la muñeca y cuando abrió la palma de la mano, un pequeño dardo salió disparado del cilindro, clavándose en el pie del hombre que le sujetaba.

La rapidez con que actuó dieron a Dar los segundos que necesitaba para ejecutar los siguientes movimientos. Otro dardo que se clavó en la pierna derecha de Reude, que se derrumbó al suelo aullando de dolor. El tipo que le agarraba el brazo izquierdo le soltó. Dar saltó sobre Yaita, la agarró el cuello y apuntó con su lanzador al grupo. Clestu estaba sacando su Pistola del cinturón y se detuvo cuando Dar le gritó:

—¡La mataré si no os calmáis!

Dar había obligado a Yaita a soltar la jeringuilla y apuntó a su cuello con el lanzador.

—Hemos sido unos estúpidos al creerte —masculló el anciano. Tenía las manos dentro de su túnica y Dar le ordenó que las sacara.

—No me hubierais creído —dijo—. Mi historia es más fantástica que todo lo que he visto en vuestro planeta de mierda.

Yaita intentó sorprenderle y Dar apretó más fuerte contra su cuello el disparador de dardos. La chica desistió de darle puntapiés en las espinillas. Inspiró profundamente y dijo:

—Puedes intentarlo. Has sido más listo que nosotros.

—Perdería el tiempo, y cuando acabara volveríais a atarme. Lo siento, pero no me atrae la idea de pasarme varios años en una mina.

—¿Crees que podrás escapar? —rió Reude—. Tu juguete sólo causa un poco de dolor.

—¿Quieres que te clave un dardo en un ojo?

Reude palideció.

—Vamos, qué esperas para golpear la pared con tu cabeza. No podrás salir de aquí. Abajo hay más hombres.

—Se matará —dijo el anciano—. Tal vez lleve encima un veneno. ¿Por qué no le registrasteis?

—Si tiene agallas pareo matarse, me ocuparé de echar su cuerpo a los perros —rezongó Reude.

—No me dejáis otra opción —dijo Dar—. Si tenéis paciencia, dentro de poco os convenceréis de que debisteis creerme.

Retrocedió hasta la pared, arrastrando a Yaita, que se debatía para zafarse del brazo que la sujetaba por el cuello. Cuando los demás dieron unos pasos, Dar los amenazó con el lanzador para mantenerlos a distancia.

Ellos no sabían que le quedaban dos dardos, los que había pedido a Eva que le preparase de forma especial. Cuando ella le preguntó por qué los quería impregnados con aquel veneno, él sonrió y dijo que nunca se sabía lo que uno podía necesitar.

Obligó a Yaita a volver la cabeza hacia él. La miró a los ojos, sintió su respiración. Tragó saliva. La mirada de ella le hizo dudar. Había que tener fe en Eva y en cuanto encerraba la Sala Azul para hacer lo que creía que era la única salida que le habían dejado aquellos locos.

Sonrió a Yaita.

—Confía en mí —le dijo.

Apretó la muñeca y el penúltimo dardo atravesó el corazón de Yaita.

Los hombres gritaron furiosos cuando vieron que Dar dejaba caer al suelo el cuerpo sin vida de Yaita, y se lanzaban contra él cuando disparó el último dardo contra su propio corazón.

Los párpados de Yaita se abrieron, y Dar respiró tranquilo al ver de nuevo los ojos de la chica. Ella le miró desvaidamente, primero a él y luego a cuanto le rodeaba.

Estaban en la sala, Yaita sentada en el sofá de cuero. Vestía una túnica corta plateada. Dar, sentado en una silla, fumaba despacio. Le sonrió y dijo:

—Hola. Bienvenida a la vida y a mi modesta vivienda.

Dar había imaginado de cien maneras la reacción de Yaita cuando despertase. Se sintió un poco desilusionado al comprobar su calma. Después de echarle una ojeada, la chica se sentó y clavó su mirada en el suelo.

—¿Dónde estoy? —preguntó en susurros.

Dar admiró su temple. Debía alegrarse de que no gritara ni le acusara de brujería. Sacudió la cabeza. No, ella no podía creer en milagros; en la casa había cambiado impresiones con sus compañeros de conspiración acerca de las resurrecciones.

—Digamos que estás en mi casa. La llamo el Hogar, una palabra bastante apropiada.

Yaita volvió despacio la cabeza hacia él. Dar notó que su respiración aún no había recobrado la normalidad.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Tú qué crees?

—Tienes un magnífico aspecto.

—¿Qué hago aquí?

—La situación en vuestro refugio se había vuelto demasiado complicada. Pude haber escapado solo, pero decidí traerte conmigo para que me creyeras cuando te explicase quién soy.

—¿Cómo has conseguido que viniera contigo? —miró su alrededor—. Puedo comprender que te evadieras suicidándote, de hecho lo esperaba. Bueno, es ridículo llamar suicidio a lo que hiciste. Supongo que después de matarme a mí te quitaste la vida...

—Así es —Dar chasqueó la lengua—. No pareces muy sorprendida de seguir viva.

—Lo último que recuerdo es que me disparaste un dardo —señaló su pecho—. Aquí. ¿Me mataste?

—Sí, y lo lamento. Comprenderás que lo hice porque sabía que... ¿Puedo decir que no morirías?

—¿Por qué me ha pasado lo mismo que a ti?

—Eso era lo que os habría explicado si hubiera tenido sólo una pizca de esperanza de que me hubieseis creído.

—Si me ha ocurrido lo mismo que a un seguidor de Logaroh, ¿debo entender que me habéis convertido?

—¿En qué?

—Sabes muy bien a qué me refiero.

—¿No te sorprende que estés tan tranquila, que aceptes lo que ha pasado sin asombrarte?

—Estoy asombrada.

—No lo suficiente. No todos los días uno muere y resucita.

—Es cierto; sólo puede hacerlo Logaroh, al menos hasta hoy.

—Yaita: ando perdido, no sé en qué lío me he metido. Te agradecería mucho que me explicaras lo que no sé.

—Si Logaroh te ha otorgado su Poder, significa que pronto dispondrá de un ejército que acabará con todos los que se le oponen, y nuestra lucha habrá terminado.

—¿Por qué no empezamos por el principio? Tú me cuentas lo que yo no sé y yo te cuento todo lo que necesitas saber. Ahora soy libre, no tengo nada que temer en la seguridad de mis dominios. ¿Por qué tendría que mentirte? Te juro que no tengo nada contra vosotros, los infieles.

—Intenta convencerme, y luego me explicas qué lugar es éste y por qué he sido maldecida con un don que no había pedido.

—Empezaré diciendo que ya estuviste aquí.

Sus palabras no sobresaltaron a la chica.

—Imposible. Lo recordaría.

—Estabas dormida. Moriste cuando caíste por el barranco, y Eva te trajo al Hogar y te resucitó.

—¿Eva? ¿Quién es Eva?

—Dile a Yaita quién eres, Eva —pidió Dar al aire.

—Hola, Dar —respondió Eva.

Yaita miró a todas partes, y Dar dijo:

—No la verás; sólo la escucharás

—¿Quién es? Tiene voz de mujer. Una bonita voz.

—Gracias, Yaita-La —respondió Eva—. Es cierto que has estado aquí, y también que yo te

traje.

—¿A quién pertenece esa voz? —preguntó Yaita, alarmada.

—Es el ordenador o cerebro artificial que gobierna en el Hogar; pero yo prefiero llamarla el alma de este lugar. Considérala tu mejor amiga. Nos puede ver y oír siempre que se lo permitas, al menos es lo que me ha asegurado. No necesitas mirar a un sitio determinado para hablarle, pues ella estará siempre donde tú desees.

—Prefiero hablar contigo —dijo Yaita muy seria. Dar sonrió divertido al percibir la exclamación de contrariedad de Eva.

—Eva te trajo la primera vez por iniciativa suya.

—¿Cómo lo hizo?

—Porque te partiste el cráneo cuando caíste huyendo de los soldados.

—¿Por qué lo hizo?

—Bueno... Creo que le pasó por la cabeza que me encontraba demasiado solo y quiso que tuviese compañía —dijo Dar, algo turbado—. No estuve de acuerdo con ella hasta que te vi, y me convenció de que si te hubiera traído estarías muerta... Y para siempre. Puesto que el planeta estaba habitado, decidí viajar a él. Sin haberte despertado, Eva nos trasladó a los dos. Desperté antes que tú, y descubrí que habíamos cometido un pequeño error, y ambos estábamos completamente desnudos. Encontré tus ropas, que no hallaron los soldados cuando buscaron tu cuerpo, y las dejé junto a ti. Luego subí al barranco para ver donde nos hallábamos. Al volver, te habías vestido y corrías hacia el bosque. El resto ya os lo conté en vuestro refugio.

Vio que ella se ponía cómoda en el sillón, imaginando que la historia sería larga.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Dar.

—Sólo agua.

Yaita no se inmutó cuando vio aparecer un vaso lleno de agua en la mesa que Dar tenía al lado. Él se lo entregó y ella bebió un sorbo, sin dejar de observarle.

—Continúa —le pidió—. Es muy interesante lo que me cuentas.

Dar pidió a Eva otro vaso para él. Después de humedecerse los labios, siguió hablando. No ocultó nada a Yaita, y ella escuchó su relato sin inmutarse. Cuando terminó, le sonrió y esperó su opinión.

—Espero que me hayas creído —dijo, cansado del silencio de la chica—. Puedo demostrarte que es verdad cuanto te he dicho. Luego te mostraré el Hogar, y con la ayuda de Eva me creerás.

—La Tierra —dijo ella, sonriendo—. Tu mundo se llama la Tierra, está superpoblado y parece que cuando lo abandonaste estaba más jodido que el mío. Asombroso. Tu nave reventó y fuiste el único superviviente durante años, hasta que tu vida empezó a acabarse, y ocurrió que Eva te salvó y te construyó un hogar en un sitio que aún no sabes cómo es realmente. Hiciste bien matándome y trayéndome aquí. En el refugio tampoco yo te habría creído.

—Descubrí tu mundo cuando buscaba la Tierra. Eva podía devolverme a él, pero no podía averiguar dónde está.

—¿Estás seguro de que no sabe dónde está la Tierra?

—Bueno, es lo que dice...

—No lo sé —dijo Eva, interviniendo por primera vez desde que Dar terminó de contar a Yaita una buena parte de su vida—. ¿Por qué crees a Dar y no a mí?

—No la ofendas —rió Dar—. Eva es un encanto, pero a veces se vuelve quisquillosa.

—Háblame de ella.

Resignado, Dar le contó lo que sabía de Eva, procurando ensalzar sus cualidades e ignorar los defectos que él creía que tenía, sobre todo sus evasivas a la hora de darle explicaciones concretas.

—Así que no es dueña de sus actos —dijo Yaita, mirando con desdén el lugar del que partía la voz de Eva—. Por encima de ella está el Código.

—Es su conciencia —dijo Dar.

—¿Lo es? —preguntó Yaita.

—Lo supongo. Todos tenemos una conciencia.

—Y mucho poder —susurró la chica—. Puede crear lo que quiera en el Hogar. Estas

habitaciones no existían antes de que te rescatara de la nave, ¿verdad?

—No. Una vez construyó un campo de golf, pero no se me daban bien los palos y le pedí que lo eliminase.

—¿Golf?

—Es un juego de la Tierra para el que se necesita mucho terreno. Un juego aburrido.

—Pero existe una zona del Hogar en la que ella no puede hacer nada, alterarla o eliminarla.

—Creo que el Código protege esa zona, incluso de los caprichos de Eva. Es la más importante del Módulo.

—¿Por qué lo es?

—Porque en ella están nuestra matrices, la tuya y la mía. Nuestros cuerpos, una cadena de cuerpos de reserva para nosotros. También están en la Sala Azul los conversores desde los cuales nos puede proyectar a tu mundo.

Yaita asentía de vez en cuando.

—Ahora debes contarme lo que necesito saber —sonrió Dar—. Puedes empezar diciéndome cómo se llama tu planeta. No sé por qué no se lo pregunté a Juess.

—Dhrule.

—¿Y el otro?

—Decero. Significa Dhrule Cero.

—Allí también viven humanos...

—Lo sé. Yo nací allí.

Dar fijó su la mirada en ella después de escuchar la sorprendente revelación y levantándose, musitó una disculpa a Yaita y, diciendo que volvería enseguida, salió de la estancia; antes de cerrar la puerta comprobó que la chica seguía sentada, pensativa, y no parecía sentirse ofendida por haberla dejado sola.

Trató de aclarar las ideas, entró en el dormitorio y se sentó en la cama.

—¿Cuál es tu opinión, Eva?

—No soy la más indicada para opinar.

—Sólo quiero saber lo que ella piensa.

—¿Te refieres a si he penetrado en su mente?

—Claro.

—Lo siento. No he podido hacerlo.

—¿Quieres decir que se ha dado cuenta y se resiste?

—Totalmente; pero no se trata de una actitud predeterminada, sino como consecuencia de su personalidad, desconfiada por naturaleza. Sin embargo, he analizado el tono de su voz, su ritmo cardíaco y sus gestos, y he llegado a la conclusión de que aún no se fía de ti.

—¿Qué puedo hacer para ganarme su confianza?

—¿Estás seguro de que sólo quieres ganarte su confianza?

—Oh, no empieces otra vez —farfulló Dar, encendiendo un cigarrillo—. Reconozco que me gusta y no me importaría que cayera en mis brazos. Demonios, llevo siglos sin acostarme con una mujer, y ella es muy atractiva.

Dar creyó escuchar un suspiro.

—Cuando la traje la primera vez te dije que podía condicionar su mente para que se enamorase de ti y se comportara como la más apasionada de las amantes; me alegro que no aceptaras mi oferta, pues hubiera fracasado ya que Yaita posee una personalidad tan fuerte que no habría conseguido que cayese rendida a tus pies.

—Te repito que no me preocupa eso ahora. Eva, en Dhrule está pasando algo muy extraño.

—Estoy de acuerdo; presiento que existen conexiones entre esos dos mundos y el tuyo, pero no sé cuáles.

—¿Sólo lo presientes? Nunca dejarás de sorprenderme...

—Aproveché tu última ausencia para terminar de pulir mi personalidad, y creo que hasta he desarrollado algo parecido a lo que llamáis un sexto sentido. Ah, y he conseguido nuevas concesiones del Código.

—¿Te ha dado los datos para encontrar el camino de regreso a la Tierra y su consentimiento para convertirte en una nave superlumínica?

—Lamento decepcionarte. Desde que te envié por segunda vez al planeta Dhrule no he dejado de pensar en la forma de conseguirlo, y por mí sola creo que he encontrado el medio.

—Vamos, suéltalo —Dar se había levantado y abierto un poco la puerta. Yaita estaba contemplando los cuadros de las paredes.

—Estaba preocupada por ti y quería vigilarte. De pronto descubrí que podía verte y escucharte. He estado siguiendo tus pasos en todo momento. Me divertí mucho hasta que Yaita y sus amigos estuvieron a punto de convertirte en un muñeco. Si te hubieran convertido en un ser inanimado, escondido en lo más profundo de una montaña, no habría tenido posibilidad de ayudarte, Dar. Sufrí mucho. La crisis a la que me llevaste me estimuló y logré algo muy importante. Dar, la próxima vez que viajes a Dhrule, podré estar a tu lado en todo momento.

Dar se sintió confuso.

—¿No crees que llamaría mucho la atención si me siguieras? Esto es demasiado grande, me refiero al módulo.

Se quedó de piedra al escuchar la risa de Eva.

—Puedo viajar, Dar; aunque sólo dentro de este sistema solar. Y no te preocupes, que nadie me vería a tu lado.

—No puedo creer que seas capaz de volverte invisible; eso sería demasiado.

—No puedo ser invisible, según la forma en que lo piensas. A ver, ¿cómo crees que pasaría desapercibida?



## CAPÍTULO XI

Dar señaló a Yaita los dos puntos más brillantes del firmamento reflejado en el espejo.

—Son Dhrule y Decero. ¿Por qué el segundo planeta está aislado por un campo de fuerza?

La muchacha hizo un gesto ambiguo.

Un momento antes le había mostrado todo el Hogar, incluyendo la Sala Azul y las Matrices. Yaita miró la cripta un rato, la que contenía su cuerpo de reserva. Luego observó la otra, en la que estaba el cuerpo de Dar. Cuando salieron, ella temblaba un poco. Después de enseñarle en el observatorio los resultados de su trabajo de investigación, Dar confiaba en que ella le hablara de los orígenes de su pueblo y le explicara qué ocurría en los dos mundos. Cuando le recordó que debía cumplir su promesa, Yaita se limitó a mirarle en silencio a los ojos.

—¿Por qué no confías en mí? —le preguntó, sintiendo que empezaba a perder la paciencia.

—Quizá cometa un error no confiando en ti, pero aún tengo dudas.

—Creía haberlas disipado todas. No te he ocultado nada.

—¿Crees que debería agradecerte lo que has hecho?

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes muy bien: me has dado una especie de inmortalidad. Todavía no me he acostumbrado a ello.

Yaita le volvió la espalda y contempló las estrellas.

—El poder vivir eternamente es un privilegio de Logaroh; aunque hace tiempo prometió a sus incondicionales que serían como él si le mostraban amor y fidelidad, los que aún somos capaces de pensar creemos que detrás de sus promesas se encierra un engaño más.

—Por favor, Yaita, nunca podré convencerte si no me explicas quién es Logaroh y por qué la mayor parte de la población de tu mundo vive en la miseria, mientras los fieles de ese diosillo nadan en la abundancia. Tus enemigos son los míos.

—¿Por qué han de ser tus enemigos? —exclamó ella, volviéndose furiosa hacia él—. Si me has contado la verdad, mi lucha no es la tuya; si tu historia es cierta, un día encontrarás el camino de regreso a la Tierra. ¿Qué te importa mi causa?

—Durante el poco tiempo que he estado en Dhrule he visto suficientes cosas que no me han agradado. Te prometo que no volveré a mi mundo mientras el tuyo siga oprimido.

—No has visto todas las injusticias y horrores de Dhrule. Muchos han tardado toda su vida para convencerse de que las Leyes de Logaroh son crueles, injustas y absurdas. Nunca tuvimos dioses, hasta que ese ser apareció.

—Juess me habló de Logaroh, y aunque no me dijo que era su Dios, así lo entendí; pero parece que existe, que es real y le veis, y él os habla. En mi mundo siempre ha habido religiones, multitud de dioses y millones de listillos que vivían a costa de ellos, explotando a las masas. Nunca he tenido un Dios, aunque lo nombro a veces, y por ello no me sorprende demasiado lo poco que he visto en tu mundo. Por favor, dime ¿quién es Logaroh?

Los negros ojos de Yaita reflejaban una profunda tristeza cuando replicó:

—Tú eres Logaroh.

La dejó salir del observatorio, no hizo ni dijo nada para detenerla. Tenía la sensación de que ella se alejaba llorando. Presentía que su última frase, que casi le fue escupida, llevaba tiempo queriendo decírsela en la cara.

Se sentó en la silla giratoria y contempló las estrellas. Dhrule y Decero parecían burlarse de él, intercambiándose guiños.

—¿Qué está haciendo ella ahora, Eva?

—Digamos que pasando un mal momento; pero no vayas a consolarla, déjala sola; es lo mejor para ella y para ti.

—¿Ha sido sincera?

—Creo que sí —dijo Eva—. Parece que sufre mucho. Diría que otros han echado sobre su espalda demasiada responsabilidad. Es fuerte, pero no tanto como esperan de ella.

—No me creerías si te dijera lo que estoy pensando.

—Inténtalo.

—Si me dijeras en este instante que podrías llevarme a la Tierra, te diría que no.

—¿Por qué has cambiado de idea?

—Quiero conocer el misterio que envuelve a Dhrule.

—Lamento decirte que no eres muy popular allí.

—He cometido muchos errores.

—No te menosprecies; otro en tu lugar no habría conseguido más que tú. ¿Qué piensas hacer? Dar se encogió de hombros.

—Si no puedo contar con la ayuda de Yaita, le diré que puede regresar cuando quiera con sus amigos.

—Sé sincero conmigo, Dar. ¿Es amor lo que sientes por ella?

Dar pensó en la respuesta.

—Sí. Al principio solo sentía deseo por ella. ¿Sabes? Nunca he estado enamorado, ni siquiera de mi esposa. Pero con ella es diferente. Siento necesidad de protegerla, y de amarla.

—Sí, creo que la amas de verdad; si no fuera así, no permitirías que se marchara.

—Me llamó Logaroh. ¿Por qué?

Esperó la respuesta de Eva. No escuchó su respuesta. Se levantó y la llamó.

—Estoy aquí —respondió Eva.

—¿Ocurre algo?

—Si fuera humana diría que estoy un poco nerviosa.

—Vamos, no me hagas reír.

—Me he acercado al Código, porque parece que va a transmitirme algunos conocimientos.

Me ha sorprendido que se muestre más comunicativo. Creo que la palabra mágica ha sido Logaroh.

—¿Acaso se trata de la cueva de Ali-Babá y sólo se abre a ti pronunciando una clave? —Dar no pudo contener la risa.

—No ha ocurrido así exactamente, sino que cuando pronunciaste la palabra Logaroh tus pensamientos se fundieron con los de Yaita durante unos segundos, creando una fuente de energía tan poderosa que incluso yo pude captarla. Esto fue lo que hizo que el Código reaccionara. Creo que existe un nexo entre esa misteriosa entidad y vosotros, Yaita y tú.

—¿Qué crees que es Logaroh aparte de un engaño?

—Oh, eso escapa a mi lógica: las religiones carecen de lógica. Sólo sé de ellas por lo que me has explicado, y me cuesta entenderlas. Sabes mejor que yo que las creencias religiosas en los pueblos primitivos están muy arraigadas. En la Tierra tenéis muchas religiones, pero en Dhrule solo existe un dios al que todos están obligados a venerar, porque es terriblemente temido. Lo más singular es que no es interpretado por sacerdotes, sino por él mismo.

—La mayoría de las religiones en la Tierra fueron creadas por hombres inspirados, enfermos o locos. El tiempo y los intereses particulares se encargaron de convertirlas en fuentes de ingresos. Nací en una familia cristiana, pero nunca fui practicante.

—Sin embargo, subconscientemente, siempre has creído en un ser supremo. Lo averigüé cuando me dejabas hurgar en tu mente.

—Tal vez tengas razón —miró las estrellas—. ¿Quién se resiste a creer en algo ante la visión del universo?

—Incluso a mí me sobrecoge ese espectáculo —rió Eva—. Te llevo ventaja, Dar, pues yo sé que fui creada, aunque al igual que tú ignoro quién se molestó en fabricarme. Me complace no temer acabar en un infierno cuando deje de funcionar.

—Yaita me relaciona con Logaroh porque mi alma escapa cuando muere mi cuerpo y se integra en otro.

—Está confundida, no sabe si aceptar que ahora es como tú, y que cuando muera de nuevo regresará a un cuerpo joven, como era hace unos días.

—Dijo que era una forma de ser inmortal, y parecía aterrarle. ¿Me has convertido en inmortal, Eva?

—No lo serás eternamente, Dar.

—¿Por qué no?

—No tengo respuesta, pero no vivirás para asistir al fin de todo.

Sabiendo que Eva no le aclararía nada si siguiera por aquel camino, dijo:

—Yaita y sus amigos no me parecieron incultos nativos de Dhrule. Ella ha dicho que nació en Decero, y sin embargo vivía en Dhrule. Eso significa que poseen medios para viajar de un mundo a otro.

—Nada puede penetrar en la atmósfera de Decero. El escudo de fuerza lo impide. ¿Cómo habrá salido de ese planeta?

—Sólo ella me lo puede explicar, y por el momento no quiere.

—Sus enemigos la temen. Creo que tienen miedo a los infieles, pero mucho más a Yaita.

—Es especial —sonrió Dar—. De eso no tengo duda.

—Ella quiere creer en ti.

—¿Qué se lo impide?

—Todo lo que le ha ocurrido. No sólo sabe que tras haber muerto dos veces has vuelto a la vida, sino que ella también ha pasado por semejante trance, y ahora es como tú, algo que le sorprende y le aterroriza, porque teme haber caído bajo la influencia de Logaroh. Dar, aún cree que tú eres un sicario de ese ser al que tanto odian los llamados infieles.

—Es inteligente, y acabará admitiendo la verdad.

—Claro que es inteligente. Ya has visto cómo ha reaccionado al encontrarse en el Hogar: se ha asombrado ante las cosas que a una persona civilizada le hubieran parecido sorprendentes como avances tecnológicos, no como productos de magia o brujería.

—Decero no ha caído bajo el poder de Logaroh, y por lo tanto no se ha hundido en la ignorancia. ¿Es esto lo que intentas decirme?

—Más o menos.

—Dos planetas enfrentados —murmuró Dar.

—Podría ser. Y bien, ¿qué has decidido?

Dar salió resueltamente del dormitorio.

—Puedes volver con los tuyos cuando quieras. Sólo tienes que decírmelo.

Dar encajó la mandíbula, esperando la respuesta de Yaita. Cuando fue a buscarla la encontró sentada ante su cuadro favorito.

—¿No te alegra lo que te he dicho? —preguntó, irritado ante el silencio de Yaita.

—Lo estaría si supiera que la decisión ha sido sólo tuya.

—¿De quién si no iba a ser?

—No entendí lo que hablabas en el otro cuarto, pero me llegaba la conversación que mantenías en un idioma desconocido para mí.

Dar cayó en la cuenta de que había estado hablando con Eva en español, no en inglés. Sonrió. Yaita debió escucharles desde detrás de la puerta.

—No conspirábamos contra ti. Tampoco pienso engañarte. Dime cuándo quieres volver a Dhrule y estarás allí en un instante.

—Ahora mismo —dijo ella, mordiéndose los labios, sin mirarle.

A Dar le pareció que no estaba muy segura, y esto le animó a decir:

—Con una condición, Yaita.

Ella sonrió con burla.

—¿Qué piensas pedirme a cambio?

—Te acompañaré.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Completamente. Discutiremos con Eva algunos detalles. Es la mejor agencia de viajes que nunca conocí.

Estaban delante de la casa que ya conocía, a la que le llevó Clestu en compañía de Juess. Su

aparición seguía siendo tan sórdida de día, dándole la impresión de que iba a derrumbarse de un momento a otro. La calle estaba solitaria. Anocheceía, y Deshtie volvió a demostrarle que no tenía una animada vida nocturna.

Yaita se acercó a la puerta y la golpeó de la misma forma que lo hiciera Clestu. Pero esta vez nadie la abrió. Los minutos pasaron. Dar miraba a un lado y otro, temiendo ver aparecer una patrulla de soldados o una banda de ladrones.

La muchacha se dirigió a una ventana, movió un ladrillo y sacó una llave. Dar la miró extrañado.

—¿Por qué no has cogido la llave antes de llamar?

—Es la norma. Nadie debe entrar sin comprobar si dentro hay un compañero escondido.

—¿Para qué vamos a entrar si la casa está vacía? Si no hay nadie tú debes conocer otros refugios.

Yaita hizo girar la llave y empujó la puerta. El interior estaba oscuro, y Dar la vio perderse en las sombras. Ella encendió una esfera situada en un soporte y la tomó entre sus manos.

—Cierra la puerta. Vayamos arriba.

Dar la siguió. Los escalones gimieron bajo sus pies. Entraron en una habitación y Yaita colocó la luz sobre una mesa. Dar reconoció aquel sitio, allí había matado a Yaita y luego se había suicidado. En el suelo había una mancha de sangre, y un rastro oscuro hasta la puerta, como si hubieran arrastrado dos cadáveres. Dar se quedó sin aliento. Se preguntó dónde le habían enterrado esta vez.

—Debemos buscar a Reude, Clestu y al anciano llamado Orlut —dijo Dar, impaciente por marcharse. El ambiente de aquella casa le incomodaba.

—Creo que sé dónde están; confiemos en que los soldados amarillos o los negros no les hayan apresado. Este es un buen lugar —dijo Yaita. Se volvió hacia un armario y empezó a buscar algo dentro de su interior.

—¿Para qué es éste un buen sitio?

—Para que cumplas tu palabra. ¿La has olvidado?

Dar palideció.

Yaita llevaba en sus manos una cajita. La abrió. Dar vio que contenía un inyector.

—En cinco segundos te dejaré convertido en una estatua. No es la misma droga, Dar. El efecto es reversible. Si pasas la prueba, te inyectaré un antídoto y saldrás de la suspensión animada en pocos minutos. Mientras estés drogado, podrás pensar y ver.

—No es exactamente el acuerdo al que llegamos...

—Tienes razón, pero confío que no te importe que haga algunas modificaciones. Esperaba que mis compañeros hubieran abandonado este escondite, como había sido previsto —sonrió—. Ya habrán descuartizado y echado a los perros tu cuerpo. Supongo que el mío lo habrán enterrado con todos los honores. Si me convences, tendré que convencerles de que todo lo que me ha sucedido es cierto. Espero que ninguno se muera del susto al verme.

—Si estoy contigo nos tendrán que creer.

—Sigo pensando que lo más sensato es dejarte a buen recaudo en la casa —le miró—.

¿Tienes miedo? Sólo estaré fuera un rato, y volveré, te lo prometo.

—No me agrada quedarme solo y más inmóvil que un mueble. ¿Qué me pasará si no te creen? Yaita, es de noche ya, y la ciudad se llena de ladrones y asesinos; podrías tener un mal encuentro por esas calles. Debería acompañarte para protegerte.

—Sé cuidar de mí misma. Y tengo las armas que me has dado. Pero estás en tu derecho de echarme para atrás —dijo ella, retirando la aguja.

—¿Qué harías entonces?

—Sé lo que haría yo, y tú deberías irte. Es decir, pedirle a Eva que te lleve al Hogar. Con sus nuevas habilidades, ella no tendría que esperar a que murieras para acogerte. Y nunca volveríamos a vernos, Dar.

—Tus compañeros no desconfiarán de ti. Todo esto me parece una estupidez.

— ¿Es que no lo comprendes?—preguntó Yaita, sorprendida.

—¡Claro que no!

—Pensarían que yo era como Logaroh. Como tú.

Dar ahogó la exclamación que había estado a punto de soltar. Confiaba que Eva les observara desde su distante posición en el espacio; quizá comprendiera lo que estaba pasando mejor que él. Resueltamente, ofreció a Yaita su brazo derecho, diciendo:

—Adelante. Pero soy tan Logaroh como tú.

—Siéntate —susurró Yaita, tomando el brazo de Dar.

—Gracias; así estaré más cómodo —gruñó.

Dar miró fijamente a los ojos de Yaita, mientras se iba aproximando la aguja a su brazo desnudo. Parecía muy segura de sí misma, pero en el último instante ella sacudió la cabeza y sollozó:

—No puedo hacerlo.

Dar exhaló un suspiro de alivio y se incorporó.

—Me has hecho pasar un mal rato. Por un momento llegué a temer que metieras en mis venas esa porquería. ¿Por qué no lo has hecho?

—Es la misma de la otra vez, sus efectos son irreversibles.

La cogió por los hombros y la obligó a mirarle.

—Estoy de tu parte, Yaita.

Bajó las manos hasta su cintura y la besó con desesperación. Escuchó cómo el cristal del inyector se rompía en mil pedazos al caer al suelo. Siguió besándola hasta que sintió que ella respondía a sus caricias. Se alegró de que no hubiera nadie en la casa, y de haber cerrado la puerta con la llave.

## CAPITULO XII

Yaita le dijo que no se vistiera con las ropas que le había dado Eva. Saltó de la cama y salió de la habitación, prometiéndole volver enseguida.

Dar la vio alejarse. Se incorporó y cogió un cigarrillo. Observó su cinturón, con la pistola enfundada. Se dijo que era lo único que Yaita quería que conservara de todo lo que habían traído del Hogar.

Ella volvió al cabo de unos minutos. No vestía la túnica con que regresó a Dhrule, cerca de Taisha, sino un anodino traje gris. Riendo, arrojó a Dar unas prendas.

—Eva intentó copiar la moda de Dhrule, pero no lo consiguió. Estas ropas son menos llamativas, lo bastante holgadas como para que puedas esconder el cinturón.

Dar empezó a vestirse. La tela de los pantalones, tal vez de algodón, era burda, sin embargo eran amplios y cómodos. Aceptó el cambio porque Yaita tenía razón; si querían pasar desapercibidos en la ciudad debían parecerse a los nativos

—Estoy hambriento —dijo, ajustándose el cinturón, que podía ocultarlo bajo el jubón. Conservó las botas, pasando las perneras por encima de ellas.

—Encontraremos en el piso de abajo algo para comer —Yaita le observó y aprobó su aspecto con un gesto de cabeza—. No está mal.

—Estás preciosa incluso con estas ropas tan horribles.

Yaita se dejó besar, pero le recordó que tenían que darse prisa; estaba impaciente por reunirse con sus compañeros. Resignado, la siguió escaleras abajo.

En una pequeña cocina, Yaita colocó una esfera debajo de una parrilla metálica, y sobre ésta una cafetera. Abrió una caja con rebanadas de pan. Cuando el café estuvo hecho, lo sirvió en vasijas de metal y untó el pan con miel espesa y oscura.

—No queda otra cosa para comer. Espero que te guste —dijo, dando el primer mordisco a su pan.

—Está bueno —dijo Dar, sonriente.

Se sentaron a la mesa y comieron en silencio.

—Yaita, te recuerdo que no terminaste de contarme cómo viajaste desde Decero hasta Dhrule. Esperó. Empezó a sentirse molesto. De nuevo Yaita se mostraba renuente a hablarle de su mundo, del que sólo le había hecho una mínima referencia.

—¿Por qué lo rodeasteis con un escudo de fuerza?

—¿Sigues preguntándote cómo pude salir yo, ¿verdad?

—Claro.

—No la pusimos nosotros.

—¿Quién lo hizo?

—Logaroh.

—Llevar a cabo algo así requiere una tecnología muy sofisticada.

—La tiene.

—¿Y vosotros no?

—Es evidente que no. La ciencia que maneja Logaroh es muy avanzada, pero sólo la emplea para esclavizar a Dhrule.

—¿Qué medios usaste para salir de Decero?

—Una nave pequeña. A veces, cuando los dos planetas están más distanciados, la energía que Logaroh proyecta sobre Decero es insuficiente y el escudo es defectuoso. Si se está preparado, uno puede cruzarlo. Llegar a Dhrule es fácil. Yo tardé dos semanas en hacer el viaje. Si la nave es pequeña, Logaroh no puede detectarla hasta que ha aterrizado. Se enteró demasiado tarde de mi presencia.

—¿Para qué viniste?

—Me enviaron mis superiores para organizar a los enemigos de Logaroh, había que unificar su esfuerzo. Había otros compañeros ayudando a los infieles, pero necesitaban instrucciones nuevas y tenía que dárselas. El escudo impide las comunicaciones.

—¿Cómo es Decero?

—Como era Dhrule antes de que Logaroh apareciera.

—¿De dónde vino?

—Nadie lo sabe. Un día apareció, reunió a los gobernantes de los dos mundos y les anunció su reinado, proclamándose dios de todos.

—Así que antes de su llegada los dos mundos mantenían estrechas relaciones.

—Siempre fueron buenas hasta que comenzó la maldita era de Logaroh. Yo no había nacido cuando un día apareció en Deshtie, una ciudad próspera, limpia y segura, sin mendigos ni ladrones. Más tarde construyó en pocos días su sede, Taishalant, la ciudad del dios Logaroh. Como no pudo apoderarse de Decero, lo aisló, según él para que no contaminara a sus seguidores. En poco tiempo sumió a este planeta en la ignorancia, mediante amenazas y obligando a sus habitantes a tomar las drogas que sus adeptos repartían.

—¿No podéis eliminar el escudo?

—¿Crees que no lo hemos intentado? Si miras en la noche el cielo sobre Taisha, verás al aire vibrar a causa de la energía que emana del palacio de Logaroh, lanzando energía al espacio para mantener alzado el escudo que aísla a Decero. Algún día, cuando se sienta seguro, ese ser nos atacará, y convertirá mi mundo en una triste copia de Dhrule.

—¿De dónde obtiene tanta energía?

—Otro enigma. No hay centrales nucleares en Taisha.

—Me cuesta creerlo.

—Cuando oí hablar de Logaroh pensé que era un ídolo de piedra o metal del que se servían unos listillos para dominar este mundo.

—No creo en los dioses, nadie creyó en ellos hasta que él apareció. Los habitantes de Decero sabemos que es un hombre como otro cualquiera, pero tiene mucho poder, y de convencer a la población de su omnisciencia se ocupa una vez al año.

Dar se quedó pensativo.

—¿Por qué aceptaste esta misión?

Ella se puso seria cuando contestó:

—El anterior agente era mi esposo. Logaroh le descubrió, le apresó y el Privado le mató en una ceremonia pública a la que invitó a toda la población de la ciudad oscura. En realidad la obligó a asistir.

—Y te sentiste obligada a ocupar su puesto.

—Tenía que vengarle.

—¿Qué se propone hacer Logaroh?

—Nadie lo sabe exactamente, sus dogmas son confusos, pero creemos que busca algo en Dhrule, y cuando se convenza de que no lo encontrará aquí, seguirá buscándolo en Decero. Está loco.

Dar se tomó un tiempo para reflexionar. Tenía que hacerle a Yaita la pregunta que consideraba más importante.

—¿De dónde venís, Yaita?

—¿Qué?

—Un día llegasteis a este mundo, o primero a Decero y después a Dhrule. ¿Cuándo ocurrió?

Ella apretó los labios.

—Según nuestros escritos más antiguos, nuestra civilización sólo tiene quinientos años de antigüedad. No existen datos anteriores.

—¿Entiendes si te digo que es difícil de creer lo que me dices?

—Sí; para nosotros también lo es. Tú crees que la gente de la Tierra y nosotros tenemos el mismo origen, ¿verdad?

—Aunque las cosas no encajan, sí. Hablamos casi la misma lengua. Vosotros usáis

expresiones inglesas, españolas, italianas y alemanas, y diría que algunas son eslavas. Un batiburrillo de lenguas terrestres.

—¿Qué es lo que no encaja para ti?

—¿Dime antes cuántos habitantes hay en cada planeta?

—Unos cincuenta millones en Decero y algo más de cien en Dhrule.

—¿Habéis explorado todos los mundos de este sistema planetario?

—Sólo los pequeños, y ninguno es habitable excepto Dhrule y Decero.

—Era de suponer. ¿La nave en que viajaste era de reciente fabricación?

—¿Adonde quieres ir a parar?

—Contéstame, por favor.

—Sí, era de reciente construcción, pero según un diseño antiguo. En realidad sólo viajábamos en las naves grandes para el comercio y el transporte de pasajeros entre Decero y Dhrule, después de que desistiéramos de colonizar otros mundos, y hasta el día en que Logaroh nos aisló. ¿Para qué necesitábamos planetas inhóspitos? Teníamos dos planetas perfectos, continentes despoblados, tierras y recursos para los próximos diez mil años.

—¿Construís naves interplanetarias con planos antiguos?

—Eso he dicho; no podíamos copiar las grandes naves.

—¿Qué naves?

—Viejas naves, están en un valle distante de nuestra ciudad, nunca debíamos acercarnos a ellas.

—¿Por qué?

—No lo sé, Dar —Yaita parecía cansada de contestar tantas preguntas—. Por respeto, en realidad no nos estaba prohibido. Nadie las visitaba.

—¿Hay naves como ésas en Dhrule?

—No, sólo en Decero.

Dar pensó que eso podía significar que primero fue colonizado Decero y después Dhrule. A Decero arribaron grandes transportes estelares, según Yaita hacía más de quinientos años. ¿De la Tierra? No podía ser de otro mundo, pero las fechas no coincidían en su cuenta particular. La VoráGINE fue la primera nave que intentó llegar a una estrella. Quizá hubo otras después. Sacudió la cabeza. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que él abandonara la Tierra? Si Eva les escuchaba, debería tomar nota de todo aquello.

—Yaita —dijo, sin atreverse a mirarla a los ojos.

—Dime.

—Fuisteis obligados a olvidar vuestro pasado.

—¡No! Logaroh no había aparecido aún...

—Creo que vuestro origen fue borrado de vuestros libros por alguna razón —cogió sus manos y las apretó—. Lo averiguaremos, cariño. Algún día sabremos la verdad.

Era la primera vez que tenía ocasión de observar la ciudad a plena luz del día, y le parecía distinta a como la había conocido de noche o al oscurecer. Un abigarrado y multicolor gentío llenaba sus calles y plazas. Incluso pudo ver sonrisas y escuchar risas, y a los niños corretear entre los mayores, importunarlos con sus juegos. Las carretas atestadas de productos agrícolas, reses sacrificadas, productos manufacturados de forma primitiva, ropas oscuras y mal terminadas, se movían por las calzadas. En una gran explanada, cerca de la salida norte de la ciudad, había un mercado. Dar se sintió confundido en medio de las prisas, los gritos e imprecaciones.

Caminaba al lado de Yaita y lo miraba todo con curiosidad. La muchacha había cubierto su negra cabellera con un pañuelo verde y, sobre éste, llevaba un gorro de paja. Su belleza quedaba oculta y Dar se sentía más tranquilo observando que nadie les prestaba su atención.

—Encontraremos a Orlut en una finca de las afueras —le había dicho Yaita cuando salieron de la casa—. Tenemos que cruzar media ciudad.

—¿Por qué crees que estarán allí?

—Es lo que yo habría hecho si hubiera considerado inseguro el refugio de la ciudad. Después de hacer desaparecer nuestros cuerpos, Orlut debió pensar que los soldados no tardarían en



registrarla.

Dar le hizo ver que muchas carretas cargadas con alimentos se dirigían hacia Taisha.

—Todos los días llevan para los acólitos de Logaroh ingentes cantidades de comida y bebidas, para sacerdotes y los guardias negros. A cambio de sus presentes, los campesinos obtienen medicinas, abonos y semillas. También algún dinero —le explicó Yaita.

—¿Quiénes ingresan en la Guardia Negra? —preguntó Dar, viendo pasar una patrulla de soldados uniformados de negro por la calle.

—Algunos miembros de las compañías amarillas, cuando demuestran haber prestado grandes servicios a Logaroh. Pero la mayor parte proviene de la población de Taisha, y los oficiales de la casta más próxima al Privado.

—Creía que quedaban hartos de pelear contra los infieles, y cuando recibían la licencia se alejaban corriendo de los cuarteles, para regresar a sus hogares. No será fácil acabar con el sistema político-religioso impuesto por Logaroh —dijo Dar—, hay muchos precedentes en la Tierra.

Escuchó que Yaita se echaba a reír y le preguntó qué le había hecho gracia.

—Nada —contestó ella—. Pero me había acordado de lo que me contaste acerca de que tu mundo estaba superpoblado y había escasez de materias primas. Comprendo que quisierais emigrar a otros mundos.

—No es fácil descubrirlos. Son escasos los planetas tipo Tierra. No puedo creer que existan dos en este sistema solar.

—Debe haber cientos en la galaxia, pero hay que encontrarlos —respondió Yaita, pensativa.

Cuando habían dejado muy atrás el mercado, Dar dijo:

—No tenéis muchas posibilidades de vencer a la Guardia Negra. Tienen armas de fuego, y vehículos voladores, las plataformas. Y cada día que pasa la población de Dhrule es más adicta a las drogas. Veo a nuestro alrededor a mucha gente con la mirada perdida, en la última fase del proceso que los llevará a la muerte.

—Podemos curarlos, tenemos antídotos capaces de anular la drogadicción. El problema es convencerlos para que se sometan a la cura. La mayoría huye espantada cuando les decimos que aborrecerán la ración. Tenemos planes, Dar. Me gustaría decirte cuáles son, pero no puedo: necesito el permiso del grupo para confiártelo.

—No será fácil convencerlo para que me acepten.

—Comprenderán que tu ayuda será muy valiosa.

—¿Tú crees?

—Desde luego. Desde que volvimos le doy vueltas en la cabeza a una idea con la que podríamos desenmascarar a Logaroh.

—¿Cómo?

—Poniéndole en ridículo.

—Explicate.

—Se ufana de ser el único que puede resucitar. Tú y yo podemos demostrar al pueblo que no es un dios, porque los dos también lo seríamos. ¿Comprendes?

—Perdona, pero no capto bien tu plan.

—Logaroh ha muerto muchas veces.

—¿De veras? —al ver asentir a la chica, añadió—: Me parece que somos demasiados los que podemos hacerlo.

—Con sus resurrecciones anuales, y algunas extraordinarias, Logaroh convence a las masas de que siéndole fieles podrán ser como él algún día. La promesa de vivir eternamente es demasiado atractiva, a pesar de los años que lleva anunciando que pronto todos sus fieles serán inmortales, si le obedecen ciegamente.

—Está realmente loco; no podrá seguir con el engaño mucho tiempo.

—Creo que todo el tiempo que él piensa que necesita para encontrar lo que lleva buscando desde que apareció.

—Yaita, cada vez estoy más convencido de que en la razón de su búsqueda está la explicación de cuanto ocurre.

Dar tenía que hacer un considerable esfuerzo para imaginarse a las casas de la ciudad sin la gruesa capa de suciedad que las cubría, que las calles estuvieran limpias y las gentes que transitaban por ellas estuvieran alegres.

Deshtie debió ser una urbe atractiva para vivir en ella. Las casas, pese a su mugre y deterioro, eran hermosas, sus variados estilos arquitectónicos se armonizaban, debieron combinarse perfectamente años atrás.

Por el contrario, Taisha con sus luces y resplandor de metales, y sus brillantes calzadas, resultaba una ciudad fría.

Quienes diseñaron la Ciudad Prohibida intentaron construir una fortaleza más que una ciudad, un conjunto que impresionara y acobardase a cuantos la contemplasen desde el otro margen de la autopista.

Deshtie hacía tiempo que había sido abandonada, y sus moradores dejaban que el tiempo la ajase y la suciedad la cubriese.

Salieron de los barrios más populosos y se vieron rodeados de casuchas construidas con materiales pobres, restos de chapas de metal, ladrillos mal cocidos y cartones, todas muy juntas, separadas por estrechas callejuelas. El hedor era allí insoportable.

Cruzaron aquella zona lo más deprisa que pudieron. Más adelante los espacios volvieron a ser más amplios, las casas aún conservaban restos de su antigua belleza, y Dar volvió a intentar ver que había sido un barrio residencial, con verdes y cuidados jardines, asfaltadas vías de comunicación y frondosos bosques perfectamente diseminados.

No tardó en ver manzanas de casas abandonadas, muñones quemados de orgullosos edificios.

De pronto Yaita se detuvo, agarró a Dar de un brazo y le llevó hasta detrás de un muro medio caído, le obligó a agacharse y señaló una calle. Varias plataformas la sobrevolaban y no tardaron en descender sobre una plazoleta llena de montones de escombros.

De los vehículos bajaron docenas de soldados con ropas amarillas, blandiendo lanzas y espadas. Sus jefes, todos guardias negros, les gritaron órdenes para que se desplegaran.

Yaita masculló:

—Están rodeando la casa. Hemos llegado tarde.

Los soldados corrían hacia una finca de tres plantas que se alzaba solitaria al otro lado de la plazoleta. Antes de llegar a ella se detuvieron, parapetándose tras los montones de escombros. Un oficial se plantó delante de la entrada de la casa y se llevó a la boca un objeto metálico, por el que empezó a hablar. Su voz sonó como un trueno, conminando a los ocupantes de la casa a que salieran y se entregasen.

Antes de que terminara su discurso, dispararon desde la casa sitiada. El oficial fue alcanzado y cayó al suelo.

Los demás guardias negros corrieron a protegerse y respondieron disparando sus armas. Los soldados amarillos se encogieron más tras los montones de escombros.

—Pues han pillado dentro a tus amigos —dijo Dar—. No sabía que tuvieran armas de fuego.

—Traje conmigo algunas, y otras las cogimos del campamento —contestó Yaita.

Dar amortilló la pistola, miró a Yaita y esperó a que ella empuñara la suya.

—Apostaría a que no sabían que la gente de la casa les dispararía —sonrió Dar, viendo caer a otro guardia negro y a tres soldados amarillos.

Los asaltantes se retiraron a lugares más seguros después de las primeras bajas. Los jefes negros bramaron amenazas a los soldados, cuando vieron que algunos empezaban a retroceder.

Dar aún no había visto disparar un arma de aquel planeta. Como había sospechado, los proyectiles eran explosivos, y bastó una descarga cerrada de los guardias negros para que la puerta de madera de la casa saltara hecha añicos. Desde las ventanas les contestaron con más disparos.

—No me explico cómo han descubierto este escondite —dijo Yaita—. Era nuevo, apenas lo habíamos utilizado.

—Siempre hay soplones. Algún vecino debió ver movimientos extraños y pensó que le darían unas dosis extras a cambio de la información.

—¿No existe una salida secreta de emergencia? La casa no está totalmente rodeada, no han

traído tropas suficientes.

—Tenemos que hacer algo.

Dar sonrió. Se podía ser valiente cuando se tenía la certeza de que si caía acribillado a balazos escucharía la bienvenida de Eva al Hogar, y volver a la escena de la lucha con un arma más poderosa. ¿Qué podía pedirle a Eva? ¿Una ametralladora que disparase mil balas por minuto, de gran calibre y cargadas de bolas de acero? Pero podía tardar en equiparse convenientemente, y cuando volviera los compañeros de Yaita podían estar muertos.

Miró su pistola. Los proyectiles también eran explosivos. Luego observó las plataformas. Estaba lejos, fuera del alcance de los disparos. Las señaló.

—Si nos apoderamos de una de ellas podríamos causarles mucho daño disparándoles desde el aire. ¿Sabes manejarla?

Ella asintió.

—Desde luego. Son originarias de Decero. Allí las utiliza todo el mundo como medio de transporte privado.

Dar dijo que le siguiera. Dieron la vuelta al muro y corrieron agachados. Algunas balas disparadas desde la casa zumbaron sobre sus cabezas.

Las plataformas estaban a un centenar de metros. Nadie las vigilaba. Llegaron hasta ellas y Dar saltó a la más cercana, después de comprobar que no había nadie. Tendió a Yaita una mano y la ayudó a subir. La muchacha corrió a ponerse delante de los controles y la puso a funcionar. Dar encontró una ranura en la baranda protectora donde poder disparar.

La plataforma se elevó en silencio, alcanzó una altura de veinte metros y voló hasta situarse encima del grupo de oficiales. A Dar le repugnaba la idea de disparar contra ellos, estando de espaldas, sin percatarse del peligro que se cernía sobre sus cabezas, más atentos a disparar contra la casa y a protegerse de los disparos que les hacían desde las ventanas.

Dar apuntó y apretó el gatillo; tres hombres vestidos de negro cayeron, dos levantaron la mirada y echaron a correr para ponerse a cubierto. Dar creía que sin los oficiales la tropa huiría, como ya lo había intentado antes. Disparó de nuevo y alcanzó a otro sicario de Logaroh. Sólo quedaba uno, y se arrojó a una pequeña acequia.

—¡Abajo! —gritó Dar a Yaita, mientras observaba cómo los soldados armados con espadas y ballestas se dispersaban.

La muchacha pilotó la plataforma hasta hacerla descender delante de la entrada. Habían dejado de disparar desde la casa. Yaita pidió a gritos a sus compañeros que salieran. Por la puerta apareció un hombre y los miró.

—¡Vamos, subid! ¿Es que no me habéis reconocido? ¡No podemos quedarnos aquí todo el día! —volvió a gritar Yaita, haciendo girar la plataforma, acercándola más a la entrada.

El hombre titubeó. Miraba estupefacto a Yaita. Dar pensó que la había reconocido y no podía creer que estuviera viva.

—¡Malditos incrédulos, soy yo, Yaita-La! Venga, arriba todo el mundo. Luego os contaré una historia fantástica. Os juro que no soy un espíritu ni me he vendido a Logaroh. ¿Es que no veis a mi lado a Dar? ¿Tampoco habéis visto que hemos matado a todos los guardias negros?

El hombre corrió hacia la plataforma después de hacer un gesto al interior de la casa, y Dar le ayudó a subir. Estaba demasiado asustado y no se fijó en quién le había ofrecido la mano. Se arrimó a la barandilla y empezó a disparar a los pocos soldados amarillos que aún permanecían cerca. De la casa salieron más hombres. Dar los fue identificando a medida que subían. Eran Reude, dos desconocidos, Clestu y Orlut, que avanzaba con dificultad, ayudado por un joven. Dar soltó una exclamación de alegría. Era Juess. Orlut saltó a la plataforma, resoplando; Dar cogió a Juess por la camisa y lo empujó al interior.

—¡No hay nadie más! —gritó Clestu.

Yaita elevó bruscamente la plataforma. Mientras ésta tomaba altura, Dar descubrió al último oficial y le disparó dos veces. No pudo saber si había acertado o no, pues se alejaron velozmente. Lamentó haber dejado un testigo atrás.

Miró al cielo y se dijo que volaban rumbo al norte.

Distendió los músculos y empezó a sonreír, pensando que habían salido bien parados, cuando observó en los rostros del grupo que los problemas acababan de empezar. Los rescatados miraban a sus salvadores como si fueran fantasmas.

Yaita se apartó de la consola y dijo a Clestu:

—¿Te importa pilotar mientras os explico todo? Y por favor, dejad de mirarnos como si Dar y yo fuéramos bichos raros.

## CAPITULO XIII

—Creo que ni él mismo se había dado cuenta de los beneficios que podía obtener —decía Orlut— hasta que un consejero de la ciudad, cansado de escuchar sus amenazas, le pegó un tiro entre ceja y ceja. Logaroh fue enterrado, y el consejero acusado de asesinato, a pesar de que para todos había hecho lo mejor; pero la ley es la ley. Logaroh ya tenía muchos simpatizantes, y hubo tumultos en la ciudad. El mismo día en que iba a celebrarse el juicio, las puertas de la sala se abrieron y Logaroh entró vivo y coleando; se dirigió al tribunal y exclamó con voz tenante que sólo él tenía derecho a la venganza, y ante el asombro y la admiración de todos, sacó una daga y degolló al consejero, que hasta entonces había confiado en ser absuelto, si acaso castigado con una multa.

Orlut hizo una pausa, se aseguró de que el interés de Dar no había decaído, y continuó:

—Como he dicho, Logaroh tenía bastantes seguidores, y le lloraron durante tres días; al verlo vivo y vengativo, se enardecieron y lincharon a los jueces y a los guardias de la sala.

Dar daba las últimas caladas al último de sus cigarrillos. Estaba sentado frente a Orlut. Yaita, a su lado, tenía cogida su mano y miraba el fuego alrededor del cual habían dado cuenta de un pequeño refrigerio. A unos metros de distancia, sumido en la oscuridad de la noche, estaba el aparato volador, cerca del bosque de árboles enanos.

—A partir de ese día —siguió diciendo Orlut— nada y nadie se opuso a que Logaroh terminase con la forma de vida de Dhrule y se erigiese en su dueño y señor. El nuevo dios, tirano o farsante, adoptó la costumbre de morir periódicamente, para que el pueblo presenciara lo que él llama su sacrificio eterno. Aunque no es un dogma escrito, Logaroh en su discurso de vuelta a la vida dice que sólo los dioses pueden resucitar, y que algún día todos los que demuestren que le aman serán recompensados con la vida eterna.

Dar arrojó al fuego la colilla y dijo:

—Yaita me contó que al principio todo el mundo se entregó a él, pero algunos, viendo el deterioro de la sociedad, no tardaron en hacerse preguntas y cuestionar su divinidad.

—Sí, ocurrió así. Y por ello fueron perseguidos y eliminados. Afortunadamente los habitantes de Decero no se dejaron influenciar por sus palabras ni por las drogas que empezó a regalar; intentaron convencer a los habitantes de Dhrule que de que Logaroh era un farsante, achacando sus resurrecciones a simples trucos de magia, aunque en el fondo no se explicaran cómo lo hacía. A cada campaña en su contra, el nuevo dios llevaba a cabo una demostración de su poder, ordenando a sus fieles a que le mataran de mil formas distintas, incluso esparciendo sus restos por todos los confines de la región, incluso llevados a Decero. Pero siempre volvía, a veces no esperaba los tres días divinos de espera, y lo hacía a las pocas horas, en el momento anunciado por él antes de morir. Un día, ante la multitud que ya lo adoraba, proclamó que Decero debía ser aislado, y en pocas horas el planeta quedó envuelto en un escudo de energía que impedía la salida y entrada en él. Los decerianos no volvieron a Dhrule hasta que descubrieron que el escudo, en los momentos en que los dos planetas estaban más alejados, no se cerraba completamente y se podía salir por las aberturas.

—Creo que cometió un error al aislar a Decero —dijo Dar—. Tarde o temprano habría extendido su doctrina entre su población.

—Tenía mucha tarea que hacer en Dhrule —gruñó Clestu, avivando el fuego con una rama.

—Muchos dudamos, Dar; a veces creímos que era un dios. Yo era un muchacho cuando llegó, y llegué a asustarme—musitó el anciano—. Pero un dios no podía ser cruel y vengativo, y por ello rechazamos a Logaroh.

—¿Nunca hubo religiones en Decero?

—No. Bueno, al menos creemos que no. Ya sabes que sólo conocemos los últimos cinco siglos de nuestra historia. Por alguna razón, nuestros antepasados nos ocultaron sus raíces —se volvió para mirar a Dar—. La sociedad de Decero siempre fue industrial, y en Dhrule se desarrolló

la agricultura. Formábamos una sociedad casi perfecta.

Dar meditó la siguiente pregunta antes de hacerla.

—¿Como si existiera un plan para que ambos planetas se desarrollasen en armonía?

El anciano asintió, y Dar creyó ver en sus ojos que lamentaba ignorar la verdadera historia de su pueblo. Tras un ronco suspiro, añadió:

—No conocimos la guerra, nunca hubo fricciones entre los dos planetas, vivíamos en paz, ayudándonos, sin envidias, sin problemas graves con quienes nos gobernaban, a los que elegíamos libremente.

El silencio se apoderó del campamento. Todos permanecieron callados un rato.

Durante varias horas habían volado a la velocidad máxima que podía desarrollar la plataforma. Todos estuvieron de acuerdo en que el sitio más seguro eran los valles situados al norte de las llanuras, pasar la noche allí y al día siguiente alcanzar las montañas donde se refugiaban los enemigos de Logaroh en inaccesibles grutas para los guardias negros.

Nadie dudaba que Logaroh enviaría tras ellos sus tropas de elite, toda su flota de plataformas. El dios de Dhrule debía estar furioso.

Dar quiso saber cómo eran las colonias infieles, que sus nuevos amigos llamaban refugios libres. Cuando escuchó hablar de ellas se las imaginó compuesta de hombres y mujeres que vivían en pésimas condiciones. Yaita le hizo ver que estaba equivocado, y las grutas, sino agradables para vivir, resultaban bastante cómodas, y en ellas eran tratadas las víctimas de las drogas que Logaroh suministraba a las ciudades y los campos. Las colonias recibían ayuda de Decero en forma de alimentos, medicinas y armas, siempre que el escudo de energía se debilitaba.

A Dar le hubiera gustado haber contado con Eva en aquel momento, pero ella no podía estar cerca, aunque le había dicho que ya conocía el procedimiento para hacerlo. Dar se resignó a confiar en que le vigilaba en todo momento y conocía su paradero actual.

Eva podía ayudar al movimiento liberador de Dhrule emprendido por los habitantes de Decero, proporcionando armas y medios, pero para pedírselo tenía que hallarse en el Hogar, y hasta el momento no conocía otro procedimiento para volver que morir, una idea que no le complacía, ya que no quería separarse de Yaita.

Ahora veía las cosas desde una perspectiva muy distinta que hacía unos días.

De pronto el anciano le arrancó de sus reflexiones.

—Mis dudas acerca del origen divino de Logaroh se han disipado al saber que tú y Yaita sois como él. Se puede volver a la vida. Aunque me ha costado creer que no sabes por qué resucitas, debo admitir que existe un proceso científico para lograrlo, Dar. Pero sólo una ciencia avanzada miles de años podría conseguirlo. Es un misterio, evidentemente, pero algún día tendrá una explicación. Lástima que esa cosa que tú llamas Eva no pueda mostrarse ante mí y mis compañeros. Lástima.

Dar se limitó a sonreír forzosamente. ¿Qué podía responderle? Durante unos minutos esperó que Eva se presentase ante ellos, pero seguía sin escucharla ni saber de ella.

Todos estaban cansados tras un día tan accidentado, y lentamente se fueron retirando a la plataforma, donde había sacos de dormir suficientes para todos. Reude dio las buenas noches a Dar de forma efusiva. Clestu se echó a dormir junto a la barandilla de entrada, y Dar vio que no dejaba de observarle, hasta que el sueño le venció. Sólo él y Yaita quedaban junto a la hoguera, ella abrazada a él, la cabeza sobre su hombro.

Clestu había sido el más duro de convencer. Cuando escuchó el relato de Yaita, insistió en considerarla una enemiga de su causa por el hecho de haber vuelto al mundo de los vivos. Para Clestu era ahora una adicta de Logaroh, una espía que no dudaría en traicionarlos; incluso llegó a sugerir que había sido suplantada por otra mujer. Cansado de escucharle, Orlut le hizo saber que sus temores eran infundados. Finalmente, Yaita, sin perder la serenidad, acabó de relatar los hechos y convenció a todos de que Dar estaba de su parte y con su ayuda podrían vencer a Logaroh y acabar con su reinado de terror.

—Me gustaría conocer tu mundo —susurró Yaita.

—No todo lo que hay en él sería de tu agrado.

Dar no dejaba de contemplar las llamas. Acarició el rostro de Yaita, la besó en los labios y añadió:

—No pierdo la esperanza de volver a la Tierra, querida.

—Háblame de ella, de sus gentes, de sus costumbres.

—Podría explicarte cómo era cuando partí, pero tal vez no sirva para nada, pues temo que hayan pasado demasiados años, calculo que cinco siglos, quizás más. Es posible que ni yo mismo la reconozca si vuelvo a ella. Estaban a punto de iniciar una guerra, una más, que podría acabar con toda la civilización.

—No seas pesimista.

—Tengo que serlo por fuerza. La Vorágine nació de un proyecto desesperado para unir a los terrestres —empezó a sonreír—. Tal vez tuvo éxito.

—¿Qué quieres decir?

—Es posible que construyeran naves más rápidas que la Vorágine unos años después de nuestra partida, y éstas nos sobrepasaron en el camino a las estrellas, y cientos o miles de hombres y mujeres colonizaron otros mundos. Uno de ellos podría ser éste.

Yaita suspiró.

—Conozco tu teoría. Tal vez tengas razón.

—Creo que descendéis de una expedición que partió de la Tierra después que la mía.

—Y al llegar a esa conclusión piensas que han pasado siglos para ti.

—Sí. Vuestra historia se remonta a cinco siglos, todo lo que pasó anteriormente lo habéis olvidado o vuestros antepasados se las arreglaron para que sus descendientes no supieran de dónde procedéis.

—Podría ser.

—Pero no te complace la idea, ni tampoco a tus compañeros.

—Nos hemos acostumbrado a vivir ignorando nuestro pasado.

Dar había pensado que no les enorgullecía descender de los terrestres, de un mundo que siempre había peleado entre sí y estaba a punto de destruirse a sí mismo.

—Creo que tus antepasados sabían lo que hacían al romper con el pasado y empezar de cero. Hasta la llegada de Logaroh erais un pueblo feliz.

—¿Nos consideras perfectos?

Dar sonrió.

—Lo eres para mí.

Se levantó y la ayudó a incorporarse. Cogidos por la cintura subieron a la plataforma. Sus sacos de dormir les esperaban junto a la consola. Todos dormían, incluso Clestu. La seguridad que les ofrecía aquel valle hacía innecesario que vigilaran el cielo. Al menos durante aquella noche Logaroh los dejaría en paz.

Cuando Dar abrió los ojos, le llegó el olor a café recién hecho. Que existiera era para él una prueba más del origen terrestre de sus habitantes. También había maíz, trigo, cebada, patatas, tomates... Debieron traer semillas de todas clases.

Se incorporó y salió de su saco sin despertar a Yaita. Hacía un poco de fresco. El sol ya apuntaba en el horizonte. Bostezó y saltó fuera de la plataforma. Caminó hacia la hoguera, reanimada. Orlut vigilaba el café.

Le vio venir y le saludó. Dar respondió con un buenos días. Estaban solos. Los demás dormían. Le sorprendió que el anciano hubiera sido el primero en despertar. Debía de haberlo hecho hacía un rato, había tenido tiempo para preparar el desayuno.

Dar le ayudó a calentar las galletas que la noche anterior encontraron en la plataforma. Al escuchar a Dar quejarse, Orlut se echó a reír y le prometió cuando llegaran a las colonias comería todo lo que le apeteciera.

—Los compañeros de Decero nos enseñaron la técnica del cultivo hidropónico. También tenemos ganado en las montañas, y verduras. No queremos que las patrullas de Logaroh descubran campos labrados en las planicies de las montañas dijo Orlut. Tengo entendido que la agricultura prosperó enseguida en Dhrule, y en Decero dispusieron pronto de alimentos frescos.

—¿Con qué pagaban?

—Oh, aún no se había empezado a emplear el dinero. Nuestros antepasados empezaron con el trueque, y pagaban a Dhrule la comida con productos manufacturados. Más tarde, cuando la población creció en ambos mundos, los economistas tuvieron que admitir que el dinero era imprescindible y acuñaron monedas e imprimieron billetes. Logaroh nos llevó a la inflación y sólo valieron los metales, el cobre, la plata y el oro.

—¿Cómo les afectó su economía cuando Logaroh los aisló?

—Eso nos preocupó mucho, pues más de la mitad de los alimentos que consumían en Decero procedían de Dhrule. Temimos que tuvieran dificultades, pero cuando los agentes secretos de Decero empezaron a llegar, nos tranquilizaron. No tardaron en desarrollar su propia agricultura, totalmente mecanizada. Creo que obtienen mejores cosechas que nosotros.

—¿No crees que si un día volvieran a reanudarse los intercambios, cuando Logaroh sea vencido, Dhrule no tendría nada que venderles?

—Ni siquiera me ha pasado por la cabeza. ¿Por qué no podríamos solucionar esos problemas? Siempre nos hemos llevado bien con la gente de Decero.

Dar cogió la taza con humeante café que le tendió el anciano.

—¿De veras que nunca hubo una crisis entre los dos planetas, Orlut? No quiero decir que haya existido el peligro de una guerra, pero me sorprende que durante cinco siglos las relaciones nunca se enfriasen.

—Pues créelo. Nunca ha habido guerra entre nosotros. Somos un solo pueblo aunque vivimos en dos planetas, y nuestro destino es el mismo.

—¿Cuál destino es ése?

—No lo sé —rió el anciano—. Sabemos que existe un destino, y algún día lo averiguaremos.

—Sigue sorprendiéndome que nunca haya habido un conflicto armado. Siempre han tenido armas. Armas portátiles, no de destrucción masiva—miró al anciano—. ¿Me equivoco si pienso que Decero dispone de bombas nucleares, misiles y naves de guerra?

Orlut se quedó pensativo.

—Sólo existen en los planos que se conservan en los archivos del ordenador central. Decero fabrica pistolas y fusiles, nada más.

—Pero su tecnología les permite fabricar una bomba atómica, ¿no?

—Supongo que sí. Pregúntaselo a Yaita. Dar, ese tema me desagrada. Soy pacífico, y no empuñaría un arma si no fuera porque Logaroh está destruyendo a mi pueblo.

—¿Cómo consigue Logaroh las armas para sus ejércitos?

—Existía un arsenal.

—¿Para qué?

—No lo sé. Hay otro igual en Decero, miles de armas en cada uno. Y mucha munición.

—Parece que siempre habéis temido ser atacados desde el exterior.

—No, no; nunca temimos a nadie, pero nuestros antepasados, en las breves instrucciones que nos legaron, nos decían que estuviéramos alerta. Creo que en Decero podrían fabricar misiles en poco tiempo.

—Pero no lo harán, ¿verdad?

Orlut inspiró profundamente.

—Otros agentes me confiaron que piensan en ello, y yo creo que los emplearán si la amenaza de Logaroh se prolongase.

—¿Y las plataformas voladoras?

—Había muchas cuando se alzó con el poder, y las requisó todas. Cuando empezaron a averiarse y nadie podía repararlas, aparecieron más, nuevas y flamantes. Nadie sabe dónde las fabrica.

—Logaroh construyó Taisha junto a Deshtie. Tengo entendido que esa ciudad surgió de la nada, en pocos días.

—Te cansarás de reunir misterios, Dar —dijo el anciano con tristeza—. ¿Comprendes cómo es difícil no creer que es un dios? A los pocos días de hacerse con el poder, los puertos espaciales



fueron desmantelados y muchos pensaron que obtuvo de ellos el material para levantar a Taisha, pero no había bastante.

—Destie es oscura en la noche, y en cambio Trisha resplandece con un derroche de energía increíble.

—A Logaroh le sobra energía pero nos la niega. Desde su llegada hemos retrocedido, Dar, y tuvimos que volver a las carretas y a los animales de tiro, cuando nuestros vehículos se quedaron sin combustible. Si creyera en los milagros, pensaría que existió para nosotros, porque nos adaptamos con rapidez. Todavía me pregunto cómo hemos sobrevivido estos años. Dentro de poco nadie en este planeta sabrá leer ni escribir. En un pueblo de analfabetos nos quiere convertir ese maldito.

Escucharon que los demás empezaban a despertar en la plataforma. Yaita bajó y se acercó a ellos. Su presencia impidió a Dar hacer más preguntas al anciano. Los hombres parecían más optimistas, incluso Clestu se mostró amable con Dar. Dieron rápida cuenta del café y de la comida. Todos parecían tener prisa por levantar el campamento y emprender la marcha.

Recogieron los cacharros y los llevaron a la plataforma. Juess se ocupó de apagar la hoguera. Yaita se puso ante los mandos y elevó el aparato a pocos metros. Después de comprobar que no había ninguna otra plataforma cerca, se dirigió al norte.

Dar sentía curiosidad por conocer aquellos ingenios voladores. Yaita le explicó que utilizaban energía solar, que almacenaban durante el día para volar durante la noche. Debajo de la plataforma había un sistema de giróscopos que no producían ruidos. Dar intentó recordar si en la Tierra, antes de que la VoráGINE partiera, se estaba desarrollando aquella técnica.

El sol ascendía por el horizonte. Yaita anunció que al atardecer estarían a la vista de colonias.

El vuelo discurría apacible cuando Clestu dio la voz de alarma, señalando hacia el este. Todos excepto Yaita se agolparon a un lado de la plataforma para mirar hacia donde había apuntado Clestu con el dedo.

Dos plataformas volaban raudas hacia ellos.

—¡Están llenas de guardias negros!

—¿Pueden alcanzarnos? —preguntó Dar.

—No lo sé, pero de lo que estoy seguro es que no podremos dejarlos atrás.

Dar empuñó su arma y comprobó que solo quedaban diez proyectiles. En el cinturón llevaba otro cargador. Los demás estaban también escasos de municiones. El alcance de los rifles era de unos doscientos metros. A esa distancia los guardias enemigos abrirían fuego, y eran más que ellos.

—Esas plataformas son más veloces que la nuestra —dijo Yaita—. Con un poco de suerte estaremos pronto en un terreno más abrupto, con desfiladeros entre los que podremos esquivarlos.

Minutos más tarde pudieron comprobar que las esperanzas de Yaita eran infundadas. Cuando se desviaron para entrar en un estrecho cañón, las dos plataformas también lo hicieron.

—Saben quiénes somos —dijo Reude.

Dar se puso al lado de Yaita, mirando los controles, pendiente del terreno que sobrevolaban. Pese a su pericia no podía sacar más partido a la máquina voladora. Los perseguidores les estaban ganando terreno. Cuando salieron del desfiladero, preguntó:

—¿A qué distancia estamos de los otros desfiladeros?

—No hay más hasta dentro de unos veinte kilómetros.

Le dio unas palmadas en la espalda para darle ánimo, y volvió a la parte del vehículo donde Reuder y los otros estaban sujetando a la barandilla los sacos de dormir.

—Pueden detener algunos disparos —dijo Reude.

Las plataformas enemigas estaban lo bastante cerca como para calcular el número de los guardias. En cada vehículo había más de veinte, lo que significaba que eran cuarenta las armas de fuego las que les dispararían.

Dar tomó los últimos sacos de dormir y los colocó alrededor de la consola de mandos, para proteger a Yaita.

—Agáchate todo lo que puedas cuando empiece el jaleo.

Ella le sonrió.

Regresó con los demás y se parapetó tras los sacos al lado de Reude. Calculó que las

plataformas enemigas estaban a poco más de doscientos metros. Le pareció ver que los guardias tomaban puntería. No tardarían en disparar.

Amartilló la pistola y apuntó. Todos le miraban, preguntándose si esperaba lograr algo a aquella distancia. Dar apretó el gatillo, aprovechando los segundos que la plataforma propia apenas se salió de la línea recta por la que Yaita la pilotaba.

Su disparo alcanzó a un guardia, lo vio agitar los brazos y caer al vacío. Vació el cargador, pero no volvió a hacer blanco. De reojo vio que Clestu empezaba a sonreír.

Sacó el otro cargador y lo introdujo en la culata de la pistola.

—Estas balas te sorprenderán —dijo a Clestu.

Apretó el gatillo tres veces seguidas; pequeñas explosiones se sucedieron a pocos metros de las plataformas y sus deflagraciones arrojaron a tres guardias, que cayeron gritando y batiendo los brazos como si quisieran convertirse en pájaros y echar a volar. No vio dónde cayeron. Las plataformas redujeron la velocidad.

—Eh, buena puntería —le felicitó Clestu.

—Apunté a los paneles de mando —masculló Dar.

—¿Por qué no disparan? —preguntó Juess.

—Creo que quieren cogernos vivos.

—¡Disparad sobre la parte inferior! —les gritó Yaita.

Reude, posiblemente el mejor tirador de los dhrulenianos, disparó a la vez que Dar. Varias bolas cárdenas eclosionaron en la proa del vehículo de la derecha, se tambaleó y perdió más velocidad, pero la recuperó enseguida y volvió a ponerse a la altura de la otra plataforma.

Los dos vehículos se separaron, aceleraron y no tardaron en aproximarse por los flancos a la plataforma de los fugitivos. Docenas de guardias negros abrieron fuego, apuntando a la parte baja del aparato.

—Ellos también conocen el punto vulnerable de estos cacharros —dijo Dar, comprobando cuántas balas quedaban en el cargador. Volvió a montar la pistola e intentó apuntar, pero las plataformas se movían demasiado deprisa y no podía fijar el blanco.

De pronto un oficial se llevó un altavoz a los labios y les conminó a rendirse.

—Es cierto que nos quieren vivos —dijo Juess.

—¿A todos? —preguntó el anciano, mirando primero a Yaita y luego a Dar.

—Cuando se cansen, dispararán a matar —sentenció Reude, maldiciendo la escasez de munición.

Las dos plataformas volaban cada una a un lado, a menos de veinte metros. Podían ver a los soldados apuntarles con sus rifles. Estaban entre dos fuegos. El oficial volvió a repetir que se rindieran; esta vez les dio un plazo de diez segundos para que aterrizaran, o abrirían fuego.

Un tirador enemigo disparó contra la parte baja de la plataforma, y un giróscopo lanzó un lamento y se detuvo en medio de un chirriante sonido a metal desgarrado. La plataforma perdió más velocidad, y los vehículos de Logaroh hicieron lo mismo.

Dar vio que volaban sobre terreno llano. La montaña aún quedaba lejos. No tenían escapatoria.

La plataforma sufrió una brusca sacudida. Yaita intentó enderezar el vuelo, maldijo los mandos y movió con desesperación la cabeza. Con la mirada dijo a Dar que no podía hacer nada.

La siguiente sacudida obligó a todos a agarrarse a la barandilla. Se deslizaban a unos diez metros del suelo, escarpado y seco.

Yaita buscó un lugar donde aterrizar, apagó los motores principales, iniciando el descenso únicamente con un giróscopo.

Furioso, Dar vació el cargador contra la plataforma de la derecha. Reude y Clestu también dispararon, y el fuego graneado barrió la cubierta, pero el descenso del vehículo les impidió tomar puntería y los disparos pasaron por encima de las cabezas de los guardias negros.

Yaita bajó la plataforma hasta casi rozar las rocas más elevadas, tuvo problemas con enderezar el vuelo cuando vio que se aproximaban a un puñado de rocas agudas. Dar comprendió que no podían seguir en el aire más tiempo.

Una plataforma pasó por encima de sus cabezas. Dar arrebató la pistola a Clestu, apuntó e hizo tres disparos antes de que se alejase.

Lanzó un grito de triunfo cuando la vio estrellarse contra las agujas de piedra. Los guardias negros fueron lanzados al aire. Mientras los restos de la plataforma caían, se produjo una explosión, brotaron llamas de los motores y una densa nube de humo negro los envolvió.

Los demás gritaron con alborozo.

Dar buscó la otra plataforma. Estaba aminorando la velocidad, volando en círculos sobre ellos. Por la barandilla se asomaron los rifles de los guardias negros.

—Esta vez dispararán a matar —auguró el anciano.

—Sí, deben estar muy cabreados —rezongó Reude.

—¡Agarraos! —gritó Yaita.

La plataforma se desplomó cuando volaba a dos metros de altura. Dar rodó unos metros, se incorporó y corrió a socorrer a Yaita, la levantó del suelo y la abrazó. Sonrió al cerciorarse que no estaba herida. Se volvió y gritó a los demás que salieran y corriesen hacia las rocas.

Mientras corrían a refugiarse, Dar volvió la cabeza y vio que la plataforma, después de alejarse, giraba y regresaba.

Las rocas que habían elegido formaban un buen parapeto; detrás de ellos se alzaba una muralla de piedra. La plataforma no podía volar más allá y dispararles por la espalda.

La plataforma descendió a doscientos metros, entre ellos y la navecilla que aún ardía.

—Estamos atrapados —se lamentó Clestu—. Apenas podremos hacer un par de docenas de disparos.

—Quizá recuerden que deben cogernos prisioneros y no nos frían a tiros —dijo Juess.

—Eh, a nadie se le ha ocurrido coger el agua de la plataforma —se lamentó Reude.

—¿Crees que esperan que nos rindamos por hambre y sed? —se burló Clestu.

—Tranquilos, amigos —dijo el anciano. Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en las rocas y entornó los ojos.

Dar se preguntó por qué Orlut sonreía.

## CAPITULO XIV

—No es tan mala nuestra situación —dijo el anciano.

Con la mirada, Dar le pidió más explicaciones.

—¿Cómo no nos hemos dado cuenta? ¡Estamos en nuestro territorio! —exclamo Reude.

—Digamos que en tierra de nadie —dijo Yaita—. Espero que los nuestros hayan detectado la presencia de las plataformas y acudan en nuestra ayuda.

Dar no era tan optimista como sus compañeros. ¿Cuánto tiempo podrían resistir? Los guardias negros se estaban acercando, saltado de roca en roca. Yaita le había entregado media docena de balas y las introdujo en el cargador. Apuntó la pistola hacia el espacio entre dos agujas de piedra. Un enemigo saltó y no tuvo tiempo de apretar el gatillo. Los demás buscaron apoyo para sus armas y esperaron. En cualquier momento los guardias negros podían disparar. Dar se alzó. Ahora no veía a ningún enemigo. Cuando iba a agacharse, varios impactos levantaron una pequeña lluvia de esquirlas en el parapeto de roca que le saltaron delante.

—Disparan desde nuestra derecha —dijo Reude, tumbado boca arriba, mirando con desesperación el cielo—. Han subido algunos a ese montículo. Mierda, dentro de poco nos achicharrarán.

Por el resquicio que dejaban dos bloques de piedra, Dar descubrió al grupo de guardias que echaban a correr por su izquierda. Levantó rápido la pistola y abatió al más rezagado. Le contestaron con una descarga cerrada. El enemigo no tenía problemas de munición.

Escucharon a los oficiales dar órdenes, pero no las entendieron.

—Coordinan el ataque —dijo Reude, mirando a los lados, mientras Juess, el único que no estaba armado, vigilaba el montículo, donde suponían que había más de diez hombres esperando la orden para atacar.

—Deben quedar unos quince o veinte —dijo el anciano, acariciando su arma—. Demasiado —echó una mirada al cielo—. Tardan demasiado.

Dar no le preguntó a quiénes se refería, imaginando que pensaba en la ayuda que no acababa de llegar.

—Sólo me quedan cuatro balas —se lamentó Reude.

—Apuntad bien antes de disparar —rió Clestu.

Dar cogió la mano de Yaita, la miró a los ojos y ella le devolvió un gesto de ánimo.

No expresó en voz alta su temor de que fueran los guardias negros quienes recibiesen ayuda. ¿Por qué no atacan? Obtuvo la respuesta cuando empezó a sentir calor. El sol estaba sobre ellos, calentando la tierra. Sintió seca la lengua. La sed ya le atormentaba cuando escuchó a Juess quejarse.

—Quieren pillarnos desprevenidos —sentenció el anciano—. No dejad de vigilar.

Reude mascullaba entre dientes; había empezado a ponerse nervioso; más de una vez tuvieron que decirle que se agachara, cuando se incorporaba un poco para echar un vistazo a su alrededor.

Dar sintió que le miraban, Reuder lo hacía con hostilidad, como si pensara que el extranjero volvería a la vida si caía acibillado a balazos. Luego miró a Yaita, y por su expresión Dar adivinó que pensaba lo mismo de ella.

—¿Pueden comunicarse con los suyos? —preguntó, señalando hacia el otro lado de las rocas.

—Claro —respondió el anciano.

—¿Cuánto tardarían en llegar más tropas?

—Como muy pronto, un par de horas.

—Están esperándolas —dijo Yaita.

No tuvo tiempo de decir lo que pensaba. Una descarga cerrada precedió al largo y denso tiroteo que durante varios minutos los llenó de desconcierto. No sabían desde donde partían. De pronto Reude gritó que no les disparaban a ellos.

De repente se produjo un silencio que los sobrecogió más que el tiroteo.

Escucharon una voz potente, surgida de un altavoz:

—¡Eh, vosotros! ¿Quiénes sois?

Se miraron perplejos.

Reude se levantó un poco y contestó gritando:

—¿Por qué no te identificas?

—Hemos acabado con esos sicarios de Logaroh.

—Son de los nuestros —susurró el anciano. Sus ojos brillaron de esperanza.

Orlut asomó la cabeza por encima de las rocas y gritó:

—¡Paz, hermanos! Soy Orlut, y me acompañan varios camaradas de Deshtie? ¿Cómo te llamas?

La respuesta tardó unos minutos en llegar.

—Carride. ¿Quiénes son los demás?

Orlut dijo sus nombres.

—Ah, os acompaña el viejo. Me alegro de que hayamos llegado a tiempo. Podéis salir.

El anciano fue el primero en incorporarse y salir de las rocas. Había enfundado su arma y caminó con las manos separadas del cuerpo.

Reude se abrazó a Clestu y gritó alborozado.

Llevando a Yaita de la cintura, Dar siguió al grupo. Mientras caminaba observó a los hombres que salían de detrás de las rocas y las agujas de piedra. Vestían largos guardapolvos y llevaban armas en las manos. Cuando se acercaron vieron los cadáveres de los guardias negros esparcidos por todas partes. Ninguno se movía. Dar se preguntó si los últimos disparos que oyó fueron los tiros con que fueron rematados. Decidió no preguntar si estaba en lo cierto.

Se adelantó un hombre de poblada barba negra. Sonrió cuando se detuvo delante del anciano. Puso los brazos en jarras y dijo:

—No sabíamos a quienes perseguían esos hijos de mala madre, pero era suficiente para nosotros que fueran guardias negros para que les diéramos lo que se merecían —soltó una carcajada—. Estábamos cerca cuando vimos aproximarse a las plataformas. Lamento que hayáis pasado un mal rato esperando, pero teníamos que acercarnos y tomar posiciones para acabar con ellos en el primer ataque. No hemos sufrido ni una baja. He oído hablar de ti —concluyó mirando al anciano con admiración. Luego echó una mirada a los demás.

—Os agradecemos lo que habéis hecho —dijo Orlut, estrechando la mano del llamado Carride—. Pero creo que debemos irnos de aquí cuanto antes.

—Tienes razón, aunque dudo que los refuerzos que hayan pedido lleguen pronto.

Carride se acercó a Yaita. Su sonrisa se acentuó. Dar observó que ella se envaraba. Llegó a la conclusión de que se conocían, y también que no había demasiada amistad entre ellos.

—Hola, Yaita —dijo Carride—. Hemos caminado desde el amanecer y mis hombres y yo estamos agotados. ¿Crees que podríamos volver todos a los refugios en la plataforma de los guardias negros?

—Creo que somos demasiados —objetó ella, observando que los hombres de Carride eran más de treinta.

—No estamos muy lejos. Podría dejar algunos apostados aquí, pero prefiero que nos acompañen. Cuando aparezca una flotilla de plataformas, no sabrán qué dirección tomar para perseguirnos.

—De acuerdo —asintió Yaita—. Lo intentaré. Si la plataforma no puede con tanto peso, descenderé y dejarás a la mitad de tus hombres; seguro que conocen el camino.

—Sé que lo conseguirás —rió Carride—. Eres la mejor manejando una plataforma.

Los hombres de Carride recogieron las armas de los muertos y los despojaron de sus alforjas llenas de munición. Cuando Dar acompañó a Yaita a la plataforma, sintió que Carride le miraba. Volvió la cabeza y le vio dirigirse hacia sus hombres, apremiándoles a gritos para que se diesen prisa.

Una vez arriba del vehículo, cruzó los brazos y se quedó al lado de Yaita, observándola poner

en marcha los motores. Podía esperar a preguntarle acerca de Carride. Sonrió. Nunca había sentido celos en su vida, y se preguntó si ahora estaba probando su sabor.

El refugio de Carride estaba en una gruta. Su entrada era lo bastante grande como para permitir a Yaita llevar a la plataforma hasta muy adentro de la embocadura. Desde el aire no podría ser vista.

Orlut le explicó que era una base intermedia entre el territorio dominado por Logaroh y los enclaves infieles donde vivían docenas de familias, situados más al norte, a unos cien kilómetros.

—No es prudente volar de día —añadió el anciano.

Los hombres de Carride les dieron comida, una fuente repleta de carne asada, y varias botellas de vino rojo y fuerte. No eran muy habladores, pero bromearon cuando contaron cómo habían sorprendido a los guardias negros por la retaguardia, justo cuando se preparaban para lanzarse al ataque contra ellos. La gruta era amplia, y al poco les dejaron solos. Dar se aseguró que nadie le podía oír para preguntar a Orlut si estaba en lo cierto al creer que su relación con Carride no era todo lo cordial que podía esperarse.

El anciano dejó de comer, suspiró y dijo:

—Digamos que Carride es el jefe de una facción que siempre nos ha causado problemas; aunque él y sus hombres se proclaman infieles, a veces se comportan como vulgares ladrones; quizá lo eran antes de que se unieran a la causa; pero el acoso de las compañías amarillas y los guardianes negros los obligaron a acatar nuestra disciplina. De todas formas hemos tenido suerte de que estuvieran cerca.

—¿Qué vamos hacer?

—He hablado con Carride y me ha dicho que mañana podemos continuar hasta la base principal. Su jefe se llama Ecord y nos prestará toda la ayuda que necesitemos.

—¿Por qué no ahora? Todavía es mediodía, y en poco más de dos horas estaríamos en plena montaña? —preguntó Yaita.

Orlut arrugó el ceño.

—Sería una descortesía con quiénes nos ha salvado la vida. Somos sus huéspedes.

Comiendo a dos carrillos, Reude exclamó:

—Carride no intervino hasta que todas las ventajas estuvieron de su parte. Creo que el botín que podía obtener acabó de decidirle.

—No olvidemos que Carride también pertenece al Consejo, y mientras cumpla las normas estamos obligados a considerarle uno más de nosotros.

Carride, que había comido cerca de la entrada con sus hombres, se acercó y les preguntó si necesitaban algo más. Orlut le dijo que no, y le agradeció de nuevo su hospitalidad. Carride se sentó junto a ellos y se interesó por lo que les había ocurrido, y también por la situación actual de las dos ciudades.

Orlut le explicó que los refugios que tenían en Deshtie habían sido descubiertos y por ello se vieron obligados a huir. Con énfasis añadió que gracias a la intervención de Darío y Yaita pudieron escapar

—¿Quién es este hombre? —preguntó Carride, señalando a Dar—. Nunca le había visto antes, y tampoco había oído hablar de él. No parece dhruleniense. ¿Acaso es de Decero?

Orlut lanzó una mirada profunda a Yaita.

—Ha llegado hace pocos días. Le estaba esperando.

—No tenía noticias de que hubiera descendido una nave de Decero después de la tuya, Yaita. ¿Para qué está aquí? ¿Acaso vamos a entrar en acción? Ya sabes, me refiero al golpe de gracia que algún día daremos a Logaroh, del que tanto se habla. Estoy empezando a cansarme de recibir instrucciones de los dirigentes de Decero. Hasta ahora no han hecho más que enviar agentes y darnos órdenes. Yo esperaba algo más.

Dar comprendió que su presencia incomodaba a Carride. A veces miraba a Yaita y parecía querer devorarla con los ojos.

—No tardaremos en pasar a la acción —dijo Yaita.

—¿Cuáles son los planes?

—Los conocerás a su debido tiempo, después de que el Consejo se reúna y los estudie. Vamos a necesitar de todos los campamentos. Carride, queremos llegar cuanto antes a la base de Ecord, para preparar la reunión de jefes —dijo la muchacha—. Nos llevaremos la plataforma; espero que no te importe.

Su petición pareció no complacer a Carride, quien respondió con evasivas y la charla ya había languidecido al caer la noche. Las silenciosas mujeres del campamento trajeron más comida y jarras con vino. Carride hablaba poco. Dar lo descubrió varias veces mirando de reojo a Yaita, sonriendo torvamente. Se dijo que aquella noche debía estar alerta. Carride señaló a los hombres una tienda para que pasaran la noche. A Yaita le dijo que estaría más cómoda compartiendo la que usaban unas mujeres solteras. Dar vio que esta tienda podía vigilarla desde el rincón donde dormiría y se quedó más tranquilo.

Se despidió de Yaita besándola en la boca. Lo hizo a propósito, mientras vigilaba a Carride por encima de los hombros de la chica, y le vio palidecer.

Acompañó a Yaita hasta la entrada de la tienda de lona, donde fue recibida fríamente por media docena de mujeres. Regresó con los demás y preparó su saco de dormir. Se acostó después de asegurarse que podía ver donde Yaita iba a descansar.

Un rato más tarde el campamento quedaba en silencio. Cada dos horas veía a los hombres que montaban guardia dirigirse a la entrada de la gruta, y luego a los guardias que relevaban. Dar se despertaba a veces y echaba una mirada a la tienda en la que dormía Yaita.

Cuando calculó que la medianoche había quedado muy atrás, cogió una botella de agua y bebió un trago. Un rato después dormía profundamente.

Lo despertó un ruido, el de unos pies arrastrándose; miró hacia la tienda donde dormía Yaita, y vio salir a tres figuras, que desaparecieron entre las sombras del fondo de la gruta.

Necesitó unos segundos para terminar de despejarse, se puso en pie y caminó mirando donde pisaba para no hacer el menor ruido; al llegar ante la tienda escuchó una respiración entrecortada, empujó los lienzos de lona de la entrada y comprendió por qué las mujeres se habían marchado, dejando sola a Yaita. Carride les había ordenado que le dejaran a solas con ella.

El jefe de la banda estaba inclinado sobre la muchacha, forcejeando con ella. Yaita se debatía para no respirar el líquido que impregnaba el pañuelo que Carride apretaba contra su boca.

Lanzando un grito de rabia, Dar se lanzó contra Carride, se agarró a él y rodaron fuera de la tienda. El dhruleniano reaccionó y trató de apartarse de Dar, golpeándole hasta que consiguió zafarse de él.

Dar se incorporó. Carride se revolvió maldiciéndole. Su mano derecha empuñó un machete, y soltando imprecaciones trató de alcanzar a Dar con el acero.

Yaita salió tosiendo, agarrándose a la tienda para no caer al suelo. Dar esquivó los machetazos de su contrincante, saltando a tiempo, antes de que la afilada hoja le alcanzara.

El ruido de la lucha había despertado a todo el mundo; alguien avivó las hogueras y bajo la luz del renacido fuego los dos hombres fueron rodeados por un círculo de asombrados rostros, que no entendían lo que estaba pasando.

Los hombres de guardia apostados a la entrada llegaron corriendo, con las armas dispuestas; pero al ver que uno de los que peleaban era su jefe, las bajaron, se miraron y se encogieron de hombros.

—¡Basta ya! —gritó el anciano, intentando interponerse entre los contendientes.

Carride intentó aprovechar la distracción de su adversario, que había vuelto ligeramente la cabeza al escuchar el grito, para hundirle el machete en el pecho; pero Dar lo esquivó aunque no pudo evitar que el filo de la hoja le rasgara la camisa y dibujase sobre la piel una larga línea roja.

—¡Que nadie intervenga! —aulló Carride. Sonrió y agregó—: Éste es un asunto entre el enviado de Decero y yo.

Los hombres de Carride vigilaron a los amigos de Dar, algunos mostrándoles los rifles.

Dar vio que sus compañeros no estaban armados; cuando Clestu intentó volver para coger su pistola, un hombre de Carride le cortó el paso y le obligó a volver sobre sus pasos.

—Te voy a hacer pedazos, Darío Siles —rió Carride, moviéndose despacio delante de Dar,

girando el machete.

—¿Has perdido la razón, Carride? —gritó Orlut—. Será un asesinato, Dar está desarmado.

Los hombres de Carride empezaron a murmurar. No parecían estar de acuerdo con la actitud de su jefe, veían demasiado grande la ventaja que tenía sobre Dar.

—¿Por qué no nos explicáis a qué viene esta pelea? —pidió Orlut, dando un paso hacia los contrincantes.

Dar miró a Carride primero y luego a Yaita. La chica parecía haberse recuperado y la vio agacharse. Cuando se levantó llevaba algo en las manos que brilló un instante.

—¡Dar!—gritó ella.

Dar captó el destello del acero del machete que Yaita le había arrojado, saltó y lo cogió en el aire; cuando sus pies volvieron a tocar el suelo, apenas tuvo tiempo de parar el golpe que Carride le habían lanzado con todas sus fuerzas, rugiendo y escupiendo.

Con el arma en la mano derecha, Dar sonrió seguro de sí mismo, y Carride palideció.

Pero reaccionó pronto y empleó todos los trucos que conocía para sorprender a Dar, intentando herirle en las piernas, arrojándose al suelo, saltando y brincando a su alrededor. Cuando más ocupado estaba Dar de mantener a raya a Carride, vio demasiado tarde que éste se acercaba a una hoguera, arrancaba de ella un largo y delgado tronco ardiendo y se lo arrojaba a la cara.

El fuego le chamuscó un poco el pelo, pero evitó que le alcanzara, y aunque perdió momentáneamente el equilibrio, logró recomponer la guardia y empezó a asestar golpes a su adversario, que le costaba neutralizar.

Dar empezó a atacar a fondo cuando comprendió que Carride empezaba a jadear y ya no atacaba, sino retrocedía y tenía que hacer mayores esfuerzos para contener al machete de Dar lejos de él.

Seguro de su victoria, Dar se preguntó cuál sería la reacción de los hombres de Carride si le veían caer herido o muerto.

Cuando Carride levantó su espada para descargar el golpe que Dar estaba esperando, colocó su arma de forma que ofreciera el filo al machete del dhruleniense, se escuchó un chasquido y el acero se quebró. La punta cayó a los pies de Dar, quien miró a Carride que a su vez contemplaba con asombro su machete roto.

—Ya es suficiente —dijo, tratando de recuperar su ritmo normal de respiración—. Yaita-La aceptará tus disculpas.

Se volvió hacia sus compañeros, dando la espalda al humillado Carride; se dirigió hacia donde estaba Yaita, con la mano extendida.

Dar comprendió lo que pasaba a sus espaldas por el gesto de la muchacha. Giró sobre sus talones con el acero por delante y apenas tuvo tiempo de ver cómo Carride se lanzaba contra él, empuñando la hoja de acero rota con las dos manos, como si fuera un puñal.

Intentó detener el golpe, pero los aceros, después de chocar, se repelieron y el de Carride hirió a Dar en el costado derecho a la vez que el de éste se hundía en el vientre del otro. Dar sintió un intenso dolor mientras veía a Carride doblarse sobre sí mismo y llevarse las manos a la herida en un esfuerzo inútil para cortar la hemorragia.

Sintió que sus amigos llegaban a su lado y le agarraban para que no cayese, mientras el dolor que nacía en su costado aumentaba sin cesar y se le nublaba la vista.

Escuchó la voz de Yaita como si estuviera muy lejos. Lo último que vio fue a Carride desplomarse en el polvo del suelo.

Dar despertó convencido de que se encontraría en el Hogar.

Sentía el dolor de la herida, y la cabeza le zumbaba. Las otras veces el volver a la vida había sido como despertar de un largo y reparador sueño.

Una punzada en el costado le obligó a soltar un gemido. Estaba en un incómodo lecho; intentó moverse y el dolor aumentó. Escuchó voces ininteligibles, como si las personas se hallasen muy lejos de él. Su cama se movía. Estaba a bordo de algo que volaba. Abrió los ojos y el resplandor del cielo le hizo parpadear. Una mano le tocó la frente. Vio a quien pertenecía.

—Hola, Yaita —dijo, y sintió secos los labios.



Ella le dio a beber un poco de agua.

—Ha vuelto en sí—escuchó decir a la muchacha. En su campo de visión aparecieron Orlut y Reude.

Ambos se inclinaron ansiosos sobre él.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Yaita.

—Tan mal que me gustaría morir —respondió. Reflexionó lo que había dicho y forzó una sonrisa. Sin darse cuenta había expresado lo que pensaba que sería la mejor solución para él—. ¿Qué demonios ha pasado?

Orlut le sonrió.

—Tranquilo, tu adversario está peor que tú. La herida que te hizo tenía mal aspecto y te curamos lo mejor que podíamos. No te habríamos llorado si hubieras muerto.

—Me ofrecí a matarte si la herida se hubiera gangrenado —rió Reude—. Supongo que me lo agradecerías si nos hubiéramos vuelto a encontrar. En serio, Dar, temimos por ti. El tajo que te propinó el cabrón de Carride era profundo, tienes un par de costillas rotas. ¿Quieres curarte o prefieres volver al Hogar y regresar fresco como una rosa —concluyó soltando una carcajada.

Dar hizo un esfuerzo, levantó las manos y acarició el rostro de Yaita, que le miraba con gesto preocupado. Había llorado no hacía mucho, podía verlo en sus ojos, enrojecidos.

—Habría vuelto a tu lado —le dijo—. Peleé con ventaja. Creo que habría vuelto para darle su merecido a Carride si me hubiera despachado con aquel tajo; quizá se hubiera muerto de miedo.

—No quería que murieras —dijo Yaita—. No puedo acostumbrarme a esto, Dar. Lo siento. He sido egoísta al no haberte librado de sufrir.

—Te comprendo.

—Creo que no, Dar. Tuve miedo de que el poder de Eva fallara y te perdiera para siempre.

Asintió y volvió a apretar las manos de Yaita, le gustaba sentirla entre las suyas; lamentó no tener fuerza para incorporarse y darle un beso.

Volvió la cabeza a un lado y otro, fue viendo a los demás, todos con la mirada fija en él. Clestu pilotaba la plataforma. Juess le dirigió un saludo con la mano, pero se quedó junto a los mandos, como si quisiera aprender a manejarlos.

—¿Os causaron problemas los hombres de Carride? —preguntó.

—Ninguno —contestó Reude—. Creo que se sintieron aliviados cuando nos marchamos al amanecer. Estamos a punto de llegar al campamento de Ecord. Una vez allí tendrás que decidir si quieres que terminemos de curarte o volarte la cabeza de un tiro.

Dar aceptó la broma con una sonrisa. Estaba cansado. Se sentía débil. Yaita le dijo que había perdido mucha sangre, pero en el campamento de Ecord había médicos y medios para recibir una transfusión. Dar comprendió que Yaita no deseaba verle morir y se resignó a pasar la convalecencia, confiando que no fuera muy larga.

—Supongo que un par de semanas de descanso me sentarán bien —dijo—. Aprovecharemos ese tiempo para discutir y planear el futuro.

La sonrisa de Yaita le reconfortó: ella estaba de acuerdo.

## CAPITULO XV

Ecord era un tipo que resultó simpático para Dar. Era alto, fuerte, y vestía con ropas de color rojo, con pantalones ajustados; calzaba unas botas negras de media caña, y siempre iba de un lado a otro con dos pistolas al cinto, una de ellas un láser, un arma muy apreciada por él. La había conseguido tres años antes de un guardia rojo al que mató de un balazo entre ceja y ceja, después de apostar con un amigo que lo haría al primer disparo. El proyector láser aún tenía suficiente carga para poder seguir ejerciendo el tiro al blanco con sus enemigos. Ecord siempre decía que el día que se agotase la reserva de energía sería el hombre más desgraciado del mundo. Confiaba encontrar otros cilindros de reserva, pero los guardias negros usaban armas de fuego convencionales. El antiguo dueño del láser debía ser un tipo importante, decía Ecord, pues Logaroh sólo confiaba las armas valiosas a sus más fieles servidores.

Cuando Dar se sintió lo bastante fuerte como para salir de las enormes grutas, dio paseos por el exterior, recorriendo los senderos que serpenteaban por las laderas de las montañas, en compañía de Yaita o de Ecord.

A Ecord le enorgullecía enseñar a Dar lo que habían logrado después de muchos años de duros trabajos. La colonia le asombró, y más cuando conoció a las familias que cuidaban los campos hidropónicos y los corrales con cerdos y aves, de los que obtenían carne suficiente para todos.

Qué diferentes le parecían las grutas en las que vivían cientos de personas bajo el mando de Ecord con la hedionda cueva de Carride. Llanard, como se llamaba el complejo, era una comunidad próspera y bien administrada. Su situación la ocultaba de las plataformas de Logaroh, aunque éstas, como le explicaron, no se acercaban a aquellas montañas. Por el momento en Taisha no tenían la más ligera idea de dónde se encontraban. Los niños estaban sanos, iban a clase y se veían limpios y bien alimentados. Yaita le explicó que todo se había conseguido con la ayuda de Decero. Había muchos ex drogadictos, que con la ayuda de todos habían superado las crisis por la falta de raciones.

—Para vencer a Logaroh hay que empezar convenciendo a la gente de que los dioses no existen ni han existido nunca —afirmó Yaita durante un paseo por las laderas.

Una sección de la gruta principal estaba destinada a los recién llegados, que acudían huyendo de los sicarios de Logaroh, y al poco tiempo se sentían integrados.

Una mañana Ecord llevó a Yaita y Dar hasta las instalaciones agrícolas. Se las mostró con orgullo.

—Los dhrulenianos somos campesinos —dijo—. Siempre lo hemos sido, pero también buenos guerreros, como lo estamos demostrando. Todos los años recibimos a cientos de fugitivos, hombres de la ciudad o de los pueblos, y desertores de las compañías amarillas. Vienen hambrientos y casi desnudos, y les damos de comer y les vestimos. No les obligamos a quedarse, pero ninguno se marcha. Esta vida es dura pero sana, y sobre todo nos sentimos libres. Muchos han olvidado lo que es la libertad, y otros, los jóvenes, nunca la conocieron.

Ecord caminaba saludando sin cesar a los hombres y mujeres que cuidaban los cultivos.

—Todos soñamos con el día en que podamos regresar al sur. Ahora estamos convencidos de que nuestro triunfo llegará tarde o temprano. Los planes de Logaroh nunca se cumplirán. Se equivocó de táctica —los miró fijamente—. Nunca he creído en los milagros de ese loco. Vosotros sois la prueba de que siempre que ha resucitado no ha sido por un hecho milagroso, sino por la ciencia.

—¿Qué sabes exactamente de nosotros, Ecord? —le preguntó Dar, mirándole sorprendido, molesto de que su secreto lo conociera aquel hombre.

—Orlut me pidió permiso para contar a Ecord que tú y yo volvemos a la vida cuando morimos —dijo Yaita—. Lo siento. Creo que debí consultártelo. Pero Ecord tiene toda nuestra

confianza.

Dar asintió. Creía que podía confiar en aquel hombre de sonrisa franca y contagiosa.

—Ecord ha llamado a los responsables de las demás colonias para exponerles los planes, y si fuera preciso, para terminar de convencerlos de que Logaroh es un ser como todos nosotros, les hablaría de nosotros y nos pondría como ejemplo de que no hay nada sobrenatural en la resurrección.

Dar pensó en lo que Eva le dijo respecto a las Matrices. Todo cuando había en la Sala Azul no era reproducible.

—Confío en que no esperen de nosotros que les hagamos inmortales —dijo.

—Sólo les hablaré de vosotros si no tengo otra salida —prometió Ecord.

Salieron de los campos y pasearon por las grutas donde estaban las viviendas.

—La muerte de Carride se ha propagado con rapidez Darío —dijo Ecord—. A muchos jefes les ha disgustado que haya sido un deceriano quien lo matara, pero todos son hombres de honor y han aceptado que defendieras a tu compañera. Carride había conocido a Yaita hace unos meses, cuando estuvo aquí, y desde entonces iba tras ella.

—Lo sé —respondió Dar—. Yaita me lo contó. ¿Cuándo será la reunión?

—Tendrá que ser pronto. Estoy esperando la contestación de mis colegas. Apenas quedan veinte días para que comience la Celebración.

—¿Qué es eso?

—Todos los años por esta fecha, Logaroh permite que el pueblo entre en su ciudad. La gente se congrega en la gran plaza y él, ante los ojos de todo el mundo, lleva a cabo la demostración de su poder sobrenatural.

—Me habían hablado de ello.

—Antes de convertirme en un proscrito, asistía a esa bufonada, y debo admitir que es sobrecogedora. Dicen que para este año tiene programado algo aún más sangriento para su muerte.

—¿Acaso disfruta con el dolor?

Ecord le miró con los ojos entornados.

—No lo sé. ¿Se disfruta muriendo, Dar?

—En absoluto; la muerte siempre es dolorosa.

—¿Y la resurrección?

—No sabría explicar lo que se siente.

—Ecord, por favor... —dijo Yaita.

—Lo siento, sé que no te gusta tocar este tema; pero mi curiosidad es mucha. Sí, he visto varias Celebraciones, y de todas he salido asustado, y también me ha avergonzado ver a mi pueblo postrarse ante ese ser perverso y suplicarle llorando que le conceda los dones que cada año les promete.

Dar aún no conocía los detalles de los planes de Ecord, sólo sabía que pretendía desenmascarar a Logaroh en presencia del mayor número de personas posibles, para que su superchería se conociera por toda la región.

—La gente acude en masa, incluso los viejos y los enfermos —siguió diciendo Ecord—. Es el único día del año en que tienen ocasión de contemplar las maravillas de Taisha, la morada del dios Logaroh. Y también porque durante los prolegómenos se reparten raciones a discreción.

Aquella noche discutieron los pormenores del plan, para exponerlo durante la reunión. Cuando Dar se retiró con Yaita, pensaba profundamente en todo lo que habían hablado.

A la mañana siguiente busco a Ecord, y cuando lo encontró, en compañía de varios de sus compañeros, dijo que quería visitar Taisha antes de que comenzara la reunión.

—Eso es imposible —exclamó Orlut.

—Nadie que no haya sido elegido por el Privado puede entrar —dijo Ecord—. Cada hombre y mujer residente en Taisha es identificado en cualquier puerta.

—¿Cómo? —preguntó Dar.

—Creemos que hay unos aparatos que examinan la pupila de cuantos cruzan la entrada.

—Conozco la forma de entrar —sonrió Dar—. Desde que gobierna Logaroh, existe la ley de

que todos los cadáveres sean llevados a Taisha para ser incinerados.

—Una ley absurda —suspiró Ecord—. Eso demuestra que el dios está loco.

—Creo que debe tener una explicación, todo lo tiene —dijo Dar—. Acompañé a Juess a entregar los cadáveres de sus padres. Quienes se encargan de recibirlos y llevarlos a los hornos crematorios son hombres de Deshtie, que cada mañana acuden a su trabajo. Los ciudadanos de Taisha no se contaminan con los muertos de baja estofa.

Juess le escuchaba atentamente. Dar le sonrió.

—El muchacho puede corroborar mis palabras —dijo—. Aquellos tipos apenas nos miraron, parecían seguros de que estábamos deseando marcharnos de allí. Los guardias de la entrada tampoco nos pusieron reparo alguno para dejarnos entrar.

—¿Adonde quieres ir a parar? —preguntó Clestu.

—Tal vez puedas escabullirte y esconderte, pero te descubrirían, y me temo que acabarías en un horno... pero vivo —dijo Reude—. Suponiendo que no te apresaran, ¿cómo lograrías salir?

—Eso sería lo más sencillo —Dar sonrió—. Estoy deseando librarme de la cicatriz.

—Desvarías —exclamó Yaita—. No voy a consentir que desaparezcas de mi lado después de haberte cuidado durante tantos días. Si tú vas, yo iré contigo. Estoy deseando escuchar la voz de Eva otra vez. Empezaba a caerme simpática.

—Oh, no —rió nerviosamente Clestu—. Ahora desvariáis los dos. Una mujer del pueblo no podría pasar desapercibida en Taisha.

—Empiezo a adivinar lo que Dar está pensando —dijo Reude—. Supongo que los uniformes de los guardias negros que tenemos os vendrán como anillo al dedo.

—Y un cadáver que no apeste demasiado —rió Dar.

El muchacho que guiaba la carreta tirada por el viejo caballo echó una mirada a la mole de acero gris hacia la que se dirigía. La capucha le cubría los cabellos; algunos mechones le caían en la frente humedecida por el sudor. El cayado con el que se ayudaba a subir la pendiente de arena aplastada temblaba a veces en su mano; a unos metros la lisa carretera se perdía en los valles todavía cubiertos por la bruma del amanecer.

La carreta oscilaba y las ruedas de madera chirriaban. Aquella mañana el joven carretero era el único que había entrado en la senda de los muertos, como los habitantes de Deshtie llamaban al camino que conducía hasta una de las puertas de la muralla que rodeaba a la ciudad.

Para Juess era como volver a vivir el día en que llevó a sus padres a Taisha: Entonces pensaba de manera distinta, sentía miedo y respeto; ahora sólo tenía miedo, y un poco de odio hacia todo lo que representaba el fulgor que manaba de los brillantes edificios de la ciudad.

Aún no había desechado todos los temores y prejuicios que le habían sido inculcados desde niño, y no podía olvidar que sus padres se ufanaron de ser los más fieles creyentes de Logaroh en la comarca.

La primera vez que estuvo allí no le embargaba el temor que ahora le atenazaba los nervios; entonces sabía que saldría, pero ahora temía cometer un error que echara a perder el plan de sus amigos.

Había escuchado demasiadas historias acerca de la ciudad prohibida, y una de ellas decía que en la gran explanada donde se realizaban las ceremonias anuales, el espíritu de Logaroh campaba por sus respetos, mientras que el cuerpo del dios apenas salía del palacio de cristal y plata que se alzaba imponente en el centro.

Había conocido a mucha gente que había asistido a la ceremonia anual, y todas le habían contado cosas que aún le estremecían.

No eran muchos los escogidos por Logaroh para compartir su gloria, apenas eran unos miles de fieles de arraigado fanatismo los que habían obtenido permiso para vivir al otro lado de los muros grises.

Nadie sabía cómo llegaban al pueblo aquellos relatos, pero algo de verdad debía de haber en ellos, aunque quienes los transmitían eran gentes humildes que no se distinguían precisamente por su inteligencia.

Se hablaba de que todas las noches se organizaban orgías sangrientas en las que eran

protagonistas y víctimas las doncellas que sus mismos padres vendían al Privado a cambio de unas monedas o raciones.

Las personas que durante las noches tibias se atrevían a merodear alrededor de las murallas, juraban haber escuchado los llantos de las jóvenes que eran sacrificadas, y las risas de sus verdugos, hombres y mujeres embriagados de vino y lujuria.

Los apetitos carnales de los habitantes de Taisha eran diversos, pues eran bastantes los muchachos agraciados que desaparecían de las calles de Deshtie y de los pueblos cercanos y enviados a la fortaleza.

Nadie que hubiera desaparecido había vuelto a ser visto: quien era llevado a la fuerza a Taisha jamás regresaba.

El pórtico de los muertos estaba cerca; Juess dejó de tirar del caballo, no tenía ninguna prisa por llegar hasta la entrada y llamar a la puerta.

Echó un vistazo al interior del carro. El tosco ataúd estaba firmemente atado. Pensó con disgusto que iba a tardar en desatarlo.

Golpeó dos veces el fondo del carro con el cayado, como habían convenido que haría cuando llegara ante la puerta. Volvió la cabeza para mirar el camino que había recorrido. Frunció el ceño al divisar que otra carreta estaba saliendo del camino que conducía a Deshtie y se aproximaba. Una entrega no prevista podía causarles problemas. Habían elegido una hora tan temprana porque no era frecuente la entrega de cadáveres en la ciudadela al poco del amanecer; pero parecía que Juess no iba a ser el único en llamar a la puerta. Gritó al cansado caballo y tiró de las bridas, maldiciéndolo.

Cuando se detuvo a un par de metros de la oscura puerta, echó otra mirada atrás. La otra carreta aún estaba a bastante distancia. Calculó que tardaría unos veinte minutos en llegar. Alzó la aldaba y la golpeó con fuerza. Sus golpes metálicos le estremecieron.

Al cabo de un minuto surgió bajo el dintel el rostro de un hombre irritado; vestía de negro, su cara estaba medio oculta por la capucha. La presencia de Juess parecía haberle pillado en pleno sueño.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —le preguntó con enfado—. Aún no he abierto la puerta. Deberías esperar lejos a que el sol estuviera más alto.

—Paz, hermano —saludó Juess, inclinando la cabeza—. Te ruego me perdones por haberte importunado. Traigo a mi tío, con quién vivía. Murió ayer por la mañana, en pleno campo, cuando estaba lejos de casa. No tenía otro pariente que yo para traerle ante Logaroh, para que gozara de su luz.

—Está bien, pasa —replicó el hombre, echándose a un lado—. Pero tendrás que esperar un rato, hasta que lleguen los sirvientes. Yo no me ocupo de la basura que nos traéis todos los días. Ah, y veo que se aproxima otro cargamento de mierda. Parece que vamos a tener un día ajetreado. ¿Sabes de cuántos muertos tenemos que ocuparnos diariamente? —soltó una carcajada—. Cada día muere más gente. Vamos, apresúrate, que al otro le daré con la puerta en las narices.

Juess tiró de las bridas y el caballo entró cansinamente en el interior. El patio olía a muerte. La puerta se cerró con estrépito tras el muchacho. El hombre del hábito negro desapareció por una de las puertas pequeñas que había al fondo.

Después de soltar la barra del freno, Juess miró aprensivamente su alrededor. Cuando entregó los cuerpos de su padre no había entrado hasta allí. Vio una cinta transportadora inmóvil. Unos días antes estaba en funcionamiento, llevando ataúdes a la pequeña garganta que se abría en el muro. En otra estancia, que tenía la puerta abierta, había docenas de mesas, todas vacías.

Juess se movió nervioso, sin saber si debía dar la señal a Dar y a Reude. Los dos estaban escondidos en el falso fondo del carro, debajo del ataúd que contenía el cadáver de un campesino muerto hacía dos días, por el que habían pagado a su familia una buena suma, tras convencerla de que ellos se encargarían de ofrendarlo a Logaroh.

Aparecieron dos hombres vestidos con batas verdes; miraron a Juess con resentimiento; sus ojos aún estaban cargados de sueño. Gruñeron entre dientes al pasar junto a él para dirigirse hacia la carreta.

—¿Varón o mujer? —preguntó uno de ellos, empezando a desatar el ataúd.

—Era mi tío.

—Maldita sea. Abre el ataúd. Tenemos que comprobar la mercancía —acabó riendo. Su compañero apenas sonrió.

Juess permaneció en silencio.

Cansados de quitar nudos, sacaron navajas y cortaron las cuerdas. Pidieron a Juess que ayudara a colocar el ataúd sobre la cinta transportadora. El muchacho miró alarmado dentro de la carreta. La tapa falsa estaba empezando a moverse. Para atraer la atención de los encargados de la morgue, dijo con tono lastimero:

—Deseo que le sean rezadas a mi querido tío muchas y largas oraciones; no tengo mucho dinero, pero os daré unas monedas de plata; quiero que ese buen hombre que era hermano de mi padre, reciba los beneplácitos de Logaroh.

Colocaron la caja de madera en la cinta, que se puso en movimiento al recibir la carga. Juess la vio desaparecer tras la trampilla. Jadeando a causa del esfuerzo, un sirviente espetó a Juess:

—¿Cuánto dinero tienes? Tu pinta es de mendigo, no creo que lleves encima muchas monedas. Tu maldito tío tendrá que olvidarse de volver algún día al mundo de los vivos. A ver, ¿qué traes?

Procurando que no mirasen hacia la carreta, Juess les mostró unas monedas de plata, que rápidamente pasaron a los bolsillos de los dos hombres. Empezaron a discutir entre ellos. Juess sonrió. En el mismo cubil de Logaroh los encargados de recibir a los muertos tenían poco respeto al lugar y no les importaba ser irreverentes.

Cuando más distraídos estaban peleándose por la moneda de mayor valor, Dar y Reude se lanzaron contra ellos, los cuchillos brillaron en el aire y se hundieron en las gargantas de los hombres, que apenas soltaron un leve gemido antes de caer desplomados.

Dar limpió la hoja de su puñal en la bata del que había degollado, miró a Juess, y dirigiéndole una sonrisa le dijo:

—Ahora debes marcharte, muchacho; te has portado muy bien.

Mientras Reude vigilaba las otras entradas, Dar abrió la puerta a Juess, quien nerviosamente fustigó al caballo. Mientras se dirigía hacia la salida, Dar le dijo:

—Regresa con los demás y dile a Yaita que todo va bien, y que volveré a verla pronto —sonrió—. Espero que no siga tan furiosa como cuando la dejé.

Se acercó a la entrada, observando a Juess alejarse; descubrió la carreta que ascendía por el camino. La llegada de un nuevo cadáver le preocupó. No habían previsto otra entrega hasta una hora más tarde. Se volvió hacia Reude.

—Vístete con una de esas batas verdes y recibe a esos inoportunos. Ya sabes cómo tienes que atenderlos. Tan pronto como se alejen, márchate de aquí. No estaré ahí dentro más de un par de horas. Me habría gustado permanecer más tiempo, pero se están complicando las cosas.

—Te dije que te seguiría a donde fueras —protestó Reude, despojando a uno de los muertos de su bata—. Si vas a correr peligro, lo correré yo también.

—Eh, yo juego con ventaja. Si algo me ocurriese volvería con vosotros en poco tiempo, mientras que tú terminarías en el infierno. No perdamos más tiempo, atiende a los que llegan y trata de comportarte como un verdadero sirviente de Logaroh, es decir como un hijo de puta. Luego huye, alcanza a Juess y volved al campamento. Ecord y Yaita os esperan en la plataforma.

Reude se vistió con la bata de mala gana.

—¿Sabes cómo llegar a la ciudad? —preguntó.

Dar se encogió de hombros y sonrió.

—Supongo que encontraré el camino al otro lado de este edificio.

Para llegar al centro de la ciudad sólo tenía vagas referencias de los dhrulenianos que habían asistido a alguna ceremonia.

Reude se dirigía a la entrada, volvió la cabeza y dijo:

—No podrás entrar, Dar. Vamos, larguémonos. Lo has intentado.

—Hay un camino.

Dar saltó a la cinta transportadora. Antes de desaparecer en el túnel agitó una mano para

despedirse de Reude. El interior estaba oscuro y encendió la lámpara. El delgado haz de luz le permitió ver que el túnel era lo bastante amplio para saltar si descubría que era conducido a un horno. Cada vez estaba más convencido de que el afán de Logaroh por controlar la cremación de sus súbditos muertos tenía una explicación. Si estaba en lo cierto, los cadáveres no deberían acabar en el fuego.

Fue repasando los objetos que llevaba en el cinturón. Comprobó que todo estaba en orden y acarició el láser de Ecord, que había insistido en que lo llevara consigo. Aparte de este arma, llevaba una pistola y seis cargadores.

Después de varios minutos de tensa espera la cinta pareció llegar a su destino. La claridad penetró en el túnel y la cinta se dobló sobre sí misma al llegar al otro lado del túnel. Se hallaba en un enorme cobertizo; había una salida grande por la que entraba la luz del sol. No había nadie por los alrededores, todo estaba solitario.

Afuera estaban estacionadas más de veinte plataformas, de un modelo más pequeño de las que había visto. Dar las observó, preguntándose si las utilizaban para transportar a los ataúdes a otro edificio. Donde se encontraba no había ningún horno crematorio. En una pared había docenas de batas verdes colgadas, y a la derecha una pequeña puerta entornada; atisbo por la rendija y vio varias camas ocupadas por hombres que dormían. Se alejó de aquel lugar y se dirigió a la salida, deteniéndose bajo su dintel. Se quedó perplejo al descubrir que estaba donde quería mucho antes de lo que había imaginado.

Ante él estaba la gran plaza, lugar de las multitudinarias celebraciones de las periódicas muertes de Logaroh.

—Así es que aquí es donde mueres y resucitas —susurró Dar—. Los dos tenemos bastante en común.

Era una enorme extensión circular pavimentada de mármol negro. Dar pensó que debía medir quinientos metros de diámetro. Estaba rodeada de edificios de plata y cristal, de tres y cuatro pisos, estilizados, algunos tan delgados como agujas. Se preguntó si todos estaban habitados. No vio a nadie, ninguna persona paseaba por la plaza o sus alrededores. Los habitantes de Taisha debían dormir de día y divertirse de noche. El silencio que le rodeaba le resultaba perturbador.

Al otro lado de la explanada, brillando al naciente sol y destellando en mil colores, se alzaba la morada de Logaroh; aunque era la primera vez que la veía, Dar estaba seguro de que allí vivía el dios de Dhrule. El edificio sobresalía en altura a todos los demás. Le llamó la atención la enorme esfera azul que lo remataba.

## CAPITULO XVI

Dar se sentía empequeñecido.

Permaneció inmóvil varios minutos, junto a la entrada del cobertizo, con la mirada puesta en la esfera suspendida sobre el palacio de Logaroh. Echó a caminar arrimado a los edificios, primero despacio, luego más deprisa.

Las puertas ante las que pasaba estaban cerradas, así como las ventanas y galerías colgantes.

Cuando se encontraba cerca del palacio, como a unos cien metros, el resplandor del sol que emergía por encima de las murallas le mostró un espectáculo asombroso.

La esfera fue iluminada y Dar descubrió que no tocaba el remate de piedra en forma de pirámide del edificio: la esfera flotaba a pocos metros, ingrávida, como si fuera un globo lleno de gas, no de metal.

Volvió a mirar el palacio, fijándose en su entrada. No había guardias en la puerta, no había nadie en ninguna parte. Siguió avanzando, sin apartarse de las casas, con la mirada fija en su destino, empezando a respirar con dificultad. Por consejo de Yaita, vestía ropas como las que usaban los habitantes de Taisha, para confundirse entre ellos si fuera necesario para escapar, si se daba la señal de alarma cuando se descubriese que había un espía en la ciudad.

Confiaba que Reude se hubiera puesto a salvo. Ahora tenía que aprovechar cada minuto. Para los planes que había discutido con Ecord y los demás necesitaba conocer el terreno, cada metro cuadrado de aquel lugar tan hermoso y tétrico a la vez. Observó que ante la fachada principal del palacio había un estrado, y sobre este manchas oscuras. Sangre. Pensó que era sangre, la sangre del dios que se inmolvaba para someter a los mortales, para subyugarlos, arrebatarles la dignidad y su voluntad, y convertirlos en seres sin capacidad de raciocinio.

Casi sin darse cuenta se encontró al pie de la escalinata que rodeaba el estrado y llegaba hasta el pórtico de la entrada al palacio. Desde donde estaba podía ver la mole de la esfera, que empezaba a proyectar su sombra sobre la plaza.

Su objetivo era echar un vistazo al cubil de Logaroh. Según los rumores, ni los habitantes de Taisha, ni el Privado, había entrado en él.

Empezó a subir lentamente los escalones, mirando de vez en cuando hacia atrás. La pirámide truncada disponía de amplia superficie. Avanzó otros pasos, deteniéndose a unos tres metros de la base en la que flotaba la esfera. Dio vuelta a su alrededor y volvió a la entrada. Al fijarse en el frontal, torció el gesto: No había ninguna puerta, sólo una pared de piedra blanca tan pulimentada que podía verse reflejado en su superficie.

Se acercó más, y cuando tocó el paramento no pudo impedir un sobresalto.

La pared no era sólida; apenas sus dedos la rozaron, sintió que vibraba; levantó la lámpara y la aproximó. La luz se perdió en la superficie, penetró en ella. Extrajo la navaja del cinturón y la hundió a dos centímetros del haz de luz que desaparecía en el muro; cuando calculó que había penetrado diez centímetros encontró cierta resistencia, la punta del acero había encontrado algo sólido y arrastró la navaja horizontalmente. Detrás de la superficie elástica había otra, impenetrable. Sacó la navaja. La miró. El metal estaba arrugado y oxidado. Se preguntó qué le habría pasado a su mano si la hubiera usado para explorar.

Miró de nuevo la esfera. Si hubiera tenido a Eva a su lado le habría preguntado con qué demonios estaba fabricada, pues la observaba y no sabía si era un campo de fuerza azul o un metal que no reflejaba la luz del sol y en cambio emitía brillantes corpúsculos. Empezó a ponerse nervioso, los minutos seguían pasando. Su presencia ante el palacio de Logaroh llamaría la atención a cualquiera que pasara por la plaza, y sería muy llamativo que alguien estuviera merodeando la sede privada de Logaroh, algo que no debía ser usual en aquel lugar. Cualquiera ciudadano que le descubriese comprendería al instante que se trataba de un intruso, un enemigo.

Sin embargo, pensó, debía existir la forma de entrar. Logaroh lo hacía. Si Logaroh era un



hombre como él, cosa que Dar no dudaba, debía conocer la forma de practicar alguna especie de abertura para entrar.

Se detuvo helado. Con los párpados entornados, pensó que ya antes había visto una recia pared, sin hueco alguno, formar una entrada.

Fue en el Hogar, cuando Eva le mostró la sala Azul y las Matrices. ¡Y él bautizó como sala Azul a la estancia que tenía el mismo color que aquella esfera singular!

Violentamente, hundió su mano en la esfera, hasta que encontró la resistencia a los diez centímetros. La sacó y observó. Estaba incólume. No había sentido nada, ni el más ligero dolor. También él había tocado antes las paredes de los módulos inalterables del Hogar, en los que Eva no podía ejercer su poder de agrandarlos o empequeñecerlos.

Se estrujó la mente pretendiendo averiguar cómo lo hacía, de qué forma ella formó la puerta de acceso a la sala Azul donde sólo había un muro adornado con cuadros y muebles elegidos por Dar.

Eva nunca le explicó cómo podía hacerlo. Después de aquel día, la puerta quedó abierta para siempre. Pero Dar sabía que podía desaparecer si Eva lo deseaba. Y Eva solo pudo conseguirlo cuando obtuvo el oportuno permiso del Código, al cual estaba supeditada.

Dar cerró los ojos y concentró todos sus pensamientos en un solo objetivo: que la puerta de la esfera se le abriese.

Abrió los ojos, desesperado. Se sintió ridículo. Aquella masa azulina en la cual fluían todos los colores del arco iris seguía inalterable, riéndose de él en silencio. ¿Qué sabía de los poderes de la mente, cómo dirigir sus pensamientos para conseguir algo de una materia que desconocía?

Dio un paso atrás, e iba a volverse cuando escuchó pisadas, miró por encima del hombro y vio a docenas de personas con túnicas doradas; pero también había otras con uniformes negros. Miró hacia la plaza. De las casas y las calles que desembocaban en ella aparecían hombres y mujeres, señalaban a Dar y cuchicheaban. En todos había sorpresa y estupor excepto en los guardias.

En silencio los habitantes de Taisha y los sicarios de Logaroh se acercaban.

Dar empezó a saborear el fracaso. Había sido descubierto y estaba rodeado. La ciudad parecía haber despertado súbitamente.

Retrocedió maldiciendo al muro; había caído en una trampa. Pensó que desde el primer momento conocían su presencia, le habían estado vigilando desde que saltó de la cinta transportadora. Si al menos hubiera conseguido entrar en la morada del dios y hubiese descubierto su secreto antes de... ¿de morir? Sacudió la cabeza. Retiró la mano de la pistola, rechazando la idea de dispararse al corazón. Siempre habría tiempo para morir.

Una profunda y encolerizada exclamación había empezado a surgir de las cientos de gargantas que le rodeaban, pero de pronto éstas callaron. Dar vio que no le miraban a él. Toda la atención estaba puesta a sus espaldas. Giró un poco la cabeza y comprendió por qué los habitantes de Taisha habían enmudecido.

La esfera había descendido, engullendo la pirámide, y triplicando su volumen terminaba de cubrir todo el palacio.

Dar descendió unos escalones, a la vez que la multitud retrocedía.

En la superficie de la esfera apareció una línea vertical luminosa que lentamente fue transformándose en un rectángulo de cuyo interior surgía una tenue luz blanca.

Cuanto más absorto estaba en la contemplación de aquella entrada, escuchó un rugido, miró a la plaza y vio que la multitud, que se había alejado, corría ahora hacia la escalinata, los hombres y mujeres con los ojos desorbitados, gritando muerte al infiel, y los guardias negros empuñando sus armas. Aquella gente había reaccionado como si hubiera recibido una orden silenciosa conminándola a lincharle, y Dar, sin pensárselo dos veces, saltó al interior del rectángulo luminoso, que había dejado de aumentar de tamaño.

Apenas cruzó el umbral, sintió que la pared se cerraba a sus espaldas. Se volvió y vio una pared vertical y blanca delante de él. La miró perplejo. Había esperado que mantuviera la misma curvatura del exterior de la esfera.

Se giró despacio, mirando su alrededor a la vez que bajaba la mano derecha y rozaba la culata

de la pistola.

Se hallaba en una sala rectangular, de unos diez metros de lado. El suelo y las paredes estaban cubiertos de figuras geométricas, líneas y círculos.

Cuando volvió a mirar al frente se juró a sí mismo que un segundo antes no había una puerta.

Empuñó el láser y caminó sintiéndose como un ratón en un laberinto al que obligaban a buscar la salida.

Dar avanzó hacia la puerta; aunque estaba cerrada, se abrió en silencio cuando se aproximó y ante él se abrió una estancia de mayores dimensiones que la anterior.

Los techos estaban dibujados con extraños motivos y paisajes que no podían corresponder a Dhrule. Las figuras representadas eran humanas, pero sus expresiones le parecieron diabólicas; las paredes refulgían, todas estaban cubiertas de láminas de oro. El suelo brillaba como el cristal.

Dar se sentía extraño, como si estuviera recorriendo el escenario de una pesadilla reciente; no paraba de pensar que las dimensiones de las estancias eran superiores al volumen de la esfera, y esta idea le abrumó cuando al llegar al final de su recorrido avistó otra sala que empequeñecía la que acababa de recorrer.

—Esto no puede ser real —murmuró, mirando con asombro la sala, con columnas con arcos ojivales tras los cuales se dejaba entrever el complicado artesonado de un techo que parecía perderse en la oscuridad.

—Es real todo cuanto estás viendo, mortal —tronó una voz que surgió como un trueno desde cada rincón.

Dar danzó sobre sí mismo, apuntando con el arma a todas partes. Se quedó quieto, expectante.

—Es inútil que me busques —volvió a hablar la voz—. No podrás verme, pero te permito que me hables. Te he permitido entrar para que mis fieles no te despedazaran. Has despertado mi curiosidad, mortal, y antes de arrojarte a la furia de mis adoradores te permitiré que me supliques por tu vida. Pero antes dime quién eres y por qué has apostado tu vida en un acto de locura.

Dar había llegado al centro de la sala. Bajó el arma y se preparó para usarla. El dueño de la voz había dejado bien claro que le concedía un plazo muy breve para vivir.

—¿Careces de lengua o el miedo te la ha hecho tragar? —la voz sonó irritada—. Eres el primer mortal que ha entrado aquí. Antes de pronunciar el castigo al que te has hecho merecedor, deseo saber tu nombre, de dónde vienes y qué pretendías al profanar mi santuario.

—Me llamo Darío Siles, y he venido a conocerte.

—Tus palabras me ofenden más que tu tono irreverente.

—¿Eres Logaroh?—preguntó tras un titubeo.

—Lo soy.

—¿De veras?

—¿Acaso lo dudas?

—Ya no. ¿Por qué no te muestras a mí?

—Eres un insolente, pero me diviertes.

—Me desagrada no ver a mi interlocutor. ¿Me tienes miedo?

—Debería haberte aniquilado. ¿Por qué te empeñas en insultarme?

Dar tragó saliva. Creía que Logaroh podía fulminarle en cualquier momento.

Si Logaroh estaba loco, como afirmaba Yaita, podía manejarlo y ganar tiempo si no perdía la calma.

—No he venido a hacerte daño, sino a hablar contigo —dijo, esperando oír la voz para averiguar de dónde procedía.

—Eres patético, Darío Siles.

—¿Lo soy? ¿Por qué?

—Intentas mostrarte valiente, pero tu alma tiembla de miedo.

Dar sintió como si un viento helado hubiera descendido de las alturas y le rodease. Se volvió y se enfrentó a Logaroh.

En todo Dhrule no existía una sola imagen del dios, y Dar no conocía su aspecto; sólo sabía como era por la descripción que de él le hicieron quienes le vieron en una Celebración, siempre de

lejos, y apenas le esbozaron su figura alta y delgada, su cuerpo sin vello y sus ademanes altaneros. Siempre aparecía totalmente desnudo. Rodeado de sus acólitos.

No tuvo la menor duda de que aquel hombre era Logaroh. Estaba a unos diez metros, con los brazos cruzados, vestido con una túnica blanca ajustada hasta la cintura y holgada hasta los pies. La cabeza la llevaba cubierta por un casquete metálico. Sus labios eran delgados, muy pálidos, apenas una línea recta. Lo más impresionante eran sus ojos, muy negros y grandes. Que careciera de cejas no impedía a Dar imaginar que tenía el ceño ligeramente fruncido. Después de preguntarse cómo demonios había aparecido a tan corta distancia de él, comentó.

—Debo reconocer que tu entrada en escena ha sido impresionante.

—¿No tiembles ante mí, Darío Siles?

—Procuró disimular el miedo.

Logaroh caminó a su alrededor, sin dejar de mirarle.

—La fuerza que percibo en ti me obliga a pensar que no has nacido en Dhrule, y tampoco en Decero. No eres de ninguno de estos mundos.

—Empiezo a creer que eres un dios —sonrió Dar, girando a su vez para no perder de vista a Logaroh—. Al menos posees el don de adivinar. Lástima que haya conocido a muchos charlatanes de feria.

—¿Cómo has conseguido entrar en la ciudad? No supe de ti hasta que merodeabas por la explanada.

—Se lo debo a un pobre hombre que murió hace dos días, el cual he venido a entregarte.

—Siempre he creído que lo más inseguro de Taisha era la entrada de los muertos. Tomaré medidas para que no vuelva a ocurrir, pues me irritan los curiosos. No eres tan listo como piensas, Darío Siles, pues al profanar mi recinto has firmado tu propia sentencia de muerte.

—No estés tan seguro.

—¿Crees que me preocupa que estés armado? —rió Logaroh.

Dar apartó la mano del láser. Desde las sombras de la estancia una docena de tiradores de elite podía estar apuntándole, y al menor movimiento por su parte le acribillarían a tiros. Todavía podía obtener más información, no tenía prisa por morir. Una nueva mirada a la estancia le hizo pensar que tal vez no hubiera en ella nadie más que ellos dos. Logaroh debía tener una carta escondida.

—Tu seguridad me abrumba —dijo—. ¿Tan seguro te sientes de ti mismo?

—Soy Logaroh —dijo enfáticamente.

—¿Y quién es realmente Logaroh? ¿Un loco, ambicioso de poder y grandeza? Has convertido este planeta en una mierda en pocas décadas. Tú tampoco has nacido aquí.

—Los dioses no nacemos, existimos siempre.

—¿Por qué has destrozado este mundo?

—¿Destrozado? ¡Lo estoy rehaciendo, sacándolo de sus miserias! Tengo mucho que realizar aún, pero dispongo de todo el tiempo que necesite.

—Me estás cansando, dios de pacotilla —rió Dar.

Empuñó el arma y apuntó a Logaroh.

Logaroh soltó una carcajada.

—Dejarás de reír cuando convierta tu cabeza en pulpa.

—¿Por qué no lo haces? —le espetó Logaroh—. No te lo impediré.

Dar bajó el arma y la enfundó.

—Sería perder el tiempo. ¿Cuánto tardarías en volver?

—Interesante. Dudas de mi divinidad, y sin embargo sabes que no puedes matarme, que podrías destruir mi cuerpo pero no lograrías acabar conmigo, y yo volvería de inmediato para castigarte.

Dar estuvo tentado de replicar que su vuelta a la vida no le parecía nada sobrenatural.

—¿Por qué te has entregado a mí, Darío Siles?

—A exigirte que cumplas tu promesa. Me dije que tal vez enfrentándome a ti cara a cara consiguiera que me otorgaras la inmortalidad prometida, el dogma máximo, que anunciaste cuando te hiciste con el poder de este mundo.

Observó que sus palabras habían impresionado a Logaroh, que palideció intensamente.

Dejó de sonreír al sentir un agudo dolor en la cabeza, como si algo intentase leer sus pensamientos y dominar su mente. Inspiró profundamente. ¿Qué le estaba pasando? ¿Acaso Eva intentaba llegar hasta él? ¿Qué le había ocurrido? Recordó su promesa de estar a su lado cuando volviera a Dhrule, para ayudarlo en todo momento. Eva quería conocer a Logaroh, calcular su poder. No le explicó por qué quería evaluar su omnisciencia. Pero Eva no había hecho acto de presencia, ni se había comunicado con él. Dudaba que supiera lo que estaba ocurriendo en aquel momento, debía seguir en el espacio, en el mismo lugar de siempre.

Trató de dominar el dolor. Miró a Logaroh, preguntándose si aquel personaje era el causante de su turbación.

Logaroh se había alejado unos pasos de Dar y le miraba de forma diferente, con respeto, como si estuviera evaluando a su adversario.

—Dime de dónde vienes, Darío Siles —le preguntó con firmeza.

—De un mundo tan distante que su estrella no puede ser vista desde Dhrule.

Logaroh se envaró. Dio unos pasos, vigilando de reojo a Dar, midiéndole con la mirada.

—¿Qué planeta es ése del que dices venir? —preguntó.

—La Tierra.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

Después de unos instantes de vacilación, el dios de Dhrule dijo:

—Sígueme.

Se volvió y caminó deprisa en dirección a los más alejados pilares. Dar le siguió. A medida que avanzaban las luces nacían sobre ellos, señalándoles el camino.

Salieron de la sala y entraron en otra cuyas dimensiones arrancaron a Dar una exclamación de asombro.

Si un momento antes la estancia de los pilares y los arcos ojivales le habían obligado a pensar que la esfera era más grande por dentro que por fuera, ahora no tenía la menor duda, o las perspectivas que le rodeaban no eran reales y todo era una ilusión óptica.

Pero aquella sensación la tuvo en el Hogar, y nada de cuanto allí había era falso.

Era como estar de vuelta, pero donde se encontraba no estaba Eva, sino el dios de Dhrule.

Logaroh se volvía a mirarle, y sonreía divertido viendo la expresión de incredulidad de Dar.

La estancia era circular, rematada por una cúpula inmensa de la que surgía un resplandor difuso que la inundaba de luz.

Había objetos por todas partes, diseminados y muy separados entre sí. Dar los miró y no supo qué eran.

Al disiparse las sombras que les rodeaban aparecieron bosques, montañas y ríos en la lejanía.

—No hay palabras para describir lo que estás viendo, ¿verdad? —preguntó Logaroh—. Eres el primer mortal que contempla este espectáculo. Cualquier hombre estaría dispuesto a morir para siempre por verlo; sólo con la vida se puede pagar su contemplación.

Un riachuelo de limpias aguas discurría delante de ellos. Lo cruzaron por un puente de madera. Al otro lado. Se dirigieron hacia una zona sumida en una bruma gris. Cuando la franquearon, Logaroh se detuvo y Dar vio cientos de camillas alineadas. Todas estaban ocupadas por cuerpos cubiertos con sábanas amarillas.

—¿Buscabas esto, Darío Siles? —preguntó Logaroh.

Las camillas se perdían de vista. Dar calculó que debía de haber miles. Era una morgue inmensa. Pero no olía a putrefacción.

—No los incineras —susurró—. Los almacenas.

—Los conservo —dijo Logaroh, satisfecho. Parecía orgulloso—. Oh, vamos. No vayas a pensar que soy un necrófago. Salvo excepciones, estás viendo a todos los dhrulianos que han muerto desde mi venida.

—Tus enemigos no te entregan los cadáveres de sus familiares y amigos.

—Es cierto, pero son pocos los que incumplen la ley. Son mínimas las probabilidades de que

entre los cuerpos que son enterrados o incinerados se encuentre lo que busco.

—¿Qué buscas?

—Creí que lo sabías —dijo sonriente—. Te había sobrevalorado, Darío Siles. No sabes nada.

—¿Por qué no satisfaces mi curiosidad? Doy por hecho que no me dejarás marchar.

—Claro que no.

—Y también sospecho que me matarás.

—Has acertado.

—¿Qué te importa revelarme tus trucos si voy a morir?

Caminaban entre las literas, Logaroh cambió de dirección y se alejó de ellas, siempre caminando dos pasos por delante de Dar.

—Tal vez te complazca en ambas cosas. Hemos llegado.

Dar no se dio cuenta de que estaban ante un disco opaco que se levantaba del suelo a una altura de metro y medio. A un lado había un prisma, que Logaroh acarició.

—¿Qué es esto? —preguntó, temiendo recibir una nueva sorpresa, sin duda desagradable para él.

—Vamos a localizar tu mundo.

—¿Piensas incluirlo en tus planes de conquista?

—Me importa un bledo tu planeta si está lo bastante lejos como para que me deje en paz unos siglos. Por el momento sólo me interesa acabar con Decero.

—¿Le temes?

—Me molesta.

—Dicen que tú pusiste la barrera que lo aísla.

—Sí—admitió con orgullo Logaroh.

—Una hazaña realmente asombrosa. ¿Cómo logras enviar la energía y de dónde la obtienes?

—Para mí no hay nada imposible. Soy Logaroh, no lo olvides mientras vivas.

—No es perfecta, a veces falla y tus enemigos la burlan. No eres tan poderoso como crees.

La sonrisa de Logaroh se desvaneció.

—Ese pequeño problema lo solucionaré pronto. Observa.

Dar se vio envuelto por estrellas y galaxias, como si fuera un gigante suspendido en medio del universo. Golpeó con los pies el suelo para cerciorarse que debajo de los millones de soles que flotaban estaba el pavimento de piedra pulida.

—Piensa en las constelaciones que podías ver desde la Tierra, Darío Siles —dijo Logaroh—. Esta simple máquina te llevará hasta tu mundo.

Dar cerró los ojos en contra de su voluntad, y completó la Vía Láctea como si estuviera en el hogar de sus padres, cuando era un niño que se prometía a sí mismo que un día visitaría las estrellas.

Por su mente pasaron los planetas de su sistema solar, contempló las estrellas de Sirio y encontró el camino que andaba buscando. Todo ocurrió en apenas unos segundos. Respiró hondo.

Cuando abrió los ojos Logaroh tenía una grave preocupación en su semblante.

—Así que ése es tu mundo, la cuna de la especie humana, del que partiste hace más de quinientos años —le escuchó susurrar, acariciándose el mentón, sin apartar la mirada del punto luminoso que campeaban en el centro del mapa estelar.

Dar rezó para que Eva pudiera verlo, y anotara en su memoria la ruta hacia la Tierra.

—No te sorprendiste cuando te dije el nombre de mi mundo, pero sí al ver donde se encuentra. ¿Por qué?

—Los viejos recuerdos de un dios no pueden ser compartidos por un mortal —replicó secamente Logaroh.

Dar empezó a sentir verdadero miedo.

Miedo a Logaroh, a sus secretos designios y a no memorizar lo que había visto.

## CAPITULO XVII

Cuando Logaroh hizo desaparecer el mapa estelar, Dar ya no confiaba en haberlo grabado en su mente.

El dios de Dhrule le dijo que le siguiera.

Mientras caminaba tras sus pasos se preguntaba si debía intentar destruirlo; podía empuñar el láser y dispararlo, desmembrar aquel ser, humano o demonio, dios auténtico o patraña. Pero Logaroh no parecía temerle, y su seguridad hacía pensar a Dar que no podría hacer nada contra él, que siempre se le anticiparía.

Llegaron al centro de un gran círculo. Había dos sillones. Logaroh señaló uno a Dar. Mientras él se sentaba, decía:

—Procedes de un mundo situado a trescientos años luz. Me gustaría conocer tu historia, pero creo que no me contarías la verdad.

Tenía los ojos entornados y observaba a Dar con la cabeza un poco inclinada.

—Hablas la lengua de Dhrule con fluidez, y pareces entenderla como si fuera la tuya propia. Me gustaría tener tiempo para estudiarte, hurgar en tu mente, conocer tus pensamientos más íntimos. Tu raza se encuentra en plena expansión.

—Conocías la Tierra, pero no sabías su nombre. Cuando la viste en el mapa te resultó familiar.

Logaroh permaneció en silencio. Esperó a que Dar se sentase frente a él.

—En tu planeta hay cientos de pueblos, cientos de lenguas, y en cada una se le nombra de distinta forma —dijo finalmente Logaroh, pensativo—. No los conozco todos.

—Para ser un dios tienes tan mala memoria como conocimientos.

—Sólo los dioses pueden borrar sus recuerdos, algo que no está al alcance de los mortales. ¿Cuántas cosas te gustaría olvidar, Darío Siles?

—Bastantes.

—Y no puedes. Ahora estoy recordando.

—¿Qué recuerdas de mi mundo?

—Cosas horribles. Recuerdo muerte, dolor y miseria.

—Estás convirtiendo a Dhrule en algo mucho peor.

—Te equivocas. Haré una sociedad perfecta de este mundo.

—¿Qué ha pasado en la Tierra durante los últimos cinco siglos? —preguntó Dar, dando por hecho que éste era el tiempo transcurrido desde su partida a bordo de la Vorágine.

—Me llevará algún tiempo averiguarlo. Lamentablemente, no vivirás para entonces.

—Todavía no me has matado.

—¿Me desafías? —rió Logaroh—. No me contemplas como a un dios, Darío Siles. ¿Qué necesitas para creer que lo soy?

—Tus errores.

—¿Crees que he cometido demasiados?

—Sí. El primero fue no apoderarte primero de Decero.

—Lo que pienso es inextricable para los mortales. ¿Crees que me divertiría si todo fuera sencillo? Esto es como un juego para mí, Dar; incluso los dioses necesitamos divertirnos. Yo he redactado las reglas, y en ellas se contempla que estoy obligado a superar ciertas pruebas. Pero si un día me cansara, alcanzaría mis propósitos en cuestión de minutos.

—Siempre hablas en plural cuando te refieres a los dioses. ¿Hay más como tú? Podría decir si hay más locos, pero no me gustaría ofenderte.

—Son dioses los que poseen mis mismos poderes.

Dar le miró con los ojos entornados.

—¿No eres humano?

—Me ves como humano. Eso debe bastarte.

Dar no quería perderse en un juego de abstracciones; el tiempo corría en su contra, aunque cada minuto que pasaba era un minuto más de su vida actual. Mientras estuviera hablando con aquel tipo podía saber cosas.

—¿Puedes convertir a quien quieras en un ser como tú?

Logaroh tardó en contestar:

—Puedo.

Dar sonrió. Logaroh no podía entregar a quien le pareciera el don de resucitar, como Eva se lo había entregado a él y a Yaita. Pero la voz del Hogar y el dios de Dhrule no tenían poder suficiente para conceder la inmortalidad a cuantas personas quisieran.

—Has prometido que serán como tú a los que te obedezcan y veneren.

—Y recibirán su recompensa.

—Cuando se cansen de esperar, te volverán la espalda.

—De que su fe no disminuya me ocupo personalmente cada año.

—La famosa Ceremonia anual los entretiene y los calma. ¿Cuánto tiempo podrás mantener la farsa?

—Si dispusiera de mi vida, la apostaría a que jamás conseguirás rodearte de inmortales. Es más te entregaría mi alma si creyera que si pudieras, no harías a nadie a tu imagen y semejanza. Esto es ridículo. No eres un dios, sino alguien que dispone de una ciencia que está fuera de nuestra comprensión. /

—¿Crees que todo es un montaje, que otro muere por mí y yo aparezco fingiendo haber vuelto a la vida.

—Es lo más sensato.

—En cada Celebración el pueblo me ve morir, contempla cómo mis restos son esparcidos a los cuatro vientos, convertidos en cenizas, y vuelvo a surgir ante ellos. Todos son testigos del descuartizamiento de mi cuerpo, siempre ofrezco a mis siervos la oportunidad de participar en él, pero nadie se atreve a subir al altar y son mis sacerdotes los que tienen que hacerlo.

—Que vuelves a vivir no tengo la menor duda.

Logaroh frunció el ceño. Parecía haber esperado una respuesta que pusiera en duda su afirmación.

—¿Por qué dudas entonces de mí?

—Lo que tú haces podrían hacerlo otros, y de hecho creo que lo hacen.

—¿Quiénes?

Dar sonrió.

—Ahora soy yo quien se reserva la respuesta.

—Estoy cansándome de esta charla.

—Yo también —dijo Dar, empuñando su pistola láser. Logaroh la miró con indiferencia.

—Podría permitir que me mataras, divudieses en dos mi cuerpo, pero no deseo morir ahora. Puedes apretar el gatillo.

Sin mucho entusiasmo. Dar lo hizo. El arma permaneció silenciosa. Probó con la pistola de cartuchos explosivos y tampoco ocurrió nada. Logaroh sonreía.

—Esta estancia anula las armas.

—Aún me queda el cuchillo —replicó Dar; sacó una navaja reluciente de su bota y la cogió por la punta—. Soy un buen lanzador de cuchillos.

—Oh, contra el acero inerte la magia de este recinto no podría hacer nada. Pero también es inútil, Darío Siles.

Dar intentó alzar más la mano para lanzar el acero, pero no pudo. Cuando intentó dar un paso creyó que sus botas se habían soldado al suelo, al tiempo que una película transparente lo estaba cubriendo hasta el cuello, a cada segundo más espesa.

Antes de que quedara envuelto en aquella materia transparente, Logaroh le arrebató el cuchillo. Miró las dos armas enfundadas de Dar, ya cubiertas.

—No podrás utilizarlas —dijo encogiéndose de hombros—. Mejor así, pues te verán con esas

pistolas y pensarán que un mortal, aunque esté armado, no puede vencer a Logaroh.

Dar sentía cómo la masa subía por su cuello.

—Oh, no te asustes —rió Logaroh—. Podrás respirar, pero dentro de poco no podrás hablar. Di ahora lo que sea.

Dar intentó romper la envoltura, sin conseguirlo. No podía saber si Logaroh había adivinado que inmovilizándole le impediría morir y escapar de él. No, aquel dios de pacotilla ignoraba que en el Hogar le esperaba otro cuerpo.

—¿Qué piensas hacer conmigo.

—Se me acaba de ocurrir que este año la Celebración será un poco distinta, más espectacular; el pueblo de Deshtie y el de Taisha disfrutará de algo inédito. Te presentaré como un enemigo de su dios, y correrás mi misma suerte; pero solo yo resucitaré. Tu muerte será la prueba definitiva para que los últimos escépticos crean en mí y se postren a mi paso.

Aun sin tenerlas todas consigo, Dar esbozó una sonrisa y dijo:

—Al final serás el sorprendido, Logaroh.

—Ah, eres un fanfarrón. Espera, pues aún no he terminado de explicarte lo que haré contigo. Aunque tengo que perfilar los detalles, te puedo anticipar que no es mi intención perderte para siempre. Creo que te conservaré como una mascota, aunque las condiciones en que te encuentres te harán suplicarme para que te mate. Pienso que más adelante podrías servirme, por ejemplo para distraerme contándome cosas de tu mundo, todas las que recuerdes y que yo te obligue a recordar; podría refrescarte tanto la memoria que verías el rostro de tu madre cuando te amamantó por primera vez.

El nivel de la masa transparente estaba a punto de llegarle a los labios cuando Dar escuchó que Logaroh, tras soltar una carcajada, añadía:

—Dispondré que el día de la Celebración nos corten un brazo a cada uno, para empezar; no te preocupes, pues ese trabajo lo llevarán a cabo expertos cirujanos que antes nos inyectarán calmantes para que no gritemos de dolor. A la multitud no les agradan los gritos. A continuación nos cercenarán el otro brazo, y luego las piernas, y nos castrarán y sajarán el cuerpo, cada centímetro de nuestra piel. Por último, a mí me matarán, pero a ti...

Completamente inmóvil en la envoltura plástica, que no había dejado de crecer hasta cubrirle todo, Dar palideció. Los planes de Logaroh entraban tan en conflicto con los suyos que podía darlos por inútiles.

Le iba a reservar para la Celebración en un estado de animación suspendida mucho más efectivo que lo que Orlut pensaba hacer con él cuando le hicieron prisionero en el refugio de Deshtie.

—Te alimentaré y cuidaré de ti hasta el gran día, Darío Siles —concluyó Logaroh—. Cuando la Celebración haya concluido, sólo serás un cuerpo pero sin brazos ni piernas, y sin nada más; pero podrás pensar y lamentarte por haber nacido. Espero que durante algún tiempo me diviertas en las largas noches de mi soledad. Alégrate, pues harás compañía al dios de Dhrule hasta que me canse.

Dar sintió náuseas, deseos de vomitar. Su mente febril, atormentada por el dolor de cabeza, transmitía a su inmóvil cuerpo las sensaciones y sufrimientos que Logaroh le había descrito como su futuro inminente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Yaita, nerviosa.

Ante ella estaba Reude, con la mirada baja, sin atreverse a mirarla a los ojos. Un poco más atrás, Juess y los demás hombres esperaban en silencio.

—Me temo que todo ha salido mal —balbució Reude—. Después de que nos llevaras de vuelta al campamento, volvimos para esperar a Dar, pero no salió de Taisha.

—Dijo que no tardaría más de veinticuatro horas en salir de esa maldita ciudad. ¿Por qué no le habéis esperado?

—Déjale que cuente todo —intervino Orlut. Hizo una indicación a los demás para que salieran de la habitación. Sólo quedaron las personas que conocían el secreto de Dar.

Los jefes de los otros campamentos aún no habían llegado para la reunión, pero se les esperaba de un momento a otro.



—Juess y yo nos enteramos de algo horrible en las afueras de Deshtie, Yaita —dijo roncamente Reude.

—Continúa —le apremió Yaita.

—Necesitábamos confirmar los rumores que nos llegaban, y anoche visité varias tabernas, hasta que conocí a unos siervos que trabajaban de día en Taisha, recibiendo comida y clasificándola. Según ellos, en la ciudad prohibida se comenta lo que sucedió anoche. Parece ser que un hombre había conseguido entrar y fue apresado cuando merodeaba alrededor del palacio de Logaroh. Unas botellas de vino les acabó de desatar la lengua y me contaron el resto.

Yaita suplicó a Reude con la mirada que terminase.

—Lo siento, Yaita; pero Dar es prisionero de Logaroh. No me habría preocupado, ¿comprendes? Sólo era cuestión de tiempo que volviera con nosotros, pues Logaroh no tardaría en ejecutarle o él se mataría, y decidí esperar. Pero antes de marcharse aquellos hombres me contaron algo más. Dar no podrá evadirse ni muriendo, Yaita. El dios de Dhrule anunciará pronto que este año la Celebración tendrá un acto más.

Reude, sin atreverse a mirarla a los ojos, le contó lo que se había enterado, cuáles iban a ser los actos de la Celebración, lo que Logaroh pensaba hacer con el prisionero.

Yaita cerró los ojos, horrorizada.

—No es posible —musitó.

—Nadie, ni el más pesimista, podía imaginar que la aventura terminaría así —masculló Ecord—. Los jefes llegarán pronto, y sin la presencia de Dar no sé cómo acabará la asamblea. Algunos todavía están furiosos por la muerte de Carride, y quieren explicaciones. La ausencia de Dar les enfurecerá más. Volveremos a estar desunidos. De nada servirán los planes que hicimos Dar y yo.

—Olvidalos, Ecord —silabeó Yaita—. Lo único que nos debe preocupar ahora es salvar a Dar. La celebración será dentro de siete días; tenemos tiempo para pensar hasta entonces.

Ecord hizo una mueca.

—¿Qué podemos hacer? ¿Asaltar la ciudad?

Yaita sacudió la cabeza; no quería pensar en nada que fuera irrealizable.

—Lo lamento casi tanto como tú, Yaita; pero no podemos hacer nada —dijo Orlut—. No somos lo bastante fuertes como para enfrentarnos a Logaroh; tal vez venciéramos a las compañías amarillas, pero contra los guardias negros nos estrellaríamos. Aunque levantáramos a toda Deshtie y sitiáramos a Taisha, no conseguiríamos nada. Estábamos de acuerdo en que para acabar con Logaroh teníamos que actuar desde dentro de la ciudad, y por sorpresa, en el momento en que se inmolará a la vista de sus acólitos y el pueblo de Dhrule. Confiábamos en un ataque inesperado y fulminante para ponerle humillarle en público, hacer con Logaroh lo que él va a hacer con Dar: inmovilizarle e impedirle que muera.

—Tal vez Logaroh cambie de opinión respecto a Dar y le dé una muerte rápida—intervino Orlut.

Reude movió la cabeza de un lado para otro.

—Aquella noche, cuando salí de la aldea, la noticia que me anticiparon los siervos corría por todas partes. Logaroh no defraudará a sus incondicionales. Si ha decidido ofrecer un espectáculo más sangriento que otros años, seguirá adelante.

—Maldito sea Logaroh, mil veces maldito sea ese falso dios —dijo Yaita furiosamente—. ¡Tenemos que hacer algo!

—Me temo que es inútil intentar salvarle, Yaita—suspiró Orlut.

Ella se volvió y miró a los hombres con despecho.

—¿Es que vais a abandonarle? No merecéis que os ayudemos, Decero os volverá la espalda si no sois capaces de liberar a Dar. Sois unos cobardes. Dar quiso ayudaros desinteresadamente, sin pedir nada a cambio, sólo porque vio que la razón está de nuestra parte; pero creo que se equivocó. Han muerto muchos por la causa, pero Dar correrá la peor de las suertes.

Salió corriendo de la habitación. Juess hizo intención de ir tras ella, pero Reude se lo impidió agarrándole de un brazo.

—Déjala estar sola. Cuando se tranquilice, comprenderá que no podemos hacer nada excepto esperar a los jefes.

El muchacho miró resentido a Reude y salió también. Ecord resopló furioso y se volvió hacia los demás.

—Amigo, la situación es grave. No creo que nuestros camaradas de Decero suspendan su ayuda, pero que si Yaita no colabora, se lo pensarán dos veces antes de enviar más hombres, armas, medicinas y antídotos para combatir los efectos de la droga. Decero podría considerar que nada tiene que hacer en Dhrule, y esperar acontecimientos en su mundo.

—Lo peor es que ya son muchas personas las que han oído hablar de Darío Siles, del hombre que procede de un lejano planeta y que lucha a nuestro lado. Esto ha levantado los ánimos. Cuando se sepa que Logaroh le tiene en su poder y le convertirá en una piltrafa durante la Celebración, perderán la esperanza de volver a ser libres y nadie rechazará la dosis de droga diaria.

Las palabras de Orlut cayeron como una losa sobre todos los presentes.

Yaita corrió hasta sentirse desfallecer. Había dejado muy atrás el campamento, llegando hasta los profundos desfiladeros que rompían el monótono paisaje de la llanura árida.

Se detuvo jadeante junto al barranco, quedándose inmóvil, contemplando absorta las aguas que rugían a más de cien metros. Siguió con la mirada el curso del caudaloso río. Un poco más allá se precipitaba en una impresionante cascada.

No podía borrar de su mente la imagen de Dar convertido en un guiñapo, enloqueciendo de dolor, humillado ante Logaroh, obligado a vivir en contra de su voluntad, suplicando la muerte para renacer.

Trató de tranquilizarse. Apretó los dientes y se dijo que si sus compañeros eran incapaces de idear un plan para liberar a Dar, iría a la Celebración y mataría a Dar antes de que los sicarios de Logaroh empezaran a torturarlo, y luego se mataría ella.

Una sonrisa de esperanza nació en sus labios. Sólo la muerte volvería a unirlos.

Su alegría se desvaneció cuando comprendió que no podría entrar en Taisha con un arma escondida. En las entradas habría detectores de metales, y los guardias negros se encargarían de que nadie entrase con un alfiler.

Dio paso hacia el precipicio. El rugido del torrente la ensordecía. No podía apartar la mirada del abismo que parecía llamarla. Aquel era el camino más rápido para volver con Eva y pedirle ayuda.

Sólo le inquietaba que Eva, sin la presencia de Dar en el Hogar, no reconociera su autoridad y la ignorase, y si se negaba a obedecerla no podría volver a Dhrule.

Sacudió la cabeza. Desconfiaba de Eva. La maldita máquina la odiaba, estaba segura de que nunca la aceptó como compañero del hombre que consideraba su único dueño.

—Te odio, maldita Eva —gritó a la violencia de la corriente, esperando que ésta le devolviese el eco de su rabia—. ¡Ayúdame, Eva!

Dio otro paso adelante, dispuesta a lanzarse al vacío, deseando que la muerte fuera rápida.

Antes de que avanzara más, se estremeció.

Al segundo siguiente estaba en el Hogar.

## CAPITULO XVIII

A pesar de la firmeza del suelo, Yaita creyó que éste se agitaba bajo ella.

El fulgurante cambio la aturdió. Un instante antes estaba a punto de caer al río desde una altura de cien metros, y ahora se encontraba tendida en una de las estrechas mesas de la Sala Azul. La campana transparente que pendía sobre ella terminó de alzarse.

Se agarró al borde de la camilla y se sentó. Cuando todo dejó de moverse a su alrededor, se atrevió a dar el primer paso. Antes de llegar a la salida, la voz de Eva la saludó:

—Hola, Yaita-La.

Entornó los párpados. Como siempre, la voz procedía de todas partes y de ninguna en particular. Suspiró. Al menos no la ignoraba.

—Eva —musitó implorante—. Dar está en peligro.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—He seguido todos vuestros pasos desde que os marchasteis —Eva emitió una breve risa—. No te sonrojes; en los momentos de intimidación, cerraba los ojos.

Yaita abrió la boca, asombrada. Estaba confundida. Había esperado cualquier cosa de Eva, pero no encontrarla con aquel extraño humor.

—Tienes que salvarle —dijo, tratando de normalizar su respiración.

—Lo intentaremos.

—¡No basta con intentarlo! Perdóname, no he debido gritarte. No le dejan morir, está atrapado, sin poder moverse, y quieren hacer con él... —Yaita estalló en sollozos.

—No necesitas explicármelo. Sé lo que Logaroh tiene planeado hacer con Dar.

—¿Por qué no lo has impedido? ¿Es que no pensabas hacer nada?

—Por supuesto que sí. Te he traído a ti.

Yaita inspiró profundamente. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Quieres decir que no he muerto?

—No llegaste a saltar. Te he traído viva. Hace poco descubrí cómo hacerlo. Era sencillo, sólo tenía que invertir el proceso que aprendí para enviaros a Dhrule. Ya no necesitáis morir para volver conmigo. El código es más amable cada día que pasa.

Yaita había llegado al gabinete de Dar y se derrumbó en uno de los sillones.

—¿Por qué has esperado tanto? —preguntó, mirando hacia la puerta, esperando que por ella surgiera la voz de Eva.

—Estaba a punto de llevar a cabo un interesante experimento cuando presté atención a tus lamentos, y capté tu idea de suicidarte para regresar al Hogar. Me dije que no debías desperdiciar un cuerpo, y te traje.

—¿Quieres decir que necesitabas que yo te lo pidiera?

—Claro, no puedo actuar contra los deseos de mis huéspedes —rió Eva—. Un poco de colaboración por vuestra parte es imprescindible.

—Dar creía que tus poderes aumentaban día a día, a medida que el Código te lo permitía. Debe ser cierto —murmuró Yaita. Se incorporó y dijo elevando la voz—: Pero si no necesitas que muramos previamente, ¿qué esperas para salvar a Dar?

—No puedo.

—¿Acaso no te lo ha pedido? —gritó Yaita.

—Se trata de otro problema

Yaita soltó una exclamación de rabia. Si en aquel momento Eva fuera algo físico lo habría destrozado.

—No juegues conmigo, Eva, te lo advierto.

—¿Crees que miento? No puedo mentir, al menos deliberadamente.

Yaita sacudió la cabeza.

—Eva, perdóname. No sé lo que digo.

—Te comprendo. Creo que si fuera humana también estaría aterrada —dijo Eva dulcemente—. Quiero ser tu amiga, Yaita; no podemos ser rivales. No tengo un cuerpo físico que ofrecer a Dar, recibirle en mí. Crees que tengo celos de ti, y estás equivocada. Al igual que tú, no deseo que él sufra. Le quiero. Es el primer ser que vi desde que el Código me despertó. He asimilado parte de su personalidad, a través de él aprendí a hablar y a tener sensaciones humanas. Le ayudaremos, Yaita.

—Siento haberme comportado como una estúpida.

—Olvidalo.

—Ahora explícame por qué no has podido traer a Dar del mismo modo que has hecho conmigo.

—Lo intenté cuando fue inmovilizado, porque él quería volver a ser libre, estar de nuevo a tu lado... o en el Hogar, protegido por mí. Pero fue inútil. Me ha costado mucho averiguar que la causa es el lugar donde se encuentra. Cuando él entró en Taisha sentí que mi poder disminuía y una fuerza muy poderosa me rechazaba, anulándome. Esa sensación de impotencia se incrementó cuando Logaroh le hizo prisionero. Intenté comunicarme con él para advertirle del peligro que corría, pero no lo conseguí. Creo que le causé un fuerte dolor de cabeza.

—Así que trataste de ayudarlo.

—Sí, y mi desasosiego fue mayor cuando Dar entró en la esfera, fue muy desagradable para mí seguirle por las salas hasta su encuentro con Logaroh.

—¿Qué te rechazaba ahí dentro, Eva?

—Todo. Era como sentirme dentro de mí misma, conocer mi alma y no gustarme lo que veía. Como conocer a un hermano y descubrir que es un ser perverso, lleno de maldad pero a la vez un desdichado que sufre el más infame de los castigos. Fue a partir de ese momento cuando el Código me abrió sus puertas y me permitió alcanzar nuevos conocimientos, los que necesitaba para traerte aquí apenas tú lo desearas.

—¿Descubriste a través de Dar que existe una íntima relación entre tú y la residencia de Logaroh?

—Así es.

Yaita había notado la voz de Eva muy alterada, como si fuera la de un ser humano asustado

—En pocos segundos mi dominio sobre el Hogar y los seres que de mí dependían, Dar y tú, se hizo más fuerte. Probé a sacar a Dar cuando Logaroh empezó a cubrirlo con aquella sustancia, pero fracasé a pesar de que sabía que en otras circunstancias hubiera podido hacerlo.

Hizo una pausa, y cuando volvió a hablar su voz surgía delante de Yaita, muy cerca de su rostro, en susurros.

—Estoy empezando a descubrir quién soy y para qué fui creada, querida amiga. Y no es agradable.

—No mentías cuando afirmabas que ignorabas tu origen... —musitó Yaita.

—La presencia de Dar me hizo entrar en actividad, y sólo sabía que tenía que rescatarle de la muerte, restaurar su cuerpo destrozado. Yo era como una recién nacida que quería aprender. Creo saber cuál es mi misión, pero aún tengo dudas; debo esperar que el Código me permita acceder a los últimos secretos que encierra.

—Todo esto está muy bien y es interesante, pero ¿puedes salvar a Dar?

—Eso va a depender de muchos factores, Yaita. El poder al que nos enfrentamos es muy grande.

—No puede ser más fuerte que tú.

Eva tardó unos segundos en responder:

—Estás en un error. Una cosa igual a mí puede ser tan fuerte como yo, incluso más.

—El pueblo ha acogido con morbosa satisfacción el anunciado elemento innovador para el día de la Celebración.

Dar solo pudo girar los ojos para mirar a Logaroh, que paseaba delante de él con las manos

atrás.

Junto a él estaba la máquina que le alimentaba y se ocupaba de él, eliminando sus orines y heces. Era el mismo artilugio que le seguiría atendiendo cuando quedase convertido en un muñeco sin brazos y piernas, castrado y sumido en la desesperación.

Logaroh se detuvo delante de Dar. Había cambiado su traje blanco por otro dorado. Parecía más delgado, su mirada más penetrante; ya no sonreía. Había hecho llevar a Dar ante la puerta cerrada tras la cual, había dicho, se hallaba la zona más importante de su santuario.

Dar miraba la cerrada puerta azul moteada de colores, de un material similar al exterior de la esfera. Igual a la sala azul del Hogar.

No quería que por el brillo de sus ojos Logaroh adivinase lo que estaba pensando, conociera la existencia de Eva y del Hogar.

Logaroh hizo un ademán y la azulada puerta desapareció, permitiendo ver al otro lado una copia de la Sala Azul del Hogar, una réplica idéntica. Logaroh susurró unas órdenes y el aparato que cuidaba a Dar le llevó al otro lado de la puerta.

—Quería mostrarte esto, Darío Siles —dijo Logaroh. Pasó ante las dos camillas con sus correspondientes campanas. Una sección de la pared se deslizó a un lado, apareciendo dos criptas.

Una estaba vacía; la otra contenía un cuerpo extraño.

Logaroh hizo un gesto a la máquina para que acercara a Dar hasta un metro de las criptas. La que contenía un cuerpo tenía el cristal empañado. Dar no podía ver bien el rostro del ocupante. Se fijó que aquel ser era de elevada estatura, de piel azul oscuro y áspera. Sus piernas eran cortas y gruesas, así como sus brazos, manos grandes con cinco dedos aplastados, uñas largas y negras.

—¿Sorprendido? —preguntó Logaroh—. Puedo leer en tus ojos que no entiendes lo que estás viendo.

Logaroh le permitía hablar a través de la máquina cuando lo visitaba, y Dar movió los labios y escuchó su voz ronca responder al dios de Dhrule:

—Explicámelo.

—No lo haré —replicó Logaroh, haciendo un gesto de aburrimento. Luego mandó a la máquina que sacase de allí a Dar. Desde la puerta, dijo—: Es posible que cuando la Ceremonia haya terminado te cuente una historia. Dependerá del humor que tenga cuando haya resucitado.

—¿Por qué no ahora? —preguntó Dar, desde el otro lado de la sala. Por el rabillo del ojo pudo ver que las criptas habían sido ocultadas por la pared azul.

—En otro momento. Ahora debo retirarme para meditar. No volveremos a vernos hasta poco antes de que empiece la Celebración.

La puerta azul ocultó a Logaroh. Dar se sintió llevado por la máquina cuidadora hasta una estancia situada muy lejos. Cubierto por la sustancia que le impedía moverse, se dijo que las siguientes horas iban a ser las más largas y terribles de su vida. La sensación de impotencia le sumía en la desesperación.

Muchas veces se había preguntado si Reude había conseguido escapar. Esperaba que si y la noticia de su aprensión fuera conocida por sus amigos. Yaita debía saber lo que le había pasado y el futuro que le aguardaba.

Pensó en Eva. Creía que había conseguido comunicarse con él desde el Hogar cuando Logaroh le inmovilizó, pero después de tantas horas transcurridas lo dudaba. El Módulo estaba demasiado lejos.

Concentró sus pensamientos en Eva.

No tenía ni la menor de idea de lo que debía hacer para abrir su mente a Eva, llamarle y pedirle que le ayudara. Ella tenía que saber lo que había visto, una sala idéntica a la que había en el Hogar.

Le costaba creer que ignorase que había algo igual o parecido al Hogar en Taisha.

Cerró los ojos, pensó en Eva, en su voz, en su amabilidad. Por favor, escúchame, quiero que me oigas, Eva. Vamos, dame una señal, dime que me oyes.

Sintió como si algo cálido se introdujese en su cabeza. Al principio fue algo confuso, que no tardó en tener sentido para él.

Estuvo a punto de gritar alborozado.

Escuchó la voz de Eva, pero muy lejana; no podía entenderla, no sabía qué le decía; tampoco le pareció que se dirigía a él, y la interpretó como si estuviera hablando con otra persona. Intentó averiguar quién era el interlocutor de Eva, puso atención, aguzó los oídos de su mente, porque creía que la otra persona sólo podía ser... ¡Era Yaita! No se había equivocado, Yaita estaba en el Hogar y escuchaba a Eva.

Se humedeció los labios. Tenía sed. Al instante la máquina le acercó a los labios un tubo y Dar sorbió una pequeña cantidad de agua. Volvió a prestar atención a las voces; Eva seguía hablándole a Yaita, percibió congoja en sus palabras. Estaban hablando de él.

Se estremeció dentro de su carcasa plástica. Si Yaita estaba con Eva sólo podía significar que había muerto y aparecido en una litera, que un cuerpo había salido de la Cripta para acoger su alma.

De nuevo las voces llegaron a su cerebro, las escuchó y se enteró que Yaita no había muerto, sino que había sido trasladada viva al Hogar. ¡Viva!, se repitió sorprendido. Quiso saber cómo Eva lo había logrado.

Estaban hablando de algo muy importante. Prestó atención...

Las voces las percibía con sorprendente claridad.

Cerró los ojos.

—Es más antigua que yo, y tiene más experiencia. Por lo tanto, su poder debe ser superior al mío —decía Eva—. A través de Dar he percibido muchas sensaciones, he sentido su propio miedo, sus escasas esperanzas —hizo una pausa—. Y el amor que él siente por ti, Yaita. Es algo extraño el amor entre dos seres humanos, una mezcla de felicidad y angustia.

Restregándose las manos, colmada de impaciencia, Yaita preguntó:

—¿Qué puedes hacer por él?

—Espera. Comprendo tu impaciencia, pero todavía no puedo tomar una decisión, antes necesito conocer a mi adversario.

—¿Estás confusa?

—No es para menos. Acabo de descubrir que mi misión no es otra que localizar a una entidad como yo.

—¿Otra Eva?

—Por favor, no me compares con esa cosa —replicó Eva, ofendida—. Dar se encuentra en un Módulo como el que yo gobierno, con sus salas inalterables y su Código propio. Fui enviada a localizar la esfera donde Dar está prisionero. Ya sé por qué he permanecido muchos años en este sistema planetario, vigilando a Dhrule.

—¿Quién te envió?

—Eso no lo sé aún; el Código no contesta a esta pregunta, pero algún día me lo revelará. Necesito averiguar los motivos que han obligado a actuar fuera de su contexto al otro... ¿cómo llamarlo? ¿A mi adversario? Lo conoceremos como Módulo A, y yo seré a partir de ahora Módulo B.

—Me gusta más el nombre que te puso Dar.

—A mí también, pero no llamaré Adán al Módulo B.

—¿Adán?

—En otro momento te hablaré de la leyenda del origen de la especie humana que me contó Dar. El Código del Módulo A fue construido mucho antes que yo, y enviado a una misión en el espacio profundo, muy lejos del mundo que nuestros creadores moran. Tampoco me preguntes quiénes son ellos y qué desean, pues ignoro las respuestas. El Módulo A estuvo sometido a tensiones que no pudo soportar y algo se quebró dentro de él, y los objetivos que le fueron señalados no llegaron a alcanzarlos.

—Tampoco sabes cuál era su misión —suspiró Yaita.

Eva desoyó el comentario y siguió hablando.

—Para simplificar, el Módulo A está siendo usado en contra de los fines para los que fue creado, sirviendo a Logaroh para dominar a la población de Dhrule de la manera más burda y ancestral: mediante el culto a una divinidad. Logaroh, gracias al Módulo A, al que domina

plenamente tras haber inutilizado al Código, se ha erigido en un dios absoluto. Puesto que su cuerpo original fue registrado en una Matriz y ya en una Cripta, ha muerto y ha resucitado tantas veces que casi nadie en Dhrule duda de su divinidad. Gracias a Dar conozco varios mitos de la Tierra, y todos tienen raíces muy parecidas, todos los misterios religiosos se han copiado desde que el hombre descubrió el fuego y empezó a tener miedo a todo lo que desconocía.

—Tampoco te voy a preguntar quién es Logaroh y cómo consiguió convertirse en dueño de una entidad como la tuya —dijo Yaita.

—Te lo agradezco, porque tendría que volver a responderte que no, aún no está a mi alcance la respuesta.

—¿Y qué busca? Porque busca algo, sin duda; de ello ya hemos hablado.

—Creo que al erigirse en dios cometió el primero de sus errores. No es fácil ser dios, Yaita; es demasiado complicado, sobre todo si se aspira a ser un dios vivo. Pienso que debió proclamarse profeta de uno o varios dioses, siempre es más sencillo ser intérprete de un dios que representarlo. Supongo que es vanidoso. De lo que estoy segura es que se trata de un paranoico. Y tiene miedo, Yaita. Puedo percibir el miedo que inunda la esfera en la que vive.

—¿De qué puede tener miedo?

—De fracasar.

—Tú trajiste a Dar a tu seno y le salvaste. ¿Qué hace ese farsante en el Módulo A?

—El Código me ordenó que rescatara la vida que detectó a bordo de la Vorágine, la de un ser humano. Supongo que para completar mi misión con éxito necesito la ayuda de un humano o dos. Hay dos Criptas. Es evidente que los dos me estáis ayudando.

—Nos salvaste la vida, Eva.

—Me alegro de haberlo hecho.

Yaita calló. No quiso añadir que Dar y ella le debían algo mucho más valioso que la vida. Para ella la inmortalidad era un don que aún no había asimilado. Los acontecimientos le habían impedido pensar serenamente acerca de su actual situación.

Tras haber escuchado a Eva se dijo que quedaban muchos misterios por resolver. ¿Quién era Logaroh y cómo había logrado apoderarse del Módulo A? ¿De dónde procedía y para qué propósito fue creado y lanzado al espacio? ¿Cómo llegó a Dhrule? ¿Cuándo descendió en el planeta Logaroh ya era su amo? Si el dios loco no había nacido en éste planeta ni en Decero, ¿de dónde era?

—¿Tienes algo más que contarme de Logaroh? —preguntó, impaciente por empezar a discutir con Eva la forma de salvar a Dar.

—Sólo añadir que debió enfurecerle mucho descubrir que sus planes podían fallar por culpa de Decero. Al no apoderarse de este planeta, se vio obligado a aislarlo con una barrera de energía a la que tenía que mantener a costa de mermar poder al Módulo A. No es tan listo como parece, al menos como debería serlo un dios. Tal vez sus planes primitivos no contemplaban sumir en la miseria al pueblo de Dhrule, obligándolo a trabajar para él y sus acólitos, proporcionándole los alimentos y bienes que se despilfarran en Taisha. El Módulo al que somete podría darle todo lo que quisiera si no tuviera que enviar tanta energía al espacio para mantener aislado a Decero.

—¿Eres una esfera, Eva?

—Si me vieras desde el exterior, sí.

—Podría verte, eres enorme.

—Oh, no. Cuanto hay dentro de mí sí es grande, pero externamente puedo ser minúscula o del tamaño de una montaña.

—Bromeas.

—Hablo muy en serio.

—Me cuesta creerte.

—Algún día me verás —suspiró Eva.

Yaita soltó una carcajada.

—Para cualquier pueblo ignorante podrías ser su diosa.

—No te burles de mí.

—Hablemos de Dar. ¿Recuerdas que está en peligro?

—Mientras hablamos intento que le lleguen nuestras palabras.

—¿De veras? ¿Lo consigues?

—Espero que sí, pero no logro captar sus emociones.

—Que nos escuche le servirá de esperanza.

—Ojalá. Te decía que los errores logísticos cometidos por Logaroh le impiden ser más dios de lo que es actualmente. Cada vez que os he devuelto a la vida he necesitado una cantidad de energía enorme. Cuando Logaroh quiere impresionar a sus súbditos, y se mata y resucita, el Módulo A tiene que hacer un esfuerzo y la barrera que envuelve a Decero se debilita.

—¡Es cierto! Habíamos notado que el escudo casi desaparece unas horas después de cada Ceremonia.

—Dentro de pocos días Logaroh necesitará tanta energía que el deterioro de la barrera debería ser aprovechado.

—Creo que piensas lo mismo que yo.

Yaita sonrió por primera vez desde hacía muchas horas.

—Ercod tiene un transmisor, pero no lo puede utilizar desde hace meses. Cuando regreses a su lado, haré que tenga tanta potencia que puedas mantener una larga entrevista con tu gente. Creo que deberían aprovechar la oportunidad. ¿Acaso no disponen de un pequeño ejército, preparado para intervenir?

—Nunca nos hemos atrevido a enviar más de una nave a la vez a través de la barrera debilitada.

—Esta vez conoceréis la hora exacta para atravesarla. ¿En qué piensas, Eva?

—En el Módulo A. Si está dominado por Logaroh y algo le impide rebelarse, ¿por qué no te pones en contacto con él y le ayudas a volver a ser libre?

—Ya lo he intentado. No me responde, Yaita; está silencioso. Sólo obedece a Logaroh, no le niega nada que esté a su alcance.

—¿Es que su Código no puede intervenir?

—Me temo que está anulado, sellado, aislado. Y también creo que no puede expresarse con palabras.

—¿Por qué tú sí puedes hablar, pensar y razonar?

—He tenido un excelente profesor en Dar —contestó Eva alegremente—. Y en ti también, aunque nos conocemos hace poco tiempo. He aprendido mucho de vosotros. Creo que mi Código me permitió ser diferente a la entidad del Módulo A porque sólo así podría llevar a cabo la misión para la que he sido creada. Necesitaba la astucia del ser humano, su habilidad para improvisar y planificar basándome en supuestos no lógicos. Yo pienso, Eva; y el Módulo A nunca llegó a pensar por sí mismo. Además, su dueño es un loco. Tal vez le contagió su locura.

—Una pregunta más, Eva. ¿Por qué el Módulo A está en un planeta? Creí que no podíais abandonar el espacio.

—Claro que podemos. Ya puedo moverme a voluntad, según mi criterio, o a petición de mis moradores.

—¿Quieres decir que no necesitas proyectarme para volver a Dhrule?

—Podría llevarte hasta el campamento de tus amigos. ¿Acaso te desagrada que te envíe a Dhrule en una fracción de segundo?

Yaita hizo un mohín de desagrado.

—La verdad es que me da un poco de miedo que me desintegres y me recompongas a millones de kilómetros de distancia.

—No es exactamente lo que hago cuando os proyecto, pero no necesitas saber cómo me las arreglo.

—Si no te importa llevarme hasta allí... Claro que si necesitas mucho tiempo, aceptaré ser desintegrada y reintegrada.

—Puedo viajar casi tan rápida como el pensamiento para salvar una distancia tan pequeña.

Yaita suspiró.

—¿Cuándo dejarás de sorprenderme? —dijo.



—Espero que nunca —rió Eva—. Me agrada viajar; como decís, me conviene estirar las piernas. Será un placer para mí llevarte de vuelta.

—Espero que no se asusten al verte. Por lo que me has dicho, externamente eres idéntica a la morada de Logaroh.

—No me verán. Seré tan pequeña que flotaré cerca de ti convertida en una mota de polvo azul.

—Acabaré creyendo en milagros.

—Es ciencia, Yaita, no hechos sobrenaturales.

—Lo recordaré. ¿Y cómo saldré?

—Eso no debería preocuparte. Confía en mi.

—Siempre confiaré en ti, Eva.

—Gracias.

Yaita tragó saliva antes de preguntar:

—¿Podremos salvar a Dar?

—En ello estamos.

No le complació la respuesta, hubiera preferido una más contundente, un sí por ejemplo.

—Me gustaría que le dijeras que vamos en su ayuda... Y le quiero.

Tras un silencio breve, que a Yaita le pareció largo, Eva anunció:

—Nos ha escuchado y sabe que intentaremos salvarle.

—¿Intentaremos? ¡Le salvaremos, Eva! Díselo así.

—Acabo de perder su contacto.

—¿Qué? ¿Le ha ocurrido algo?

—No. Logaroh ha despertado.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Tranquilízate. Lamento no poder enviarle más mensajes, pero el hecho de que se haya cortado la comunicación confirma mi sospecha.

—¿Cuál?

—Un dios no necesita descansar, pero Logaroh sí.

—Explícate.

—Lo intentaré. Tú y Dar habéis sido matriciados en la Sala Azul en plena juventud, pero Logaroh fue integrado en la Cripta cuando contaba con muchos años, cuando su vida estaba terminando. Es cierto que cada vez que muere, renace en un cuerpo menos agotado, con meses o un año menos, pero en un cuerpo débil al fin y al cabo. Entre las paranoias que sufre está la de no querer envejecer, y mientras aguarda renovar su cuerpo actual, se somete a suspensión animada en un aparato que el Módulo A le suministró. Cuando está despierto, su mente obliga a su esfera a rechazar cualquier intromisión. Esto podría servirnos de mucha ayuda para vencerlo.

Más tranquila, Yaita dijo:

—Eso lo estudiaremos más tarde. Ya nada nos retiene aquí, Eva. ¿Cuándo partimos hacia Dhrule?

—Ya estamos en Dhrule, Yaita; a poca distancia del campamento. Ahora saldrás de mí, y sólo tú me verás y me escucharás.

## CAPITULO XIX

Durante toda la noche fueron llegando a Taisha miles de personas, de las aldeas y las granjas. Acudían en peregrinación desde los más recónditos lugares, ansiosos por contemplar las maravillas de la ciudad del dios de Dhrule. Llegaban en carretas y caminando, hombre y mujeres, niños y ancianos, familias enteras. Los mercaderes viajaban en cómodas calesas tiradas por troncos de caballos, seguidos por sus servidores, todos impacientes por llegar los primeros y ocupar los mejores lugares para asistir a la Celebración.

Mientras esperaban que las puertas de las murallas se abriesen, esperaban bailando y bebiendo, consumiendo las raciones de droga que los servidores de Logaroh distribuían.

Aunque la explanada era capaz de acoger a miles de personas, no todos podrían ver de cerca al dios, pues los mejores lugares estarían destinados a los habitantes de Taisha, cómodas tribunas vigiladas por compañías amarillas y por los guardias negros.

Los potentados se reunían cerca de las murallas. Sus criados habían levantado suntuosas tiendas paradlos, muy juntas, apiñadas para sentirse más protegidos por sus sicarios, que armados con brillantes espadas mantenían alejada a la plebe. Desde el día anterior los cielos de las ciudades eran sobrevolados por docenas de plataformas desde las que los habitantes de Taisha se divertían arrojando golosinas a la multitud expectante y fanática, para verla pelearse por los regalos que les hacían los afortunados mortales que compartían de cerca la gloria del dios.

Como ocurría siempre, no todo el mundo conseguiría un poco de espacio en la gran explanada; pero subían hasta la ciudad resplandeciente con la esperanza de poder cruzar una de las puertas que no tardarían en abrirse, sin importarles recibir palos y latigazos de los guardias negros. La mayoría tendría que conformarse con observar el milagro de Logaroh a través de las gigantescas pantallas de televisión en que se transformaba gran parte de la muralla.

Se sobornaba, se amenazaba y se apaleaba por conseguir un lugar en la larga cola que se formaba desde los valles y la oscura ciudad hasta las puertas cerradas y custodiadas. Para cualquier hombre o mujer era un privilegio entrar en Taisha, y muchos estaban dispuestos a dar su vida por lograrlo.

Miles de fogatas brillaban en la noche; se preparaban comidas frugales o exquisitas y abundantes; se bailaba, se reía y se oraba. Junto a bacanales desenfundadas se alzaban los cánticos alabando a Logaroh, o se jugaba a los dados y se ajustaba el precio para un rato de sexo.

Un grupo de personas avanzaba por entre las tiendas y las hogueras, abriéndose paso con dificultad.

—No recuerdo la última vez que asistí a esta locura —rió sordamente Ecord—. De muchacho me traían mis padres. Aún no había probado la droga y no me costaba hacerme preguntas. Empecé a aborrecer todo esto.

Llegaron junto a la fogata en las que les esperaban los demás y se acomodaron alrededor de ella. Alguien puso en las manos de Ecord y de Yaita vasijas de barro con sopa.

Yaita se acomodó junto al anciano. Vestía una túnica oscura y llevaba en la cabeza un velo que le ocultaba el rostro. A su lado estaban Reude y Clestu. Un poco más allá, durmiendo a pierna suelta, Juess reponía fuerzas tras un día agotador.

Durante dos días se habían ocultado entre los miles de fanáticos que recorrían los caminos y las viejas carreteras de asfalto para llegar ante Taisha, siempre temiendo ser descubiertos por las compañías amarillas o las patrullas de guardianes negros, que desde hacía años incrementaban la vigilancia durante los días previos a la Celebración para impedir que entre las masas de fanáticos se infiltrasen infieles.

Rodeados por los cantares, las risas y los llantos de las personas desesperadas por conseguir una ración extra de droga, Yaita miraba por encima de los hombros de sus compañeros hacia las murallas. A veces sentía la presencia de Eva cerca de ella, una imperceptible agitación, una caricia

sutil en sus mejillas. Y sonreía. Eva le tenía informada de Dar y le decía cada poco tiempo que resistía.

—Logaroh no cuenta con demasiados guardias negros. El grueso de su tropa está compuesto por soldados alistados a la fuerza. Es cierto que muchos cumplen con agrado, pero la mayoría desea desertar —dijo Ecord.

Con disimulo tocó la pistola láser que llevaba escondida en el bolsillo interior de su túnica. Era un buen arma, aunque echaba de menos la que le entregó a Dar, que confiaba en recuperar. Fue la primera que tuvo, su botín de la más grande victoria que obtuvieron contra la primera incursión de sicarios de Logaroh, cuando aún despreciaban a los infieles y se atrevían a penetrar en las llanuras. Las derrotas que sufrieron las compañías amarillas fueron muchas, y pronto dejaron de hostigarlos desde tierra y sólo les buscaban los guardias negros a bordo de plataformas armadas.

Miró a Yaita de reojo. La chica, a pesar de que los planes se estaban desarrollando según lo previsto, estaba inquieta. Estuvo a punto de preguntarle por Dar, pero la presencia de los otros jefes le aconsejó no hacerlo.

Unos días antes creía que la reunión que acababa de empezar iba a fracasar. Los jefes de las colonias no se ponían de acuerdo, le discutían sus propuestas y mostraban su pesimismo. Entonces apareció Yaita. Un rato antes sus amigos la habían buscado. Nadie la encontró, nadie la había visto después que saliera de la casa, desesperada tras haber conocido que Dar era prisionero de Logaroh.

Muchos de los jefes habían oído hablar de la enviada de Decero, y cuando ella entró todos callaron.

Yaita pidió a Orlut una entrevista en privado, y éste la escuchó y le dio su consentimiento para que se dirigiese a los jefes y les expusiera su plan.

El anciano y los demás líderes la escucharon en silencio, sorprendidos. Yaita empezó diciéndoles que pronto tendrían armas suficientes para equipar a todos los hombres libres capaces de luchar. Cuando quisieron saber cómo les llegarían, Yaita les respondió que sus compatriotas se las proporcionarían pronto, pues iba a partir una gran flota de naves con el ejército que había estado preparándose para combatir a Logaroh.

Ecord y los jefes aceptaron el plan de Yaita. Al día siguiente se prepararon para emprender la marcha a Taisha, y Yaita se presentó con varios hombres que cargaban cajas metálicas. Las abrieron y ella repartió las armas. Alguien preguntó si las naves de Decero ya habían aterrizado. Yaita, sonriendo, respondió que aún no, que aquella entrega era un anticipo. Mientras escuchaba las exclamaciones de asombro que proferían los hombres cuando inspeccionaron los rifles y las pistolas, Yaita guiñó al aire. Una pequeña esfera azul, del tamaño de la cabeza de un alfiler, se agitó delante de sus ojos.

Ecord insistió en que Yaita le dijera cómo había conseguido las armas. Riendo, Yaita le respondió que esperase hasta después de la Celebración.

—Debemos dormir un poco —dijo Ecord, bebiendo el resto del caldo—. Dentro de unas horas nos pondremos en marcha y ocuparemos los puestos en la fila de espera que nos tienen reservados nuestros compañeros desde hace dos días —miró al oscuro cielo, y luego al resplandor que surgía de Taisha—. De lo que pase mañana dependerá nuestro futuro. Si fracasamos no volveremos a tener otra oportunidad.

—No fracasaremos —replicó Yaita con firmeza. Se levantó y extendió su saco de dormir lo más cerca posible del fuego. Ecord la siguió con la mirada y, sonriente, comentó en voz baja a los demás—: Esta chica es extraordinaria. No me extraña que Carride perdiera la cabeza por ella.

—Está obsesionada por salvarle la vida a Dar —dijo Reude con tristeza—. Y también más animada. No sé qué le ocurrió durante las horas que estuvo ausente. Ya no me mira con resentimiento. Me acusó de haber abandonado a Dar en Taisha.

—Lo más extraño es verla tan segura de sí misma.

—Ojalá no pierda los nervios mañana, cuando vea aparecer a Dar.

—No los perderá —dijo Juess.

—¿Qué sabes tú, mocosó? —rió Reude.

Juess sonrió de oreja a oreja.

—Lo sé.

Dar despertó.

Como esperaba, sentía los músculos entumecidos. Se preguntó si volvería a recordar caminar si lograba librarse de la envoltura transparente.

Había llegado el día de la Celebración, y lo sabía porque en un breve susurro, Eva se lo había advertido; luego la perdió y supo que Logaroh volvía a estar consciente.

Cuando la máquina que lo cuidaba acudió a alimentarle, la rechazó. No tenía apetito. Tampoco sentía sed.

El artilugio que siempre merodeaba a su alrededor, no insistió. Dar hubiera esbozado una sonrisa si hubiera podido. La máquina lo había examinado y había dado su visto bueno: el prisionero de su amo no corría peligro, su salud no se quebrantaría si no comía ni bebía hasta la hora en que fuera expuesto al público.

Logaroh había ideado un artilugio ideal para mantenerle con vida. Al principio tuvo una idea que le pareció buena: si dejaba de alimentarse, moriría. Pero no quedaban tantos días hasta la Celebración y no fallecería de hambre aunque cerrase la boca y se riera de la máquina, además daba por hecho que si se negaba a comer sería obligado a ello.

Pero ya no quería morir para ser libre. Eva le había transmitido el mensaje de esperanza que estaba necesitando.

Al principio se maldijo por haber caído en poder de Logaroh. Ahora no pensaba lo mismo.

Dedicó un largo pensamiento a Yaita. Eva cuidaba de ella, estaba a su lado en Dhrule. No permitiría que nadie le hiciera daño.

Estaba amaneciendo. Se imaginó la explanada llena de gente, a los habitantes de Taisha ocupando las primeras filas y las tribunas situadas a derecha e izquierda, impacientes por ver la sangre de su dios derramarse, para más tarde ensalzarlo y arrodillarse ante él, agradeciéndole por haber vuelto con ellos.

Los primeros rayos del nuevo día no tardarían en iluminar el escenario.

Podía ver el desfile de féretros cubiertos con sábanas blancas que se deslizaba ante él, los veía entrar en una abertura, y volvían a salir unos minutos más tarde. Gracias a Eva había sabido por qué Logaroh necesitaba a los muertos de Dhrule dentro de su santuario.

También podía vigilar la puerta azul, siempre cerrada. La miraba cuando vio aparecer por ella a Logaroh.

El dios de Dhrule parecía cansado, como si en vez de dormido muchas horas hubiera permanecido en vela. Logaroh caminaba desnudo. Cuando llegó a la mitad de la estancia, ropas surgidas de la nada le fueron cubriendo, una túnica dorada revoloteó a su alrededor y lo cubrió de brillantes destellos de oro.

Llegó ante Dar, y mientras terminaba de ajustarse las mangas y movía de un lado a otro la cabeza, miró a Dar de arriba abajo, como si necesitase comprobar que su prisionero aún vivía y gozaba de una excelente salud, al menos la suficiente para afrontar la prueba a la que iba a someterle.

Dar le devolvió la mirada. Logaroh hizo aparecer un sillón y se acomodó a poca distancia de él.

—Puedes hablar —dijo el dios de Dhrule, chasqueando los dedos.

Tras aclararse la garganta, Dar dijo:

—Tienes mal aspecto.

—Estaré bien apenas comience la Celebración. En cambio tú tendrás un lamentable aspecto para entonces.

Dar intentó sonreír. Había momento en que no las tenía todas consigo, y aquel era uno de ellos. A veces le asaltaba el temor de que algo fallase a última hora.

—Mentiste al decirme que te retirabas a descansar —dijo, tratando de alejar de su mente los pensamientos más desagradables—. Pareces más agotado. No das la imagen de un dios, si me permites decírtelo. ¿No permites descansar a tu mente mientras duermes?

—Cuando te devuelva aquí, convertido en una parodia humana, tendremos tiempo de hablar, si es que para entonces te lo permiten tus llantos. Y te explicaré cómo paso las horas de descanso.

Dar sintió que le costaba respirar. Logaroh tenía la habilidad de recordarle su porvenir cuando más esperanzado estaba; a veces creía que sabía todo acerca de Eva y había descubierto los planes de Yaita y los hombres libres, unos planes que ni siquiera él conocía al detalle porque Eva no había tenido ocasión de explicárselos minuciosamente a causa de las interferencias que interrumpía el enlace mental.

—Diría que durante tu descanso has llegado a conclusiones que no han sido de tu agrado —dijo, tratando de no pensar en otra cosa que en su libertad.

Logaroh le miró torvamente.

—He estado analizando la situación, la que mis enemigos me han provocado; reconozco que las conclusiones que he obtenido no son satisfactorias para mí. Por lo tanto, apenas termine la Celebración daré órdenes para que los infieles sean castigados; enviaré a todas mis legiones a exterminarlos, arrasará las llanuras y los valles en que se ocultan. No tardaré en disponer de los medios para arrasar medio continente si fuera necesario,

—Les temes, Logaroh. Tú, un dios, tienes miedo de unos hombres que sólo quieren volver a ser libres.

—No tengo por qué mentirte, pues nunca saldrás de aquí para contarlo a tus amigos. Me harás compañía durante mucho tiempo, hasta que lo que quede de ti se marchite, enloquezcas o acabes aburriéndome; pero mientras tanto, me distraerás. Sin embargo, antes de convertirme en mi bufón me revelarás todo lo que deseo saber acerca de ti y tu mundo, la Tierra. Tengo que averiguar por qué mi santuario se abrió a ti y te dejó entrar. Ahora te silenciaré, no quiero que tu blasfema voz resuene en este recinto.

Logaroh levantó una mano, y Dar se apresuró a decir:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

El dios de Dhrule bajó la mano y asintió.

—¿Por qué hay tantos cadáveres? Entran y salen de una sala a otra, es un desfile interminable el que me obligas a ver. Todos los ciudadanos están obligados a entregarte sus muertos. El pueblo cree que es dogma que deben acatar, pero yo pienso que se trata de otra cosa.

—¿Qué supones que es? —preguntó Logaroh, alzando una ceja.

—Buscas a alguien entre los muertos.

Logaroh apretó los labios e hizo un gesto a Dar para que continuara hablando.

—Durante semanas tus máquinas revisan cada muerto que entra en Taisha, y cuando no encuentran al que buscan, los destruyen. Sólo entonces son incinerados.

—Eres observador —sonrió Logaroh—. E insolente. Te castigaré no dándote la respuesta.

—La conozco.

—Imposible.

Dar percibió inquietud en las palabras de Logaroh.

—Tal vez te erigiste en dios de este planeta para controlar a los muertos, no a los vivos —dijo Dar, humedeciéndose la lengua. Cuando la máquina cuidadora se aprestó a suministrarle agua, la rechazó—. Tu temor nace en la idea de que quizás nunca encuentres lo que llevas buscando desde hace décadas; tienes miedo de que el cadáver que necesitas encontrar no te sea entregado, no puedes controlar a todos los hombres que mueren en las aldeas, y odias a los infieles porque ellos incitan a los dhrulenianos a que no traigan sus muertos a esta ciudad y los entierren en lugares que tus servidores no pueden descubrir.

Logaroh había palidecido. Su mano derecha empezó a alzarse. Dar temió que lo silenciara.

—Estoy impaciente por ocuparme de ti —dijo—. Te dedicaré todo el tiempo que sea necesario para arrancarte cuanto sabes. No, no eres un hombre corriente.

—¿Has pensado que yo podría ser el hombre que estás buscando?

—Ya lo había pensado. No lo eres. Si lo fueras, lo habría sabido cuando invadiste mi morada.

—¿Conoces su rostro?

—Conozco su verdadero rostro, pero no el que debió adoptar cuando huyó de mí. Estoy

seguro de que ha muerto o está a punto de morir. Estaba enfermo, agonizante; pero su agonía podía durar años. Ha estado escondido o sigue oculto, porque me teme. Si no me temiera, habría dado señales de vida. Pudo haber cambiado su aspecto externo, pero no su interior, y cuando muera y quienes le cuidan, desconociendo su verdadera identidad, me lo entreguen, yo podré descansar. ¿Tienes alguna pregunta más que hacerme antes de que te devuelva al silencio?

—No.

—Lástima. Cuando haya terminado la Celebración no tendrás humor para preguntarme nada, porque durante muchos días vivirás en una estancia llena de espejos y llena de luz, para que puedas verte a todas horas.

Dar tragó saliva, un poco arrepentido por haber irritado a Logaroh. Su propósito era enfurecerlo para soltarle la lengua, pero no lo había conseguido.

—Nunca encontrarás a esa persona —dijo.

—¿Por qué no? —Logaroh mantenía la mano levantada, preparada para dar la orden a la máquina que haría callar a Dar—. Ah, tratas de ganar tiempo, distraerme con tu estúpida charla. Si no tienes nada más que decirme, Darío Siles, nos veremos afuera dentro de un rato.

—Sé por qué necesitas eliminar a tu enemigo.

—Puedo esperar a que me lo digas cuando doblegue la poca voluntad que te quedará cuando mis siervos te traigan de vuelta aquí, ya sabes en qué condiciones.

—Mientras tu adversario viva no dispondrás del poder absoluto, la esfera no será completamente tuya.

—Debería castigarte ahora mismo para que me suplicas la muerte —silabeó Logaroh, dando un paso hacia Dar.

—No serás el dios omnipotente que quieres ser mientras esa persona siga viva. ¿No has pensado que podría estar muerto?

—¡Está vivo!

—¿Lo crees así porque la estera que has convertido en tu templo no sucumbe a todos tus deseos y caprichos? No puedes conseguir de ella cuanto quieres, y esto te enfurece.

—¿Qué sabes o crees saber acerca de la esfera?

—Es un vehículo construido en un lejano planeta, una nave fabulosa, mágica y sorprendente, capaz de crear dentro de ella lo que le pida quien sea su huésped. Pero a ti no te obedece en todo, te niega muchas cosas que le exiges. Piensas que mientras viva tu rival no será completamente tuya, y necesitas encontrarle y eliminarlo.

—Me sorprendes, Darío Siles, y a la vez me devuelves la esperanza, porque creo que a través de ti alcanzaré los fines que me propuesto. He sido afortunado al encontrarte y someterte a mí.

—¿Por qué no crees que tu oponente lleva muerto mucho tiempo? ¿Acaso porque la esfera sigue negándose a reconocerte como su único amo?

Logaroh entornó los párpados, mirando durante largo rato a Dar.

—Era mi amigo, mi camarada, y un día se rebeló, me negó mis derechos a erigirme en el único líder. Me traicionó. Compartía mi gloria, el poder de revivir tras una muerte violenta. Un día desapareció su cuerpo de la Matriz que viste vacía. Huyó.

Dar se estremeció; la ignorancia de Logaroh le sorprendió. Según Eva, aquel personaje era un dios patético, un ser frustrado y lleno de ambición que había olvidado su origen. Las palabras que acababa de oír daban la razón a Eva.

Guardó silencio. Aún no había llegado el momento de descubrir su juego a Logaroh, tenía que cumplir las vagas instrucciones que había recibido de Eva.

—Deambula por ahí, confundido entre el pueblo —seguía diciendo Logaroh, Había desviado la mirada de Dar, y la tenía perdida en un punto impreciso de la estancia—. No puede haberse aliado a los infieles, pues carece de voluntad para ello; seguro que es un mendigo, despreciado por todos y vive de la caridad. Cuando fallezca, alguien encontrará su cadáver y me lo traerá.

—Estás en un gran error, Logaroh.

Logaroh alzó la cabeza.

—¿Te atreves a compadecerme?

—Me reiría de ti si pudiera.

—Te permitiré reír dentro de poco, pero no lo harás, y sólo podrás llorar. Falta poco que la Celebración comience.

Dar no pudo evitar un estremecimiento: el momento que tanto estaba esperando, y a la vez temiendo, estaba a punto de llegar.

—Debemos prepararnos —dijo Logaroh, recobrando el aplomo—. La explanada está llena de gente impaciente por adorarme.

Hizo unos gestos y la máquina cuidadora trasladó a Dar hasta una mesa de cristal en la que aparecieron dos copas de plata. Tomó una y la acercó a los labios de Dar, de los que hizo desaparecer la franja transparente.

—Te ayudaré a beber —dijo sonriendo.

—¿Has cambiado de opinión y piensas envenenarme?

Logaroh bebió el contenido de su copa de un trago, chasqueó la lengua y dijo:

—Acepta mi ofrecimiento, Darío Siles. Te harás a ti mismo un favor si bebes. Sólo es una droga que te permitirá no sentir todo el dolor que te causarán los cirujanos cuando corten tus brazos, piernas y algunos otros órganos. Te prometo que no condicionarán tu mente; sentirás ser sajado, pero como si el escalpelo te acariciara. Experimentarás algo único, te lo puedo garantizar porque yo he pasado por eso muchas veces. El pueblo ignorante, sin embargo, creerá que sufres, y por ello disfrutará cuando vuelvas a la vida, completo, un año más joven.

—No beberé.

Logaroh se encogió de hombros y arrojó el líquido al suelo.

—Como quieras. Por una vez he intentado hacerte un favor. Tus gritos me regocijarán.

Logaroh hizo un gesto y el entorno cambió bruscamente, las paredes de la estancia desaparecieron junto con las camillas, los arcos y las columnas. Dar creyó hallarse en el exterior, bajo las luces que manaban de los edificios de la ciudad y el resplandor de las estrellas de una noche sin nubes. Parpadeó. No soñaba. Una ingente multitud llenaba la explanada hasta donde alcanzaba su vista. Avistó un tímido destello por donde salía el sol. No tardaría en amanecer.

Cuando apareció fuera de la esfera la multitud murmuraba y cantaba; cuando Logaroh dio un paso, el silencio brotó de manera brusca.

Logaroh se acercó a Dar y le susurró.

—Será una ceremonia sencilla, como todas, sin prolegómenos. Aborrezco los discursos. ¿Ves a ese tipo que se inclina a mi paso? Es el nuevo Privado, mi mano derecha, mi interlocutor ante los mortales. Un día le mataré y lo sustituiré por otro menos estúpido.

Dar se sintió empujado hacia adelante por la máquina cuidadora.

—Mis sacerdotes cirujanos se ocuparán de ti cuando les haga la señal que están esperando.

—Es curioso —dijo Dar, sorprendido; había creído que Logaroh le haría enmudecer.

—¿Qué te resulta curioso?

—En ningún momento te he escuchado hablar con...

—¿Con quién?

—Con la personalidad que gobierna la esfera.

Logaroh se detuvo, y la máquina que conducía a Dar hizo lo mismo.

—Si yo fuera mortal, acabarías dándome miedo, Darío Siles, y si la ceremonia no estuviera a punto de comenzar te obligaría a decirme lo que sabes de mí. Me ocultas más de lo que has estado dándome a entender. Debí obligarte a hablar apenas te hice mi prisionero.

Dar emitió una sonrisa burlona.

—¿Por qué no suspendes este ridículo acto y hablamos? No necesitas la violencia para que te cuente lo que te sorprenderá más de lo que seas capaz de imaginar.

Logaroh lanzó una mirada de desprecio al hombre vestido de la túnica morada que permanecía inclinado en el otro extremo del estrado. Sonrió y se volvió hacia Dar.

—Dentro de una hora podré dedicarme a ti; para entonces tu orgullo habrá desaparecido.

Caminó hacia el borde del semicírculo, la máquina llevó allí a Dar. El Privado dejó de hacer genuflexiones y anduvo temeroso detrás de su dios. La multitud compuesta por habitantes de

Taisha, en su minoría, y por siervos de los valles y de Deshtie, inclinaron la cerviz y reanudaron los cánticos y los rezos. Un gesto de Logaroh les impidió elevar el tono de sus voces, y enmudecieron. Dar podía ver las caras de los emperifollados que ocupaban las primeras filas y los estrados laterales, y las expresiones asustadas de los harapientos mezcladas con las caras ansiosas de los mercaderes y traficantes.

—Logaroh —susurró Dar.

El dios de Dhrule se revolvió furioso.

—Te haré callar —dijo con enfado.

—Concédeme el último deseo. Todo condenado tiene derecho a él —sin esperar, Dar preguntó—: ¿Cuántas vírgenes que son entregadas a la ciudad te reservas para ti?

—¿El miedo te ha hecho perder la razón? Tu pregunta es estúpida.

Dar intentó que Logaroh viera su sonrisa.

—Creo que no te has acostado con una mujer. Todas las que son compradas divierten a tus servidores, nutren el harén del Privado y sus acólitos. Apostaría que nunca has hecho el amor con una chica. O un efebo. Ganaría la apuesta, Logaroh.

—Te rodearé de silencio hasta que te desnuden para tenderte en la camilla, Darío Siles.

—Las mujeres te resultan repugnantes, para ti son tan atractivas como una tortuga para un hombre. No eres humano, Logaroh. Tu especie es otra y, sin embargo, buscas a tu camarada entre los humanos.

Escuchó gemir a Logaroh, dudar unos instantes. Se apartó de Dar y alzó las manos. Los primeros rayos del sol hicieron brillar sus largas uñas como si fueran de cristal.

La multitud rugió de fervor.

La Celebración iba a dar comienzo.



## CAPÍTULO XX

Ecord, Reude, Juess y Clestu no se apartaron de Yaita en ningún momento; la protegieron con sus cuerpos formando un escudo alrededor de ella desde que los timbales anunciaron que las puertas de Taisha eran abiertas.

Apenas quedaba una hora para el comienzo de la ceremonia.

Los hombres que habían entrado antes que ellos les abrieron paso y consiguieron situarse detrás de la última fila ocupada por los privilegiados habitantes de Taisha. Una fila de miembros de las compañías amarillas les impedía acercarse más a ellos.

Detrás de ellos se elevó un gran clamor en la explanada y en los alrededores de las murallas. El mar humano se encrespó, empezó a moverse nervioso; se escucharon maldiciones y gemidos entre los que eran empujados y zarandeados por los más ansiosos.

Desde horas atrás las patrullas amarillas se habían retirado del exterior, sabedoras de que no podrían controlar a la multitud, enfebrecida por las drogas consumidas durante los días que había durado la espera.

Ecord miró con alarma el tumulto, temiendo que sus hombres fueran desbordados; pero después de unos instantes de incertidumbre lograron no ser apartados del lugar que consideraban idóneo para presenciar la ceremonia.

Cuando todo el espacio alrededor del palacio de Logaroh quedó lleno, las puertas de las murallas volvieron a cerrarse y se escuchó el prolongado lamento de los que habían quedado fuera, obligados a seguir el desarrollo de la ceremonia a través de las gigantes pantallas en que se habían transformado los paramentos de granito azul.

La guardia negra se desplegó alrededor de la esfera, con las armas preparadas, en posición de firmes, vigilando al gentío que llenaba la explanada,

Yaita miraba la gran esfera azul salpicada de brillantes puntos luminosos. Su tamaño la impresionó. Ecord le susurró al oído que le parecía de mayor tamaño que la última vez que asistió a una ceremonia sagrada. Ella no le contestó, se limitó a esbozar una sonrisa. Delante de la base de la pirámide, casi sepultado por la esfera, se extendía el anfiteatro. Los acólitos de Logaroh aguardaban formando grupos de diez. El Privado paseaba nervioso de un lado a otro, echando miradas a la parte de la esfera más cercana, esperando.

Yaita sólo tenía puesta toda su atención en la esfera, no tenía ojos excepto para el santuario de Logaroh. Se mordió los labios. Dentro estaba Dar, el hombre al que amaba. Y Dar estaba en peligro.

Las plataformas empezaron a sobrevolar la ciudad, deslizándose silenciosas a la mínima velocidad, a una altura de veinte metros, sus tripulantes, guardias negros, vigilando a la multitud, con sus armas dispuesta a disparar si descubrían el menor conato de indisciplina entre la plebe.

Yaita sufrió un sobresalto al escuchar los timbales. Miles de gargantas suspiraron, se escucharon alabanzas a Logaroh y muchos rompieron en llantos.

Sintió que Ecord le apretaba el brazo, recordándole que debía fingir que rezaba. Yaita vio a sus compañeros mover los labios e inclinar la cabeza, pero sin dejar de vigilar el escenario. El Privado se había vuelto hacia la esfera y aguardaba de rodillas.

Sacerdotes vestidos con túnicas púrpuras se acercaron a la base de la esfera. Formaron dos hileras, una a cada lado. En sus pechos lucían los signos de los maestros ceremoniales. Yaita los miró con odio. Eran los encargados de matar al dios viviente y destruir su cuerpo, pero también serían los que se ensañarían con Dar. Sus cráneos afeitados brillaron a las luces de los edificios. Un hombre obeso, vestido con túnica negra y bandas rojas, bajó de la tribuna más próxima y se puso al frente de los verdugos.

El Privado se volvió hacia la multitud, y después de alzar los brazos dijo:

—Fieles de Logaroh, escuchadme. Una vez más nuestro dios aparecerá ante nosotros para que seamos testigos de su grandeza. Logaroh nos ofrecerá un anticipo de la gloria que nos espera a su

lado. Sólo los dioses son eternos, pero únicamente Logaroh, el más grande de los dioses, es todopoderoso y omnisciente, capaz de regenerarse a sí mismo y vivir como un mortal.

Hizo una pausa, miró con soberbia a la multitud y añadió:

—En la Celebración de este año nuestro dios, como os ha sido anunciado, morirá junto a un enemigo de su gloria y de nuestra fe. Ese hombre malvado recibirá un justo castigo por haber blasfemado contra Logaroh. Al infiel también le serán cortados sus miembros y sus atributos de hombre, al igual que nuestro dios. Sin embargo, nuestro amado Logaroh resurgirá de su propia sangre, renacerá de su carne lacerada y volverá a resplandecer antes nosotros. Pero Logaroh es grande, magnánimo y sabe perdonar a quienes le injurian. El infiel no morirá, sino será perdonado y vivirá hasta que su corazón deje de latir. Los sacerdotes no le cercenarán el cuello como a Logaroh, y le dejarán vivir convertido en un cuerpo sin miembros, y le será permitido conservar sus pensamientos sucios hasta que reniegue de ellos, porque Logaroh confía que quien se atrevió a alzar la mano contra él se arrepienta de sus pecados y encuentre la paz del alma cuando su corazón se detenga. Ahora, hermanos, preparaos para recibir al dios de Dhrule. Y no olvidéis que gracias a él un día gozaremos de la resurrección.

Yaita apartó la mirada del sacerdote.

Primero vio salir a Logaroh. Del dios de Dhrule no existían imágenes, pero Ecord se lo había descrito y le reconoció. Detrás, flotando a pocos centímetros del suelo y envuelto por una fina capa transparente, Dar era empujado por una máquina brillante.

Yaita sintió un nudo en la garganta; miró a todas partes, centrando su atención en los extremos del escenario. El sacerdote había guardado silencio y se hallaba postrado ante Logaroh.

Sintió las manos de Ecord en sus hombros. La presión de los dedos del anciano intentaban infundirle valor.

A su lado, Reude masculló entre dientes:

—Esperemos que ahora no nos falle esa cosa.

Yaita sabía a qué se refería Reude. La cosa era Eva.

El gesto que Logaroh dirigió a la multitud rompió el silencio y la explanada volvió a rugir de fervor.

El Privado la dejó gritar durante unos minutos, mientras paseaba a lo largo del estrado. Cuando consideró que era suficiente, ordenó a los timbaleros que sus metálicos sonos ahogaran las alabanzas. Deteniéndose en el centro del escenario, volvió a dirigir la palabra al ahora silencioso auditorio.

Dar no prestó atención a sus palabras. Sintió que la envoltura plástica disminuía la presión sobre su cuerpo y las cintas que rodeaban su cuello le permitieron volver la cabeza a un lado y otro. Unos acólitos estaban preparando las mesas de acero en las que serían sujetados él y Logaroh. Las inclinaron para que los espectadores pudieran presenciar cómodamente el espectáculo.

Logaroh parecía una estatua. Sólo una vez giró la mirada hacia Dar. Estaba sereno, como si el hecho de que la Celebración estaba a punto de comenzar le infundiera confianza y ya no le preocuparan las palabras del condenado.

Varios acólitos situaron entre las dos camas de acero una mesa repleta de instrumental de cirugía. Los sacerdotes la rodearon, inspeccionando el material, con estudiada lentitud. No daban muestras de tener prisa.

Dar se dijo que él tampoco la tenía. Sus ojos se movían febriles, escrutando todo lo que le rodeaba, empezando a preocuparle no ver el menor indicio de la señal convenida. Eva le había prometido en su último mensaje que estaría allí en el momento oportuno.

Nadie en el escenario parecía prestarle atención. Los sacerdotes y sus acólitos se movían a su alrededor sin mirarle, como si el condenado no existiera.

La presión de la envoltura plástica seguía cediendo, y Dar creía que sólo tenía que hacer un pequeño esfuerzo para deshacerse de ella.

Percibió un ligero movimiento en el aire, cerca de su mejilla derecha.

—Hola, Dar.

Estuvo a punto de soltar un grito. Era la voz de Eva; pero esta vez no había sonado dentro de

su mente, sino junto a su oído derecho, un susurro cálido.

—Estoy junto a ti —añadió Eva, con un ligero timbre sarcástico—. ¿Creíste que te había abandonado?

Dar miró a su derecha y vio una pequeña mota flotar, de apenas un centímetro de diámetro. Era azul, salpicada con microscópicos puntos de colores.

Apenas moviendo los labios, preguntó:

—¿Me hablas a través de esa cosa?

—Me estás viendo, Dar. Soy yo.

—Me dijiste que eras una esfera idéntica a la que posee Logaroh, pero la suya es esa enorme bola azul que hay detrás de mí.

—Oh, yo podría superarla en volumen, pero llamaría demasiado la atención. Ya te dije que puedo adoptar externamente el tamaño que se me antoje, incluso con vosotros dentro.

—Esto no tiene lógica, Eva. No puedo entenderlo.

—¿Crees que yo sí lo entiendo? —rió Eva—. Algún día lo averiguaré, pero ahora no me preocupa.

—No esperaba que hoy acabaría creyendo en los milagros —suspiró Dar, vigilando que los sacerdotes no le descubrieran hablando—. Celebro que estés aquí.

—No podía defraudarte. Siempre cumplo lo que prometo.

—Acabarás volviéndome loco. Creo que permitiré que me descuarticen —sonrió Dar.

La diminuta esfera se movió y se quedó inmóvil delante de los ojos de Dar.

—Los humanos sois increíbles, capaces de bromear en las situaciones más comprometidas.

—No todos.

—Es que tú eres especial.

—Supongo que soy el más estúpido. Pero no sigamos hablando y actuemos. Mejor dicho, actúa tú.

—Espera. Puedes librarte de las ataduras con sólo extender los brazos.

—¿Las has debilitado tú?

—Claro.

Mirándola fijamente, Dar dijo:

—No puedes ser tú. Eres tan pequeña... Y era tan grande todo cuanto había dentro de ti...

—Si entraras en mí, lo verías todo igual que cuando lo dejaste, el Código, la Sala Azul, las habitaciones que construí para ti. Estabas muy pálido cuando aparecí junto a ti, pero ahora lo estás mucho más. ¿Te sientes mal?

—¿Te parece poco lo que me está pasando? Otro en mi lugar ya habría muerto de miedo. ¿No puedes ir más deprisa?

—Tienes razón. Habrá tiempo para aclarar muchas cosas. Vaya, el cirujano jefe está afilando su bisturí y el serrucho.

—Por favor, no bromees... Voy a romper el maldito plástico y echar a correr.

—Todavía no. Espera un poco más. Te diré cuando debes liberarte.

—Espero que esa máquina cuidadora no me lo impida.

—La he inutilizado.

—Logaroh tuvo tanta prisa en cubrirme con esta sustancia que no me quitó las armas, el muy estúpido.

—No se te ocurra emprenderla a tiros. Recuerda que tenemos un plan.

—Y yo te recuerdo que tu último mensaje no me llegó completo y no conozco los pormenores.

—Lo adivinarás.

—Por lo que más quieras, Eva, no juegues ahora.

—Lo que más quiero en el mundo eres tú, Dar.

—Me enterneces.

—Te hablo con el corazón.

—Ojalá lo tuvieras.

—Creo que lo tengo. Voy a retirarme de ti.

—Oh, no.

—Tranquilo, que estaré alerta. Mi igual, el Módulo A, ya sabe que estoy aquí. Es un poco terco, pues sigue sin querer hablarme; pero yo insisto en tratar de devolverlo al buen camino y creo que conseguiré disipar sus recelos. Desde que Logaroh empezó a usarlo contra los principios del Código, no volvió a hablar. Creo que es una especie de rebeldía, la única forma de protestar que se le ocurrió. No ha tenido suerte, pienso, pues no le fue asignado un amo tan aceptable como tú.

Dar hubiera soltado una carcajada, pero aún estaba bastante preocupado.

El sacerdote pronunciaba las últimas palabras. Dos acólitos habían quitado la capa blanca a Logaroh, dejándole totalmente desnudo. El sacerdote le señalaba a la vez que explicaba lo que iba a hacer con él. Dar tragó saliva. Las palabras de aquel tipo eran demasiado descriptivas. Si algo salía mal sabía lo que le esperaba a él también.

—Cuando llegue el momento podrás hablar de manera que todo el mundo te oirá —susurró Eva—. Ampliaré tu voz tanto que llegará hasta la otra ciudad.

—Eh, Logaroh puede pedir a la entidad de su esfera que arrase Taisha si viese que sus planes fracasan.

—No estando yo aquí. Confío que el Módulo A no se enfrentará a mí; pero para conseguirlo necesito convencerlo de que ha llegado el momento de rebelarse contra su amo, al que odia profundamente.

—Temo que Logaroh tenga más control sobre esa esfera que yo sobre ti —Dar quiso sonreír, pero temió ser visto por alguien—. Lo siento. Nunca me he considerado tu dueño.

—Eres mi amigo. Será difícil poner de mi parte al Módulo A. Como bien has dicho, Logaroh lo domina, pues siempre ha sido su dueño, aunque lo ha olvidado y piense que se apoderó de él.

—Debes tener razón. Hace un momento puse muy nervioso a Logaroh al insinuar algo parecido. Seguí tus consejos para perturbarle. ¿Cómo has averiguado que lleva años buscando entre miles de cadáveres el que corresponda al que conserva en la Cripta? ¿Por qué no recuerda que ese cuerpo azul de la matriz es el suyo?

Esperó inútilmente la respuesta de Eva.

Buscó el diminuto punto azul. Eva no estaba cerca de él; había buscado un escondite.

Volteó la cabeza. Los sacerdotes aguardaban. La ceremonia estaba a punto de empezar.

## CAPITULO XXI

Yaita se mordía los labios. Cada instante que pasaba se sentía peor. Había buscado por todas partes la presencia de Eva. Se preguntaba si el plan estaba condenado de antemano al fracaso.

Se juró a sí misma que antes de que los sacerdotes se acercasen a Dar, actuaría, sin importarle nada. Se abriría paso a tiros, y si moría lo haría junto a Dar, después de matarlo. Y los dos renacerían en el Hogar.

La tensión en ella creció hasta unos límites que nunca se había creído capaz de soportar.

El Privado había terminado de hablar a la multitud. Se inclinó ante Logaroh, quien inmóvil y desnudo seguía soportando las miradas de las miles de personas que llenaban la plaza.

Los cirujanos tomaron delicadamente el cuerpo de Logaroh y lo colocaron sobre una de las mesas inclinadas. Los demás se dirigieron hacia Dar. Uno de ellos llevaba un objeto en la mano. Dar lo siguió con la mirada.

Dar estaba a punto de librarse de la envoltura; había ensayado los movimientos que debía hacer para empuñar las armas y empezar a disparar. Aunque Eva se enfadase, no iba a permitir que le arrastrasen hasta el potro de acero en el que pensaban descuartizarle.

Antes de que los sacerdotes llegasen hasta él, de la explanada se elevó una exclamación de asombro.

Dar no esperó más, el griterío era la señal que estaba esperando e hizo saltar en mil fragmentos la sustancia solidificada que cubría su cuerpo. Separó las manos, las bajó y buscó sus armas. Dio unos pasos.

Los sacerdotes retrocedieron al verle libre. Logaroh no se había percatado de nada, pero el creciente murmullo de asombro le hizo volver la cabeza. Soltó una exclamación de rabia y apartó a los sacerdotes que le iban a atar a la cama de acero.

Dar saltó y se plantó delante de Logaroh; empuñando en una mano el láser y en la otra la pistola, apuntó al dios de Dhrule.

—Quietos todos —dijo mirando de reojo a los sacerdotes—. Si hacéis un solo movimiento, destrozaré las piernas de vuestro dios y le veréis gimotear en el suelo.

Se asustó al oír su voz retumbar como un trueno en el recinto. No le quedó la menor duda de que había sido escuchado más allá de Deshtie.

Logaroh, señalándole, gritó:

—¡Cogedle!

Dar apretó los gatillos. Cinco sacerdotes que se le habían aproximado cayeron ante él.

—No quiero matar a nadie —dijo Dar, bajando el arma—. Sólo quiero que Logaroh me deje hablar. Es cierto que soy enemigo de Logaroh, pero no del pueblo de Dhrule.

Su voz impresionó a los sacerdotes, que retrocedieron.

—Debí matarte cuando caíste en mis manos —silabeó Logaroh, para que sus palabras no llegasen más allá de las filas de soldados negros.

La multitud, que había quedado paralizada a causa del asombro, empezó a murmurar. Las personas más cercanas a las tribunas y las sillas ocupadas por los ciudadanos de Taisha empezaron a moverse. Los soldados amarillos se revolvieron e intentaron contenerlas. Dar vio a docenas de sombras deslizarse por las alturas de los edificios y atacar a los guardias negros, degollándoles con sus largas dagas.

—Puedes matarme, Logaroh; pero regresaré vivo y en menos tiempo que tú. Coge un arma y dispárala, para que todos tus fieles puedan ver que tus milagros se los debes a una ciencia muy avanzada. La misma ciencia que yo poseo.

Logaroh tendió la mano al soldado más próximo y éste le entregó su pistola. Empuñándola, dio un paso hacia Dar, apuntándole.

Dar no se inmutó. Logaroh se detuvo a pocos metros de él.

—Tal vez me habrías vencido si tus carniceros me hubiesen mutilado, impidiéndome morir. Ahora es tarde para vuelvas a embaucar a tus fanáticos seguidores. Puedo ver en tu mirada tu deseo de dispararme, Logaroh, pero no lo harás porque sabes que te pondrías en evidencia. Soy más fuerte que tú, ridículo dios de Dhrule, porque cuento con la entidad de mi esfera para vencerte. En cambio tú no has logrado apoderarte de la tuya.

Dar caminó, pasó junto a Logaroh y se detuvo en el borde del estrado. Con los brazos en jarras, miró a la multitud, que había dejado de murmurar. Por el rabillo del ojo vio que los hombres libres se movían de un lado a otro, tomando posiciones. En las alturas de los edificios, la mayor parte de la guardia negra había sido inmovilizada.

Escuchó los primeros insultos hacia Logaroh; surgieron de más allá de las filas de los soldados amarillos, que apenas podían contener a los enfurecidos dhrulenianos. Los fieles de Logaroh, aterrorizados, empezaron a desalojar las tribunas y a huir, pero las aglomeraciones de personas y las carreras de los hombres y las mujeres, muchos enloquecidos, se lo impidieron.

Un ronco clamor se elevó de pronto. Dar escuchó las pisadas de los guardias negros apostados alrededor de la gran esfera. Se dirigían hacia él, montando los fusiles sin dejar de correr. De pronto se escucharon largas descargas y los hombres de los uniformes negros cayeron acibillados a balazos. De los laterales del estrado aparecieron grupos de campesinos, aldeanos y gentes de Deshtie, disparando para rematar a los heridos.

Los pocos guardianes de Logaroh que consiguieron saltar del estrado, intentando confundirse entre la multitud, fueron rodeados por los hombres libres, quienes tras una breve lucha, redujeron a los que no pasaron por las armas.

Los soldados de las compañías amarillas arrojaron sus armas y alzaron los brazos. Los hombres de Ecord y de los jefes de las llanuras se hicieron cargo de ellos y los reunieron en el centro de la plaza, impidiendo que la multitud encolerizada se ensañara con ellos.

Todo sucedió muy rápido, apenas en unos minutos. En el estrado, Dar aguardaba a que renaciera la tranquilidad.

Levantando los brazos, dijo:

—Hombres y mujeres de Dhrule, el imperio de terror al que os tenía sometido Logaroh ha acabado. Quien dijo ser un dios y os prometió una vida eterna, es un loco, un mortal como todos nosotros. Antes de su llegada este era un mundo en paz y vosotros vivíais felices, comerciando con vuestros hermanos de Decero. Es un falso dios al que debéis despreciar. La supuesta divinidad de la que se ufana se la debe a una máquina que le fue entregada para que llevara a cabo una misión; pero enloqueció, perdió la razón y se creyó un ser omnipotente. Creedme, los dioses no existen, todos son falsos. Vosotros sois vuestros propios dioses.

—¡Está mintiendo! —gritó Logaroh, dirigiéndose a la multitud—. ¡Ese hombre es vuestro enemigo e intenta que os alejéis de la verdadera fe, la que os llevará a compartir mi gloria y mi inmortalidad!

—Todo lo que os diga será falso —replicó Dar tranquilamente, mientras observaba a las tribunas quedarse vacías—. Logaroh nunca pensó conceder a nadie la inmortalidad, sencillamente porque no puede. Esa esfera que veis detrás de mí, más grande que hace unas horas, es una máquina construida en un lejano mundo, que él utilizaba para sus fines. ¡Pero no es la única! Hay otra esfera, la mía, y yo no os engaño, no finjo ser un maldito dios. Miradla bien, hombres y mujeres de Dhrule.

Dar había alzado el brazo hacia el centro de la plaza. Sobre las cabezas de miles de asustados, asombrados y estupefactos hombres y mujeres, apareció una esfera igual a la que cubría la pirámide. Las plataformas que estaban llegando de todas partes de la ciudad, con los últimos guardias negros, fueron expulsadas, y las vieron volar sobre las murallas y desaparecer.

En las terrazas de los pocos edificios que aún permanecían en poder de los sicarios de Logaroh se entregaban los guardias negros.

Se volvió para mirar a Logaroh y se sorprendió al verle arrodillado y sumido en un éxtasis, el rostro vuelto a su santuario.

—Vuestro falso dios implora ayuda a su esfera. La entidad que había esclavizado no le responderá, nunca más le obedecerá. ¿Acaso no le he desafiado a que me mate? Y no lo ha hecho.

¿Sabéis por qué? El falso dios ha comprendido que yo estaría de nuevo ante vosotros un segundo después, contemplando el cuerpo sin vida que él habría matado. ¿Os he dicho que sea un dios? No, no lo soy, y sin embargo tengo los mismos poderes que Logaroh. ¡Pero moriré para siempre algún día!

Se revolvió y señaló la gran esfera en que se había convertido Eva, flotando sobre la explanada. La gente la miraba, y la que había debajo de ella se alejaba de su sombra.

—¡Miradla! —aulló Dar, su voz retumbando atronadora en todo el recinto—. ¡Es mi nave espacial, mi habitáculo! Es mi hogar, y he vivido dentro de él y no soy un dios. Escuchadme todos, lacayos de Logaroh, aldeanos y gentes de los valles y las llanuras, prestadme atención. Hace muchos años llegó a este planeta esa cosa que veis ahí en la pirámide; Logaroh se había convertido en su dueño; había descubierto el inmenso poder que encerraba y decidió apoderarse de este planeta y más tarde de Decero.

Los súbditos de Logaroh ya no huían, habían dejado de abrirse paso entre los que contemplaban absortos a Dar, y también le escuchaban. Los hombres de las llanuras se habían cubierto la cabeza con pañuelos rojos para identificarse.

Decenas de hombres libres con Ecord al frente ascendieron por los escalones hasta el estrado, donde sólo quedaban Dar y Logaroh.

El dios caído de Dhrule miró a su vencedor por encima del hombro y le dijo:

—No me has vencido; aunque me arrebatas esta ciudad, nunca podrás someterme, y mi esfera sigue siendo mía, me encerraré en ella y la convertiré en fortaleza inexpugnable. Lejos, persiguiendo a los traidores, cientos de plataformas con miles de guardias negros regresarán pronto y acabarán contigo y con todos cuando han renegado de mí.

La explanada se iba quedando vacía, por las calles que confluían en ella se retiraban los últimos dhrulenianos. De las tribunas se marcharon los súbditos de Logaroh, dándole la espalda. Viendo que ya no había ninguna multitud a la que hablarle, Dar caminó sacudió la cabeza y buscó a Yaita entre los hombres libres que rodeaban el estrado.

—Te equivocas. No será como dices. Las naves de guerra de Decero saldrán estarán aquí, y cuando los pocos seguidores que aún tengan fe en ti las vean, se rendirán.

—No podrán atravesar la barrera.

—Lo han hecho. Sabíamos que durante los días previos a la ceremonia la barrera se debilita.

—Tardarán semanas en cruzar el espacio...

—Te equivocas —Dar hizo un gesto en dirección a Eva, que flotaba a escasa altura del suelo y del estrado—. Apenas cruzaron el escudo por el segmento más debilitado, mi esfera se hizo tan grande como un asteroide y envolvió a las naves de Decero, transportándolas en pocos segundos hasta la atmósfera de Dhrule. Nadie vendrá en tu ayuda.

Logaroh lanzó un grito de rabia, se arrastró por el suelo y empuñó el arma de un guardia negro caído.

Dar no se movió. Cuando vio a su enemigo levantar el arma para dispararle, activó el láser y le cortó limpiamente la mano a la altura de la muñeca.

Logaroh emitió un ronco bramido de rabia y dolor, trastabilló de un lado a otro, mirando horrorizado el muñón. Sin dejar de jadear, con los ojos desorbitados, se volvió y echó a correr hacia la esfera de la pirámide.

Yaita llegó al lado de Dar cuando Logaroh gritaba enronquecido para que su santuario le permitiera entrar, gimiendo y llorando.

Dar bajó el brazo de Yaita cuando iba a disparar a Logaroh.

—Déjalo. Su propia esfera se ocupará de él —dijo—. Ya no le obedece. Eva le ha devuelto la libertad.

Yaita se volvió. Eva, más pequeña, voló por encima de las cabezas de los hombres libres y se detuvo sobre el estrado.

Logaroh golpeaba la brillante superficie de la otra esfera con el puño izquierdo, gimiendo y suplicando que le permitiera entrar.

Dar también tuvo que contener a Ecord y a otros hombres cuando intentaron acercarse a

Logaroh.

—No os manchéis vuestras manos con su sangre. No debemos intervenir. Eva está hablando con la otra esfera y saben lo que tienen que hacer.

—No iba a matarle —protestó Ecord, sin enfundar su arma—. Tenemos que impedir que muera y escape.

—Ha perdido todo su poder y no se librará del castigo —dijo Dar, observando a Eva, que había vuelto a disminuir su volumen y se acercaba a ellos. Cuando estuvo a menos de un metro de la altura de sus ojos era apenas más grande que una pelota de ping-pong.

—Debemos alejarnos de aquí —dijo la voz de Eva muy clara, por encima de los gritos espantados de los últimos dhrulenianos que abandonaban la explanada—. La entidad de ese módulo ha sufrido mucho durante estos años y no puedo responder de su actuación lógica. Ahora está luchando para desobedecer a Logaroh y acatar las instrucciones de su Código. No puedo adivinar cual será su reacción.

Ecord y Reude dieron órdenes a los hombres más próximos para que a su vez las transmitiesen a los demás para que se retirasen. Lentamente al principio y después con rapidez, fueron abandonando el estrado. Logaroh seguía suplicando y maldiciendo a la esfera, golpeando sin fuerza con su única mano la azul superficie.

—Marchaos —dijo Dar a los últimos hombres que quedaban en el estrado. Los demás corrían por la explanada hacia las salidas.

Llevando a Yaita de la mano, Dar empezó a retroceder sin apartar la mirada de Logaroh; Eva flotaba a la altura de sus ojos.

Los rezagados contemplaban la gran esfera azul; junto a ella, insignificante, Logaroh había sido presa de fuertes temblores.

—Está aumentando de tamaño —murmuró Dar, dirigiéndose a Eva.

—Así es, y no sé qué decisión ha tomado.

El Módulo A había alcanzado el doble del tamaño que tenía cuando dio comienzo la Celebración, parecía un globo que inflaba sin cesar. Había cubierto completamente la base de la pirámide y estaba a punto de absorber los edificios cercanos.

—Logaroh aún trata de dominar a la entidad del Módulo A —dijo Eva; su tono parecía preocupado—. No puede entrar, no le obedece su esclavo, pero creo que acabará recibiendo una sorpresa.

—Larguémonos —dijo Dar, agarrando a Yaita por la cintura—. Acabará aplastando a Logaroh. Eva, ¿cuánto de grande puede ser?

La esfera seguía aumentando de volumen, ya era diez veces más grande que al principio. Dar y los demás saltaron del estrado y corrieron para alejarse. La sombra que proyectaba el Módulo A los cubrió.

Vieron a Logaroh ser engullido por ella, y como si de un globo se tratara, estalló y desapareció sin producir ruido ni onda expansiva.

Dar preguntó a Eva:

—¿Qué ha pasado?

—Tal vez haya regresado al mundo donde la crearon.

—Cuál?

La respuesta de Eva no le sorprendió.

—No lo sé.



# EPILOGO

Dar abrió los ojos y se pasó la mano por la frente. Había estado durmiendo apenas un minuto. Lo averiguó cuando miró el reloj. Se incorporó del sillón y observó el mobiliario del salón en el Hogar. Ignoraba qué tamaño tenía Eva externamente. Se dijo que este detalle no tenía importancia. Tal vez se hubiera empequeñecido hasta el tamaño de una canica. Se estremeció. Le costaba hacerse a la idea de sentirse como siempre y, sin embargo, haber sido reducido al tamaño de un átomo.

Aún en Dhrule, esperando.

—¿Has captado algo? —preguntó al aire.

—Todo los recuerdos acerca de la situación de la Tierra en el Santuario de Logaroh están intactos. Son suficientes para que te lleve a ella.

—¿Y bien?

—Te llevaré a la Tierra cuando me lo ordenes.

Dar no respondió. Al cabo de un rato, preguntó:

—¿Puedo ver lo que está haciendo ella?

—Oh, todo marcha estupendamente en el exterior.

Una pared de la sala se transformó en una gigantesca pantalla de televisión; Dar sabía que no era exactamente aquello, sino una proyección holográfica de lo que Eva estaba viendo, lo que sucedía a menos de un kilómetro de distancia.

—¿Pueden vernos?

—No. Mi volumen es el de un grano de trigo.

—Lo suponía. Me siento extraño, Eva.

—Te comprendo —rió la voz—. Si tuviera un cuerpo físico, me sentiría como tú. Dar...

—Dime.

—¿Quieres ir con ella?

Dar negó con la cabeza. Contempló las imágenes de las afueras de Taisha. La temida ciudadela ya no brillaba entre las penumbras del atardecer. Había una multitud mucho mayor que cuando estaba a punto de comenzar la Celebración. La gente parecía contenta, más feliz. En un espacio que a duras penas podían mantener varias filas de hombres con distintivos rojos en la cabeza, la flota de Decero permanecía en los lugares donde acababa de aterrizar. Sus tripulantes habían descendido y saludaban a los jefes de los hombres libres de Dhrule. Yaita los acababa de presentar por sus nombres. La imagen osciló un instante y se concentró en un plano medio en el que aparecían las personas recién llegadas, conversando con Ecord, Orlut y varios jefes de las llanuras. Yaita los observaba en silencio. Su expresión era de tristeza.

La presencia de las naves de Decero en el cielo de Dhrule, convencieron a los pocos adictos a Logaroh que su lucha estaba perdida, y se entregaron.

La población estaba consternada, no terminaba de comprender que el dios hubiera caído. Los acólitos, sacerdotes, guardias negros y habitantes de Taisha abandonaron sus mansiones y huyeron a las llanuras y las montañas. Orlut dijo riendo que cuando se cansaran de pasar calamidades volverían con el rabo entre las piernas. Dar confiaba en que los jefes de las colonias no tomaran represalias contra ellos. El mayor problema era curar a los adictos a las drogas. Ahora que se habían acabado las raciones se confiaba que en poco tiempo se cayera en el olvido la práctica de su consumo diario por una gran parte de la población.

Dhrule tardaría algún tiempo en volver a la situación anterior al imperio de Logaroh y las ciudades y aldeas en recobrar su esplendor, que todos se convencieran de que la era de terror e ignorancia había terminado.

Los decenarios estaban dispuestos a ofrecer toda su ayuda. En aquel momento Yaita estaba diciendo a Orlut que sus compatriotas harían todo lo que estuviera en sus manos para restablecer el

antiguo orden. Dar vio que la muchacha miraba a todas partes, como si estuviera buscando a Eva.

—Me busca porque sabe que tú estás aquí—dijo Eva.

Dar no respondió.

—Es posible.

—¿No quieres participar de la alegría de los triunfadores? Puedo llevarte junto a ella...

—No puedo arrancarla ahora de su mundo, cuando tanto la necesitan. Dentro de poco estaré a muchos años luz. ¿Podré volver algún día?

—Me resulta imposible calcular el tiempo que habrá transcurrido para entonces.

—Los únicos que conocen la verdad, han jurado no difundirla. Para los dhrulenianos sólo yo puedo volver a la vida.

—Ah, estás pensando que cuando ella quiera reunirse contigo sólo tendrá que quitarse la vida —rió Eva—. Una vez me contaste una historia de amor de la Tierra en la que un hombre y una mujer se amaban tanto que prefirieron morir. Me emocioné.

—¿Por qué te ríes?

—La muerte no os separaría, sino que os reuniría.

Dar se quedó pensativo. Se preguntó si podría soportar ver el cuerpo de su amada en la Cripta de la Sala Azul todos los días que durase el viaje de vuelta a la Tierra, esperando verlo aparecer en la litera, ser cubierto por la cúpula, que el corazón volviera a latir y el alma de Yaita le diera vida.

—¿Por qué no le has preguntado si querría volver contigo a la Tierra?

—No tuve valor.

—¿Porque tenías miedo de escuchar una respuesta negativa?

—Creo que sí, pero también porque antes me gustaría que tú me dijeras una cosa, Eva.

—Eh, no me eches a mí la culpa.

—¿Qué harás cuando me dejes en la Tierra?

—No lo sé. El Código ha vuelto a cerrarse en sí mismo y me ignora. Había confiado en que después de haber cumplido la misión me diría lo que debo hacer. Me gustaría saber en qué mundo fui... ¿Construida? No me gusta esa palabra. Prefiero pensar que fui creada.

—¿No estás segura de si has cumplido con tu deber?

—No. Como bien sabes, Logaroh era un ser perteneciente a la raza dominante del mundo donde fui creada. Al parecer allí utilizan estas naves, módulos o sistemas de exploración estelar, como quieras definirlo, para realizar misiones cuyo fin no puedo imaginar. Logaroh fue enviado aquí para llevar a cabo un trabajo, pero ocurrió algo que perturbó sus facultades mentales. Creo que volvía de llevar a cabo un proyecto, y su llegada a Dhrule no estaba prevista. Debí perder a su compañero de viaje; es posible que peleara con él por alguna cuestión, tal vez por discrepancia de opiniones, y destruyó el cuerpo que conservaba de él y se quedó solo. O lo mató. Entonces Logaroh ya estaba tan desequilibrado mentalmente que tomó la forma humana, no recordó quién era y asumió una nueva personalidad. El cuerpo de piel azul que estaba en la cripta era el suyo.

—Tus creadores no pertenecen a la especie humana. Interesante.

—Eso es algo de lo que podemos estar seguros. Logaroh creía que su compañero vivía y algún día volvería para vengarse. Por eso lo buscaba entre los cadáveres, para convencerse de que no debía temerle, y cambió de personalidad, se creyó un humano que acababa de conquistar el dominio del Módulo, y se lanzó a la conquista del planeta. Cuando veía su propio cuerpo en la cripta creía que era de su adversario. Como la entidad del Módulo no le obedecía totalmente, Logaroh creía que sólo encontrando a su verdadero dueño obtendría el poder absoluto. Los cadáveres eran enviados a su Santuario e inspeccionados. Nunca lo encontró porque al eliminar los registros del compañero, este desapareció totalmente, ya no pudo resucitar. Al final recobró la memoria, unos segundos antes de que la esfera desapareciera, llevándoselo a él.

—La vimos desaparecer. ¿Crees que regresó a tu mundo?

—Es lo más probable, pero también pudo haber ocurrido que se destruyera a sí misma, para que su huésped no causara más daños.

—Ojalá conociéramos la misión de Logaroh y su compañero. A ti te enviaron a neutralizarlo, ¿verdad?

—Sí.

—Esperabas una señal. ¿Era yo esa señal?

—Sin duda.

—¿Por qué precisamente yo?

—Tenía que esperar a un ser humano. Cuando te rescaté, aún no sabía. El Código me informó más tarde. Yo tenía que matizarte, convertirte en un ser privilegiado. Tenías que ayudarme, Dar; ibas a correr muchos peligros y te necesitaba a mi lado siempre.

—¿Y Yaita? ¿También te ordenó el Código que la salvaras?

—Eso fue una iniciativa mía.

—Para que no me sintiera solo. Pensaste en todo.

—Tenía que pensar en ti, que te sintieras cómodo.

—Y elegiste a la persona adecuada, a una importante adversaria de Logaroh, tal vez a su más enconada enemiga. Todo parecía diabólicamente planeado.

—No lo planeé yo.

—Oh, sí. Había olvidado que cumplías las órdenes del Código; me pregunto si realmente existe ese trasto. Todo parece tener sentido, pero cuanto más cosas desvelo de este maldito asunto, más confundido me siento. ¿Sabes por qué necesito volver a la Tierra?

—¿Nostalgia, curiosidad, ansiedad?

—Un poco de todo. Lo que más me intriga es esta gente.

—A mí también me extraña que no recuerden sus orígenes.

—Son de la Tierra, Yaita; de eso no hay duda; su lengua es una mezcla de varias lenguas de la Tierra. ¿Cómo y cuándo vinieron?

—Y no olvidemos el mundo del que procedo, del que procede Logaroh.

—Un ser no humano, pero inteligente, con una inteligencia superior a la mía.

Hizo una pausa y añadió con firmeza:

—¿Comprendes por qué tengo que volver a la Tierra?

Volvió a mirar a los dhrulenianos. Yaita estaba un poco apartada, en actitud contemplativa, y seguía buscando a Eva. Vio a Ecord, Orlut, Reude, Clestu y al joven Juess. Algún día le olvidarían, dejarían de pensar en el hombre de la Tierra que no podía morir y los libró de Logaroh.

Dar observó a Juess. Había sido su primer amigo en Dhrule. Le veía sonreír orgulloso de sentirse importante, rodeado de tantas personas que le trataban con respeto. Nunca más los volvería a ver.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a la Tierra? —preguntó, sin dejar de mirar a Yaita.

—Unos días, digamos entre diez y veinte; Tendré que detenerme dos o tres veces para orientarme. ¿Tienes prisa?

—Ninguna. Si he esperado, años o siglos, puedo esperar unos días. ¿Cuándo perderemos el contacto visual con Dhrule?

—Cuando alcancemos un millón de kilómetros; más allá no podré mostrarte nada de la superficie del planeta. No podrás ver a Yaita.

Dar se movió inquieto. Yaita sonreía de manera forzada cuando alguien la felicitaba. ¿Cómo se comportaría si supiera que él, en el Hogar, se alejaba de ella y pronto dejaría de verla?

—Quiso que visitara su planeta —dijo Dar—. Me insinuó que podía quedarme allí.

Se levantó y se dirigió a paso rápido hacia la Sala Azul, pasó por delante de las camillas y se detuvo delante de las criptas, mirando los dos cuerpos desnudos. El de Yaita atrajo toda su atención y sintió una extraña sensación.

—Pronto estaremos tan lejos que no podrás seguir viéndola —dijo Eva, con voz suave, a su lado.

Dar apretó los labios.

—¿Estás segura de que no sabes lo que harás cuando hayas hecho tu servicio de taxi a la Tierra? —preguntó sin volver la cabeza—. No pienso darte propina.

—¿Por qué crees que te abandonaré?

—Porque volverás al lugar donde naciste.

—Gracias por decir que nació. Pero hay un problema: no conozco el camino de vuelta para mí.

Aún no.

Sin dejar de mirar el cuerpo de Yaita, Dar preguntó:

—Esto podría significar que no has terminado tu misión.

—Me temo que no. Si fuera así el Código me diría que es el momento de dar cuenta a mis creadores.

Señaló los cuerpos.

—¿Qué pasará con ellos?

—Si una vez en la Tierra me pides que te abandone, no tendré más remedio que borrarlos, y volverás a ser un hombre normal.

—Esto no lo sabía. Me pregunto si debería ordenarte que borres los registros de Yaita...

—¿Es lo que deseas?

—¡No sé lo que quiero! Perdóname. Estoy nervioso, no sé lo que digo.

Salió de la Sala Azul, dejando que Eva cerrase la puerta detrás de él. De nuevo en el gabinete, se sentó en una silla.

La imagen con las escenas de Dhrule había desaparecido. Eva le preguntó si la quería recuperar y contemplarla hasta que la distancia le impidiera mostrársela.

Dar negó con la cabeza.

—Estás esperando algo, ¿verdad? —preguntó Eva, hablándole mientras giraba a su alrededor.

—¿Cómo lo sabes? —miró la botella de coñac. No le podría ayudar, nunca le emborracharía.

Cuando estuviera en la Tierra pillaría una gran borrachera.

—Esperas que Yaita decida.

—Ya es tarde.

Después de un largo silencio, Eva dijo:

—Ya ha decidido.

Como impulsado por un resorte. Dar se levantó. La puerta de la sala Azul estaba abierta. Yaita estaba saliendo, caminando hacia él, mirándole como temiendo que su presencia en el Hogar no fuera bien recibida por él.

—Eva me dijo hace un instante que el módulo se alejaba de Dhrule y dentro de unos minutos no podría traerme.

Dar la tomó por los hombros, atrayéndola con suavidad hacia él.

—Puedo decirle que me haga regresar —dijo Yaita.

La estrechó entre sus brazos fuertemente, para no dejarla seguir hablando, y le selló los labios con un largo beso.

Se escuchó una risa; las luces de la sala se atenuaron y empezó a sonar una música suave. Dar cogió a Yaita en brazos y se dirigió al dormitorio.

Después de besar a Yaita de nuevo, dijo al aire:

—No hay prisa por llegar a la Tierra.

Eva los vio, los sintió y los acarició mientras se alejaban de ella.

Los dejó marchar.

Y se quedó a solas, consigo misma, con sus pensamientos y con sus preguntas.

Dejó de ver, cerró sus ojos y sólo permitió que una parte de ella se ocupara de lanzar al Módulo en busca del camino que lo llevaría a un mundo llamado la Tierra.

Aceleró, sobrepasó la velocidad de la luz y siguió acelerando.

Su meta estaba muy lejos.

Había tanto que recorrer para avistar el sol de la Tierra...

Su misión no había terminado.

Algún día sabría lo que sus creadores esperaban de ella.

Se preguntó si estarían orgullosos.

**DIOS DE KERLHE**

## CAPITULO I

Había estado escuchando la conversación con una sonrisa en los labios, tumbado a la sombra de los macizos de flores, con las manos debajo de la cabeza.

De vez en cuando oía risas y las voces seguían hablando. Había ocasiones en las que no entendía lo que decían porque se expresaban en susurros.

Al cabo de un rato empezó a aburrirse; el tema de la conversación empezó a parecerle trivial, justo cuando dejaron de hablar de él.

Una de las voces era vehemente; la que hacía más preguntas, era más cerebral.

Dar salió de detrás del macizo y caminó por el sendero de grava, procurando no hacer ruido. Se echó a reír. ¿Por qué se molestaba en tomar tantas precauciones? Una de las voces sabía que había estado escuchando. ¿Por qué no se dio cuenta antes? Sin embargo, había fingido que desconocía su presencia. Para ella había sido su juego. Le gustaba jugar.

Dejó de escuchar las voces, llegó al final de los jardines, abrió una puerta y entró en un pasillo. Torció el gesto, al encontrar que Eva había vuelto a cambiar el color de la pintura y parte de la decoración.

Llegó a una sala repleta de aparatos gimnásticos. Al pasar ante unas pesas suspendidas, las tocó y dejó que se balancearan. Se quedó mirándolas, pensativo, preguntándose qué le recordaban. Abandonó el gimnasio y entró en una estancia decorada con muebles de distintos estilos.

Tras recorrer varios pasillos, llegó a la entrada de la Sala Azul. Inspiró profundamente. Eva le estaría observando, siempre lo hacía cuando él visitaba aquel lugar.

Escuchó una tos. La ignoró; no sería él quien hablase el primero. Dio un paso y la puerta desapareció. Cuando entró, volvió a aparecer.

No recordaba la última vez que estuvo allí.

Se inclinó y contempló los cuerpos encerrados en las Criptas; el de Yaita y el suyo. Permaneció un rato admirando el primero. Nunca le había dicho a Yaita que a veces iba a la Sala Azul para comprobar que sus copias aún seguían allí y que verlas le tranquilizaba.

Cuando se contemplaba así mismo siempre le producía la misma extraña sensación. Salió de la Sala Azul y sintió que la puerta se cerraba a sus espaldas.

Regresó sobre sus pasos y entró en otra habitación. Como siempre la encontró un poco destartada, pero era en la que más cómodo se sentía. Allí había libros, registros, aparatos para reproducir música, mesas de trabajo, computadoras y cien cosas más. Era su Gabinete.

En un rincón había unos sillones amplios y cómodos. Se sentó en uno de ellos. De una mesa cercana tomó un cigarrillo y lo encendió. Luego llenó una copa de coñac y bebió un sorbo.

Sólo necesitó desearlo para que la pared frontal se convirtiese en un ventanal abierto al espacio. Lo contempló largo rato, bebiendo despacio. La danza de las estrellas a su alrededor volvió a fascinarle.

Sintió oscilar el aire cerca de su cara. Sonrió.

—Ah, eres tú —dijo—. Creía que estabas muy ocupada.

—Y lo estoy —dijo jovialmente Eva—. Mantengo una conversación muy interesante con Yaita.

—Deberías prestarle toda tu atención.

—Puedo dedicarte unos minutos. Ella no se dará cuenta de que también estoy contigo. ¿Acaso quieres estar solo? —preguntó con suave dulzura la voz femenina.

Dar asintió y bebió otro sorbo de coñac.

—Llevo tiempo sospechando que has adquirido el don de la ubicuidad. Es una novedad, ¿verdad?

—Lo descubrí cuando me di cuenta de que a veces necesito atenderos a los dos. ¿Quieres saber lo que estamos hablando?

—No me interesa.  
—Eres un mentiroso encantador —rió la voz.  
—Ya te atreves a insultarme.  
—Sabía que nos espiabas.  
—Pasaba por allí, pero me retiré enseguida.  
—Debiste reunirte con nosotras.  
—Consideré que vuestra conversación era privada, entre dos mujeres.  
—No seas sarcástico.  
—Tu personalidad es femenina.  
—Cierto. ¿No te gusta que Yaita y yo hablemos?  
—Oh, no; me alegra que seáis tan buenas amigas, pero no por ello deja de sorprenderme. Al principio no te resultaba simpática.

—Una apreciación mía equivocada. Es encantadora. A su lado aprendo mucho.  
—Sin duda: aprendes a usar las armas de mujer.  
—Eres un... ¿Machista? ¿Se dice así?

Dar suspiró.

—Seguro que eso te lo ha dicho ella. Creo que os divertíais mucho criticándome.  
—No seas vanidoso. Hablábamos de la Tierra.  
—Es vuestro tema de conversación favorito.  
—Yaita tiene mucho interés en conocer tu mundo.  
—Confío que no le decepcione.

El aire revoloteó alrededor de él. Dar siguió la corriente cálida con los ojos.

—Te noto preocupado —dijo Eva.

Dar señaló el espacio, la lentitud de las estrellas a su alrededor.

—Hemos perdido velocidad, no vamos tan rápido como hace unos días. El viaje se alarga.

¿Porqué?

—Un navegante humano diría que han surgido problemas técnicos; pero ya sabes cuál sería mi respuesta.

—No lo sé; creo que el Código ha despertado y está retrasando el viaje a propósito.

—Sí, más o menos sería esa mi respuesta.

Dar se agitó, cruzó las piernas y apartó la vista de las estrellas.

—¿Aún no sabes cuánto tiempo ha transcurrido en la Tierra?

—Deberían ser cinco siglos, pero...

—¿Qué ibas a decir?

—¿Recuerdas que las otras veces que has mirado al exterior las estrellas eran trazos de luz para tus ojos?

—Sí, lo recuerdo.

—Creo que a la vez que viajábamos por el espacio lo hacíamos por el tiempo.

—¿Lo supones o estás segura?

—No te lo dije para no alarmarte, pero ha habido momentos en que el Código recuperó el control del Módulo. Así pues, no puedo decirte cuánto tiempo ha transcurrido en la Tierra cuando la veamos aparecer.

Dar palideció.

—¿Miles de años tal vez?

—O unas décadas desde la partida del Vorágine.

—Bromeas.

—Hablo muy en serio.

—¿Estamos a tiempo de dar media vuelta y regresar a Dhrule?

—Antes tengo que averiguarlo, conocer la reacción del Código ante un cambio no previsto en la ruta. ¿Quieres que lo intente?

Dar movió la cabeza negativamente.

Se preguntó si merecía la pena volver. Volvió a estudiar los problemas que le podría acarrear

el regreso; pero consideró que no merecía la pena intentarlo, y además creía que el Código lo impediría. Aquel maldito trasto, escondido en alguna parte del Hogar al que Eva no tenía acceso, quería que regresara a la Tierra.

Sintió que la frente se le llenaba de sudor.

Cuando la voz de Eva volvió a sonar, le pareció que era dulce, amable como la de una madre tratando de tranquilizar a su hijo en vísperas de examen.

—Debes tomar una decisión; dentro de poco no podrás.

—No te prometo seguir tu consejo, pero me gustaría saber cuál es.

—Continuar adelante.

—¿Es lo que quiere el Código? Esa cosa es tu Biblia, tu Corán, tu Talmud, o el librito de instrucciones para que siempre funciones, que tú hojeas cuando te lo permite. ¿No puedes vencerlo? Logaroh consiguió que la entidad de su esfera le desobedeciera.

—Y enloqueció, se creyó un dios y empezó a buscar el cuerpo de su enemigo, sin saber que era el suyo el que yacía en la Cripta.

—Logaroh pertenecía a la raza que te creó, Eva —dijo Dar, observando el espacio.

—Eso me temo. Si todos son como él, no me sentiré orgullosa de mi origen.

—¿Cuánto tiempo necesitas para llevarnos a la Tierra?

—Alrededor de dos días. El Módulo está acelerando.

Dar observó que el paso de las estrellas era más rápido; dentro de poco serían destellos.

—Surgiremos del hiperespacio a menos de un millón de kilómetros de la Tierra.

—¿Has encontrado un atajo?

—Sí, otro agujero de gusano...

—¿Por qué callas?

—Yaita viene hacia aquí; parece que mi conversación le ha aburrido.

Eva había querido decirle algo, pero tal vez su juez o su alma, si se podía llamar por alguna de estas formas al misterioso ente llamado Código.

Yaita entró en el gabinete, buscando con la mirada a Dar. Al verle cerca del observatorio, sonrió. Caminó de puntillas por el alfombrado suelo. Dar se la imaginó como una bailarina de ballet. El esbelto cuerpo de Yaita, desnudo, se cimbreaba al caminar, ondulando sus caderas, moviendo las largas y esbeltas piernas.

—Cariño... —le dijo sonriente.

Dar no le diría que había estado hablando con Eva. Ella no debía saber que su amiga podía desdoblarse, algo que no había hecho hasta entonces. La tomó entre sus brazos y la condujo hasta el rincón donde podían flotar. Se acomodaron como si estuvieran sentados. Dar le pasó la mano por los hombros y la atrajo hacia él. Se besaron. Por un momento se olvidó de todo, pero el reflejo en sus pupilas del fulgor de las estrellas le devolvió a la realidad.

—Nos acercamos a la Tierra —dijo, besando el cuello de Yaita.

No percibió el menor estremecimiento en Yaita, lo que sentía en ella cuando iniciaban el juego del amor. Parecía tensa. Al levantar la mirada vio el leve fruncimiento de ceño en ella.

—Creí que te alegraría saberlo.

—Ese momento tenía que llegar —susurró Yaita—. Me gusta el Hogar, pero uno no debe acostumbrarse a vivir en una jaula de oro.

La abrazó y no dijo nada nada hasta que ella reclinó la cabeza en su hombro.

—Tú tampoco pareces feliz —dijo ella, cerrando los ojos.

—Tengo miedo por lo que pueda encontrar. —No le iba a hablar de las dudas que tenía Eva acerca del tiempo que podía haber transcurrido en la Tierra cuando llegaran.

—Debí visitar Decero antes de partir —dijo—. Las naves que conserváis, esas que no pueden remontar el vuelo, me habría gustado verlas.

—Son monumentos del pasado.

—De un pasado del que no sabéis nada.

Yaita se echó a reír.

—De todas tus teorías acerca de nuestro origen, la que más te gusta es la que mis antepasados



partieron de la Tierra hace cinco siglos.

—No es la que más me complazca, sino la más lógica.

—Pero el tiempo transcurrido no encaja.

—Eva cree que el Módulo retrocede en el tiempo mientras se dirige hacia la Tierra.

—Y como siempre, no está segura.

Dar miró al aire antes de preguntar:

—¿Te ha contado algo que yo deba saber?

—Oh, no; Eva no tiene secretos para nosotros: lo que yo sé por ella, lo sabes tú.

—¿Aún te aferras a la idea de que tu pueblo no tiene ninguna relación con la Tierra?

—Quizá porque me resisto a admitir que todo lo que me enseñaron de niña estaba equivocado.

Después de un largo silencio, Dar le preguntó:

—¿Qué es lo que menos te gusta de lo que te he contado de mi mundo?

Ella también se tomó un tiempo en responder:

—Lo que Logaroh implantó en Dhrule: el fanatismo al que conducen las creencias religiosas, adorar a uno o a varios dioses, a restringir el conocimiento humano por mantener dogmas absurdos. Tu mundo está plagado de creencias destructivas.

—Son las personas quienes son destructivas, no los libros llamados sagrados.

—Tal vez los humanos no necesiten que los aleccionen para matar y autodestruirse, pero estarían mejor sin que el fanatismo los llevara a ser más crueles.

—Eras una niña cuando Logaroh apareció y volvió Dhrule del revés; pero tuviste la suerte de crecer en un mundo sin tabúes, sin que nadie os impidiera pensar por vosotros mismos.

—¿Cuántas religiones surgieron porque sus dioses resucitaban ante sus seguidores?

—Muchas, creo que demasiadas, y todas ofrecían una vida mejor después de la muerte...

Calló al adivinar cuál era el derrotero de la conversación al que Yaita quería llevarle. Los dos habían muerto más de una vez, él varias veces, y no se consideraba un dios. Acababa de ver sus cuerpos en las Criptas, como esperando a ser ocupados tras su muerte. Un momento antes se preguntó cuántas veces más serían testigos y protagonistas de aquel prodigio. Sus regresos a la vida no quería llamarlos milagros, porque no creía en ellos. Era ciencia, la que poseían los creadores de Eva, tal vez los miembros de la raza de Logaroh.

Cuando era un muchacho se interesó por las ciencias ocultas. Algunos amigos suyos se sentían atraídos por los misterios que leían en revistas especializadas, y las largas discusiones que mantuvieron sobre teología, metafísica, creencias paranormales, brujería y misticismo, acudieron a su mente. Un día se aburría y dejó de acudir a las reuniones.

En el grupo había una chica alta y espigada, con caídos senos, adicta a la marihuana; su voz cascada sonaba horrible y le gustaba hablar más que nadie. No recordaba su nombre, pero no había olvidado las veces que se había ido con ella a la cama para que se la chupara, porque tirársela nunca se la tiró. También se cansó de ella, y se alegró cuando otros ocuparon su lugar. Fue por aquellos días cuando decidió abandonar aquella partida de chiflados.

—Dar.

Se volvió sobresaltado. Yaita le miraba preocupada.

—¿Qué te ocurre? Te has quedado en silencio.

Se pasó la mano por la cara para librarse de la máscara del pasado.

—Me había perdido en los recuerdos de mi juventud. De pronto surgieron los viejos fantasmas del pasado. Lo siento.

—Hablabas de las religiones de la Tierra.

—Logaroh imitaba a los dioses resucitados, a las deidades que vencen a la muerte, como Osiris, Mitra, Jesús... ¿Acaso había oído hablar de ellos? Sabía que la resurrección atrae a la gente y utilizó la ciencia de la esfera para dominar a las masas.

—Debes hablarme de ellos, sobre todo de Jesús, el último dios vivo que conocieron tus antepasados.

—En otra ocasión —la besó en la frente y se incorporó, cogiéndola de la mano—. Ahora

tenemos que pensar en nuestra llegada —sonrió—. Supongo que habrá que preparar las maletas.

—¿Tú crees que será necesario? —rió ella.

Dar meneó la cabeza.

—Tenemos que discutirlo con Eva —miró a su derecha, sintió que la entidad de la esfera le replicaría desde allí y le preguntó—: ¿Puedes llevarnos al lugar de la Tierra que te diga?

—Desde luego. Sólo tienes que indicármelo —contestó Eva.

—Antes me gustaría echarle un vistazo.

—Me parece una decisión muy acertada.

A Dar le pareció captar en la voz de Eva cierta incertidumbre.

## CAPITULO II

Estaba en la estancia donde abrió los ojos y escuchó la voz de Eva por primera vez.

No había vuelto a aquel lugar desde aquel día. Miró las paredes grises, acarició la cama en que despertó y salió despacio, sin volver la mirada. Cerró la puerta tras de sí y regresó al gabinete. Yaita dormía desde hacía un rato, después de que ambos corrieran durante una hora por los senderos del jardín.

Eva permanecía callada, como si hubiese dejado de existir; no había abierto la boca desde que hablaron de la aproximación del Módulo a la Tierra.

Dar se desplazó para salir del rincón donde se podía flotar libremente; se detuvo ante el ventanal, ahora cerrado, pidió una silla y ésta apareció detrás de él. Se sentó. Desde aquel lugar había contemplado cientos de veces a las estrellas a través de la barrera transparente. Ahora no deseaba verlas.

Cuando se inició el que sería último salto hacia la Tierra, hacía seis horas, Eva le manifestó que aún se encontraban a más de cien años luz de su destino.

Para Dar el hecho de que esta distancia la salvara el Módulo en menos de dos días no le sorprendía. Sonrió al recordar que la Vorágine hubiera tardado más de veinte años en alcanzar la estrella donde esperaban encontrar un planeta tipo Tierra en el que poder descargar el exceso de población y encontrar nuevas fuentes de materias primas. Pero algo ocurrió apenas comenzó el viaje, un año después de la partida, y la nave quedó rota, él como único superviviente.

Se relajó; dejándose arrastrar por los recuerdos, cerró los ojos y sintió que el cansancio le dominaba y se quedaba dormido.

Escuchó una voz, pensó que era la de Eva y abrió los ojos; miró la oscurecida pared y ordenó que se abiera. Mientras surgía el muro transparente, recordó que el Módulo navegaba a velocidad superior a la luz y se preparó para ver el torbellino de luces que serían las estrellas.

Se quedó paralizado ante la visión que apareció ante él.

No veía estrellas convertidas en trazos de luz, sino el espacio profundo y abismal, millones de luces inmóviles, ríos de estelas doradas estáticas, torbellinos galácticos en serena quietud. El Módulo navegaba a una velocidad ridículamente baja, como si se hubiera detenido.

—Eva, ¿qué está pasando?

No recibió respuesta, y siguió mirando la serena quietud del universo.

—¡Eva!

—Tranquilízate —dijo Eva, surgiendo su voz de todas partes, envolviendo amorosamente a Dar.

—¿Me has despertado para que viera esto?

—Sí.

—¿Hemos llegado?

—Aún no.

—¿Por qué has detenido el Módulo?

—¿Detenido? —rió la voz—. Lo he ralentizado, navegamos por debajo de la realidad.

—¿Y Yaita?

—Duerme.

—Despiértala.

—Será mejor que no vea lo que tú vas a ver; más tarde se lo puedes contar, si crees que debe saberlo.

—¿Qué tengo que ver?

—Presta atención a lo que va a aparecer abajo, surgirá dentro de unos segundos. Fíjate bien, a ver qué te parece.

Dar se adelantó, apoyó las manos en la fría transparencia y miró en la dirección que Eva le

había dicho.

De abajo empezó a surgir un huso gris; al principio sólo era un domo, luego apareció un cuerpo enorme, desplazándose por encima del Módulo. Su avance era lento, como el de una gigantesca ballena que se dejase mecer por las corrientes más profundas del océano.

Dar tragó saliva; instintivamente se apartó del mirador. El objeto seguía avanzando; ya ocupaba casi todo el espacio que le podía ofrecer el mirador, y aún no había terminado de pasar sobre ellos.

Era una nave.

Enorme, de dimensiones difíciles de calcular. Dar no tenía puntos de referencia para estimar su eslora, pero creía que era cien veces mayor que la Vorágine.

Su color gris claro brillaba bajo el fulgor de las estrellas. Era larga y abombada, con numerosas luces a todo el largo de su fuselaje. Era hermosa, pensó Dar, sobrecogido ante la visión del paso de aquel gigantesco vehículo estelar. Fue pasando silenciosamente por encima de ellos.

—¿De dónde procede? —preguntó cuando vio aparecer el final de la nave, un mazo de esferas formando una piña de dorado metal pulido.

—No lo sé, pero tengo una idea acerca de su origen. La detecté hace un momento, en pleno proceso de deceleración, y antes de que nos rebasara situé al Módulo en un plano estático. Esa nave navega mil veces más rápida que la luz, se dirige a un agujero de gusano que la dejará muy cerca de su destino.

—¿Es que sabes cuál es?

—No, pero creo que se detendrá en el conglomerado de estrellas situado a mil años luz de Dhrule, donde existe la mayor concentración de soles con planetas tipo Tierra.

A Dar le costaba admitir que lo que estaba viendo estaba fuera de la realidad, ellos en un lapso temporal ralentizado, la nave convertida en una ráfaga luminosa.

—¿Puedes averiguar de dónde viene?

—No.

—Lo esperaba —dijo Dar.

La popa del vehículo estaba terminando de pasar.

—¿Cuánto mide?

—Dos kilómetros y doscientos veinte metros. Ha tenido que ser construida en el espacio. Cuando llegue a su destino, no descenderá; si lo hace, jamás volverá a navegar.

—Me gustaría saber hacia dónde se dirige exactamente.

—No irá más allá de Dhrule. Se detendrá mucho antes.

—¿Crees que los mundos de Yaita corren peligro?

—No los encontrarán. Ese sistema solar es difícil de localizar.

—No hay nada oculto en la galaxia.

—Dhrule y Decero estarán a salvo durante mucho tiempo.

—¿A salvo de qué? Mierda, no me hables de esta forma, me fastidian los enigmas.

—Si alguien buscara mundos tipo Tierra y estudiara la estrella de Dhrule y Decero, nunca pensarán que existen, pues los planetas gigantes los mantienen ocultos, y la situación de su sol está en lo más denso de conglomerado.

—¿Es una nave de guerra?

—No lleva armas pesadas a bordo.

—¿Quiénes son sus tripulantes?

—No hay nadie despierto, todos viajan hibernados.

Faltaba como medio kilómetro para que la nave terminase de pasar; pronto se alejaría, perdiéndose en el espacio.

—Transpórtame ahí dentro, Eva —dijo impulsivamente—; necesito saber cómo son los pasajeros. Hazlo enseguida, antes de que se aleje demasiado.

—Eso sería peligroso. No puedo dilatar más el lapso temporal, Dar.

—Puedes ver a través de mis ojos, Eva; si percibieras el menor peligro, me devuelves aquí.

—Está bien. Yo también siento curiosidad por saber quiénes viajan en esa nave.

—¿Qué esperas?

—Antes de dar el salto debes equiparte. La atmósfera que hay dentro es apropiada para ti, pero no estaría de más que llevaras un arma. ¿Por qué frunces el ceño?

—No quiero que Yaita despierte ahora.

—No despertará, me ocuparé de que duerma hasta que regreses.

Dar se puso el cinturón del que pendía la pistola. Dijo a Eva.

—Estoy preparado.

—Sé prudente, Dar.

Y él desapareció del gabinete.

Sólo parpadeó una vez durante el tiempo que tardó en ser transferido.

Se encontró en un pasillo tenuemente alumbrado. Del fondo partía una luz rojiza. Escuchó un rumor sordo, como procedente de las entrañas de la nave.

Respiró el aire. Le pareció aceptable, aunque un poco viciado. Lamentó no haber pedido a Eva que le envolviera en una campana de oxígeno. Creía que podía hacerlo.

Caminó despacio hacia donde brillaba la luz roja, mirando a derecha e izquierda; todas las puertas que flanqueaban el pasillo estaban cerradas. Lo peor era el silencio que a veces parecía ahogar al rumor que provenía de muy lejos. En el centro del suelo había una línea amarilla. Anduvo sobre ella.

Llegó a la fuente de la luz roja. Una lámpara de un metro de diámetro campeaba sobre su cabeza. El pasillo se desviaba a la izquierda. Cuando llegó al final, se encontró con otro camino igual, y más puertas cerradas.

Se dijo que podía caminar durante horas y no encontrar nada que le revelase de dónde procedía la nave, y Eva, apenas descubriese que no podía continuar en el lapso temporal, lo devolvería al Hogar.

Si le había enviado a un extremo de la nave, lejos del puente de mando, no averiguaría nada. Miró las puertas. Tal vez detrás de ellas estuviera la respuesta; pero no se atrevía a abrir las que estaban más cerca de él.

Al llegar al final de corredor se enfrentó a una puerta grande, cerrada. El cierre le sorprendió: una manija a la altura de su mano. La agarró y la giró. La puerta se deslizó silenciosamente a un lado.

Había otro pasillo, más ancho que los anteriores. Allí no había puertas, pero le pareció percibir algunas al fondo. Cuando llegó a su altura, probó a abrirlas. Se resistieron. Todas estaban cerradas por medio de un código. Se fijó en el teclado numerado. Eran números arábigos.

Sólo la última puerta carecía de un sistema de cierre y la empujó.

Otro corredor. Dar lanzó un juramento.

La nave era un maldito laberinto. Por suerte, Eva sabía dónde estaba en cada momento. Aunque se perdiera, ella le encontraría.

—¿Qué te parece todo esto? A menos que otra especie utilice nuestra numeración, este cacharro parece haber sido construido en la Tierra.

Esperó en vano oír la voz de Eva.

—¿Es que no me oyes?

No obtuvo respuesta. Empezó a preocuparse. La idea de alejarse del Hogar le llenó de inquietud.

Miró a su alrededor. Sólo escuchaba el sordo rumor que ahora parecía provenir de todas partes. ¿Cuánto tiempo le quedaba? En cualquier momento Eva podía dejar de controlar la situación.

Se fijó en ciertos detalles y llegó a la conclusión de que la construcción de la nave era tosca; los pasillos tenían una ligera capa de pintura; parecía que todo había sido hecho con prisa; tubos y conducciones estaban unidos con soldaduras mal terminadas.

Estaba harto de ver pasillos; había perdido el poco sentido de orientación que le quedaba, tenía la sensación de haber estado dando vueltas sin parar.

—Vamos, Eva; si me escuchas, sácame de aquí; estoy empezando a perder los nervios.

Deseaba estar de vuelta en el Hogar y ver a la maldita nave alejarse para siempre.

Se detuvo al descubrir un pozo a sus pies. Había una escalerilla metálica adosada. Tras un breve titubeo, descendió. Miró hacia abajo. Aquel tubo tenía más de diez metros de largo. Tuvo que dar un salto de medio metro, pues la escalerilla no llegaba hasta el suelo. Se encontró en una sala circular. Al volverse vio a sus espaldas una entrada ovalada, y al otro lado un tenue resplandor amarillo.

Anduvo de prisa, sintiendo que el tiempo se le acababa. Se hallaba en una sala también circular, pero de mayor diámetro que la anterior, rodeado de extraños aparatos. Si al principio pensó que podía tratarse del puesto de mando, no tardó en darse cuenta de su error. Las máquinas le eran familiares, le recordaron elementos para el aire acondicionado. Se sintió desalentado. Sin darse cuenta se había metido en el sistema de ventilación. En el techo había grandes ventiladores, seis exactamente, formando un círculo. Todos estaban detenidos y, sin embargo, el ruido sordo era allí más fuerte.

Se paró delante de una fila de monitores apagados.

Sintió una brisa fría a su espalda, que no supo si interpretarla como un aviso de Eva para que se preparase a volver al Módulo.

Debajo de los monitores había bloques con teclados, todos blancos, sin indicativos. No encontró números en ninguno.

Cuando llegó al final de las consolas, levantó la mirada y se fijó en la pared. Había una placa de cobre atornillada.

—¿Estás viendo lo mismo que yo, Eva? —preguntó sorprendido—. ¿Quieres que te lea lo que hay escrito?

Empezó a leer en voz alta cuando sintió que era arrancado de aquel lugar.

Apareció en el gabinete justo a tiempo para ver aparecer la proa de la nave que acababa de abandonar.

—¿Qué demonios está pasando? —exclamó, corriendo al mirador.

La roma proa de la nave empezó a cubrir el espacio, y de nuevo la vio avanzar sobre él.

No comprendía nada, y lo que se le ocurría le parecía tan fantástico que no se lo podía creer.

—¡Eva! —gritó, exasperado.

—Estoy aquí, no necesitas alzar la voz.

—¿Estamos en un bucle temporal y volvemos a vivir lo mismo?

—Oh, deja de imaginar tonterías. No hemos retrocedido en el tiempo.

—¡La maldita nave vuelve a pasar por encima de nosotros!

—La nave que visitabas ha desaparecido, ha salido del lapso temporal. Esa que estás viendo es otra nave.

—Dos naves idénticas —musitó Dar.

—Ambas separadas por un año luz, las dos siguen la misma dirección.

Dar contempló el vehículo.

—Le echaré un vistazo. Envíame ahí dentro, tal vez tenga más suerte y encuentre a los tripulantes.

—Ni lo sueñes. Nos vamos. No puedo seguir manteniendo a la Esfera en el mismo plano más tiempo.

Apenas Eva terminó de hablar, la nave y los miles de puntos luminosos que la rodeaban se esfumaron. Antes de que diera comienzo el torbellino de líneas de plata en el espacio, el mirador quedó cubierto por la pared. Dar no lo había ordenado, y se preguntó por qué lo había hecho Eva.

—Vamos a dar el último salto, Dar. Próxima parada, la Tierra.

No protestó. Se dirigió a la mesa de las bebidas y se sirvió una copa. La estaba necesitando. Miró hacia el punto donde partía la voz de Eva. Bebió un trago y esperó.

—¿Qué viste dentro de la nave, Dar? —preguntó la voz.

—Creí que mirabas a través de mis ojos.

—Hasta que descendiste por el pozo; pero te escuchaba. ¿Por qué te llamó la atención esa placa?

—Lo que había escrito en ella era alemán.

—Interesante. ¿Crees que los habitantes de la nación llamada Alemania construyeron la nave? Ese país estuvo dominado por un líder tan ambicioso y tan loco como Logaroh, ¿no? Me hablaste de las guerras que inició, las horribles matanzas que ordenó en campos de prisioneros.

—Sí, Hitler se creía un dios, aunque no de la forma que Logaroh creía que él lo era.

—Así que el III Reich ha vuelto a las andadas.

—No lo creo, y en todo caso sería el cuarto o el quinto Reich. —meneó la cabeza—. Debajo de la leyenda en alemán, había otra en inglés. Todo es muy extraño. Y en cuanto a los paneles...

—¿Te refieres a los monitores? Apenas pude echarles un vistazo.

—Eran controles, y no estaban apagados como creí, sino en descanso. Creo que se ocupaban de vigilar los módulos de suspensión animada. Los conozco bien. En la Vorágine los había, vigilados constantemente por un hombre. En esa nave nadie se ocupaba de ellos. Lástima que no llegara al puente de mando o a las unidades donde debía dormir la tripulación.

—Pasaste ante ellos, Dar.

—¿Qué?

—Todas las puertas cerradas estaban ocupadas por hombres y mujeres en suspensión animada.

—¿Estás segura?

—Desde luego; la vida que había en ellas podía captarla fácilmente. En cada nave debía haber miles de personas.

—En un panel vi un signo que me resultó familiar: tres pequeños círculos formando un triángulo, y en el centro un disco. ¿Dónde lo he visto anteriormente?

—Sígueme a la Sala Azul.

La voz se deslizó delante de él; cruzaron varias salas y pasaron por delante del dormitorio. Dar se imaginó a Yaita durmiendo, desnuda. Siempre dormía desnuda, y a él le gustaba mirarla, el tiempo pasaba sin que se diera cuenta; sólo la despertaba cuando la veía agitarse, para sacarla de la pesadilla que la hacía sufrir. Aunque ella nunca lo había admitido, creía que a aún soñaba a veces con el reinado de terror de Logaroh.

Entró en la Sala Azul. Eva le esperaba dentro. Le dijo que se situara delante de la pared llena de arabescos. Dar aún se sentía impresionado allí, en el único lugar de la Esfera que Eva no podía modificar.

—¿Ves algo? —preguntó Eva.

—No; estos dibujos no tienen ningún significado para mí.

—Toca suavemente lo que tienes delante de ti.

Volvió a obedecerla, al principio un poco escéptico, pero cuando sus dedos palparon tres puntos, encontró un pequeño círculo en el centro del triángulo. Retiró las manos.

—Este grabado es muy parecido al dibujo que vi en la nave —dijo—. ¿Qué significa?

—Las marcas de puntos y el círculo no tienen por qué ser exactamente iguales para que tengan la misma procedencia. Salgamos.

—Explícate —pidió Dar, abandonando la Sala; sólo había echado una mirada fugaz a las Criptas, deteniéndose en el cuerpo de Yaita. Allí nunca se encontraba a gusto.

—Los bajorrelieves componen un mensaje, y el triángulo compuesto de tres puntos es una marca de identificación, la firma y rúbrica del autor de este texto.

—¿Está escrito en la lengua el mundo donde fuiste creada?

—Sin duda alguna.

No se molestó en preguntarle a Eva si la entendía. Obviamente no conocía el significado del mensaje, o se lo habría dicho. Pero había identificado la marca.

De vuelta al gabinete, Dar dibujó en un papel el signo. No podía ser más vulgar: tres puntos formando un triángulo que encerraban un disco. Sonrió. No era un disco, sino la representación en dos dimensiones de una esfera.

—Puedo comprender que la Sala Azul lleve la marca de la casa, por así decirlo; pero no entiendo que esté en una nave que parece haber sido construida en la Tierra.

—La nave que visitaste y la segunda, partieron de la Tierra, Dar. Y no hace mucho —dijo Eva.

—Ha debido pasar mucho tiempo —murmuró Dar—. Cuando partí no teníamos la técnica y el poder económico para construir una sola de esas naves. Me temo que voy a encontrarme con una Tierra muy diferente a la que dejé; ha debido pasar mucho tiempo desde que el Vorágine abandonó la órbita donde fue montada pieza a pieza.

—¿Cuándo avistaremos la Tierra?

—Exactamente, dentro de diez horas y veinte minutos. Primero nos detendremos a unos cien mil kilómetros.

—¿Por qué?

—Simple precaución. A esa distancia podremos echar un vistazo.

—Me parece bien. No deben descubrir nuestra presencia.

—¿Cómo van a detectar una mota de polvo? —rió Eva.

Dar se sonrojó. A veces olvidaba que Eva podía convertir la Esfera en una canica.

—¿A qué distancia estábamos de la Tierra cuando nos cruzamos con esas naves?

—A tres meses luz. Si necesitaron algún tiempo para acelerar, tal vez partieron hace unos cien días.

—Ojalá hubiera descubierto más datos.

—No tardaremos en saber qué ha pasado durante tu ausencia.

Dar asintió. Escuchó pasos. Yaita se acercaba.



### CAPITULO III

Tras reflexionar un momento, Dar contestó a la pregunta que Yaita le había formulado:

—Fui elegido entre más de cien aspirantes de mi país. Formé parte de una tripulación compuesta por hombres y mujeres de varios países. Fui afortunado; al menos creí que lo era cuando me enviaron a Estados Unidos —miró a Yaita—. Ahora estoy convencido de que soy el hombre con más suerte del mundo: te he conocido a ti, y cuando muero resucito al instante —contempló el dormitorio. Aunque sabía que Eva no estaba presente allí cuando ellos estaban solos, añadió—: Y también porque he conocido a esa máquina vanidosa.

Yaita volvió la cabeza a la entrada.

—Lo dices porque sabes que no puede oírte.

—No estamos seguros y aprende a nuestra costa lo que es el sexo.

—Oh, no. Jamás hablamos de ello. Continúa, por favor, háblame de tu mundo, cómo era cuando lo abandonaste.

—Era una mierda. Después de las guerras en Afganistán e Irak, los norteamericanos se hicieron los dueños absolutos del planeta, y no sólo por las armas, sino a través de sus multinacionales. Cuando un conflicto terminaba, emprendían otro, y siempre mostrando argumentos al resto de sus aliados.

Dar recordó la crisis que precedió a la partida de la Vorágine. El proyecto para encontrar un mundo como la Tierra era internacional, pero todos sabían que quien decía la última palabra era Washington.

—Miles de japoneses se hicieron el harakiri cuando descubrieron que su economía dependía de otros —continuó—. Los árabes perdieron sus yacimientos, les fueron embargados y arrebatados desde Wall Street, el terrorismo aumentaba, y Europa y América tenían más argumentos para desencadenar nuevas guerras; pero había demasiado armamento nuclear en manos de naciones desesperadas. La guerra definitiva podía estallar de un momento a otro. ¿Comprendes por qué antes de partir de Dhrule temía encontrar lo peor? Ahora no sé qué pensar, no lo sé después de haber visto esas naves y haber recorrido parte de una. Diré a Eva que me lleve a España, y después ya decidiré.

Yaita se arrulló a su lado.

—¿Qué piensas hacer si no pudieras soportarlo?

Dar inspiró profundamente y dijo:

—Siempre nos queda Dhrule. Supongo que Eva no tendría inconveniente en llevarnos de vuelta.

—No se negaría.

—¿Por qué estás tan segura?

—Lo estoy —rió Yaita.

—¿Crees que a ti no te lo negaría?

La vio encogerse de hombros, ocultar una sonrisa.

Dar sonrió.

—Os habéis hecho muy amigas.

—¿Celoso? —Yaita le mordió los labios.

—¡Claro que no! Llegué a temer que nos os llevarais bien. ¿De qué habláis cuando estáis juntas?

—Cosas de mujeres —Yaita soltó una carcajada y se apartó de él. Mientras se dirigía al baño, dijo—: Debes ir al gabinete. Me reuniré pronto contigo y los dos esperaremos a que Eva nos muestre tu mundo.

Dar saltó de la cama, hizo intención de echar a correr hacia Yaita, y ésta, riendo, se encerró en el cuarto de baño.

—Apresúrate —dijo Dar. Cogió una bata y salió del dormitorio.

Yaita abrió la ducha. El agua salía a la temperatura ideal. Se miró en el espejo, hizo un mohín y buscó una cinta para recogerse el pelo.

—Me gustas más con el pelo suelto —dijo Eva inesperadamente a sus espaldas.

Yaita echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Has estado escuchándonos. Eso no ha estado bien.

—He esperado a que Dar saliera.

—¿Nos observas, Eva?

—¿Quieres decir si os miro cuando hacéis el amor?

—Aja.

—Claro que no; pero me gustaría que algún día me lo permitieras.

—Dar tendría que estar de acuerdo.

—No daría su consentimiento, le conozco. Él no podría comprenderme, interpretaría mal mi curiosidad.

—Deberías estar con él.

—Ya nos hemos detenido.

Yaita abrió los ojos, preguntándose cómo no había sentido nada.

—¿Qué hace Dar?

—Mira la Tierra. Está emocionado. Me pregunta si me parece hermosa, y le respondo que sí.

—¿Ya sabe que puedes estaren dos sitios a la vez?

—Sí; se lo dije el otro día. Debes estar a su lado en estos momentos, Yaita.

—Tomaré una ducha rápida y me reuniré con vosotros.

—Date prisa; tal vez tengas que darle tu pañuelo si rompe a llorar de emoción.

Yaita se detuvo antes de entrar en la cabina de la ducha.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, Eva?

—Bastante menos del que esperábamos.

—¿Has controlado tú el retroceso en el tiempo?

—Ah, la intuición femenina; me gustaría tenerla. No, Yaita; sabes muy bien que me ha sido dictado por el Código.

Yaita se mordió los labios.

—No se lo digas aún a Dar, le pondría nervioso saber que esa cosa ha querido devolverle a la Tierra en un año determinado.

—Si me lo pregunta tendré que decírselo.

—Deberías aprender a mentir, pero sólo un poquito —sonrió Yaita.

—¿Y tú?

—¿Qué quieres decir?

—¿Se lo has dicho ya?

—Debí contárselo.

—Nunca sé lo que habláis en el dormitorio.

Yaita empezó a cerrar la cabina.

—No puedo decírselo ahora. ¿Lo entiendes?

—Claro que sí. No debemos preocuparle.

—Yaita se retrasa —dijo Dar, sentado frente a los cerrados paneles.

—No tardará en venir —contestó Eva, viendo al mismo tiempo a Yaita cerrar los ojos bajo la ducha. Se retiró definitivamente del cuarto de aseo.

El gabinete estaba a oscuras. Sentado frente al mirador, Dar estaba alumbrado por el resplandor de la Tierra.

—Al menos sigue entera —observó—. Gracias por haberme traído, Eva.

—Ha sido un placer.

Permaneció un rato en silencio. No sintió a Yaita entrar en el gabinete hasta que notó la mano de ella en su hombro.

—Tu mundo es hermoso, Dar —dijo ella—: Tan hermoso como Decero y Dhrule. Tres mundos hermanos.

—Siéntate a mi lado —le pidió él, y al instante apareció un sillón detrás de Yaita. Ella se acomodó y él le cogió la mano derecha.

La observó de reojo. Yaita sólo vestía unas faldas largas, blanca, con brillos de plata.

La Tierra ocupaba gran parte del mirador; para Dar era como la había visto cuando la Vorágine, doce horas después de haber partido de la estación orbital, se aproximaba a la Luna. Al poco rato cerraron las escotillas y dejó de ver su mundo. La nave empezó a acelerar.

—¿Puedes acercarte más? —preguntó Dar a Eva—. Quiero ver mejor esos objetos.

—¿Te refieres a la estación de la que partió tu nave?

—No puede ser ella, las gradas donde se montó la Vorágine estaba más cerca de la Tierra.

¿Qué es, Eva?

—Lo averiguaremos pronto.

La visión cambió bruscamente. Para Dar fue como si hubieran dando un salto de miles de kilómetros en un segundo. Cuando se fijó en el objeto que había llamado su atención, soltó una exclamación.

—Pero... ¿Quién demonios ha construido esta base?

La Esfera se desplazó alrededor de la gigantesca estación, compuesta por decenas de gigantescos aros enlazados, de cientos de metros de diámetro. En dos de ellos había sendas naves iguales a las que se cruzaron con el Hogar en el lapso temporal.

## CAPITULO IV

Bert Hunt estaba de guardia en la cabina de vigilancia. Su trabajo no era difícil, sólo tenía que vigilar el buen funcionamiento de los sistemas de seguridad. Adoptó una postura más cómoda en el sillón y por tercera vez comprobó que aún quedaban cuatro horas para que fuera relevado. Odiaba las guardias en los días rojos, como eran llamadas las jornadas en que la actividad al completo quedaba interrumpida totalmente, cosa que ocurría cada once días, sin que nadie supiera exactamente porqué. Quizá los directores lo conocieran, pero el motivo no trascendía al personal.

Paseó la mirada por el complejo y la detuvo en las dos unidades de montaje ocupadas por las últimas naves ensambladas. Lanzó un suspiro. Había presentado su solicitud para embarcar en una de ellas, pero creía que no sería aceptado, pues no había encontrado pareja aún y tenía que confiar en que alguna chica quedara libre, lo cual no le complacía.

La quietud en el complejo era absoluta. A Bert le resultaba extraño no contemplar las idas y venidas de los botes de una unidad a otra, y las llegadas de las lanzaderas desde la Tierra, cargadas con material.

Cada once días los operarios eran encerrados en los dormitorios, sin más explicaciones. El trabajo de Bert era rutinario, insoportablemente aburrido. Tener que mirar los indicadores y las pantallas de los ordenadores le resultaba deprimente; pero podía considerarse afortunado por haber conseguido aquel trabajo. Lo peor era pasar seis meses en el espacio, y lo mejor la paga que recibiría cuando lo enviaran con permiso abajo, todo un mes en su ciudad, con las tarjetas de crédito en los bolsillos. Dentro de una semana embarcaría en una lanzadera y se olvidaría de todo aquello durante un mes. Ojalá le renovasen el contrato.

Bert hacía una guardia en el módulo de seguridad cada tres días, y una vez al mes su trabajo coincidía con una Jornada Roja. ¿Por qué todo el trabajo se detenía cada once días?

Se encogió de hombros. ¿Qué le importaba lo que pasaba en el complejo durante la maldita Jornada Roja? Los rumores decían que los perros azules llegaban sin que nadie los viera, recorrían las naves recién terminadas y se largaban. Tal vez fuera así. Él nunca había visto a aquellos seres en persona, sólo en la televisión. No le gustaban. No los odiaba, pero tampoco los adoraba como aquellos fanáticos que los consideraban enviados de Dios o dioses. Al infierno con ellos. Sólo les podía agradecer el trabajo que había conseguido, que no era poco.

Se podía considerar afortunado. Millones de personas querrían estar en su lugar, en vez de morirse de hambre en la Tierra, subsistir a costa de la beneficencia, mendigar, robar, traficar con drogas o firmar por cinco años en el ejército.

Bert bebió un poco de agua. Luego comprobó que su traje de presión estaba en perfecto estado, y la escafandra preparada para aislarlo en caso de emergencia. Después de comprobar los gráficos, se ocupó de planear lo que haría durante su permiso en la Tierra.

Al acabar de girar alrededor de la estación, Dar dijo:

—Está abandonada.

—Oh, no —se apresuró a decirle Eva—. ¿Ves los módulos situados fuera del conglomerado de aros? Pues están llenos de personas, y ese apéndice de la estructura principal es el centro de control, ahora vacío. Sólo haya una persona vigilando en un compartimiento, y parece bastante aburrida.

Yaita paseó delante del mirador, la cabeza vuelta hacia la estación.

—¿Por qué está interrumpido el trabajo? —preguntó.

—En la estación donde se construyó la VoráGINE nunca se concedió un día de descanso, excepto el de la partida —dijo Dar—. En el espacio no se celebra el día de Acción de Gracias ni la toma de la Bastilla.

Yaita le miró intrigada, pero no le preguntó lo que había querido decir. A veces Dar hablaba de las costumbres de su mundo como si ella las conociera.

—No veo la vieja estación —observó Dar.

—Aparte de una constelación de satélites de comunicación y un par de estaciones pequeñas, no hay nada más orbitando la Tierra —puntualizó Eva. Hizo aparecer un círculo blanco alrededor de la Luna—. Y ahí sólo hay unas supuestas bases científicas.

—¿Qué quieres decir?

—Dar, todas tienen la apariencia de ser civiles, pero almacenan proyectiles nucleares para cubrir toda la Tierra.

Dar se frotó los ojos.

—El peligro de guerra continúa, pero se está llevando a cabo un proyecto de emigración masiva —dijo—. Necesito averiguar lo que ha pasado desde mi partida. Eva, esas dos naves no están en un lapso temporal. ¿Entiendes?

Eva suspiró.

—Claro. Quieres echarle un vistazo.

—¿Hay personas a bordo?

Tras un largo silencio, Eva respondió.

—Sólo percibo la presencia de dos seres en la nave situada a la derecha del puesto de mando de la estación. Si quieres visitar una, la que está a la izquierda se halla vacía. Es la que te recomiendo.

Dar asintió.

Yaita llamó su atención señalando las gradas de aros vacías.

—Pueden construir doce naves a la vez, pero sólo hay dos, y parecen terminadas —comentó.

—¿Qué significa para ti?

—El proyecto podría estar paralizado. Cancelado. No se ha iniciado el ensamblaje de otra nave.

Consideró que era una buena observación la de Yaita, y esto le preocupó. Sin embargo, los alojamientos de los obreros y especialistas estaban llenos. Si los planes de fabricación de más naves había sido suspendidos, ¿por qué permanecían en la estación? Los pasajeros no tardarían en llegar, transportados desde la Tierra en transbordadores. Preguntó a Eva si detectaba alguno.

—No —contestó Eva con rapidez—. No hay el menor indicio de vehículos aproximándose.

Aquellas naves de dos kilómetros de eslora estaban vacías, pensó Dar; tal vez esperando a la tripulación y al pasaje. No encontraba ninguna explicación para la ausencia de actividad en la estación. ¿Por qué sólo había dos personas a bordo de una de ellas? ¿Qué hacían? ¿Cuántas habían partido hacia las estrellas? No creía que sólo fueran dos, las que habían encontrado en el lapso temporal.

—La Vorágine era como un bote salvavidas comparado con esas naves —dijo—. La ciencia espacial ha progresado mucho, tanto que han debido transcurrir muchos años. ¿Hay alguna manera de averiguar en qué año estamos, Eva?

—¿Te refieres al cómputo cristiano, islámico, budista u otro? Me dijiste que el paso del tiempo se cuenta en tu mundo según unas cuatrocientas maneras distintas...

—El calendario es el más aceptado —replicó Dar.

—Lo siento, pero no puedo saberlo, al menos desde esta distancia.

Yaita soltó una carcajada, y luego Dar, cuando comprendió la inutilidad de la pregunta de Eva.

—Me enviarás a la nave vacía —dijo Dar.

—Sería un riesgo para ti.

—¿Por qué? Me enviaste a una en condiciones más peligrosas. Esas de ahí están varadas, y sólo en una has detectado la presencia de personas.

—He dicho seres. Dos exactamente.

—¿A qué viene esa aclaración?

—Podrían no ser humanos.

Dar estuvo a punto de saltar del sillón. Yaita se volvió hacia el lugar del que había hablado Eva.

—¿Quieres decir que al ser alienígenas podrían ser peligrosos? —preguntó Dar, levantándose.

—No deberías correr ese riesgo.

Dar se echó a reír; no se había dado cuenta de que la voz de Eva se dirigió a Yaita.

—¿Y qué? Lo peor que podría pasarme es morir.

—No tomes a la ligera que puedes volver a la vida eternamente.

—¿De qué tratas de advertirme?

—Dar, en la Matriz hay un cuerpo para ti, pero...

—Sigue.

—Ni siquiera yo puedo saber si detrás de ése hay otro.

—¿Estás bromeando?

—No. Hace tiempo debí decirte que el número de cuerpos en reserva no es ilimitado.

Yaita se abrazó a Dar.

—Hazle caso —dijo—. Eva nunca miente.

—No sé si es peor que pueda mentir o que no sepa a qué atenerse —murmuró Dar—. Correré el riesgo. Además, ¿por qué tendría que morir? Visitaré la nave desierta.

—Iré contigo.

—Yaita debe quedarse —dijo Eva.

Dar no captó el tono de preocupación con que se había expresado Eva.

—No puede pasarnos nada —dijo Yaita—. Por favor, Eva.

—*Sabes perfectamente que no debes ir, Yaita* —insistió la voz.

Dar miró extrañado hacia la dirección de la que había surgido la demanda de Eva y luego a su compañera.

Yaita sonrió.

—He muerto menos veces que tú. Tengo más probabilidades de volver a vivir, a menos que la Matriz que conserva mi cuerpo sea de inferior categoría que la tuya.

—Os traeré de vuelta ante el menor peligro que perciba —replicó Eva con tono destemplado.

—De acuerdo, Eva —asintió Dar—. Iremos mejor equipados que cuando eché una mirada a la otra nave.

Eva emitió un sonido parecido a un suspiro.

—Id a la Sala Azul.

Dar no se dio cuenta del guiño que Yaita dirigió a Eva.

Hunt bostezó.

Con mirada cansada observó la nave de la grada más próxima al observatorio. Arrugó el ceño. No le gustaba. ¿Por qué las habían diseñado tan horribles? Era excesivamente larga y con demasiadas protuberancias en la proa y a lo largo del vástago central.

Decían que resultaban confortables, pero él lo dudaba. Le habría gustado verla por dentro, pero no era un especialista y nunca le dejarían entrar en una. Y estaba seguro de que no le elegirían para largarse a otro mundo. ¿Y qué importaba? La idea de pasarse un puñado de años hibernado le producía escalofríos. ¿Y para qué? ¿Para trabajar como granjero en un mundo del que tal vez no se obtendría nada comestible? No se creía la propaganda, que afirmaba que todos los mundos a los que eran enviadas las naves les parecerían copias de la Tierra a los colonos. Cuando volviera a casa anularía su solicitud. Al infierno los perros azules, a la mierda todos los políticos y sus jodidas promesas. A él no le engañarían.

La luz que titiló en el panel interrumpió su bostezo.

¿Qué estaba pasando? Se tranquilizó al ver que no era una luz roja. No se trataba de una alarma; pero estaba ocurriendo algo. El sistema había detectado un cuerpo muy pequeño en las proximidades del complejo. Cuando volvió a centrar su atención en el indicador, la señal había desaparecido.

Masculló una imprecación. ¿Qué debía hacer? Nunca había ocurrido nada anormal en ninguna de sus guardias, jamás había tenido que conectar con el mando de reserva y transmitir un parte. ¿Por qué tenía que ocurrirle a él?

Tecló con nerviosismo y vio aparecer en un monitor los registros de la anomalía. ¿Qué era

aquello? Ni rastro del objeto, pero los indicadores señalaban que su tamaño era como el de su pulgar ¡pero su densidad era enorme! Cientos de toneladas. No se lo podía creer. Si los datos no estuvieran en los registros, juraría que lo había soñado.

Efectuó un rastreo nuevo. Pasados cinco minutos, tras una nueva lectura, aceptó que no había nada anormal rondando el complejo.

Ojalá le relevasen pronto, pensó.

Trató de relajarse.

—Pedí a Eva que nos trasladase al mismo lugar en que me encontraba cuando me sacó de la otra nave —dijo Dar, mirando su alrededor, observando que allí las luces no eran tan tenues—. Si todas son del mismo modelo, debemos estar cerca del centro de control del sistema de ventilación.

A su lado, Yaita miraba con aprensión cuanto les rodeaba. Se agarró al brazo de Dar y se lo apretó.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó. Se volvió y la vio palidecer.

—Estoy un poco nerviosa; debe ser a causa de este silencio —contestó Yaita; pero sus pensamientos estaban a mucho distancia de allí, en Decero, en el lugar donde yacían las viejas naves en las que sus antepasados habían llegado a aquel mundo.

Sólo visitó las reliquias una vez, y apenas las recorrió, pero lo que estaba viendo se lo recordaba. Aquellos pasillos le resultaban familiares.

Tomó la decisión de no decírselo a Dar, a menos por el momento.

—Tal vez en la otra nave no había tanta luz porque se hallaba en plena navegación —añadió Dar—. Si todo el mundo estaba en suspensión animada, ¿para qué consumir energía inútilmente?

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí? —susurró Yaita.

—Ahora no tenemos el problema que tuve yo en el lapso temporal, pues Eva tenía que estar vigilante para que no se produjera el menor desfase entre la misteriosa nave y la Esfera. Tranquilízate. Los visitantes están en el otro navío; aquí no hay nadie.

Dar no quiso añadir que en el peor de los casos la muerte sería para ellos un medio de regreso seguro.

Hizo una señal a Yaita para que le siguiera. Se colgó del cinturón la lámpara. Tocó con la mano la culata de la pistola. Yaita llevaba otra. No creían que iban a tener que necesitarlas, pero se sentían mejor con ellas.

La semejanza de los pasillos que recorrían con los que había visto en la nave que visitó estando en el lapso temporal era sorprendente. Ya no le quedaba la menor duda de que eran del mismo modelo y diseño.

Cuando llegaron ante el primer pozo, Dar titubeó mientras estudiaba la escalerilla metálica. Se arrodilló y miró hacia abajo. Sintió a Yaita a su lado, y en ese momento captó una extraña presencia cercana. Instintivamente apoyó la mano en la pistola.

Pero no había nadie en aquel nivel, y tampoco en el de abajo. Si Eva no había cometido un error, sólo estaban Yaita y él.

—Bajemos —dijo mientras ponía un pie en el primer peldaño.

Cuando llegó abajo soltó una imprecación.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Yaita.

Dar señaló la sala, vacía completamente.

—Estamos ante la primera diferencia entre esta nave y la otra que recorría en parte. Este lugar debería estar lleno de aparatos —meneó la cabeza. Hemos llegado cuando aún no han terminado de equiparla.

Yaita se volvió y señaló una pila de cajas metálicas. Dar corrió hacia ellas y levantó la tapa de una de ellas. Dentro había una consola. Después de estudiarla, dijo sorprendido:

—Al igual que los aparatos que vi en la otra nave, su tecnología está a muchos años de las que conocí en la Tierra —miró el pozo por el que habían bajado—. Debemos encontrar el puente de mando, el alma de esta nave; pero no sé cómo llegar hasta él —chasqueó los dedos—. ¿Me escuchas, Eva? Señálanos un camino.

Esperaron unos segundos.

—No nos escucha —dijo Yaita.

—Me preocuparía que algo le impidiera vernos y escucharnos.

Yaita miró a un lado y a otro.

—¿Por qué no puede estar a nuestro lado, convertida en una canica?

—Ojalá lo supiera —dijo Dar con enfado.

—Quizá deberíamos separarnos y buscar por caminos distintos —Yaita señaló el comunicador que llevaba ajustado a la oreja derecha, cuyo diminuto micrófono estaba cerca de sus labios—. Quien lo encuentre primero que lo diga.

A Dar no le pareció buena la idea; no quería separarse de Yaita.

—No sé en qué onda o canal transmiten estos chismes; podrían interferimos —dijo—. Sigamos juntos. Bajemos otro más. Calculo que Eva nos ha traído a los niveles superiores, y debemos estar más cerca de la popa que de la proa. Creo que deberíamos echar un vistazo al sistema de impulsión.

Ella asintió. Usaron el siguiente pozo para descender al nivel siguiente. Avanzaron a lo largo de un pasillo y cruzaron varias salas, todas vacías. Pasaron ante puertas cerradas. Dar habría echado un vistazo a su interior, pero estaba impaciente por alcanzar la proa de la nave y comprobar qué sistema de impulsión le permitía navegar a cientos de veces la velocidad de la luz.

Llegaron a una estancia cuyas paredes estaban cubiertas con gráficos que llamaron su atención.

Ante un panel lleno con trazos luminosos, Dar exclamó:

—Es un plano de la nave, Yaita. Ahora sabremos dónde estamos exactamente.

Recorrió las líneas con la mirada, y luego comprobó en un listado para conocer el cometido de las secciones; frunció al ver debajo de las explicaciones en inglés varias series de puntos y ceros.

El gran vástago estaba representado en violeta; docenas de líneas de este color recorrían toda la nave. Eran los pasillos principales. Un cuadrado pequeño destacaba en azul, a un cuarto de distancia de la popa. Una gruesa línea roja lo delimitaba, resaltando su importancia. Dar lo señaló.

—Debemos ir aquí, Yaita. Tiene que ser el sistema de impulsión.

—¿Por qué no le echas un vistazo? Yo puedo ver qué es este otro bloque —dijo ella, señalando un cuadrado, también en color azul, que brillaba a poca distancia del primero, en dirección opuesta al sitio en que se hallaban.

Dar titubeó, pero acabó asintiendo con la cabeza.

—Está bien, pero no vayas más allá. Nos reuniremos aquí e iremos al puente de mando —puso el índice sobre un círculo gris, a pocos centímetros de la roma proa—. Es éste. Espero que tengamos tiempo de llegar a él. Ten cuidado. Si encuentras algo, no dudes en comunicarte conmigo.

—Te lo prometo.

La besó antes de separarse. La vio alejarse por el pasillo, caminando deprisa. Ya estaba arrepentido de haberla dejado marchar cuando se volvió y corrió por el pasillo, impaciente por llegar a la sección dibujada en azul.

Antes de doblar la primera esquina, Yaita echó una mirada atrás. Dar corría en dirección a la popa. Sonrió. Su compañero estaba preocupado por ella. ¿Por qué? La nave estaba vacía.

Avanzó con precaución, la mano derecha acariciando el metal de la pistola, aguzando el oído. En aquella nave no se escuchaba nada, ni siquiera el rumor que Dar había percibido en la otra.

—Eva, ¿sigues sin vernos ni escucharnos? —preguntó en voz alta.

No recibió respuesta.

Recordó el plano y calculó que no estaba lejos de su destino. Se preguntó si el bloque azul que iba a inspeccionar era lo que Dar andaba buscando, y él había interpretado equivocadamente el esquema de la nave.

Antes de llegar a la siguiente esquina escuchó un rumor proveniente del otro lado.

Se arrimó a la pared. Prestó oídos y contuvo la respiración. Los ruidos no le sonaron a pisadas, sino al roce de telas al ser arrastradas por el suelo.

Caminó de espaldas hasta que su mano izquierda rozó el tirador de una puerta, lo giró y sintió que la hoja de acero cedía. Se ocultó tras ella y atisbo por la rendija.

El rumor seguía aproximándose.



Yaita se imaginó a varias personas arrastrando hatos de ropas. El rumor se acercaba por el pasillo al que había estado a punto de salir. Los escuchó doblar la esquina. Amartilló la pistola.

Ahora podía percibir también los pasos. ¿Quiénes eran? ¿Por qué Eva les había asegurado que no había nadie en la nave?

Los vio pasar delante de ella. Eran tres seres de más de dos metros de altura. Vestían túnicas holgadas de tela áspera, de color marrón oscuro. Le costó ver sus rostros, ya que los tenían medio ocultos por enormes capuchas. Sin embargo, pudo fijarse en sus facciones. No tenían nada de humanas. Lo más llamativo para Yaita era su enorme nariz, como la de un perro, y el color de la piel, de vivo color azul grisáceo. Pudo ver los ojos, grandes y negros, redondos.

Caminaban encorvados, pesadamente, con los estrechos hombros caídos. Cuando se alejaron, Yaita se asomó y comprendió que el ruido lo producían las túnicas, que arrastraban por el suelo. Escuchó sus voces, apagadas y roncadas; los tres seres mantenían una viva conversación.

Yaita dejó pasar unos segundos antes de salir. Estaba abriendo la puerta cuando otro ser, caminando deprisa, pasó ante ella, en dirección opuesta. Se preguntó si era un cuarto personaje o uno de los tres, que regresaba sobre sus pasos.

Lo vio alejarse, y con decisión salió y le siguió, procurando no hacer ruido; había enfundado la pistola, pero seguía teniendo la mano en la culata. Temió perder de vista a la criatura cuando dobló el primer recodo, y apresuró el paso. Volvió a verlo, casi corriendo ahora. Se preguntó por qué tenía tanta prisa.

¿Era bastante importante su descubrimiento para romper el silencio y llamar a Dar? Yaita temió que otros interfiriesen sus palabras y fueran descubiertos. La criatura parecía dirigirse hacia donde estaba su compañero. Apresuró el paso para que no aumentase la distancia que les separaba.

## CAPITULO V

Encontró más letreros en inglés y alemán, y también los signos parecidos al Morse.

Dar corría por el pasillo que esperaba le llevara a la zona en la que confiaba hallar algunas respuestas.

Se detuvo ante una gran puerta de acero. No encontró ningún dispositivo que le permitiera abrirla. Se preguntó si su búsqueda terminaba allí.

Su sorpresa fue enorme cuando apoyó las manos en la puerta y vio que ésta se deslizaba en silencio hacia la derecha.

Al otro lado había una sala circular de unos diez metros de diámetro. En el centro se elevaba un conjunto de esferas y figuras geométricas que casi tocaban el techo, del que provenía una luz roja que lo bañaba con un aura brillante.

Dio unos pasos con la sensación de estar profanando un lugar prohibido. Miró por encima del hombro, temiendo que la puerta se cerrase a sus espaldas.

Se paró a un metro de aquel bloque de metales, preguntándose qué podía ser. Lo que fuera, escapaba de su comprensión. Se inclinó un poco y descubrió que la luz que bajaba del techo no lo tocaba, como si el metal la repeliese.

Caminó a su alrededor. A cada paso que daba estaba más convencido de que aquello, máquina o escultura, estaba protegido por un campo de fuerza.

Un sexto sentido parecía decirle que se encontraba ante la fuente de energía de la nave, el alma que la impulsaría por los espacios estelares a velocidad muchas veces superior a la de la luz.

Se preguntó si Yaita habría llegado al sector de la nave marcado por un cuadrado azul y estaba viendo lo mismo que él, un segundo conglomerado de figuras geométricas.

Muy despacio, temiendo cometer un error, acercó una mano a la figura que más le había llamado la atención: una pirámide truncada situada a la altura de sus ojos, engarzada en varios rombos y dos medias esferas.

Sacudió la cabeza y retiró la mano. No correría el menor riesgo. Sacó del cinturón una pequeña lámpara y la arrojó contra el halo.

La lámpara rebotó en la luz roja y cayó al suelo. La recogió. Estaba intacta. Tocó con los dedos la brillante cubierta. No sintió nada cuando palpó una textura fría y de gran dureza.

Utilizó el cuchillo para tratar de arañar el aura. El metal no sufrió la menor alteración. Retiró el acero y comprobó que la punta no había logrado traspasar la barrera de energía.

El cuchillo se le había escurrido de la mano, cayendo al suelo. Al agacharse para recogerlo, descubrió que el bloque flotaba en el aire. Se levantó sintiéndose confundido. Lo que había en aquella estancia no creía que hubiera sido fabricado en la Tierra.

Se retiró unos pasos, perplejo. Estudió con detenimiento la estructura. Una inspección más detallada le permitió descubrir que delante de la pirámide había un punto negro, de unos dos milímetros de diámetro.

¿Se trataba de un cierre del escudo que protegía la extraña máquina? Respiró hondo. ¿Por qué había pensado que se trataba de una máquina? Podía ser un símbolo, un objeto decorativo. Enseguida rechazó esta idea.

De nuevo se acercó al nimbo rojo, se inclinó sobre el punto negro y lo miró de cerca. Su mano derecha se acercó a él. Lo apretaría y... Otra vez vaciló. ¿Qué pasaría si lo apretaba?

No apretó el punto, su dedo se detuvo a un centímetro de él. Había escuchado un ruido al otro lado de la puerta. Giró la cabeza.

Lo que vio le erizó el vello de las manos.

Bajo el dintel de la puerta se recortaba una fantástica figura, la de una criatura enorme embutida en una grosera túnica marrón. El rostro enmarcado en la capucha se agitó, un par de ojos negros destellaron, le miraron con odio y sorpresa.

De la boca pequeña y redonda brotó un rugido. El ser entró caminando a zancadas, sacudiendo la túnica, dando a Dar la impresión de ser un pájaro mitológico que se aprestaba a remontar el vuelo, extendiendo sus alas para atacarle.

Escuchó que lo llamaban por su nombre.

Yaita corrió detrás del extraño monje durante un buen trecho del pasillo. Más de una vez temió perderlo, pero se guiaba por el rumor de la túnica arrastrándose por el suelo. Había olvidado por completo que su misión era encontrar el módulo de mandos, como había acordado con Dar.

Lo vio entrar en una estancia de la que surgía una luz roja. Apresuró el paso y llegó junto a la puerta justo para oír a la criatura lanzar una especie de graznido y lanzarse contra alguien que estaba dentro, delante de un confuso montón de formas de metal.

Reconoció al hombre. Era Dar, que se había vuelto, tratando de llevar su mano a la pistola.

—¡Dar! —gritó Yaita, deteniéndose aterrorizada en el umbral, viendo al ser abalanzarse contra su compañero, con los brazos extendidos.

Dar retrocedió hasta que su espalda tropezó con el pilar de metal flotante. Trató de huir, pero el otro se lo impidió agarrándole una mano. Dar golpeó el rostro azul, la gran nariz que le daba aspecto de perro. Fue zarandeado de un lado a otro. Avistó a Yaita en la puerta, mirando la escena con espanto. Intentó alcanzar la pistola, pero la criatura era fuerte y se lo impidió, asiendo con aquella enorme garra su mano.

Acercó la mano derecha a la garra de la criatura y trató de librar la otra mano, agarró un dedo de su enemigo y empezó a doblarlo. La horrible boca que se movía delante de su rostro volvió a arrojarle rugidos, ahora de rabia y de dolor. La garra que oprimía su muñeca izquierda presionó más y empezó a sentir que le cortaba la circulación de la sangre. Hizo un esfuerzo y tiró del dedo, hasta que escuchó el chasquido del hueso al quebrarse.

El bramido doliente del otro le sorprendió, pero no soltó el dedo, que ya había doblado completamente.

La garra que le sujetaba dejó de presionar su muñeca, y fue sintiendo como si una pequeña serpiente de fuego se escurriese por el interior del dorso de su mano. Bajó la mirada y vio moverse un bulto hasta que desapareció, como si el reptil ardiente se hubiera disuelto en su carne.

Lanzó un grito, pateó a su contrincante y consiguió que le soltara; cayó al suelo, rodó y se detuvo al chocar contra la base del bloque de piezas de metal.

Aturdido, se frotó la mano; bajó la mirada para comprobar que no tenía ninguna herida; pero estaba seguro de que algo, un pequeño objeto metálico, se había introducido en ella y, después de agitarse, se había quedado inmóvil. Ahora no lo sentía. Levantó la cabeza. Tenía otro problema, más urgente que resolver. Delante de él, la enorme criatura se restregaba las manos; se había enderezado el dedo quebrado y lo miraba.

Se levantó despacio, sin dejar de vigilar a su enemigo. Detrás de éste, Yaita seguía junto a la puerta; había desenfundado el arma y apuntaba a la criatura. Dar se dijo que habría disparado si no le hubiera visto zafarse del furibundo ataque del humanoide de piel azul.

El ser estaba encorvado, lanzando gemidos, frotándose el dedo quebrado. De pronto se alzó y miró a Dar; sus ojos lanzaron chispas de rabia, pero también de incomprensión, como si no entendiera lo que estaba pasando.

Dar se sintió consternado. Recordó que tenía un arma y dejó caer los dedos en la culata. El contacto con el metal pareció reavivar la cosa que tenía dentro de la mano, percibió que se movía y se estremeció. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Qué le había contagiado la maldita criatura con cara de perro?

El alienígena se estremeció, la capucha resbaló de su cabeza, mostrando su cráneo grande y redondo; extendió las manos hacia Dar y dio un paso. Detrás de él, Yaita lanzó un grito de advertencia a su compañero.

Dar miró a la criatura sin saber qué hacer, con la mano acariciando la culata, deseando empuñar el arma y dispararla; pero miraba a los ojos negros y se decía que no debía precipitarse.

Yaita se desplazó con el arma empuñada buscando una posición desde la que mirar de frente al ser que amenazaba a Dar, y cuando éste dio otro paso, no dudó más y apretó el gatillo.

El proyectil atravesó el pecho de la criatura, explotó al salir y se estrelló contra la envoltura del bloque flotante.

Escucharon:

—¡Noooo!

Supieron que era la voz de Eva una fracción de segundo antes de que una bola de fuego surgiese del interior de la pirámide que campeaba en el centro de la columna compuesta con formas geométricas. Cuando el segundo de tiempo acabó de consumirse, la marea de fuego continuó su incontenible avance por los pasillos y salas de la nave.

Bert se aferró al tablero de mando.

Su mandíbula casi se desencajó al gritar, viendo cómo la nave se transformaba en una larga vara de fuego dentro de los anillos.

En la popa, en el final del vástago, apareció una bola de fuego blanco que devoró toda la estructura hasta consumirla. El entramado en que había estado anclada se rompió en millones de pedazos que se esparcieron por todo el complejo orbital. La segunda nave osciló, pareció escapar de la grada, pero resistió el embate, así como las demás instalaciones.

La cúpula donde estaba Bert apenas sufrió las consecuencias. Cuando volvió a mirar, no encontró el menor rastro de la primera nave.

Se quedó perplejo. Al cabo de un instante, comprendió que la Cobertura había sido violada.

No había otra explicación. Cuando comenzó su turno de guardia le dijeron que durante las siguientes horas los kerlhes las inspeccionarían. Siempre lo hacían cada once días. Aquel era un Día Rojo.

Sólo entonces comprendió el significado de la alarma que no había sabido interpretar a tiempo. Bert se maldijo. ¿Porqué no había recordado que la luz intermitente significaba que los perros azules estaban en la nave número uno y después se trasladaron a la nave número dos? Pero ¿cómo demonios lo habían hecho? Bert no vio una maldita falúa desplazarse de un conjunto de anillos al otro.

No prestó atención al tablero cuando éste se llenó de destellos de todos los colores, ni vio que de los bloques partían pequeñas lanchas con hombres, dirigiéndose al segundo astillero, para atajar el peligro la amenaza que pudiera poner en peligro la segunda nave.

Las otras gradas estaban vacías. Bert recordó el rumor que corrió por la base semanas antes; se decía que los perros azules abandonarían pronto la Tierra, que tal vez aquellas dos naves serían las últimas; pero sólo eran rumores. El mundo creía que los kerlhes aún no habían terminado la misión que les había llevado a la Tierra.

Bert no se movió. Sus compañeros le encontraron inmóvil cuando llegaron para relevarle. De mala gana, el capataz ordenó que le llevaran a la enfermería. Luego, lo maldijo. Para él Bert Hunt era el culpable de lo ocurrido. Mientras otro hombre ocupaba el puesto de vigilancia, echó una mirada a la vacía grada. Se preguntó dónde estaban los restos de la nave desaparecida.

—¿Qué ocultas ahí? —le preguntó Yaita.

Dar volvió la mano para observarla. Luego miró a Yaita. No podía estar resentido con ella. Él habría actuado igual si la hubiera visto en peligro.

—No lo sé —dijo sin apartar la mirada de la palma de la mano. Ahora no sentía nada, pero sabía que aquella cosa que había arrebatado al ser de piel azul estaba dentro de él.

Eva le había examinado, y asegurado que no tenía ningún virus en su organismo, pero no sabía explicarle qué era lo que se había infiltrado en su mano.

—¿Estás segura que no lo sabes, Eva? —insistió.

—En absoluto; sólo te puedo asegurar que no es peligroso.

—¿Por qué entró en la mano de Dar con violencia y al instante adoptó una actitud pasiva? —preguntó Yaita.

—Creo que está adaptándose.

—¿Adaptándose? ¿A qué?

—A su nuevo portador.

—Demonios, explícate de una vez.

—Espera un poco y todos entenderemos lo que te ha pasado.

Dar volvió a mirar la mano, con un poco menos de desconfianza.

—¿Por qué no estabas a nuestro lado mientras recorríamos la nave? —inquirió. Era la segunda vez que hacía esta pregunta a Eva, y esperaba que ahora se la contestara.

—No tuve ningún problema para enviaros, pero cuando intenté ir tras vosotros algo me lo impidió.

Dar meneó la cabeza. Le irritaba que Eva anduviera con rodeos.

—Y tampoco sabes por qué —rezongó.

—Así es; pero descubrí que en ese momento los seres de azul se transportaron de la primera nave a la segunda.

—¿De qué manera?

—Como vosotros saltasteis de la Esfera a la nave. Cuando ellos estaban a bordo, no conseguí infiltrarme hasta segundos antes de la implosión, a tiempo para rescataros y alejarme de la estación.

—Así que esos alienígenas pueden teleportarse. Curioso —Dar levantó la mirada hacia el punto del que surgía la voz de Eva—. Gritaste cuando Yaita disparó.

—No tenías por qué matar al alienígena, yo os iba a salvar.

—Lo siento —dijo Yaita—. No me pude contener al ver a Dar en peligro.

—La bala le atravesó y llevaba suficiente fuerza para estrellarse contra el nimbo rojo —observó Dar—. ¿Qué provocó la explosión?

—Fue una implosión —le rectificó Eva—. De otra forma toda la estación habría desaparecido.

—¿Qué era aquella cosa que cubría el campo de fuerza?

—El sistema de impulsión.

—No era tecnología terrestre.

—Evidentemente.

—Dijiste que había dos seres en la primera nave, pero cuando se transportaron a la segunda eran tres.

—Un tercero se sumó a los dos.

Dar descubrió a Yaita lanzar una sonrisa hacia la voz de Eva, un gesto de agradecimiento. Eva les había salvado de morir, y por lo tanto de volver a la vida utilizando los cuerpos que contenían las Criptas.

Cuando aparecieron en el Hogar, escuchó un suspiro de alivio de la máquina, y luego otro de Yaita. Se preguntó qué estaba pasando entre las dos, como si compartieran un secreto. Se encogió de hombros. No les daría la satisfacción de preguntarles al respecto, podía esperar a que una de las dos se lo contara.

—Lamento lo ocurrido —dijo Yaita.

—Yo habría disparado si tú no lo hubieras hecho —dijo Dar, recordando que la mirada del ser de piel azul le impedía terminar de amartillar la pistola.

Echó una mirada a la estación a través del mirador. Docenas de pequeñas naves volaban entre los restos de la grada, revoloteando por entre los anillos desmembrados. La segunda gran nave estaba siendo afirmada en la grada.

—¿Hay más seres azules en la estación, Eva? —preguntó Dar.

—No.

—¿Sabes cómo llegaron hasta aquí y de dónde vienen? No hace falta que me respondas, seguro que tampoco lo has averiguado.

—Necesitamos tiempo para saber lo que ha pasado en la Tierra durante tu ausencia, Dar.

—Estando aquí nunca lo sabremos.

Dar paseó por el gabinete.

—Los terrestres han establecido contacto con otra raza —dijo, deteniéndose ante el mirador—. Y parece que amistosa —sonrió—. No está mal. Muchos soñábamos con algo parecido.

Yaita se acercó a él. Lo dos miraron la estación, el ir y venir de las falúas.

—Es hermoso tu mundo, Dar —le susurró Yaita al oído.

—La información que necesitamos sólo la podemos encontrar ahí abajo.

—Capto miles de emisiones de radio y televisión —dijo Eva—. Podemos oírlas y verlas. Dar soltó una carcajada.

—¿Quieres un consejo, Eva? Nunca hagas caso a esos medios de comunicación. Tengo que bajar. ¿Algún problema?

—No, pero sería arriesgado.

—Todo lo es.

—¿Quieres anunciar tu regreso al mundo?

—¡Claro que no! No pienso convertirme en un espectáculo. Puedo imaginar los titulares: Único superviviente del VoráGINE regresa al cabo de... ¿Cuánto tiempo? Primero quiero ver con mis propios ojos cómo es la Tierra actualmente, cómo viven las personas, quiénes son esos alienígenas y porqué se construyen naves tan grandes en esta estación. Y con qué propósito.

—Acercaré la Esfera a la Tierra.

—Dame unos minutos para prepararme —dijo Dar—. Miró a Yaita—. Creo que debería ir yo solo primero, volveré y me acompañarás.

—Espera —dijo Eva—. No tengas tanta prisa. Dame unos días.

—¿Unos días?

—Necesito reunir datos, elegir el lugar donde aparecerás. En tu mundo el dinero es importante, ¿no? Según tú, abre todas las puertas. También necesitarás ropas que no llamen la atención. No cometamos los mismos errores que cometimos en tu primera visita a Dhrule, la cual no fue muy afortunada.

—Haz caso a Eva esta vez, Dar —dijo Yaita. Miró alarmada a Dar, al verle contraer el gesto, como si de pronto sintiera dolor.

Dar levantó la mano derecha y miró el dedo índice, en el que había aparecido una gema de color verde.

—Por fin ha aparecido —dijo Eva, su voz situada encima del hombro derecho de Dar. Yaita se acercó a observarla.

—Es como un anillo —susurró.

La gema tenía dos centímetros de diámetro y era ovalada.

—¿Pensabas en este objeto? —preguntó Eva.

—Sí... ¿Cómo lo has adivinado? ¿Vuelves a leerle el pensamiento?

—Oh, no; pero esperaba que ocurriese algo parecido. Se ha adaptado a ti, te reconoce como su dueño. ¿Puedes pensar que desaparezca de tu dedo, Dar?

La gema desapareció al instante. Dar tuvo la sensación de que, después de recorrer su dedo, se alojaba en la palma de la mano.

—¿Qué demonios es esto?

—Algo semivivo, ahora en perfecta simbiosis con tu organismo.

—Quiero quitármelo.

—Inténtalo —rió Eva.

Dar pensó en la gema, quiso que volviera a su dedo, y cuando apareció la agarró. No se la pudo quitar. Desistió y miró a Yaita.

—Puedes pasarla de un dedo a otro, pero no quitártela.

—Un curioso anillo —comentó Yaita.

—Es un sello —afirmó Eva.

—¿Por qué estás segura?

—Llámalo Sello, y tú eres su portador. Te alegrarás de tenerlo o lo odiarás.

—Se lo robé a... —iba a decir que se lo quitó al ser que mató Yaita, pero calló.

—Es hermosa —dijo Yaita.

—Te la regalaría con gusto —rió Dar. Se volvió—. Eva, ¿para qué sirve?

—No tardaremos en saberlo.

Dar pasó el brazo por los hombros de Yaita.

—Tengo hambre. ¿Podrías servirnos una buena comida, Eva?

—Elige lo que quieras, Dar. Del menú de Yaita me ocuparé yo.

Dar frunció el ceño.

—¿Por qué?

Yaita se echó a reír.

—Eva cuida mi línea.

Bert Hunt recibió la orden de recoger sus cosas y presentarse en el hangar. Allí le esperaba un trasbordador. A bordo sólo había heridos leves, algunos quemados y una docena de hombres y mujeres con permiso.

A Bert nadie le dio explicaciones por qué se anticipaba su vuelta a la Tierra. Sentado detrás de la cabina, empezó a comprender que se había quedado sin trabajo.

Un ayudante del piloto le entregó un sobre cerrado, con instrucción de abrirlo después de que el trasbordador hubiera aterrizado. Antes de retirarse, el ayudante le dirigió una mirada de desdén.

Bert tuvo la sensación de ser el blanco de todas las miradas cargadas de reproche. No le costó demasiado leer en los ojos de sus compañeros de viaje que le consideraban culpable de lo ocurrido en el complejo.

Sintió ganar de llorar. Nunca volvería al espacio.

## CAPITULO VI

Miró a su alrededor y aspiró el aire que olía a pino, a hierba y a campo recién abonado.

No tardó en llegar a los arrabales, y caminó por la callejuela pavimentada con romos guijarros que se estrechaba tanto que antes de salir de ella extendió los brazos para comprobar que podía tocar las paredes.

Se detuvo en el comienzo de una plazoleta en cuyo centro había una fuente de la que manaban chorros de agua cristalina.

—¿Te gusta? —preguntó Eva.

—Mucho —respondió Dar.

—¿He captado tu idea?

—Sí. ¡Pero hace tanto tiempo que te hablé del pueblo en que nació...!

—Oh, no tengo problemas de memoria —rió Eva.

Las pequeñas casas que rodeaban la plazoleta estaban encaladas, brillaban bajo el sol del mediodía. Se acercó a una puerta pintada de verde y trató de abrirla. El tirador de bronce no se movió.

—¿Por qué has hecho esto? —protestó Eva—. No me advertiste que querías entrar en una vivienda, y no lo había previsto.

—Lo siento. Está bien así. Es un bonito regalo.

—No sé cuándo es tu cumpleaños, pero quería sorprenderte con un regalo que te pareciera original.

—¿Por qué con una copia de mi pueblo?

—La Esfera es tu hogar desde que te rescaté de las ruinas de la Vorágine, y creí que te gustaría contar con este escenario cuando te sintieras triste.

—Pero es un pueblo sin gente.

—Sería un poco complicado llenarlo de aldeanos, de niños y de animales de granja; pero podría intentarlo.

Dar se acercó a una bocacalle. Al otro lado había una especie de balcón. Eva le advirtió:

—No verás abajo el río discurrir entre los viñedos; no he tenido tiempo para diseñar la campiña.

Dar se paró. Dio una patada a un guijarro, esperando que saltara. Miró la piedra incrustada con un gesto de decepción.

—De pequeño mis amigos y yo arrancábamos las piedras del suelo para lanzarla al río.

—No me he acordado de poner las piedras. Vaya, parece que he cometido algunos fallos.

—Gracias, Eva. Consérvalo todo como está, y cuando tengas tiempo termina el pueblo. Algún día vendré aquí a merendar con Yaita... Cuando regrese.

—Ella quiere acompañarte.

—Prefiero que me espere aquí. Cuando regrese la llevaré para que conozca la Tierra.

—Es lo más sensato.

—Eva, Yaita se comporta de forma extraña.

—Ya sabes que no escucho lo que habláis en vuestras habitaciones...

—¿Y?

—No sé si te ha dicho...

—¿Qué?

Eva guardó silencio. Dar ya estaba impaciente cuando le respondió:

—Le corresponde a ella decírtelo.

—No me gusta este juego, Eva.

—No es un juego. Yaita es mi amiga, no puedo decidir por ella.

—Le pediré que me explique lo que sea.



—Pero no ahora, espera a volver. Si le preguntas, sabrá que me he ido de la lengua y no me hablará en muchos días. Por favor, Dar, no me pongas en una compromiso.

Dar se echó a reír. Desde que Eva había conocido a Yaita se comportaba como si realmente fuera una mujer.

—¿Podrás llevarme donde te he dicho? Espero que no te confundas.

—He revisado mil veces el lugar. En el gabinete encontrarás todo lo que he preparado para ti. Para saber cómo viste la gente he tenido que ver muchas horas de televisión. Tenías razón. Es aburrida y poco esclarecedora.

Salió de la nueva estancia y volvió al gabinete. Eva le informó que Yaita nadaba en el arroyo del valle.

—La llamaré para que se despida de ti —añadió.

Se sentó a la mesa y encontró una cartera de piel. Miró en su interior. Perfectamente envueltas, había algunas pastillas de oro puro, monedas y una bolsita de gamuza con diamantes perfectamente tallados. Cada uno pesaba un quilate exacto, lo que los hacía más valiosos. A simple vista le parecían de una pureza poco común. Confiaba que pasarían el examen de un analizador electrónico. Ante los sellos raros arrugó el ceño. No los veía muy buenos. Tal vez su afición por la filatelia no había dejado una huella tan fuerte en su subconsciente. En cambio, las monedas antiguas las consideró perfectas. En cualquier caso eran oro y siempre podría venderlas al peso.

Confiaba en no tener problemas económicos.

—¿Estás seguro de querer volver a tu país? —preguntó Eva—. Podrías probar en América del Norte, o en Escandinavia. Esos países sufren menos las consecuencias de la crisis energética y económica.

—Tal vez más tarde viaje a América, en un avión, sin necesidad de tu ayuda. Ya veré. Improvisaré. Me gusta improvisar.

—Estaré en contacto contigo en todo momento. Y Yaita podrá verte siempre que quiera, y hablarte.

Se vistió con las ropas, se guardó las armas y cogió la cartera. Salió del gabinete y se dirigió a la sala Azul. Yaita le esperaba allí. Cuando lo vio aparecer, se echó a sus brazos.

Tras separarse de ella, Dar creyó que había llorado en su hombro. Volvió a besarla y se echó en la litera. Antes de cerrar los ojos, vio que Yaita le sonreía. Era estupenda; le daba ánimos. Le devolvió el saludo y esperó que la cúpula lo cubriese.

Aunque lo había experimentado varias veces, aún no había logrado acostumbrarse, y el miedo lo embargaba cada vez que Eva le trasladaba desde la Esfera a otro lugar.

Más de una vez se había preguntado qué le pasaría si Eva lo proyectaba dentro de un muro. Cuando le expuso a Eva su temor, ésta le replicó que su pregunta le parecía ofensiva, y añadió que no era ninguna estúpida.

Respiró profundamente. Ya estaba en la Tierra, y el aire que respiraba no era más desagradable que el que había en las contaminadas ciudades de su tiempo.

Estaba amaneciendo aquel día del año 2055.

La fecha era una de las pocas cosas que les había aclarado la televisión y la radio.

Sólo habían pasado tres décadas desde la gloriosa partida de la Vorágine. Después de haber temido que hubiera sido un periodo mayor, Dar no se sentía decepcionado.

Estaba en el borde de una vieja carretera, rodeado de campos de labranza. Escuchó el lejano canto de un gallo, y las respuestas de otros. A su derecha se alzaba la línea ondulante y gris de la sierra. Sintió una extraña emoción al pisar la húmeda tierra.

No estaba dispuesto a dejarse llevar por las emociones y echó a andar.

Al cabo de un rato avistó el cruce y llegó junto a una autovía. Abandonó la vieja carretera y se detuvo junto a un indicador. Lo miró. Leyó el nombre de la ciudad a la que había pensado dirigirse. No estaba lejos.

Durante unos minutos observó el paso de los vehículos, la mayoría grandes y rugientes camiones. Llamó su atención que no soltaran nubes de gases por los tubos de escape.

Los coches eran parecidos a los modelos de su tiempo; observó que muchos eran viejos, y

hacían más ruido.

Echó a andar por la cuneta, soportando el embate de los camiones cuando pasaban por su derecha. Renunció a hacer auto stop. En una autovía no pararía nadie a recoger a un tipo que hiciera señales con el dedo.

Se arrepintió de no haber pedido a Eva que le dejara más cerca de la ciudad. Podía llamarla, decirle que le devolviera a la Esfera y le transportase a un arrabal, pero no quería ver de nuevo a Yaita, empezar otra vez. Seguiría adelante.

Un par de kilómetros más adelante, vio a un hombre sentado sobre una roca a poca distancia de la cuneta. Al acercarse, descubrió que le observaba con curiosidad.

Lo miró con curiosidad; era viejo, su rostro estaba lleno de arrugas, su tez era muy morena.

—Hola —saludó a Dar cuando llegó a su altura.

—Buenos días —contestó Dar, intentando dominar los nervios. Era la primera persona de su mundo con la que hablaba después de tantos años.

—¿Se dirige a la ciudad?

—Sí.

—Vaya, parece que estoy ante un Hijo de las Estrellas.

Las palabras del viejo sorprendieron a Dar.

No respondió, y ante su silencio el otro se echó a reír.

—No se ofenda si no lo es. Estoy aquí sentado desde antes que saliera el sol y he visto pasar a muchos, en coches, en motos, incluso andando. El ambiente se está caldeando, ¿verdad?

Antes de partir se había propuesto no discutir con nadie, y asintió con la cabeza.

—¿De dónde viene, amigo? —preguntó el viejo—. No me responda si mi curiosidad le molesta...

—Del Norte. Alguien me recogió en una gasolinera y me dejó en el cruce; no seguía hasta la ciudad. ¿Qué hace usted aquí?

—Desde hace muchos años me cuesta dormir, me develo y salgo de casa y paseo. Esta mañana me dije que sería divertido ver pasar a los Hijos de las Estrellas. ¿Por qué quiere ir a la ciudad? Yo no iría, ni por todo el oro del mundo.

Al otro lado de la autovía, el enorme polígono industrial que se extendía hasta las montañas seguía oscuro y silencioso. Dar comprendió que estaba abandonado.

Los campos que había en aquel margen del asfalto acababan de ser cosechados. Preguntó al viejo que había crecido en ellos, y éste replicó con visible malhumor.

—¿Qué supone que había? Hace tres meses se llevaron la cosecha de esas horribles y feas plantas, muchacho. Fue una gran cosecha, sí; pero ya no la procesan ahí enfrente, sino que la llevan al otro lado de la frontera, hasta cerca del Báltico. Ya sabe por qué. Los planes quinquenales lo exigen así, dicen los burócratas, para que el poco trabajo que haya sea rotativo y todos los pueblos puedan dar un bocado al escaso rendimiento de las tierras. ¿Y qué recibiremos a cambio? Pues el biogás que se obtendrá a costa de nuestro sudor, que nos cobrarán multiplicado por cien. Dicen que dentro de cinco años volverán a abrir las fábricas, y al otro lado de la carretera se procesará lo que cosechemos y todo lo que nos envíen del Norte. Mierda, los políticos son unos hijos de puta tan grandes como los diseñadores de las finanzas.

Escupió al suelo.

—Lo peor es que no volverán a plantar más biogás, que lo sé yo, y nada crecerá en estas tierras que siempre nos dieron mucho trigo, porque donde han crecido una vez esas horribles plantas, nada vuelve a crecer. Mata la tierra para siempre, y lo que más me jode, nos jode a todos, es que todo el mundo lo sabe, y siguen primando para que los campesinos idiotas arrojen semillas rojas a los surcos.

Dar rabiaba por hacer preguntas al viejo campesino. Lo vio restregarse las encallecidas manos, renegar y volver a escupir.

Por la autovía seguían pasando camiones, casi todos en dirección a la ciudad. Al paso de unos autobuses pintarrajeados con eslóganes que Dar no tuvo tiempo de leer, el viejo se echó a reír.

—¡Ahí van más Hijos de las Estrellas! Serán miles, y lo destrozarán todo, por muchos polis y

soldados que intenten pararlos. Si tuviera algunos años menos, me uniría a ellos y lanzaría piedras y botellas contra los matones de los jodidos políticos.

—Debo seguir mi camino —observó Dar—. ¿Qué dijo que había plantado aquí?

El viejo le miró sorprendido. Después de toser, dijo:

—Esa porquería que usan para conseguir gas. Antes había remolacha, trigo, cosas magníficas. Pero los del gobierno dijeron a los campesinos que trabajando para los del biogás ganarían más dinero. ¡Ja, nos engañaron como a chinos! A todo el mundo engañan como si el planeta entero fuera una gran China. Un día se llevarán el regalo de las estrellas, nos dejarán sin generador kerlhe y todo se irá el carajo.

—¿Qué quiere decir? ¿A qué generador se refiere?

—¿De dónde sale? ¿Es que no sabe de qué le hablo?

—Buenos días, señor —dijo Dar, echando a andar.

—¡Usted no es de esos locos, si lo fuera no sería tan educado! —le gritó el viejo—. No debería ir a la ciudad; habrá demasiados cabrones seguidores del Gran Chiflado, de veras. Vuelva a su casa y enciérrese.

Dar se volvió y le saludó con la mano. Apretó el paso.

En una gasolinera convenció al conductor de un gran remolque para que le llevara a la ciudad. Lo convenció mientras repostaba. El hombre sólo le preguntó si estaba armado.

—Claro que no —le respondió, pensando en el arma que llevaba escondida en el forro del chaquetón—. Le pagaría si tuviera dinero, de veras.

Después de mirarle de arriba abajo por segunda vez, el conductor señaló la cabina del camión y le advirtió:

—Suba. Yo sí estoy armado, amigo. Le llevaré porque tiene cara de buena persona o de gilipollas. Pero le advierto que lo arrojaré a la carretera de una patada si comete una tontería.

No hablaron mucho durante el camino. El hombre dijo llamarse Miguel, y le juró que apenas descargara la mercancía, saldría de la ciudad y volvería a su pueblo.

—No me quedaré para verla arder cuando los fanáticos se adueñen de sus calles —añadió—. Ojalá el Ejército dispare esta vez, pero a dar, no al aire. Así aprenderán. Dicen que su líder llegó hace varios días, de incógnito, y está enardeciendo los ánimos. Claro está que también podría quedar todo en aguas de borraja. A ver qué pasa. Pero por si acaso, me largo.

Dar encontró los viejos polígonos industriales que rodeaban Madrid abandonados; sólo de trecho en trecho vio que algunas fábricas aún funcionaban. El tráfico pesado se intensificó a medida que se acercaban a la ciudad. Preguntó a Miguel dónde se concentraba la actividad fabril.

El conductor le miró un poco extrañado, pero le respondió que en las pequeñas ciudades, más fáciles de vigilar por las brigadas armadas civiles.

No insistió en hacerle más preguntas; había creído ver en la expresión de Miguel que empezaba a sospechar de él.

El camión se detuvo delante de unas naves en las que había gran actividad. Varios vehículos vaciaban sus mercancías, que recogían grupos de hombres y las guardaban en los almacenes. Miguel dijo que debía bajarse, y Dar saltó de la cabina y le dio las gracias.

—Este no es un mal barrio, amigo —dijo el conductor, bajando con unos papeles en la mano—. Hay líneas de autobuses y el metro no queda lejos. Si quiere ir al centro, ya sabe lo que tiene que hacer: mejor será que alquile un taxi legal.

Los edificios no contaban con más de diez plantas y se alzaban bastante separados entre sí, con amplias avenidas de por medio. La gente que caminaba por las aceras era escasa, y caminaba deprisa. Estaba empezando a oscurecer. Dar sentía hambre; pasó de largo por delante de varias cafeterías y restaurantes. Necesitaba dinero. Eva no había encontrado en la televisión cómo era el papel moneda. Entró en una calle peatonal llena de pequeños comercios.

Vio una tienda de compra y venta cuando las luces del anuncio de neón acababan de apagarse.

Empujó la puerta y entró.

Desde el otro lado del mostrador un hombre pequeño y barbudo lo observó a través de sus gafas con montura de oro. Le dijo destempladamente:

—Está cerrado.

Dar observó que tenía la mano derecha debajo del mostrador, seguramente acariciando una pistola o el botón de alarma. Las estanterías estaban repletas de objetos, y en el fondo, tras un cristal blindado, había un expositor con joyas.

—Me ha sorprendido la noche, señor —dijo, sonriendo para tratar de infundir confianza al hombre—. Acabo de llegar a la ciudad y he visto que compra...

—Y también vendo; pero hoy no he hecho sino comprar y ya estoy harto; necesito vender. ¿Comprende? Además, estoy cansado y me duelen los pies. Vuelva mañana.

—No le entretendré mucho, señor. Necesito un poco de dinero esta noche. Tengo algo que le interesará.

—¿De veras? —sonrió el hombre, sin sacar la mano de debajo del mostrador—. Eso dicen todos, y sólo llevan encima porquerías. No me haga perder el tiempo. Lárguese.

Dar se llevó la mano al bolsillo interior del chaquetón. Se quedó quieto al ver que el hombre le empuñaba con una escopeta recortada.

—¿Le interesa algo de oro, algunas piedras de buena calidad? —preguntó sin sacar la mano.

—¿Oro? Usted no tiene pinta de llevar oro encima.

—Déjeme que se lo muestre.

—¿Ha dicho piedras? ¿Qué clase de piedras?

—Diamantes.

—No me interesa nada que sea artificial.

—He dicho diamantes.

—Está bien. Enséñemelos. Y también el oro.

Bajó un poco la escopeta, pero siguió apuntando a Dar, ahora al estómago.

Dar sacó la mano llevando una bolsita de gamuza, la abrió y puso sobre la madera del mostrador cinco piedras y dos barritas de oro, cada uno de cincuenta gramos. No entendía mucho de metales preciosos, pero confiaba que Eva los hubiera conseguido de buena ley. Se fijó, leyendo las letras al revés del escaparate, que aquel tipo se llamaba José Roca.

El hombre soltó la escopeta debajo del mostrador. Cogió las piedras, las examinó con la lente que ajusto a su ojo derecho y asintió. Luego comprobó en un analizador la ley del oro. Soltó una exclamación.

—Veintidós quilates; no está mal.

Pesó las piedras, y lanzó cinco gruñidos de satisfacción, uno por cada piedra.

—¡Justo un quilate cada una! —dijo, colocándolas en un tapete verde. Tosió y añadió—: No son de buena calidad, sin embargo; todas contienen ligeras impurezas, algo de jardín. Pero no están mal.

Dar sonrió. Aquel tipo mentía. Las piedras eran perfectas. Eva se lo había garantizado. Ella no necesitaba una muestra para obtener algo así de unos pedazos de carbón. No había visto cómo las había conseguido, pues las encontró una mañana en la mesa de su gabinete, junto con los pequeños lingotes de oro.

Dar suspiró. Se hacía de noche y quería encontrar cuanto antes un lugar donde dormir.

—Dígame cuánto.

El dueño de la tienda le miró torvamente.

—Necesito ver sus papeles. Este es un negocio legal.

—No los llevo encima.

—En este caso sólo le puedo pagar doce mil dólares.

—¿Ha dicho dólares?

—¿Acaso prefiere euros, amigo? Oh, puedo darle cien mil euros, pero creo que usted prefiere dólares, por supuesto americanos.

Dar se preguntó qué podía hacer en Europa con doce mil dólares estadounidenses. Cuando partió de la Tierra la moneda europea se cotizaba de nuevo a la par con el dólar americano. En treinta años se había devaluado bastante. O poco, según se mirase.

—Me habría pagado más si llevara encima mis papeles, ¿no?

José Roca soltó una carcajada.

—No demasiado. Vamos decídase. Lo toma o lo deja. Si no lleva dinero encima, tendrá que dormir en la calle, y verá el amanecer, si llega a verlo, desnudo y apaleado.

—Deme la mitad en euros —dijo. Llevaba más piedras y algunas barritas de oro, pero estaba deseando salir de allí.

—De acuerdo —suspiró el hombre, empezando a contar billetes.

Dar le observó. Los billetes americanos habían cambiado poco. En cuanto a los euros, eran casi iguales a los que había conocido, todos de cien y mil. José Roca completó la cifra con monedas de veinte y cincuenta. Dar sonrió. La inflación había relegado los billetes de esta nominación y los había cambiado por monedas de níquel.

—Puedo recomendarle a un amigo que le proporcionará lo que necesita.

—¿Qué cree que puedo necesitar? —preguntó Dar, guardándose el dinero.

—Papeles. No se puede andar por ahí sin ellos. Y menos estos días, con tanta chusma como ha llegado a la ciudad. Usted no tiene pinta de venir del otro lado del estrecho, pero por si acaso necesita demostrarlo.

—Deme la dirección de ese amigo suyo y tal vez vaya a verle.

—No vive en ninguna parte. Se llama Matías y puede encontrarle en un bar llamado Río de Sangre, cerca de la Puerta del Sol, ya sabe. Es un lugar muy discreto. Y seguro. Si no tiene donde alojarse, vaya a esta dirección —le entregó una tarjeta—. Por una módica propina el conserje de noche no le hará preguntas. Dígame que va de mí parte.

—Está bien. Gracias por todo.

—Vuelva cuando quiera... y disponga de buena mercancía —rió José Roca.

Salió de la tienda. Ya era de noche. A su espalda escuchó cerrarse la puerta de golpe y a continuación el sonido metálico de la baraja metálica caer de golpe. No se volvió para mirar. A la luz de un escaparate leyó la dirección de la tarjeta. No sabía cómo llegar a aquella calle y pensó que debía alquilar un taxi.

Caminó hasta la esquina y levantó la mano al ver acercarse un coche pintado de rojo y blanco, con un anuncio encima. Frenó delante de la él y la puerta trasera se deslizó a un lado. Dar entró. Se fijó que un cristal blindado lo separaba del taxista, quien sin volverse le preguntó:

—¿Dónde quiere que le lleve? El taxímetro ha empezado a correr.

Dar encontró una ranura en el cristal y puso en ella la tarjeta con la dirección del hotel.

Al volverse el taxista para cogerla, Dar vio que era una mujer. Llevaba un cigarrillo en los labios y tenía el entrecejo fruncido. Después de leer la tarjeta, ella sonrió. Señaló la calle que Dar acababa de abandonar y dijo:

—Pepe Roca le ha recomendado el tugurio de su primo, ¿eh? Bueno, todo queda en casa. Está un poco lejos, amigo, pero le llevo en un santiamén.

Dar no replicó. Sacó los cigarrillos y encendió uno. La mujer, antes de arrancar, le dirigió una larga mirada por el espejo retrovisor.

A los pocos minutos, Dar sabía que el vehículo era eléctrico.

Durante un rato recorrieron varias calles y atravesaron un par de avenidas. El tráfico era intenso. Los semáforos estaban en intermitente, y los cruces se convertían en tempestades de airadas protestas de bocinas e imprecaciones.

El taxi se detuvo en medio de un chirriar de frenos antes de llegar a una esquina. La mujer se volvió y dijo:

—Son cincuenta, encanto.

Dar intentó abrir la portezuela, pero ésta no cedió. La mujer seguía mirándole, sonriente. Le señaló la ranura.

—No se abrirá mientras no pagues —dijo—. ¿Es que no conoces las costumbres?

Dar introdujo en la ranura un billete de cien. Ella le devolvió unas monedas. Se quedó esperando la propina.

Sonriendo para disculparse, Dar le entregó la mitad de las monedas.

—Gracias —dijo la mujer. Se inclinó sobre el salpicadero y apretó un botón. La puerta

produjo un chasquido y se deslizó hacia atrás.

—¿Dónde está el hotel? —preguntó Dar una vez fuera, inclinándose para verla por la ventanilla.

—¿Hotel? —Ella se echó a reír—. Pepe Roca se ha cachondeado a tu costa, amigo. Eso es una pocilga, putas baratas y maricones. Si entras ahí, mañana despertarás en un callejón, si tienes suerte y no te han rajado el cuello por robarte. Tío, te he visto sacar mucha pasta. ¿De dónde carajo sales? ¿Es que no sabes en qué barrio estás?

Dar miró su alrededor. A la izquierda había una calle estrecha, y a mitad de ella guiñaba el anuncio luminoso del hotel que José Roca le había recomendado. Era un edificio mugriento. Cerca de la entrada había un grupo de hombres y mujeres, mirando hacia la avenida, observándole.

—Puedes pagar un sitio menos cochambroso —dijo la taxista, sacando la cabeza por la ventanilla.

—¿Vas a recomendarme uno?

—Sí, no está lejos de aquí. Yo no te engañaré. Apostaría a que el tipo de la tienda ya ha llamado a su primo para que esta noche te limpien mientras duermes.

Dar sonrió.

—No sé si fiarme de ti.

—Vamos, sube. No te cobraré nada por llevarte unas calles más arriba.

Miró la puerta abierta y preguntó a la mujer:

—¿Por qué lo haces?

—Tienes cara de paleta, y los paletos no duran mucho en esta ciudad; además, los locos del iluminado se concentrarán mañana en este barrio.

Dar subió. La mujer condujo deprisa por las calles. Unos minutos después se detenía delante de un hotel cuya apariencia era bastante buena.

—Toma —dijo Dar, entregándole otro billete de cien.

—No me debes nada.

—Vamos, te lo has ganado. Tú también pareces una paleta.

Ella soltó una carcajada y se guardó el dinero. No arrancó. Cuando entró en el hotel, Dar se volvió. Seguía allí, ante el volante y con el motor en marcha. Se encogió de hombros, cruzó el pequeño vestíbulo y se acercó a la ventanilla de cristal. Al otro lado, un hombre corpulento no le quitaba ojo de encima.

—Quiero una habitación —dijo Dar.

—Son doscientos por noche, el doble si no quiere que le haga preguntas —contestó el hombre, mirando hacia la calle por encima del hombro de Dar.

Puso en la bandeja cuatro billetes de cien, que el otro retiró de inmediato.

—¿Quiere compañía para esta noche? —preguntó el conserje.

—¿Cómo dice?

—¿No me ha oído? Le pregunto si quiere dormir acompañado esta noche. ¿Chico o chica? El pago se lo hará a él o a ella.

—Sólo dormir. ¿Hay televisión en el cuarto?

—Claro —suspiró el conserje, guardando con rapidez el dinero. Puso una tarjeta en la bandeja.

Dar la miró mientras se dirigía al ascensor. Era la 708. Mientras el ascensor subía, sacó la tarjeta de cartón que le había dado José Roca. Encontró su correo electrónico y número de teléfono. A la mañana siguiente le llamaría, y según le sonara su voz, sorprendido al saber que seguía vivo, decidiría si debía buscar a Matías. Necesitaba tener una identidad cuanto antes; no podía andar por una ciudad como aquella sin papeles, y menos cuando podía haber disturbios.

El ascensor se detuvo en el piso número siete. Antes de salir miró a un lado y otro del pasillo.

Buscó su habitación. Introdujo la tarjeta y abrió la puerta. Encendió las luces. El cuarto y su contenido no le decepcionaron. Esperaba algo peor. El baño lo encontró bastante limpio, y el televisor funcionaba. Lo estudió. Era plano y la imagen era de excelente calidad. No encontró un canal con noticias, y cansado de sexo y violencia, lo apagó.

Se quitó el chaquetón y se asomó a la ventana. Podía ver la calle, y al final el comienzo de la avenida. La circulación iba disminuyendo. El ulular de las sirenas de los patrulleros provenía de todas partes.

Sacó la pistola, que dejó en la mesita, a la vista, se desnudó y se metió en la ducha. Salió del cuarto de baño con una toalla atada a la cintura. Encendió un cigarrillo, puso el cenicero en el suelo y se acostó. Fumó despacio, analizando lo acontecido desde que Eva, la Esfera orbitando la Tierra, le transportara lejos de Madrid.

—¿Qué te parece mi mundo? —preguntó en voz alta, mirando el techo—. ¿Un poco decepcionante?

No obtuvo respuesta. Se incorporó y miró cabreado la habitación. ¿Por qué Eva no le escuchaba? Ella le había dicho que una vez le hubiera dejado en la Tierra, descendería y siempre estaría cerca de él. Se preguntó qué problemas tenía ahora con el Código.

Agarró el mando a distancia y encendió el televisor. Encontró un canal que emitía noticias. Prestó atención. Un locutor con cara de palo decía:

—... se entrevistó con varios dirigentes y líderes. El Presidente informó a la prensa que el cambio de impresiones había sido positivo y en breve se emitiría un resumen conjunto, en el que participarían los kerlhes.

»Los miembros del Comité Económico Mundial coincidieron en asegurar que en un corto espacio de tiempo quedará esclarecido el accidente del Complejo. En círculos financieros se comenta con inquietud el hecho de que la destrucción de la nave haya coincidido cuando los kerlhes se encontraban a bordo, por lo que nadie duda que la desaparición de la Unidad K-098, obligará al Comité Económico Mundial a presentar explicaciones y disculpas en la próxima reunión de Jefes de Estado.

El locutor sonrió a la cámara, el fondo que tenía detrás de él cambió, apareció una vista panorámica de Nueva York y empezó a comentar la situación de Wall Street.

Dar buscó otra emisora. Una chica con gafas y voz engolada, mirando descaradamente a la cámara, informaba:

—... disturbios en varias ciudades, sobre todo en la capital. Los seguidores de Macombe, que han estado llegando a Madrid desde hace una semana, han empezado a causar problemas en algunas arterias del centro. El Regente del Reino, señor Hoces, ha prometido reprimirlas con toda dureza. A los Hijos de las Estrellas se les ha unido la logia de los Siervos del Sol y los Fieles Seguidores del Profeta del Cosmos.

»Mientras tanto, el líder de la secta más importante, los Hijos de las Estrellas, sigue oculto en la ciudad. Fuentes bien informadas aseguran que continúa dando instrucciones a sus fanáticos. Estados Unidos presentará al Senado español una demanda de extradición. Como todo el mundo sabe, John Macombe tiene que responder ante la Corte de muchos países por los crímenes de que es acusado.

»En los distritos periféricos y centrales se temen algaradas para mañana. No se desdeña la posibilidad de recabar la ayuda del Ejército y la Legión, incluso de fuerzas de otros países...

Dar hubiera dado una buena parte de su oro porque alguien le explicara lo que estaba escuchando. Apagó el televisor.

Su último recuerdo antes de sumergirse en el sueño fue para Yaita. La echaba de menos. Maldijo a Eva por haberle fallado de nuevo.

## CAPITULO VII

Abandonó el hotel al alba, después de desayunar en la solitaria cafetería. El conserje había sido sustituido por un guardia de seguridad, quien al verlo salir se apresuró a comprobar en el ordenador que la habitación había sido pagada por anticipado.

Una vez en la calle, parado en la acera, vio en la esquina un furgón blindado y a varios policías antidisturbios paseando a su alrededor.

Aquella presencia no le gustó, y se dio media vuelta para alejarse por la dirección contraria. No podía arriesgarse a que la policía le pidiera la documentación.

Escuchó el frenazo de un coche a sus espaldas y se detuvo. Miró por encima del hombro y descubrió al mismo taxi de la noche anterior.

La cabeza de la taxista apareció por la ventanilla, a la vez que la puerta trasera se abría, invitándole a entrar.

—¿Tienes que ir a algún sitio? —le preguntó sonriente.

A la luz del día Dar la miró y no le pareció fea. Incluso podía resultar atractiva si vistiera otra ropa. Calculó que tenía unos cuarenta años. Su sonrisa era bonita. Lamentó no haberse fijado antes en ella.

—¿Debo suponer que me estabas esperando? —inquirió, acercándose al coche.

Ella rió de buena gana.

—Toda la noche. ¿Subes o no?

Volvió a mirar hacia la esquina. Dos de los policías les estaban mirando. Subió al taxi.

—¿Sabes dónde está Río de Sangre?

—¿Qué se te ha perdido allí?

—Quiero ver a un tal Matías.

La mujer arrancó el coche y se alejó de la esquina.

—¿Por qué al peor falsificador de la ciudad? Si te lo recomendó Roca, olvídale. ¿Has perdido tus documentos o no puedes ir por ahí enseñándolos?

—Los perdí.

—Mala cosa —el motor emitió un ruido bronco y añadió—: Este trasto anda mal.

—¿Qué le pasa?

—No cargó las baterías ayer, todo el día estuvo nublado. Tendré que repostar.

Dar se había fijado antes de entrar que el techo del vehículo estaba cubierto por placas solares.

—Ni se te ocurra ir allí, amigo —dijo ella—. Quiero decir a Río de Sangre.

—¿Eres mi ángel de la guarda?

—O el diablo ¿Qué más da? Te estoy haciendo un favor.

—¿Por qué?

Ella volvió un poco la cabeza.

—Me llamo Margarita, pero puedes llamarme Rita.

—Mi nombre es Darío Siles, pero me he acostumbrado a que me llamen Dar. Si confiesas que has estado esperándome toda la noche porque ayer te quedaste prendada de mis encantos, te creeré. Pero prefiero que me digas la verdad.

Rita paró el coche ante un semáforo antes de entrar en la avenida. La circulación era intensa a aquella hora. Dar observó que la mayoría de los turismos llevaban placas solares en el techo.

—Anoche me pareciste un tipo raro, y quería verte a la luz del día. Cuando subiste a la habitación, entré y charlé con el conserje. Es amigo mío y me contó que pagaste el doble. Por lo tanto, no tienes papeles.

—Olvidé pagarle para que mantuviera la boca cerrada.

—En realidad te ha hecho un favor.

—Expílicate antes de que el rojo se apague.



—También te vi salir del cubil de José Roca, y me dije que un tipo como tú, sin papeles, sólo podía haber llegado de África o del espacio. Del Complejo. Han despedido a mucha gente después del accidente.

Dar la escuchó tenso. Guardó silencio. El semáforo cambió y Rita arrancó.

—Después pensé que estaba equivocada —añadió—. Entraste en la tienda de Roca para obtener dinero. ¿Qué vendiste? No creo que fuera tu alma, porque ese cabrón no las compra. Tampoco estás aquí para apoyar al loco de Macombe. Entonces, ¿para qué carajo has venido a la ciudad? A una ciudad que no conoces. Sin embargo, eres de aquí, se te nota en el habla. Debes estar muy desesperado si pensabas ir al Río de Sangre.

—¿Por qué debo fiarme de ti?

—Me caíste bien anoche, Dar. Pero también quiero ganar dinero. Lo necesito. Págame bien y no tendrás problemas. ¿Quieres un visado para Estados Unidos? No es fácil, pero yo te podría conseguir uno que a su lado los auténticos parecerían falsos.

—Para en la primera esquina y déjame en paz. Me arriesgaré tratando con Matías. O con otro.

—Oh, hazlo y dormirás en una sucia comisaría. Matías tiene olfato, amigo, y olerá que entregándote a la pasma sacará una pasta. Le pagan bien por la gente importante.

—¿Por qué crees que soy importante?

—Vistes bien, tienes cosas caras que vender... y llevas un arma en la sobaquera.

—¿Cómo lo sabes?

—La vi anoche, cuando te agachaste para salir del coche. ¿De dónde vienes que te interesan las noticias? Mierda, es como si fueras un alienígena que anduviera despistado por la Tierra. Y tú no tienes la piel azul ni la nariz de un perro.

—De un kerlhe, ¿no?

Rita pisó el freno con brusquedad. Bajó el cristal blindado, pasó los brazos por el sillón y miró fijamente a Dar.

—Si desconfías de mí, lárgate; pero después de escucharme.

—Creo que será lo mejor; pero dime a qué juegas y por qué intentas ayudarme.

Rita encendió un cigarrillo.

—Mi padre se enroló en la maldita Voráquine, y un tío mío viajó a Marte cinco años después; yo era una mocosa y no volví a verlos. Siento debilidad por la gente del espacio.

—¿Por qué crees que vengo del espacio?

—Por todo. Hace una semana cayó un trasbordador ilegal al sur de Argelia. Viajaban veinte personas, y no han encontrado a todos. Dicen que algunas cruzaron el estrecho. ¿Sabes a qué me refiero?

¿Cómo iba a saberlo?, pensó Dar. Rita creía que era un fugitivo de Marte. ¿Por qué? ¿Qué pasaba en el planeta rojo para que la gente quisiera escapar?

Rita le apuntó con el cigarrillo.

—Tu acento es del sur de España, amigo, y muchos de allí fueron los que embarcaron en el último navío que partió rumbo a Marte, justo un mes antes de que los kerlhes se presentaran. Tú debías tener veinte años o así. Diez años marcan a una persona, y anoche caminabas como si te pesara la gravedad de la Tierra.

Estuvo a punto de echarse a reír. Rita había creído que era un astronauta inadaptado, al confundir su andar cansino y desconfiado con la tortura que suponía que debía sufrir al soportar una gravedad mayor a la que se había acostumbrado durante una década. Decidió no llevarle la contraria. Pero le intrigaba el misterio, que los colonos de Marte no pudieran regresar a la Tierra. Se mordió la lengua para no preguntárselo.

—Lo pasabais mal en Marte, ¿verdad? —la pregunta de Rita lo arrancó de sus reflexiones—. Mierda, os abandonaron a todos, se olvidaron de las colonias cuando aparecieron los perros azules y propusieron su absurdo plan a los cabrones de siempre. A hacer púnelas las gentes que enviaron a los desiertos marcianos con la absurda idea de terraformar todo un planeta. ¿Por qué no cuidaron a éste?

—¿Qué me aconsejas, Rita? —preguntó al cabo de un largo silencio—. Estoy confundido.

—No es para menos diez años sin recibir noticias —gruñó Rita, arrojando la colilla por la ventana—. Se han tomado muchas molestias en cortar las comunicaciones con vosotros, para que no recibáis emisiones de radio ni de televisión. Creo que los kerlhes tienen mucho que ver con esto. Dar, te diré lo que debes hacer, lo haré en nombre de mi padre.

—¿Cómo se llamaba?

—Guy Hunt.

Dar dio un respingo. Hasta oír aquel nombre había pensado que Rita le había mentado acerca de su padre, pues él era el único español a bordo de la Vorágine. Se acordaba de Guy, aunque no fueron amigos. Era un americano de Florida, que siempre iba diciendo que cuando volviera a la Tierra se instalaría definitivamente en España, para estar cerca de sus hijos. De su esposa nunca les habló.

Dar estaba tan sorprendido como emocionado que sólo logró articular:

—Así que tú eres norteamericana. ¿Qué haces aquí, conduciendo un taxi?

—Es una historia larga de contar. Mi madre era española. Antes de que mi padre partiera en la Vorágine se divorciaron. Ella murió hace unos años, y tuve que ocuparme de mi hermano. Pero no hablemos de mí, sino de ti. Te llevaré ante alguien que te dará los papeles que necesitas. No puedes ir por ahí diciendo que te llamas Darío Siles y has vivido en una pocilga marciana. Ya sabes lo que te pasará si te descubren.

—Claro —asintió Dar, preguntándose que les hacían a los que escapaban de Marte.

—¿Qué vendiste a Roca anoche para que te diera tanto dinero?

—Un poco de oro y algunos diamantes.

—Entiendo. Los diamantes marcianos se cotizan bien. Roca te pagaría la décima parte de su valor. ¿Tienes más?

Dar contestó con desconfianza.

—Algunos.

—Estupendo. Necesitarás dinero para largarte a Escandinavia. De allí no podrán sacarte, no existe tratado de extradición con el resto del mundo.

Puso el coche en marcha. Más adelante pararon en una estación y Rita llenó el tanque. Dejó a Dar que pagara, y éste se sorprendió por lo caro que estaba el combustible llamado biogás. En un panel leyó que la gasolina y el gasoil sólo podían conseguirse con permisos gubernamentales. Anotó en la mente que más tarde preguntaría a Rita acerca de aquel producto que empobrecía las tierras de cultivo.

Entraron en el centro de la ciudad, bajaron hasta el Retiro y Rita condujo en dirección a Alcorcen. Se detuvieron en una barriada antigua, de altos y feos edificios, con estrechas calles y olor a alcantarilla.

Al bajar observó que Rita echaba varios seguros al volante y conectaba la alarma. A su mirada interrogante, ella respondió:

—¿Es que no roban los coches en Marte? —rió y añadió, como si su comentario le divirtiera— Claro que no, porque no los hay, ¿en?

Mientras caminaban Dar observaba de reojo a Rita. Era casi tan alta como él y tenía un bonito cuerpo. A la luz del día pensó que no debía tener más de treinta y cinco años. Si no fuera porque cuando no reía con sorna estaba seria, incluso ponía gesto de enfado, resultaría más atractiva. De lo que estaba seguro era que tenía una fuerte personalidad. Para trabajar de taxista debía ser imprescindible. Rita se quitó la gorra y una cascada de cabellos rojos cayeron sobre sus hombros.

Entraron en un edificio y Rita llamó a la puerta de un apartamento de la planta baja. Al fondo se alzaba una escalera con peldaños muy gastados. Dar olió a humedad y desinfectante, y también a comida rancia.

Una mujer de edad mediana abrió la puerta. No mostró asombro al verlos. Saludó a Rita con un gesto de cabeza y luego lo miró a él.

—Es mi amigo. Se llama Darío Siles —dijo Rita—. Ella es Leonor, Dar.

La mujer se hizo a un lado y les hizo pasar a una habitación en penumbra, con las cortinas echadas. Encendió la luz de una lámpara que colgaba del techo, amarilla y potente.

—Necesita una documentación completa —dijo Rita haciendo un gesto hacia Dar.

—Eso costará doscientos mil —dijo Leonor, encendiendo un corto cigarrillo.

Rita empezó a protestar.

—Eh, la semana pasada lo hiciste para un amigo por mucho menos.

—El tipo que me proporciona los impresos ha subido el precio. Dice que corre mucho riesgo robándolos del ministerio. —Miró a Dar, como esperando que él comprendiese mejor—. Mis documentos son buenos porque llevan los controles auténticos. Nada de falsificación. Puede decirse que son tan buenos como los del Regente de Zona.

—Está bien —dijo Dar, para quien carecía de importancia el dinero.

—Quiero ver la pasta, amigo —dijo Leonor.

Dar sacó el fajo de billetes. Completó la cantidad con dólares. Guardó el resto, pensando que necesitaría visitar otra tienda de compra y venta. Leonor pareció complacida y les dijo que pasaran a otra habitación. Allí había ordenadores, escáner, mesas de trabajo y otros aparatos que Dar no se molestó en identificar, pero que podía adivinar que servían para falsificar cualquier clase de documento.

Leonor le hizo varias fotografías, registró su iris, huellas dactilares y sacó una muestra de su ADN. Preguntó si quería que en su pasaporte constasen que había visitado varios países no pertenecientes a la Unión Europea, y le dijese cuáles.

—Mi amigo sólo ha estado en Estados Unidos, Canadá y Suecia —dijo Rita.

—Bien pensado —sonrió Leonor—. Estará pasado mañana.

—Lo quiere para hoy. Has cobrado el suplemento de urgencia, ¿verdad?

—Imposible. Mi amigo vendrá a buscarlos esta tarde y mañana le grabará los controles de seguridad.

Dar arrojó sobre la mesa otros billetes, ante la mirada enfadada de Rita. Leonor, después de guardar el dinero, dijo:

—Llamaré a mi contacto para que se pase por aquí dentro de una hora. Os espero a la tarde. No puedo hacer más.

En la calle, mientras se dirigían al taxi, Rita recriminó a Dar su actitud.

—No debiste darle más dinero. Lo habría hecho por los doscientos mil. Yo sé regatear. ¿Te sobra el dinero o estás más asustado de lo que había pensado?

—Venderé algunas piedras. Llévame a casa de Roca.

Entraron en el coche; Rita hizo que Dar se sentara a su lado.

—No volverás a tratar con ese usurero. Dime qué le vendiste anoche y cuanto te pagó.

Cuando Dar le dijo los gramos de oro y el tipo de piedras que entregó a cambio del dinero, Rita silbó y meneó la cabeza.

—Te estafó.

—Puedo adivinar que ahora me llevarás ante un amigo tuyo que me pagará el doble —dijo Dar con gesto resignado.

—Te engañará menos.

Dar puso en sus manos el dinero que le quedaba.

—¿Es suficiente para alquilar tu coche el resto del día?

—Por esta cantidad tienes hasta mí cuerpo esta noche, encanto —rió Rita, guardando rápidamente los billetes.

Con más de medio millón de euros en el bolsillo, después de desprenderse de algunas pastillas de oro y varias piedras, Dar pidió a Rita que lo llevase a unos almacenes para comprar ropas y algunas cosas, como una maleta y artículos de higiene.

Rita le llevó a unas galerías comerciales y Dar eligió comprando un gran bolso, que llenó con ropa interior, camisas, un par de pantalones, una chaqueta de lana y avíos de aseo personal.

Rita comentó con ironía:

—Dicen que la nave que aterrizó la otra semana era la última que quedaba en la colonia.

Debiste subir a ella con tanta precipitación que no tuviste tiempo de hacer la maleta —suspiró—.

Nunca creí que el aislamiento fue impuesto por la epidemia que asoló las colonias. No os querían de

vuelta, cuando se enteraron de que todos queríais regresar, para no reconocer el fracaso de la misión en la que tanto dinero se había invertido... y robado. ¿Cuántos quedan vivos aún, Dar?

—Pocos —respondió cautamente, sintiéndose como si caminara en el filo de una navaja.

—Tampoco he creído que antes de reactivar los campos hidropónicos y solucionar el problema de la comida practicarais el canibalismo.

Dar trató de sonreír.

—No llegamos a ese extremo.

Cuando volvieron al barrio de Leonor, después de comer en un restaurante, Rita frenó bruscamente en la esquina.

—¿Qué sucede? —preguntó Dar, viendo que más delante había gente cerrándoles el paso.

—Son los estúpidos Hijos de las Estrellas —masculló Rita.

El griterío aumentó cuando la comitiva, compuesta por hombres y mujeres que entonaban cánticos religiosos, se puso en marcha. Los curiosos se dividían entre los indiferentes y los que lanzaban insultos a la manifestación.

—¿Por qué protestan? —preguntó Dar.

Se dijo que debía ser cuidadoso con sus preguntas.

—Llevas poco tiempo en la Tierra para saber qué quieren esos fanáticos —masculló Rita—.

Los Hijos de las Estrellas es un movimiento que nació con la llegada de los kerlhes; al principio nadie les hacía caso, pero cuando se extendieron por todo el planeta se dieron cuenta de lo peligroso que pueden llegar a ser dentro de poco.

—¿Por qué vienen de todas partes a la ciudad?

—Porque su líder, el gran cabrón de Macombe, quiere boicotear los encuentros entre el CEM y los perros azules. Lo más divertido es que oficialmente la reunión en la cumbre no se celebrará en Madrid. Creo que en el fondo a esos locos les trae sin cuidado, ya que su propósito es llamar la atención, armar jaleo en las calles y enfrentarse a la policía y el ejército. Salir en los titulares, que la televisión hable de ellos.

—Pero ¿qué buscan?

—Lo que nunca les será concedido: sentarse a la mesa con los políticos y discutir con los kerlhes las condiciones de la emigración.

Dar se quedó perplejo. ¿A qué emigración se había referido Rita? ¿Los kerlhes ponían la técnica, los terrestres la mano de obra y la gente que se enviaba a otros mundos? Se quedó con las ganas de hacer un montón de preguntas a Rita. Algunas cosas no podía ignorarlas, por muy colono frustrado que hubiera sido en Marte. Todavía no la conocía lo bastante para confiarle que había sido miembro de la Vorágine, había conocido a su padre y vuelto a la Tierra después de visitar un mundo, Dhrule, que suponía había sido colonizado por terrestres... cuando ocurrió esto no podía saberlo, pues las fechas no coincidían. Empezó a considerar en serio la posibilidad de que Eva lo había traído de vuelta a la Tierra, pero a un pasado demasiado alejado de su presente real. Empezó a dolerle la cabeza.

Rita dio marcha atrás y se alejó de la multitud. Escucharon las sirenas de la policía.

—Esto se pondrá feo muy pronto —dijo, preocupada.

Los curiosos empezaron a alejarse corriendo, con el miedo en sus rostros. Otros grupos increpaban con rabia a los Hijos de las Estrellas. Entre los alborotadores había muchos que vestían túnicas marrones. Dar estuvo a punto de echarse a reír al verlos imitar a los kerlhes en la vestimenta; se preguntó si se habían embadurnado la cara con pintura azul. Empezó a comprender.

—¿Adoran a los kerlhes?—preguntó extrañado.

—Matarían por ellos, los consideran dioses, mesías, sus divinos redentores, enviados por Cristo, Alá y Buda, hermanos de Ra, Mitra, Júpiter y Viracocha —rió la mujer—. El mundo se vuelve más fanático cada día que pasa, Dar. Me río del filósofo que auguró el fin de las religiones para este milenio. Ese estúpido dijo que no serían prohibidas, sino que la humanidad acabaría comprendiendo que debía darles la espalda de una vez por todas. Desde la tragedia de la nave, los ánimos están más encrespados. Los fanáticos piden venganza por la muerte de sus adorados seres, quieren ver ajusticiados a los culpables. Los gobiernos debieron silenciar lo sucedido, pero no

tuvieron tiempo de silenciar a los medios de comunicación. Esto terminará mal.

Iba a emprender la marcha, pero viendo el interés que Dar mostraba por lo que estaba pasando en la otra calle, echó el freno y esperó.

Las sirenas sonaban cada vez más cerca.

Dos vehículos grandes y grises pasaron junto a ellos. Se escuchó el chinar de frenos y docenas de hombres uniformados de gris, con cascos, escudos y toda clase de armas, bajaron de los coches. Los antidisturbios recordaron a Dar los guerreros de las películas que había visto de niño.

Los soldados formaron pelotones, un grupo se adelantó empuñando fusiles lanzadores de granadas de gas. Los oficiales gritaban órdenes por los megáfonos, para hacerse oír por encima del griterío de los seguidores de Macombe. Los que insultaban a los Hijos de las Estrellas optaron por escapar, aunque algunos se unieron a los policías, situándose detrás de ellos.

—Será mejor largarse de aquí —dijo Rita, girando el volante para alejarse.

Dar volvió la cabeza y vio volar los primeros botes de gas. De la marea marrón partieron algunas botellas con gasolina, que estallaron lejos de los policías. Se escucharon los primeros disparos.

—Daremos un rodeo para llegar a la casa de Leonor —dijo Rita.

Unos minutos después, aparcaba el coche delante del edificio que había visitado por la mañana.

La mujer les abrió de inmediato la puerta y puso en las manos de Dar un sobre.

—Creí que ya no vendríais. Estaba a punto de irme. Tengo una casita en las afueras, y no volveré hasta que esto se calme.

Rita abrió el sobre y echó un vistazo a la tarjeta de plástico y al pasaporte. Asintió y se lo entregó todo a Dar, quien creía que Leonor le miraba con demasiada insistencia.

Al volver al coche, escucharon las descargas de la policía, los gritos de dolor y de rabia y más disparos.

Rita arrancó con violencia y se alejaron.

—Si conoces un hotel seguro, que esté lejos de los jaleos, llévame a él —pidió Dar.

—Los hoteles habrán cerrado sus puertas a cal y canto. Iremos a mi casa. Es segura.

Como lo había dicho, Dar pensó que no admitiría una negativa suya. No discutió.

Tuvieron que dar varios rodeos para evitar los enfrentamientos entre los seguidores de Macombe y la policía. Algunos coches ardían, los contenedores de basura habían sido volcados, y los árboles y demás mobiliario urbano. Grupos de incontrolados individuos con túnicas marrones apedreaban los escaparates que no habían sido protegidos.

El barrio donde vivía Rita estaba tranquilo, incluso había gente en las calles y circulaban algunos coches. Allí las casas eran de una y dos plantas.

Rita encerró el taxi en el garaje, cerró la pesada puerta de hierro y la aseguró con varios cierres. En el fondo había una escalera de metal. Le indicó a Dar que la subiera. Arriba estaba la vivienda, pequeña pero confortable.

—¿Te gusta mi palacio? —preguntó Rita, quitándose la chaqueta de cuero. Llevaba una blusa blanca, que permitía a Dar ver que tenía unos pechos pequeños pero firmes.

La habitación era amplia, amueblada con sencillez: una mesa, sillas, cómodas y lámparas de pie. Dar se preguntó de dónde sacaba tiempo Rita para cuidarla y mantenerla limpia. Podía ver el dormitorio, la cama grande y el ropero empotrado y otros muebles. Al fondo había una cama amplia. A la derecha estaba la cocina, pequeña pero completa. Otra puerta al fondo, cerrada ésta, atrajo su atención. Si era otro dormitorio, se preguntó quién lo ocupaba. Rita le había hablado de un hermano, pero en el apartamento no se apreciaba la presencia de un hombre.

Dar se acercó a la ventana. Cuando iba a descorrer la cortina, Rita se lo impidió. Tuvo tiempo de ver que tenía rejas.

—No conviene que vean luz desde el exterior. He conectado la alarma. Estamos seguros. Si los seguidores de Macombe llegaran, podría haber disparos. Tranquilo, que el cristal es a prueba de balas. ¿Quieres un café?

Rita preparó un par de tazas bien cargadas. Mientras se cambiaba de ropa, Dar se preguntó si

había hablado en serio cuando le dijo que por el dinero que le había entregado podía tenerla a ella.

La miró cuando se sentó frente a él, tomando pequeños sorbos de café.

Señaló el sofá que había en un rincón, junto al televisor.

—Puedes dormir ahí, es cómodo. Más tarde prepararé algo de comer.

—Estupendo —asintió Dar.

La vio levantarse y entrar en la cocina.

Después del último sorbo de café, empezó a ver la documentación con más detenimiento.

Además del pasaporte y la tarjeta de identidad, había una de la seguridad social. Todo estaba a su nombre. Se preguntó si debió inventar un nombre para él. Sonrió. ¿Quién se acordaría de Darío Siles? Se quedó pensativo. Por ejemplo, Margarita; ella podía tener una lista de la tripulación, alguna foto con todos los hombres y mujeres que partieron a las estrellas. Miró las paredes. No había retratos ni fotos, al menos en el salón, pero podía haberlas en los dormitorios. Se movió inquieto. Guardó los documentos en el bolsillo de la camisa. Rita creía que su padre había muerto. Habían pasado treinta años, y el regreso de la expedición estaba previsto para mucho antes. Quizá debía decirle algún día que murió sin sentir la muerte, como todos. ¿Pero cómo explicarle lo demás, que él fue salvado por una máquina fabulosa a la que llamaba Eva? ¿Para qué decirle que si le acibillaban a tiros volvería a vivir? Frunció el ceño. No esperaba a ser un viejo achacoso para ocupar un cuerpo sano y vigoroso.

—Lo siento, pero sólo tengo jamón y unos huevos —dijo Rita desde la cocina—. Y una botella de vino. No creí que tendría invitado.

—Oh, está bien. No tengo demasiado apetito.

—¿Cuándo piensas irte?

Dar se tomó unos segundos para responder:

—Aún no lo sé. Tal vez dentro de un par de días. Compraré un billete de avión. ¿Existen vuelos aún al norte?

—Claro, pero siempre llevan retraso; ya sabes, las medidas de seguridad... Lo siento. Había olvidado que faltas de la Tierra muchos años. Pues ocurre lo mismo que entonces, pero peor.

—Mejor. No me gustaría que un bastardo secuestrara el avión y me llevara a África. Rita, voy a apagar la luz para echar un vistazo a la calle.

—Vale. No te asustes por los disparos; aunque no haya gentuza de Macombe, no hay una noche en que no se escuchen.

Se levantó, apagó la lámpara y apartó un poco la gruesa cortina. No vio a nadie en la calle. Por las esquinas pasaron veloces varios patrulleros blindados, haciendo sonar las sirenas, destellando sus luces.

—Esto estará dentro un momento —dijo Rita, saliendo de la cocina—. Bajaré al garaje. He olvidado conectar las baterías de reserva del coche. Quiero conservar el tanque lleno de biogás. Tardaré un par de minutos.

Dar volvió de la ventana, encendió la lámpara y dijo:

—Prepararé la mesa.

—Estupendo —rió Rita, abriendo la puerta que conducía a la escalera metálica.

Cuando ella volvió se encontró los platos en la mesa, los huevos fritos aún calientes, la botella abierta y dos vasos. Rieron y se gastaron bromas mientras comían. Rita era una amena compañía. Por un momento pensó que debía decirle que no le apetecía dormir en el sofá, pero la imagen de Yaita lo devolvió a la realidad, y cuando recogieron los platos y los lavaron, se dieron las buenas noches. Rita había puesto sábanas, una manta y una almohada en el sofá. Entró en el dormitorio y cerró la puerta.

Amortiguó la luz de la lámpara de pie y se tumbó. Junto al sofá había una pequeña mesa con revistas y libros. No tenía sueño y empezó a hojearlos. Por ellos se enteró de que vivía en un mundo con serios problemas energéticos. Casi agotados los yacimientos petrolíferos, se había tenido que recurrir a fuentes alternativas de energía, pero éstas no eran suficientes para cubrir la demanda. Y estaba el maldito biogás, y el vegetal del que se obtenía, un resultado transgénico de la marihuana. Los ecologistas se oponían a su cultivo, convencidos de que causarían la ruina de la tierra

cultivable.

Se quedó dormido.

Escuchó un leve ruido y abrió los ojos.

Había puesto la pistola debajo de un cojín y acercó la mano a ella. Miró la puerta de entrada, luego la del dormitorio de Rita. El rumor que le había despertado procedía de la escalera. Apagó la lámpara y la habitación quedó a oscuras. Sólo entraba la luz por la rendija de la cortina que cerraba la ventana. Amartilló el arma. Pasó el dedo por encima del guardamonte y con el pulgar quitó el seguro. Escuchó pasos. Alguien subía desde el garaje.

Se había sentado en el sofá cuando la puerta fue empujada. Alguien entró en el salón, dio unos pasos de puntillas. Dar levantó la pistola. La otra mano se acercó al tirador de la lámpara de pie.

El intruso avanzó hacia el centro de la habitación. Dar no esperó más, encendió la luz y gritó:

—Si te mueves, te hago un agujero en el estómago.

La persona se detuvo, levantando los brazos para no ser deslumbrado por la luz.

—¡No dispare, no dispare!

Dar lo miró. Era un muchacho. Le miraba aterrorizado. Retrocedió hasta que se golpeó contra el armario lleno de platos.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —preguntó Dar, acercándose al muchacho, que se había arrodillado y se protegía la cabeza con los brazos, gimoteando.

Pasó ante el chico y atisbo por la puerta. La luz del garaje estaba apagada.

—¿Cuántos te acompañan? —preguntó—. ¡Habla o te pego un tiro!

Escuchó que se abría la puerta del dormitorio de Rita. Por el rabillo del ojo la vio entrar, mirando con espanto al muchacho arrodillado. Al acercarse más, gritó sorprendida:

—¡Bert!

Dar bajó el arma.

—¿Le conoces?

—Es mi hermano, Dar.

Rita lo levantó. El muchacho temblaba, no dejaba de mirar a Dar. Ella le hizo sentar en el sofá.

—Tranquilízate, Bert. Es Dar, un amigo.

—Lo siento —dijo Dar, guardando la pistola—. No sabía que esperabas a tu hermano. Debiste advertirme.

—Y no lo esperaba. —Rita tomó sus manos—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me advertiste que vendrías? Dios, sólo me tranquilicé cuando me aseguraron que no había habido bajas humanas, sólo los perros azules.

Dar se sentó frente a los hermanos. Señaló al muchacho.

—¿Tu hermano estaba en la estación cuando reventó la nave kerlhe?

Rita asintió.

## CAPITULO VIII

—¿Qué ocurrió en el Complejo, Bert? —preguntó a Bert cuando consideró que se había tranquilizado.

—Espera —intervino Rita—. Quiero que antes me cuente qué le ha pasado a él, y por qué diablos le han rescindido el contrato. Tenía un buen trabajo, y más posibilidades que otros de ser aceptado en una expedición. Vamos, hermano, quiero conocer qué cargos presentarán contra ti.

Bert se alisó el pelo y aceptó el cigarrillo que le daba aquel hombre, del que sólo sabía su nombre. Le miró con recelo, no le bastaba que Rita le hubiera dicho que era su amigo. Cuando vivía en aquella casa, había conocido a muchos amigos de Rita, y ninguno le cayó simpático. Sin embargo, el llamado Dar Siles parecía distinto, y aquella noche dormía en el sofá.

—Tenía turno de vigilancia —dijo cuando Dar le encendió el cigarrillo con un extraño encendedor—. Ya sabes cómo son esas guardias, Rita. Bueno tú tal vez no lo sepas, Dar.

—No, no lo sabe —dijo ella—. Ya te he dicho que es un refugiado mío, un fugado de Marte. Está bajo mi protección. Ahora bajo la protección de los dos. ¿A cuántos devolvieron a la Tierra además de ti?

—Sólo a mí —Bert sacudió la cabeza—. No pueden acusarme de nada. ¿Qué podía hacer yo? Nadie sabe cómo llegan los perros azules cuando deciden inspeccionar las naves. Hace un mes estuvieron en la estación, pero no estaba de descanso y me encerraron en los dormitorios como a los demás. No quieren que nadie mire al exterior. En su anterior visita, los kerlhes instalaron el Impulsor, y volvieron; era su Día Rojo, la jornada en que todo el trabajo se suspende para que nadie los moleste. Yo capté una señal, pero esa maldita luz nunca había funcionado, no sabía lo que significaba, nadie me explicó lo que debía hacer si se encendía. No pueden culparme de nada.

—Pero alguien pagará el pato, hermanito, y me temo que serás tú. Lo que no entiendo es que te devolvieran a la superficie y te permitieran llegar a casa. ¿Saben que estás aquí?

Bert negó con la cabeza.

—La lanzadera aterrizó en Oregón, y me dieron un pasaje para Nueva York, ordenándome que me presentara en la oficina del CEM dentro de dos días.

Rita lanzó un jadeo.

—Y te viniste a Europa, a Madrid. Jesús, no pasará mucho tiempo sin que te localicen.

—¿De qué me pueden acusar?

—No lo sé, pero buscarán una cabeza de turco. ¿Te ingresaron tus pagas?

—No lo he comprobado. Compré el billete con la tarjeta oficial.

Rita cruzó una mirada con Dar, y éste comprendió que si querían encontrar a Bert no tardarían en comprobar que había comprado un pasaje para Madrid.

—Creo que os estáis preocupando por nada —dijo—. Han despedido a Bert, nada más.

—¿Cómo explotó la nave con los kerlhes dentro? —preguntó Rita, paseando por la habitación—. ¿Un sabotaje?

—Imposible. No se acercó ninguna nave al complejo horas antes.

—Dicen que habrá una reunión urgente con algún representante kerlhe, pero nadie sabe dónde ni cuándo, aunque se especula que será aquí.

Rita expulsó una bocanada de humo y miró el cigarrillo que le había dado Dar. Lo encontraba muy extraño, como si no tuviera ni rastro de nicotina.

—No se te ocurra contar a nadie que te encontrabas en la estación cuando reventó la nave —aconsejó a su hermano—. Si te oye un fanático de Macombe, estás perdido.

—Allí ocurrió algo muy extraño, hermanita.

—¿A qué te refieres?

—Los sensores de la cabina detectaron una presencia que no sabría explicar. Por eso saltó la alarma que nadie sabe para qué sirve.



—Eh, eso no puede ser; alguien tiene que saber la función que tenía esa alarma.

Bert se volvió para mirar a Dar con extrañeza.

—La cabina de observación fue diseñada por ellos, Dar, por los perros azules.

Dar permaneció callado mientras Rita reía y alborotaba la cabellera de su hermano.

—No pasará nada. Aunque el CEM y los gobiernos no se entiendan y recelen mutuamente, todo se tranquilizará, los fanáticos de todas las sectas de adoradores de los kerlhes recibirán su merecido y la construcción de las naves se reanudará.

—No es eso lo que piensa la mayoría, Rita.

—Vamos, no seas pesimista.

Dar cruzó los brazos. No podía creer que su camino se hubiera cruzado con la persona que tenía que vigilar por la integridad del complejo mientras él y Yaita recorrían la nave que suponían desierta, sabiendo que en la otra había unos seres que todavía ignoraban que eran extraterrestres. ¿Cómo diablos saltaron de un navío a otro? Ningún vehículo se aproximó a la estación, según Eva, y el testimonio de Bert lo confirmaba. Ambas naves estaban separadas de una grada a otra por más de quinientos metros, y los kerlhes saltaron de una a otra, como si... Dar se estremeció. En aquel momento necesitaba a Eva para que le aclarase algunas cosas, y le confirmase si sus sospechas eran fundadas.

Bert apagó el cigarrillo y dijo:

—He escuchado que los kerlhes, a la vista de lo ocurrido, han cancelado el proyecto y se largan.

—¿Quién te ha dicho ese disparate? —exclamó Rita.

El joven palideció.

—Cuando bajé del autobús me encontré con un amigo y me obligó a tomar unas cervezas. Charlamos un rato. No le dije que me habían despedido, sino que estaba con permiso; después de comentarme que por el barrio corría el rumor de que los kerlhes se marcharían, me preguntó por que algunos tipos andaban por ahí preguntando por mí.

—¿Por ti? ¿Tu amigo les vio pinta de gente del gobierno?

—No, no; más bien los tomó por seguidores de alguna secta, aunque trataban de disimularlo. Rita, creo que me están buscando, que saben que he llegado.

—Tu amigo exageraba, Bert. Descansa unos días, y procura salir lo menos posible a la calle, al menos solo.

—He visto el taxi abajo, hermana, y he pensado que debería ayudarte; puedo conducirlo cuando tú descanses, por la noche o durante el día.

—Ahora no pienses en eso.

—No estoy dispuesto a volver a ser una carga para ti —Rita cogió su cazadora y se la echó por los hombros—. Debo trabajar. Volveré después del mediodía. Ya hablaremos, Bert —se volvió hacia Dar—. Está amaneciendo. No se escuchan sirenas y jaleos. ¿Te importaría hacer compañía a mi hermano, Dar?

—Márchate tranquila —dijo Dar, levantándose para dirigirse a la cocina—. Haré café y saldremos a dar un paseo.

Ella lo miró alarmada.

—No sería prudente.

—Sólo nos acercaremos un poco al centro; quiero ver lo que ha pasado anoche. Te prometo que si vemos tumultos, regresamos.

—Lo de anoche no será nada con lo que pasará mañana —aseguró Rita, escondiendo un cuchillo en la caña de su bota derecha. Miró a Dar—. Me voy tranquila sabiendo que llevas tu pistola.

—Confía en mí —sonrió Dar, entrando en la cocina.

Desde allí vio que Rita besaba a su hermano y bajaba al garaje.

Bert se acercó y dijo:

—Te invito a desayunar fuera, Dar. Quiero que me hables de ti. ¿Desde cuándo conoces a mi hermana?

—Desde anoche.

Bert arrugó el ceño.

El local estaba lleno de gente. Cerca había algunas fábricas y muchos obreros acudían allí a comer. Sentados a una mesa, con sendas tazas de un café que a Dar le parecía horrible, llevaban un rato conversando.

—¿Sabes? —dijo Bert—. Tu apellido me suena. ¿Dónde lo he leído o escuchado? No es un apellido corriente.

Dar bebió un sorbo más, dejó unas monedas en la mesa y dijo que seguirían hablando mientras paseaban. Una hora antes el autobús los había dejado unas calles más allá. El ambiente de la cafetería le resultaba agobiante. Todo el mundo hablaba de los sucesos de la noche anterior y habían visto más de un conato de pelea.

De nuevo en la calle, salieron a un cruce de carreteras y contemplaron las huellas del enfrentamiento entre la policía y los seguidores de Macombe. Un coche de bomberos terminaba de apagar el fuego de varios coches, bajo la vigilancia de un blindado del ejército.

—¿Por qué los Hijos de las Estrellas son los únicos miembros de las sectas que visten esas ridículas túnicas de color marrón? —preguntó mientras esperaban ante un paso de peatones.

—Macombe lo quiere así para que sus seguidores se distingan de los demás adoradores de los kerlhes.

—Nunca imaginé que si algún día aparecieran extraterrestres vestirían como los monjes. De niño creía que bajarían de relucientes platillos volantes enfundados en ajustados trajes de plata, portando enormes y terroríficas armas.

—Nadie los ha visto sin esos hábitos ni llevando un proyector de rayos —sonrió Bert.

—Ni sus naves.

—Ni sus naves —repitió el muchacho. Caminaron deprisa cuando el verde se encendió. En la otra acera, añadió—: No sabemos cómo son sus medios de transporte. Los diseños que nos entregaron para que el mundo construyera las grandes naves estelares, estaban pensados para las necesidades humanas. Sólo se reservaron unas áreas determinadas para instalar la fuente de energía y el sistema de propulsión.

—Supongo que debió costarles convencer a las autoridades mundiales para que aceptaran sus planes de colonización.

—Existen cien versiones de los primeros contactos con los gobernantes de la Tierra, y estos guardan silencio al respecto. Creo que las comunicaciones con Marte aún no se habían interrumpido totalmente cuando se informó al mundo, ¿verdad?

—Las noticias nos llegaron muy confusas, y al poco el recién creado CEM, decretó el aislamiento. Recuerdo que todos pensamos que éste se levantaría por la llegada de seres procedentes de las estrellas. Pero nos equivocamos. A los perros azules les importaba un carajo lo que nos pasara. Por eso tuvimos dudas de que realmente quisieran ayudar a la humanidad. Nosotros éramos parte de ella, ¿no?

Dar podía asumir el papel de irritado ex colono de Marte gracias a que había leído algunos artículos en las revistas que encontró en casa de Rita, pero no podía arriesgarse a ser demasiado prolijo en sus comentarios.

—Me pregunto qué pruebas dieron a los malditos políticos de sus intenciones —añadió.

—Eso tampoco se sabe, amigo —sonrió Bert amargamente.

—Ni los mundos a los que han enviado noventa y siete naves —se arriesgó a decir. La nave destruida era la número 98. La K-98, la letra en honor a los aliados alienígenas.

Las solicitudes para engrosar las listas podían dar varias veces la vuelta al mundo. Incluso ignorando qué destinos les esperaban, cientos de millones de hombres y mujeres querían salir de la Tierra. Si los kerlhes habían llegado con la intención de salvar a la especie humana, debían saber que el porvenir que le aguardaba no era nada halagüeño a corto o largo plazo. El número exacto de personas que habían partido de la Tierra también era un secreto muy bien guardado.

—Una parte de la Tierra odia a los kerlhes, y la otra los adora, los considera dioses y levantan templos en su honor —rió Dar—. ¿Qué dice el Vaticano, qué opinan los musulmanes y las demás

religiones?

—Rumian y lamentan en silencio por haber sido postergadas, y lanzan anatemas contra los kerlhes. Lo más extraño, Dar, es que los adoradores nunca son aceptados como colonos.

Esta información era desconocida para Dar, y se detuvo y preguntó a Bert si estaba seguro de lo que había dicho.

—Está comprobado —dijo el joven—. Y confirma la creencia de que los kerlhes tienen que dar su visto bueno a las tripulaciones y los pasajeros.

—Eso es difícil de creer. ¿Qué criterios utilizan para ello? ¿Cómo se informan de los candidatos?

—Otro misterio. Hace unos años, la prensa sensacionalista lanzó el bulo de que ninguna nave llegará a su destino, no se colonizará ningún mundo y los hombres y mujeres que viajaban en ellas servirán de cobayas para los kerlhes o servidos como filetes en sus mesas. Aunque casi nadie creyó esta teoría, el CEM cerró los periódicos que la publicaron.

—¿Qué objetivos tiene el CEM?

Bert lo miró con asombro.

—Eso lo sabe todo el mundo: Apoderarse de la tecnología kerlhe por las buenas o las malas. Si éstos no se la entregan voluntariamente, arrebátarsela a la fuerza o mediante el espionaje.

—Quizá ya la tengan.

—Oh, no. Los kerlhes protegen sus inventos. ¿Sabes lo que es la Cobertura?

Dar se atrevió a negar que lo sabía. Se alegró de que a Bert no le sorprendiera su ignorancia.

—La Cobertura —suspiró el muchacho—. La fuente de energía y el sistema de impulsión los protegían los perros azules con campos de fuerza. Al principio el CEM intentó vulnerarlos, y una nave a medio construir desapareció como la K-98. Los kerlhes advirtieron que no tolerarían un acto más de espionaje y suspenderían su ayuda si volvía a repetirse. Y ha vuelto a ocurrir. Por eso todo el mundo sabe que se marcharán. Lo que nadie puede predecir es lo que pasará con la última nave que queda en la estación, si se la llevarán con ellos o la dejarán. ¿Pero de qué nos servirá? Aún no tiene instalada la ruta en el puente de mando.

En el centro de Madrid encontraron más huellas de los enfrentamientos nocturnos, y en algunas plazas vieron grupos de hombres vestidos con hábitos marrones; aunque la policía trataba de dispersarlos, volvían a reunirse. Dar dijo que no le gustaba aquello. En cualquier momento podía volver a estallar la violencia. Debían volver.

Al atardecer, cuando en los cielos de Madrid volvieron a verse columnas de humo, lograron subir a un autobús que los llevó de vuelta a casa.

Cuando llegaron ante la puerta del garaje, Dar comentó que Rita debía haber vuelto. Bert retrocedió un paso y señaló el cierre de la baraja.

—Está abierta. Rita nunca se olvida de cerrarla.

Dar empuñó el arma y levantó un poco la baraja. Se agachó y miró dentro.

—El taxi está ahí —dijo.

Bert izó un poco más el portalón y se pasó al interior. Dar intentó decirle que esperase, pero el muchacho corría hacia la escalera.

Vio a Bert subir, desaparecer arriba, y escuchó un ruido, un grito cortante. Y golpes.

Refrenó el impulso de correr y pisó de puntillas los peldaños, llevando el arma fuertemente apretada, el dedo acariciando el gatillo. Se agachó y atisbo desde las sombras. Había mucha gente arriba, de ello estaba seguro. Oyó el llanto de Rita, cargado de rabia.

Había hábitos marrones en el salón. Dar contó cuatro; dos de ellos habían agarrado a Bert y le golpeaban, gritando que habían cazado al asesino de los dioses. Sobre el sofá, Rita trataba de gritar. El pañuelo que tenía alrededor de la boca sólo le permitía expulsar su llanto. Le habían atado las manos y las piernas con cinta adhesiva. Estaba desnuda, y en su pecho mostraba algunos cortes. Por la mordaza resbala un hilo de sangre. Su hermano había aparecido justo cuando los lacayos de Macombe comenzaban a torturarla. Se habían olvidado de ella y se ocupaban de su presa. Habían venido a por él, y lo tenían en sus manos. Tan excitados estaban por haberlo encontrado que no miraban hacia la escalera.

A Bert lo había advertido un amigo de que mucha gente andaba buscándole. Un sicario levantó a Bert y lo arrojó junto a Rita. Otro empezó a desnudarlo.

—¡La sangre derramada de nuestros dioses pide venganza, hermanos! —gritó otro, blandiendo un afilado cuchillo—. ¡Llevemos a nuestro santo líder la cabeza de esta bestia del demonio!

Agarró a Bert por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás. El cuchillo se acercó a su garganta. Los demás gritaron y sujetaron al muchacho. A su lado, Rita se debatía impotente.

Dar saltó y disparó contra el sicario que iba a degollar a Bert; antes de caer al suelo, apuntó a uno de los hombres que lo sujetaban, pero sólo consiguió herirlo en el hombro.

Arrastrándose por el suelo, el herido pasó por encima de su compañero muerto, tratando de alcanzar la salida. Los dos sicarios metieron las manos en los hábitos.

Dar se revolvió, hincó una rodilla en el suelo y volvió a apretar el gatillo. Alcanzó a uno de los fugitivos en la espalda, quien al caer arrastró escaleras abajo al otro.

Se incorporó y corrió hacia la puerta, pero miró a Bert y vio con horror que antes de huir uno de los sicarios le había hundido un estilete en el pecho. Se lo arrancó, y con el mismo acero cortó a Rita las cintas de las manos y le quitó la mordaza.

—Tapona la herida de tu hermano. ¿Estás bien?

Ella asintió. Desagarró la camisa de Bert y lanzó un grito al ver la mucha sangre que manaba de la herida. Sacó un pañuelo y le taponó la herida.

—Aguanta, Bert. Sujeta el pañuelo —pidió a su hermano. Cuando el muchacho, sin dejar de gemir, hizo lo que le había dicho, corrió al cuarto de baño y volvió con toallas y una bolsa. Levantó la mirada a Dar y le dijo—: No es grave, pero necesito contener la hemorragia.

Dar se acercó a la escalera y apuntó hacia abajo. Sin dejar de mirar al garaje, preguntó.

—¿Qué ha pasado?

—Escuché ruidos abajo hace un momento, y cuando iba a ver qué pasaba, subieron esos bastardos. Me golpearon para que les dijera dónde estaba mi hermano. Dios, cuando vi a Bert entrar creí morir.

Dar le pidió que guardara silencio.

—Han entrado más —dijo. Fue a cerrar la puerta y saltó a un lado cuando una bala atravesó la madera y se incrustó en la pared—. Llévate a tu hermano al dormitorio, y avisa a la policía.

Retrocedió y empujó el armario. Otros disparos lo obligaron a dejar el mueble a mitad del camino.

Rita agarró a su hermano y lo arrastró a su cuarto. Dar disparó dos veces hacia el garaje sin apuntar. Luego miró la ventana. Abajo debía haber más de cinco hombres, y podían acudir más.

—¡Pide ayuda! —gritó a Rita. Miró por encima del hombro y la vio coger un móvil.

Caminó de espaldas hasta la entrada del dormitorio. Allí había otra ventana. Los sicarios de Macombe no tardarían en encaramarse hasta ellas y dispararles desde la calle.

Cuando menos lo esperaba, desde el garaje le dispararon una larga ráfaga de ametralladora. Tenían armas de sobra para pulverizar la vivienda.

Escuchó:

—¡Entregadnos al asesino de nuestros dioses y os dejaremos en paz! ¡Os mataremos a todos si no lo arrojáis por la escalera antes de un minuto!

—¡Iros a la mierda! —contestó Dar, refugiándose detrás del armario. Con la mirada calculó el grosor de la madera y pensó que no detendría las balas.

—Tú lo has querido. Ahora llevaremos a nuestro santo profeta tres cabezas.

Dar se tiró al suelo cuando desde abajo empezaron a disparar. Cuando vio que apuntaban a media altura, comprendió que los compañeros del tirador iban a subir agachados. Si quería contestar al fuego tendría que levantarse, y ofrecería un blanco estupendo.

Se arrastró por el suelo y entró en el dormitorio.

Rita estaba arrodillada junto a la cama, inclinada sobre su hermano, terminando de vendarle. Bert había perdido el conocimiento.

—Esto se pone feo —dijo Dar, aprovechando los segundos que dejaron de disparar. Al

volverse vio una sombra perfilarse en la ventana, disparó contra ella y escuchó un grito y a continuación el golpe de un cuerpo al caer desde una altura de tres metros.

Atisbo por el hueco de la puerta y vio que otra persona trataba de abrir la ventana del salón. Desde donde estaba no podía apuntar bien.

—He llamado a la policía, pero tardará en venir —dijo Rita—. Hay jaleos cerca, y algunas calles están cortadas por los hombres de Macombe.

—Creo que tratan de distraer a la policía —dijo Dar. Había sacado el cargador y contado las balas. Le quedaban cinco. Los otros cargadores estaban en la bolsa, lejos de su alcance.

Se agachó cuando una ráfaga aulló por encima de su cabeza. Rita agarró a su hermano y lo sacó de la cama. Bert cayó pensadamente a su lado, y ella lo protegió con su cuerpo.

Adelantó la mano para disparar sin apuntar, pero otra andanada de tiros se lo impidió. Escuchó gritos y pisadas en las escaleras. Los hombres de Macombe irrumpían en el salón.

Sintió una mano sobre su hombro. Volvió la cabeza. Rita estaba con su hermano. Miró hacia arriba. Soltó una exclamación.

Yaita estaba a su lado. Vestía un ajustado traje negro y en las manos llevaba una especie de fusil de oscuro metal.

—Eva me ha garantizado la efectividad de este trasto. Cierra los ojos y dile a tu amiga que los cierre también.

—¿Qué haces aquí?

—Más tarde te explico los detalles. Hasta hace un momento Eva no consiguió averiguar por dónde andabas. Te presenta sus disculpas.

Ella bajó a la altura de sus ojos la cinta negra que Dar había pensado que le sujetaba el cabello. Cerró los ojos después de ver que Rita había oído a Yaita y hacía lo mismo.

Yaita se apoyó en los codos, introdujo el enorme cañón de su arma entre la puerta y el marco y disparó.

A pesar de tener los ojos cerrados, Dar percibió el fortísimo resplandor que inundó el salón a través de los párpados. Sólo escuchó como el zumbido del viento, y luego el silencio.

—Vaya, parece que es efectivo —rió Yaita, terminando de levantarse. De un puntapié terminó de abrir la puerta y echó una mirada—. Eva me dijo que haría trizas cualquier forma de vida en un radio de acción de tres metros.

Dar tosió, la siguió y comprobó que los muebles del salón estaban volcados. Encontró jirones de hábitos. Una oscuras manchas en el suelo y en las paredes parecían ser lo único que quedaba de los sicarios.

—¿Desintegrados? —preguntó, mirando con respeto el arma que sostenía Yaita.

—Sí, algo así me dijo Eva que quedaría de esos locos. —Se volvió hacia Rita—. Lo siento, pero tendrás que arreglar un poco los muebles. La buena noticia es que no tendrás que barrer los restos de esos bastardos. ¿Nos presentas, querido?

Después de una cura de urgencia, el médico preguntó a Rita si su seguro médico cubría la estancia del herido en el hospital.

—No, maldita sea, pero lléveselo, termine de curarle y me ocuparé de pagar las facturas —replicó ella, mirando con rabia a los enfermeros, que esperaban la orden del médico para meter en la ambulancia la camilla en la que descansaba Bert.

—Lo siento, pero si no me puede garantizar el pago, no tendré más remedio que dejarlo aquí —el médico miró el garaje. Después de haber visto el piso de arriba, debía dudar que aquella mujer se pudiera responsabilizar de los gastos.

Dar se acercó y le puso en las manos un fajo de billetes.

—Con esto tendrá bastante para una semana o más, ¿no?

El tipo sonrió después de contar el dinero. Mientras extendía un recibo, después de dirigir un gesto a los enfermeros para que metieran en la ambulancia al inconsciente Bert, dijo:

—Si no hay complicaciones, habrá suficiente con este depósito. Se les avisará con dos días de antelación si los gastos lo superan. En caso contrario...

—Sé lo que pasará en caso contrario, maldito matasanos —rugió Rita—. No será el primer

enfermo que ponen de patitas en la calle.

—Lo siento, pero son las normas. Tenga este folleto, señora. En él podrá enterarse de las horas de visita.

Se volvió y subió a la ambulancia. En la calle había algunos curiosos, que al ver al vehículo alejarse perdieron interés por lo ocurrido en la casa y se dispersaron.

—¿Cómo estás? —preguntó Dar a Rita.

Ella hizo un gesto de cansancio.

—Sólo son unos arañazos.

—Ese cabrón debió curártelos.

—¿Y que pidiera más dinero? Te pagaré todo, Dar.

—Olvidalo. Tengo más diamantes para vender.

Rita se asomó a la calle.

—Salgamos. Necesito dar un paseo. Cuando llegue la policía, si es que llega, y vea la casa a oscuras, se marchará sin hacer preguntas, y contenta por no tener trabajo.

Cogió un abrigo que había colgado de una percha y se lo puso. Su chaquetón de cuero se lo entregó a Yaita.

—No te aconsejo que andes por ahí con ese traje tan sexy.

Una vez fuera, bajó la baraja, pisó el cierre y echó la llave.

Dar le recordó los cuerpos de los sicarios que no desaparecieron. Los habían metido en el maletero del taxi para que no los vieran el médico y los enfermeros.

—No empezarán a apestar hasta mañana —replicó Rita, respirando profundamente—. Me libraré de ellos. Sé dónde dejarlos para que no despierten sospechas. Nadie los echará de menos, ni siquiera su puta madre o su jodido profeta.

—Si tú lo dices... De todas formas te ayudaremos a deshacerte de ellos.

Rita se echó a reír. Después de mirar la bolsa que llevaba Yaita, dijo:

—No había caído en que tu arma puede ahorrarme el trabajo; pero ten cuidado para no estropear el resto de mis escasos muebles.

—Nos ocuparemos de ellos más tarde —prometió Yaita.

—¿Conoces un lugar tranquilo donde poder comer una comida decente? —preguntó Dar.

—Sí, y no está lejos —Rita observó la calle—. Esto parece tranquilo ahora. Los acólitos de Macombe han abandonado el barrio.

Cuando se hubieron alejado unos metros de la casa, Rita se volvió hacia Yaita.

—Todavía no te he dado las gracias por habernos salvado la vida a mi hermano y a mí al hacer desaparecer a esos cabrones, aunque creo que lo hiciste para salvar el pellejo a tu amigo.

—Olvidalo —dijo Yaita.

—Ahora, si no te importa, explícame cómo demonios apareciste de la nada en mi cuarto, disparando un arma de la que jamás he oído hablar.

Dar y Yaita se miraron.

—Rita es de fiar, Yaita. Se lo contaremos todo.

—No me gusta esta ciudad —comentó Yaita, jugueteando con la cucharilla del café.

Volvió la cabeza para mirar con gesto divertido a Rita, quien desde que Dar terminó de contar su encuentro con Eva y sus aventuras en Dhrule no había abandonado la expresión de sorpresa con que escuchó el relato.

—¿Alguna pregunta, Rita? —preguntó, soltando la cucharilla, después de mirar la calle desde la ventana.

La cafetería estaba repleta de gente, que parloteaba en voz alta comentando los incidentes que los fanáticos de varias sectas estaban ocasionando en la ciudad. Los comentarios unánimes eran que debían expulsarlos a todos, aunque no faltaban quienes opinaban que sus portavoces debían ser escuchados por las autoridades y participar en la anunciada reunión de jefes de estado.

Rita sonrió, aunque su sonrisa no podía ser más circunspecta.

—Tengo un millón de preguntas que hacer —dijo tras suspirar—. No os habría creído si no te hubiera visto aparecer como un fantasma, Yaita. ¿Sabéis? Lo que más me cuesta creer es que

habíais muerto y resucitado. No lo dudo —se echó a reír nerviosamente—. Pero no tenéis que hacer una demostración.

—Si estuviera en tu lugar, tomaría por locos a quienes me contaran lo que te hemos contado —dijo Dar.

Rita miró a Yaita; ya no la consideraba una desconocida, incluso una rival. Durante el relato de Dar sólo le reprochó que no le hubiera hablado de su compañera.

—¿Debo considerarte una descendiente mía? —preguntó—. Aunque me he hecho un lío, creo que tus ascendientes, Yaita, viajaron a Decero en dos naves kerlhes... hace cinco siglos según vuestras cuentas, unas personas que tal vez aún naveguen aún por el espacio.

—Lo has entendido muy bien. La Esfera retrocedió en el tiempo mientras se dirigía a la Tierra.

—¿Por qué?

—Ni siquiera Eva lo sabe.

—Su relación con su superior, el Código, no parece muy cordial. Diría que se llevan como el perro y el gato.

Dar rió.

—Es cierto; Eva no entiende al Código a veces y éste no comprende a Eva —Dar se inclinó hacia Rita y añadió en voz baja—: Pero en todo esto hay un plan, y a veces sospecho que Eva lo conoce, pero el Código le impide que nos lo revele.

—Las naves que se conservan en Decero son del mismo modelo que las de la estación —observó Yaita—. Ya no tengo dudas de que el origen de mi mundo está en la Tierra.

Rita carraspeó antes de preguntar:

—Si Eva puede estar junto a vosotros, o donde quiera, invisible a la vista de cualquiera, ¿por qué no está ahora aquí?

—Buena pregunta —dijo Yaita—. No sabíamos de ti desde el momento en que te envié a la Tierra, Dar, y sólo pudo localizarte cuando los hombres de Macombe subían por la escalera, disparando como locos. Entonces me encontré vestida con este traje tan sexy y el arma en las manos; Eva me explicó cómo dispararla y las precauciones que debía tomar para que tú y tus amigos no sufrieran daños, y al segundo siguiente aparecí detrás de ti. Creí que me seguiría. Pero continúa cerca de la estación.

Dar meneó la cabeza.

—Algo le impide bajar a la Tierra, estar a nuestro lado. Esto me preocupa, porque no sé si sabrá cuándo deberá llevarnos de vuelta a la Esfera si estamos en peligro. No me apetece morir para salvar el pellejo —alzó la mirada para mirar a Rita—. Sé que es una forma muy rara de hablar, pero Yaita y yo nos hemos acostumbrado a ella.

—A mí tampoco me gustaría tener que morir para volver con Eva —dijo Yaita, borrando la sonrisa de los labios.

Dar no observó su gesto de preocupación, pero sí Rita, y se quedó mirándola.

—Tampoco pudo entrar en la nave —dijo pensativo—. Ni acercarse a Logaroh mientras la entidad de la Esfera que tenía dominada no se libró de él. —Cogió la mano de Yaita y la apretó—. El único cuerpo que vi en las Criptas era el de un ser alto y de piel azul. Un kerlhe. Logaroh sólo tenía de humano su apariencia, era un kerlhe y resucitaba en un cuerpo de esta especie, y la entidad de su Esfera lo convertía en el viejo decrépito que jugaba a ser un dios. Creo que mientras los kerlhes estén cerca, o ocurra algo que permita burlarse de ellos, no podrá vernos ni bajar a la superficie.

—¿Cómo le pediremos que nos haga volver a su lado? —preguntó Yaita, apretando los labios, con gesto de preocupación.

—Confiemos en ella. Encontrará una solución, como siempre.

—¿Qué haréis mientras tanto? —preguntó Rita.

—Investigaremos; tal vez encontremos en la Tierra la razón por la que Eva nos ha traído al pasado. Tendremos que hacer una visita a tu amiga Leonor, Rita. Yaita necesita una identidad para moverse por esta ciudad. Deberíamos pensar en viajar a Estados Unidos, si después de la reunión de

líderes internacionales en Madrid seguimos donde estamos ahora.

—De eso me encargo yo —dijo Rita, marcando un número en su móvil. Miró a Yaita y señaló el bolso donde guardaba el arma—. ¿Te parece bien que antes de pasarnos por su casa limpiemos de basura el garaje?

Escucharon a Rita hablar. Cuando desconectó el móvil, dijo:

—Nos espera dentro de dos horas. No quiere que lleguemos antes. Lo tendrá todo preparado, a falta de los registros que hará a Yaita. Podrás pagarle con un par de diamantes, Leonor es gemóloga y sabrá apreciar la mercancía.

Leonor los recibió con una sonrisa que a Dar le pareció forzada. Les hizo pasar a su despacho, y una vez sentada tras la mesa, miró con curiosidad a Yaita. Cuando le fue presentada como la compañera del hombre, no pudo evitar lanzar una mirada de circunstancia a Rita.

—¿Cómo está tu hermano? —le preguntó.

—¿Ya te has enterado? —cuando vio a Leonor asentir, añadió—: La herida no es profunda, pero tienen que hacerle unas pruebas, por si es cierto que esos cabrones impregnan sus cuchillos con veneno. Hasta dentro de cuarenta y ocho horas no sabremos nada.

—Todos estamos atentos a lo que hagan los sectarios que pululan por la ciudad —suspiró Leonor—. Lo siento, Rita, pero no me enteré hasta esta mañana, cuando todo había pasado, que buscaban a Bert.

—A mi hermano le advirtió un amigo del peligro que corría —gruñó Rita—. Querían su cabeza para llevársela a su jefe. ¿Sabes si Macombe ya ha llegado?

Leonor se echó a reír.

—¿Crees que lo anunciarían? Si ese hijo de puta está en Madrid, permanecerá escondido hasta que comience la reunión; no dará la cara mientras no se sienta fuerte y sus asesinos desborden a la policía. Bien. Tengo preparado los papeles para esta chica; sólo necesito los registros. ¿Tenéis tanta prisa como para él? —señaló a Dar.

—Sí —replicó éste.

Leonor encendió un cigarrillo.

—Esta vez no te pagaremos con dinero, Leonor —dijo Rita—. Mi amigo tiene unas piedras que valen más que el trabajo que harás. ¿Quieres verlas?

—De acuerdo, de acuerdo. Las examinaré más tarde.

Rita entornó los párpados.

—¿Qué está pasando? ¿Desde cuándo no tienes prisa por asegurarte el pago?

Leonor inspiró hondo, apagó el cigarrillo y se echó hacia atrás.

—Habéis llegado demasiado pronto. Os dije dos horas.

—¿De qué demonios hablas?

—Estoy esperando a alguien, un amigo de toda confianza. Quiere conoceros.

Rita se levantó furiosa.

—¡Maldita seas! ¿Nos has delatado?

—¡Cálmate! —gritó Leonor, palideciendo—. Calmaos todos. Vamos, Rita, me conoces hace años. ¿Crees que os delataría a los fanáticos? La persona que espero es un enemigo de las sectas. ¿Has oído hablar de César Almanzar?

—Claro... —empezó a decir Rita. Sacudió la cabeza—. Pero no sé qué tiene que ver con nosotros.

—Es con él, Rita —dijo Leonor, señalando a Dar.

Escucharon la puerta abrirse y se volvieron.

En el umbral había un hombre de unos cincuenta años. Vestía un gabán azul y se estaba quitando el sombrero. Sonriente, avanzó hasta la mesa y arrimó una silla, sentándose al lado de Leonor. Dar lo miró. Tenía un abundante cabello blanco, la piel bronceada, una sonrisa tímida y afectuosa a la vez. Se abrió el gabán y dijo:

—No llevo encima ningún arma, ni siquiera un cortaúñas —miró a Dar y luego a Yaita—. Quería conocerle, señor Siles. ¿Es su verdadero nombre?

—Díganos primero quién es usted —le pidió Rita, sentándose despacio.



—César Almanzar.

—Tendré que creerle. No hay muchas fotos tuyas por ahí. ¿Ha venido también a Madrid para sacar una pancarta y protestar ante el palacio donde se reunirán los jefes de estado? —preguntó con sorna la taxista.

César rió.

—Lo haría si creyera que podría conseguir algo. Si han oído hablar de mí, al menos usted, señorita Hunt, sabrá que mis actividades son pacíficas.

—Dicen que lidera una secta más, que quienes le siguen también son fanáticos.

—Nunca hemos empleado la violencia ni atentando contra nada ni contra nadie.

—Les achacan varios atentados.

—Nunca han podido probar que fuéramos los culpables. Muchos gobiernos quieren desprestigiarnos.

—No sé de qué va todo esto, pero prefiero marcharme —dijo Dar—. Buscaremos otra persona que nos haga el trabajo, que tenga la lengua más corta.

—Espere —dijo César, levantando una mano—. Pueden marcharse, pero lamentarán no haberme escuchado. ¿Qué pueden perder? Sólo les pido unos minutos de su tiempo.

Dar cruzó los brazos y dijo:

—Adelante.

César tosió. Sin abandonar la sonrisa, sacó un sobre y de éste extrajo unos papeles y un par de fotografías. Después de echarles un vistazo, escudriñó a Dar.

—Es usted, no cabe duda —dijo, suspirando—. Es Darío Siles. No necesito comprobar los registros que Leonor tomó de usted el otro día.

Rita se inclinó sobre la mesa y miró con hostilidad a Leonor.

—¿Sospechaste el primer día y le hablaste de Dar a este tipo?

Leonor asintió.

—Pensé que podía ser una coincidencia, pero cotejé en mi ordenador las huellas dactilares, el iris y el ADN de tu amigo. César no me creyó al principio, y le dije que le llevaría los datos que tengo. Cuando me llamaste hace dos horas, le pedí que viniera y se convenciera por sí mismo.

—¿Para qué? —preguntó Dar—. ¿Sólo para conocerme?

César entornó los ojos, se humedeció los labios y dijo.

—No todos los días se puede hablar con un hombre que partió de la Tierra hace treinta años y regresa con el mismo aspecto que tenía. Dígame, señor Siles, ¿cómo ha vuelto? ¿Le han traído los kerlhes?

Dar estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo al ver en la seriedad de César que su pregunta la consideraba oportuna.

—No —replicó.

—Su contestación, tan escueta, me obliga a pensar que no piensa revelarme cómo ha vuelto.

—Ha acertado.

—¿Cree que estoy aquí sólo para satisfacer mi curiosidad? Hay más cosas en usted que me intrigan, señor Siles —volvió la cabeza hacia Yaita—. ¿Vino con usted?

—Eso tampoco le interesa.

—¿Puede decirme qué le ocurrió a la Voráquine?

—Quedó destruida. Yo fui el único superviviente.

—Y los kerlhes le rescataron.

—¿Por qué insiste en que esos seres me han traído de vuelta a casa?

—Las fechas coinciden para creer que los kerlhes tuvieron conocimiento de la Tierra tras haberle encontrado a usted.

—No, no me salvaron ellos —dijo Dar, empezando a dudar de sus palabras. En cierto modo, habían sido los creadores de Eva quienes intervinieron, y si éstos eran los kerlhes, César no andaba descaminado. De reojo vio que Rita se movía inquieta en el sillón. En cambio Yaita conservaba la calma, estaba demasiado serena a su entender, como si la conversación que mantenía con aquel hombre no le importara—. ¿Tanto le preocupa cómo los kerlhes descubrieron este mundo?

—Sin duda, pero mis preocupaciones son otras. Leonor lo sometió a varios escáners, señor Siles.

—Lo recuerdo.

César parecía turbado cuando dijo, sin mirar directamente a Dar:

—Le detectó lo que lleva dentro de su mano derecha, señor Siles.

Dar dio un respingo.

—¿Qué supone que es? —preguntó despacio, sintiendo sobre él las miradas de las dos mujeres.

César levantó bruscamente la cabeza.

—Un Sello kerlhe.

## CAPITULO IX

Dar se tomó un tiempo para preguntar:

—¿Qué es exactamente un Sello kerlhe?

César lo miró sorprendido, luego rió y asintió con la cabeza.

—Claro. No lo sabe, estaba lejos de aquí cuando ellos llegaron.

—Es natural que desconfíen de ti y de mí, César —dijo Leonor, encendiendo otro cigarrillo—. ¿Por qué no les cuentas todo desde el principio? Creo que su amiga en la Tierra, Rita Hunt, no les ha puesto al corriente de todo lo que está pasando.

—De acuerdo —dijo César—. Yo formaba parte de la oposición del gobierno de este país cuando los kerlhes aparecieron, y como todo el mundo me costó creer en sus buenas intenciones. No sólo nos ofrecían medios para viajar a las estrellas y colonizar los mundos que ellos habían elegido para nosotros, mundos como la Tierra, tierras vírgenes e incontaminadas, sino fuentes de energía inagotables en teoría. Los planes de los kerlhes contemplaban abrir nuevos mundos a la humanidad y salvar este planeta. Entregaron docenas de generadores, y ellos fueron la causa de la discordia.

—Siento interrumpirle, pero ¿qué tienen que ver esos generadores?

—Amigo Siles, eran máquinas herméticas, capaces de generar electricidad para millones de personas, sólo había que conectarlas a la red eléctrica.

—Tengo entendido que la escasez de energía sigue siendo un problema, tan grave como cuando yo partí de la Tierra.

—¿Cree que el regalo de los kerlhes contentó a las multinacionales? La energía era gratis. Nadie sabe cómo la obtenían los generadores. Las compañías petrolíferas y de electricidad empezaron a sabotearlas, y lo quedas peor a abrir los precintos. Empezaron a explotar, se cargaron a más de veinte repartidos en África y América del Sur. No tocaron los generadores de Europa o América del Norte. ¿Entiende lo que le digo? Los kerlhes cubrieron los generadores con su cobertura, y cuando trataron de violarla, ¡bum! Una implosión hacía desaparecer esa máquina fabulosa. No se podía dejar de extraer petróleo ni parar las centrales nucleares; pero quería conocer el secreto kerlhe, y nunca pudieron echar un vistazo al interior del bloque de acero. Los perros azules emplearon en sus generadores la misma técnica con la que protegen los impulsores que proyectan las naves a las estrellas. Yo estaba presente cuando los kerlhes protegieron el generador que está situado en la sierra, a unos cien kilómetros de Madrid. Habíamos sido invitados docenas de políticos, hombres de negocio y altos cargos militares. Todos vimos al kerlhe extender la cubierta alrededor del generador con su Sello. El mismo Sello que Leonor descubrió en su mano, señor Siles. O un Sello igual. ¿Cómo lo consiguió?

Dar abrió la mano, lo deseó y vio aparecer la gema en el índice derecho.

—¿Se refiere a éste? —preguntó, mostrándolo a todos.

—Es un Sello kerlhe, no cabe duda —musitó César, mirándolo con admiración.

—Lo es, maldita sea —masculló Leonor—. Te lo dije, César: el fantasma de Darío Siles ha vuelto a la Tierra portando un Sello kerlhe, el escáner y las placas de rayos X probaron que lo era.

César acercó el rostro a la mano de Dar; estuvo a punto de cogerla, pero no se retiró, lanzó un suspiro y dijo:

—¿Sabe lo que tiene? Durante años el CEM, los gobiernos y todos los científicos de la Tierra han intentado anular la cobertura que protege los generadores y el impulsor, para desmontar esas maravillas y copiarlas. Cualquiera daría su alma a cambio de poseer los secretos kerlhes.

—El Sello Kerlhe crea la cobertura y la anula —añadió Leonor.

—¿Por qué quieren apoderarse de los secretos kerlhes? —preguntó Yaita.

Leonor y César la miraron extrañados.

—Querida, para mandar a hacer puñetas a los perros azules. ¿Crees que los líderes y las

multinacionales acatan los caprichos de los kerlhes de buena gana? Quieren su ciencia, no su colaboración.

Leonor expresó con un gesto elocuente que estaba de acuerdo con César, y dijo con voz melancólica:

—No se han atrevido con los impulsores de las naves, pero sí con los generadores, con todos los que fueron instalados por los kerlhes en el mundo excepto en Europa y América del Norte, y los han ido destruyendo uno a uno, cada vez probando una manera distinta de deshacer la cobertura. Siempre fracasaron. Ahora están más desesperados que nunca, porque saben que se irán, y es posible que se lleven todo lo que dejaron en usufructo a la humanidad, pues en realidad nunca lo dieron. Sólo lo prestaron. Si no lo impedimos, dentro de dos días se llevarán los generadores de Portugal y España, y después los de Italia, Grecia y otras naciones, hasta que no quede uno funcionando y se convenzan que nunca podrán hurgar en sus entrañas. Sólo se detendrán cuando nada más queden los de Estados Unidos, Canadá y el Norte de Europa. Al diablo el respeto del mundo.

—El grupo que yo presido pretende detener tanto disparate como el CEM y Washington están llevando a cabo —dijo César.

—¿No es lo mismo que persiguen las sectas, especialmente la de Macombe? —preguntó Dar.

—Macombe está loco y obsesionado por someter el mundo a los designios de los kerlhes, a quienes considera dioses, mesías o emisarios divinos. En realidad no tiene muy claro ese loco lo que aspira a obtener de todo el jaleo que está formando, a menos que quiera ser receptor y administrador único de los dones y los regalos que piensa que seguirá recibiendo la humanidad de los perros azules.

Leonor chasqueó los dedos para llamar la atención de Dar, Yaita y Rita.

—La verdad es que están hartos de los terrestres, y desean largarse. No sabemos cuántas naves que construyamos tienen que dotar con impulsores K, que nunca sabremos cómo y por qué funcionan. Tengo la impresión de que el trabajo que hacen en la Tierra les fastidia, y nos desprecian y les importamos un carajo. Amigo Dar, algo o alguien los han enviado aquí en contra de su voluntad. ¿Por qué? Ah, eso nos gustaría saberlo. Lo peor es que se llevarán o inutilizarán los generadores, y la única nave que queda, la destruirán. Y desaparecerán en su misteriosa y nunca vista barca estelar.

—¿Y qué hace el Regente del viejo Reino? —preguntó Dar con sorna.

—Oh, es un pelele que hace lo que le dicta Washington, como todos los países de Europa. Está asustado. La avalancha de fanáticos en la ciudad lo tiene atemorizado, y no dudará en pedir la intervención de las legiones internacionales para que sofoquen las manifestaciones de protestas a sangre y fuego.

—¿Por qué no cancelan la reunión en la cumbre?

—Eso lo tendría que decidir el Presidente de Estados Unidos, y a él y al Congreso y a su Estado Mayor les interesa que el campo de batalla en el que se exterminará a las sectas sea lejos de sus fronteras, en España o en Francia. En Europa.

—Eh, un momento —dijo César, cuando Leonor calló—. Percival O'Hara, lo que es decir el CEM, lleva tiempo apartándose de la política de Washington. No lo olvidemos.

—¿Quién es Percival? —preguntó Yaita.

—El poder en la sombra —sonrió César—. Lidera el CEM, lo que significa que tiene a las mayores empresas mundiales en el bolsillo, la banca, las petroleras, las compañías de biogás... Todo. Es quien decide cuándo los generadores se detienen, quien marca los cambios del mercado, y quien inicia y para las guerras. Pero todo por el bien del mundo, de este mundo que agoniza, del que no quedará nada excepto los hombres y mujeres que los kerlhes han puesto a salvo. Un día despertará Asia, y lo que queda de Rusia. No olvide que aún conservan importantes arsenales nucleares. Aún los gobiernan políticos corruptos, pero que un día serán derrocados y renacerán los viejos sistemas. ¿Cree que no hay cientos de satélites armados hasta los dientes entre la Tierra y la órbita del complejo donde se han construido 98 naves y partido 97 a las estrellas? El conflicto entre los gobiernos occidentales por una parte y los agónicos regímenes del resto del mundo, alcanzará el

punto álgido cuando los kerlhes se despidan de nosotros para siempre. Amigo, no sé en qué ha venido a la Tierra, pero yo que usted y su amiga me largaría enseguida de aquí.

Mientras escuchaba a Leonor y a César, Dar no dejaba de pensar. Se enderezó y dijo:

—Necesito hablar con Percival.

Le extrañó que no se rieran de él. Muy serio, César le aclaró:

—No vendrá para la reunión; aunque lo anunció, nunca sale de su residencia de Nueva Inglaterra. Señor Siles, tendría que ir a verlo a su redil.

Dar se volvió hacia Leonor.

—Yaita necesita un pasaporte y un visado. Y Rita también. No se preocupe por el dinero — sacó la bolsita de gamuza y puso delante de Leonor el resto de los diamantes.

Tras un momento de silencio, César dijo:

—Empieza a trabajar, Leonor.

La mujer separó un diamante y devolvió los demás a Dar.

—Este trabajo lo haré gratis. Sólo cobraré los gastos. Necesitaré el dinero para los avales de los visados de entrada a los Estados Unidos.

Rita sonrió a Dar y dijo:

—Lo siento, pero no puedo acompañaros. Tengo que ocuparme de mi hermano. Lo tendría más fácil, pues tengo doble nacionalidad y mi pasaporte americano está en regla.

—Había contado con tu ayuda, Rita; Yaita y yo te necesitamos para que nos ayudes a movernos en ese país sin levantar sospechas. Después de treinta años no lo conoceré —antes de que ella volviera a negarse, agregó—: Iremos a ver a tu hermano y partiremos esta tarde. Piénsalo. No estarás ausente más de una semana.

Rita se mordió los labios.

—Dejadme un billete abierto; si todo va bien, me reuniré con vosotros, pero no os lo garantizo.

—Como quieras —dijo Dar; su mirada se encontró con la de Yaita y le pareció leer en sus ojos que no le entristecía que Rita se quedara en España.

Una hora más tarde llegaron al hospital. Tuvieron que dar un amplio rodeo al encontrarse con muchas calles cortadas por efectivos de la policía. Después de saludar a Bert, la doctora apareció y les dio buenas noticias; según ella el chico evolucionaba bien de la herida y no había indicios de infección o de virus; pero necesitaba descanso a causa de su larga permanencia en el espacio. No podían ocultar a la doctora que Bert trabajaba en la estación cuando estalló la nave kerlhe, pues constaba en su historial, pero eludieron hablar del motivo de su regreso a la Tierra.

—Debes ir con ellos tan pronto como puedas —dijo Bert apretando la mano de su hermana—. Aquí me tratan muy bien; estoy sorprendido por el trato que recibo.

Rita sonrió y cruzó una mirada con Dar.

—Hemos depositado un fondo para dos semanas de estancia —dijo Rita, besando al muchacho—. No pienso dejarte.

Bert sabía que cuando su hermana tomaba una decisión nadie la podía hacer cambiar de idea. Cuando ella le dijo que tal vez viajara a Estados Unidos dentro de unos días, se alegró de ello.

—Me ocuparé de él cuando te marches, Rita —se ofreció César—. Si sale del hospital antes de que vuelvas, le llevaré a mi apartamento. Por el momento no conviene que regreséis a vuestra casa, al menos mientras los fanáticos continúen en la ciudad.

Salieron y dejaron a solas a Rita y al chico para que se despidieran. En el pasillo, César entregó a Dar un sobre.

—Son los pasajes, los visados y las tarjetas de crédito —dijo—. No utilicen los móviles para comunicarse conmigo o con Rita. Es más seguro los teléfonos públicos, y siempre sin vídeo.

Rita salió con los ojos humedecidos. Pasó ante ellos como una exhalación, diciendo:

—Vamos, no perdamos tiempo. El avión saldrá dentro de dos horas, y los trámites para el embarque son más lentos que en vuestro tiempo.

En el taxi ya estaban los equipajes. Rita condujo por la autopista todo lo rápido que le permitió el tráfico. De Madrid salían muchos coches, la gente abandonaba la ciudad. Del centro de

la ciudad salían muchas columnas de humo. Sentado al lado de Rita, César comentó:

—Como era de esperar, la reunión en la cumbre ha sido suspendida, los kerlhes aún no han dado señales de vida y los sectarios están furiosos ante lo que consideran un acto de cobardía y de desprecio hacia ellos. Parece ser que Macombe prepara la salida del país. Apostaría a que volverá a América.

—¿Crees que podrá entrar? —preguntó Dar—. ¿No tienen puesto precio a su cabeza?

—Es escurridizo y sabe burlar los controles fronterizos. Se siente orgulloso de ser un apátrida. Sus fieles le protegen y le ayudan a entrar y salir de cualquier país.

—¿Quién los financia?

—Dicen que los capos de la droga, pero no le faltan donaciones millonadas de los árabes, chinos e hindúes.

Entraron en el desvío al aeropuerto y empezaron a ver en los arcenes tanquetas y coches de la policía y del ejército a cada pocos kilómetros.

A Dar le sorprendió no encontrar demasiada actividad en el aeropuerto, el viejo Barajas.

—Los vuelos son escasos —explicó Rita, metiendo el coche en el aparcamiento—. La industria del turismo se hundió hace décadas, y los medios de comunicación electrónicos hacen innecesarios los viajes de negocios. Se puede visitar Egipto o la India virtualmente, sin riesgo a pillar una enfermedad ni que te atraquen en una callejuela.

Para entrar en las salas de embarque tenían que identificarse. Rita explicó que sólo los viajeros podían acceder al interior del edificio. César Almanzar no podía acompañarles, y les deseó suerte. Rita besó a Dar y a Yaita.

—Te esperamos —dijo Dar.

—Quizá estéis de vuelta antes de que empiece a hacer el equipaje. Tened cuidado. ¿Has estado en Nueva York, Dar? Pues ahora es más peligroso que cuando lo conociste. Llamadme todos los días.

Rita se volvió y se alejó caminando deprisa. César les deseó un buen viaje y corrió a alcanzarla.

Yaita y Dar se dirigieron al control. Los policías inspeccionaron el equipaje, comprobaron los pasajes y revisaron los pasaportes. Dar contuvo la respiración cuando dos serios y hoscos funcionarios casi volvieron del revés sus documentos. Los avales de viaje pareció tranquilizarlos.

Un agente del consulado norteamericano volvió a comprobar los papeles, grabó unos códigos en ellos y les dijo que podían pasar. Después de recorrer el túnel, en la puerta del avión el personal de vuelo les hicieron pasar de nuevo por un detector de metales, mientras una azafata en inglés les daba las últimas instrucciones, advirtiéndoles que entre el pasaje viajaban agentes que actuarían a la menor sospecha que tuvieran de sus intenciones. Por últimos les recordó que la cabina de los pilotos estaba blindada y no se servirían bebidas alcohólicas durante el vuelo.

Dar procuró no reír. Rita le había explicado que el piloto podía arrojar al vacío a los pasajeros que considerase sospechosos. Se preguntó si había intentado burlarse de él, pero una vez en sus asientos y después de haber echado una mirada a sus compañeros de viaje, pensó que tal vez había hablado en serio.

Cuando el avión empezó a deslizarse por la pista, Dar lanzó un suspiro. Yaita le preguntó si le ocurría algo.

Por toda respuesta, hizo aparecer el Sello en el dedo.

—No te lo dije para no alarmarte, pero he sentido pánico; creí que sería detectado.

Después de que ella mirase la gema, volvió a esconderla.

—Es orgánico —dijo con alivio—. Lo que sea, es materia viva.

—¿Por qué parece que te has quitado un peso de encima? —preguntó ella.

Dar no pudo reprimirse más y rió.

—Si muero, el Sello me seguirá, está unido a mi alma.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Forma parte de mí. Eva me dijo que lo tendría siempre. Supongo que sabía lo que decía.

Me pregunto si podré desprenderme de él algún día, o me lo arrebatarán. Su dueño murió, pero no

me pertenece.

Yaita se quedó pensativa.

—No todo vuelve a la vida con nosotros cuando tú y yo morimos, Dar.

Él la observó intrigado.

—¿Qué te ocurre? Pareces preocupada.

Yaita volvió la cabeza hacia la ventanilla. Cerró los ojos.

—Voy a dormir un poco. ¿Cuánto dura el viaje?

—Ascenderemos a veinte mil pies y volaremos a tres veces la velocidad del sonido.

—Despiértame cuando vayamos a aterrizar. Por cierto, ¿cómo se llama ese amigo de César Almanzar al que debemos ver en Nueva York?

Dar había contado los pasajeros. Eran alrededor de cien; más de la mitad de los asientos del avión estaban vacíos. La compañía aérea era americana. Rita le había dicho que ninguna nave de otro país podía aterrizar en los Estados Unidos. Se movió en el asiento y respondió:

—Clive Donovan.

## CAPITULO X

La ciudad le pareció desde el aire más densa, más espectacular, con rascacielos más altos. Más horrible. La vieja estatua y su antorcha había envejecido, su vestido de óxido era más intenso. Yaita había despertado hacía un rato y miraba hacia abajo cuando el avión viró para aterrizar en el aeropuerto, se alejaron de Manhattan y se dirigieron hacia Queens.

—¿Impresionada? —preguntó Dar.

—Parece que la ciudad la diseño Logaroh en una de sus pesadillas —contestó ella, después de expulsar el aire que había contenido—. Ahí abajo debe vivir más gente que en Decero y Dhrule.

—Creo que unos veinte millones. En la otra costa, según he leído, Los Ángeles tiene más de treinta millones de habitantes.

Estaba anocheciendo y las luces que destellaron abajo sobrecogieron a Yaita.

—¿Cuánta energía necesitan para esta ciudad?

Dar pensó que los generadores kerlhes eran generosos para satisfacer las necesidades de Estados Unidos. Según César, se habían sustraído de otros países los prodigiosos presentes de los perros azules. Los autores de la rapiña habían destruido a muchos en su afán por conocer su secreto, hasta que se convencieron de que su ciencia no era capaz de vulnerar la cobertura que los protegía. Miró su mano. ¿Cuándo darían por el Sello que ahora no estaba a la vista? Consideró las ventajas, cuántas tenía de su parte. Si le apresaban, no lo mostraría, y si sus enemigos decidían cortarle la mano podía esconderlo en otra parte de su cuerpo. Ya había probado a situarlo en un muslo o en un hombro, pero allí no aparecía a flor de piel; tenía que hacerlo volver a la mano para que brotara en su índice. Podían matarle, pero entonces no encontrarían el Sello en su cuerpo, si Eva estaba en lo cierto y volvería con él a un nuevo cuerpo.

Sacudió la cabeza. Desde que había vuelto a la Tierra no quería pensar en morir. Había muerto varias veces, pero últimamente tenía miedo de que la magia de la que era dueño desapareciera de repente, y el temor a la muerte definitiva lo aterraba, aunque se repitiese que mientras dispusiera de un cuerpo en la Cripta no tenía nada que temer. Lo único que le inquietaba era el silencio de Eva. Cuando fue apresado por Logaroh también se sintió abandonado por ella, pero su amiga invisible apareció cuando más la necesitaba, le salvó y castigó al malo.

Yaita le cogió la mano y le dijo:

—No quiero que mi mundo termine así.

—Deshte debió ser una ciudad hermosa antes de que Logaroh apareciera.

—Lo era. La visité siendo una niña. Mis padres me llevaron para que la conociera.

—¿Sabes? Lamento no haber estado en Decero.

Yaita sonrió.

—Sus ciudades son pequeñas y hermosas, cómodas. Las fábricas no afean el paisaje, mantenemos los ríos puros, el aire sin contaminar. Queremos que sea así siempre.

—Parece que tus antepasados llegaron a Decero con la lección bien aprendida de la Tierra —al ver el mohín de contrariedad de Yaita, preguntó—: ¿Aún dudas que una expedición de la Tierra, tal vez la que viajaba en una de las naves que visité en el camino, colonizó Decero y Dhrule?

—Supongo que tienes razón, pero ¿por qué renunciaron a su pasado terrestre? ¿Por qué borrarón la historia de su origen en una sola generación?

—Decidieron empezar de cero —Dar soltó una carcajada—. Quizá por eso bautizaron al planeta como Decero.

—¿Y Dhrule?

—¿Qué?

—¿Qué significa Dhrule?

—Dímelo tú. Nunca he oído esa palabra en la Tierra.

—Mi padre me contó que perteneció a un pueblo de leyenda que vivió en los márgenes de un



río sagrado y cultivó una tierra que era negra, y la palabra significa oculto, escondido, lo que nunca debe ser conocido por los extranjeros.

Dar se juró a sí mismo que Yaita tenía que contarle muchas cosas de su pueblo.

—Te hablaré de Egipto. Hace cinco mil años era conocido por sus habitantes como la Tierra Negra. Entre tus antepasados había un egiptólogo.

A Dar le preocupó el sistema de control de la aduana. Los pasajeros del vuelo sufrieron una nueva inspección, aún más exhaustiva que la que tuvieron que soportar en Madrid. Un oficial de policía les pidió que pasaran a una sala. Allí los setenta y cinco hombres y mujeres fueron conducidos a la enfermería.

—¿Un examen médico? —preguntó Dar al oficial—. Tenemos los certificados sanitarios en regla.

El oficial lo miró de arriba abajo.

—Entonces no tendrán que preocuparse. Si todo está bien, terminarán dentro de una hora. Por favor, las mujeres entrarán en la puerta de la derecha y los hombres en la izquierda. Será rápido. Tienen que pasar por una revisión de rayos X, escáners, análisis. Una vez que obtengan el visto bueno, el departamento de Hacienda comprobará si sus avales son correctos —esbozó una sonrisa irónica—. Pura rutina. Sus maletas les serán entregadas al salir.

—Creo que comprendo por qué reciben a tan pocos turistas.

—Nos gustaría no recibir a ninguno.

Dar tranquilizó a Yaita cuando unas funcionarios se hicieron cargo de llevar a las mujeres a la enfermería.

—César me habló de esto, pero no creí que fuera tan estricto. Debí figurármelo. Nunca ha sido fácil la inmigración en este país.

Ella tenía apretados los labios. Sus ojos lanzaron chispas cuando dijo:

—Tu mundo me parece más horrible cada momento que pasa.

—Lo sé —sonrió Dar.

La vio entrar la última en la enfermería. Se volvió y se unió a la fila de los hombres. Los que no viajaban a Estados Unidos por primera vez parecían tomárselo con calma.

Los ciudadanos norteamericanos pasaron los primeros, y salieron sonrientes de la enfermería, mirando con superioridad a los pasajeros de otras nacionalidades. Dar era el último. Cuando le tocó el turno, soportó en silencio las pruebas. Un matrimonio no las pasó y fue conducido por una pareja de policías de vuelta a la sala de embarque. De nada les valieron sus protestas.

Cuando iba a cruzar el último control y recoger su documentación, el oficial se acercó a él y le dijo que lo siguiera.

—Creía que había terminado —dijo Dar.

El oficial lo miró por encima del hombro.

—¿Es usted Darío Siles, el acompañante de la señorita Sara Yaita?

Era el nombre que Leonor había elegido para Yaita.

—Sí, claro.

—No están casados, ¿verdad?

—¿Eso es un problema?

—No lo sé. Deberá aclararlo ante el supervisor.

—¿Qué quiere decir?

—Sígame. Mi jefe le está esperando.

—¿Dónde está ella?

—La verá enseguida.

El oficial echó a andar por un pasillo, se detuvo ante una puerta y la abrió. Era un despacho. Detrás de una mesa había un hombre sentado. Llevaba uniforme negro y miró a Dar a través de sus gafas oscuras como si acabara de enterarse de que había intentado secuestrar el avión.

No lo invitó a que se sentara y fue directamente al grano.

—¿Admite que conoce a Sara Yaita y pagó su pasaje con su tarjeta de crédito?

—Claro que sí. ¿Qué está pasando?

Afortunadamente había hecho caso a César y no intentaron pasar la pistola y el fusil que Eva había entregado a Yaita en las maletas, éste último ni siquiera pudieron desarmarlo. Rita se había encargado de guardarlos.

—Un momento —dijo el hombre. Se inclinó y susurró una orden por el comunicador. Levantó la cabeza y lo miró—. Los dos tienen pasaporte de la Unión Europea, son españoles y afirman que su visita a Estados Unidos se debe a asuntos personales. ¿A qué asuntos se refiere?

Dar había sido obligado por César a aprenderse la lección, pero nunca creyó que iba a necesitarla.

—Reunirme con algunos amigos.

—Ya me dirá cuáles son. Ahora dígame si usted y Sara Yaita se molestaron en repasar las normas antes de rellenar la solicitud de los visados.

—Sí.

—Me temo que su compañera no lo hizo. ¿Desde cuándo mantienen relaciones? No están casados por ningún rito legalizado ni civilmente.

—Nos conocemos hace dos años —contestó Dar. No tenía preparada la respuesta de común acuerdo con Yaita—. Más o menos.

La puerta del fondo se abrió y entró Yaita. Una mujer con uniforme la seguía. Estaba pálida y miró preocupada a Dar. El hombre de la mesa le dijo que se sentara. Cuando ella lo hizo, después de mirarla preguntó a Dar:

—A menos que nos convenza de que sus intenciones al entrar ambos en los Estados Unidos no se trata de una conspiración, deberán abandonar el país antes de veinticuatro horas.

—¿Cuál es el problema?

El hombre se inclinó sobre la mesa.

—Debieron declarar que ella está embarazada, señor Siles.

—¿Qué?

El hombre esbozó la primera sonrisa. Detrás de él, Dar escuchó la tos del funcionario. La mujer que había acompañado a Yaita empezó a sonreír.

—¿No lo sabía? —preguntó el hombre, retirándose de la mesa—. Ella sí lo sabe. Tienen suerte de que sólo está de un mes; si estuviera a punto de parir, digamos durante su estancia en el país, se podría considerar un delito.

Dar giró la cabeza hacia Yaita. Ella soportó su mirada incrédula hasta que se volvió hacia el hombre y le dijo:

—Se lo pensaba decir cuando regresáramos a España, señor. Quería darle una sorpresa.

—No ha debido jugar con la administración de los Estados Unidos, señorita Sara.

—Lo siento. No entendí bien las normas, y nunca pensé que lo sabrían al pasar las pruebas.

El hombre volvió a repasar los papeles, consultó los datos del ordenador y alzó la cabeza.

—Si un ciudadano americano los avalara, podrían disfrutar de sus vacaciones en Nueva Inglaterra. Acaba de decirme que tienen amigos en este país, señor Siles. ¿Podría darme el nombre de alguno de ellos?

—No has hablado desde que salimos del aeropuerto, Dar. Necesito saber qué piensas.

Él se volvió. La visión de la monstruosa ciudad que contemplaba desde la ventana había dejado de interesarle. Miró a Yaita. Estaba sentada en la cama y la encontró distinta. Trató de sonreír.

—Sólo estoy sorprendido. Delante de aquel tipo me sentí un poco estúpido por no saber que esperas un bebé.

—Nuestro bebé, Dar.

—Claro. Perdóname —se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros—. En el taxi no hacía sino pensar acerca de nosotros.

—Pensaba decírtelo cuando hubiéramos vuelto... a la Esfera.

—Eva tiene que sacarnos de aquí.

—¿Quieres que lo tenga, Dar?

—¿Qué estás pensando?

—Yo lo quiero, Dar. Por él haría...

—¿Qué harías por él?

—Todo, Dar; lo haría y lo daría todo menos morir. Sabes que no puedo volver a un cuerpo nuevo, ¿verdad?

El asintió.

—¿Qué crees que he estado pensando desde que escuché a ese cabrón decirme, riéndose de mí, que estás embarazada? Desde ese momento me siento como si estuviera a punto de saltar de un avión y descubriera que me habían quitado el paracaídas.

—Tú conservas el paracaídas, pero yo no.

Dar tensó los labios.

—Eva tiene que sacarnos de aquí. Si quieres el hijo, no puedes morir para salvarte, Yaita. No debiste venir.

Ella volvió la mirada hacia la ventana, hacia la ciudad envuelta en la bruma espesa.

—Debí hacer caso a Eva.

—Ella lo sabía —dijo Dar, con tono de reproche.

—No sé cómo, pero lo sabía desde que iniciamos el viaje.

—A veces pienso que es una bruja —Dar sonrió—. Creo que deberíamos tomar el primer avión que salga para España y esperar allí a que Eva pueda contactar de nuevo con nosotros y llevarnos al Hogar. Confío que solucione pronto sus problemas con el Código.

No añadió lo que pensaba, que confiaba en que fuera una buena matrona cuando llegara el momento.

Ella le besó.

—Tranquilízate. Hemos venido aquí para encontrar algo, ¿no? No debemos ser negativos, no me tiene por qué pasar algo que sólo la muerte nos pueda liberar. Haz lo que tengas que hacer, cariño, y estaremos de nuevo en Madrid dentro de unos días, o en otra ciudad de tu país en la que podamos vivir tranquilos hasta que Eva se acuerde de nosotros.

Antes de buscar un taxi que los llevara a Manhattan, llamaron a César desde una cabina pública; no le contaron lo sucedido, consideraron que no debía saberlo, y le prometieron contactar cuanto antes con Donovan. Aquel tipo debía ser un personaje más importante de lo que habían imaginado, pues el funcionario de Aduanas sólo tuvo que buscar sus datos en el ordenador para admitirlo como garantía e imprimir su referencia en sus visados, junto con el sello definitivo de entrada al país. Dar se preguntó si el Departamento de Inmigración se pondría en contacto con él más tarde. César les tranquilizó al respecto, asegurándoles que Donovan les ayudaría.

El hotel donde se habían alojado era de categoría media. No era el mismo que constaba en su declaración de entrada en el país. Aunque era un riesgo, Dar lo asumía porque creía que si les buscaban ganarían unas horas o unos días, y siempre podría alegar que cambiaron a última hora de residencia para ahorrarse unos dólares.

Yaita se abrazó más fuertemente a él.

No supo qué decirle. Cuando la escuchó sollozar, la besó y le dijo:

—Llamaré al amigo de César, hablaremos con él y daremos por terminado el viaje. Rita no tendrá tiempo de hacer la maleta, aunque creo que nunca le pasó por la cabeza dejar a su hermano. Y Eva nos llevará pronto al Hogar, y le pediremos que prepare el regreso a Dhrule. Mejor, a Decero. Nuestro hijo nacerá allí.

—Te gustará mi mundo —susurró Yaita, besándole en el cuello. Empezó a desnudarle.

Cuando Yaita salió del cuarto del baño, secándose el pelo, le preguntó si Clive Donovan vivía en Nueva York.

—Su dirección es de New Haven. No está lejos —contestó Dar, repasando en el monitor los planos de la ciudad que había multiplicado por tres su extensión durante los últimos treinta años—. Podría tomar el tren, pero sería mejor alquilar un coche. Nos moveríamos con mayor libertad. No dejaremos esta habitación, pero tal vez pasemos la noche fuera.

Dos horas más tarde salían del hotel, Dar conduciendo un coche con motor de gasolina, en dirección a New Jersey.

No vieron el Hudson, todo el río había sido cubierto con avenidas y nuevas calles, con grandes bloques de edificios. Nueva York había crecido y se había convertido en una ciudad más horrible que como Dar la recordaba.

## CAPITULO XI

La mujer que les abrió la puerta del apartamento de Clive Donovan los miró durante un instante de arriba abajo, con desconfianza.

—El señor Donovan no está —dijo cuando Dar le preguntó por él.

—Hemos venido desde Europa para verle. Díganos cuándo volverá o dónde le podemos encontrar —insistió Dar.

—Sé quiénes son ustedes —asintió la mujer. Se pasó el cigarro al otro lado de la boca y expulsó una bocanada de humo denso y pestilente.

—¿Cómo sabe que venimos de Europa? —preguntó Yaita, poniéndose en guardia.

—Por eso se ha marchado el señor Donovan —la mujer les hizo una indicación para que pasaran al interior y les pidió que miraran por la ventana.

Dar y Yaita vieron a un hombre abrir la puerta del coche alquilado, sentarse al volante y ponerlo en marcha. La mujer agarró a Dar por un brazo cuando intentó salir a la calle.

—No le está robando el coche, sino salvándole.

El coche rugió y se alejó por la sucia calle de aquel viejo barrio residencial.

—No entiendo...

—Les están buscando. La policía se presentó en el hotel donde se alojaban a los pocos minutos que se marcharan. El conserje les dijo qué coche habían alquilado.

—¿Qué ha ocurrido?

—La orden de su detención llegó a la aduana unos minutos después de que el funcionario descubriera que el hombre que les podía avalar no goza de la suficiente garantía política.

—Pero... ¿Porqué nos buscan?

—No lo sabemos con certeza. Estamos esperando una llamada de César Almanzar que lo aclare.

—¿No lo saben con certeza? ¿Quiere decir que tienen alguna sospecha?

La mujer afirmó con la cabeza.

—Parece que ha habido un trato entre los gobiernos de su país y éste.

—¿Un trato?

—¿Le cuesta entender que le consideran muy valioso, señor Siles? —se volvió para mirar a Yaita—. Y a ella también. Parece ser que usted posee algo que ellos quieren.

—¿Quiénes son ellos?

—Bueno, podría ser el CEM o Washington, o ambos si, como tememos, han llegado a un acuerdo para repartirse el botín. Han cometido varios errores. Ni siquiera les ha servido cambiar de hotel.

—¿Por qué no está Donovan aquí? ¿Le buscan también?

La mujer hurgó en el cajón de una consola y sacó unas llaves, que tiró a Dar y este cogió en el aire.

—Dos calles más abajo encontrarán un Mercury rojo. Donovan les espera en esta dirección.

Le entregó una tarjeta. Dar la leyó.

—No sé dónde queda esto.

—Tome la autopista de Kentucky, la número seis. Salga por la octava desviación y deténgase veinte millas después. Allí está la zona residencial Fénix. Una vez allí no tendrá ninguna dificultad en encontrar la residencia de Donovan, sólo tendrá que preguntar a algún vigilante.

—¿Ésta no es su casa?

La mujer soltó una carcajada.

—¿Esta pocilga? Esto sólo es una tapadera. Donovan no dice a sus amigos donde vive, pero todas las agencias del gobierno conocen cuál es.

—Es una trampa, Dar —dijo Yaita, mirando a la mujer con desconfianza.

—No lo es. Podían habernos entregado a la policía. Se toman demasiadas molestias.

—Confíen en nosotros. Donovan aprecia mucho a César, aunque lo llama idealista, y este calificativo en sus labios no debe considerarse un halago. No pierdan el tiempo.

Se marcharon. Dos calles más abajo encontraron un coche rojo aparcado junto a una tienda de antigüedades. Había un grupo de muchachos cerca, y se movieron cuando lo vieron llegar, pero al ver que Dar sacaba las llaves volvieron a sentarse en los escalones de la casa. Cuando Dar arrancó, dijo al notar que Yaita los miraba preocupada.

—Tranquila. Vigilaban el coche para asegurarse que quien se lo llevara tenía permiso de su dueño.

Entraron en la autopista diez minutos más tarde. Por la carretera que acababan de abandonar pasaban docenas de coches de la policía, haciendo sonar las sirenas.

—Se dirigen al barrio que hemos dejado —observó Yaita, volviéndose para mirar atrás.

—Deben andar buscando nuestro coche —gruñó Dar. Vio que Yaita se estremecía—. ¿Qué te ocurre?

—Tu mundo me aturde, Dar. Hay demasiada gente, y todo parece tan triste y oscuro.

—Te comprendo. Lo he encontrado peor de lo que había imaginado.

Aceleró y pasó al carril siguiente. Luego regresó al de la derecha, cuando hubo hecho los adelantamientos. La autopista se elevaba sobre una extensión de barrios miserables, medio ocultos por oscuras y densas nubes de suciedad.

Apenas veían zonas libres de edificaciones. Aquel sector era deprimente. Al caer la noche, las luces se fueron encendiendo y vieron a las grises casas surgir de la espesa niebla, entre los guiños fantasmagóricos de los anuncios de neón que centelleaban como si mantuvieran una silenciosa batalla en la masificada urbe.

Más adelante encontraron grandes extensiones vacías, con montañas de escombros en las que, como vigilantes, se alzaban cientos de máquinas excavadoras, quietas en el anochecer, esperando al nuevo día para ponerse otra vez en marcha.

Encontraron la desviación y salieron de la autopista, entrando en una carretera estrecha, cruzada por pilares de hormigón que sostenían vías de ferrocarril. Escucharon sobre sus cabezas el aullido de un convoy que se alejaba en dirección al Oeste, rugiendo y provocando vacíos de aire.

Ya era avanzada la noche, empezaron a aparecer en los márgenes de la carretera campos cultivados y granjas. La circulación se hizo menos densa y las vallas metálicas festoneaban toda la carretera, aislándola. A cada pocos kilómetros había avisos advirtiendo que estaba terminantemente prohibido detenerse y que las vallas estaban electrificadas.

Comprendieron el significado de aquellos avisos cuando vieron a ambos lados lujosas fincas rodeadas de grandes extensiones de terreno con denso arbolado.

Se hallaban cerca de la dirección que les había dado la mujer.

—Ese Clive Donovan tiene que estar podrido de dinero para poder vivir en un sitio como éste —dijo Yaita, impresionada ante el lujo de la zona residencial.

Dar redujo la velocidad y salió de la carretera, que se había transformado en una avenida. Pasaron ante coches patrulla del servicio privado de vigilancia. Cuando aparcaron delante de una cerrada verja de hierro, descubrieron un vehículo negro que los había estado siguiendo desde que los controles automáticos verificaron su presencia. Dar no sabía cómo les habían identificado, pero lo cierto era que les habían dejado entrar. Del coche negro bajaron dos hombres uniformados, armados y con cascos. Se quedaron al otro lado de la calle, vigilándolos.

Cuando se identificaron en el comunicador y el visor los escrutó, la verja de acero fue abierta.

—Entren y no se alejen del sendero —dijo una voz metálica—. Sus vidas correrán peligro si desobedecen las indicaciones.

Dar condujo a través de un camino arbolado hasta el pórtico de una enorme casa de tres plantas, con columnas dóricas.

Apenas bajaron del coche, la gran puerta de nogal se abrió y un hombre uniformado de azul oscuro les rogó que lo siguieran. Una vez en el vestíbulo, un mayordomo le salió al encuentro. Con un gesto de su rostro reseco, les indicó una puerta situada a la derecha de una amplia escalera de

mármol que ascendía en suave curva hasta el piso superior.

—Pasen por favor —dijo el hombre que estaba de pie en el centro de la estancia. Era alto y delgado y se movía con seguridad; sus ademanes eran cordiales cuando señaló dos sillas tapizadas en terciopelo situadas junto a una chimenea en la que crepitaban gruesos troncos. Enfrente había otra que ocupó él.

—Gracias por recibirnos, señor Donovan —dijo Dar.

—No soy a quien esperaban ver —dijo el hombre—. Mi nombre es Percival O'Hara. Clive Donovan murió hace años. César Almanzar aún lo ignora, y lo ignorará durante mucho tiempo.

Dar estuvo a punto de levantarse, pero la sonrisa amistosa de Percival lo contuvo.

—¿A qué juega?—preguntó, después de intercambiar una mirada con Yaita.

—Es largo de contar, señor Siles. Clive era la cabeza visible, pero el cerebro de la organización siempre he sido yo.

—¿De qué organización me habla?

—Tiene muchos nombres, señor Siles. Actualmente es conocida como Comité Económico Mundial; antes se llamó G-7. ¿Sabe a qué me refiero? En realidad aglutina a las mil mayores empresas y a los quinientos bancos más poderosos del mundo. Y reúne al mayor grupo de inteligencias, físicos, químicos, economistas, genios de la informática... No quiero aburrirle. Imagine a los más grandes cerebros de la Tierra y se aproximará a la realidad. Ah, enfrente tenemos a todos los gobiernos de la Tierra. Ellos siempre han sido nuestros adversarios, pero los necesitamos. Son un mal menor. También son imprescindibles los generales, los que ganan y los que pierden las guerras.

—El gobierno mundial en la sombra —sonrió Dar.

—¿Qué le divierte? ¿No me cree?

—Alguien me dijo una vez que el problema del mundo no era que existiera una organización parecida, sino dos que rivalizaban entre sí. Dejémonos de fantasías y hablemos. César Almanzar nos envió para ver a Clive Donovan, y usted nos dice que no existe. Creo que César habló con él no hace mucho.

—Habló con una imagen, señor Siles. César es un idealista trasnochado, pero un gran colaborador.

—¿No sabe lo que acaba de revelarnos?

—Ni siquiera lo sospecha.

—¿Por qué nos lo ha contado a nosotros?

—Para ganarme su confianza. Considérelo una muestra de buena voluntad por mi parte hacia usted y su bella acompañante.

—¿Debo entender que al decirnos quién es y lo que representa no nos dejará marchar?

Percival soltó una carcajada.

—Es usted demasiado truculento. Claro que podrán irse cuando quieran. No preocupa lo que cuenten por ahí. Nadie les creería. Además, no creo que vayan a la policía.

—Nos están buscando.

—Eso es.

—¿Por qué nos buscan?

—Una orden de la Casa Blanca, por supuesto refrendada por el CEM.

—¿De qué se nos acusa?

—De robo.

—¿Quién ha formulado la acusación?

—Los kerlhes.

Dar trató de conservar la calma. No creía que César hubiera hablado más de la cuenta, pero la afirmación de Percival logró ponerle nervioso.

—Dicen que usted les robó algo que les pertenece —dijo despacio el hombre, mirando a Dar con los ojos entornados.

—¿Sólo eso?

Percival lo miró sorprendido.

—¿Es que admite ser el ladrón y haber robado algo más?

Dar negó con la cabeza.

—Después de la destrucción de la nave, esos hijos de puta azules están nerviosos. ¿Sabe cómo se comunican con nosotros? No, no lo sabe; nadie está enterado de sus visitas inesperadas en la Casa Blanca o en el Kremlin. Casi matan a varios secretarios del Presidente y a no sé cuantos ayudantes del primer ministros ruso desde que empezaron a darnos instrucciones. Son como fantasmas, señor Siles: aparecen inesperadamente, surgen de la nada, y se marchan de igual manera. Son torpes, increíblemente estúpidos, pues a veces se dirigen a un guardaespaldas creyendo que es un líder mundial, hasta que se dan cuenta de su error y buscan a la persona adecuada. Tal vez para ellos los humanos somos todos iguales. Lo mismo nos ocurre a nosotros, que aún no sabemos si son dos kerlhes o mil. O un millón. Ojalá supiéramos dónde se esconden, cómo se trasladan y qué cojones quieren de nosotros. Incluso cuando nos regalan algo lo sacan de la nada, lo dejan fuera de la Casa Blanca o en la Plaza Roja.

—¿Así dejaron los generadores?

Percival le dirigió una mirada de sorpresa.

—Sí, claro. Los fueron repartiendo por el mundo, donde ellos creían que eran necesarios.

—Y robaron los que había en muchas naciones, condenándolas a carecer de energía.

—Teníamos que investigar cómo funcionaban, señor Siles.

—Les explotaron en las manos.

—No exactamente así. La maldita cobertura kerlhe protege a las personas que están cerca.

—La nave explotó —le recordó Dar.

—Sí, claro. Parece que la cobertura que envuelve al impulsor es más potente.

—Sólo en unos pocos países los generadores trabajan al máximo. ¿Porqué no en el resto del mundo?

Percival suspiró.

—La economía de la Tierra no está preparada para beneficiarse de fuentes de energía inagotables. ¿Sabe lo que invertimos en la fabricación del biogás? Cuando el procesamiento empezó a funcionar, se presentaron los perros azules y regaron el mundo con sus generadores. ¿Cree que se puede dar gratis la electricidad, lanzarla al aire y que los coches funcionen sin pagarla?

—¿No era eso lo que querían los kerlhes?

—Podría ser, pero no estamos seguros. Ellos nunca hablan de sus intenciones. Ni siquiera sabemos a qué mundos han estado enviando las naves que tanto dinero y esfuerzo nos cuesta construir en el complejo orbital, naves en las que ellos se introducen los días que llaman rojos, instalan los impulsores e introducen la ruta que seguirán. Afirman que los mundos de destino son como la Tierra, pero no estamos seguros.

—Usted no cree el rumor que corre de que llevan a los colonos a su mundo para estudiarlos, comérselos o exhibirlos en sus zoos, ¿verdad?

—No, claro que no. Al menos no ha sido así con las primeras expediciones.

—¿Cómo lo saben?

—Nos mostraron sus hologramas, los líderes políticos y económicos hemos visto a la gente llegar a sus destinos, a mundos paradisíacos, y empezar a trabajar para levantar ciudades, fábricas y granjas.

—Esos testimonios podrían haber sido manipulados.

—En absoluto.

—Me gustaría verlos.

—Yo he visto algunos, pero los kerlhes tienen la mala costumbre de no dejarnos copias —rió Percival—. La verdad es que no sabemos cómo graban esas escenas ni las reproducen. Ellos nos convocan, se presentan, se rodean de imágenes y nos explican lo felices que son los colonos que ya han alcanzado sus destinos. Nos dejan con la boca abierta y desaparecen. Luego nos encargamos de informar al mundo, dando nuestra palabra de que las metas fijadas por los kerlhes son unos paraísos. Aunque muchas personas recelan, las listas para formar parte de una expedición son interminables. La selección final la hacen ellos. No sabemos qué criterio usan, pero dicen quiénes



deben ir y quiénes no.

—¿Usted iría?

Percival se quedó pensativo.

—Creo que sí. Pero no aún. Tengo mucho trabajo que hacer en la Tierra.

—Dígame si los kerlhes les han dicho que yo les he robado algo.

Percival abrió un cajón de la mesa, sacó una vara de metal, la suspendió en el aire y retiró la mano. Como si un lienzo surgiera de la vara, apareció la cara de Dar.

—Es usted, sin duda —sonrió Percival—. Los kerlhes han repartido su rostro en cien países. Tampoco sabemos como funciona. Parece magia, ¿verdad? Yo conseguí éste.

Dar sintió que Yaita agarraba su mano y se la apretaba. Sin apartar la mirada de su rostro en tres dimensiones, preguntó:

—¿Y mi nombre? ¿Le dijeron mi nombre?

—Oh, no. Lo supe cuando César me envió la foto que consta en su pasaporte falso, señor Siles. Casi no podía creer que el hombre que me recomendaba mi amigo César era el mismo que buscaban los kerlhes.

Dar lamentó que César no le dijera que había enviado por fax una foto suya a Percival.

—Le respondí, bueno le respondió el invisible Clive Donovan, que recibiría complacido a su amigo, y puse a funcionar la maquinaria de la organización. Cuando el funcionario de aduanas pidió información sobre ustedes, todo estaba preparado. Sin embargo, sus datos fueron enviados al FBI y a otras agencias federales, y la alarma saltó. Ya sabe por qué le buscan, señor Siles —se volvió para mirar a Yaita—. A ella no, pero a su lado está en peligro. Miles de policías y agentes secretos le buscan, y oficialmente el gobierno está ansioso por entregarle a los kerlhes, pero la realidad es otra: no le soltarán cuando le atrapen, y le harán picadillo hasta encontrar en su cuerpo el Sello. Sabemos que puede ocultarlo y hacerlo aparecer en el índice de su mano derecha con sólo desearlo. ¿Cómo lo consiguió, señor Siles?

—Los ladrones guardamos celosamente nuestros trucos.

Percival no se inmutó.

—Me reiría en otras circunstancias. ¿Me equivoco al pensar que desconoce su utilidad?

—Tengo una ligera idea.

—No la tiene. Los kerlhes nos hicieron una demostración del poder del Sello. Yo estaba presente cuando cubrieron una mesa con la cobertura utilizando un Sello. Nos pidieron que tratáramos de violarla. La mesa protegida por el halo rojo desapareció en medio de una explosión cuando nuestros expertos intentaron eliminarla. Así de sencillo. El Sello crea ese campo de fuerza y lo anula.

Dar mostró sus manos.

—No lo tengo.

Percival se rascó el mentón.

—No debería creerle. Según los kerlhes, el ladrón no puede desprenderse del Sello. Me pone en un dilema, señor Siles. Me gustaría llegar a un acuerdo con usted. No sé quién diablos es, de dónde ha llegado ni qué se propone, ni cómo diablos ha conseguido arrebatarse a un kerlhe el maldito Sello. No le entregaríamos, por supuesto, y en cambio le haríamos rico y podría unirse a nosotros. Sólo tiene que darnos el Sello o anular las coberturas de los generadores. Eso para empezar. Más tarde le llevaríamos al complejo y abriría para nuestros científicos el impulsor de la nave que queda. Entonces nos reiríamos de los perros azules, nos importaría un bledo que se largaran para siempre.

Dar se preguntó cuánto tiempo tardaría Percival en descubrir que él había sido un tripulante de la Vorágine. Mientras mantenía con él aquella charla, sus hombres investigaban. No tardarían en relacionar el nombre de Darío Siles con la fallida expedición a las estrellas.

Se pasó la mano por la frente con gesto cansado.

—Parece agotado, señor Siles —observó Percival.

—Llevo un día muy ajetreado.

—Sean mis invitados. ¿Por qué no lo piensa esta noche con su amiga?

—No quisiéramos causarle molestias.

—Por favor, sería un placer para mí que aceptaran. Me encantaría que entrara a formar parte de mi equipo. Podemos dejar para más adelante, cuando a usted le parezca mejor, que me contara cómo ha conseguido el Sello.

Dar asintió.

—Está bien. Su casa parece muy confortable. Acepto. Pero antes de retirarnos a descansar me gustaría saber qué piensa hacer usted y su organización con los secretos kerlhes.

—Administrarlos. No sería el gobierno de Estados Unidos quien poseyera las maravillas de los perros azules, sino nosotros.

—El gobierno en la sombra —murmuró Dar.

—Los políticos de este país y sus aliados tienen suficiente trabajo como gendarmes, encendiendo y apagando guerras para que nadie ponga en duda que ellos son los amos. Dejemos que jueguen su juego favorito —Percival se levantó—. Les será servida la cena en el dormitorio. Mañana verá las cosas con más claridad.

—¿Y si decido no colaborar?

Percival alzó una ceja, fingiendo sorpresa.

—Fuera de esta casa el mundo les resultaría demasiado hostil. Y peligroso. Les dejaría marchar, naturalmente.

La puerta se abrió y apareció el mayordomo. Percival se dirigió a él y dijo:

—Conduce a los señores a la suite presidencial. Que no les falte de nada.

Dio la vuelta a la mesa y ayudó a Yaita a levantarse. La miró a los ojos y le besó la mano.

—¿Sara Yaita es su nombre? —dijo. Retrocedió un paso y la contempló—. La envuelve el misterio, querida. Si el bebé que espera es una niña, espero que se le parezca.

Yaita dejó de sonreír, se acercó a Dar y se abrazó a él. Percival rió.

—No les sorprendan que lo sepa. El informe de la aduana era muy completo. Buenas noches.

## CAPITULO XII

Las habitaciones que les fueron asignadas eran amplias y estaban lujosamente amuebladas. Pidieron al mayordomo una cena fría. Les fue servida a los pocos minutos. Apenas la probaron. Después de una ducha, se acostaron en la enorme cama. Con las luces atenuadas y viendo el brillo de la Luna penetrar por el amplio ventanal, Dar susurró al oído de Yaita:

—Sabe quiénes somos —miró los muebles, el techo de madera y las sombras que cubrían el salón y la entrada al cuarto de baño.

Arrebujada a él, Yaita preguntó:

—¿Por qué hablas en voz baja?

—Puede haber micrófonos que escuchen incluso nuestra respiración. Percival sabe que partí hace treinta años de la Tierra, y creo que sospecha que tú y yo tuvimos bastante que ver con la destrucción de la nave kerlhe.

Sin sacar la mano de debajo de la sábana, hizo aparecer el Sello. Lo acarició después de mirarlo.

—Posee un brillo interior —dijo Yaita.

Dar lo borró del dedo. No sintió nada. El Sello parecía diluirse dentro de su mano. Se estremeció. Cuando pensaba en la gema verde creía que era una víbora que permanecía adormecida dentro de él.

—Sólo Eva podría responder a las preguntas que me hago —dijo.

—¿Por qué nos ha abandonado? —preguntó Yaita, apretándose más a Dar.

Él movió la cabeza.

—No se ha olvidado de nosotros. Los kerlhe le impiden actuar.

—¿Cómo?

Dar trató de ordenar sus ideas. Todavía las tenía confusas.

—Los alienígenas viajan por las estrellas en Esferas como la de Eva, son de la misma raza que Logaroh, ellos son los constructores del Hogar. Nadie los ve, y cuando quieren hablar con los terrestres, se presentan ante ellos y la entidad de sus esferas los hace aparecer ante sus interlocutores, sus vehículos reducidos al tamaño de una mota de polvo.

—¿Crees que la presencia de los kerlhes prohíben a Eva que esté a nuestro lado, nos escuche y pueda hacernos volver al Hogar?

—Me temo que sí.

Tras un rato de silencio, Yaita preguntó:

—¿Qué dirás mañana a Percival?

—No lo sé.

—¿Crees que nos dejará marchar si le dices que no piensas colaborar con él?

A Dar le entraron ganas de reír.

—Las ventanas de esta jaula de oro tienen barrotes —dijo—. No espero que siga siendo amable y cordial si lo mandamos a paseo.

Ella le besó.

—Aunque Eva esté a un millón de años luz, te acogerá.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Puedes escapar, cariño.

—No te dejaré en manos de Percival.

—Cuando te reúnas con Eva puedes encontrar la forma de rescatarme. Los dos juntos podéis hacerme volver. Mientras tanto, Percival no me haría daño. Le interesa tenerme como rehén.

—Puede que ese cabrón sepa que pertenezco a la tripulación de la VoráGINE, pero no que enterrará mi cuerpo y volveré a aparecer ante él; eso no ha podido saberlo por César. —La besó y añadió—: No te dejaré aquí.

Al cabo de un rato, ella preguntó:

—¿Crees que hay otra forma de escapar de aquí?

Él le devolvió el beso.

—Ya se nos ocurrirá algo. Duerme.

Antes de cerrar los ojos, cuando comprobó que Yaita dormía, miró la habitación en penumbras y pensó en Percival. Se preguntó si aún estaría vigilándolos. Luego, mientras se adormecía, se planteó la forma de quitarse la vida. No lo haría, decidió; volarse la cabeza era lo menos doloroso, lo que no angustiaría a Yaita. Aparte de que los hombres de Percival no le permitirían, cortarse las venas en el baño sería inapropiado.

Y no estaba preparado para abandonar a Yaita.

Como hacía con frecuencia últimamente, maldijo a Eva.

Acababa de entrar en el primer sueño cuando escuchó el estrépito. Yaita se incorporó lanzando un grito, saltó de la cama y corrió hacia sus ropas. Sus manos buscaron en el cinturón el arma que dejara en Madrid. Soltó una maldición y se volvió hacia Dar, mirándole con desesperación, frustrada.

—Son explosiones —dijo Dar, alcanzando el ventanal.

Una mirada lo convenció de que en cientos de puntos del barrio residencial surgían incendios, el aire era cruzado por explosiones y trazos de disparos. El cielo parecía arder sobre sus cabezas.

Miró hacia abajo. Por los jardines corrían hacia la casa docenas de figuras envueltas en túnicas marrones. Yaita se reunió con él, medio vestida con su traje de cuero negro. Le entregó los pantalones.

—Los Hijos de las Estrellas —masculló Dar—. Están atacando toda la zona.

Vio cómo los monjes de Macombe manejaban lanzagranadas y disparaban contra el pórtico. Tres andanadas hicieron añicos las enormes puertas y un grupo de individuos armados con metralletas se abalanzaron al interior, gritando como poseídos.

Dar corrió hacia la puerta e intentó abrirla.

—Está cerrada —dijo después de arrojarla contra ella dos veces.

Acabó de vestirse. Yaita estaba recorriendo las otras habitaciones, saltando de ventana en ventana, golpeando los barrotes de acero. Al pasar ante la mesa en la que quedaban restos de la cena fría, Dar advirtió que no había cuchillos, sólo tenedores y cucharas.

Miró las paredes y el techo. Si los vigilaban, debían saber que estaban despiertos y querían salir de aquella trampa.

Escucharon disparos, ráfagas de ametralladora, cortas y largas. Y gritos. Se acercaron a la puerta. Dar obligó a Yaita a ponerse detrás de él. Se sintió ridículo esgrimiendo un tenedor de latón.

No dijo a Yaita que creía que los sicarios de Macombe iban a por ellos.

Percival iba a abandonar la habitación llena de monitores, convencido de que sus huéspedes dormían, cuando saltaron las alarmas. Las cámaras exteriores de su residencia le mostraron las escenas del súbito ataque, la cadena de explosiones que se extendieron por el barrio, formando un círculo en el que su propiedad estaba en el centro.

Las dos mujeres que controlaban el sistema de seguridad quedaron tan sorprendidas como él.

—¡Han saltado las verjas, señor! —gritó una de ellas.

La otra mujer señaló las pantallas en las que se veían varios vehículos avanzar por los senderos en dirección a la casa. Dos coches de vigilancia trataron de cortarles el paso, pero desde las camionetas les dispararon granadas y los lanzaron fuera del camino. Unos hombres vestidos de azul oscuro bajaron la escalinata, aprestando sus armas. Antes de que terminaran de bajar, desde los árboles abrieron fuego y los abatieron.

De entre las sombras surgieron flotantes hábitos marrones. De los lanzagranadas saltaron lenguas de fuego contra el pórtico y varias ventanas. Apenas se disipó el humo de las explosiones, docenas de hombres corrieron hacia las brechas, disparando sus armas.

La puerta blindada se abrió y Percival O'Hara gritó a los dos vigilantes que iban de un lado a otro del corredor, nerviosos, sin saber qué hacer:

—¡Traigan a los invitados! ¡Inmediatamente!

Mientras los dos hombres corrían por el pasillo, por una puerta apareció el mayordomo, empuñando una metralleta. Percival le hizo un gesto para que se acercara.

—Reúna a todos los hombres, que se dirijan a la planta baja y contengan a los asaltantes, que empleen granadas y bombas de humo. Usted y yo subiremos a la terraza y nos largaremos en el helicóptero.

—La policía no tardará en llegar, señor —balbuceó el mayordomo.

—¡La policía y el ejército tendrá que ocuparse de todo el barrio! —replicó Percival, furioso—. Están atacando docenas de residencias para distraerlos; pero el objetivo de esos hijos de puta somos nosotros. ¡Haga lo que le digo, y envíe a todos los hombres que pueda a defender el ala de la casa donde están los invitados, los quiero en la terraza antes de cinco minutos!

El mayordomo asintió y echó a correr.

Percival volvió al cuarto. Las dos mujeres se habían levantado y estaban recogiendo sus abrigos.

—¿Qué están haciendo? —les increpó.

Ellas le miraron confusas.

—Acaba de decir que evacuamos, señor —respondió la más joven.

—¡Vuelvan a sus puestos, contacten con la policía e infórmenles que mi casa es el objetivo del ataque, que envíen aquí todos los efectivos!

Las mujeres retrocedieron, y pálidas y temblorosas se sentaron ante los monitores.

Percival abrió un armario y empuñó una pistola. Las cámaras de la planta baja le mostraron la entrada de un puñado de tipos vestidos con hábitos. Aunque desde las escaleras sus hombres intentaron contenerlos, el ataque de los fanáticos los arrolló.

—¡El helicóptero está preparado, señor! —gritó la mujer de más edad.

—Diga al piloto que caliente motores —dijo Percival. Echó un último vistazo a las pantallas, vio a los hombres de Macombe subir por las escaleras y cerró dando un portazo. Echó la llave y se alejó corriendo por el pasillo.

Al doblar la esquina, el mayordomo le salió encuentro. Estaba herido en el hombro izquierdo, pero sostenía el arma. Su rostro, pálido, se volvió hacia él.

—Señor, estamos aislados, no hemos podido llegar hasta los invitados.

Aparecieron tres guardias, todos heridos. Uno de ellos se derrumbó antes de llegar. Cuando sus compañeros fueron a auxiliarle, Percival les gritó:

—¡Déjenlo ahí! —respiró hondo y añadió roncamente—: Sígueme. A la terraza.

—¿Y los invitados?—preguntó el mayordomo—. Son importantes para usted, señor.

Percival puso una mano en el hombro derecho del hombre, le sonrió con afecto y dijo:

—Alguien me tendrá que explicar cómo ese cabrón de Macombe ha averiguado que sus presas más codiciadas estaban en mi casa. Debimos matarlo cuando dejó de obedecer nuestras órdenes y empezó a creerse que era el profeta de los perros azules. Vamos, no perdamos tiempo.

Mientras corrían por el corredor principal del segundo piso en dirección a la terraza, fueron escuchando las caídas de los portones de acero que aislarían todo el ala de la casa. Antes de subir el último tramo, Percival dedicó unas silenciosas palabras de agradecimiento a las dos mujeres que había abandonado en la sala de control. Les deseó una muerte rápida. Los bastardos de Macombe acostumbraban a matar dolorosa y lentamente a sus prisioneros.

Salieron al frío de la noche. En la terraza, las aspas del helicóptero provocaban un furioso vendaval. Percival avanzó agachado. No esperó a que el mayordomo asegurase la puerta con el doble cierre, y corrió hacia la cabina del aparato. Dentro, el piloto le hacía señas para que se apresurase.

Una vez acomodado junto al piloto, Percival le dijo que esperase al mayordomo y a los dos vigilantes.

—Se lo han ganado.

Cuando los tres hombres hubieron saltado al interior, el piloto tiró de la palanca y el helicóptero saltó al aire.

—¿Adonde vamos, señor? —preguntó, mirando hacia abajo, respirando con alivio al ver que

la casa se empequeñecía.

Percival se tomó un momento de reflexión para responder:

—A las afueras. Aterrizas donde se concentren la policía y el ejército. Tengo que hablar con los responsables de la operación. El barrio entero tiene que ser rodeado —se inclinó para ver cómo de entre la oscuridad de la noche aparecían docenas de luces intermitentes. Los grandes helicópteros con la ayuda se aproximaban—. Formaremos un cinturón por tierra y una parrilla en el aire. Nadie saldrá de esta zona sin que lo sepamos.

Se acomodó en el asiento. Cerró los ojos y visualizó a Macombe a sus pies, maniatado y pidiendo por su vida. Aquella noche morirían miles de Hijos de las Estrellas. Aquellos fanáticos tendrían el castigo que debieron recibir hacía tiempo.

## CAPITULO XIII

Sintió frío. Abrió los ojos y vio alejarse la cúpula. Estaba tendido en la litera, en la Sala Azul. Acababa de morir y había vuelto al Hogar. En una fracción de segundo revivió lo sucedido un instante antes. ¿O había ocurrido hacía horas, días o semanas? Todavía no se había acostumbrado al paso del tiempo cuando volvía a ocupar un nuevo cuerpo.

Escucharon disparos, carreras, gritos, y de pronto notaron que algo era sujetado al otro lado de la puerta. Apenas tuvo tiempo de gritar a Yaita que se alejara. La agarró por la cintura y la obligó a tirarse el suelo.

La puerta saltó de los goznes, cayendo pesadamente al suelo. En medio de la nube de humo y polvo que inundó la habitación, vieron surgir manchas oscuras, marrones, y escucharon gritos frenéticos, repitiendo que los habían encontrado.

Se puso en pie de un salto, antes que Yaita se incorporase, y se lanzó contra los hombres vestidos con hábitos que corrían hacia ellos, esgrimiendo el tenedor. Hirió a uno, cortó la cara de otro y recibió la primera herida, una profundo navajazo en el costado. Escuchó una voz que gritaba que el amo los quería vivos. Y siguió golpeando, clavando el ya doblado tenedor. Cuando lo perdió, usó sus puños.

En su furia contempló cómo Yaita era levantada del suelo por dos sicarios y apartada de la pelea. Se revolvió, encontró en el suelo un arma, la amartilló y apretó el gatillo. La ráfaga que disparó fue corta. Un hábito enorme revoloteó delante de él, la boca de una metralleta lo buscó, y escuchó el tableteo, y la maldición de alguien que maldecía al que había disparado.

El grito de Yaita al verlo caer le aturdió, y entre jirones rojos la vio debatirse entre los hombres que la sujetaban.

En el suelo, mientras los hombres de Macombe corrían hacia él, levantó la cabeza y la golpeó contra el mármol.

Dejó de pensar, dejó de sentir dolor.

De su vientre manaba abundante sangre cuando murió, el dolor insoportable surgía de allí. Recorrió el pecho con las manos. Se las miró. Estaban limpias.

La cúpula terminó de izarse.

Dar saltó de la litera. Su mirada volteó hacia las Criptas. En la superior, su cuerpo, otro igual al que había visto antes de saltar a la Tierra. En la urna de abajo, la sonrisa congelada de Yaita le hizo comprender que ella no había muerto. La otra litera estaba vacía.

—¡Eva! —gritó.

No recibió respuesta.

Salió de la Sala Azul.

Cruzó el pasillo y entró en la sala decorada al estilo del siglo XIX.

Recorrió el Hogar, llamando a Eva con desesperación. En el gabinete, tropezó con una mesa y arrojó al suelo monitores, máquinas y otros aparatos.

Se enfrentó a la pared desnuda y ordenó que se convirtiese en el mirador.

El espacio apareció ante él. Localizó la Tierra, la Luna asomando por el polo norte. El Hogar se había alejado. Calculó que se hallaba a unos cinco millones de kilómetros. Cuando Eva los transportó, eran menos de cien mil kilómetros la distancia que los separaba del planeta.

—Eva, ¿me escuchas? —preguntó, sintiéndose cansado. Apoyó las manos en el muro invisible. Las estrellas parecían burlarse de él.

Al volverse, se vio reflejado en la copia del espejo veneciano que Eva logró reproducir después de que él se lo describiera. Se vio desnudo, tembloroso. Crispó los puños, tomó una roca incrustada con diamantes de la mesa y la estrelló contra su imagen. El espejo saltó en pedazos, cubriendo el suelo de brillos.

Regresó a la Sala azul. La litera que debía ocupar Yaita seguía vacía, su cuerpo en la Cripta

parecía dormir plácidamente.

No tenía que esperar, se dijo; ella no se quitaría la vida para salvarse.

Recordó el Sello, pensó en él y lo vio aparecer en el dedo. Lo había seguido, no había quedado en su cuerpo sin vida. Lo miró. Frunció el ceño. Empezó a concebir un plan. Eva haría acto de presencia o...

Con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda cogió el Sello y trató de quitárselo. Soltó un grito de sorpresa al verlo deslizar por el dedo. Lo puso ante sus ojos. La gema seguía brillando. Estaba viva. Podía deshacerse de él. ¿Por qué no pudo en la tierra? Miró las paredes azules. ¿Acaso en el Hogar su poder cambiaba?

Se acercó a los bajorrelieves de la pared, las rayas y los puntos. El pequeño círculo tenía el diámetro del Sello. Lo acercó, seguro de que encajaba en la marca. Lo que hubiera al otro lado, aparecería ante sus ojos, y lo que fuera, lo destruiría.

—¡No lo hagas!

Dar se detuvo. Sonrió. Retiró el Sello de la pared. Había esperado escuchar a Eva. Sus sospechas eran fundadas. Ella necesitaba un estímulo para reaccionar. Tras los signos se escondía el auténtico poder de la Esfera.

—¿Qué esperabas para aparecer, maldita seas? —preguntó volviéndose despacio, buscando el lugar del que había procedido la voz de Eva.

El siguiente silencio volvió a enfurecerle.

—Háblame —silabeó, acercando de nuevo el Sello a los signos—. Dime que estás ahí y me escuchas o lo haré.

Pasaron unos segundos, la mano de Dar temblaba, oscilaba cerca de los dibujos, sobre el punto donde encajaría el Sello.

—¡Pondré al descubierto al Código! —gritó—. ¡No sé si saltaremos en pedazos o te desenmascararé, pero arrancaré lo que haya ahí detrás con mis propias manos!

—Espera —pidió Eva.

Dar percibió cautela en la voz de la máquina, le sonó extraña, como si la escuchara por primera vez.

—No puedo esperar —dijo—. Yaita está en peligro. ¿Acaso no lo sabes? Ha tenido que averiguar por mí mismo lo que es el Sello kerlhe. ¿No quisiste decírmelo cuando lo traje de la nave? Me ocultaste que Yaita está embarazada. ¿Qué más me has ocultado?

—Dar, tranquilízate...

—¡Tienes que traer a Yaita ahora mismo! Te juro que como no lo hagas, te destruiré.

—¿Crees que no me gustaría hacerlo? —preguntó Eva con desesperación—. Apenas os transporté a la superficie, me sentí rodeada por una fuerza a la que no podía vencer, como nunca la había notado antes, que me obligaba a alejarme de la Tierra, y tenía que hacer un gran esfuerzo para visualizar vuestros pasos. ¿Por qué crees que permanezco tan lejos? Llevo horas tratando de vencerla.

—¿Quiénes provocan la interferencia? —preguntó, temiendo conocer la respuesta.

—Ellos, Dar. Los kerlhes. ¿Recuerdas lo que me ocurrió en Dhrule? Esto es peor. Me enfrento a tres unidades tan poderosas como yo.

—¿Quieres decir tres esferas, tres entidades?

—Tres núcleos hostiles, Dar. Para esas entidades yo soy una proscrita, una advenediza a la que tienen que neutralizar. El Código se ha puesto de su parte.

Dar miró la Sala Azul.

—Pero no han anulado el poder de las Criptas.

—Sobre este recinto no tienen poder.

Dar señaló los dibujos.

—El Código está ahí —dijo.

—Sí.

—¿Si lo destruyo serás libre, Eva?

—No lo sé; pero de lo que estoy segura es que si lo anulas podrías convertir el Módulo en



algo inútil, y tal vez yo no podría traer a Yaita al Hogar cuando restablezca mi libre albedrío.

—¿Crees que podrías conseguirlo?

—Llevo horas intentándolo. Ten confianza en mí.

Dar se paseó nerviosamente por alrededor de las literas, echando miradas a las Criptas.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

Esperó unos segundos la respuesta.

—No me atrevo a fijar un plazo, Dar; podría ser un minuto o días.

—¿Puedes devolverme a la Tierra?

—Sí.

Dar respiró aliviado.

—Será suficiente. Voy a volver. Proporcióname armas, un fusil como el que le diste a Yaita.

Es efectivo.

—¿Confías en la mujer llamada Rita a quien le confiaste las armas?

—Sí. ¿Sabes algo más de ella?

—Apenas mantuve el contacto con vosotros para estudiarla. No sé cómo reaccionan los humanos. Desconfía del hombre llamado César Almanzar.

Dar levantó una ceja.

—¿Por qué? Me pareció honesto.

—Sus pensamientos están próximos a los de Macombe, pero no son violentos. Recelo de los idealistas.

—Me basta con que sea sincero conmigo.

—Creo que lo es contigo, pero no sé si lo es consigo mismo. No tiene muy claras las ideas.

Dar sonrió.

—A veces los locos honrados son más de fiar que los cuerdos cuya lealtad está por probar.

Salió de la Sala Azul. A sus espaldas escuchó cerrarse la puerta. Se dirigió al gabinete.

—¿Has localizado a las esferas de los kerlhes?

—Se mueven constantemente, a veces en la atmósfera de la Tierra, a veces lejos de ella.

Que siguieran en el planeta o en sus cercanías lo tranquilizó.

—¿Se marcharán? En la Tierra creen que no tardarán en desaparecer, en volver a su mundo.

—Están desconcertados; es todo lo que he averiguado de ellos. Hubiera sabido más acerca de sus intenciones, pero descubrieron que yo les espiaba y se han protegido. Yo apostaría a favor de su marcha definitiva. Esperan la decisión de sus líderes.

—¿Quieres decir de la gente de su mundo?

—Sí.

—¿Dónde está su mundo, Eva?

—No lo sé. Pero muy lejos, a miles de años luz.

—Tardarán en recibir instrucciones.

—Sólo el tiempo que tarden en tomar una decisión en el planeta Kerlhe.

—Años.

—Si los líderes decidieran en este instante, lo sabrían al segundo siguiente.

—¿Disponen de medios para comunicarse instantáneamente?

—Sus mentes, Dar. Son telepáticos, pueden cambiar ideas y mensajes en segundos. Ninguna máquina conocida puede hacerlo, pero sí sus cerebros.

Se detuvo antes de entrar en el gabinete.

—Logaroh era uno de ellos, ¿verdad?

—El dios de Dhrule era un kerlhe, un perro azul, como los llaman los terrestres. He visualizado cien razas de caninos de la Tierra, Dar, y no encuentro ese parecido con ellos.

—Mis compatriotas tienen un extraño sentido del humor, Eva. Vamos, tenemos que trabajar.

La condujeron por los pasillos, cruzándose con grupos de furibundos fanáticos que la miraron con desprecio; algunos intentaron golpearla, pero quienes la rodeaban los rechazaron, gritando que la mujer era muy importante.

Yaita se sentía aturdida. En su mente persistía la imagen de Dar cayendo al suelo con el pecho abierto por cien heridas de balas. Otros hombres con hábitos marrones arrastraban su cadáver. Aunque sabía que Dar estaba libre en la Esfera, no podía dejar de estremecerse cada vez que miraba por encima del hombro y veía que un fanático le golpeaba a su paso, y otros le escupían.

Los corredores y las salas estaban sembrados de cadáveres, tanto de seguidores de Macombe como de guardias de Percival. A los heridos los habían rematado.

En la planta baja el caos era inenarrable. Algunos muebles ardían, sin que nadie se molestara en sofocar las llamas. Había docenas de hombres embutidos en los hábitos marrones, armados hasta los dientes, que corrían de un lado a otro buscando enemigos. A Yaita la obligaron a entrar en el amplio despacho de Percival. Encontró arrasada la estancia, las estanterías vacías, los cuadros destruidos y los muebles apilados en un rincón. En el centro había un hombre sentado en una silla, con las piernas cruzadas. Vestía un hábito marrón. Era de raza negra, tenía el pelo ensortijado y el rostro largo y delgado. Su mirada penetrante se clavó en Yaita cuando los hombres la situaron delante de él.

Uno de los sicarios dio unos pasos, inclinó la cabeza y dijo al hombre:

—Señor, el hombre ofreció resistencia y unos hermanos tuvieron que matarlo. Su cuerpo está ahí. ¿Quieres verlo?

Yaita miró a quien parecía ser el jefe de la banda. Se preguntó si era Macombe.

El hombre, tras guardar silencio un momento, dijo con voz autoritaria:

—Ordené que quería vivo a Darío Siles y a su compañera, y me habéis traído sólo a la mujer. Los que han matado al enemigo de los dioses serán ejecutados —se levantó y paseó delante de Yaita, que lo seguía con la mirada—. ¿Dónde está Percival, mi gran enemigo?

El mismo sicario volvió a agachar la cabeza y dijo con voz trémula;

—Ha escapado con algunos de sus hombres en el helicóptero que acaba de despegar de la terraza, señor.

—De eso no te hago responsable, hermano; pero sí de la muerte de Darío Siles —se acercó a la puerta del despacho y miró el cuerpo ensangrentado que habían dejado en el vestíbulo—. El poder de los dioses kerlhes ya no está en esa carne muerta, pero lo comprobaré. Sacarlo de aquí y llevarlo a nuestra base, que mis médicos lo examinen antes de quemarlo.

—Se hará como deseas, señor —asintió el hombre. Se volvió y gritó varias órdenes al grupo que esperaba fuera.

El cuerpo de Dar fue metido en un saco de plástico y sacado de la casa.

—¿Sabes quién soy? —preguntó el hombre plantándose delante de Yaita.

—No.

—Pero has debido oír hablar de mí. Soy Macombe, el elegido de los dioses, el amo y señor de los Hijos de las Estrellas.

—Sé quién eres, pero nunca te había visto.

Macombe le dirigió una larga mirada.

—El mundo dejó de verme el día que fui expulsado del grupo de los que fuimos elegidos para comunicarnos con los dioses. Desde entonces me muevo en las sombras y fustigo a los apostatas.

—¿Hablas con tus dioses? —preguntó Yaita, notando nerviosismo entre los hombres de Macombe.

El rostro de Macombe se ensombreció.

—En los días de su advenimiento me hicieron grandes revelaciones, me confiaron secretos que no pueden salir de mis labios; pero la maldad que reina en el mundo ha levantado muros tan altos que a veces no puedo derribar, y sus mensajes me llegan distorsionados, llenos de confusión a causa de la perfidia que anida en el corazón de los hombres.

—Bonito discurso —dijo Yaita en voz baja.

Macombe se acercó a ella, se inclinó para mirarla y Yaita percibió su aliento a almizcle, a drogas y a ron. Los ojos del líder brillaron.

—Llevaba tiempo sin oír sus dictados, mujer —dijo susurrante—. El día en que la nave desapareció de los anillos del complejo, escuché el grito de dolor de quien perdió la vida, pero al

poco volví a oírle, ocupando un nuevo cuerpo. Como dios que era y que es, volvió a vivir, y se lamentó a las estrellas, les anunció la pérdida de su poder, el Sello que lo distinguía de los demás seres, arrebatado por un humano, el causante de la pérdida del arca que debía transportar a los hombres y mujeres destinados a fertilizar un mundo. Sólo queda una nave, Yaita. Sólo una. Y debe sernos entregada, porque es nuestra, porque nos pertenece para que yo elija a quienes deben ser salvados. Los hombres malignos nos engañan, mienten a los dioses para que nosotros, los elegidos, no embarquemos.

El sicario que había conducido a Yaita al despacho, se aproximó; con la cabeza inclinada, se dirigió a su jefe y dijo con voz acuosa:

—Señor, las fuerzas enemigas se aproximan, pronto rodearán toda la residencia y no podremos escapar.

Macombe le hizo callar con un gesto; sin apartar la mirada de Yaita, dijo:

—Por los kerlhes sé que Darío Siles es la encarnación del demonio, y no puede morir. Se ha llevado consigo el Sello. Pero volverá a por ti, mujer, porque eres de él, le perteneces —sus manos rodearon el vientre de Yaita—. Llevas algo suyo en tus entrañas, puedo percibirlo. Darío Siles no te abandonará, y cuando acuda a rescatarte, caerá en mi poder y me entregará lo que robó a los dioses, y ellos me recompensarán cuando les devuelva lo que es suyo, el Sello. Llévala a nuestra base, hermanos. Me respondéis de su vida con la vuestra.

Envuelto en las alas marrones de su hábito, Macombe salió del despacho. Lo siguieron sus acólitos, dos de ellos llevando a Yaita agarrada de los brazos. Afuera rugía el fuego, centelleaban las luces de la policía aproximándose a la casa. En un claro del jardín giraban las aspas de un helicóptero. Por los senderos se alejaban los coches y las furgonetas cargadas con los hombres de Macombe. A lo lejos se produjeron nuevas explosiones.

Yaita fue obligada a subir al helicóptero. La sentaron al lado del líder, quien en ningún momento se volvió para mirarla. Tenía los ojos cerrados y parecía rezar.

—Ella está bien, Dar —dijo Eva, tras un largo silencio.

—¿Estás segura?

—En este momento se halla a bordo de un vehículo, y vuela hacia el interior del país, se aleja de una zona de viviendas con jardines, muchas de ellas arden, y hay luchas y disparos. Pero Yaita está a salvo, pues nadie ha deparado en el vuelo de esa pequeña nave con aspas.

—¿Puedes seguir el vuelo de ese helicóptero?

—Lo estoy intentando.

—Hazlo. No lo pierdas. Me llevarás donde aterrice.

Mientras él se preparaba, revisaba el armamento y cuanto iba a llevarse del Hogar, esperaba tenso a que Eva hablara de nuevo, le dijera si sabía dónde se habían llevado a Yaita.

—La he perdido, Dar —dijo Eva, compungida—. Lo siento, pero mis adversarios me han descubierto.

El siguiente y prolongado silencio hizo comprender a Dar que Eva no le respondería. Era inútil enfurecerse con ella.

—No le hará daño. Ese hombre llamado Macombe la necesita para que caigas en la trampa que te tenderá, Dar.

—Lo sé.

No había vuelto a pedirle que se la devolviera; sabía perfectamente que Eva lo haría sin que él se lo rogase.

—Ojalá tuvieras un teléfono —dijo de pronto.

—¿Un teléfono? —preguntó Eva, sorprendida. Como si supiera enseguida lo que era, soltó un gemido y preguntó—: ¿Con quién necesitas comunicarte de la Tierra?

—Con ella —respondió, sabiendo que Eva sabía a quién se refería.

—¿Qué tienes que decirle a Rita?

—Que se reúna conmigo.

—Creía que querías que te enviara a Estados Unidos.

—Puede estar en la gran ciudad en menos de cuatro horas. Si pudieras traerla aquí y más tarde

enviarla a la Tierra en mi compañía...

—Oh, sabes que no puedo traer a ningún ser vivo, o al menos con un aliento de vida.

—Entonces tendrá que volar a América. La llamaré cuando me hayas transportado, Eva.

—¿Para qué la necesitas?

—Es la única persona en la que puedo confiar plenamente. Acudirá a mi llamada. Sólo su hermano le impediría reunirse conmigo.

—Si tú lo dices...

A su pesar, Dar sonrió. Había notado en la voz de Eva que no le complacía que tuviera una amiga aparte de Yaita.

—Dar, he captado algo.

Esperó en tensión a que Eva le explicase qué era.

La pared que a veces se convertía en observatorio se iluminó de estrellas. En el centro apareció el complejo orbital, En una de las gradas, la más próxima a los módulos del personal, flotaba la gran nave. Enjambres de pequeños vehículos flotaban a su alrededor.

—Los kerlhes han bajado la guardia, Dar, y puedo actuar con cierta libertad —dijo Eva—. Supongo que se descuidan cuando se comunican con los suyos en el planeta Kerlhe.

—¿Puedes hablar con Yaita, traerla al Hogar? —preguntó ansiosamente.

—No, eso no. Quería que vieras esto.

—Ya lo veo. ¿Qué está pasando en el complejo?

—A petición del CEM, los Estados Unidos y sus aliados han enviado naves armadas.

—¿Con qué intención?

—Para vigilarla e impedir que se la lleven. Recuerda que los kerlhes ya habían instalado el sistema de impulsión. Puede saltar a las estrellas.

—No pueden saber las intenciones de esos seres, Eva.

—Algunas personas, las primeras que contactaron con los kerlhes, aún perciben sus pensamientos. Y entre ellas se encuentra el hombre que ha secuestrado a Yaita. Macombe fue uno de ellos. A veces los escucha, y en su locura mística cree que los dioses se comunican con él.

Dar contempló la imagen, el movimiento de las naves armadas alrededor del gran transporte.

—Si se la llevan, la Tierra perderá décadas de investigación, tardarán siglos en recuperar la ciencia kerlhes, en viajar a las estrellas por sus propios medios —dijo.

—Ojalá supiéramos lo que en este momento les están ordenando desde el planeta kerlhe —dijo Eva, su voz alejándose.

Dar sonrió.

—No podrán descubrir el secreto del impulsor, jamás lo reproducirán sin un Sello que haga desaparecer la cobertura que lo protege.

Eva dijo con alborozo.

—Y tú tienes lo que ellos quieren. Como dices, los triunfos están en tus cartas. Debes jugarlas con sabiduría.

Él tomó el rifle que había en la mesa.

—Éste también es un as.

—Y el Sello, el comodín.

—Todos lo quieren, lo necesitan para construir naves que les permita alcanzar en poco tiempo, días o semanas, los mundos en los que han aterrizado los transportes o hacia los que se dirigen los últimos que partieron. Pagarán por él lo que les pida. Me devolverán a Yaita.

## CAPITULO XIV

Dos pistolas, que encajó en el cinturón, un cuchillo y el fusil era todo su equipo, al que añadió un puñado de diamantes. El dinero abría muchas puertas, aunque creía que para franquear las de la guarida de Macombe no le serviría. Pero tenía el Sello, y le importaba muy poco quién lo poseyera. Sólo quería que Yaita volviera con él, y con ella el bebé.

—Estoy preparado —dijo después de ponerse el largo gabán negro que le llegaba a los tobillos. Comprobó que las armas no podían ser vistas. Dio un paso para salir del gabinete. Estaba impaciente por dirigirse a la Sala Azul y tenderse en la camilla.

Eva no tenía una idea exacta del lugar donde Macombe había llevado a Yaita, pero lo transportaría muy cerca. Lo demás dependería de él.

—¡Espera! —gritó Eva.

—¿Qué ocurre? —preguntó, temiendo que hubiera surgido un problema.

—Estoy recibiendo un mensaje... —empezó a decir Eva. Su voz danzó alrededor de Dar, como cuando estaba indecisa—. Las barreras se están disipando, puedo ver lo que quiera, puedo transmitir mensajes. Puedo recibirlos...

—¡Rescata a Yaita!

—No, a ella no puedo llegar... Pero sí a tus amigos, los siento, sé lo que hacen.

—¿Qué demonios te pasa?

El silencio de Eva lo exasperó.

—Son ellos, los kerlhes —dijo finalmente, desplazando su voz hacia el observatorio—. Me están llamando.

Dar observó que el espacio cambiaba. La modificación del escenario fue violenta. De pronto estaban flotando sobre la atmósfera de la Tierra, como si se deslizaran a veinte mil kilómetros de la superficie. A lo lejos brillaba el complejo, entre ellos y la Luna.

—Puedes acercarte —susurró, apoyando las manos en la barrera invisible—. Llévame ante Yaita, entra en el cubil de Macombe y sácala de allí. Puedes hacerlo, Eva. ¡Puedes hacerlo, maldita bastarda!

La ausencia de respuesta prefirió interpretarla como que Eva estaba actuando, buscando soluciones. Quería seguir confiando en ella.

—Mira ahí fuera, Dar.

Y él miró y vio la esfera azul moteada de puntos brillantes. Era grande, y pensó que estaba cerca. Pero no podía fiarse de su tamaño, podía tener el volumen de una canica o el de un asteroide. Tampoco sabía cómo era visto el Hogar desde el exterior.

—Me pide que te lleve ante él —dijo Eva.

Dar percibió su tono de preocupación. La petición no era de su gusto.

—¿Quién?

—Un kerlhe. Quiere verte y hablarte.

—¿Puedes proyectarme al interior de esa cosa?

—Tengo que entrar yo y luego situarte fuera de mí.

—Hazlo.

—Podría ser peligroso.

Dar se mordió los labios, se debatió entre su deseo de correr junto a Yaita y enfrentarse a un ser al que aún no sabía si era su enemigo. Dijo:

—No me importa. Quiero ir.

Después de un breve silencio, Eva respondió:

—Creo que es la mejor decisión. Tal vez nos ayude.

Dar asintió.

—Sí, tal vez nos ayude, pero también podría jodernos —murmuró—. Adelante.

Yaita miraba de reojo a Macombe cuando creía que éste no la observaba. Estaba sentado a un extremo de la larga mesa. A su lado permanecía de pie un hombre de elevada estatura, vestido como él, con una túnica marrón, ocultando sus manos dentro de las amplias mangas.

Había sido un largo viaje, el helicóptero voló a ras de tierra a veces y en otros momentos a gran altura. Le vendaron los ojos y no pudo ver nada hasta que la sentaron en la silla y le quitaron la cinta. Se encontró en una sala de grandes dimensiones, circular y en penumbras. En el centro, a unos veinte metros de donde estaba Macombe, se alzaba, flotando a pocos centímetros del suelo, una masa de bloques de metal brillante como la plata pulida, unido al techo por una maza de cables de cobre.

Yaita asoció aquella estructura con el impulsor K, su diseño era muy parecido.

Macombe se acercó a ella por detrás, se inclinó y le dijo susurrante:

—Es un generador kerlhe. Pero usted parece haber adivinado lo que es, ¿verdad? Las maravillas de los dioses son fácilmente identificables, poseen una aura divina, emanan grandeza. Toda la costa Este se alimenta de electricidad gracias a esta pequeña pero maravillosa máquina. — Hizo una pausa, señaló las paredes y añadió—: Los mortales levantaron estos muros a su alrededor y cerraron las puertas, pero mis manos pueden abrirlas porque lo que hay aquí dentro es de mis dioses y yo soy su profeta, su portador, su anunciador. Su más humilde siervo. Por fuera es un gigantesco cubo de cemento, y nadie salvo los enemigos de mis señores de las estrellas, saben lo que contiene. Es mi refugio. Tengo refugios como éste en todas partes del mundo. Nadie me buscaría en un lugar semejante. ¿Quién podría adivinar que el gran enemigo de los gobiernos de este planeta y del CEM se esconde en las estaciones de los generadores? Éste es nuestro templo en la Tierra.

Palmeó los hombros de Yaita y rió.

—Resulta divertido. ¿No lo cree?

Rodeó la mesa y se sentó en un extremo de ella. Permaneció callado hasta que un hombre pequeño, vestido con una bata verde manchada de sangre, entró para anunciar que en el cuerpo de Darío Siles no habían encontrado el Sello. Macombe no se inmutó.

—Lo esperaba —dijo—. Arroja los restos de ese ser despreciable, hermano Ronsoe, y purifícate por haberlos tocado.

Cuando el cirujano se retiró, volvió a mirar a Yaita, se quedó un rato pensativo hasta que por fin le dijo:

—También debería librarme de ti, mujer. No te necesito. Tu compañero te considera viva, y cuando regrese al mundo de los vivos intentará buscarte. Sin embargo, podrías vivir un poco más, incluso tener la esperanza de que te personases. ¿Qué puedes ofrecerme a cambio de otorgarte mi piedad?

Yaita mantuvo la boca cerrada.

—¿No se te ocurre nada? —rió Macombe—. Scherezade tenía historias para prolongar su vida durante mil noches. ¿No recuerdas una sola para distraerme? ¿Por qué no pruebas a contarme la verdad?

—¿Es que no la sabes? —preguntó Yaita.

Macombe se encogió de hombros. Se llevó la mano a la cabeza.

—No todo lo que los dioses me permiten oír es diáfano. Ellos consideran que su lenguaje mental es accesible a los mortales.

—Pregúntales a ellos.

Macombe dejó de sonreír y sus ojos se endurecieron.

—No me desafíes, mujer; no abuses de mi paciencia. Los dioses que han venido a la Tierra están ocupados comunicándose con los dioses que moran en su reino inalcanzable —su expresión mostró una máscara de ira y golpeó con el puño la mesa—. Quiero saber por ti cómo tu compañero consiguió el Sello y qué pacto hizo con el diablo para obtener el poder de los kerlhes. Porque él resucitará, ¿verdad? Si no fuera así, el Sello estaría en su cuerpo. Creo que se hizo matar para no caer prisionero. Es un cobarde. Te abandonó.

—¿Para qué quieres que te cuente una historia que considerarás falsa?

Macombe volvió a esbozar su pequeña sonrisa.

—Me distraerás, y jugaré a separar tus verdades de tus mentiras. Y mientras hablas, vivirás.

Yaita se dijo que debía ganar ese tiempo que Macombe le ofrecía. Todo el tiempo que pudiera. La historia que podía contarle le interesaría. Se preguntó si lograría convencerlo de que ella había nacido en un mundo situado a muchos años luz, en Decero, un mundo hermano de Dhrule, ambos alumbrados por una estrella que no sabría identificarla en el cielo porque no sabía dónde estaba. Si Macombe la creía, se sentiría fascinado por el relato de un pueblo que había evolucionado durante quinientos años.

—Vengo de muy lejos, Macombe —empezó a decir—. Vengo del futuro. Mis antepasados partieron de la Tierra en una nave construida en el astillero orbital, colonizaron dos mundos y crearon una civilización.

Macombe no alteró un músculo de su rostro.

—Tu historia tiene un buen comienzo, mujer. Continúa.

Dar sintió que Eva lo expulsaba del Hogar.

Se tambaleó. Estaba de pie, a punto de perder el equilibrio. Algo zumbó alrededor de su cabeza, descubrió un punto azul a la altura de los ojos.

—¿Eva? —preguntó en voz baja, mirando el entorno. Se hallaba en una explanada que parecía no tener fin, pisaba un suelo suave y elástico. Todo cuanto veía era gris, el horizonte estaba conformado por una opalescencia oscura. La luz parecía brotar del mismo aire que respiraba.

—Te escucho, Dar.

Él volvió a contemplar el paisaje.

—Que extraño es el interior de esta esfera... —comentó.

—Cada entidad tiene su particular versión de lo que debe ser su unidad por dentro, pero también depende de lo que su huésped considere que debe ser su morada —contestó Eva, revoloteando despacio a su alrededor.

Al volverse, Dar descubrió una lejana figura que caminaba hacia él; acababa de surgir de la niebla gris del horizonte.

—¿Es un kerlhe? —preguntó, en voz baja a Eva. Todavía estaba muy lejos de él para poder reconocerlo.

—Lo es.

—¿Sólo hay uno?

—No lo sé. ¿Me permites darte un consejo?

Sin apartar la mirada del ser que continuaba acercándose, Dar respondió:

—Me lo darás de todas formas.

—No es tu enemigo, no lo consideres como si fuera Logaroh. No les gusta lo que hacen.

—¿Qué?

—Se supone que han venido a la Tierra con la misión de salvarla, al menos a una representación de la raza que la habita; pero les da igual lo que os ocurra. Ellos se limitan a cumplir órdenes.

—¿De quiénes?

—No hagas más preguntas.

Dar vio a la Esfera alejarse.

—No te vayas ahora, maldita seas —dijo entre dientes.

Se tranquilizó al verla pararse a su lado.

Esperó en tensión al kerlhe.

## CAPITULO XV

Los dedos de Macombe se deslizaron por la energía que cubría el generador kerlhe. Su mano se detuvo y señaló un punto del diámetro de un botón.

—Esto es la debilidad de los kerlhes, pero también su grandeza.

Cerca de la puerta, Ronsoe le observaba.

—¿Cree que ha dicho la verdad? —preguntó—. Y si lo que le hemos escuchado ha sucedido, ¿qué nos ha ocultado?

Macombe siguió pasando las manos por la Cobertura, con los ojos entornados, como si estuviera acariciando los pechos de una mujer. Sin volverse, respondió:

—Podríamos constatar su sinceridad con un interrogatorio severo o con el uso de ciertas drogas, pero implicaría riesgos para ella. No hará falta. Estoy convencido de que no ha mentado. Se ha ganado el derecho de vivir unas horas más.

Giró la cabeza y miró a Ronsoe por encima del hombro, con la cabeza ladeada.

—¿Qué has encontrado en su historia que te parezca falso, hermano? —inquirió.

—Muchas cosas, señor. Han vuelto al pasado, dicen que viajando a bordo de una Esfera Kerlhe. Partieron de un mundo llamado Dhrule a quinientos años en el futuro. Y el hombre, Darío Siles, tiene el poder de los dioses. Según ella, venció en su mundo a un kerlhe.

Macombe se llevó las manos a las sienes.

—En el mismo instante en que la nave estalló, capté un grito de dolor, el lamento de un dios al morir, la desesperación de una criatura divina al ser desposeída de su poder, el Sello. Creo que el hombre mató al kerlhe, Ronsoe. No fue ese muchacho de nombre Bert Hunt quien provocó el desastre, y Darío Siles lo salvó de morir, y mató a quienes envié a que castigaran a quien por omisión permitió la desaparición de un valioso transporte estelar.

Ronsoe meneó la cabeza. Con sumo respeto, dijo:

—Señor, nuestros hombres vigilan el hospital donde se recupera de la herida; tienen órdenes de matarlo. ¿Deseas que no lo hagan?

Macombe se apartó del generador y volvió a la mesa.

—Me has dado una buena idea, hermano. Que dejen en paz a Bert Hunt... por el momento. Pero que sigan vigilándole. Quizá lo necesite aquí pronto. Dos rehenes es mejor que uno. Y Darío parece tenerle afecto.

Señaló la bóveda y sonrió.

—Está arriba, Ronsoe, observándonos tal vez, ocupando un nuevo cuerpo, planeando su próxima actuación. Lo esperaremos. Conseguiré el Sello, y cuando lo tenga impondré mis condiciones a los gobiernos de la Tierra, y el CEM se humillará ante mí.

—¿No crees que los dioses considerarían un hermoso gesto por tu parte si se lo devolvieras?

Macombe le miró con desconcierto.

—Eso tendré que pensarlo.

Reclinó la cabeza y cerró los ojos.

—Asegúrate de que la mujer está bien, que no dejen de vigilarla —dijo en susurros—. Podría suicidarse. El suicidio es la fuga divina de los dioses. Hermano Ronsoe, no me sorprendería que ella también hubiera robado el poder a nuestros señores de las estrellas.

El kerlhe, cuando llegó a media docena de metros de Dar, se detuvo. Su larga túnica se agitó sobre la blanda superficie que pisaba.

Dar sintió el breve movimiento del aire cerca de su mejilla. Por el rabillo del ojo vio a la diminuta esfera oscilar, y a continuación escuchó la voz de Eva como si sonara dentro de su oreja derecha.

—Ah, olvidaba decirte que no debes ocultarle nada, y no le mientas.

Contempló al kerlhe, su largo rostro azul, su gran nariz y su pequeña boca. La capucha no le



permitía ver más. Comprendió por qué eran conocidos aquellos seres como los perros azules. Sólo le impresionaron los profundos ojos, negros y brillantes, ascuas apagadas.

Recordó el cuerpo que viera en la Sala Azul de la Esfera de Logaroh e intentó adivinarlo tras el burdo tejido del hábito que vestía el kerlhe.

—¿Qué está esperando? —preguntó a Eva.

—No puede expresarse en vuestros idiomas.

—¿Cómo diablos vamos a comunicarnos?

—A través de mí. El kerlhe transmitirá sus ideas a mi Código y éste me las pasará debidamente traducidas. ¿Comprendes ahora por qué me ha permitido entrar en su Esfera? Me necesita como intérprete.

—¿Puedes explicarme cómo se las arreglan para pasar instrucciones a la Tierra para que les construyan los transportes según sus planos?

—Existe un pequeño grupo de telépatas terrestres. Se sirven de ellos.

—¿Sabe que atacó a uno de los suyos?

—Claro. Te ha reconocido. Es el mismo al que viste morir.

—Debe odiarme.

—No hay odio en él hacia ti, Dar.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo acaba de decir?

—No conocen el sentimiento del odio. No saben odiar.

Dar empezó a sentirse incómodo. La fijeza de los ojos del kerlhe en él le producía una gran desazón.

—Me dice que la mitad de los suyos han regresado a Kerlhe —susurró Eva—. Y él partirá pronto.

—Así que abandonan a los terrestres. ¿Cree que han cumplido su misión?

—No lo sabe. Sus superiores le han pedido que regresen.

—Pregúntale para qué vinieron, en qué consiste su plan y cuáles son sus intenciones para con la Tierra.

—Para ayudar a sus habitantes.

—¿Porqué?

—Temían que desapareciera. Las naciones iban a entrar en guerra, en una guerra total y definitiva. Su presencia no sólo la ha evitado, sino que ha garantizado la supervivencia de la especie humana enviando decenas de naves con colonos a otros mundos. Algún día esos planetas se unirán.

—¿Por qué se han atribuido el papel de salvadores?

—No ha sido una decisión propia, sino ordenada.

—¿Por quién? —Dar sonrió con sorna—. ¿Acaso se lo ha pedido Dios?

Eva tardó en responder:

—No esperaba esta pregunta, y no sabe cómo contestarla. Dice que es lo que han hecho siempre, e ignora por qué. Han salvado a otras especies, pero desconoce cuántas. Su raza es muy vieja, Dar; afirma que tiene millones de años.

—Está mintiendo.

—No saben mentir.

Dar inspiró profundamente.

—¿Por qué te enviaron a Dhrule, Eva?

—No sabe dónde están Dhrule y Decero, no sabe nada acerca de Logaroh.

—Sigue mintiendo.

—Dar, lo que pasó en Dhrule está a quinientos años en el futuro. No puede saberlo.

—¿Por qué te obligó el Código a traerme a la Tierra del pasado?

—Lo desconoce.

—¿Las naves que vimos se dirigían a Decero?

—Sí.

Después de un momento de silencio, preguntó:

—¿Ha callado? ¿La entrevista ha terminado?

—No, Dar. Acaba de decirme que está contento porque va a abandonar la Tierra. No le ha gustado la misión que ha tenido que cumplir, no se siente satisfecho. El contacto con los humanos no ha sido agradable para ellos.

—Debería sentirme ofendido.

—No quiere ofenderte. Se ha expresado con sinceridad.

—Dile que son unos chapuceros. Es lo que pienso de ellos.

—No lo haré. El kerlhe tiene sentimientos, le entristecería oírte decir eso.

—Pueden hacer más.

—¿Tú crees?

—Dejarán a la Tierra aislada. Sin sus secretos, no podrán fabricar más transportes, tardarán siglos en poder viajar a los mundos que serán colonizados.

—Cumplen órdenes, y éstas contemplaban que no debían dejarles que conocieran el secreto del impulsor K. Pero han sembrado el planeta de generadores, con los que podrán solucionar el problema de la energía.

—¿Copiándolos? No podrían, pues todos están protegidos por la cobertura.

—No está en sus manos hacer más, Dar.

—Son unas marionetas.

—No le diré esto. Está confuso. Aunque sólo percibe tu ira, se siente desconcertado. No comprende tu cólera.

—¿Qué quiere de mí?

—Lo sabrás.

—Tal vez quiera recuperarte.

—No.

—¿Qué busca entonces?

—Te repito que quería conocerte.

—¿De veras? —rió Dar.

—Es cierto. Dice que tienes una misión que cumplir.

—¿Cuál?

—Lo sabrás en su momento.

—Está loco.

—Sólo está impaciente por volver a su mundo.

—Pídele que no interfiera en ti.

—Ya no lo hace.

—Haz volver a Yaita.

—Lo intenté antes de que entráramos en esta Esfera.

—Espera, deja que lo adivine. No puedes, ¿verdad? —Dar se revolvió lleno de rabia hacia la pequeña esfera—. ¿Qué pasa ahora? Si esa cosa azul con cara de perro acaba de decirte que no te impide actuar libremente, ¿por qué no traes a Yaita?

—La interferencia está ahora donde ella se encuentra prisionera. Ese lugar me repele; llevo un rato intentando superar la barrera.

—¿De qué me estás hablando?

—Yaita está muy cerca de una fuente de energía kerlhe.

—¿Sabes dónde exactamente?

—En una estación hermética, dentro de la cual hay un generador funcionando. Dame tiempo. Estoy segura de que acabaré encontrando el camino que me permita llevarte al lado de Yaita, y cuando lo consiga la haré entrar en el Hogar y la cuidaremos, Dar. Volveremos a Dhrule, como ella quiere, donde debe nacer vuestro hijo.

Dar miró al kerlhe.

—Si esto ha terminado, llévame a la Tierra y transpórtame junto a Yaita.

—Espera... El kerlhe me comunica que debo llevarte lejos, fuera del sistema Solar.

—¿Qué?

—Dice que tu presencia es necesaria en otro lugar... y en otro tiempo. Aquí ya no tienes nada

que hacer.

Dar dio un paso hacia el kerlhe y lo miró furioso.

—Sácame de aquí o mataré a ese perro.

—Te está pidiendo algo, Dar.

El kerlhe caminó hacia él y le tendió la mano derecha abierta. Dar contempló con estupor aquellos cuatro dedos.

—¿Qué pide?

—El Sello. Quiere que se lo devuelvas. Le pertenece.

Dar retrocedió.

—¡Sácame de aquí, Eva! —aulló, confiando en que el tono imperativo de su orden surtiera el efecto deseado y se viese libre de la presencia del alienígena.

## CAPÍTULO XVI

Había sido muy laborioso para sus secretarios reunir en tan poco tiempo a la mayoría de los miembros del Comité. Percival O'Hara revisó por tercera vez la lista de los que esperaban en sus despachos, repartidos en el mundo. Pocos iban a faltar a la cita. Delante de él había veinticuatro pantallas holográficas, todas en situación de espera. De pronto percibió que una de ellas lanzaba un tenue destello intermitente.

Cuando su secretario personal le informó de la causa de que una cita no había sido confirmada, arrugó el ceño: iba a haber una ausencia, la más importante.

—Insista —dijo—. Aunque su asistencia se retrase, necesito que esté presente.

—Me temo que será inútil, señor —dijo el secretario—. Lo retienen en su despacho. Ya conoce las causas.

Percival asintió. Claro que sabía por qué no podía estar en la reunión. La agitación en los países signatarios del Comité había aumentado durante las últimas horas; los agitadores habían renovado sus ataques contra edificios públicos, sembrando de confusión las ciudades más importantes del mundo. Los informes que había estado recibiendo decían que Macombe había sido visto en cien puntos distintos de la Tierra.

—El Presidente estará representado por el delegado de Estados Unidos —dijo el secretario, colocando delante de su jefe el último informe recibido—. Si fuera usted dudaría de su fidelidad al CEM, señor.

Percival se permitió una sonrisa.

—Prefiero discutir con él que con el Presidente, quien estará en el bunker de la Casa Blanca rodeado de sus asesores y generales, discutiendo si ha llegado el momento de arrasar algunas áreas urbanas para dar ejemplo.

—China e Indonesia han enviado sus protestas por la ocupación de la estación orbital por parte de fuerzas militares norteamericanas y europeas.

—Era de esperar.

Percival repasó el informe. Sonrió. La última nave kerlhe no había sufrido daño alguno, estaba a buen recaudo. El impulsor no corría peligro. A menos que los perros azules pudieran vulnerar la cobertura a distancia, estaba a salvo, como los generadores que quedaban en el mundo, custodiados por tropas de élite situadas a tres kilómetros de distancia de los gigantescos cubos de cemento.

Si su secretario le dijera en aquel instante que Macombe había sido apresado o lo habían matado, empezaría a recuperar la esperanza que había perdido durante el ataque a su residencia. Su único consuelo era que la mayoría de la horda del iluminado había sucumbido ante el ataque de la policía y varios regimientos de la Guardia Nacional.

—¿Preparado, señor? —escuchó que le preguntaba su hombre de confianza.

—Sí —bebió un sorbo de agua. De reojo vio a su secretario conectar los monitores. Percival sólo se permitió un ligero parpadeo cuando los veintitrés rostros saltaron del interior de los rectángulos. Los miró uno a uno. Todos estaban serios. Delante de él estaban los máximos responsables del CEM, incluidos los más recalcitrantes, los de Australia y el Sur de Asia, y los africanos meridionales. Los representantes europeos eran mayoría. Los sudamericanos eran tres y parecían los más turbados. Algunos no le gustaban, pero todos eran sus compañeros, pensó Percival. Pocos hablarían en nombre de los países débiles; por encima de sus patrias estaban los intereses económicos mundiales.

—Bienvenidos, señoras y caballeros —dijo—. Sólo hay una ausencia, ya saben cuál; pero nos ha presentado sus disculpas. Si me lo permiten, pasaré a leer el informe preliminar. —Sonrió—. Les prometo que será todo lo breve que las circunstancias lo permitan.

El representante de Canadá preguntó:

—¿Por qué no ha podido enlazar nuestro colega de Connecticut?

Percival carraspeó.

—Los cortes en las comunicaciones con el estado han impedido al señor Ronsoe estar presente. En estos momentos estará intentando conectarse a la red por cable, ya que la estación del satélite de su ciudad fue volada por los Hijos de las Estrellas hace una hora.

El canadiense se acarició el mentón.

—Según mis datos, el generador K de New Haven continúa suministrando energía a toda la Costa Oeste, como bien es sabido. Considero una torpeza por parte del señor Ronsoe que no haya podido solucionar el problema.

—No vamos a perder el tiempo analizando los problemas técnicos que le impiden estar presente —dijo secamente Percival—. El señor Ronsoe me ha pedido que lo represente. Mi voto será el suyo.

—Adelante —dijo el hombre de Canadá, incómodo.

Todavía irritado por la interrupción, Percival tomó los papeles que su secretario había dejado en su mesa. De reojo observó el gesto del canadiense. Aquel tipo le había insinuado una vez que desconfiaba de Ronsoe. No le hizo caso, pero no tardó en tomar en serio sus palabras y empezó a investigar al representante de Connecticut. Los resultados no fueron de su satisfacción. Sin embargo, le costaba creer que Ronsoe hubiera manifestado en público que sentía cierta simpatía por el movimiento reivindicativo de Macombe. Días más tarde recibió la confidencia de que Ronsoe había mantenido amistad con el líder de los Hijos de las Estrellas cuando éste aún formaba parte del grupo de hombres y mujeres que podían comunicarse telepáticamente con los kerlhes.

Trató de olvidarse de Ronsoe y empezó a leer.

Abrevió todo lo que pudo, y cuando terminó guardó silencio mientras escrutaba las expresiones de los veintitrés rostros.

El representante de la zona Sur de África preguntó:

—¿Qué noticias hay de Macombe?

—Nos engañó haciéndonos creer que estaba en Europa, pero no salió de Estados Unidos.

—¿Cómo es posible que no lo encuentren? —le interpeló una mujer entrada en años, encanecida y con arrugas de sobra en su bronceado rostro—. Tengo entendido que lo buscan desde hace seis meses.

—Debe tener magníficos escondites.

—Dicen que le vieron en la zona Fénix —la mujer sonrió—. Lamento que destruyeran tu magnífica casa, Percy.

—Gracias. El seguro cubrirá los gastos de la restauración. En cuanto a Macombe, no estaba entre los cadáveres. Quizá no se acercó allí.

—¿Qué te robaron?

Percival la miró con desconfianza. ¿Qué sabía acerca de sus invitados? Cautamente, respondió:

—Nada, pero causaron grandes destrozos. Podemos seguir, si les parece bien.

—Claro —dijo la mujer, ocultando una sonrisa.

—Hablemos de los kerlhes —dijo el portavoz del Presidente.

Percival se volvió hacia él.

—Creo que deberías ser tú quien nos hablara de la situación actual de nuestros benefactores —dijo.

Todos rieron su comentario excepto el representante del Presidente tras carraspear, dijo:

—No hay señales de ellos, ni siquiera después de haber intervenido militarmente la última nave.

Percival no prestó atención al informe de aquel hombre, pues conocía los detalles de la operación. Reflexionó mientras los demás discutían.

Detrás de él, su secretario se volvió para atender una llamada. Percival le observó sin girar la cabeza. Le vio asentir, y palidecer.

—Señor, debería dar por terminada la reunión lo antes posible —susurró el secretario,

después de acercarse a él.

—¿De qué se trata?

—Alguien quiere hablarle. Creo que debería escucharle, señor.

—Sólo hay tres personas en el mundo que conocen esta línea.

—Me temo que son cuatro.

—¿Ha dicho su nombre?

—Es una mujer. No ha querido decirme cómo se llama, pero asegura que le alegrará hablar con ella.

—Envíela al infierno y averigüe quién le ha dicho que existe esta línea.

Observó a su secretario hablar en voz baja. Cuando éste levantó la cabeza estaba más pálido que antes.

—Dice que es la madre de la humanidad, señor. ¿Quiere que cuelgue?

—No —susurró. Le empezó a temblar la mandíbula. Cogió el teléfono y escuchó. Tapó el auricular con las manos y estudió los rostros de los monitores.

La discusión entre el representante del Presidente y los delegados europeos era animada, pero Percival no dudó en cortarla.

—Señores, si no ha otro tema que tratar, daré por terminada la reunión.

—¿Qué ocurre, Percy? —inquirió el mejicano—. Estamos hablando de intentar controlar las malditas coberturas, por si no se ha enterado. ¿De qué nos servirán los generadores y el impulsor que nos quedan si no sabemos cómo funcionan? Esos aparatos podrían pararse mañana mismo, y toda la planificación energética se iría al carajo.

Percival le miró. Hizo un esfuerzo y dibujó una sonrisa.

—Amigos, deberían tener confianza en mí. Les pido que me dejen actuar. Tal vez los llame dentro de poco para anunciarles que antes de un mes estaremos en condiciones de eliminar las coberturas y abrirle las tripas a un generador y al impulsor K.

—¿Bromeas? —rió la mujer.

—No bromeo con estas cosas, Margaret.

Apagó la conexión. Las pantallas fueron quedándose a oscuras. Percival resopló y se volvió hacia su secretario.

—Déjame a solas —le pidió.

Esperó a que saliera. Cuando los sensores le garantizaron una seguridad total, volvió a coger el teléfono y presionó el botón para recibir la imagen en la pequeña pantalla. Como esperaba, no apareció ningún rostro. Escuchó. Cuando iba a hablar, sintió el silencio en sus manos; había estado agarrando el aparato con fuerza y tenía los nudillos blancos. Llamó a su secretario. Apenas lo tuvo delante, le dijo:

—Ya sé por qué Ronsoe no ha asistido a la reunión. Es un traidor y está con Macombe, refugiados en la estación de New Haven. ¿Quién podía suponer que la utilizan para esconderse?

El secretario le miró confuso.

—¿Qué piensa hacer?

Percival se levantó.

—Hay un regimiento a mi disposición, acuartelado a poca distancia de New Haven. En menos de dos horas puede rodear la estación. Iré a comprobar la confidencia.

—¿Puedo preguntarle quién la ha hecho, señor?

Percival rió nerviosamente.

—¿Acaso ha olvidado el nombre de la madre de la humanidad?

—¿Qué pretendes? —preguntó Eva, mientras Dar tanteaba los signos.

—Voy a librarte del Código.

—Podrías destruirme si lo anulas.

Dar se quedó pensativo, el Sello cerca del punto situado en el centro del triángulo.

—No lo creo —dijo finalmente.

—He sido libre mientras hablábamos con el kerlthe. He visto a Yaita. Está bien.

—¿Lo estará dentro de un rato?

—No le harán nada. He tomado medidas para protegerla.

—¿Cómo?

—Estoy tratando de encontrar el camino que nos llevará junto a ella.

Dar sacudió la cabeza.

—¿Esa cosa azul ha vuelto a anularte?

—Lo intenta, pero me ha dejado un margen de tiempo lo suficientemente amplio en libertad y he actuado.

Con violencia, Dar acopló el Sello en el círculo. Cerró los ojos. Al abrirlos vio que el aura que cubría las paredes azules había desaparecido. Escuchó el suspiro de Eva.

—No sigas, por favor —dijo la entidad, hablándole desde arriba. El susurro descendió y añadió delante de sus ojos—: Si cometes un error, no tendrás ocasión de arrepentirte.

Dar estudió los signos. Tocó los puntos de la base del triángulo con el Sello. No ocurrió nada. Tenía que probar con el superior.

—¿Dónde estamos? —preguntó, indeciso.

—Nos alejamos de la esfera del kerlhe. Puedo ver el continente que llamas América del Norte, la costa Este, la tierra conocida como Connecticut. Contemplo la estructura de cemento que protege el generador que alimenta de energía cientos de ciudades; percibo la respiración de Yaita, escucho los latidos de su corazón. Piensa en ti, Dar. Confía en que la rescatarás. No la decepciones.

Con los dientes apretados, Dar presionó en el punto del vértice. Retrocedió cuando la figura geométrica desapareció. Se enfrentó a un pequeño túnel. Al fondo, a medio metro, brillaba un prisma en intenso fulgor escarlata. Su tamaño era el de un puño. Flotaba en el centro del rectángulo, lanzaba guiños de fuego.

—¿El Código? —preguntó.

—Sí.

—¿Cómo puedo desactivarlo? Vamos, respóndeme.

—Sólo tienes que sacarlo de ahí. Fuera de su alojamiento perderá su poder. No lo hagas, Dar.

—¿Puedes llevarme junto a Yaita?

—Aún no...

—Entonces, reza si puedes.

—No sé rezar, Dar.

—Yo tampoco.

Introdujo la mano y agarró el prisma. Sintió que se resistía a moverse, tiró con fuerza y sintió que cedía, que lo arrastraba por el conducto. Cuando lo tuvo fuera, fue testigo del último parpadeo del Código. No perdió su fulgor, pero la energía que lo mantenía ingrávito había desaparecido. Lo depositó en la base del túnel, junto a la entrada. Resopló. Miró su alrededor. Empezó a sonreír.

—Vaya, el Hogar no ha saltado en pedazos. ¿Qué sientes, Eva? —Nada. Un poco de decepción.

—Quizá lo necesitemos más adelante —comentó mirando el prisma—. ¿Puedo volverlo a activar?

—Devuélvelo a su cuna, al fondo del túnel.

Dar acarició el cristal, sintiéndolo cálido.

—No ahora. Reúneme con Yaita.

—Ha surgido un problema, Dar.

—Oh, no.

—El kerlhe sabe que hemos anulado el Código e intenta llevarme al interior de su esfera.

—¿Puede hacerlo? —preguntó Dar, alarmado.

—Si no nos alejamos de él, me temo que sí. Ahora restablece la cobertura a la Sala Azul, Dar. ¡Pronto!

No se atrevió a preguntarle qué pasaría si no lo hacía. Eva le dijo que volviera a utilizar el Sello y lo presionara sobre los puntos inferiores del triángulo. La obedeció. Al instante las paredes recobraron el brillo de la energía que fluía sobre ellas.

—Intentaré burlarlo —dijo Eva, su voz saliendo de la Sala Azul.

Dar la siguió por el corredor. En el gabinete, el observatorio estaba abierto. Se sobrecogió al ver pasar velozmente la superficie del planeta ante sus ojos. Volaban sobre el Pacífico. Cuando llegaron a África, contuvo la respiración y no la recobró hasta que se detuvieron sobre la costa Este de América del Norte. Al Norte de Nueva York trató de localizar la estructura que albergaba el generador, el gigantesco cubo de cemento. Pero estaban a demasiada altura. Esperó que Eva descendiera.

—¿Dónde está la esfera del kerlhe? —preguntó.

—Al otro lado del planeta. He conseguido despistarlo.

—Me parece que ha sido muy fácil.

—Oh, no bajaré la guardia; creo que no puede descubrirnos a tan baja altura. Descenderé un poco más.

—¿Por qué no me transportas desde aquí?

—Dar, no quiero perderte. Si te proyectara al interior del cubo de cemento sin haberlo explorado, podrías aparecer dentro de un muro de dos metros de espesor.

—Nunca habías tenido problemas anteriormente.

—No había un generador activado cerca. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Devolverás el Sello a su dueño?

—Tengo que pensarlo. ¿Qué harías en mi lugar?

—No tengo un cuerpo donde albergarlo, ni una mano para valerme de él.

Dar golpeó la invisible muralla tras la cual veía ascender la superficie de la costa Este.

—Date prisa.

—Me doy prisa. Estoy tan impaciente como tú por ver a Yaita en el Hogar.

Dar la creyó.



## CAPITULO XVII

Se habría sentido más seguro viendo a Eva cerca de él, convertida en una canica o en una mota de polvo azul.

Pero no la descubrió cuando abrió los ojos y sintió que pisaba la hierba humedecida por el rocío.

Estaba amaneciendo. Dirigió la mirada hacia el Este. El Sol destellaba en tonos rojos y amarillos. Se hallaba en un claro. Los árboles quedaban lejos, y detrás de estos se alzaba el cubo blanco. Torció el gesto. Eva no lo había transportado al interior de la estructura de cemento. No le prometió que lo conseguiría, dijo que ante todo velaría por su seguridad. Se sintió frustrado.

La alta valla que rodeaba el perímetro lo terminó de desalentar.

Al volver la mirada descubrió los vehículos que rodaban por la carretera y los campos, con las luces apagadas. Silenciosos. Se agachó y permaneció un rato contemplándolos. Se preguntó qué hacían allí. De pronto recordó las palabras de Eva: Macombe no podría escapar de su refugio. ¿Cómo sabía que el ejército iba a rodear el recinto? Las tanquetas y los camiones seguían llegando. El cerco acababa de iniciarse y no tardaría en cerrarse.

A poca distancia una carretera estrecha rodeaba la verja. La cruzó y se dirigió a una elevación del terreno. Se ocultó detrás de unos arbustos. A su derecha había una autopista, que más adelante se elevaba sobre grandes pilares y se perdía en dirección al Sur.

Durante un rato estudió cuanto le rodeaba. La luz del día sería su enemiga. Tenía que darse prisa. Cogió el prismático y observó el cubo. De la parte superior surgían gruesos tubos que enlazaban con torres metálicas hasta las subestaciones. A poca distancia estaba la entrada de la verja, y junto a ellas unos pequeños edificios de una sola planta. Vio hombres, contó quince. No vestían hábitos marrones, sino uniformes militares. Los seguidores de Macombe se habían disfrazado. A poca distancia, en la zona de aparcamiento, avistó un helicóptero. Unas lonas intentaban ocultarlo.

Se acercó despacio, confiando que el largo gabán oscuro le ayudaría a pasar desapercibido de los guardias. Se preguntó si la valla estaría electrificada.

Empuñó una de las pistolas. Llevaba otra y varias varillas disimuladas en su ancho cinturón de cuero que la chaquetilla de piel ocultaba.

Había empezado a ponerse nervioso. Levantó la vista y buscó en el cielo. Eva no estaba cerca de él. Le había fallado al no haberlo transportado en el interior del cubo.

Echó un nuevo vistazo a la entrada. Demasiados hombres armados, pensó. Con sus armas podía acabar con todos en pocos segundos, pero alertaría a Macombe. No sabía cuántos hombres más había. Y los soldados que rodeaban el perímetro sabrían que el objetivo estaba siendo atacado.

Guardó el prismático y acarició el arma demoledora; la había visto funcionar en la casa de Rita, sus efectos eran sorprendentes. Unos pocos disparos bastarían para enviar a los sicarios de Macombe al infierno, pero...

Iba a volverse cuando sintió una mano sobre su hombro. Se revolvió rápidamente, dispuesto a apretar el gatillo de la pistola. Una sombra se movió delante de él, y escuchó:

—¡No dispaes, maldito seas!

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó sorprendido, bajando el arma. Miró con incredulidad a Rita.

La mujer había caído de espaldas y limpiaba a manotazos el polvo de su traje. Dar parpadeó; ella vestía un traje igual que el de Yaita, negro y ajustado al cuerpo.

—Vas a atraer la atención de esa gentuza —dijo Rita, señalando la entrada del recinto. Se arrastró hasta unos árboles y le esperó.

Dar se sentó a su lado. Enfundó la pistola. Vio que Rita llevaba dos como la suya, colgadas del cinturón. Quedó desconcertado.

—¿Nos ha equipado el mismo armero? —preguntó.

—Aja —sonrió Rita—. Y nos ha vestido el mismo sastre.

—No puedo creer que hayas estado en la esfera.

—Apenas fuiste transportado, Eva me llevó con ella, y mientras me vestía y me daba las armas, me explicó lo que había pasado.

—Debió haber sido muy rápida hablando.

—No estoy segura, pero parece que aprovechó los momentos en que el kerlhe que os sigue bajó la guardia para advertir al amigo de Donovan, a Percival O'Hara, del escondite de Macombe.

—¿Y Percival envió al séptimo de caballería a cercar el fortín?

—Sí. Donovan confía en él.

—Lamento decirte que Donovan no existe. Toda la información que César Almanzar pasaba a quien creía su aliado, la recibía Percival. Se pondrá rojo de ira cuando sepa que todo el movimiento pacifista al que pertenece está controlado por el CEM, personalmente por Percival.

—Vaya. César se llevará una gran decepción —Rita estudió la cerca—. Ahora comprendo por qué me ha enviado Eva. Necesitas entrar.

—Muy sagaz. No me tranquiliza que mil hombres armados rodeen la estación. Mira hacia el aparcamiento. ¿Ves el helicóptero? Macombe podría subir a él, y si se lleva a Yaita y los chicos que mascan chicle disparan un misil, dudaría de la efectividad del plan de Eva. Me temo que anular al Código no ha sido una buena idea.

—No existe el plan perfecto.

—Explícame el resto del imperfecto plan de Eva.

Rita se incorporó un poco y señaló los camiones del ejército.

—Percival acababa de llegar aquí cuando Eva me transportó —sacudió la cabeza y su negra melena revoloteó airosa—. Dios, he tenido una experiencia que jamás olvidaré. Eva apareció ante mí, convertida en un balón de béisbol, me dijo que no me asustara y de pronto me encontré dentro de ella, en un salón de baile bellissimo.

—Lo conozco. Espera. ¿Has dicho que se presentó delante de tus ojos? ¿Estuvo en Madrid?

—¿Cómo es posible? El kerlhe le impedía acercarse a la superficie de la Tierra. ¿Está jugando conmigo o esta locura forma parte de su plan?

—Creo que la interferencia de su enemigo no llegaba a Europa. Vamos, no perdamos más tiempo. Me dijo que necesitabas mi ayuda.

—Lo que necesito es que deje de hacer tonterías y me lleve ahí dentro, al cubo. Esa estúpida me situó fuera de la verja, y la entrada la custodia un puñado de fanáticos.

Rita se levantó y le tendió la mano.

—Percival está en esa caravana. Nos facilitará la entrada al cubo.

—¿Cómo? ¿Bombardeándolo?

Le agarró de la mano y le dijo mientras lo obligaba a seguirla.

—Confía en mi. Lo último que me dijo Eva, antes de transportarme a tu lado, fue que Percival no te negaría nada.

—¿Porqué?

—Tienes el Sello, ¿no?

El mayor esperaba su respuesta.

Percival se pellizó para convencerse de que no soñaba.

Se levantó y dijo al militar:

—Hágalos pasar.

—Están armados, señor. Se niegan a que les quitemos el armamento —dijo el mayor, preocupado.

Percival miró por encima de sus hombros. En la entrada de la caravana, encañonado por una docena de soldados, Darío Siles mantenía las manos levantadas. No reconoció a la mujer que estaba a su lado.

—No se preocupe, mayor. Son amigos.

El militar arrugó el ceño.

—Los centinelas no abrieron fuego cuando los vieron acercarse porque caminaban confiados. Debe saber, señor, que venían de la estación.

—No importa. Hablaré con ellos.

—Preferiría desarmarlos, incluso ponerles unos grilletes.

—Haga lo que le digo.

—El hombre lleva escondido en el gabán un arma muy extraña.

—Mayor, ¿me va a obligar a repetirme mil veces que los haga pasar? Cierre la puerta al salir, por favor.

El hombre asintió de mala gana, saltó de la caravana y gritó unas órdenes. Dar y Rita bajaron las manos y entraron.

—¿Quién es su acompañante? —le preguntó Percival.

—Llámela Rita.

—¿Otra nativa de Decero?

—No. Es amiga mía, la conocí en Madrid. Me ayudó mucho. Me presentó a César Almanzar. Se ha sorprendido al saber que Donovan es una persona ficticia.

Percival se aseguró que la puerta estaba cerrada y señaló las sillas situadas alrededor de la mesa llena de papeles, que había estado examinando cuando el oficial entró para anunciarle que un hombre y una mujer insistían en verle. Cuando se hubieron acomodado, sacó una botella de whisky y unos vasos.

—Necesito un trago. Su amiga de metal, Eva, me pidió que viniera aquí. No sé si acerté al hacerle caso. Al menos no mintió al decirme que los fanáticos de Macombe habían tomado la estación. La cuestión es saber si su jefe está dentro.

—Está.

—Y acompañado por un traidor, un tal Ronsoe. Es un buen escondite, lo reconozco. Nunca habríamos sabido que utiliza la estación de la que el delegado Ronsoe es responsable si no hubiera sido por su Eva —buscó por la caravana—. ¿Dónde está? ¿Se encuentra aquí?

—Lejos, en el espacio.

Percival se pasó la mano por la cara. Llenó los vasos y bebió del suyo un largo trago. Chasqueó la lengua y dijo.

—Lo necesitaba. ¿Podrían explicarme qué está pasando? ¿Saben qué se propone hacer Macombe? ¿Acaso amenazarnos con volar el generador K si no aceptamos sus propuestas?

—Macombe aún no sabe que está cercado.

Percival le miró.

—Usted escapó al morir, Dar; pero Yaita no.

—Macombe la tiene en la estación.

—Me alegro que no la matara. No se encontró su cuerpo en mi casa, pero llegué a temer que se hubiera deshecho de él al huir.

—Es su rehén. La retiene para que yo me entregue y le dé el Sello.

Dar lo hizo aparecer en su índice. Percival lo miró con ansia. Bebió otro trago.

—El mundo lo necesita, Dar —dijo—. Sin un Sello kerlhe, este planeta quedará ahogado dentro de poco en su propia mierda.

—Su antiguo dueño está empeñado en recuperarlo. Impide a Eva transportarme al interior de la estación.

Percival entornó los ojos.

—Sospecho que no se han marchado aún porque no quieren dejar detrás la llave que abre sus maravillosos inventos.

—Podría ser.

—¿Qué quiere que haga, Dar? ¿Eva me pidió que rodeara militarmente la estación para impedir que Macombe se llevara a Yaita?

—Eso es. Ahora necesito entrar.

—No sé cómo. Acérquese y comprobará que ellos no preguntarán antes de disparar.

Dar volvió la cabeza hacia Rita, y ella dijo:

—Señor O'Hara, llame a Macombe y dígame que envía unos representantes del CEM y del gobierno de Washington a hablar con él, que están dispuestos a concederle todo lo que le pidan.

Percival los miró.

—Y quienes parlamentararán con esa bestia serán ustedes, ¿verdad?

—Sí —dijo Rita.

Dar no sabía lo que Eva le había dicho a Rita que pidiera a Percival. La idea no le parecía extraordinaria, pero no encontraba otra manera de entrar en la estación. Lo único que no le gustaba del plan era que Rita fuera su acompañante.

Percival se echó a reír.

—¿Cuánto tiempo creen que puedo mantener esta situación? En cualquier momento se presentará un general de cinco estrellas, quien en nombre del Presidente se hará cargo de la situación y mandará bombardear la estación si en una hora Macombe no iza bandera blanca.

—Entonces tome una decisión ahora mismo —dijo Dar.

—Cristo, no saben lo que me piden. Si la joden ahí dentro y Macombe dispara contra la cobertura, la estación saltará por los aires, y nos quedaremos sin el generador, toda la costa Este quedará a oscuras y tardaremos días en restablecer la energía.

—No le queda otra alternativa.

—¡Claro que me quedan alternativas! Puedo cruzarme de brazos y esperar.

Dar se mordió los labios, reflexionó y dijo:

—Haga lo que Rita le ha pedido y le daré a cambio algo que no puede rechazar.

—¿Está seguro de ello?

—Le prometo que tendrá todos los generadores que quiera sin cobertura, y también el impulsor K.

—¿Con su Sello, señor Siles?

—Con mi Sello.

—No piensa devolverlo, ¿verdad?

—No mientras Yaita esté en peligro.

Percival se echó hacia atrás.

—Creo que empiezo a comprenderle. ¿Sabe? Usted me cae bien —se volvió hacia Rita—. Y ella también. Le ayudaré a salvar a su hermosa compañera. Yaita merece que nos juguemos mucho por ella. Sin embargo, me preocupa que una vez dentro de la estación cambie de opinión.

—¿Qué quiere decir?

—Macombe podría pedirle el Sello, y me temo que usted se lo daría a cambio de recuperar sana y salva su compañera.

Dar guardó silencio un rato, hasta que dijo:

—A Macombe nunca se lo daría. Antes lo destruiría.

Percival cogió un transmisor.

—Envíe un técnico —dijo. Se volvió hacia Dar—. Me ocuparé de que Macombe no pueda escapar en el helicóptero si llegara a temer que usted le va a tender una trampa. Una batería estará apuntando al aparato, y si detectáramos un movimiento sospechoso, lo haría papilla. Ahora discutamos los términos del acuerdo, señor Siles, antes de que el técnico se presente —miró los vasos de Dar y Rita, sin tocar—. ¿No quieren un trago?

Dar negó con la cabeza. Rita cogió el suyo y lo vació.

## CAPITULO XVIII

Ronsoe había temido que la rabia de Macombe cayera sobre él y cuando lo vio sereno tras escuchar el mensaje de Percival O'Hara, sintió que las piernas le temblaban. La falsa serenidad del líder era más temible que su cólera.

—¿Cómo ha sabido que estamos aquí? —preguntó Macombe, volviéndose lentamente.

—No lo sé... —replicó Ronsoe, turbado, incapaz de coordinar las ideas que bullían en su cabeza.

Macombe paseó por la sala, alrededor del generador, la mirada en el suelo.

—Y sabe que tú estás conmigo —se detuvo, hinchó el pecho y añadió—: Percival envía a Darío Siles, al que ha concedido plenos poderes para parlamentar. Esa alianza me preocupa.

—Huyamos.

—No digas estupideces. Apenas despegáramos, nos lanzarían los misiles que nos apuntan.

—No lo harán si llevamos con nosotros al rehén.

—Continúas sin darte cuenta de la situación. Mientras estemos aquí podemos considerarnos a salvo.

Ronsoe llevaba sudando un rato.

—Si me capturan, me matarán. He perdido mi posición, Macombe. Lo he perdido todo al ser descubierto.

—Sí, parece que tu suerte está ligada a la mía. ¿No es lo que me prometiste cuando abrazaste mi causa? Dijiste que me serías fiel hasta la muerte —se acercó al generador y acarició su superficie. Sus manos se detuvieron en la unión de la cobertura—. Ahora podrás demostrarme tu entereza, tu fidelidad. Un disparo aquí y todo habrá terminado para todos los que estamos en la estación. Los de fuera apenas sufrirán daños, apenas sentirán cómo el suelo se moverá bajo sus pies, pero de nosotros no quedará nada, la estructura de cemento caerá sobre nuestras cabezas y se convertirá en nuestra tumba. Una gigantesca y costosa tumba.

Macombe se echó a reír al ver la expresión de angustia de Ronsoe.

—Tranquilízate. Todavía conservamos algunas ventajas. Recibamos a los parlamentarios — señaló la pantalla en la que aparecían Dar y Rita caminando hacia la entrada de la valla—. ¿La conoces? —al ver que Ronsoe negaba con la cabeza, añadió—: Es la hermana del sospechoso de haber permitido que Siles matara a un dios. Mis ejecutores tenían órdenes de traerme la cabeza de Bert Hunt, pero fallaron.

Rodeó la pantalla y comentó:

—Han exterminado a miles de mis fieles, los persiguen como si fueran alimañas por todo el mundo, matándolos sin piedad. Pero quedan muchos, y pronto tendrán noticias de nosotros. Mientras tanto, debemos ganar tiempo, Ronsoe. Lo mejor para nuestros intereses es que Darío Siles tiene el Sello, la única moneda de pago válida para comprar la libertad de su compañera. Y viene hacia aquí.

Ronsoe estuvo a punto de decirle que no se confiara, pero tuvo miedo de irritarlo y guardó silencio.

Dar caminaba erguido, mirando a los hombres que montaban guardia en la entrada. A su lado, Rita trataba de mantenerse serena. Cuando llegaron a la valla, los fieles de Macombe se apartaron del sendero que ellos debían recorrer para llegar a la estación.

Un sicario, con los ojos encendidos por la rabia, le dijo lacónicamente:

—Les espera en la sala del generador. ¿Quieren que les acompañe?

—No —le dictó Eva, sacudiéndose cerca del lóbulo de su oreja—. Dile que no es necesario.

—Tenéis que dejar las armas —pidió el hombre, plantándose en el centro del camino.

Tras sus gafas oscuras, Dar recorrió con la mirada el asfalto que se abría ante ellos. Negó con la cabeza.

—No se ha acordado así.

A lo que Eva le dijo:

—No discutas.

—Pero...

—Confía en mí. ¿Ves esos arbustos? Cuando lleguéis hasta ellos, os perderán de vista durante uno o dos segundos. ¿Recuerdas el lapso temporal que creé cuando nos cruzamos con los transportes kerlhes?

—Sí, pero no entiendo.

—Puedo proveeremos de más armas en dos minutos para nosotros, un segundo para ellos.

Dar comprendió y asintió, aunque el plan de Eva se le antojaba demasiado fantástico. Dijo a Rita que entregara sus armas. Abrió su gabán y sacó las dos pistolas y el rifle. El sicario las cogió y las entregó a dos hombres.

—No hay más —dijo Dar, al ver que se acercaba para cachearles con un escáner.

El otro pareció no oírles y pasó el escáner alrededor de él y de Rita. Cuando estuvo conforme, retrocedió.

Rita se arrimó a él y dijo:

—Hemos cometido un error. Dentro de poco Macombe tendrá tres rehenes, no uno.

Agarró la mano de Rita y tras apretársela le prometió:

—No te sorprendas por nada de lo que vas a ver.

Apenas alcanzaron el recodo y los arbustos les ocultaron de las miradas de los hombres que vigilaban la entrada, Dar asió a Rita del brazo; no quería que se alejara de él.

Al instante se encontraron en el interior del Hogar.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir Rita.

—Cálmate —sonrió Dar. Estaban en el gabinete, y encima de una mesa vio unos duplicados de las armas que acababan de entregar a los hombres de Macombe—. Vamos, date prisa, no tenemos mucho tiempo.

Enfundó las dos pistolas y enganchó el rifle al arnés del costado.

—Eva nos devolverá al camino dentro de un minuto —dijo, terminando de ajustar el rifle para que el gabán lo ocultara—. Ha creado un lapso temporal a nuestro alrededor y no notarán que hemos visitado la Esfera.

—Vas a matarme a sustos —jadeó Rita, temblando al coger las dos pistolas. Casi se le cae una al tratar de meterla en la funda.

—Estamos listos, Eva —dijo Dar, cerrando el gabán. Miró a Rita. Nadie se daría cuenta de que las fundas de las pistolas no estaban vacías.

—Prolongaré un instante más vuestra estancia aquí —contestó Eva.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dar, mirando con recelo la estancia. La pared del observatorio permanecía cerrada. Sin embargo, percibía la presencia de algo extraño en la estancia.

Rita soltó un grito al descubrir al kerlhe a pocos metros de ella. Estaba de pie junto a una de las máquinas que llenaban el gabinete.

Dar hizo intención de desenfundar una pistola, pero el susurro de Eva ante su cara le hizo desistir.

—Acaba de entrar en mí, de salir de su Módulo —explicó Eva, contrariada—. Lo intentaba desde que le dijimos adiós en su Sala Azul, y se ha valido de que estamos en un lapso de tiempo para devolvernos la visita. Insiste en que le devuelvas el Sello. Va a regresar a su mundo y no puede presentarse ante los suyos sin él.

Un segundo kerlhe apareció junto al primero. Dar dio un paso atrás y sacó una pistola de la funda. Aunque no apuntó a la pareja de alienígenas, la amartilló.

—¿Quién es el otro? —preguntó.

—Su nuevo compañero de Módulo. Ha venido a por él.

—Por mí pueden marcharse. No puedo devolverles el Sello. Macombe querrá verlo.

—Dar, les traduzco lo que dices, y tus palabras les han llenado de inquietud, pues temen que entregues el Sello a quien peor uso podría hacer de él.

—Deben conocer bien a Macombe.

—Mejor que nadie. Lo recuerdan cuando era miembro del grupo encargado de comunicarse con ellos. Le temen. Hurgaron en su mente lo suficiente para considerarlo peligroso. Si el Sello cayera en sus manos, sería lo peor que le podría ocurrir a la Tierra.

—No tienen que molestarse en decírmelo. Diles que me dejen en paz. El primer kerlhe desapareció.

—¿Dónde ha ido?

—La penúltima esfera en abandonar la Tierra se lo ha llevado.

Dar señaló al kerlhe que quedaba.

—¿Y ése?

—Te pide que te marches de la Tierra.

—¿De veras? ¿Y adonde quiere que vaya?

—Encontrarás tu camino y conocerás tu destino. Tú no perteneces a este tiempo, tu lugar está a quinientos años en el futuro, ése es tu presente y a él debes volver.

—No me gusta que nadie me diga lo que tengo que hacer. Está agotándose el tiempo de este lapso, Eva; te lo recuerdo.

—Él lo entiende, y te pide que asumas tu deber.

—No tengo otro deber que salvar a Yaita, y él me lo está poniendo difícil.

—Me dice que le obligas a tomar medidas, Dar.

—¿Me amenaza?

—No entiende ese concepto...

El segundo kerlhe dejó de estar junto a la máquina. Antes de que Dar saliera de su asombro, se encontró en el camino, caminando al lado de Rita. Dejaron atrás el arbolado. Escuchó a Rita jadear.

—No estoy preparada para esto, Dar.

—Yo tampoco.

Tenía su mano agarrada y la apretó. Luego se palpó el gabán, y se sintió mejor al sentir las armas. Miró de reojo el cinturón de Rita. Ella llevaba las pistolas. Respiró con alivio.

—¿Se ha largado de una vez el kerlhe? —preguntó, dando por hecho que Eva flotaba cerca de él—. ¿Ha emprendido el viaje de retorno a su mundo?

No obtuvo respuesta.

Siguieron andando. La entrada de la estación estaba cerca. Había dos hombres, que se apartaron al verlos venir.

Macombe seguía atentamente el avance de la pareja; cuando la vio pasar ante los arbustos del recodo, frunció el ceño. Había notado algo extraño. Hizo retroceder la grabación y la pasó a baja cadencia. Sus ojos no le habían engañado: Darío Siles y la mujer habían desaparecido durante nueve décimas de segundo. Se rascó el mentón. No creía que la cámara hubiera fallado, pero no encontraba ninguna explicación. Ronsoe seguía a su lado, respirando mal. Estaba demasiado nervioso. No se había dado cuenta de nada, pensó.

—Percival puso como condición que no registráramos a sus representantes, y sin embargo no se han resistido a dejar las armas en la entrada —murmuró, lamentando que no hubiera otro detector desde la verja hasta la estación.

Ronsoe le dirigió una mirada estúpida; se hallaba sumido en sus reflexiones y no había entendido el comentario de Macombe.

Despacio, Macombe anduvo hasta donde Yaita, quien sentada en la silla había seguido en silencio el avance de Dar y Rita. Cuando la imagen cambió en la pantalla y los vio recorrer el corto pasillo que los llevaría a la gran estancia, sus nervios la traicionaron y dejó escapar un gemido.

Macombe se situó detrás de ella y esperó. Ronsoe retrocedió de espaldas y se detuvo a la derecha de ellos, sin dejar de mirar hacia la puerta.

Cuando Dar entró, seguido de Rita, Macombe abrió los brazos y dijo sonriente, como si recibiese a un amigo:

—Bienvenido, Darío Siles. Como le prometí, he alejado a mis hombres. Sólo estamos

nosotros —señaló a Ronsoe—. A mi más fiel servidor no le conocen, pero habrán oído hablar de él. Si le molesta su presencia, puedo decirle que se marche.

Después de lanzar una mirada indiferente a Ronsoe, Dar avanzó hacia Macombe, los ojos fijos en Yaita. Rita le siguió.

—¿Estás bien? —preguntó a Yaita.

Ella le dirigió una sonrisa.

—Sí. Me alegra verte, Dar. Te veo unas semanas más joven.

Dar sonrió al encontrarla de buen humor; apartó la mirada de ella y contempló el generador.

Dio otro paso.

Macombe sacó la mano derecha de detrás de Yaita y apuntó a su cabeza con un arma.

—Quédese ahí, Siles. No dé un paso más.

—Vengo a llevarme a Yaita, Macombe.

—Ya conoce el pago.

—Le ofrezco la libertad, la promesa de que le dejarán marchar en el helicóptero hasta el aeropuerto más cercano, donde le esperará un avión que podrá pilotar usted o los hombres que elija.

—No existe un lugar en el mundo para mí, ningún país me acogería.

—Puedo llevarle lejos de la Tierra.

—¿A Marte? —rió Macombe—. Allí se mueren las colonias, dentro de poco no quedará nadie vivo en las miserables ciudades subterráneas. ¿Acaso me propone Dhrule?

—Acabamos de limpiar ese planeta. Pensaba en una colonia a muchos años luz, un mundo al que ya habrá llegado un transporte.

—La idea de viajar en su fabulosa nave es atractiva, pero los colonos me reconocerían. No, Siles, no me interesa el exilio. Mi lugar está en la Tierra, a la que debo redimir de sus males.

—Los kerlhes no son dioses, y han interrumpido la misión que los trajo a la Tierra. Se marchan. Los últimos no tardarán en lardarse.

—No le creo; vinieron para salvarnos, no nos abandonarán mientras pensemos en ellos y los adoremos.

—Suelte a Yaita y llegaremos a un acuerdo, al que usted quiera.

—Deme el Sello y todo quedará solucionado, se marchará con ella y dejará que me enfrente al mundo, empezando con Percival O'Hara.

—¿Cree que teniendo el Sello doblegará al CEM y a los gobiernos?

—Sin duda.

—Está loco.

Macombe levantó el percutor de la pistola.

—Se me acaba el tiempo, Siles, y a usted también.

—Jamás le daré esto —dijo Dar. Levantó la mano derecha e hizo aparecer el Sello.

A su vista, los ojos de Macombe brillaron.

Dar había percibido por el rabillo del ojo a Rita acercarse. La contuvo con un gesto. Entonces Ronsoe se movió, apareció un arma en su mano y la encañonó. Macombe sonrió.

—Esa mujer no importa, Ronsoe —dijo—. Mátala si se mueve —apuntó a Dar—.

Entrégue el Sello y acabemos de una vez.

Dar empezó a sonreír. Había conseguido que Macombe dejara de amenazar a Yaita, pero Ronsoe tenía a Rita en el punto de mira de su pistola. Si Macombe le disparaba a él tendría tiempo de meterle una bala en la cabeza. Se preguntó si al ver caer a su jefe Ronsoe tendría agallas para disparar contra Rita. Aquel tipo estaba nervioso, podía ver cómo sudaba y le temblaba la mano.

—No le dispararé al corazón, Siles, sino a las piernas o al vientre, y no morirá enseguida. Lo desarmaré y le cortaré el dedo. Y cuando tenga el Sello, tampoco le mataré. No sé cuánto tiempo podré mantenerlo con vida, pero espero que sea mucho, para que no vuelva a incordiar me durante años. Creo que me ofrecerá su fabulosa nave esférica, todo lo que tenga a cambio de que le deje morir —bajó un breve instante la mirada hacia Yaita—. Tal vez sea magnánimo con usted y con ella y les deje vivir. Piénselo. ¡Ronsoe!

El hombre volteó la cabeza hacia Macombe al escuchar su nombre.



—Señor... —balbuceó.

—El señor Siles cree que amenazo en vano. ¿Por qué no le demuestras que está equivocado?

Mata a Rita.

Ronsoe se estremeció. Su mano armada tembló más ostensiblemente.

—¡Hazlo!

—Macombe, yo...

—¡Maldito cobarde!

Había vuelto la cabeza, Rita vio que nadie la miraba, y al tiempo que se agachaba empuñaba las dos armas y disparaba una de ellas varias veces, tan rápidamente que pareció una sola descarga.

Ronsoe dio varios saltos hacia atrás, tantos como balas lo atravesaron.

Dar se revolvió, Macombe disparaba, una vez, dos veces; sintió el golpe en el muslo derecho, luego un tirón en su brazo izquierdo; tardó en comprender que había sido alcanzado, y también que no eran heridas graves. Pero vio sangre correrle hasta la muñeca, luego el dolor intenso. Con rabia, levantó el arma y ajustó la cabeza de Macombe en el punto de mira. Sintió una corriente de aire alrededor de su cabeza. Pensó que sólo podía haberlo causado Eva, y la vio a su lado, del tamaño de una pelota de golf, creciendo lentamente. Los corpúsculos de plata que la salpicaban brillaban con más intensidad que nunca. La siguió con la mirada. Eva se lanzó como un proyectil hacia Macombe, y éste saltó a un lado, sorprendido. La Esfera adquirió más tamaño, alcanzó el volumen de un balón, luego midió un metro de diámetro y siguió creciendo.

—¡Rápido, Dar! —dijo, lanzando su voz al rostro de Dar—. ¡El último kerlthe viene hacia aquí, dispuesto a todo por recuperar el Sello de su compañero!

Saltó fulgurante y se interpuso entre Macombe y Yaita, protegiéndola con su ya considerable volumen. Dar corrió al encuentro de su compañera, la abrazó y la apretó con fuerza contra su pecho, llenándola de besos.

—¡Dar, Macombe va a destruir el generador! —escuchó gritar a Rita, y apartó a Yaita y se volvió hacia el centro de la estancia.

Macombe estaba cerca del generador, empezó a correr alrededor de la máquina, buscando el punto de unión en la cobertura, llevando amartillada una pistola, dispuesto a dispararla y hacer saltar el escudo de energía escarlata.

Estaba detrás del generador, y Dar no podía apuntarle. Rita corría hacia la entrada. Disparó al corto corredor las dos pistolas contra los hombres de Macombe, que acudían al ruido del tiroteo.

Trató de encontrar blanco en Macombe y saltó hacia la derecha. De pronto fue arrojado hacia atrás, cuando un vacío se produjo delante de él; a pocos metros nació del suelo una segunda esfera, y de ella surgió una figura con flotante hábito marrón que se encaminó hacia el generador.

Dar contempló atónito el avance del kerlthe hacia Macombe, dando largas zancadas. Rita había dejado de disparar al ver que los acólitos del exterior se retiraban dejando varios muertos en el pasillo.

Macombe había asistido a la aparición de las esferas, y salió de detrás del generador y fue al encuentro del kerlthe, los brazos separados del cuerpo, su arma apuntando al suelo, mirando con éxtasis al alienígena.

—Señor, por fin has acudido a mí —susurró—. Te esperaba, te he esperado desde que me alejaron de ti. Alabado seas, señor.

Macombe se desplomó de rodillas e inclinó la cabeza, sin dejar de susurrar palabras ante el kerlthe, que se había detenido y lo contemplaba.

—¡Has venido a mí, tu más fiel creyente! —gritó Macombe, alzando los brazos—. ¡Destruye a tus enemigos, señor!

Dar rodeó a Yaita con sus brazos. Buscó a Eva, que había retrocedido flotando hasta detrás de ellos y permanecía alejada, como si cuanto estuviera ocurriendo no le concerniera. Miró al kerlthe. ¿Qué había venido a buscar? El Sello, se dijo, cerrando la mano derecha sobre los hombros de Yaita. ¿Por qué Eva no les llevaba a su interior? A los tres, a Yaita, a Rita y a él, y los alejaba de allí para siempre.

El kerlthe se volvió hacia ellos, ignorando a Macombe, que seguía alabándolo, ensalzando su

divinidad.

—Estás herido, Dar —dijo Yaita, mirándose las manos manchadas con la sangre de él.

Dar intentó dominar el dolor, concentrarse en la alta figura que tenía enfrente. El kerlhe empezó a levantar su mano. Dar adivinó lo que iba a pedirle.

—No te lo daré —se le anticipó Dar—. Márchate sin él, el Sello pertenece a mi gente.

Eva flotó despacio hacia ellos. Se detuvo a la altura del kerlhe, cuya esfera se desplazó hacia él, empequeñeciéndose.

Macombe seguía gritando, cada vez más enardecido, como si la quietud del kerlhe lo enfureciera.

—Acabemos de una vez —dijo Dar, mirando fijamente al ser de piel azul. Dio un paso atrás, obligando a Yaita a que lo diera—. Puedes quedarte, nosotros nos largamos.

Y miró ansiosamente a Eva, suplicándole mentalmente que los llevara con ella y los sacara de allí.

—¡Yo mataré por ti, señor! ¡Aniquilaré a tus enemigos, porque has venido a mí para salvarme, para llevarme contigo a tu cielo!

Los gritos de Macombe devolvieron a Dar a la realidad; por un momento había olvidado la locura de aquel hombre.

Lo vio levantar la pistola, dirigirla hacia Yaita.

## CAPITULO XIX

Rita disparó.

Aún no se habían disipado los ecos de los estampidos cuando vieron a Macombe pararse, doblar la cintura y dar unos traspiés. Parecía que iba a caer, pero se enderezó, aulló y dio unos pasos, se detuvo como si hubiera chocado contra un muro y barbotó a la vez que agitaba el brazo armado con la pistola.

Apretó dos veces el gatillo, antes de caer al suelo pesadamente.

Rita corrió hacia Macombe y se arrodilló junto a él. Le tocó el cuello, volvió la cabeza hacia Dar y con un gesto le dijo que había muerto.

—Vámonos, Eva —dijo Dar.

La Esfera, ahora de medio metro de diámetro, se desplazó hasta el kerlhe, giró a su alrededor y se retiró.

—Míralo, Dar —dijo con voz temblorosa.

Y Dar lo miró y descubrió la mancha roja que crecía en su pecho. El kerlhe estaba herido, los disparos de Macombe lo habían alcanzado; pero caminaba hacia Dar como si no estuviera herido, con la mano adelantada, demandó algo.

—Dice... —susurró Eva, con torpeza, como si le costara interpretar las ideas que recibía del kerlhe—. Dar, te advierte que el tiempo ha acabado y le obligas a hacer algo que le repugna; pero no le das otra opción. Es tu última oportunidad.

—Vámonos —replicó Dar, fijándose en el rastro de sangre que dejaba el kerlhe, que su hábito extendía por el suelo—. Esto ha terminado.

Retrocedió sin poder apartar los ojos de la figura cada vez más tambaleante de la criatura, seguido por su esfera.

Eva no se movía y su quietud alarmó a Dar.

—Dios... —empezó a decir.

El miedo lo aturdió, y cuando sintió que Yaita escapaba de entre sus brazos y era atraída hacia el kerlhe, intentó comprender lo que estaba pasando. De la inmóvil Eva le llegó a lo más profundo de la mente una idea aterradora y quiso gritar pero de su boca no salió ningún sonido.

La estancia se llenó de una luz cegadora. Dar suplicó a Eva que los sacara de allí, y trató de alcanzar a Yaita, que era arrastrada hacia la esfera del kerlhe, la vio pasar junto al herido. Ella luchaba para no continuar. Se debatía como si braceara en un estanque vacío; lo último que percibió en su rostro fue su mirada de angustia, su resignación ante la derrota.

Dejó de verla. Desapareció.

El kerlhe también dejó de estar ante él, y luego su esfera se apagó en medio de un triste relámpago. La luz dejó de danzar, el aire se calmó y el silencio sobrevino de manera brutal.

Dar se tambaleó, se sentía vacío, incapaz de pensar. Unas manos lo asieron.

—Yaita... —gimió, empezando a volver la cabeza.

Pero vio a Rita, que le sostenía y le impedía caer.

Una masa azul, plagada de estrellas, lo envolvió.

—Eva...

—Dime, Dar.

—¿Se la ha llevado?

—Sí.

—¿Por qué?

Rita seguía sosteniéndole. Que su sangre corría por el brazo lo sabía porque la sentía en su piel fría.

—Tenía que acatar el último designio que le han transmitido de su mundo. No puedo explicártelo porque no lo sé.

—¡Síguela! ¡Devuélvemela!

—No conozco el camino que ha seguido, ya no está en la Tierra, ni siquiera en el sistema.

—Debí darle el Sello.

—Él sabía que no se lo darías; no te lo pidió.

Dar levantó la mirada hacia la superficie azul de la Esfera.

—¿Qué has dicho?

—Recibía instrucciones de sus hermanos de raza, de los más ancianos, y tenía que acatarlas.

Quieren que vuelvas al tiempo al que ahora perteneces, a cinco siglos de este presente.

—Pero... ¡No sé qué tengo que hacer, qué quieren que haga!

—Vivir hasta que lleves a cabo la misión que te han impuesto.

—¡Los destruiré, Eva! Aniquilaré esa raza, lo que queda de ella.

—No, Dar, no harás eso.

—¡La arrancaré de sus sucias garras, es mía! Se han llevado a mi hijo también, Eva.

—No les harán daño. De ello estoy segura.

Dar dio un paso y estuvo a punto de perder el equilibrio; Rita acudió presta a ayudarlo.

—Conservas el Sello —dijo Eva—. ¿Qué piensas hacer con él?

Rita había empezado a vendarle la herida. Dar miró a su alrededor, se fijó en el cuerpo de Macombe.

—Quiero hacerles daño —dijo—. No se saldrán con la suya.

—No me dominan, Dar, dispongo de mi libre albedrío. ¿Qué deseas?

—Llévanos al Hogar.

—¿Quieres decir a ella también? —preguntó Eva, y la esfera se acercó a Rita.

—Espera —miró el Sello y pidió a Rita—: Quítamelo.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó ella.

Dar asintió.

Cuando Rita tuvo el Sello entre sus dedos, se quedó mirándolo fascinada.

—¿Qué hago con él?

Percival entró solo en la estancia. Respiró aliviado cuando comprobó que el generador estaba intacto, e inmediatamente se llamó estúpido al pensar que si hubiera sufrido algún daño habrían visto saltar por los aires el cubo. No se dio cuenta de la presencia de la mujer hasta que se volvió y la vio junto a la entrada. Había pasado por su lado sin darse cuenta. Ella cerró la puerta.

—Espero que sus hombres no se alarmen hasta dentro de un rato —dijo Rita, acercándose a él.

—¿Qué ha pasado? He visto varios cadáveres en el corredor, y los cuerpos de Macombe y Ronsoe están ahí, muertos a balazos. Ha habido una pelea, es evidente, pero no oímos los disparos. Estos muros son muy gruesos ¿Dónde están Dar y Yaita?

Rita dio otros pasos.

—Tengo algo para usted, señor O'Hara.

—¿Para mí? ¿Por qué no está Darío Siles para dármele?

Rita hundió la mano derecha en el bolsillo de su traje. Sonrió.

—¿Está pensando en el Sello?

Percival tragó saliva.

—No quiero hacerme ilusiones —dijo con voz temblorosa.

Rita mantenía la mano en el bolsillo.

—No me lo ha dicho, pero creo que le pediría que hiciera el mejor uso posible del Sello.

—Dígame por qué le ha pedido que haga lo que él debería hacer.

—Quizá temía arrepentirse a última hora.

Percival empezó a sonreír.

—¿Me considera el más digno?

—Creo que él piensa que usted es el menos indigno.

—¿Se ha marchado sin usted?

Rita negó con la cabeza. Sacó la mano del bolsillo. Percival contuvo la respiración.

## CAPITULO XX

—Ni se dio cuenta cuando desaparecí —dijo Rita, contemplando cómo el océano Atlántico terminaba y penetraban por la costa portuguesa. Suspiró—. Estaba demasiado emocionado. Cristo, el viaje ha durado menos de lo que había pensado.

Detrás de ella, sentado en el más grande sillón del gabinete, Dar parecía un rey derrotado. Su semblante serio no había cambiado desde que la esfera dejó atrás el continente americano y se deslizó a velocidad de vértigo sobre el océano.

Rita se volvió despacio.

—Estamos a punto de llegar —anunció Eva—. He elegido un lugar apartado de la ciudad, cerca de una estación de ferrocarril. Es de día, Rita. En pocos minutos estarás en tu casa.

Ella asintió. Apartó la mirada de Dar, que seguía con la mirada clavada en sus manos. No hablaba desde que ella fue llevada por Eva al interior de la Esfera. Nunca supo por dónde salieron de la estación, pero creía que la entidad había reducido el Hogar al tamaño de un grano de arena.

—Supongo que podré colarme en el tren —suspiró, mirando con tristeza el terreno que pasaba velozmente bajo ellos.

Un billete apareció delante de ella. Lo cogió. Parecía bueno. Pensó sonriente que Eva era una magnífica falsificadora.

—Podré ir al hospital —dijo, guardándose el dinero.

—Tu hermano está en casa de César —dijo Eva—. Está bien.

—Gracias. Después de darle un beso, hablaré con César. ¿Puedo contárselo todo?

—Sí.

Rita giró la cabeza. El permiso para sincerarse con César se lo había dado Dar; lo vio levantarse, acercarse al mirador. La Esfera empezó a perder velocidad. A lo lejos se veía Madrid, envuelta en la niebla. La tarde iba cayendo.

El terreno se acercó a ellos. Rita se estremeció al sentir que las manos de Dar le ponían su gabán sobre los hombros.

—Conserva las armas —escuchó que le decía, y él la agarró por la cintura y volvió a estremecerse.

No habían hablado de lo que harían después de salir del cubo de cemento, y se tragó sus palabras cuando estuvo a punto de pedirle que la llevara con él a donde fuera, sin importarle el destino. Pero contempló la tristeza en los ojos de él y comprendió no quería compañía para el largo viaje en el tiempo y el espacio que le esperaba.

Se encontró en el exterior, a un centenar de metros de la autopista. La pequeña estación del suburbano no quedaba lejos. Dar todavía la agarraba por la cintura; sintió que sus manos se alejaban. Se volvió.

—Gracias por todo, Rita —le escuchó decir.

—Ha sido un placer, Darío Siles. No sé qué decir.

Dar tomó su mano y ella sintió un puñado de pequeños cristales. Los miró. Eran diamantes.

—No puedo... —empezó a protestar. Dar le selló los labios con el dedo.

—Es un regalo de Eva. Yo no había caído que vas a necesitar dinero. Si César te pregunta por qué he confiado el Sello a Percival... Bueno, no sé que puedes decirle.

—Me preguntará por qué no se lo has dado a él.

—Le he salvado la vida. A él lo habrían matado para quitárselo; pero a Percival no podrán.

—¿Crees que desprendiéndote del Sello echarás abajo los planes de los kerlhes?

Dar se encogió de hombros.

—No lo sé, pero creo que ellos no lo habrían aprobado.

Rita se abrazó a él y espero su beso, pero Dar seguía mirando a la ciudad envuelta en la bruma.

—Encuéntrela —dijo, rozando apenas los labios del hombre.

—La buscaré.

Él retrocedió unos pasos. A sus espaldas apareció la Esfera, pequeña.

Rita lo miró fijamente, quería grabar en sus retinas a Dar.

—Suerte... —empezó a decir, pero no añadió que ojalá un día volvieran a encontrarse. Dar desapareció.

Se arrebujó en el gabán. Miró al cielo y le pareció ver un breve destello saltar al espacio. Echó a caminar hacia la estación.

## CAPITULO XXI

En el complejo orbital había gran actividad.

Dar había pedido a Eva que se detuviera allí. Esperó hasta que un trasbordador se detuvo junto a la nave kerlhe.

—Apostaría que Percival está a bordo —dijo—. Debe estar impaciente por probar el Sello.

—Has acertado —contestó Eva—. Lo acompañaban varios hombres, el Presidente de Estados Unidos y algunos primeros ministros europeos. Ah, y dos tipos más, uno es ruso y el otro chino. ¿Quieres enterarte de lo que hablan?

—No. Prefiero no saber lo que traman.

—Es fácil de adivinar. Se lanzarán a la conquista de las estrellas, reproducirán los impulsores, construirán miles de naves. Y algún día encontrarán los mundos que en este instante se están colonizando. ¿Quieres conocer lo que va a pasar? Es sencillo. Volvamos al tiempo del que formamos parte, a nuestro presente real, y partir de ahí... ¿Qué quieres que hagamos una vez que hayamos regresado, Dar? No, no hace falta que me lo digas: buscaremos a Yaita.

—¿Te lo tomas a broma?

—Claro que no. Noto la falta de Yaita, Dar, la echo de menos; era mi amiga. No puedo estar tan triste como tú, pero su ausencia me deprime.

Dar hizo desaparecer el mirador.

—Escúchame, Eva.

—Soy toda oídos.

—Tenemos que devolver al Código sus atribuciones.

—Había empezado a acostumbrarme a que incordiará en mis decisiones.

—Lo necesitamos.

—¿De veras?

—Vamos, lo sabes tan bien como yo.

—Sí, es cierto —suspiró Eva.

—Sin él no sabré qué quieren de mí los kerlhes. Vamos.

Salió de gabinete y caminó deprisa por el corredor. Entró en la Sala Azul y se detuvo delante de la abertura. El Código brillaba pero su interior no latía. Ante su vista, Dar comprendió que no podía devolver a la estancia su defensa. Sin el Sello sería imposible devolverle la cobertura que la protegería.

—¿Podemos continuar sin proteger al Código con el Sello, Eva? —preguntó desolado.

Escuchó la risa envolvente, divertida. Le irritó escucharla. ¿De qué se reía Eva?

—Saca el Código y echa un vistazo al fondo de ese hueco —dijo ella, hablándole muy cerca de su frente.

—¿Por qué?

—Mete la mano y busca.

Dar la obedeció. Sus dedos tocaron algo que le resultaba familiar. Sacó la mano, sosteniendo entre el pulgar y el índice una gema verde.

—¡El Sello ha vuelto a mí!

—No es el que diste a Percival.

Dar lo contempló con incredulidad.

—No estaba aquí cuando anulé el Código, de ello estoy absolutamente seguro.

Lo depositó en el dorso de la mano y lo vio deslizarse por el dedo hasta quedar encajado en la piel.

—¿Quieres emprender el regreso? —preguntó Eva.

—Explícame antes cómo ha llegado hasta aquí.

—Debemos empezar el viaje de inmediato antes de decirte por qué hay un Sello.

—Está bien. Regresemos.

Unos segundos después Eva dijo:

—Estamos dejando atrás Júpiter; creo que ya puedo decirte que el kerlhe que se ha llevado a Yaita lo depositó en el receptáculo antes de partir.

—¿Por qué?

—No era tonto y previó que le darías a un humano el Sello que le arrebataste a su compañero. Te ha dado otro. Lo necesitarás.

—¿Cómo?

—Eso lo averiguaremos más adelante.

Sin dejar de contemplar el Sello, Dar iba a salir de la Sala Azul.

—¿No olvidas algo? —preguntó Eva.

—Oh, sí.

Se volvió y devolvió el Código a su lugar; lo vio flotar, brillar con su antigua intensidad. Cerró la sección de la pared en la que estaban los signos. Finalmente usó el Sello para restaurar la cobertura. Miró hacia donde estaba Eva.

—¿Satisfecha? —preguntó.

—Los dos debemos estar satisfechos, Dar.

—Yo no puedo estarlo.

—Entiendo.

—¿Dónde iremos?

—Si te parece bien, a Decero y a Dhrule. Sus habitantes necesitan conocer el secreto de los generadores y del impulsor que conservan los viejos transportes. El tiempo viaja en contra de ellos. Les darás esos dones, y luego proseguiremos el viaje.

—¿Adonde?

—Visitaremos cientos de mundos en pleno desarrollo, los que fueron colonizados. Tras quinientos años, nos llevaremos muchas sorpresas. Me temo que no todas serán agradables.

—No pierdas el tiempo y llévame a Kerlhe.

—Dar, no sé dónde está ese mundo. Lo buscaremos. La búsqueda será larga, te lo advierto.

Volvamos al mirador.

—Déjame a solas.

Eva comprendió y se retiró. Dar quería contemplar sin su compañía el cuerpo de Yaita. Antes de entrar en el pasillo, le vio de pie ante la Cripta de la mujer. Le escuchó sollozar.

Eva esperó.

Cuando Dar entró, se sentó en el sillón y abrió el mirador. Las estrellas eran trazos de luz que se hundían en el infinito.

—La encontraré, Eva; tarde o temprano, la encontraré.

—Dar, te recuerdo que estás herido. Las heridas no son graves, pero si lo deseas puedes morir y ocupar un cuerpo sin cicatrices.

—Curarán con el tiempo.

Eva se alejó hasta el fondo del gabinete; sabía que las heridas de Dar sanarían en pocos días, pero no así las que la pérdida de Yaita habían causado en su corazón.

Suspiró.

No podía hacer más por él.

Le cuidaría.

Pensó en Yaita.

En aquel momento le habría gustado saber lo que eran las lágrimas, para derramarlas y encontrar consuelo en su sabor salobre, como una vez le dijo Yaita que sabían.

No se movió, no habló durante las horas que Dar permaneció sentado ante el mirador, contemplando el paso de las estrellas convertidas en trazos luminosos, en estelas que se desvanecían en el abismo negro.



# **DIOS DE LA ESFERA**

*El fundador de la dinastía se hizo llamar Emzarkhan, palabra formada por los títulos de emperador, zar y khan, para que no hubiera ninguna duda de que era amo y señor de la Tierra y de todos sus dominios; para recompensar a sus fieles creó nuevas jerarquías: Gran Almirante o Grandal, Brazo Derecho Imperial o Bradeim...*

## **CAPITULO I - GRANDAL POR PRIVILEGIO**

El Grandal Delbert, tercero de la casa Dusek, había seguido a través del enlace TK la aproximación de la nave al acorazado insignia Tasla. En ella viajaba el personaje que esperaba con impaciencia. Se preguntó si el medio que había utilizado para anunciarle su llegada vulneraba las medidas más elementales de seguridad.

Cuando repasó los parámetros del mensaje se quedó preocupado, pese a que el texto no hacía la menor referencia al informe que había transmitido veinte días antes a la Tierra a través de un sistema de enlaces lento y complicado, con el propósito de prescindir de la vía TK y de cualquier estación intermedia del sistema que pudiera estar interferida por sus enemigos. Al cabo de un rato llegó a la conclusión de que se estaba dejando dominar por los nervios y veía enemigos por todas partes. Respiró profundamente e intentó relajarse.

Los días siguientes los dedicó a prepararse mentalmente para el encuentro. En presencia de un enviado de los Gremios tenía que conservar la calma, demostrar que era dueño de sus actos, no mostrar ningún síntoma de debilidad. Desde el primer momento el visitante tenía que saber quién era el que tenía el poder en aquel sector del espacio.

Mientras tanto, celebró un par de reuniones con los comodoros de su flota. Tras la rutinaria inspección visual, y después de haber escuchado los informes de rutina, les habló de la importancia de los acontecimientos venideros y les ordenó que cada navío debía de estar dispuesto para partir y las tripulaciones prestas para entrar en combate.

Delbert seguía desconfiando de las dotaciones de algunos cruceros y acorazados, las que estaban compuestas en su mayoría por hombres y mujeres de dudosa fidelidad a la casa Dusek, reclutados con prisas y entrenados con la poca eficacia de que últimamente hacía gala la Armada Imperial. Desconfiaba de los novatos tanto como de los veteranos, en los que observaba cierto cansancio, como si el largo tiempo que llevaban en el espacio les hubiera mermado su ardor guerrero y su eficacia. En sus oficiales tampoco percibía entusiasmo, lo cual le provocaba conatos de cólera. Días antes intentó sonsacar a sus comodoros, segundones de casas caídas en desgracia, sin otro bagaje que una desmedida ambición. Pocos habían oído hablar del Grandal Delbert hasta que asumió el mando de la flota que llevaba el nombre de su Casa por Privilegio Imperial, que el joven Delbert obtuvo cuando su tío Emberg, el viejo y decrepito Segundo Dusek, eligió una orgiástica noche de vinos, placeres y drogas para terminar con su vida en los brazos de sus concubinas.

Tras el fastuoso entierro de Emberg Dusek, Delbert captó en las miradas de los nobles que acudieron a testimoniarse su condolencia, su firme convicción de que su carrera como Grandal del heredero no sería muy larga. Todo el mundo estaba al tanto de los rumores que corrían por la Corte de que el Tercer Dusek ya no era una persona grata a los ojos de Zusemei, el grasiento y todopoderoso Chambelán del Emzarkhan.

Era público que Zusemei siempre había bebido los vientos por el Bradeim Yhiomir, y cuando éste se convirtió en su favorito le confesó a su señor y amante el odio que sentía por Delbert Dusek.

Fue suficiente esta revelación para que a la mañana siguiente, agradecido por los favores que acababa de recibir, Zusemei jurase a su amado Yhiomir ofrecerle la cabeza de su rival en bandeja de plata.

Delbert y Yhiomir nunca se habían molestado en ocultar públicamente el desprecio que sentían el uno por el otro; se odiaban desde que eran adolescentes y aún no pensaban en heredar los derechos y las obligaciones de sus Familias y sólo les interesaba divertirse pilotando sus pequeñas naves de combate tras las estelas de las Flotas Imperiales de castigo, para rematar a los supervivientes de las colonias condenadas, mientras no se extinguiera en las ciudades arrasadas el Fuego del Emzarkhan.

Su rivalidad empezó siendo un juego, un amistoso duelo sometido a las reglas de la tradición, por las que debían regirse en sus enfrentamientos; sin embargo, la lucha se fue enconando con el paso de los años y no tardaron en emplear ardides indignos, juego sucio, buscando con ansia la muerte del otro.

Delbert necesitó más tiempo que Yhiomir para obtener el Privilegio necesario para tomar el mando de la flota de su linaje. Había perdido demasiados años en aventuras que no le habían reportado beneficios ni honores. En cambio su rival Yhiomir supo utilizar la astucia y obtuvo pequeñas victorias en los frentes, que fueron infladas hábilmente por la propaganda de su protector el Chambelán, por lo que Yhiomir no tuvo que esperar demasiado para ser nombrado Bradeim. Con el título en su poder, se rió públicamente de Delbert y no dudó en insultarlo, augurándole un sombrío porvenir y una corta carrera como Grandal.

Aún no se había cumplido un año desde que el segundo Dusek yacía bajo tres toneladas de acero en la cripta familiar, cuando Delbert empleó su ya escasa fortuna y sus pocas influencias para reclamar un cargo vacante en los límites más conflictivos del Imperio. Su decisión cogió desprevenidos a sus enemigos.

Al tener noticias de que el rival de su amante había eludido el cerco de intrigas al que lo tenía sometido, el Chambelán montó en cólera e intentó abortar el pequeño triunfo de Delbert; pero cuando fue a reaccionar el Grandal ya navegaba hacia su destino, con una misión del Mando Imperial que cumplió decorosamente, por lo que fue felicitado. Aunque en la Corte se comentó que la dureza empleada por Delbert contra los rebeldes había escandalizado a ciertos altos cargos, las intrigas de Yhiomir no lograron arrebatarse la simpatía que había despertado en el Emzarkhan, y comprendiendo la inutilidad de su esfuerzo renunció a desprestigiarle.

Las siguientes campañas tuvieron un éxito dudoso para el Tercer Dusek, y en la Tierra el frágil pedestal al se había encaramado volvió a ser erosionado por los que querían arrojarle al abismo de la ignominia tras arrebatarse el Privilegio.

Dusek sabía que sólo un golpe de suerte lograría librarle de las intrigas del Chambelán y su favorito, y para ello necesitaba una victoria capaz de conmover al Emzarkhan, lo bastante para que le llamara hasta el pie de su Trono y le premiase con el título de Brazo Derecho Imperial, pues sólo si alcanzaba el mismo rango de su rival podría considerarse a salvo.

No disponía de tiempo para cubrirse de la suficiente gloria como para escupir a la cara de sus enemigos con total impunidad, y poder caminar con altivez por los salones del palacio imperial, pero soñaba con el día en que los cortesanos dejasen de hacer apuestas acerca de los días de vida que le quedaban. Si alcanzaba los objetivos que se había propuesto, podía aspirar incluso a ser nombrado Hijo Adoptivo del Emzarkhan, título que haría temblar a sus rivales.

El día señalado para la llegada del visitante, un comunicado transmitido por el sistema TK le anunció que una falúa lo transportaría al Tasla, la nave insignia de la Flota Dusek. Al final del mensaje el enviado de los Gremios le recordaba las medidas de seguridad que debía adoptar, y esto le enfureció. Cuando se calmó, pensó que no debía extrañarle la insolencia del Portador. ¿Quién se creía aquel bastardo que era para aconsejarle lo que debía hacer?

El Grandal ordenó a sus oficiales que anularan la obligada ceremonia de bienvenida con que debían recibir al viajero de la Tierra, e hizo hincapié para que la falúa navegara por el Vástago del Tasla hasta el mismo Núcleo; por último les recordó que no debía ser molestado mientras permaneciera reunido con el Portador.

Utilizó su transporte personal para dirigirse al atrio situado al final del Vástago, al pie de la estructura octogonal de muros de acero de cinco metros de espesor, protegido por la Cobertura.

Era un lugar extraño para un encuentro, pensó mientras la pequeña unidad lo trasladaba por el interior del Vástago. Sonrió para sí cuando al recordar que en toda la historia de la Armada Imperial jamás se había celebrado una reunión en semejante escenario; pero era el deseo del Portador y estaba obligado a complacerle.

Cuando la unidad se detuvo, salió y la devolvió a su lugar de procedencia. A través de un visor, y durante unos segundos, pudo ver a la falúa entrar en el Tasla y recorrer el camino que tan bien conocía, cruzando los escudos de protección, para luego avanzar por el brillante interior del gran cilindro.

Una vez en el atrio se volvió para observar la brillante cortina de energía que cerraba el túnel; escuchó un chasquido y vio surgir un pequeño vehículo, que después de apoyarse en los rodillos de frenado se deslizó con suavidad, deteniéndose a escasa distancia.

Desde su posición, Delbert contempló cómo una sección de la falúa se abría y unas manos aparecían, sujetándose en los bordes; luego asomó una cabeza afeitada; bajo el resplandor de la luz brilló la cinta de plata que la rodeaba, cerrada en la frente por el dorado anagrama de los Gremios.

Delbert quedó desconcertado a la vista de la escasa categoría del signo que ostentaba el visitante: el Portador que enviaban los Gremios no gozaba de la jerarquía que había esperado. No es que se tratara de un ínfimo servidor, pero no se lo podía imaginar recibiendo en persona órdenes del Emzarkhan, un honor sólo reservado para los Portadores que cerraban sus cintas con un símbolo de mayor rango que el que estaba viendo en el recién llegado.

Recordó el nombre del Portador, Dytri Loulakais, y empezó a dudar que su informe hubiera sido valorado debidamente. En su mente empezó a bullir la idea de que sus enemigos habían vuelto a intrigar contra él.

Cuando el Portador subió al atrio y se acercó, le miró a los ojos y se asombró de que fueran tan claros. Estuvo a punto de soltar una exclamación de sorpresa al descubrir que llevaba maquillaje en el rostro. Demasiada austeridad, pensó con irritación.

Dytri era casi tan alto como el Grandal; se movía con agilidad, como si quisiera alardear de la flexibilidad de su cuerpo, magro y atlético; vestía un oscuro y ajustado traje. La única nota de color en su persona era el distintivo gremial que llevaba a la altura del corazón.

El Portador inclinó la cabeza y Delbert correspondió a su saludo de igual manera.

—Señor, permítame que me presente —dijo el recién llegado, hablando despacio—. Soy el Portador Loulakais, y estoy a sus órdenes.

—Bienvenido a mi nave, Portador. Soy el Grandal Delbert, Tercero del linaje Dusek.

—Sí, ya sabía que su mando era heredado —susurró Loulakais—, como su Privilegio, otorgado por el Emzarkhan que instauró la actual dinastía, que los dioses guarden, y también a su Altísima Serenidad —entornó los ojos y empezó a dibujar una leve sonrisa.

Delbert consideró impertinentes las palabras del Portador. Tampoco debía sorprenderle, pues era bien conocido la afición al sarcasmo de los hombres de los Gremios; sin embargo, no se había preparado para ser blanco de sus ironías. Se mordió el labio superior y trató de no perder la calma; no quería desperdiciar las horas que había pasado tratando de mentalizarse para aquel encuentro. Como se decía, a un Portador se le podía odiar o menospreciar, pero jamás permitirle que adivinase lo que pensaba su oponente.

—Había esperado que enviarían a un Portador de mayor rango... y de más responsabilidad —dijo Delbert, manteniendo la mirada fija en los ojos del otro.

Dytri permaneció callado un instante. Se limitó a encogerse de hombros y echar una mirada a su entorno.

—Me temo que mis informes —añadió el Grandal— no han sido estimados como merecían por sus superiores, Portador. Su presencia aquí es de vital importancia, como habrá comprendido, y antes de entrar en materia necesito una prueba de su cualificación. Confío que me entienda.

Los finos labios de Loulakais se apretaron, la sonrisa desapareció de ellos y adelantó la mandíbula. Muy despacio, levantó el brazo derecho y puso su mano vuelta hacia abajo, a la altura

de los ojos del Grandal.

En el dedo índice del Portador apareció un abultamiento, que en dos segundos perdió el color de la carne y adquirió la forma de un círculo, del que destacó un óvalo de intenso color verde, que empezó a brillar como si tuviera luz propia en su interior.

En toda su vida el Grandal sólo había sido testigo de aquel prodigio en cinco ocasiones, y siempre en los salones imperiales, cuando los más importantes Portadores del Sello, ante los ruegos de las damas, ejecutaban para su satisfacción aquel acto de magia que hechizaba a todo el mundo, despertando la envidia en los caballeros, haciendo aparecer y desaparecer el sello, algo que en un vulgar prestidigitador hubiera carecido de importancia, pero en una persona que llevase una cinta de plata en la frente era el símbolo de un poder que sobrepasaba al del mismo Emzarkhan. Delbert siempre había sentido curiosidad por saber en qué parte del cuerpo de un Portador se escondía el anillo del Sello cuando no tenía que usarlo, o su vanidad no le impulsaba a exhibirlo en público.

Loulakais bajó la mano con la misma lentitud que la había alzado.

—¿Satisfecho?—preguntó. Al ver que el Grandal asentía, añadió—: No se ofenda, señor, pero necesito saber si ha estado alguna vez dentro de un Núcleo, no necesariamente en el de su nave.

El Grandal negó con un gesto de cabeza.

—Entonces le ruego que no toque nada y no se separe de mí en ningún momento. ¿Podemos comenzar?

—Un momento —Delbert hizo un gesto torpe con las manos, como queriendo retener al Portador, a pesar de que éste no se había movido del atrio—. Antes me gustaría saber cuál ha sido el curso que siguió mi informe una vez que llegó a la Tierra.

El Portador compuso un gesto ambiguo.

—De acuerdo con la fecha de la emisión, su mensaje tardó mucho en llegar a las manos del Emzarkhan, por supuesto después de haber recibido el visto bueno del Chambelán, como disponen las normas de seguridad y del protocolo. Todavía me pregunto por qué utilizó un sistema de comunicación vulgar, el reservado a la plebe y a los comerciantes.

—Por precaución. Creí que lo comprenderían después de haberlo leído y estudiado.

—Confieso que lo entendí parcialmente.

—¿Cuál fue la reacción del Chambelán al leerlo? —preguntó Delbert, con voz ronca.

El Portador recurrió una vez más a su parca sonrisa antes de responder:

—Tengo entendido que intentó bloquearlo, Grandal, pero los códigos de urgencia le obligaron a entregarlo al Emzarkhan, quien sólo entonces permitió que mis superiores fueran llamados a Palacio. A Zusemei no le complació tanta urgencia, y no pudo disimular su enfado cuando el procedimiento siguió su curso.

—Me preguntó por qué le han elegido a usted. ¿Acaso el Presidente de los Gremios consideró mi requerimiento de escaso interés para el bien del Imperio?

—El Presidente y todos los Directores, después de una larga discusión, me eligieron por unanimidad. Me he dado mucha prisa en venir, como habrá podido comprobar, a estas regiones estelares situadas en el sector de Corvus, un mundo del que no había oído hablar hasta que me fue confiada esta misión. Todo esto debería parecerle suficiente para considerar que su hallazgo ha sido calificado como muy valioso, señor. El Emzarkhan espera impaciente mi informe.

Delbert asintió de mala gana. No sabía a qué atenerse y se resistía a admitir como sinceros los elogios del Portador, quien, como todos los de su calaña, debía de ser un consumado artista de la mentira.

—Me considero afortunado al contar con su ayuda, Portador—susurró el Grandal.

—Lo mismo pienso yo, señor —convino Loulakais.

—Pero ¿por qué usted exactamente, entre miles de Portadores?

—Podría negarme a contestar su pregunta, señor; pero prefiero decirle que fui asignado a esta misión por mis cualidades. Por cierto, voy a necesitar algunos datos que no constaban en el informe. Es importante que verifique si la emisión del TK fue realizada en un momento determinado.

—¿Qué quiere decir?

—Tengo que revisar todos los mensajes que han pasado por el TK del Tasla durante los

últimos cinco años.

—¡Absurdo! Eso le llevaría demasiado tiempo.

—Estoy entrenado para efectuar una revisión rápida. Será cuestión de un día, dos como mucho.

—Desde que tomé posesión del mando de este acorazado he controlado personalmente los mensajes enviados y recibidos, como el reglamento me obliga.

—¿Se refiere a los que llegan al puente?

—¡Por supuesto!

—¿Ha considerado la posibilidad de que alguna copia no quedase archivada en el puente, y por lo tanto usted no la haya recibido?

—Eso sería imposible.

—Tengo que estar seguro si el TK ocultó alguna otra manifestación emocional en el período que voy a investigar.

—¿Dónde quiere ir a parar?

—Señor, imaginemos que la mente del kerlhe detectó la proximidad de un hermano suyo de raza y le manifestó su congoja y su desesperación.

—Imposible. La cosa que controla el transmisor no piensa.

—Existen dudas al respecto. Según las últimas investigaciones, se especula sobre la posibilidad de que pueden pensar, incluso de que son conscientes de la condición a que están sometidos.

—¿Ha sido probada esta teoría?

—No, pero existen dudas razonables. La existencia de lo que usted expone en el mensaje nos obliga a pensar que el TK, aprovechando un lapso de tiempo en el que no eran necesarios sus servicios, fue consciente de su estado, recordó quién era y estableció contacto con una entidad hermana que no se hallaba en su misma situación. Es decir, un espécimen kerlhe en libertad.

El Grandal empezó a adivinar a dónde quería ir a parar el Portador con sus explicaciones, y de mala gana respondió:

—Lo descubrí leyendo un parte de rutina, y sin dudar revisé el archivo del puente; aunque sólo encontré una breve manifestación de aparente lucidez, el contenido me alarmó, pues no estaba redactado en un idioma conocido. Me costó descubrir que era la lengua kerlhe. Sometí el texto a una traducción exhaustiva, y lo que leí me dejó perplejo. A la vista de la importancia del hallazgo, lo remití al Emzarkhan bajo los sellos de alta prioridad, sin importarme correr el riesgo de que lo interceptasen mis adversarios en la Corte.

—No tengo más remedio que felicitarlo, Grandal —sonrió Dytri—. Ha sido muy inteligente, y también prudente. ¿Podemos empezar la investigación?

Delbert no se movió.

—¿Por qué le han enviado a usted? No haremos nada mientras no me responda.

El Portador inspiró profundamente.

—Por razones muy poderosas, algunas sólo desconocidas para el Chambelán. Señor, si no confía en mí me obligará a retirarme. No pienso ser más explícito hasta que haya finalizado la investigación. Por favor, no me obligue a tener que recordarle que tengo instrucciones precisas de mis superiores.

A Delbert le rechinaron los dientes cuando asintió. No le quedaba otro remedio que ceder o matar al enviado de los Gremios, y después justificar su muerte como un accidente, algo que tendría que planear minuciosamente si quería verse libre de una acusación de asesinato. Con los Gremios no se podía jugar.

El Portador dio la espalda al Grandal y con paso firme se dirigió hacia la pared que se alzaba donde terminaba el atrio, deteniéndose ante un círculo de dos metros de diámetro, apenas perceptible.

Loulakais acercó el Sello al centro del círculo y lo oprimió contra su superficie. Al instante surgió un breve destello en el anillo. El Grandal comprendió que la Cobertura acababa de ser eliminada. Desde aquel instante el Núcleo había perdido su inviolabilidad, su condición mítica de

indestructible, quedando su alma accesible tras la acción de la gema.

Una ligera presión de las manos del Portador hizo que la sección circular se alzara; al otro lado apareció un corto túnel ascendente. Los dos hombres entraron, el Portador abriendo la marcha. Apenas pisaron el suelo sintieron que se ponía en movimiento. Durante el trayecto, el Grandal estudió de reojo a su acompañante. En aquel instante hubiera dado cualquier cosa por adivinar lo que estaba pensando.

Tras la ascensión, irrumpieron en una estancia triangular en la que las paredes se unían sobre ellos a unos diez metros de altura. Una sección situada a la derecha atrajo la atención del Grandal, pero volvió rápidamente la mirada hacia la forma irregular que flotaba en el centro de la estancia, a pocos centímetros del suelo. De la parte superior partían tres tubos delgados y plateados que se perdían en el ábside.

Notando sobre él la mirada expectante del Grandal, Loulakais preguntó:

—¿Es la primera vez que contempla un Impulsor Kerlhe, señor?

—No —replicó Delbert con aspereza—. He visto uno hace años, en el Museo Imperial; estaba protegido por la Cobertura.

El Grandal avanzó hacia la forma irregular. Sabiendo que de ella manaba todo el poder de la nave, no pudo reprimir el deseo de pasar las manos por la translúcida superficie de la Cobertura.

—No se entretenga, señor —le advirtió el Portador—. Pasemos al otro lado.

Caminó hacia la pared de la derecha, y utilizó de nuevo el Sello para abrir la puerta ovalada que les cerraba el paso. Con los músculos en tensión, el Grandal lo siguió. El emisario de los Gremios, pese a no haber estado nunca en el Tasla parecía conocer aquel lugar. Un Núcleo es siempre igual a otro Núcleo, estuviera instalado en un carguero o en un navío de combate. Delbert era consciente de lo que iba a ver, pero no pudo disimular la ansiedad que sentía mientras caminaba detrás del visitante.

Apenas cruzaron el umbral, su mirada fue atraída por el gran globo suspendido a medio metro del suelo, lleno de fluido rosado cuya densidad le impedía apreciar lo que flotaba en su interior.

Delbert se olvidó de respirar cuando percibió la mirada burlona del Portador.

—Sin embargo, apostaría que nunca vio un TK al natural. ¿Me equivoco, señor?

El Grandal no respondió. Olvidando las advertencias se aproximó al globo, seguido por Loulakais, como si éste temiera que cometiese algo irreparable.

Pero Delbert no había olvidado los consejos y se detuvo a un metro del globo, sin atreverse a tocarlo. Sólo quería ver de cerca lo que contenía. Durante el tiempo que ostentaba el mando de la Flota Dusek siempre había querido estar allí, y ahora le costaba creer que el sistema de comunicación instantánea era lo que estaba viendo: un ser inteligente mutilado, preservado en un líquido nutritivo y sometido a impulsos mentales, una criatura convertida en esclava, en sirviente eterno obligado a transmitir telepáticamente los mensajes del Imperio a otros seres como él, enclaustrados en los Núcleos de otras naves...

Incluso el Grandal, acostumbrado a ordenar y a presenciar aniquilaciones étnicas, quedó aturdido ante aquella visión. Sentía la garganta seca, y al tragar saliva la sintió amarga.

El globo contenía el tronco y la cabeza de un humanoide de piel azulada.

En el rostro alargado de la criatura de prominente nariz, resaltaban sus grandes ojos sin vida. Estaba ciego, le habían privado de la vista cuando lo mutilaron, antes de que le injertaran los cables y los nódulos que lo habían convertido en una máquina transmisora. El enorme pecho se contraía y se ensanchaba tres veces cada minuto.

Delbert había contemplado una holografía de un kerlhe completo, cómo eran cuando vivían en libertad. Lo hizo sin interés. A pesar de que el guía del museo le explicaba con detalles las características de aquella especie tan valiosa para el Imperio, estaba distraído, tenía la mente en otro sitio y no le prestó atención. Sólo recordaba que sin los kerlhes la expansión del Imperio en la galaxia no habría sido tan rápida, aseguraban los cronistas. Los dioses habían bendecido a los Emzarkhanes al entregarles aquellos seres, creados para su servicio y grandeza.

—No es lo mismo verlo así... —susurró Delbert, impresionado.

—No imaginó que la realidad pudiera ser tan sobrecogedora, ¿verdad?

El Grandal giró la cabeza para mirar a Loulakais, sintiéndose avergonzado por haberse dejado dominar por sus más débiles sentimientos.

El Portador paseó por la estancia. Se detuvo en cada uno de los paneles luminosos que cubrían dos de las paredes del recinto.

—No se preocupe por mí, señor—dijo al Grandal—. Me quedaré aquí el tiempo necesario para revisar todos los mensajes que haya transmitido esta unidad.

—Estoy convencido que sólo envió el mensaje interceptado.

—Necesito comprobarlo. El trabajo no me llevará más de cinco o seis horas —sonrió—. Mi estancia en su nave dependerá de lo que averigüe.

El Grandal se agitó.

—¿No cree que el Núcleo va a estar demasiado tiempo sin la protección de la Cobertura?

—Asumo toda la responsabilidad. No se inquiete, Grandal. ¿Quién podría adivinar que su nave insignia será vulnerable unas horas? No hay peligro de amenaza en este momento, ¿verdad? Puede volver al puente de mando; le avisaré cuando haya terminado.

—Me quedaré.

—Como quiera, pero acabará aburriéndose —hizo una pausa—. Grandal, ¿insiste en saber por qué me enviaron?

—Por supuesto.

El Portador alzó la mirada hasta el inmóvil rostro del kerlhe. Sonrió torvamente y sin volverse dijo:

—Usted es un hombre ilustrado, ha recibido una exquisita educación. Por lo tanto ha tenido acceso a la historia auténtica, no a la que el vulgo conoce, y sabe perfectamente quiénes fueron los kerlhes.

—Así es.

—Por consiguiente conoce el tiempo que a la Tierra le costó volver a encontrarlos. Mientras los acorazados imperiales recorrían la galaxia y las colonias perdidas eran encontradas, se buscaba el planeta de origen de los kerlhes, además de otros objetivos considerados como alta prioridad.

—Sé cuáles eran los otros objetivos históricos.

—Entonces también sabrá que hace dos siglos nuestros antepasados localizaron un mundo en el que vivía una pequeña comunidad kerlhe. En el primer momento se pensó que era el mundo original de esta raza, pero no se tardó en comprobar que aquellos kerlhes carecían de vínculo con los seres que visitaron la Tierra hace siete siglos, un hecho que fue confirmado una vez evaluada la tecnología que poseían. Al parecer eran descendientes de una expedición perdida. Esa comunidad había degenerado o pertenecía a una escala inferior. Lo sorprendente era que todos los miembros de aquel pueblo desconocían la situación del planeta Kerlhe.

»La desilusión de los científicos quedó paliada en parte cuando investigaciones posteriores revelaron que las criaturas encontradas poseían una increíble facultad telepática: podían comunicarse entre sí al instante, sin que importara que estuvieran distanciados por miles de años luz.

—Cuando leí ese capítulo de nuestra historia me pregunté por qué, si era cierto que habían quedado aislados en aquel mundo, no pidieron ayuda a sus semejantes de nivel científico más avanzado para ser rescatados.

—Lamentablemente ese misterio aún no ha sido desvelado —suspiró el Portador—. Fue un gran hallazgo, pues gracias a esos seres la Armada Imperial pudo dotar a los acorazados insignias de comunicadores instantáneos, lo que permitió al Imperio concluir la conquista antes de lo previsto, recuperándose todos los mundos originales.

—Excepto dos —recordó el Grandal con una sonrisa aviesa.

—Todos menos dos —convino Loulakais—. Lamentablemente, después de ese hallazgo no se encontraron más kerlhes. Tal vez hayan desaparecido o su mundo original no se halla en esta galaxia, y por lo tanto no dispondremos del suministro suficiente que nos permita disponer de todos los TK que necesitamos.

—Sigo esperando su explicación, Portador.



—Tenga paciencia. Hace tres años fui requerido por mis superiores para realizar un trabajo muy especial. La técnica para condicionar un kerlthe casi se había olvidado, éramos pocos los que la recordábamos. Una nave de la Flota había llevado a la Tierra un espécimen vivo y en perfectas condiciones. — Loulakais giró la cabeza hacia el globo—. Ha acertado, señor. El kerlthe al que me refiero es el mismo que humildemente le sirve, Grandal.

—¿Quiere decir que fue usted quien transformó a esta criatura en una máquina?

—Sí. ¿Comprende por qué fui elegido? Yo trabajé con él, escuché durante una semana sus lamentos, los gemidos de dolor, su llanto mientras lo mutilaba para transformarlo en un comunicador vivo al servicio del Emzarkhan. Llegué a imaginar que sabía en qué iba a quedar convertido. Hice un magnífico trabajo y fui felicitado por mis superiores.

»Cuando lo entregué convertido en un TK, un Transmisor Kerlthe, no sabía que iba a ser instalado en el Tasla, para sustituir al ser que había muerto de vejez hacía cuatro meses. Más tarde redacté una memoria con las anomalías que había detectado en la criatura durante el proceso de adaptación, pero no obtuve ninguna respuesta. Sin embargo, mi trabajo salió a luz cuando usted informó de sus sospechas. Esta es la razón por la que estoy aquí, Grandal.

Delbert asintió. Después de un rápido parpadeo, preguntó:

—¿Qué descubrió en el kerlthe que llamara su atención?

—Al principio sólo fueron unos detalles, unas débiles incongruencias que me hicieron sospechar que no era un kerlthe dotado con la escasa inteligencia de los que fueron capturados en la colonia. Reconozco que ante el silencio de mis superiores terminé olvidándome del asunto.

—¿Mi informe se lo recordó?

—Devolvió a mi memoria los hechos. Esta misión significa mucho para mí, Grandal. Mis compañeros se burlaron de mí cuando leyeron el informe. Quiero desquitarme y ver cómo se borran las risas de sus labios. Y además...

—¿Espera una recompensa? —sonrió Delbert, divertido ante el giro inesperado que había tomado la conversación.

—He investigado su pasado, Grandal.

—¿Cómo se ha atrevido?

—Cálmese. Usted y yo nos encontramos en una situación muy parecida, ambos estamos condenados a entendernos. Si trabajamos juntos podemos ganar mucho, mejorar nuestras respectivas carreras. Yo sería elevado al grado de Director y usted recibiría el título de Bradeim. ¿Qué le parece ser Brazo Derecho Imperial? Sería tan poderoso como su rival Yhiomir, un noble tan intocable como él. Sólo el Emzarkhan estaría por encima de su Privilegio.

El Grandal se acarició el mentón. A su pesar admitió que aquel personaje estaba bien informado, y la propuesta que le había hecho debía tomarla en consideración.

—¿Qué tendríamos que hacer?

—Hace un momento se refirió al otro gran objetivo que la Tierra no ha podido alcanzar.

—¿Se refiere a...? —calló. No se atrevió a pronunciar la palabra.

—Vamos, dígalo. No tenga miedo, escupa la palabra que se emplea para asustar a los niños.

—¿Está pensando en Dhrule?

—¿Ve qué fácil resulta decirlo? —rió el Portador—. El Imperio es como una manzana podrida, en cualquier momento puede reventar a causa de la cantidad de gusanos que pululan en su interior. Debemos darnos prisa en tomar posiciones, antes de que la marea de la locura nos arrastre. Si encontráramos a Dhrule devolveríamos el ardor a los cansados héroes y aglutinaríamos alrededor de usted al Imperio, junto con sus aliados más poderosos.

Delbert movió la cabeza para dar su asentimiento, pero no pudo evitar sentir un escalofrío. El Portador sabía lo que podía esperar de él: un pacto de sangre.

«...Fueron conocidos como Mundos Primarios los planetas colonizados por las tripulaciones de las naves de la Tierra que partieron a principios del siglo XXI. Todas las expediciones arribaron a sus destinos excepto la que tenía por destino al planeta Hermant, de la que nunca más se tuvo noticias. La pérdida quedó confirmada cuando las unidades exploradoras imperiales localizaron este mundo, que encontraron vacío de humanos. Los kerlthes dejaron información de las rutas para llegar

a los planetas elegidos por ellos, pero omitieron las coordenadas de los dos a que pusieron rumbo las últimas naves que emprendieron el largo periplo días antes de que estos seres desaparecieran tan misteriosamente como habían aparecido. Por supuesto, uno de estos mundos era Dhrule...»

## CAPÍTULO II - CHIMARA DE CORVUS

Después de orientar la terraza hacia levante, esperó la salida del sol, mirando las cimas cobrizas de la distante cordillera.

Los pequeños pies de la muchacha caminaron sobre la mullida alfombra, se detuvo junto a la balaustrada y apoyó los codos en el mármol. Un momento antes había eliminado el cristal y respiró con deleite el fresco aire del amanecer. Al poco rato se estremeció al sentir la brisa, pero resistió la tentación de volver al dormitorio y coger la capa que había dejado sobre la cama, arrojarse con ella y regresar a la terraza.

Chimara apartó de su frente el largo mechón, sacudió la cabellera y dejó que ésta se deslizara sobre sus desnudos hombros. Sonrió durante unos segundos, luego se quedó triste y pensativa. Recordaba a Ahmel. Aunque no echaba de menos al hombre que quería olvidar, no pudo evitar recordar sus caricias, el contacto de sus manos recorriendo su espalda, sus labios rozándole el cuello. Volvió la mirada donde el horizonte se confundía con la bruma del nuevo día. La ciudad no tardaría en despertar, pronto se llenaría de ruidos y todo le parecería vulgar.

Había empezado a acariciarse los senos cuando escuchó una especie de lamento metálico. Giró la cabeza y observó que la terraza próxima se movía hacia el punto por donde saldría el sol. Chimara frunció el ceño. Según sus noticias, aquel apartamento aún no estaba alquilado.

La otra terraza terminó de acoplarse al costado de la suya. Tenía la cúpula bajada y Chimara no podía ver si había alguien en ella. Las demás terrazas permanecían en la posición en que quedaron la noche anterior.

Regresó al dormitorio caminando de puntillas, cogió el mando y activó el programa de limpieza. Mientras esperaba que la cama se replegase, vio aparecer en la pared frontal el suministrador básico. Eligió café, pan de centeno con mantequilla y zumo de frutas. Aguardó hasta que la bandeja del desayuno estuvo preparada, la cogió y regresó a la terraza. Junto a la puerta descubrió su capa y la empujó con el pie hasta la pequeña mesa en la que depositó la bandeja.

Se agachó para recoger la capa y se la echó sobre los hombros. El tejido térmico se activó al instante y Chimara dejó de sentir frío.

Bebió un sorbo de zumo. Al coger una rebanada de pan escuchó el aviso del comunicador. Pulsó el disco de control y el mensaje llegó a la terraza.

Chimara tomó la lámina doblada y protegida con su código. La abrió rompiendo con el pulgar el precinto y la desplegó en sus manos. Después de leer dos veces lo que había escrito en ella, en su rostro apareció una sombra de preocupación. Se levantó y bajó la mirada a la avenida. La ciudad aún no había despertado y era escasa la circulación. En los edificios de enfrente se reflejaban los primeros rayos del sol.

Se hallaba de espaldas a la terraza vecina y se sobresaltó al escuchar que una voz le decía:

—Alguien dijo que las malas noticias no lo parecen tanto al comenzar el día. ¿Es cierto?

Chimara se volvió rápidamente. En la otra terraza la cúpula se había levantado y había un hombre, mirándola fijamente. Se sintió incómoda.

—¿Quién es usted? —preguntó entre curiosa y enfadada. Lo miró con cierto interés porque le parecía un personaje extraño. Era alto y delgado. Era viejo, pero conservaba cierta altivez y su mirada era despierta. Calculó que tenía más de ochenta años.

También llamó su atención el poblado bigote del hombre y sus pobladas patillas, que le llegaban hasta el mentón.

—Le ruego me disculpe si la he asustado —sonrió él, inclinando la cabeza.

—No me ha asustado. Me ha sorprendido verle porque creía que ese apartamento no estaba ocupado.

El hombre se acercó a la balaustrada, apoyó las manos y miró a Chimara de arriba abajo, sin dejar de sonreír. La muchacha se sonrojó al darse cuenta de que él contemplaba la desnudez de su cuerpo. Se apresuró a taparse con la capa.

Chimara se dijo que los ojos del anciano tenían una fuerza poco corriente para la edad que representaba. Empezó a doblar la lámina de metal.

—Aún no me ha dicho su nombre, señor —dijo para romper el silencio.

—Oh, vuelvo a pedirle que me disculpe. Me llamo Bergerac.

—Mi nombre es Chimara. Diría que es extranjero. Su nombre no es corriente en Corvus.

—Tiene razón. Soy un viajero impenitente y acabo de llegar. En cuanto a mi nombre, tengo entendido que un personaje de leyenda se llamaba igual que yo, y también le gustaba viajar a lugares donde sus contemporáneos no podían llegar ni siquiera con la imaginación. Sin embargo, nunca viajó tan lejos como este pobre homónimo suyo, porque sólo alcanzó la Luna gracias a la magia de sus calabazas llenas de rocío que ató alrededor de la cintura.

—Lo siento, pero no le entiendo.

—Le pido que me disculpe —Bergerac sonrió, mostrando su blanca y perfecta dentadura—. La observaba mientras leía el mensaje y me pareció que su contenido la había perturbado.

—Habla de un modo bastante raro.

—Es posible. He asimilado demasiados modismos en mis viajes.

—¿Ha alquilado el apartamento?

—Aún no. El portero me ha permitido echarle un vistazo. Hace un momento no estaba decidido, pero al verla usted y saber que puedo tenerla como vecina, consideraré seriamente la posibilidad de abandonar mis viajes por algún tiempo. Pienso que ya es hora de que me instale definitivamente en algún sitio. ¿Por qué no en Corvus? Esta es una hermosa ciudad, y este un planeta tranquilo.

—¿De dónde viene?

Bergerac miró la mesita con el desayuno.

—Huele muy bien.

—¿No funciona el suministrador de su apartamento?

—Aún no es mío. Todos los servicios están desconectados.

Chimara dijo impulsivamente:

—¿Por qué no entra? Ordenaré café para usted. ¿O prefiere otra bebida?

El rostro de Bergerac se iluminó, como si hubiera estado esperando ser invitado.

—Sólo café. ¿Sabía que actualmente es difícil encontrar un mundo donde se cultive un buen grano de café y sepan tostarlo con la delicadeza que se requiere para obtener un aroma exquisito?

Hizo una inclinación de cabeza y se retiró de la terraza. Chimara observó cómo se cerraba la cúpula. Bergerac no tardaría en llamar a su puerta. Empezó a arrepentirse de haber ofrecido su casa a un desconocido. Pero en la mirada del viejo había algo que infundía confianza.

Su primer impulso, al descubrir la presencia del desconocido, había sido retirarse. Se preguntó si estaba actuando con cordura.

Estaba cruzando el dormitorio cuando sonó el timbre de la puerta. Cogió una túnica y se la puso, sin dejar de caminar.

Se detuvo unos segundos delante del suministrador para pedir café. Abrió la puerta. Bergerac estaba al otro lado, con su amplia sonrisa. Chimara ocultó las manos en la túnica. Sus recelos se esfumaron. Dirigió una sonrisa a su invitado mientras se apartaba para dejarle entrar.

El hombre pasó por su lado y se dirigió a la terraza. Chimara no apreció en su ajustado traje el bulto de un arma. Las negras calzas que vestía se ajustaban demasiado a sus piernas, largas y flexibles. Eran unas piernas fuertes, acostumbradas a caminar, a hacer mucho ejercicio. Las botas eran de caña corta, de un material muy parecido a la piel de serpiente. Las arrugas que se formaban a la altura de los tobillos la tranquilizaron, porque indicaban que allí tampoco podía llevar escondida una daga o un pequeño lanzador.

—¿Las semillas llegaron a Corvus con las primeras naves o fueron importadas más tarde? —preguntó Bergerac desde la terraza, contemplando a Chimara acercarse a él con la jarra de café en la

mano derecha.

—¿A qué se refiere?

—En Corvus se cultiva café, ¿no?

—Tengo entendido que fueron los Gremios quienes lo introdujeron. Se aclimató muy bien en las regiones altas —respondió Chimara, llenando dos tazas con la aromática infusión—. No soy adicta al café, pero tomaré un poco.

Bergerac rechazó el azúcar y bebió un sorbo. Chasqueó la lengua y dio su aprobación con un gesto de satisfacción.

—Excelente.

Ella hizo aparecer otro asiento y se lo ofreció. Se sentó enfrente de él y volvió a mirarle.

—¿De dónde viene, señor Bergerac?

—De muy lejos. Mi viaje comenzó hace mucho tiempo y no sé cuándo terminará.

—Si llevara una cinta de plata en la frente parecería un servidor de los Gremios. Dicen que se expresan con arcaísmos.

Bergerac soltó una carcajada que dejó perpleja a Chimara.

—¿Qué le ha hecho gracia? —inquirió ella, un poco molesta—. En mi vida he visto un Portador en persona, pero usted me recuerda los que aparecen en los holos.

—Perdóneme una vez más. Estaba pensando que no es muy frecuente hoy día, ni siquiera en el tranquilo e idílico Corvus, que una mujer joven y hermosa invite a su casa a un desconocido. —Fingió un suspiro—. Creo que mi aspecto de anciano pacífico es lo que me permite compartir una taza de cate en su compañía. Dígame con sinceridad si no ha sentido el menor recelo al dejarme entrar en su casa.

—En absoluto. De repente sentí que debía conversar con alguien.

—Creo que ha elegido mal si espera recobrar la alegría con mi conversación. Mis amigos dicen que soy demasiado triste. ¿Sabe lo que pienso? No debería pasar su último día en la ciudad con alguien tan aburrido como yo.

Chimara se puso instintivamente en guardia.

—¿Cómo sabe que partiré mañana?

Bergerac se llevó la taza a los labios. Chimara no pudo ver si sonreía.

—El portero me informó de las personas que podrían ser mis vecinos —contestó mientras depositaba la taza en la mesita—. Me contó que usted es Coordinadora de la Flota de Corvus puesta al servicio del Emzarkhan.

—Tenemos un portero demasiado parlanchín.

—Pero no es un mentiroso, ¿verdad?

—Es cierto que mañana me incorporo. Es mi primer servicio.

—¿Por qué me da la impresión de que no está muy entusiasmada? ¿Acaso el puesto de Coordinador no es codiciado?

—Desde luego. Llevaba tanto tiempo esperando esa llamada...

—Entonces deben ser otros los problemas que le preocupan esta mañana. Parece tener el pensamiento puesto en otro lugar.

—Imaginaciones tuyas, señor Bergerac. Por cierto, me gustaría tenerle como vecino —dijo, deseando cambiar de tema—. ¿Le importaría satisfacer mi curiosidad? Sé que en algunos Mundos no Primarios es costumbre que los hombres se dejen crecer la barba y el bigote. ¿En qué planeta de los que ha visitado copió esa moda?

—Lamento decirle que mi bigote y mi barba son falsos.

Hizo el gesto de arrancarse el bigote y ahogó un grito de dolor que Chimara comprendió que era fingido. Se echó a reír, convencida de que el bigote y la barba del hombre eran auténticos. Al echar la cabeza atrás, parpadeó confundida.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Bergerac.

—No sé... He tenido una extraña sensación, como si hubiera visto un diminuto punto azul revolotear delante de mis ojos.

Bergerac masculló algo entre dientes, se apresuró a sonreír y dijo:

—Debió de ser un reflejo del sol.

Chimara asintió. Su cabellera roja tremoló como una bandera en un día de desfiles victoriosos.

—¿Quiere más café? —preguntó.

Él dijo que sí, y durante un rato hablaron y bromearon. Aunque la conversación del hombre le parecía amena, Chimara empezó a dar muestras de impaciencia. Aparte de haberle preocupado el mensaje, tenía muchas cosas que hacer aquella mañana, ocuparse de los preparativos de su marcha. Pero además estaba la cita.

Bergerac debió adivinar que deseaba quedarse a solas y se levantó diciendo que había llegado la hora de marcharse. Chimara le acompañó hasta la puerta y le repitió que le gustaría tenerle como vecino, aunque tardarían algún tiempo en volver. Calculó que estaría de servicio en la flota corvusiana dos o tres meses.

El hombre la sorprendió cuando le cogió las manos y se las besó. Al notar la sorpresa en Chimara, dijo:

—Es una vieja costumbre que adquirí en un mundo muy lejano. Esta es la forma como demuestran los caballeros su admiración por las damas, sobre todo si son tan hermosas como usted. Gracias, Chimara. Ha sido un placer para mí. Le deseo suerte en su encuentro con las estrellas.

—¿Mi encuentro con las estrellas?

—Va a ser su primera salida al espacio, ¿no? Es lo que me aseguró el encargado del edificio.

—Tiene razón —respondió ella, preguntándose cómo había podido enterarse el portero.

Bergerac inclinó la cabeza y se alejó por el pasillo. No entró en el apartamento que pensaba alquilar. Chimara le siguió con la mirada hasta que le vio doblar la esquina en dirección a los ascensores. Cerró la puerta y se quedó pensativa.

Poco después bajó al vestíbulo y buscó al portero. Lo encontró en su cabina, contemplando las noticias con las imágenes enviadas desde el espacio. Las naves de Corvus permanecían en órbita alrededor del planeta, ultimando los preparativos para la marcha.

—¿Lo alquiló? —le preguntó Chimara.

El portero, un tipo rechoncho y con las manos todavía encallecidas, un recuerdo de sus tiempos de campesino, miró sorprendido a la muchacha.

—¿A qué se refiere?

—Al hombre que usted dejó entrar en el apartamento que está junto al mío.

El portero se encogió de hombros, y tras soltar un gruñido dijo:

—Nadie ha visitado ese apartamento desde hace una semana.

Chimara se quedó con la boca abierta. No insistió y salió a la calle. Intentó recordar cada palabra del mensaje que había destruido antes de abandonar su apartamento. Ahmel la había citado al mediodía. No le quedaba demasiado tiempo si quería ser puntual. Pero antes debía hacer unas compras.

Estuvo muy ocupada pensando mientras se dejaba conducir por la cinta transportadora al interior de los almacenes. Ahmel no había sido el único hombre en su vida, pero sí el que más huella había dejado, el único que la había hecho feliz todas las noches que pasaron juntos. En Ahmel encontró lo que había estado buscando en un hombre desde que salió de la academia con el título de Coordinadora bajo el brazo.

Ahmel irrumpió en su vida de una manera imprevista. A los pocos días de conocerle se quedó sorprendida cuando él le confesó que era algo más que un simple funcionario del gobierno. Aquel día se enteró que Ahmel era un miembro de la Logia.

Otro día Ahmel la confundió aún más, al proponerle ingresar en la organización. Ella se lo pensó, pero no tardó en aceptar. La decisión la tomó después de considerar los pros y los contras, llegando a la conclusión de que por fin había encontrado un significado para su vida, algo por lo que luchar.

Ahmel la llevó una noche a una casa de las afueras y la presentó a varias personas. Chimara comprendió que estaba ante los responsables en Corvus de la sociedad conocida como la Logia. Tras un largo y cordial interrogatorio, fue aceptada por el grupo, siendo incorporada a la célula que

dirigía Ahmel.

A veces recordaba que cuando era una adolescente escuchaba a sus padres hablar en voz baja de los almanzarianos, y durante algún tiempo soñó con pertenecer a aquel grupo de idealistas que luchaban contra el Imperio desde los tiempos anteriores a su fundación. A pesar del padrinazgo de Ahmel, tuvo que esperar algunas semanas para jurar fidelidad a los principios del legendario César Almanzar.

Uno de los peores días de su vida fue cuando descubrió que Ahmel había empezado a distanciarse de ella. No tardaron en dejar de ser amantes y convertirse en camaradas. Ella acabó aceptando su decisión, pero no renunció a colaborar con la Logia. En el fondo había dejado de amar a aquel hombre.

El mensaje de Ahmel había despertado su curiosidad.

Terminó de hacer las compras y regresó a su apartamento, dejó los paquetes y subió a la azotea destinada a los vehículos. Se acomodó en su deslizador y miró la hora. Tenía el tiempo justo para llegar al lugar donde debía encontrarse con Ahmel. Era el jefe de su cédula quien quería verla, no su amante.

Con rabia puso en marcha el vehículo y lo elevó con violencia hasta los niveles establecidos para altas velocidades.

«...El afianzamiento del régimen imperial en la Tierra fue largo y sangriento, se encontró con más resistencia de la prevista. Entre los numerosos enemigos del Imperio no tardó en destacar un grupo denominado la Logia. Sus miembros sufrieron una implacable persecución. Las autoridades imperiales los consideraron exterminados varias veces, pero siempre resurgían. Sin embargo, después de un siglo de inactividad, los supervivientes planearon extenderse por otros mundos. Corvus, uno de los últimos planetas en ser incorporado al Imperio, fue elegido por los nuevos almanzarianos...»

### CAPITULO III - LA LOGIA

Ahmel bajó de la loma desde la que había estado observando el paisaje y caminó ágilmente por entre la alta y húmeda hierba. La suave brisa del mediodía había refrescado su rostro curtido por muchos soles.

Anduvo hasta el árbol bajo el que le esperaba la mujer. Detrás de ella estaba el pequeño vehículo que acababa de abandonar.

Chimara ladeó la cabeza y miró al hombre. El viento agitó sus cabellos, y Ahmel sonrió al recordar los viejos tiempos. Ella lo miró con cierta hostilidad.

—¿Por qué aquí, tan lejos de la ciudad? —preguntó.

—Es un lugar seguro —replicó Ahmel.

—Siento haberme retrasado.

—No tiene importancia.

—Al elegir este valle me obligas a pensar que desconfías de mí. ¿O son nuestros jefes los que dudan de mi lealtad?

—Pondría mi vida en tus manos. Olvídate de esos ancianos, Chimara. Quien ahora da las órdenes en Corvus soy yo.

—¿Cuánto tiempo hace que juré fidelidad a la Logia, Ahmel? Bastante, creo recordar, y sin embargo aún no me habéis confiado una misión.

—¿Para qué crees que te he llamado? Ha llegado el momento de actuar. Chimara. Los momentos que vivimos son difíciles.

—¿Acaso han sido fáciles alguna vez?

—Han empeorado. El Emzarkhan vive lleno de temores. Es consciente de que ha heredado un imperio demasiado extenso y siente cómo su control se le escapa de las manos. Dicen que por las noches no duerme porque tiene miedo de perder todo lo que ha conseguido.

—Ningún imperio es eterno.

—Es cierto, pero lo que debería preocuparnos es la amenaza que se cierne.

—¿Sobre Corvus?

—Tenemos más enemigos de los que crees. Este mundo no fue castigado tan duramente como otros cuando fue integrado en el Imperio, quizá porque supo tragarse su orgullo a tiempo. Todavía nos llaman cobardes porque nuestros antepasados no se enfrentaron con las armas al Imperio. Sólo nosotros sabemos que se doblegaron para sobrevivir, y esperar el día en que podamos exigir a la Armada Imperial que se aleje para siempre de nuestro entorno.

—Un entorno que nunca se ha visto con tantas máquinas de guerra como ahora.

—Sólo la Logia podría impedir que volvamos a ser el hazmerreír de la galaxia. Y para ello te necesitamos.

Chimara apartó de su rostro los cabellos que agitaba el viento.

—Dime qué debo hacer.

—Hace dos días llegó una nave procedente de la Tierra, con un personaje a bordo que fue recibido en el Tasla por el Grandal Dusek. Se quedó en el acorazado insignia. Hemos averiguado que se trata de un Portador de los Gremios, al que le ha sido confiada una misión con la anuencia del Emzarkhan.

—Parece que tu posición en el gobierno local te permite estar bien informado.

—Lo cual representa un alto riesgo para mí.

—Podrían descubrirte, y si esto sucediera peligraríamos todos...

—Oh, no. Con nuestro sistema de células la organización sólo sufriría un duro golpe, pero no podría ser desmantelada. Chimara, en nombre de la Logia tengo que pedirte algo que pondrá tu vida en peligro. No quiero engañarte.

—Te escucho.

—Ha sido una suerte para la causa que te hayan nombrado Coordinadora de la Flota de Corvus que va a ponerse bajo el mando del Grandal, que acaba de recibir poderes extraordinarios de la Tierra. Debemos averiguar qué está maquinando. Ese personaje podría desencadenar una guerra de consecuencias impredecibles. Su ambición puede perderlo. Está impaciente por convertirse en Bradeim.

—He oído rumores acerca de sus ambiciones. Si se sale con la suya, gozaría de inmunidad plena y gozaría de poder suficiente para no tener que dar cuenta de sus actos a la Corte, aunque exterminara toda una colonia, por error o a propósito.

—Y el Grandal odia a Corvus. Pero nuestro interés no se centra únicamente en sus ambiciones, sino en el motivo por el que las naves de combate de Corvus son obligadas a ponerse a sus órdenes. ¿Qué está pasando para que se concentre semejante fuerza de combate estelar?

—¿Son las respuestas a estas preguntas las que esperáis conocer por mí?

—Exactamente. Como Coordinadora corvusiana, serás destinada al Tasla.

Ella sonrió con tristeza.

—Lo siento, Ahmel. Un tal Shindulk será el Coordinador adjunto del Grandal. Es más antiguo que yo. ¿Habías olvidado que carezco de experiencia?

Ahmel cogió las manos de Chimara y las acarició. Ella recordó que Bergerac se las besó.

—Cuando llegue el momento sabrás lo que debes hacer para no defraudar la confianza que hemos depositado en ti. No tengo más que decirte, Chimara. Que los dioses te protejan y te ayuden. Estamos convencidos de que sabrás actuar según las circunstancias.

El hombre hizo un gesto con la mano y un vehículo descendió del cielo. Era plano, con una cabina esférica y tenía una vela de oro. Planeó como un gran pájaro, sin hacer ruido. Ahmel empezó a retroceder mirando a Chimara, sonriéndole. Cuando llegó junto al aparato, la saludó con una inclinación de cabeza. Luego subió y emprendió el vuelo.

Chimara siguió el vehículo con la mirada hasta que perdió de vista el último destello dorado de la vela. Caminó hacia su deslizador.

Sentada a los mandos, intentó recordar cada palabra de Ahmel. Un instante después activó el dispositivo automático. No tenía ganas de pilotar.

Ya era de noche cuando avistó la ciudad en el horizonte. Sus intensas luces podían servirles de guía. Miró al cielo y se fijó en un grupo de estrellas. Era la Flota Dusek y las naves de Corvus.

Su mundo se había doblegado una vez a los caprichos de la Tierra y había puesto a disposición del Grandal la flor y nata de sus limitados recursos militares, las mismas naves de combate que les fueron entregadas hacía menos de una década. No fue un regalo, sino un arriendo por el que Corvus tendría que pagar un alto precio. El Imperio se las podía reclamar cuando le viniese en gana. Ahora lo hacía.

La Tierra cedía a través de los Gremios las naves de combate o de transporte que necesitaba Corvus, con la seguridad de que no podrían reproducirlas. El secreto del Impulsor Kerlthe quedaba siempre a salvo con la Cobertura, el escudo inviolable que sólo podía ser eliminado mediante el Sello.

Cuando el vehículo conducido por el computador sobrevoló los bosques que rodeaban a la ciudad, Chimara se permitió una sonrisa. La dócil y sumisa Corvus tenía sus propios secretos. Y también su fuerza. Mientras en la Tierra se creía que las colonias estaban libres de la influencia de la Logia, los almanzarianos tiraban de los hilos que las gobernaban. Los herederos ideológicos de César Almanzar habían estado ocupando durante años muchos puestos de importancia, una maniobra que el servicio de inteligencia imperial aún no había descubierto.

Alzó la cabeza buscando el cúmulo de las falsas estrellas que formaban las flotas de guerra. No lo encontró, ahora no era fácil distinguirlo porque las luces de la ciudad enturbiaban la atmósfera.

El problema para ella era Shindulk. No le conocía personalmente, no sabía cómo era ni cuál era su pensamiento político; pero había comprendido a Ahmel: el Coordinador era su enemigo y debía ser eliminado. Sabía lo que tenía que hacer. Su mano no temblaría cuando llegara el momento.



Antes de ocuparse de otros problemas, volvió a acordarse del extranjero llamado Bergerac. Hasta aquel momento no comprendió que él acabó conociendo muchas cosas de su vida, y ella en cambio no averiguó nada de su pasado.

Se encogió de hombros, convencida de que volvería a verlo.

«...Cada nave diseñada por los kerlhes, dotada con el inviolable Impulsor que le permitía navegar años luz en escaso tiempo, estaba programada sólo para el viaje de ida. Ninguna pudo ser puesta de nuevo en el espacio, quedando todas varadas en sus mundos de destino. Más tarde algunas colonias construyeron navíos sublumínicos y exploraron sus sistemas planetarios y otros próximos...»

## CAPITULO IV - NOTICIAS DE LARTIA

Se despertó con el deseo de seguir durmiendo aquella mañana hasta bien tarde. El día anterior había sido agotador incluso para un hombre de su vitalidad. Había asistido a la clausura de la Fiesta, a la que como Jerarca de Dhrule estaba obligado a presidir. En realidad, Uwyer aborrecía aquellas manifestaciones populares, le resultaban insoportables y aburridas.

Después de las jornadas de descanso y relajamiento moral, la actividad laboral y financiera sería emprendida con renovado ímpetu, pensó con sarcasmo. Se sentó en la cama y encogió las piernas, flexionándolas a la vez que analizaba las últimas noticias recibidas de Lartia, nada tranquilizadoras por cierto.

Emitió un suspiro y se tumbó de espaldas, preguntándose si merecía la pena continuar luchando. Podía retirarse cuando quisiera, pero acabaría echando de menos el trabajo diario y no tardaría en arrepentirse por haber abandonado la política.

Cerró los ojos cuando el comunicador inundó la habitación con suaves sonos metálicos.

Saltó del lecho y de unas zancadas llegó hasta la mesa donde estaba el comunicador, ahogando un bostezo, y confiando que para variar le llevara buenas noticias; pero lo dudaba porque sólo tres personas tenían acceso a su línea privada, y dos de ellas sabían que no quería que se le molestara el día después de la Fiesta. Se preguntó quién se había propuesto estropearle la mañana.

Al pasar ante el altar donde la pequeña esfera refulgía en azul, Uwyer le dirigió una mueca de desprecio. Si no fuera porque murmurarían al no verla en su dormitorio, la habría arrojado hacía tiempo por la ventana. Siempre la tenía desconectada, para no escuchar cada doce horas los cantos sagrados y las consignas del día.

Sacó un asiento de debajo del mueble donde estaba el comunicador y pulsó el botón para recibir la imagen.

En el óvalo de la pantalla apareció el rostro de un hombre. Al verlo, Uwyer frunció el ceño a la vez que apretaba los labios para no lanzar una exclamación de sorpresa. Se había equivocado al imaginar quién de las tres personas que conocían su código secreto sería el comunicante. Sólo al apreciar en el rostro del comunicando un breve parpadeo, recordó que no había pulsado el botón para enviar su propia imagen.

—Te deseo que la Esfera te ilumine, Jerarca Uwyer —dijo el hombre de la pantalla, tan pronto como la comunicación quedó establecida en ambas direcciones.

—Lo mismo quiero para ti, Korlius —respondió el Jerarca, adoptando una actitud más acorde con las circunstancias—. ¿Dónde estás? —inquirió al notar que la respuesta se demoraba.

—A tres minutos y un tercio de luz —dijo Korlius tras un silencio de veinte segundos. Los transmisores más sofisticados escasamente podían disminuir la distancia a una décima parte.

Uwyer soltó un gruñido.

—Debe ser muy importante lo que tienes que decirme para haber viajado desde Lartia hasta la mitad de la ruta hasta Dhrule.

—No podía permitir que un subalterno se ocupara de informarte. Partí de Lartia hace diez horas, y regresaré de inmediato si no ordenas lo contrario.

—¿Qué ocurre?

—Al gobierno de Lartia han llegado noticias confusas y preocupantes. Como miembro de su Consejo me vi obligado a hacer un esfuerzo para oírlas sin pestañear y poner la misma expresión de incredulidad de los demás consejeros.

—Por favor, ve al grano. Ya sabes lo ocupado que estoy.

—Cerca de Corvus se están reuniendo decenas de unidades de combate alrededor del acorazado Tasla, bajo el mando del Grandal Dusek. ¿Habías oído hablar de él?

—Claro que sí. Creía que estaba al otro lado de la galaxia, ocupado en masacrar algún mundo rebelde.

—Hemos cometido un error al descuidar la vigilancia del sector corvusiano. Por su proximidad a Lartia está calificado como prioritario, como bien sabes.

—¿Qué más has averiguado?

—El resto tal vez no tenga tanta importancia, pero júzgalo tú mismo. Un funcionario de escasa categoría del gobierno lartiano recibió ciertos informes de origen misterioso. El Consejo no los tomó en consideración, quizá porque el confidente no era de fiar, además de ser bastante estrafalario.

—¿Estrafalario?

—Eso he dicho porque así fue como lo calificaron. El consejero dijo que el hombre afirmaba venir de una región deshabitada de Lartia en la que descendió a bordo de una vieja nave. Como sabes, algunos lartianos están tan locos que todavía usan las anticuadas naves interplanetarias, reparadas mil veces, unas reliquias de los tiempos anteriores a nuestra intervención en ese planeta.

—¿Alguien vio esa nave?

—El consejero dice que no. Su confidente desapareció después de recibir una buena suma de dinero por la información.

—Creo que por una vez comparto la opinión del Consejo: no se puede dar crédito al confidente.

—El consejero presentó como prueba unos vídeos rudimentarios pero auténticos. Las imágenes de la concentración de naves corvusianas y del Imperio no pueden ser refutadas. Lo único que podría ser cuestionado es la noticia verbal de ese tipo tan extraño, que dijo haber captado una comunicación entre el Grandal Dusek y las autoridades de Corvus.

—¿De qué hablaron?

—Acerca de un largo viaje a una región próxima a Lartia.

Uwyer se aferró a los brazos del sillón. Hizo un esfuerzo para no mostrar a Korlius su turbación. Como máxima autoridad en Dhrule sobre asuntos lartianos, no podía permitirse ciertas debilidades, y mucho menos en presencia de su agente secreto más importante en Lartia, el mundo elegido como cebo para el día en que Tierra descubriese la ruta que podía conducirle hasta los mundos dhrulenianos.

—Me gustaría creer que ese informador es un mentiroso o un loco —dijo—. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí, Jerarca —asintió Korlius. Vestía las ostentosas ropas de la clase privilegiada de Lartia, abundantes adornos y muchos bordados de oro, un metal muy apreciado en aquel planeta—. Lo más probable es que haya mentido, pues para viajar hasta cerca de Corvus es imprescindible el uso de un navío con Impulsor Kerlthe, un hecho que queda descartado.

—¿Por qué los consejeros no han llegado a la misma conclusión?

—Tal vez porque para ellos es un detalle sin importancia. Los dejé discutiendo si debían olvidarse del asunto o alertar a sus cruceros.

—Habrá que ayudarles a tomar una decisión, como siempre. Necesitamos que estén prevenidos. No podemos bajar la guardia, Korlius.

Uwyer perdía la paciencia cuando mantenía una conversación en la que debía esperar varios segundos entre la pregunta y la respuesta.

—Si fuera cierto lo que me has contado... —agitó la cabeza para quitarse aquella idea que tanto le perturbaba—. Me resisto a creer que ocurra tan pronto lo que siempre hemos temido. Según las previsiones menos optimistas, deben transcurrir muchos años antes de que empecemos a correr el riesgo de ser descubiertos, y tendría que ser por casualidad, no como resultado de una investigación. Ni está previsto que Lartia sea localizada antes de un siglo. Por la Esfera de Darsil, ese mundo no está preparado para representar el papel que le ha sido asignado.

—Lo sé—Korlius torció el gesto—. Descubrimos a Lartia demasiado tarde, y nos costó mucho sacar a sus habitantes de la ignorancia en que vivían, sin que sospecharan que eran manipulados.

—Lartia debe continuar asumiendo la misión que le hemos impuesto —dijo Uwyer, más para convencerse a sí mismo que a Korlius—. Si la Esfera y el Darsil han querido que haya llegado el

momento de enfrentarnos a nuestro destino, confiemos que los imperiales, si es cierto que van a dirigirse a Lartia, tarden en descubrir que ese planeta no es el que están buscando. Necesitamos más tiempo para que Dhrule alcance las metas que el Darsil nos impuso durante su Segunda Venida.

Uwyer se sentía incómodo hablando como un creyente, pero delante de Korlius tenía que hacerlo.

—¿Cuáles son tus órdenes? —preguntó el rostro desde el óvalo.

—Dame un respiro, por favor. Espera donde te encuentras ahora. Voy a convocar a la Jerarquía. La decisión que tomemos te la comunicaré cuanto antes.

—Si no deseas nada más de mí...

—Un momento. ¿Sabes cómo se llama el hombre que entregó los informes al consejero?

El agente cogió un documento y respondió:

—Jules Verne. Un nombre muy extraño, ¿no?

—Gracias —contestó Uwyer al cabo de unos segundos—. Que el profeta Darsil te ilumine, Korlius.

—Lo mismo te deseo, Jerarca.

Tras apagarse la pantalla, Uwyer tardó unos segundos en incorporarse. Al volverse su mirada se detuvo en el globo azul. Lo miró con rabia al recordar el deseo de Korlius de que recibiera la iluminación de aquel trasto tan inútil como poco decorativo.

Se acercó a la única pared desnuda de adornos. En las otras había escenas en bajorrelieves de la primitiva historia de Dhrule y Decero, con las gestas del Darsil. Se detuvo delante del panel en que el profeta surgía de la Esfera Original llevando su diestra alzada para mostrar el centelleante Sello al pueblo de Dhrule postrado ante él. Aquella había sido su Segunda Venida, y por el momento la última.

Uwyer pasó la mano por un disco de control y la pared sin bajorrelieves se transformó en un enorme ventanal. La elevada altura del palacio, aumentada al estar construido en el monte donde se alzó la temida Taishalant, el cubil del falso dios Logaron, le permitía disfrutar de una amplia vista de la ciudad que se extendía por la llanura hasta perderse en el horizonte.

La gran urbe estaba recobrando su actividad acostumbrada, aunque todavía su población se hallaba agotada por el frenesí de la Fiesta. Ahora cada ciudadano debía volver a su trabajo, después de haber renegado de los enemigos de la Esfera. Los ojos de Uwyer recorrieron las cúspides doradas de los edificios y se detuvieron en el obelisco coronado por el gigantesco globo azul.

La hora del rezo estaba próxima, y los sonos litúrgicos no tardarían en recordar a los habitantes de la ciudad que debían elevar sus preces y honrar la gesta del Darsil en su Primera Venida. A medianoche, un pequeño timbal anunciaría el fin del día y la Segunda Venida tendría su homenaje, sería la hora de alabar al profeta en su regreso a Dhrule para entregar a los hombres los secretos escondidos en las viejas naves que permanecían en Decero, en el mismo valle donde descendieron para nunca más volver a las estrellas.

Según la leyenda, los humanos que recibieron la misión de poblar los mundos Dhrule partieron de la Tierra, el mismo planeta del que nacerían los enemigos del pueblo elegido por la Esfera, que serían pervertidos durante siglos por el demonio Logaroh.

La residencia de Uwyer estaba insonorizada y no le llegarían los cánticos que pronto se extenderían por toda la ciudad. Antes de que el gran globo azul sobre el obelisco irradiara su falso esplendor, se retiró del ventanal. No le gustaba contemplar el estúpido brillo que surgiría en breves minutos de la mítica Esfera, la menguante y creciente morada del Darsil. De un manotazo propinado en el mando, recuperó la pared.

Mientras se dirigía al dormitorio se decía que a pesar de todas sus imperfecciones, el plan había demostrado su eficacia con largueza. Después de la Segunda Venida, el largo período de paz que disfrutaron les había permitido hacer realidad gran parte de las previsiones.

Sin embargo, cuando abrió el armario para elegir la ropa que llevaría aquel día, una sombra de preocupación cubrió su rostro. Las noticias de Korlius no podían ser más preocupantes. Dhrule y Decero eran fuertes, pero no lo bastante como para esperar confiados la aparición de la Armada Imperial. Necesitaban más tiempo, todo el que los estudios habían señalado como mínimo para

alcanzar el poder bélico que los haría invulnerables, y también para que la demografía en los dos mundos les permitiera adiestrar un ejército numeroso. La escasez de población seguía siendo una asignatura pendiente.

Bajo la templada lluvia de la ducha, Uwyer se dedicó a reflexionar. La Tierra llevaba siglos tratando de localizar a Dhrule. Todos los Emzarkhanes habían vivido obsesionados por encontrar al mítico planeta. Para ellos era un solo mundo, ignoraban que fueran dos. Se burlaba de los terrestres, se reía de sus fracasos cuando exploraban la galaxia intentando hallar al mundo perdido. Pero él, como todos los habitantes de Dhrule y Decero, sabía que tarde o temprano serían descubiertos.

Terminó de ducharse y salió de la cabina después de que el aire caliente secara su cuerpo, lamentando no haber podido convencer a los demás jerarcas para que Lartia recibiera más ayuda, sobre todo militar. No estuvieron de acuerdo con él cuando les propuso aumentar el número de naves de combate, alegando por unanimidad que sería un salto demasiado brusco en la evolución tecnológica y podría sumir al planeta en el caos y despertar recelos entre sus dirigentes. Los cambios introducidos en sus costumbres debían ser calculados, revisados una y otra vez para que no acabasen sospechando que estaban siendo manipulados por un mundo cuya existencia desconocían.

A los jerarcas no les preocupaba que Lartia poseyera naves con Impulsores Kerlhes mientras los nativos pensaran que habían sido construidas en su mundo, en unos astilleros secretos. Una complicada trama impedía que incluso los miembros del gobierno conocieran la verdad. Los acorazados eran desmontados en Decero y trasladados a Lartia, donde volvían a ensamblarse, como si sus componentes procediesen de factorías de las que nadie sabía nada. A la Jerarquía sólo le inquietaba que, al no disponer de un Sello para proteger con la Cobertura el Impulsor instalado en las naves entregadas a los lárданos, se corriese el riesgo de que éste fuera descubierto y reproducido. Para impedirlo, o que cayera en poder de los imperiales, cada Impulsor estaba provisto de un dispositivo de destrucción a distancia. Los navegantes de Lartia desconocían que viajaban en unas naves que Dhrule podía convertir en trampas mortales.

Uwyer eligió un traje discreto. Al darse cuenta de que aún no había puesto en la casaca el símbolo de su cargo, volvió a preguntarse cómo obtuvieron los terrestres el Sello y el secreto del Impulsor al mismo tiempo, en la época en que la situación en la Tierra presagiaba que el viejo planeta iba a ser destruido en el curso de una confrontación a escala mundial.

De un cajón de una mesita sacó un anillo, que colocó en el índice derecho. Sólo era un hermoso aro de oro, pensó con tristeza, una simple copia convertida en un emblema. La piedra preciosa, una esmeralda tallada en forma de media esfera, brilló un instante, y Uwyer se preguntó cómo sería su contacto en la piel si fuera el auténtico. ¿Qué sentían los Portadores cuando la mostraban o la escondían?

Por una extraña asociación de ideas, el color verde de la piedra le recordó el nombre del informador del consejero lartiano: Mes Verne. Le resultaba familiar, creía haberlo oído en algún lugar. ¿O lo había leído en un libro?

Llamó a su secretario, y mientras le pedía que convocara a todos los Jerarcas para dentro de una hora, no dejó de repetir mentalmente el nombre de Jules Verne. Cuando dio por terminada la comunicación, conectó con el Registro Histórico y pidió línea con el departamento donde confiaba encontrar las respuestas a sus preguntas. En la bóveda subterránea se almacenaban los tesoros que había estudiado más de una vez, cuando era un joven estudiante de derecho y todavía no había decidido cuál sería su futuro una vez terminada la carrera. Por aquellos años se sentía vivamente interesado por el pasado de su pueblo.

—¿Señor? —preguntó servicialmente el archivero cuando le reconoció.

Uwyer no hizo caso a la turbación del joven y le pidió:

—Necesito todos los datos disponibles acerca de Jules Verne.

—¿Jules Verne? ¿Podría ampliarme el campo de búsqueda?

—Es el nombre de una persona —Uwyer estaba un poco tenso y estuvo a punto de añadir que podía ser un oriundo de Lartia, lo que sin duda causaría asombro en el archivero—. Utilice el prefijo de mi cargo para saltarse las prohibiciones que encuentre. Es urgente.

El joven se apartó del campo visual y tardó unos minutos en volver a aparecer, sonrió al

Jerarca y dijo con satisfacción:

—Jules Verne fue un poeta terrestre, y también un cronista de hechos míticos. Nació en una región llamada Francia, en una ciudad de nombre Nantes en 1828 según el cómputo terrestre de la época. Murió en un distrito de la misma zona, en Amiens, en el año 1905. Sólo disponemos de una copia de su producción literaria, en la que se incluye una brevísima nota biográfica suya. Se le suponen otras obras, pero no hay certeza de ello. Está considerado como un autor poco prolífico.

—¿Sólo un libro? ¿Es todo lo que ha encontrado?

—Sí, Jerarca. Actualmente se conserva en una cámara especial debido a su precario estado, pero tenemos copias en vídeo y en otros soportes. La biblioteca que transportó la nave desde la Tierra era muy escasa, contenía pocos títulos de ficción. Entre los pocos ejemplares que se rescataron apenas quedaba la décima parte de los que fueron embarcados. Toda la demás información técnica estaba microfilmada, un sistema muy común entonces. En su mayoría...

—Es bastante. Dígame el título de esa obra.

—El Faro Del Fin Del Mundo.

—Envíeme una copia.

Apenas desapareció la imagen del archivero, la del secretario ocupó su lugar y comunicó al Jerarca que los miembros de la Jerarquía estarían reunidos dentro de diez minutos en el salón de actos.

Ya había pasado el momento de la oración y Uwyer esperó unos minutos para dirigirse a la sala de reuniones situada tres plantas más abajo. Utilizó su ascensor privado. Durante los segundos que duró el trayecto, llegó a la conclusión de que el individuo que había dicho llamarse Verne podía ser peligroso. Le costaba admitir que aquel tipo, valiéndose de unos medios rudimentarios, hubiera detectado la presencia de acorazados imperiales cerca de Corvus.

El consejero lartiano debió investigar más a fondo antes de pasar el informe a sus colegas del Consejo. ¿Cómo había podido ser tan estúpido para pasarle por alto tantas incongruencias?

Le vino a la memoria que cuando los terrestres llegaron al planeta Hermant, uno de los últimos de la Conquista, lo encontraron vacío y pensaron que la nave destinada a él se había perdido durante la travesía, siendo la única de todas las que despegaron de la Tierra que no pudo llegar a su destino. Sin embargo, para un puñado de dhrulenianos la explicación era que sufrió una avería que obligó al pasaje y a la tripulación a apartarse de la ruta fijada y añadir al viaje más años luz de los previstos, para acabar descendiendo en un mundo al que llamaron Lartia. Los supervivientes tardaron muchos años en colonizar aquel territorio tan hostil. A costa de mucho esfuerzo lograron prosperar y superar el atraso tecnológico en que se encontraron. Pero necesitaron un siglo para viajar a los dos satélites de Lartia y más tarde a los planetas vecinos, lamentablemente todos inhabitables. Su lento progreso era interrumpido a menudo por guerras fratricidas. Estaban a punto de destruirse entre sí cuando Dhrule los descubrió.

Lartia enderezó su torpe andadura en un corto espacio de tiempo gracias a la intervención de Dhrule. Sin que sus habitantes lo descubriesen, fue convertida en dispositivo de alarma para sus protectores en la sombra. La Armada Imperial tenía que pasar forzosamente ante el planeta para avistar los mundos dhrulenianos.

Uwyer salió del ascensor y entró en el salón donde le esperaban. Alrededor de una larga mesa estaban sentados veinte hombres y mujeres. Todos se volvieron a mirarlo al verle entrar, saludándole con leves inclinaciones de cabeza. Uwyer respondió con un gesto y ocupó la presidencia.

—Jerarcas —dijo tras un breve carraspeo—, ciertos acontecimientos ocurridos en Lartia me han obligado a convocarles. Tras estudiarlos, he decidido trasladarme a ese planeta, ya que estoy convencido de que sólo allí podré obtener una visión más clara de los hechos. Nuestro agente en el gobierno lartiano ha viajado en su nave hasta los límites de nuestro sistema para ponerme al corriente de lo que está ocurriendo, y he pedido que espere mis órdenes. Viajaré en su nave a Lartia, y una vez allí, puesto que las comunicaciones con este Consejo serán dificultosas, necesito su autorización para tomar las decisiones que considere oportunas.

Sus palabras levantaron murmullos de asombro. Una mujer de largos cabellos, recogidos en la

nuca por un lazo púrpura, levantó una mano para hablar. En un dedo lucía una gema similar a la de Uwyer. Al ver que éste asentía, dijo con énfasis:

—Acabo de leer el informe de Korlius, Uwyer. ¿Por qué no pueden ocuparse del asunto el propio Korlius y los agentes que tenemos en Lartia? ¿Por qué tienes que viajar a ese mundo bárbaro? Te necesitamos aquí.

—Después de pedir a mi secretario que os informara, solicité ciertos datos al archivo de la Historia. El nombre de Jules Verne me hizo recordar algo. A mi entender, encierra una clave, quizá una advertencia. También podría tratarse de una burla, pero no lo creo. Demasiada coincidencia. El título de una novela de un autor terrestre del siglo XIX puede tener un significado. Me inclino a creer que se trata de un mensaje que no puede ser descifrado por alguien que haya nacido en Dhrule.

—Por favor, explícate —dijo la mujer, impaciente.

—Me temo que te estás dejando llevar por la fantasía —sonrió un hombre situado a su derecha.

—No soy dado a fantasear. ¿Cómo es posible que un habitante de Lartia tenga por nombre el del autor de uno de nuestros escasos libros? ¿Se hace llamar así porque sabe que despertará nuestra curiosidad y nos inducirá a hacernos preguntas?

Otro Jerarca dijo:

—En tal caso, si crees que la situación lo exige, propongo que movilizemos parte de la flota y la enviemos a las cercanías de Lartia, que permanezcan vigilantes el tiempo que dure la crisis. No confío en que los lárdanos, aunque sus naves son tan buenas como las nuestras, puedan conjurar el peligro. Lamentablemente aún no han aprendido a ser buenos navegantes.

Uwyer recordó las peticiones que había formulado a la Jerarquía para pertrechar a Lartia con más cruceros; pero consideró que no era el momento para hacer reproches a sus compañeros.

—Tendré en cuenta esta sugerencia, la consideraré una medida adicional —acabó diciendo.

—No nos precipitemos —añadió el mismo Jerarca—. El factor sorpresa debe ser reservado para el último momento, cuando consideremos que no haya otra solución que mostrar nuestro juego a los lárdanos... y a quienes nos amenacen. Os recuerdo que tenemos que ganar tiempo, todo el que podamos.

—A costa de Lartia —murmuró la mujer. Todos se volvieron a mirarla; sabían que siempre se había opuesto a la inmolación del planeta.

Uwyer no quería entrar en discusión con ella y dijo:

—Aunque Lartia sucumba y desaparezca bajo el Fuego del Emzarkhan, no estaremos a salvo; pero jugará el papel que le hemos adjudicado hasta el final.

Y mantuvo la mirada fija en la Jerarca.

«...En ninguno de los planetas elegidos por los kerlhes se encontró vida inteligente. Sin embargo, en algunas colonias se catalogaron especímenes capaces de competir con los humanos. Las comunidades de los Mundos Primarios, separados entre sí por insalvables distancias, se ignoraron mutuamente. Años antes de su anexión por el Imperio, Tusalia descubrió el sistema de Hagerdam, con dos mundos poblados por una raza muy desarrollada, evolucionada a partir de los ofidios. Los tusalianos, asustados ante su descubrimiento, no tardaron en comprender que nunca llegarían a dominarlos y optaron por la retirada. Cuando Tusalia cayó bajo el dominio del Imperio, tras una corta confrontación, sus dirigentes revelaron a los nuevos amos la existencia de Hagerdam. Una poderosa flota imperial se dirigió al sistema de los mundos de los hombres serpiente con el propósito de someterlos. Aunque los cruceros imperiales cogieron por sorpresa a estos humanoides, fue necesaria una cruenta guerra para que los dos mundos de Hagerdam acataran las leyes de la Tierra, donde la noticia de la conquista de una pintoresca raza fue acogida con alborozo. Con el tiempo, los guerreros hegerdamitas se convirtieron en la fuerza de choque favorita del Imperio...»

## CAPITULO V - LA CONFESIÓN DE LOULAKAIS

—Yo conquisté el último reducto rebelde para el Imperio.

Dytri Loulakais levantó la mirada de la copa de vino y miró al Grandal.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—¿Acaso ignoras que las naves del Emzarkhan encontraron en el mundo interior la mayor resistencia de todas las campañas de pacificación a las que se enfrentaron?

—Claro que conozco eso, pero no sé por qué hablas de tus glorias pasadas.

—Durante mucho tiempo los monstruos de Hagerdam, la peor especie descubierta en siete siglos, se levantaron en armas periódicamente. El mundo exterior hubiera seguido el mismo ejemplo si yo no lo hubiera impedido aplastando el último foco de resistencia. Aniquilé a millones de esos abominables seres. El castigo que les infligí no lo olvidarán jamás.

—Tengo entendido que fueron varias flotas imperiales y algunas aliadas las que intervinieron en esa campaña, por supuesto además de tus naves.

El rostro del Grandal se enrojeció.

—Los hechos fueron tergiversados para favorecer al protegido del Chambelán. Al Bradeim le dieron lo que a mí me fue negado: la gloria y el honor. Mis naves rompieron las defensas enemigas y abrieron la brecha por la que penetraron las flotas. ¡La victoria me pertenecía a mí, no a Yhiomir!

—Cálmate. ¿A qué viene esta clase de historia?

—¿Es que no lo entiendes?

—No.

—Nuestros informes no han sido recibidos en la Corte como merecían. ¿Sabes por qué? El Chambelán sigue intrigando contra mí, para contentar y proteger a su favorito.

—Creo que tu obsesión por tu rival nubla tu entendimiento.

—Puedo probarlo. ¿Acaso no hemos informado al Emzarkhan vía TK que tenemos las coordenadas de Dhrule? Y volvimos a explicarle que el maldito kerlhe de mi nave, aprovechando una pausa en las comunicaciones, emitió un mensaje a sus hermanos de raza, lamentándose de haber sido convertido en una máquina de mensajes, pidiéndoles ayuda, gritando con desesperación por haber sido mutilado, castrado y encerrado en un globo que lo alimenta y lo mantiene con vida en contra de su voluntad, condenado a una dilatada existencia a mi servicio.

—Ya sabes cómo funciona la Corte, Delbert —sonrió Dytri, confiando en calmarle—. Pero no te inquietes por la indisciplina del TK. No volverá a hacerlo.

—¿Estás seguro de que el castigo que le infligiste lo ha vuelto dócil?

—La verdad es que con un kerlhe nunca se puede estar seguro de su mansedumbre.

—Te advertí que cometeríamos una imprudencia enviando una información tan valiosa a través de él. ¿Qué nos habría importado si nuestras conclusiones no hubieran sido conocidas en la Tierra hasta dentro de tres meses? Debimos haber utilizado un medio de comunicación más lento, pero más seguro.

Loulakais le miró con desprecio.

—¿Acaso hubieras preferido perder el tiempo? Vamos, no debes preocuparte. El TK recibió el castigo que merecía. Yo mismo pude sentir el dolor que estuvo a punto de enloquecerlo. Un dolor infinitamente superior al que habría sentido si hubiese estado vivo, entero y fuera del líquido nutritivo. Ya no le queda ni la esperanza de quitarse la vida —ronqueó con satisfacción el Portador.

Delbert sacudió la cabeza. Estaba pasando por un momento de desconcierto, de inseguridad en sí mismo; todas las decisiones que había tomado con Dytri ahora le parecían equivocadas. Observó a su nuevo aliado, preguntándose si debía seguir confiando plenamente en él.

—Me preocupa que haya sido el Chambelán quien se ha dirigido a nosotros para exigirnos que le enviáramos las coordenadas de Dhrule. No le pareció suficiente muestra de lealtad por nuestra parte que le informáramos que las habíamos descubierto y las reservábamos como medida



de seguridad.

—Hace una hora volví a recibir otro mensaje, insistiendo en lo mismo, una copia del primero.

—¿Qué le contestaste?

—Nada. Sigue esperando la respuesta.

—Eso podría poner en peligro nuestros planes...

—Siempre podremos excusarnos, achacar nuestro silencio a problemas técnicos.

—Desvarías, creo que pasas demasiado tiempo en el Núcleo...

—No me gusta utilizar el TK desde el puente. No me fio de aquellos en los que he visto en sus miradas que no sienten simpatía hacia ti.

—¿Los requerimientos del Chambelán estaban refrendados por el Emzarkhan?

—No —Dytri sonrió—. ¿Crees que me habría atrevido a ignorar los últimos avisos si hubiesen llevado la firma de su Majestad?

—¿Qué sugieres que hagamos?

—Dadas las circunstancias, si Zusemei vuelve a insistir, alegarás que no le responderás si no lo exige el mismo Emzarkhan.

—Esto lo enfurecería.

—Lo sé.

—¿Y si obtuviera el apoyo imperial?

—Ya pensaríamos algo. Podría ocurrir que para entonces estuviéramos a la vista de Dhrule —suspiró Loulakais.

El Grandal se incorporó, rozó la mesa y la botella de vino estuvo a punto de caer al suelo. El Portador consiguió agarrarla.

—No pierdas la calma —sonrió Loulakais, volviendo a poner la botella en su lugar. La rapidez de sus reflejos había impedido que se derramase una sola gota.

—¿Cómo puedo estar tan tranquilo? Tenemos que aprovechar la autorización de que dispongo para ordenar la concentración de las flotas aliadas y utilizarla a mi antojo. ¿Sabes? Me sorprendió tanto cuando la recibí que no he dejado de preguntarme por qué Zusemei no lo impidió. ¿Qué pudo haber pasado? Sólo tengo una respuesta no: el Chambelán se asustó, debió pensar que yo podría hacer sombra a su favorito y se dedicó en cuerpo y alma en emplear sus influencias para arrebatarme el poco prestigio que me quedaba.

—No seas agorero; yo creo que el protector de tu rival se percató de que estaba atado de pies y manos.

—Estás equivocado. Está pasando algo extraño. Sólo se nos ha unido la flota de Corvus, la de esos despreciables cobardes, y si han obedecido mis órdenes es porque estoy cerca de su mundo y temen una represalia.

—Según parece, las naves desgalitas también se dirigen hacia aquí.

—No llegarán hasta dentro de dos días. Las otras flotas están poniendo excusas, alegando problemas de toda índole. No podemos esperarlas, y tendremos que partir con las que dispongamos dentro de cuarenta y ocho horas.

—Serán suficientes.

Delbert le había dado la espalda y se volvió bruscamente. Por un momento le pareció al Portador que el Grandal iba a insultarle, pero le vio hacer un esfuerzo para contenerse. Despacio, el Grandal se acercó a la mesa y llenó las copas vacías.

—Quizá tengas razón —dijo con los ojos entornados—. Dos centenares de naves bien pertrechadas y armadas pueden bastar para destruir una docena de mundos. ¿Qué fuerza podría oponernos Dhrule?

Dytri levantó su copa y la hizo chocar con la de Delbert.

—Así me gusta verte, Grandal. Seamos optimistas. Las prerrogativas que nos han sido concedidas no las pueden derogar sin que medie un complicado proceso. Deja al Chambelán que intrigue para que no recibamos más flotas, que conspire para que su protegido vuelva a cubrirse de innecesaria gloria. No olvidemos que nosotros tenemos el secreto más buscado del Imperio, y cuando hayamos vencido a Dhrule, será el Chambelán quien recibirá las burlas. Los honores serán

tuyos.

Bebieron despacio y en silencio. Delbert sintió que se le nublaba la vista; estaba tan eufórico que no le preocupó la sonrisa que vio aparecer en los labios del Portador.

—¿Quieres conocer los detalles del castigo que infligí al kerlhe? —preguntó Dytri.

Delbert se estremeció. No quiso estar presente cuando Loulakais interrogó al TK. Así lo llamaba él; no le gustaba llamarlo kerlhe; si hubiera sabido cuál había sido su nombre cuando era libre, tampoco lo habría llamado por él. El portador se encerró en el Núcleo y permaneció con el kerlhe un día completo. Cuando salió parecía más viejo, mostraba síntomas de agotamiento; pero sonreía satisfecho. Delbert leyó en su mirada que había obtenido lo que quería. Ya más tranquilo, el Portador le explicó que había conseguido la información necesaria para localizar a Dhrule. No estaba tan distante como habían pensado, añadió sonriente, apenas un poco más lejos del último planeta explorado, en lo más profundo del oscuro y vacío Borde Estelar.

Al día siguiente el Grandal reunió valor para visitar al TK. Le encontró más carente de vida en la mirada, más arrugada su piel azul, mayor el deseo de morir; todo esto pudo verlo reflejado en su rostro aún crispado por el dolor. Se alarmó ante su lamentable estado hasta que el Portador, sonriendo, le juró que no corría peligro y los nutrientes del globo no tardarían en devolverle el vigor perdido durante el interrogatorio.

—Ahórrame los detalles desagradables, límitate a contarme todo lo que le arrancaste de su mente —dijo Delbert, rehuyendo el encuentro con la mirada burlona de Dytri.

El Portador se encogió de hombros y bebió otra copa. No parecía afectarle el vino aderezado con drogas, un preparado prohibido en Corvus, pero que ingería en grandes dosis al día.

—He enviado un mensaje, amigo mío —sonrió al Grandal.

—¿Otro más, y sin mi permiso?

—No podía perder el tiempo. Pero no te preocupes, que en esta ocasión estaba destinado a mis superiores. Estoy esperando la respuesta.

—¿Tan importante es lo que tenías que decirles?

—Necesito saber cuándo y dónde fue capturado el kerlhe.

—Eso lo sabe todo el mundo.

—Delbert, creo que nuestro kerlhe es especial. Por lo que he sacado de sus torpes relatos, obtenidos mediante el dolor más grande que puedas imaginar, hace mucho, muchísimo tiempo, fue castigado por los suyos; debió cometer una grave falta. Fue desterrado y estuvo vagando por el espacio a bordo de una pequeña nave hasta que perdió el control, quedó al paio y fue encontrado por una patrulla imperial.

—Los kerlhes que visitaron la Tierra en el siglo XXI, además de sus naves con Impulsor K, utilizaron ciertos vehículos muy especiales... —susurró el Grandal.

Loulakais retrocedió un paso y miró asombrado a Delbert.

—¿Qué sabes al respecto?

—¿Creías que sólo los miembros de los Gremios tenéis acceso a las crónicas ocultas, y sois los únicos capaces de interpretarlas? Yo las estudié, Dytri. Sabes que me refiero a cierto vehículo, a algo tan fabuloso que las mejores naves son pura chatarra a su lado. Te estoy hablando de la Esfera, Portador.

Loulakais había empezado a sudar.

—Es imposible que se hayan producido filtraciones...

—¿Tan bien guardados creíais tener vuestros secretos? —Delbert se echó a reír. Se sentía feliz por haber perturbado a su aliado—. No siempre ha sido así. Cuando los Gremios os llamabais Comité Económico Mundial, algunos de sus líderes se vendieron a los gobiernos de las naciones más poderosas que había entonces. Mucho más tarde los Emzarkhanes permitieron que los Gremios conservasen el monopolio del conocimiento y guardasen los secretos de los Kerlhes. Por último, se os consintió que fuerais los protectores de los Sellos. Sin embargo, los kerlhes poseían otros prodigios, y el mayor de todos, el más poderoso, no cayó en las manos de vuestros antecesores.

—¿Te refieres a algo aparte de la Esfera? —preguntó el Portador, tratando de tranquilizarse.

—¿A qué iba a referirme aparte de la comunicación instantánea? La imposibilidad de

transmitir información y órdenes al instante fue el gran handicap al que se enfrentó la expansión, el mayor obstáculo de la Conquista, lo que está retrasando el dominio del Imperio en la galaxia. Vamos, no finjas que ignoras que también buscáis el más grande de los secretos: la inmortalidad.

Dytri sonrió.

—Sabes que eso es una leyenda, un mito. No es posible la inmortalidad. Se puede alargar la vida, pero no evitar la muerte.

—Hablo de una forma de inmortalidad muy especial. Lamento no poder ser más explícito. Las filtraciones procedentes de la bóveda donde se almacenan los datos primigenios me impidieron conocer los detalles. Por desgracia se ha perdido mucha información, y la culpa es de los Gremios, ya que a causa de vuestras intrigas la destruisteis sin llegar a descubrir todo cuanto contenía. Ahora, mi querido Dytri, ya podemos discutir sobre el mítico e invencible vehículo estelar.

—Se habló durante mucho tiempo de sus fantásticas propiedades, pero su existencia no pudo ser probada—rezongó el Portador—, como tampoco se demostró que cierto individuo gozara de una curiosa forma de inmortalidad, basada en la muerte y la resurrección, alguien íntimamente ligado con la esfera en cuestión. Por los dioses, si la leyenda fuera cierta, deberíamos considerar seriamente la posibilidad de que esa persona aún viva. ¿Por qué no? ¿Qué son siete siglos en la escala de la eternidad?

—Creo que todo lo que ocurrió fue un cúmulo de acontecimientos vulgares que quedaron tergiversados con el paso del tiempo y acabaron convertidos en leyenda.

Loulakais soltó una carcajada.

—En el fondo, Delmer, quieres creer en el mito; de hecho estás convencido de que no es una leyenda, y existió la fabulosa nave conocida como la Esfera en cuyo interior se albergaba el Módulo y el Hogar. Y sabemos a quién perteneció.

—Al hombre que alcanzó la inmortalidad.

—Eso es. Todo forma parte de lo que es considerado un mito. Pero para nosotros es la verdad.

—Nadie sabe exactamente por qué el Sello, que supuestamente fue legado a la humanidad, acabó siendo confiado a los Gremios. ¿Por qué no fue puesto en el dedo del Emzarkhan?

Loulakais se incorporó. El giro que estaba tomando la conversación empezaba a cansarle.

—Su poder estaba más seguro en nosotros —dijo—. Somos servidores del Imperio, acatamos los deseos del Emzarkhan —se pasó una mano por la frente, con gesto nervioso—. Discúlpame. Es hora de que vuelva al Núcleo. Me encontrarás allí si deseas verme.

—¿Para qué quieres volver a ese horrible lugar?

—Ya te lo dije: espero la respuesta de mis superiores. Confío en que ésta satisfaga tu curiosidad. Te la entregaré tan pronto como la reciba.

El Grandal asintió. Lo vio marchar en silencio. Bebió otra copa y permaneció sentado, reflexionando. Nunca había tenido un aliado, y la experiencia no le parecía satisfactoria. Tener un aliado añadía una preocupación más, sumaba un personaje a la ya larga lista de las personas en las que no podía confiar.

Loulakais salió nervioso de las estancias privadas del Tercer Dusek. Una vez en el pasillo, pidió un deslizador. Mientras esperaba, se sintió blanco de las miradas de los guardias que velaban por la seguridad del Grandal.

Se dijo que no debía menospreciar al Grandal. Sabía demasiado, mucho más de lo que él había imaginado, y esto lo convertía en un aliado peligroso. Delbert Dusek era demasiado ambicioso.

Respiró hondo cuando llegó el deslizador. Ordenó que le llevase al Módulo. Se arrellanó en el asiento y echó la última mirada a los oficiales del Tasla que aguardaban las órdenes del Grandal. No le sorprendió percibir la animosidad que sentían hacia él.

Mientras el deslizador se desplazaba por el Vástago, Dytri hizo un análisis de la política imperial actual, que él consideraba a medio camino del despotismo más absoluto y el desprecio hacia los pactos con los estados que fingían acatamiento al Emperador. La actual estrategia imperial había puesto a la Tierra en el filo de una espada. Le costaba entender que los Bradeims aún confiaran en las alianzas impuestas a cien mundos para sostener al Imperio.

Todo el mundo sabía que las colonias podían reunir una armada estelar muy superior a la del Emzarkhan, aunque las distancias que las separaban les impidieran sellar un pacto contra la Tierra. Había que reconocer que el Imperio había sido prudente al no entregar unidades K a las colonias, para que éstas las instalaran en los acorazados insignias de sus flotas. La mayor ventaja del Imperio se basaba en el monopolio de las comunicaciones instantáneas. ¡Cuánto le debía a los seres llamados kerlhes que mantenían en los globos!

Dytri sabía que los Gremios permanecerían impasibles si el Imperio empezara a dar muestras de debilidad y amenazara con derrumbarse: sus dirigentes estaban convencidos que el régimen que lo sucediera estaría obligado a depender de ellos y continuarían gozando de los actuales privilegios. Un cambio político no les interesaba, y la permanencia en el trono del actual Emzarkhan sería bien recibida, pero si la en la Corte no eran atendidas sus advertencias, acabarían mirando a otro lado.

Se sabían fuertes. Imprescindibles. A Dytri le habían enviado para obtener mayores ventajas. Sólo eso. En ningún momento debía poner en peligro las prerrogativas actuales de los Gremios. Peor para el Emzarkhan si no prestaba la debida atención a ninguna de las advertencias que le llegan de los Portadores del Sello.

A Dytri le preocupaba que se hubiera detectado una febril actividad en la organización secreta conocida como la Logia Almanzariana, tan antigua que su fundación se suponía anterior a la llegada de los kerlhes a la Tierra. Tras muchos años de silencio, aquellos fanáticos habían surgido de nuevo.

Los Gremios no temían el fin del Imperio, pero sí al caos que traería su desaparición. Si podían evitarlo, lo harían. Una de las soluciones para paliar la actual crisis era hallar un revulsivo que devolviera el prestigio a la Tierra.

El deslizador se detuvo al final del Vástago y Loulakais saltó de él. Cuando se encontró delante del Núcleo, utilizó el Sello para anular la Cobertura.

Se situó delante del ser que flotaba en el globo, le dirigió una saludo cargado de burla y por un momento le pareció que se agitaba, como si le hubiera reconocido y el pánico se hubiera apoderado de él. Sonrió. Sólo había podido imaginárselo. Debió ser una agitación repentina en el líquido nutritivo al recibir una nueva descarga de fluido regenerador. El kerlhe no podía percibir su entorno. Era un ser ciego.

Pero el Portador arrugó el ceño al recordar que no hacía mucho, como si hubiera despertado de un largo sopor, el kerlhe había lanzado al espacio una llamada de socorro, dirigida a sus hermanos.

Antes de empezar, se aseguró que las cortinas de energía quedaban restablecidas a lo largo del Vástago. Nadie podía llegar hasta allí sin su permiso, ni siquiera el Grandal; si quería sorprenderle, disponía de un plazo de cinco minutos para borrar cualquier evidencia que pudiera acusarle de haber llevado a cabo un acto ilegal.

Tomó asiento frente al panel de mandos. Aunque había ordenado que no se utilizara el TK desde el puente de mando sin su permiso, procedió a desconectarlo. A partir de ese instante sólo él podía comunicarse a través del kerlhe.

Necesitó unos minutos para establecer contacto con la Tierra. En más de una ocasión se volvió para mirar con recelo hacia el globo. Prestó atención a los gráficos que iban apareciendo y acabó sonriendo complacido. El kerlhe respondía con presteza a los impulsos que le enviaba y en pocos segundos quedó unido telepáticamente al TK de los Gremios en la Tierra.

Para no perder tiempo interpretando los símbolos, Loulakais activó el dispositivo que convertía en palabras las respuestas.

—¿Eres el Portador Dytri Loulakais? —preguntó una voz átona, tras ser reconvertida.

—Lo soy. ¿Con quién hablo?

—Soy el Presidente, Portador Dytri.

—Estoy a tu servicio, señor —musitó Loulakais, vivamente impresionado. No esperaba que el máximo responsable de los Gremios fuera quien atendiese su llamada.

—Nos advertiste que establecerías la comunicación en este punto horario y consideré que debía ser yo quien hablara contigo. Por un canal de seguridad paralelo estamos enviando al TK del Tasla el resto de la información que solicitaste.

—Gracias, señor.

—Debes destruirla tan pronto como la hayas memorizado, junto con las copias que deberían pasar al puente.

—Así lo haré, señor.

—Escúchame con atención. Tienes que convencer al Grandal para que parta de inmediato hacia Dhrule y lo destruya. En la Corte se hacen apuestas acerca de su posición en la galaxia. Están convencidos de que el Emzarkhan la conoce, así como el Chambelán y el Bradeim. ¿No te parece divertido?

—Bastante —murmuró Dytri, pensando que el Grandal rugiría como un animal herido de muerte si supiera que él había transmitido a los Gremios la información que había arrancado al kerlhe del Tasla—. Señor, ¿por qué nos beneficiaría la desaparición de Dhrule?

—Preferiría su conquista. ¿Crees que nos complacerá que sea convertido en una bola ígnea? Pero estamos implicados en la crisis y debemos ganar tiempo para superarla. La noticia de una amenaza dhruleniana ha sacudido al Imperio. Si ésta se esparciera a las colonias, la situación podría volverse insostenible, y la rebelión se extendería como una epidemia.

—¿Hasta qué nivel ha empeorado la situación, señor?

—Ha sobrepasado los límites tolerables, Portador. Debemos prolongar el actual estado de cosas hasta que estemos preparados para asumir nuevas e inéditas responsabilidades. Una larga guerra de desgaste haría concebir esperanza a las colonias de que podrían prescindir de nuestros suministros y medios de comunicación. Si son inteligentes, como espero, comprenderán que somos imprescindibles que pueden acabar con el Imperio, pero nunca con nosotros.

—Señor, hasta el día de hoy el Grandal sólo dispone de su flota y de las naves de Corvus. Actualmente esperamos la llegada de los desgalitas. El resto de las fuerzas se demora más de lo previsto.

—Quizá el retraso se deba a los disturbios. ¿Sabías que varias colonias se muestran reacias a poner sus naves de combate al servicio del Grandal? Son conscientes de que si las pierden peleando por la gloria de la Tierra, no podrán reemplazarlas. Corre el rumor de que al Emzarkhan le preocupa la cantidad de armamento que durante los últimos años ha sido entregado a sus aliados y ahora busca un pretexto para arrebatárselo.

—Eso sería una insensatez.

—Sus temores no son infundados. El Chambelán tiene miedo a perder la confianza del Emzarkhan, y podría intentar mantenerla aconsejándole la vuelta a la Tierra de las naves entregadas como préstamo, al menos una parte.

—Señor, el Grandal me insinuó que piensa partir hacia Dhrule apenas arribe la flota de Desgal.

—No la necesita. Convéncele para que no la espere.

—Eso he hecho, señor.

—No esperaba menos de ti. Los dioses están de nuestra parte. Cualquier alteración que se produzca en los acontecimientos ha de resultar beneficioso para nosotros, incluso una aplastante victoria sobre Dhrule nos valdría. La idea de obtener un fabuloso botín despertaría la admiración de las colonias hacia el Grandal, y muchas flotas se le unirían. Podría ser el comienzo de una nueva era. De todas formas...

Se produjo un largo silencio. Loulakais temió que la comunicación hubiera quedado interrumpida. Iba a comprobarlo cuando escuchó de nuevo la voz del Presidente.

—... Todo está sucediendo con demasiada rapidez; debemos ser prudentes y no cometer un error irreparable.

—No será así, señor.

—Nuestros antepasados emplearon muchos años y esfuerzos para localizar a Dhrule. Ahora que estamos a punto de lograrlo, y tal vez de destruirlo, me parece como si estuviera a punto de despertar de un sueño.

—No es un sueño, señor. El kerlhe confesó. Sabemos dónde está Dhrule.

—Pero esa criatura está enferma, tú mismo lo has dicho. Y si es cierto que fue expulsado de

su comunidad, no es de fiar. Me pregunto si a estas alturas podemos imaginar cómo se comportaría un kerlhe en estado libre. ¿Cómo saber si está loco? ¿Cuáles podrían ser sus reacciones ante una situación extrema? ¿Cómo se manifiesta la pérdida de la razón en un ser como él?

—Dijo la verdad, no mintió. No pudo mentirme. Yo le conocía, señor. Sabe a qué me refiero. Jamás podría engañarme.

—Tu seguridad me tranquiliza, Dytri. Confío en ti. No me defraudes a mí ni a los Gremios. Y no olvides que nadie debe involucrarnos en este condenado asunto. Si la campaña del Grandal resultara victoriosa, que él y el Emzarkhan disfruten de la gloria, pero si les espera la derrota que carguen ellos con las consecuencias.

El convertidor no podía transmitir la risa, pero Loulakais imaginó que el Presidente había rematado sus palabras con una carcajada.

—Dytri, ordenaré que una persona de mi confianza esté siempre a la espera de tus noticias —dijo la voz—. Así no tendrás que advertirnos previamente de tu llamada.

—Gracias, señor.

—No sé si tiene alguna relación con la crisis, pero me ha llegado la noticia de que nadie sabe dónde está el Emzarkhan actualmente.

—¿Cómo podemos interpretarla, señor?

—No lo sé. Me sorprende que abandone la comodidad de la Corte. Te mantendré informado, Dytri.

—Se lo agradezco, señor.

El chasquido que se produjo a continuación indicó a Loulakais que la transmisión había terminado. Restableció de inmediato el enlace con el puente y recogió la grabación de la conversación. La destruyó en el convertidor. De su entrevista con el Presidente no quedaba el menor rastro.

«...La Tierra necesitó casi cuatrocientos años para completar la conquista de los Mundos Primarios. Más de uno fue arrasado al negarse a claudicar; pero la mayoría se dobló ante la superioridad de las armas terrestres y la tecnología kerlhe suministrada por los Gremios. Corvus apenas opuso resistencia. A cambio de su rendición no sufrió daños de consideración y recibió algunas prebendas, llegando a alcanzar un envidiable grado de prosperidad. Aquellos mundos que se enfrentaron al imperio, como Desgal, sufrieron duros castigos...»

## CAPITULO VI - EL OBSTÁCULO

Poco antes de subir a la falúa que les iba a trasladar al Tasla, Chimara se presentó ante Shindulk, el Coordinador principal de Corvus. Su inmediato superior.

Shindulk la saludó con altanería. Chimara lo calificó como un fatuo y un acérrimo partidario del Imperio. Dudó que pudiera establecerse entre ellos alguna clase de acuerdo.

Mientras el Coordinador conversaba con el comodoro del navío de combate corvusiano, ignorándola a propósito, Chimara atisbo por una tronera para observar el sector en el que orbitaban las dos flotas. Se fijó en un punto brillante, de tonalidades argénteas; debía de ser el Tasla, un acorazado con muchos años de servicio, con un triste historial de represalias y matanzas que Grandal habría grabado con orgullo en el cuaderno de bitácora.

Shindulk terminó de hablar con el comodoro y se volvió hacia ella.

—Coordinadora —dijo con marcado desdén—, nos trasladamos al Tasla, pero usted regresará con la falúa. El protocolo exige que el Grandal conozca a mi ayudante. ¿Ha entendido que permanecerá en la nave insignia de la flota corvusiana, no en el acorazado insignia imperial?

—¿Lo ha decidido usted? —preguntó ella, sorprendida.

—No tengo por qué darle explicaciones, pero intentaré ser amable —meneó la cabeza—. La considero demasiado joven, y por lo tanto carente de experiencia. Agradézcame que no la mande de vuelta a casa.

Chimara tragó saliva y se limitó a asentir, tratando de sofocar la rabia que sentía. Siguió a Shindulk hasta el hangar donde se hallaba la falúa. Pasaron ante la guardia formada y vio al comodoro saludarlos llevándose la mano derecha a la visera de su gorra.

Entraron en la pequeña nave, ella detrás del coordinador. A sus espaldas chasqueó el cierre de la compuerta. El vuelo sería dirigido desde el puente de mando de la nave corvusiana. Chimara cedió el paso a Shindulk y le permitió que eligiera el asiento que más le complaciera. Ella se acomodó detrás. El hombre le dirigió una rápida mirada sorprendida, murmurando algo entre dientes. Cruzó los brazos y observó la pantalla que les iría mostrando qué ruta seguirían hasta el Tasla.

Chimara fue informada por Ahmel que la Logia había intentado captar a Shindulk para la causa, pero desistieron de ello: no lograrían poder borrarle de la mente su fidelidad al Emzarkhan ni anular la ambición que lo dominaba.

Cerró los ojos un instante y vio la cara de Ahmel recordándole que cumpliera con su deber. Ya no podía echarse atrás, pensó con amargura.

Se llevó las manos al cinturón y extrajo un finísimo hilo de oro, que empezó a tensar pasando repetidas veces los dedos sobre él. Cuando la falúa saltó al espacio, ya tenía una aguja tan recia que no podría doblarla por mucho que lo intentase.

Había calculado el tiempo que tardaría la falúa en unirse al Tasla. Tensó los músculos, respiró profundamente y recordó cada movimiento que tenía que hacer. Los había ensayado muchas veces.

—Será un honor para mí ser recibido por el Grandal —comentó Shindulk, girando la cabeza para mirar a Chimara por encima del asiento—. Es un gran hombre. Recuerde que debe permanecer en la nave hasta que yo salga, dejándome salir antes, y que en ningún momento podrá dirigirse al Grandal a menos que le hable primero.

Chimara apretó los dientes y sujetó con fuerza la aguja. Aquel imbécil rebosaba orgullo hasta por las orejas; estaba asustado y le preocupaba que ella le hiciera sombra en presencia del Grandal.

Esperó a que la nuca del hombre estuviera en la posición adecuada para hundir el alambre en ella. Chimara actuó con rapidez, se movió como el rayo y el Coordinador se quedó paralizado. No soltó un solo grito.

Rápidamente se incorporó y se situó delante de Shindulk. Sonrió al ver la mueca de estupidez que la súbita paralización lo había sorprendido; se había quedado con la boca abierta y la mirada

vacía. El brazo lo mantenía alzado y ella lo bajó dándole un manotazo, antes de que los músculos quedaran totalmente inmóviles.

Se movió deprisa, contando mentalmente los segundos. Sacó dos trajes de presión. Con uno de ellos vistió a medias a Shindulk. Luego se enfundó el otro, cerró el casco y miró de nuevo por la pantalla. La falúa estaba muy cerca del Tasla, dirigiéndose al hangar abierto.

Tras propinar varios golpes en el panel de mando, pulsó la alarma e inutilizó el dispositivo de seguridad que evitaría la colisión.

Se sentó al lado del inmovilizado Coordinador, le echó un último vistazo y se aseguró al sillón, ajustando con fuerza los cinturones. Por último suplicó a los dioses que el choque no fuera demasiado violento.

Shindulk podía ver y pensar. ¿Qué estaría pasando por su mente en aquel momento? ¿Se estaba dando cuenta de que iba a morir? Si la colisión no lo mataba, tendría que acabar con su vida de manera que pareciera que su muerte se achacara a la colisión.

Llegó a temer que el Coordinador gritara cuando la falúa se lanzara contra la proa del Tasla. El choque casi la sorprendió, sintió que tiraban de ella, escuchó el crujir del metal y el estrépito de las alas al saltar en pedazos; durante unos segundos la navecilla se deslizó dando brincos por la superficie de plata del acorazado, hasta quedar encajada entre dos torres de artillería. Tras una pequeña explosión, se abrió una enorme grieta en el fuselaje. Chimara se agarró a los brazos del sillón al sentirse impulsada hacia adelante. El Coordinador saltó como un muñeco, quedando ensartado en las aristas de acero.

Chimara volvió la cabeza. En sus retinas había quedado grabada la imagen sangrienta del hombre, reventado y alanceado por docenas de agudas puntas de metal. Permaneció quieta, respirando con dificultad, reprimiendo su deseo de vomitar.

Las boqueadas la sumieron en la inconsciencia. Estaba a punto de perder el conocimiento cuando el equipo de salvamento del Tasla entró en la falúa, abriéndose paso entre las retorcidas planchas.

Cuando volvió en sí, vio delante de ella un oficial imperial. Le escuchó dar su informe a alguien que permanecía de pie al otro extremo de la estancia.

Estaba tendida en un lecho y apenas se podía mover, pero consiguió girar la cabeza y echar un vistazo a su alrededor, procurando no llamar la atención. Observó al personaje que escuchaba el informe del oficial. Vestía un brillante uniforme y lucía en los hombros los entorchados de Grandal.

—... La falúa —le decía el oficial— ya había recorrido la mitad del trayecto cuando el programa de vuelo fue interrumpido. El Coordinador intentó hacerse con los mandos, pero sólo tuvo tiempo de advertir a su acompañante que se aislase en el traje de presión. A él no le dio tiempo de protegerse. Le encontramos a medio vestir, en un estado tan lamentable que tendremos que devolver sus restos en una cápsula.

—No me sorprende lo ocurrido. ¿Qué podemos esperar de una falúa de fabricación corvusiana? —masculló el Grandal—. Es la primera vez que voy a tener bajo mi mando a un atajo de estúpidos de Corvus, tan torpes como cobardes. No tienen experiencia en el combate. Gracias a los dioses dispondré de los desgalitas. El almirante de su flota acaba de anunciarme su llegada. Teniente, deshágase de lo que ha quedado del Coordinador y remítalo a su mundo con mi condolencia personal. Seamos corteses.

Chimara cerró los ojos al escuchar que el Grandal Dusek se volvió para mirarla; le escuchó decir:

—Confíemos que esta joven sepa hacer su trabajo. De todas maneras no es complicado. La recibiré cuando se haya recuperado, al mismo tiempo que el Coordinador de Desgal.

Permaneció con los ojos cerrados hasta que escuchó las pisadas del Grandal y del oficial salir de la habitación.

—¿No sería más prudente devolverla a Corvus y solicitar que nos envíen otro Coordinador? —escuchó que preguntaba una voz que hasta entonces no había oído.

Chimara se habría incorporado para saber quién era el que había aconsejado al Grandal que la hiciera volver. ¿Qué haría si la devolvían a Corvus? ¿Tanto trabajo para nada? Si algo aborrecía era



una muerte inútil, y la de Shindulk no habría valido para nada si el Grandal tomaba en consideración la sugerencia del desconocido.

—Nada de eso, Dytri —escuchó que contestaba el Grandal—. Tardarían en enviarnos otro Coordinador. Que se quede. Siempre me he preguntado por qué he tenido que soportar la presencia en mi nave de los malditos enlaces de las flotas aliadas. Su trabajo es simbólico. Volvamos a mis aposentos. Ya se ocupará el médico de reanimar a la putita corvusiana.

Chimara esperó unos minutos antes de abrir los ojos. Estaba sola. Sobre ella colgaba el aparato que vigilaba sus signos vitales. No emitiría ninguna señal de aviso mientras se mantuviera quieta. Se dijo que un descanso le vendría bien.

Le reconfortó saber que ya estaba a bordo del Tasla y se había ganado el puesto de Coordinador principal. ¿Qué pensaría de ella Ahmel cuando se enterase cómo lo había conseguido? Ahmel debía saber que al confiarle la misión la estaba obligando a matar. Le maldijo por haberla convertido en una asesina.

Pero Ahmel, el cínico y frío Ahmel, se sentiría orgulloso de ella. No logró recuperar la imagen de su antiguo amante, y se alegró de ello.

La temperatura de la habitación era agradable.

Debía sentirse satisfecha. Pese a la premura con que planeó la muerte de Shindulk, todo había salido perfecto. Nadie la involucraría en su muerte. Se preguntó quién era el hombre que había hablado con el Grandal. No llegó a ver su rostro, pero su voz le sonó extraña. Hablaba como un terrestre, con el tono de altivez que tenían todos los malditos habitantes de la Tierra, el mismo acento que empleaba el Grandal. ¿Por qué tenían tanta prisa para regresar al puente? Se humedeció los labios. Tenía sed. ¿Cuándo volvería el condenado médico? Necesitaba que le dieran el alta y la dejaran moverse libremente por la nave. Nadie la molestaría. Necesitaba saber cuándo partirían las flotas. Todavía quedaban naves por incorporarse. ¿Cuántas? ¿Hacia dónde se dirigirían cuando el Grandal dispusiera la partida? ¿Qué mundo debía estar temblando en aquel momento, esperando ver aparecer sus cielos las naves que portaban el Fuego del Emzarkhan?

Una persona entró en la habitación y se acercó a la camilla. Una cara grande y rojiza de mujer se inclinó sobre ella justo cuando abrió los ojos.

—Debe levantarse —dijo la mujer—. Todo indica que está en perfectas condiciones. Vístase con la ropa que le traigo y la llevaré a su camarote. Vamos, debe darse prisa. Antes de una hora tiene que presentarse en el puente.

Chimara apoyó un codo en el borde de la cama y miró a la mujer que vestía una bata amarilla.

—¿Vamos a partir?

—Eso es. Tiene que estar cerca del Grandal cuando llegue el Coordinador desgalita.

—¿Ya están todas las flotas?

La encendida cara de la mujer se tornó gris.

—¿Acaso tienen que venir más?

Chimara negó con la cabeza. Terminó de ponerse en pie y dijo mientras cogía la ropa:

—No, me temo que no.

«...El nombre de Dhrule era temido en la Tierra, era un nombre que debía ser odiado. Este odio lo contagiaron los imperiales a sus súbditos, haciéndoles creer que en un ignoto rincón de la galaxia los descendientes de los pasajeros de las dos últimas naves que los kerlhes lanzaron al espacio eran seres depravados, sanguinarios y sedientos de venganza, fanáticos seguidores de una religión que acechaban en las tinieblas para devorara los humanos...»

## CAPÍTULO VII - EL SEÑOR VERN

Un planeta con fríos inviernos y calurosos veranos, donde las estaciones intermedias no existían y los vientos eran fuertes y las tormentas rugían tras largas calmas, resultaba tan insoportable para quien lo visitara una vez que se marcharía jurándose que nunca más volvería.

El Jerarca Uwyer se llevó esta impresión de Lartia la primera vez que lo visitó. Ahora lamentaba haber vuelto.

Desde que amaneció soportaba el calor asfixiante en una ciudad que al mediodía parecía quedarse sin vida, sus habitantes encerrados en sus casas, sumidos en el sopor. Las ardientes calles de la urbe le obligaron a echar de menos el cruel invierno lartiano.

Para Uwyer lo peor no era el calor sino el maldito olor a cuerpos hacinados y mal lavados que percibía por todas partes, el insoportable sudor de muchos cuerpos, mezclado con perfumes baratos.

A su lado caminaba Korlius. El agente de Dhrule en Lartia era un hombre delgado, más alto que el Jerarca, y siempre andaba algo encorvado. De vez en cuando miraba de soslayo a su superior, y sonreía divertido viendo las muecas que hacía Uwyer cada vez que pasaban cerca de una cloaca reventada o de un animal muerto, abandonado en medio de la calle.

El barrio ya debía ser viejo cuando Dhrule decidió hacerse con el control político y económico de Lartia; estaba compuesto por dédalos de callejuelas y senderos abiertos entre casas que se inclinaban sobre ellos, amenazándoles con caérseles encima.

La estrechez de las calles los había obligado a dejar el vehículo en una plaza donde el pavimento parecía hervir bajo sus pies. No vieron a nadie, y sólo en una ocasión le pareció ver al Jerarca una cabeza asomada a una ventana, mirándoles con asombro, como si no pudiera dar crédito a sus ojos, que dos hombres desafiaran el momento en que la canícula castigaba con más fuerza la ciudad.

Uwyer lanzaba resoplidos a cada momento, como si le costara caminar; se secaba el sudor de la cara con un pañuelo y volvía a maldecir. Estaba cansado, no había dormido apenas durante las últimas treinta horas.

Al llegar a las inmediaciones de Lartia, a bordo de la nave de Korlius, recibieron un mensaje de los agentes refugiados en las montañas próximas a la ciudad, la base secreta a la que arribaron en un vehículo externamente igual a los que usaban los nativos; sin embargo, su motor era más potente, y disponía de aire acondicionado, que echaban en falta mientras caminaban bajo aquel sol abrasador, impacientes por llegar al lugar de la cita. Desde la base viajaron hasta la ciudad por una carretera infernal, llena de baches, mientras el sol caminaba hacia el cenit y la temperatura aumentaba.

—¿Cómo puedes soportarlo, Korlius? —jadeó el Jerarca. Apoyó la espalda en una pared grasienta, buscando el amparo de la escasa sombra que daba un balcón desvencijado—. La última vez que estuve aquí era invierno, y me marché maldiciendo este planeta de mierda, su frío húmedo; pero el calor es aún mucho peor que las ventiscas heladas que tuve que soportar.

—Uno termina acostumbrándose —sonrió el agente—. Sólo me quedan un par de meses de estar aquí. Siempre procuro permanecer en la ciudad el menos tiempo posible. Prefiero nuestra base en las montañas. ¿Te había dicho que dispongo de aire acondicionado en mi residencia de esta ciudad? Por supuesto, lo mantengo oculto; no quiero que mis amistades nativas se enteren de que disfruto de una temperatura ideal. Me odiarían.

Uwyer miró a su alrededor, encontrándolo mísero y sucio. Aquel era el peor barrio de la ciudad. Un perro cruzó corriendo la calle y desapareció en el oscuro zaguán de una casa. Desde el interior lo llamó una voz ronca. Seguían sin ver a nadie, y regresó el pesado silencio que los seguía desde que entraron en la ciudad. Korlius quería pensar que aquel era el mejor momento para deambular por la ciudad sin llamar la atención, cuando la vida quedaba paralizada a causa del calor del mediodía.

Sobre sus cabezas pasó rugiendo un avión a reacción, dejando una larga estela.

—Ya estamos cerca —dijo Korlius.

Antes de reanudar la marcha, Uwyer protestó:

—¿Por qué aceptaste la cita en un lugar tan horrible?

—¿Qué podía hacer? El consejero, después de entregarme el mensaje, no me dio ninguna explicación. Ahora comprendo por qué me agradeció que me ofreciera a venir en su lugar.

Una llamada en el domicilio de Korlius en la ciudad fue reexpedida a la base en las montañas, y desde allí a la nave en la que viajaban a Lartia. Apenas descendieron, el agente llamó al consejero lartiano y éste le confirmó que Jules Verne tenía más información que darle, pero exigía entregarla en persona, no por teléfono. El consejero se despidió de él, lamentando encontrarse enfermo y no poder acompañarle. Korlius sabía que mentía, que tenía horror a salir de su casa durante las horas de más calor, y también a enfrentarse al misterioso informador.

Korlius sacó el papel donde había anotado la dirección que le había dado el consejero. Se encontraban en la calle indicada y empezó a buscar la casa. Todas le parecían iguales. Lo peor era que muchas sólo mostraban unas manchas en lugar de números.

—¿Llevas dinero? —preguntó el Jerarca.

Korlius hizo sonar las monedas de su bolsa.

—Suficiente para convencer al informador si se muestra renuente a hablar con nosotros cuando no vea llegar a su contacto habitual.

—Estoy impaciente por conocerlo. No dudes en darle todo el dinero si es necesario.

El agente asintió. Como buen dhruleniano no podía comprender que el oro corrompiera con tanta facilidad a los nativos de Lartia. En su mundo abundaba este metal y su uso como medio de pago había quedado prescrito tras la Segunda Venida del Darsil. En Lartia siempre había dispuesto de oro amonedado suficiente, por supuesto falsificado en Dhrule, para comprar voluntades y facilitar la colaboración de los corrompidos políticos y funcionarios.

—Esta debe ser la casa—dijo señalando una pared llena de desconchones.

Se habían detenido ante una pequeña edificación de dos plantas. Todas las ventanas de madera estaban cerradas.

Buscaron la aldaba en la puerta de recios tablones claveteados. No la había y dieron unos golpes con los puños. Al cabo de un rato empezaron a temer que allí no viviera nadie. El Jerarca se preguntó si el agente había tomado mal la dirección o se había equivocado de calle.

De pronto se abrió la puerta. No apareció nadie al otro lado, y Korlius miró al interior con recelo. Una voz procedente del piso superior les dijo que entrasen.

Una pequeña llama ardía en el rellano de la escalera de peldaños muy gastados. Dentro olía a humedad, a cerrado y a comida rancia.

—Vamos, suban —los apremió la voz.

Miraron hacia arriba y vieron las piernas de un hombre enfundadas en relucientes botas de media caña. El resto del cuerpo permanecía oculto.

El Jerarca hizo un gesto de asentimiento a su compañero y subieron despacio. El agente mantenía la mano cerca del arma que llevaba en la cintura.

Antes de que alcanzaran el descansillo, el desconocido se volvió y entró en una habitación, dejando abierta la puerta. Desde el interior les dijo que le siguieran. Uwyer fue el primero en cruzar el umbral. Miró los escasos muebles que había en la habitación. Aunque no era tan buen conocedor de las costumbres nativas como Korlius, adivinó que el mobiliario no había sido fabricado en el planeta. Respiró con alivio al percibir que allí dentro no olía mal.

Del techo colgaba un globo eléctrico, pero su luz eran tan triste que no podía alejar las sombras.

El hombre había tomado asiento al otro lado de una mesa de bordes tallados y tablero barnizado. Con displicencia les señaló dos taburetes.

—Siéntense. ¿Por qué no ha venido el consejero?

Uwyer lo observó. Tenía enfrente a un hombre mayor, casi un anciano; pero su mirada le pareció vivaz e inteligente. Su piel no estaba excesivamente envejecida. Aquel hombre poseía un

extraño aura.

—¿Cómo sabe que hemos venido en lugar del consejero? —preguntó el agente.

—Nadie conoce esta dirección excepto el consejero, a quien se la di hace pocas horas.

—Mi nombre es Korlius, y también soy consejero del gobierno de Lartia. Su contacto sufrió un accidente y me pidió que viniera. Según él, usted tiene importantes informes.

—Sé perfectamente quién es usted —sonrió el desconocido—, y también sé que su colega le pasaba los informes que yo le hacía llegar, incluso antes de entregarlos al Consejo.

—¿Quién es usted? —preguntó Uwyer.

—Eso no importa. Digamos que soy un viajero y un buen observador, y entiendo lo que veo y escucho mejor que la mayoría de la gente.

—Pero debe tener un nombre, ¿no? Yo soy Uwyer—el Jerarca decidió no emplear un nombre falso.

—Encantado de conocerle, señor. Mi nombre es Herbert George Wells.

Uwyer experimentó una gran decepción. Había esperado conocer a Jules Verne. Se preguntó si aquel tipo les estaba mintiendo y cambiaba a menudo de nombre.

—Un nombre largo y extraño —dijo finalmente, con voz queda.

—Déjelo simplemente en Wells.

—Mi amigo el consejero me dijo que usted le entregó otros informes hace tiempo —dijo Korlius. Puso la bolsa con las monedas encima de la mesa. Wells bajó la mirada y sonrió a la vez que la cogía.

—Mi memoria flaquea a veces.

—Creí que usted era Verne.

—No sé quién es Jules Verne. Tal vez su amigo tenga otros informadores y no los conoce.

Uwyer se mordió la lengua para no saltar del taburete y lanzarse sobre Wells y llamarle mentiroso. Korlius no había dicho el nombre completo del otro personaje, sino sólo el apellido. Decidió no hacerle ver su error, pensando que lo había hecho a propósito. Si le había tendido una trampa, no le daría la satisfacción de caer en ella.

—¿Qué tiene que decirnos, señor Wells? —preguntó Korlius.

—El Grandal Dusek está a punto de partir de Lartia. Se ha conformado con las naves de Desgal y Corvus. No esperará otras flotas. Está demasiado impaciente por partir.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Vengo de allí. Mi información es de primera mano.

—Eso no es posible —dijo Uwyer, incapaz de conservar la calma.

—¿Me está llamando mentiroso?

—No puede ser dueño de una nave capaz de ir y venir en tan poco tiempo.

—Olvídese de ese detalle sin importancia—rió Wells—. Lo importante para ustedes es que las tres flotas se dirigen hacia Lartia. ¿Adivinan con qué propósito?

—Díganoslo. Para eso le hemos pagado.

—Dejemos a un lado los disimulos —Wells señaló primero a Korlius y luego al Jerarca—. Usted, consejero Korlius, no nació en Lartia, pero se hace pasar por nativo y ocupa un alto cargo en el gobierno lartiano; saber gastar el abundante oro de que dispone para comprar favores y silenciar las sospechas que despierta. Hace tiempo sustituyó a un hombre, tan misterioso como usted, que ocupaba el cargo que actualmente ostenta, que alcanzó con métodos parecidos a los suyos —se volvió hacia el Jerarca—. Usted en cambio, señor Uwyer, ha estado en este planeta pocas veces. En este momento desea largarse de un mundo tan inhóspito, sucio y atrasado; desprecia esta comunidad regida por una casta militar y política corrupta. La curiosidad que mi humilde persona ha despertado en usted, y el deseo de ser útil a su patria, ha sido motivo suficiente para haber hecho un viaje tan largo. Supongo que debería sentirme halagado.

Korlius soltó una maldición. Uwyer bajó la mano hasta su cinturón. Antes de que sus dedos tocaran el arma, Wells les apuntaba con una pistola de grueso cañón.

—No pierdan la calma —sonrió el anciano—. No es mi intención causarles daño, pero les mataré si intentan sorprenderme. Pongan las manos sobre la mesa. Su actitud me obliga a tomar una

decisión que me habría gustado postergar. Vivo en esta casa cuando vengo a la ciudad, pero después de hoy no podré volver. Así que olvidense de regresar con la idea de cogerme desprevenido.

—Usted es Verne —dijo Uwyer.

—Pueden pensar de mí lo que les parezca, pero créanme si les he dicho que Lartia corre peligro. El Grandal busca desesperadamente la gloria y necesita destruir este planeta. Jerarca Uwyer, ¿va a permitir que sea sacrificado para garantizar la supervivencia de Dhrule?

Los dos hombres palidecieron. El anciano sabía más de lo que habían supuesto en un principio. Su sospecha de que podía ser peligro era fundada.

—¿Qué pretende y quién demonios es usted?

—No me consideren su amigo, pero tampoco su enemigo.

—Le exigimos que nos diga por qué el Grandal conoce la existencia de Lartia y cree que este planeta es Dhrule.

—¿Acaso no les regocija que el engaño haya dado sus frutos? Dudaban del decorado que han estado preparando durante tantos años, temían que no estuviera terminado para cuando comenzara la representación. Aunque aún tiene deficiencias, les servirá.

Wells hizo desaparecer la expresión divertida de su rostro, pareció olvidarse de apuntar a los dos hombres; pero Uwyer no se atrevió a separar las manos de la mesa; cruzó una rápida mirada con Korlius y éste le replicó con un gesto que no se fiaba de la distracción del anciano.

—Pueden sentirse orgullosos de su plan —suspiró Wells—. El Grandal está convencido de que Lartia es el legendario Dhrule, y su estado de ánimo ha alcanzado tal excitación ante lo que considera el descubrimiento más trascendental de la historia del Imperio que no presta la debida atención a las noticias que le llegan de la Tierra. Por lo tanto ignora que cuando haya partido de Corvus, dejará atrás una galaxia convulsionada, y tal vez, apenas se interne en la zona estelar desconocida donde espera encontrar a Dhrule, los lazos que unen a la Tierra con los Mundos Primarios se habrán roto.

—¿Qué nos importan sus problemas?

—Les debe importar la repercusión de los errores del Grandal. Los dhrulenianos no podrán impedir con sus estúpidos rezos a su no menos estúpida Esfera la destrucción de Lartia, cuando más de doscientos navíos de combate caigan sobre este planeta. Oh por supuesto que apoyarán a las defensas nativas para prolongar la guerra y desgastar al enemigo; sin embargo, no soy capaz de meterme en sus retorcidas mentes para ver si esto es lo que desean. ¿Acaso prefieren que la inmolación de Lartia se lleve a cabo?

—¿Dónde quiere ir a parar, señor Wells? —inquirió el Jerarca.

—No es suficiente el oro con que me pagan; si quieren seguir recibiendo mis informes tendrán que darme algo más.

—¿A qué se refiere?

—Deben comprometerse a que la nave insignia imperial no sufra el menor daño.

—¿El Tasla?

—Exactamente.

—Tiene que darnos una razón.

—A bordo de esa nave hay algo que no debe sufrir el menor daño.

—Pone un precio muy alto, señor Verne —sonrió Korlius, pronunciando con énfasis el apellido—. Me temo que tendrá que conformarse con el oro. Le daremos todo el que quiera, pero nada más. Ninguna promesa por nuestra parte, ningún compromiso.

Wells hizo saltar la bolsa llena de monedas con su mano libre.

—Dhrule podría resultar muy perjudicado si el Tasla fuera destruido. Transporta algo muy valioso. Irreemplazable.

—¿Quiere decir para usted o para nosotros? —preguntó el Jerarca con burla.

—Para mí, pero a corto plazo también lo será para ustedes.

—Si respetásemos a la nave insignia dificultaríamos los planes. El fin del líder siempre desmoraliza a la tropa —sonrió Uwyer.

—Deben correr el riesgo. Puedo darles algo más a cambio.

—Le escucho.

—¿Qué le parece las coordenadas en las que surgirán del hiperespacio las flotas imperiales? —puso sobre la mesa un cilindro de cuarzo—. Están aquí, grabadas en un soporte conocido por los dhrulenianos, pero no por los lárdanos. Si sus naves actúan en perfecta coordinación con las de Lartia, sorprenderán al Grandal, y además de obtener una victoria fácil conservarán intacto el señuelo: Lartia.

—Podemos estudiar la posibilidad de permitir que la nave insignia escape lo más intacta posible —murmuró Uwyer tomando el cuarzo.

—Háganlo y no se arrepentirán.

—Creo que usted está loco, Wells —dijo Korlius.

—Es posible —rió el anciano—. Ahora debo irme. Cerraré la puerta detrás de mí. No salgan de aquí hasta que pasen diez minutos. Si no hacen lo que les digo, podrían encontrarse con una desagradable sorpresa.

Se puso en pie y los dhrulenianos hicieron lo mismo.

—¿Volveremos a vernos?—preguntó Uwyer.

—Tal vez —Wells caminó de espaldas y alcanzó la puerta, sin dejar de apuntarlos. La cerró y los dos hombres escucharon el sonido de una tranca de madera caer sobre ella. Korlius empuñó su pistola y el Jerarca le sujetó el brazo.

—Espera. Le daremos el tiempo que nos ha pedido.

—¿Porqué?

—Ha sido sincero, ha dicho la verdad.

—Está jugando con nosotros.

—Tal vez, pero no es un enemigo de Dhrule. Lo único que me asusta de ese tipo es lo que sabe de nosotros.

—No puede ser nativo de Lartia, y eso sí que me da miedo. ¿De dónde viene y qué pretende?

—Ojalá lo supiéramos. Es evidente que le gustan las adivinanzas. Un sicario del Emzarkhan nunca se habría comportado como él.

—Apostaría un año de estancia aquí a que ha nacido en un Mundo Primario. ¡Por la Esfera, Uwyer, no podemos permitir que ande libre, sabiendo que conoce tantos secretos de nosotros! ¿Qué pasaría si cayera en poder de la policía secreta de Lartia y le obligaran a hablar? Suponiendo que le creyeran, ¿cómo reaccionarían si descubriesen que están siendo manipulados desde hace años por un mundo del que jamás han oído hablar?

Antes de derribar la puerta a tiros, Korlius probó a empujarla y lanzó una exclamación de asombro al descubrir que no estaba cerrada. Bajaron la escalera y se detuvieron un instante en el zaguán, antes de salir a la calle. Del otro lado les llegaban un vocerío y ruidos de peleas.

El agente se adelantó protegiendo al Jerarca con su cuerpo, con el arma amartillada. En la calle, un grupo de personas se peleaba por recoger monedas de oro del suelo. De las casas salían personas con sueño en la mirada, sudor en el cuerpo y furia en el rostro por haber sido despertadas en plena canícula; pero cuando vieron el oro, les desapareció el cansancio y corrieron a apoderarse de las últimas monedas.

Uwyer empujó a Korlius para alejarle de la pelea por el dinero. Señaló hacia el otro lado de la calle.

—Nuestro hombre ha debido escapar por ahí, y para que no le sigamos ha levantado esta barrera humana a costa de nuestro dinero. Larguémonos. El tumulto podría atraer a la policía.

—¿La policía en este barrio? Ni lo sueñes. No entrarían en estas calles aunque se produjera un asesinato por minuto. —Korlius esbozó una sonrisa de resignación. Había pensado seguir a Wells, pero tendrían que dar un rodeo para alcanzarle.

Acudió más gente atraída por los gritos. Los dhrulenianos apresuraron el paso y no tardaron en verse lejos de aquel barrio. Caminando más tranquilos, respirando con dificultad a causa de la carrera y del calor, Uwyer comentó:

—Curioso personaje el tal Wells. No le importa el dinero. Ha gastado todo el que le dimos en impedir que le sigamos.

Llegaron a la plaza donde habían dejado el vehículo y entraron en él, impacientes por respirar el aire acondicionado.

—Es un tipo extraño —añadió el Jerarca con los ojos entornados, respirando profundamente.

—Si no es dinero, ¿qué quiere? —rezongó Korlius.

—Intenta averiguar a través de ese consejero si Wells y Verne son la misma persona. ¿Grabaste su rostro? —al ver que Korlius asentía, agregó—: Estupendo. Estoy seguro de que se trata del mismo tipo.

Korlius puso en marcha el vehículo. Condujo deprisa a lo largo de una desierta avenida.

—No puede ser almanzariano —dijo—, pues no los hay en Lartia. Si lo fuera, y estuviera aquí espionando para la Logia a la vez que para nosotros, me quedaría más tranquilo. Esos conspiradores saben que Dhrule no es una leyenda y que en algún lugar se oculta. Tal vez se pusieran de nuestra parte. Su odio hacia el Imperio les convertiría en unos magníficos aliados. Si Wells fuera un espía doble, debemos descubrir qué y cómo han averiguado la existencia de Lartia.

—Continúa.

—Siempre hemos considerado la posibilidad de que en la nobleza terrestre haya agentes almanzarianos infiltrados. Por tanto, quedaría explicado cuál es la fuente de la información que Wells dispone. Si han sido más astutos que el servicio de inteligencia imperial, y han descubierto a costa del Grandal la existencia de Lartia, saben la verdad, y podemos imaginar que ha viajado hasta aquí para... —Korlius meneó la cabeza—. Mierda, ya no sé qué pensar, me he hecho un lío. Lo cierto es que no puedo adivinar lo que pretende el anciano.

—Lo más extraño, Korlius, es que ninguna nave procedente del exterior podría aproximarse a este planeta sin que lo supiéramos.

—Eso no lo he pasado por alto —gruñó Korlius—. Debemos analizar todas las hipótesis, incluso en la posibilidad de que Wells no sea un almanzariano y la Logia no haya metido las narices en este asunto. ¿Qué piensas hacer?

—Regresaré a Dhrule; pero antes haré una escala en Decero. Hace tiempo que quiero inspeccionar la construcción de las nuevas unidades de combate.

—¿Qué quieres que haga mientras tanto?

—Busca a tu amigo el consejero e interrógale de manera que no entre en sospechas. Necesito aclarar cuanto antes si los dos informadores son la misma persona.

—Los nombres de Verne y Wells te tienen intrigado, ¿verdad? ¿Sigues pensando que existe una relación?

—Tengo una idea a la que sigo dándole vueltas en la cabeza. Nuestro informador nos ha estado dando pistas con sus nombres falsos de estos dos autores y sus libros. Tenemos un par de ellos en los archivos.

—¿Qué podrían aclararte unos viejos libros?

—Tuve mis dudas respecto a Verne, pero no con Wells, un autor de relatos para niños. Cuando llegue a Decero pediré más información. No he tenido tiempo de echar un vistazo a la única obra que conservamos de Verne, pero recuerdo haber leído hace varios años *Los primeros hombres en la Luna* de un tal H.G. Wells. Podría ser la pista que busco.

Korlius le miró convencido de que el clima de Lartia no le beneficiaba.

Estaban saliendo de la ciudad. Uwyer esperó que Korlius remontara el vuelo cuando no viera ningún vehículo en la carretera. Llegarían a la base en poco más de una hora.

El Jerarca guardó silencio hasta que vio que volaban hacia las montañas. En ningún momento había dejado de pensar en el viejo llamado Wells y en el hombre del mismo nombre que mil años antes escribió una historia que le cautivó siendo un adolescente, a pesar de contener demasiados errores científicos. Según el escritor inglés, el hombre llegó a la Luna con el empleo de un metal llamado cavorita con el que construyó un vehículo esférico y...

Uwyer sintió un escalofrío; miró de soslayo a Korlius, quien parecía no haberse dado cuenta de su turbación.

Repitió mentalmente varias veces la palabra esfera, la forma que tenía el navío que la fantasía de Wells imaginó para su novela.

Primero estaba la referencia a una luz situada en el confín de un planeta en la novela *El faro delfín del mundo*, y luego la alusión a la nave esférica construida en cavorita. Si no se había dejado llevar por la imaginación, podía tomaren consideración que la persona que hiciera alarde de poseer tales conocimientos no podía ser otro que... Uwyer sacudió la cabeza. No se atrevía a llamar viejo al individuo que tanto le había desconcertado.

Le costaba creer que aquel tipo de cabellos blancos y grandes patillas llamado Verne o Wells fuera quien había empezado a sospechar que era tras encajar algunas piezas del rompecabezas.

El vehículo empezó a descender: Uwyer se reconfortó pensando que pronto iba a abandonar Lartia.

«...Su política exterior benefició a la Tierra. A medida que iba conquistando los Mundos Primarios, obligaba a sus habitantes a firmar pactos en los que se comprometían a aportar mano de obra, materias primas y soldados al Imperio, que por medio de esta política obtenía excelentes beneficios económicos a la vez que adiestraba a sus vasallos a combatir con medios modernos y al manejo de naves de combate dotadas con Impulsores Kerlthe. Sin embargo, el Imperio fue abonando sin darse cuenta un campo del que no tardarían en brotar los primeros síntomas de rebelión...»



## CAPITULO VIII - LA PRIMERA BATALLA

A criterio de Chimara, el Coordinador Murond era un maleducado al no cambiar con ella más de media docena de palabras cuando fueron presentados.

Aunque sólo se veían cuando tenían tareas comunes que realizar en el puente, Chimara decidió ignorar al desgalita. Ya tenía bastantes preocupaciones para añadir una más. Cada día que pasaba sin descubrir los propósitos del Grandal, su desesperación aumentaba.

Tras dos semanas de navegación y tres saltos por el hiperespacio, la flota inició el proceso de deceleración. Chimara intuyó que había llegado el momento crucial; las comunicaciones se habían estabilizado y los comodoros empezaron a solicitar instrucciones para el agrupamiento alrededor del acorazado del Tercer Dusek.

El TK no había sido utilizado desde que abandonaron Corvus, y esto causaba demoras que irritaban a los navegantes. Tardó en averiguar que el silencio estaba impuesto por una orden expresa del Grandal, que por ninguna razón podía ser vulnerada.

Chimara llegó a la conclusión de que a bordo nadie conocía el destino de la expedición aparte del Grandal; pero tenía el presentimiento de que el Portador Loulakais participaba del secreto. En cierta ocasión vio de lejos al representante de los Gremios merodear por el puente, y se preguntó qué hacía allí.

Al cumplirse la décima hora de deceleración, el Grandal convocó a los Coordinadores ante el plano estelar del puente. Chimara cruzó el puente para llegar a la reunión, caminando por un corredor de energía, viendo flotar sobre su cabeza las cápsulas ocupadas por los navegantes enfrascados en el seguimiento de cada nave de las flotas, moviéndose delante de los centelleantes paneles bajo la enorme bóveda en la que desde hacía un rato habían empezado a aparecer las estrellas.

Manejando un puntero luminoso, después de comprobar que los dos Coordinadores le prestaban atención, Delbert señaló un círculo amarillo que destacaba en el centro del mapa.

—Este es el objetivo —dijo—. Cuando el proceso de deceleración haya concluido en el punto dos cinco, estaremos a veinte millones de kilómetros de nuestro destino, lo cual ocurrirá dentro de cuarenta minutos. Cada jefe de nave permanecerá en su puesto esperando mis órdenes. En su momento sabrán cuándo deben leer las instrucciones que les serán entregadas, y las comunicarán a los navegantes.

Un oficial repartió cilindros de metal entre los comodoros y los dos coordinadores. Chimara contempló el suyo y acarició el dispositivo de apertura, lamentando que se enviarían las claves a los comodoros corvusianos sin haber tenido tiempo de interpretarlas. Los convertidores hacían ininteligibles los datos del Grandal y ella nunca llegaría a conocerlos. Se sintió frustrada al presentir que su misión estaba condenada al fracaso.

—¿A qué mundo se dirigirán las flotas? —preguntó.

El Grandal se volvió y la miró. La pregunta de la muchacha lo había pillado desprevenido y por un momento estuvo tentado de hacerla callar, pero después de reflexionar dio unos pasos y se detuvo delante de Chimara, con las piernas separadas y balanceando el cuerpo.

—Carece de nombre —replicó secamente—. Será llamado Objetivo D. ¿Alguna otra pregunta, Coordinadora?

Chimara sintió que se le encendían las mejillas. Había comprendido demasiado tarde que su pregunta había irritado al Grandal. El nativo de Desgal se aproximó, solicitó la palabra y dijo tan pronto como le fue concedida:

—Señor, hasta ahora hemos estado usando el sistema convencional para comunicarnos. ¿Cuándo vamos a emplear el TK? Me preocupa sobre todo la eficacia en mi trabajo.

El Grandal se tomó unos segundos para meditar la respuesta. Chimara miró al otro lado del mapa, donde el Portador Loulakais, una figura borrosa tras la masa de estrellas reproducidas, le

pareció un fantasma.

Apartó la mirada del servidor de los Gremios y volvió la atención al Grandal, quien en ese momento respondía al desgalita:

—Gracias por su interés, Coordinador Murond; puedo anticiparle a usted y a su compañera que las flotas no se distanciarán entre sí más de diez segundos luz en ningún momento. Si habían pensado que hemos venido a combatir, han acertado. El ataque contra el Objetivo D dará comienzo tan pronto como la última nave termine de salir del hiperespacio y su deceleración haya concluido.

Vamos a asestar un golpe rápido y contundente en el sector de ese planeta donde están concentradas las fuerzas hostiles al Imperio, pensó Ghimara, y por lo tanto la dispersión sería tan mínima que no haría necesario el uso del TK.

Carraspeó y atrajo de nuevo la atención del Grandal. Ante el estupor general, Ghimara no esperó que se le diera permiso para hablar.

—¿Continuará la prohibición de uso del TK si el enemigo nos obligase a una apertura mayor de lo que ha sido calculada?

—Eso no ocurrirá —dijo el Grandal, mirándola fijamente, como si quisiera grabar sus facciones para siempre—. Los jefes se atenderán a las instrucciones. Es todo, caballeros. Pueden retirarse. Regresen a sus puestos y cumplan mis órdenes.

Los miró convencido de que los comodoros se preguntarían quién era el enemigo del Imperio que iba a conocer el Fuego del Emzarkhan.

Ghimara respiró varias veces para ocultar su nerviosismo. Saludó al Grandal con una inclinación de cabeza y salió del puente por una puerta lateral, seguida por el desgalita a corta distancia.

Giró la cabeza y vio que el Portador se deslizaba por el otro lado del mapa y se reunía con el Grandal. Los dos iniciaron una conversación justo en el instante en que la deceleración del Tasla había disminuido a menos de siete puntos.

—Acompáñeme, Ghimara —le dijo Murond, acercándose a ella.

Las palabras del desgalita le sonaron como una amenaza y estuvo a punto de salir corriendo, pero él la agarró de un brazo y la obligó a entrar en una cabina de descanso.

—Por favor, no cause más problemas —le pidió el Coordinador, cerrando la puerta—. Aquí dentro hay un suministrador. Si este es su primer servicio, le aconsejo que se tome un tranquilizante.

—¡No lo necesito! Déjeme salir.

—¿Se calmará si se lo suplico?

—¿Qué quiere de mí? No tengo mucho tiempo. Recuerde que debemos transmitir las órdenes selladas del Grandal a nuestras respectivas flotas.

La cabina tenía capacidad para más de diez personas y disponía de varios servicios. Ghimara vio que el desgalita se volvía, y pensó que iba a pedir un calmante para ella; pero le sorprendió al ver que aseguraba la puerta con su código personal.

—Entrégueme sus órdenes —dijo Murond, tendiendo una mano.

Ghimara agarró con fuerza su disco y retrocedió un paso.

—¿Se ha vuelto loco? Sabe perfectamente que no puedo hacerlo.

—Sólo quiero constatar el contenido de su disco con el mío.

—¡Esto es contrario a las ordenanzas! Nos está prohibido conocer las órdenes dadas por el máximo superior de una operación de guerra.

—Mire lo que hago con las malditas ordenanzas.

Murond apretó el botón de su disco. Una vez abierto insertó un hilo a su oreja derecha y permaneció en silencio unos segundos, sin desviar su mirada de la muchacha. Ghimara comprendió que el desgalita estaba entrenado para interpretar los códigos secretos sin necesidad de un convertidor.

—Lo que ha hecho podría costarle muy caro —dijo Ghimara, respirando con dificultad.

—Podría costarme la vida —sonrió Murond con tristeza—. Ahora debo leer su disco, Coordinadora.

Ella volvió a retroceder.

—No me obligue a usar esto —Murond había sacado una pequeña pistola y apuntó a la muchacha—. Si lo prefiere puedo hacerle daño, herirla superficialmente para que todos piensen que la obligué a darme el disco, si fuéramos descubiertos. Desprecio a los corvusianos tanto como ustedes a nosotros, pero las circunstancias nos obligan a colaborar y a entendernos, Ghimara Lant.

—Pero ¿qué demonios se propone?

Sin dejar de vigilarla, Murond hizo lo mismo con el disco de Ghimara. Le llevó menos tiempo para leerlo y luego lo arrojó junto con el suyo al vertedero que los llevaría directamente al crematorio de la nave. Cuando los vio desaparecer, se volvió despacio hacia ella.

—Escúcheme atentamente, Ghimara. Tiene que confiar en mí. Según he leído en los mensajes, el Grandal pretende enviar en vanguardia a las flotas de Desgal y Corvus para lanzarlas a un ataque suicida. Sus compatriotas y los míos serán carne de cañón una vez más. ¿Quiere saber por qué se retrasó la flota de Desgal? Cuando recibimos la orden de incorporarnos pensamos desobedecerla; pero desistimos de ello para librar a nuestro mundo de las represalias que tarde o temprano decretaría el Imperio. El poder de la Tierra se está desmoronando. ¿Es que no se da cuenta? El Grandal solicitó diez flotas, pero sólo han acudido dos. ¿Dónde están las restantes? Ocho no han respondido a su llamada. ¿Va entendiendo?

—No, no puedo comprender nada.

—Ocho flotas se han rebelado. Quizá algunas están atacando en este momento alguna base imperial.

—Me cuesta creerle.

—Le digo la verdad. Dentro de poco el Tercer Dusek no tendrá bajo su mando a ningún aliado al que sacrificar para mayor gloria suya. Si actúo con rapidez puedo sustituir el mensaje que he destruido, anular la orden de ataque y advertir a mi comodoro de la trampa que el Grandal nos ha preparado. Antes de que las flotas se reúnan, la de Desgal no cubrirá el sector que le ha sido asignado y saltará al hiperespacio. Le aconsejo que haga lo mismo, Coordinadora. Las naves de Corvus deben regresar a su mundo y prepararse para defenderlo cuando el caos se apodere de la galaxia; si se quedan ayudando al Grandal a destruir un mundo cometerán un error del que se arrepentirán. Si a pesar de lo que le he dicho prefiere no seguirme, deberá mostrar una herida cuando vengan a sacarla de aquí. Procuraré no causarle un daño irreparable.

—Está loco —contestó Chimara, mirando horrorizada el arma del desgalita que apuntaba a sus piernas.

Había tenido un presentimiento y se llevó la mano izquierda a la frente y luego al corazón, a la vez que recitaba las palabras que Ahmel le había enseñado, asegurándole que eran de una lengua extinguida llamada latina.

Esperó la reacción de Murond. Si se había equivocado, vería el asombro en su rostro.

El Coordinador, después de parpadear, susurró:

—Ha hecho el signo de Almanzar.

Ella lo repitió y él respondió sin titubear. Chimara respiró con alivio. A partir de aquel momento los dos estaban unidos por la Logia.

—¿Qué piensas hacer, hermano? —preguntó—. ¿Acaso tus superiores te han exigido el máximo sacrificio?

—Tengo un plan para salir de aquí. Un hermano nuestro, a bordo de una nave, espera mis noticias. Cuando las reciba, informará a los oficiales de las intenciones del Grandal y se apoderarán de los puentes de mando.

—¿Un motín?

—No podemos confiar en la oficialidad; la mayoría es adicta al Imperio. Si los dioses nos ayudan, escaparemos antes de que el Grandal nos obligue a atacar ese planeta del que nada sabemos.

—¿Cuál es tu plan?

—Sencillo pero eficaz. Chimara Lant, no puedo garantizarte nada, pero a mi lado tendrás al menos una oportunidad de sobrevivir. Si decides quedarte, no habrá salvación para ti.

Chimara se mordió el labio superior y asintió.

—Ahora confío en ti, hermano.

—Estaba seguro que dirías eso —sonrió el hombre de Desgal—. Me sorprendiste cuando te identificaste como almanzariana; ignoraba que hubiera hermanos en Corvus, pero de eso hablaremos más adelante. Lo importante en este momento es conseguir una cápsula de salvamento. Antes de que nos echen de menos estaremos a bordo del crucero de nuestro hermano en la fe.

—¿Qué pasará si el motín no triunfa?

Murond sonrió de oreja a oreja.

—No pienses en eso.

Chimara titubeó.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Murond, sorprendido.

—No puedo acompañarte, lo siento.

—¿Por qué? Acabas de decirme que sí...

—Fui enviada por la Logia de Corvus para llevar a cabo una misión.

—Puedo adivinar de qué se trata.

—No, no puedes.

—Vamos, somos hermanos; aunque hemos trabajado separados, nuestros objetivos son los mismos. Te prometo que cuando estemos a salvo te haré partícipe de lo que he averiguado. He sido más afortunado que tú. Conozco los planes secretos del Grandal y el Portador. Son aliados.

—¿Aliados?

—Tienes que decidirte, Chimara; se nos acaba el tiempo.

—Te seguiré si me dices por qué has destruido los discos. ¿No habría sido mejor llevarlos con nosotros?

—Su metal nos habría delatado al entraren los tubos de salvamento; pero no te preocupes, que sé cómo llegar hasta las cápsulas sin ser descubiertos.

—¿Escaparemos juntos?

—El viaje hasta la nave de Desgal lo haremos separados. Todas las cápsulas que hay a bordo son individuales excepto la que Grandal reserva para él. Te daré la posición del crucero de nuestro hermano. Dentro de pocos minutos las naves habrán terminado de decelerar y será fácil localizarlo mientras las flotas esperan las instrucciones del Grandal, que por supuesto no les llegarán.

Salieron de la cabina y caminaron presurosos por un pasillo solitario. Usaron un conducto de emergencia y echaron a correr. Llegaron a su destino y se detuvieron para recuperar el resuello.

—Cuando se den cuenta de que hemos escapado, estaremos a bordo del crucero desgalita. Minutos después se iniciará la estampida que dejará al Grandal paralizado por el espanto.

—¿Cómo podré volver a Corvus? Debería buscar una nave de mi mundo...

Murond soltó un gruñido; su mirada brilló un instante.

—No quiero ofenderte, pero dudo que los corvusianos se amotinen y deserten. Tu gente carece de iniciativa y es cobarde por naturaleza.

—Te equivocas —replicó Ghimara, incómoda—. Desgal está demasiado lejos de Corvus para que nos conozcáis.

—Las distancias son las culpables de los males que pudren las colonias, pero son la fuerza del Imperio. Si pudiéramos comunicarnos al instante por un medio parecido a los TK... Pero es una discusión que puede esperar. Hemos llegado, hermana.

Ante ellos se abría una abertura que mostraba el interior de una sección del tubo de emergencia. Una cápsula medio transparente yacía en el fondo, y detrás varias más formando una hilera que se perdía en la oscuridad.

—¿Sabes manejar este modelo? —preguntó Murond. Al ver que Ghimara asentía, añadió—. Límitate a seguirme a corta distancia. Te resultará fácil si usas los cuadrantes automáticos. En el caso de que me perdieras de vista, recuerda la posición del crucero. Estará emitiendo una pequeña señal que sólo podemos captar nosotros mediante este seguidor—. Le entregó un cubo de cristal.

Se estrecharon las manos e hicieron el saludo de la Logia.

—No te preocupes por el contenido de los discos —sonrió el desgalita—, pues lo guardo en

mi memoria. Cuando estemos a salvo te revelaré lo que he descubierto en el Tasla.

Ghimara observó a Murond entrar en la cápsula. El desgalita se volvió y la saludó con la mano antes de cerrar la cabina. Luego pulsó el botón de la puesta en marcha y el ahusado vehículo se deslizó varios metros; otro igual ocupó su lugar y Ghimara se apresuró a entrar en él. Cuando la escafandra cubrió su cabeza y el traje de presión se ajustó a su cuerpo, la puso en marcha y siguió al desgalita.

El final del tubo se abrió delante de Murond cuando se hallaban a menos de veinte metros. Ghimara había contenido la respiración hasta ese momento y lanzó un suspiro de alivio al avistar las estrellas tras el muro de energía. Sobre el reducido panel de mandos un diminuto cubo emitía destellos plateados; segundos después se hallaba en el espacio, alejándose del acorazado Tasla y la flota imperial.

La cápsula de Murond se perdió en la oscuridad. Chimara ajustó los controles y relegó al computador el trabajo de seguir a la unidad que la precedía.

Sólo utilizó los mandos para aumentar la velocidad. Volvió la cabeza y contempló la masa del Tasla perderse en la distancia, hacerse más pequeño su fuselaje de plata tachonado de las torres de proyectores láser y las cúpulas de los lanzadores del Fuego del Emzarkhan.

Más de una vez perdió el rastro de Murond, pero a través del rastreador volvió a encontrarlo. La placa luminosa del pequeño panel le fue mostrando las posiciones de las naves imperiales. A la derecha estaba la flota de Desgal, agrupándose en una doble formación delta. Las naves de Corvus, más alejadas, cubrían el flanco izquierdo.

Su atención fue atraída por el planeta conocido como Objetivo D en el plan de ataque. Lo estuvo observando hasta que la cápsula efectuó un extraño giro no programado. Quedó desconcertada. Aún tenía la mirada vuelta cuando un resplandor cegador, nacido en el profundo espacio, la obligó a cerrar los ojos. Fue un bramido largo y silencioso de luz que durante varios segundos eclipsó el brillo de las estrellas, del próximo mazo de asteroides y del sol del sistema planetario.

Chimara localizó el origen del estallido: una nave terrestre situada a varios kilómetros del Tasla se consumía en medio de una gigantesca hoguera blanca, devorando millones de toneladas de acero y dos mil seres humanos.

Aún no se había recuperado del sobresalto cuando localizó otras explosiones que fueron surgiendo en el negro vacío, trazando ígneas líneas en el centro de la formación.

La cápsula empezó a dar tumbos al ser alcanzada por las ondas de choque, quedando envuelta en un violento fulgor escarlata. Chimara tuvo que apartar la mirada. A pesar del filtro de su casco, el resplandor podía dejarla ciega.

Continuó girando en un segmento del furibundo ataque por sorpresa. El enemigo había sabido elegir el momento para mostrarse a las flotas invasoras, cuando más de la mitad de sus naves aún no habían terminado la deceleración ni se habían adaptado a la velocidad sublumínica. La devastadora destrucción les había golpeado como un martillo sobre un yunque.

Como si estuviera burlándose de cuanto ocurría, el mundo Objetivo D destacaba entre la miríada de estrellas.

Chimara no sabía dónde estaba Murond, ni tenía la esperanza de volver a encontrarlo. Intentó localizar a la flota desgalita tras comprender que sólo en una de sus naves podía encontrar la salvación; pero ninguna conservaba su posición original y se movían desesperadamente intentando eludir el ataque.

Nuevas ondas de energía golpearon furiosamente la cápsula; Chimara terminó de perder el escaso control que ejercía sobre ella, se olvidó del desgalita y únicamente pensó en escapar de aquel infierno. Aceleró al máximo el pequeño motor, olvidándose de que no podría llevarla más lejos de la ruta programada.

Lanzó una mirada de espanto a las convulsiones que emitía el detector, enloquecido a causa de las deflagraciones que se sucedían a su alrededor.

Se preguntó cómo la armada de aquel mundo había podido sorprender a la flota invasora; su aproximación debió ser detectada con tiempo suficiente para preparar la defensa. El ataque había

sido fulgurante, como si las naves no hubieran partido del planeta, sino surgido del hiperespacio. Chimara sacudió la cabeza. Era imposible. No había que ser un experto navegante para considerar irrealizable semejante proeza: una nave recién incorporada al espacio normal necesita bastante tiempo para normalizar sus sistemas, el proceso de deceleración era condenadamente lento. ¿Cuántas naves formaban la flota enemiga y cuántas aliadas habían caído hasta aquel momento? Pensó que nunca conocería el desenlace de la batalla. Iba a morir sin saber ni quiénes eran los atacantes.

Después de descartar como destino el planeta llamado Objetivo D debido a la distancia, Chimara trazó una nueva ruta que la alejara de la muerte. El conglomerado de asteroides estaba a su alcance. Podía ser un refugio temporal hasta que terminase la lucha.

Los nuevos destellos de las explosiones a sus espaldas la convencieron de que era la única decisión que podía tomar y dirigió la cápsula hacia el cúmulo de rocas.

«...Los testimonios reunidos en la Tierra durante el siglo XXI acerca de Dhrule eran confusos. Al principio se pensó que sólo era un mundo, pero otros teóricos, entre ellos Percival O'Hara, afirmó que eran dos planetas. A la vista de Lartia nadie sospechó de la superchería, a pesar de que los escasos informes que se conservaban no mencionaban la existencia del Mazo de Asteroides que lo rodeaba, un dato que no figuraba en las crónicas...»

## CAPITULO IX - ARRIBADA FORZOSA

Los chasquidos metálicos que produjeron los contactos al cerrarse despertaron a Chimara del sopor en que había caído en contra de su voluntad, vencida por el cansancio y muchas horas de vigilia.

Sintió los miembros entumecidos, y se hubiera incorporado para flexionar las piernas si se lo hubiera permitido el reducido espacio de la cabina. Comprobó que su casco seguía bien sujeto, así como todas las piezas del traje.

Sus cansados ojos escrutaron una vez más la pantalla y el cuadrante.

Si el computador de la cápsula había dispuesto que su traje de presión permaneciese cerrado, debía entender que no consideraba el vehículo seguro para el pasajero.

Las luces rojas se apagaron, las verdes aumentaron de intensidad y los indicativos del papel permanecieron inmovilizados. El microdetector funcionaba sin descanso, así como el visor de proa. El primero emitía zumbidos de alerta cada vez que el vehículo se aproximaba a un asteroide, apartándose de la ruta de colisión. Chimara se preguntó cuánto tiempo más podría soportar aquella tensión. Empezó a preocuparle la reserva de aire y de alimentos.

Se acercaba velozmente al sector del conglomerado de asteroides más denso. El tiempo transcurrido desde su fuga del Tasla era de cuarenta horas. Los pequeños propulsores de la cápsula se habían apagado hacía rato y sólo funcionaba la tobera de emergencia. El nivel de combustible no tardaría en estar a cero, y con tan escasa energía descendería la presión de la cabina y ella empezaría a notar los primeros síntomas de asfixia.

Se llevó la mano al pecho y tanteó la placa de mando de su equipo. Estaba sedienta y buscó el dispositivo que llevaría agua a su boca. Después de beber unos centímetros cúbicos, ingirió varias dosis alimenticias. Podía resistir un par de horas. Pero ¿qué haría después?

Se enderezó, hizo un esfuerzo y el traje se desprendió del respaldo del asiento. El bulto adosado a su espalda era un pequeño propulsor capaz de transportarla unos veinte kilómetros. Tendría que salir de la cápsula cuando una roca saliera a su encuentro y la poca energía que quedaba no fuera suficiente para esquivarla.

Empezó a creer que no había tenido una buena idea refugiándose en aquel maldito laberinto de pedruscos. Suponiendo que la cápsula no interceptase la ruta de una roca mayor que su puño, ¿qué sería de ella cuando el propulsor se agotara y la unidad empezara a vagar entre guijarros, algunos tan grandes como un crucero?

El detector la avisó de la aproximación de un cuerpo rocoso de dos kilómetros de largo por uno de ancho. El visor le mostró una superficie rugosa, erosionada y corroída por millones de impactos.

Chimara comprendió que no podría eludir aquel asteroide ni ir más allá de su órbita: la cápsula estaba dando sus últimos estertores. Se preguntó si valdría la pena intentar mentalizarse a la muerte mediante un proceso psíquico que la ayudara a resignarse con su destino. Sonrió. Ni siquiera encomendándose a sus dioses encontraría la serenidad necesaria para enfrentarse al fin.

Sólo le quedaba la posibilidad de acoplarse a la velocidad del asteroide y posarse en su superficie. Le costó reconocer que era la única maniobra posible. Sin dejar de vigilar la gran roca que se acercaba a ella, pidió al computador un análisis de la que iba a ser su tumba.

Se quedó perpleja cuando leyó el resultado. ¡El asteroide poseía una atmósfera lo suficientemente densa como para permitirle respirar! Aquello era imposible, estaba fuera de toda lógica. Después de una segunda comprobación, pensó que había enloquecido o estaba soñando. Un resto de razón le gritaba que el analizador tenía que estar equivocado.

Su desesperación aumentó cuando descubrió que el sistema de reciclaje de su traje llevaba varios minutos sin funcionar. Como una burla más del destino, la cápsula empezó a acelerar hacia el asteroide. A punto de gritar para maldecir su suerte, Chimara se dio cuenta que una fuerza

irresistible la atraía hacia la roca.

Cuando el vehículo empezó a describir la primera órbita alrededor del asteroide, Chimara ya estudiaba su atormentada superficie. Sin dudarle, tiró de la palanca roja y al instante la cabina se separó de la cápsula, fue catapultada y empezó a descender.

Contempló horrorizada cómo la superficie del asteroide se acercaba a ella con rapidez. Rompió la cabina con los puños, fue rodeada por un torrente de burbujas y se encontró fuera de ella. Encendió el propulsor y logró disminuir la velocidad de caída. ¿Qué estaba pasando?

Cerró los ojos al sentir que sus botas tocaban el suelo; estuvo a punto de perder el equilibrio, y jadeó asustada al comprobar que era atraída por una gravedad similar a la de Corvus. Aquello no podía ser, se dijo mientras se revolvía y trataba de mantenerse en pie.

Cayó de espaldas, sintió el golpe del propulsor contra una roca y escuchó un silbido que le heló la sangre. Durante casi un minuto permaneció quieta. No se atrevió a moverse hasta que vio las estrellas a través de una densa cortina opaca y el negro del espacio adquirir un tono azulado. Se levantó y dio unos pasos, sin poder dejar de pensar que pronto su traje dejaría de suministrarle oxígeno y tendría una muerte horrible.

Cuando sintió las primera boqueadas y todo a su alrededor empezó a nublarse, avanzó penosamente; casi no le quedaban fuerzas y tuvo que arrastrarse, temiendo que la cabeza le fuera a estallar.

Alzó la mirada. El horizonte surgió bruscamente ante ella, liso y curvado. Sollozó maldiciendo su destino.

Permaneció encogida, intentando respirar con lentitud. Cansada de tanto sufrimiento, decidió poner fin a su agonía y acercó la mano al dispositivo que abriría su traje y levantaría la escafandra. Prefería una muerte rápida. Era lo único que podía hacer.

Alzó el brazo a la altura de los ojos para comprobar los indicadores encajados en la muñequera. Al hacerlo se quedó perpleja. El curvado horizonte que había surgido de repente ante ella le mostraba una cadena de montículos cubiertos de pequeños árboles.

Algo se movió ante ella, una pequeña cosa, como una luciérnaga azul.

Chimara miró el sucio. La hierba la rodeaba. Se inclinó y cogió un puñado de tierra. Estaba húmeda. La dejó escapar entre sus dedos.

Si iba a volverse loca, prefería terminar cuanto antes. Apretó el dispositivo, el traje de presión cayó a sus pies y el casco rodó lejos. Miró por encima de la pequeña cordillera; las estrellas brillaban en la noche, el sol lanzaba su resplandor sobre las capas altas de la atmósfera. Un asteroide con aire, pensó Chimara. Qué locura.

Pero estaba respirando y el aire que llenaba sus pulmones tenía sabor a canela, podía paladearlo, se embriagó con él.

Se incorporó y echó a correr en dirección a las colinas, pensando que si sus picos eran blancos podían estar nevados. Deseaba tocar la nieve, lanzarla a puñados...

Corrió entre los arbustos que apenas le llegaban a la cintura; saltó un riachuelo de aguas cristalinas, escuchó el canto de los pájaros que no podía ver, sintiendo en el rostro la brisa cálida que se había levantado.

A lo lejos se alzaba un bosque de grandes árboles, con frondosas copas llenas de hojas largas y delgadas, verdes y brillantes, que el viento sacudía de un lado a otro.

A sus pies había un macizo de flores amarillas, blancas y verdes, y sobre ellas revoloteaban nubes de mariposas.

Un momento antes había pensado en mariposas.

Abrió la boca y aspiró el aromático aire; le llegó el rumor del agua de una cascada, y su frescor la envolvió. Sintió que su rostro se cubría de rocío.

—¡Estoy viva! —gritó.

Rompió a llorar y cayó de rodillas, sacudiendo el pelo. Al echarlos hacia atrás, un pájaro de doradas plumas se posó en su mano, la obsequió con un largo trino y echó a volar hacia el cielo.

Chimara volvió a ver la luciérnaga flotar a escasa distancia.

El Portador puso una lámina de metal ante los enrojecidos ojos del Grandal.



—¿Qué dice? —preguntó Delbert, tras reconocer que el mensaje de la Tierra había llegado por vía TK. Se estremeció a la vista del símbolo del Emzarkhan que lo encabezaba.

—Nos piden explicaciones. Debe ser obra del Chambelán Zusemei, pero debemos considerarlo como si lo hubiera firmado el mismo Emzarkhan —replicó Loulakais con voz gutural—. No tuve más remedio que informar a la Tierra. Lo siento.

Delbert le arrebató la lámina y la estrujó hasta convertirla en una lluvia de partículas metálicas.

—Zusemei debe ser feliz—masculló—. Mi desgracia es su felicidad.

Loulakais respiró profundamente, hastiado ante la actitud derrotista de su aliado tras la breve batalla. Sabedor de que en tales circunstancias poco podía esperar de él, había despertado un odio profundo hacia el Grandal, a quien le humillaba más la victoria moral de su rival que la fulgurante derrota sufrida a la vista de Dhrule.

Echó una mirada al otro lado de la balaustrada. En el centro del puente de mando seguía en posición de firmes el grupo compuesto por ochenta y dos oficiales, sobre una plataforma de metal rojo, con la mirada fija en el suelo. Todos temblaban.

Sin dejar de observar al grupo, el Portador dijo al Grandal:

—Aún no te han sido arrebatados los poderes extraordinarios que te fueron concedidos. Sigues disponiendo de libre albedrío en esta campaña. El mensaje sólo te ordena informar. No te destituyen, ni te sugieren que te vuelas la tapa de los sesos.

El Tercer Dusek siguió con la mirada el gesto de Loulakais, indicándole la plataforma ocupada por los oficiales de las flotas de las colonias de Corvus y Desgal. En la pasarela que la rodeaba había soldados del Tasla, con las armas apuntando a los prisioneros. El Portador sonrió íntimamente a la vista de aquella innecesaria medida de seguridad; ninguno de los ochenta y dos hombres y mujeres podía salir de su confinamiento en la plataforma.

La visión de los prisioneros alteró a Delbert, le recordó su humillación. Levantó un brazo y un técnico situado detrás de él pulsó una serie de botones de la mesa que tenía a su lado.

Un halo rojizo surgió del borde de la plataforma, la rodeó y arrancó una oleada de gemidos en los hombres y las mujeres arracimados en ella. El piso de color de sangre adquirió un rojo intenso, se volvió blanco y apareció una neblina espesa que se elevó sobre las cabezas de los prisioneros, envolviéndolos como si fueran los tentáculos de una medusa gigantesca.

—¡Más rápido! —gritó el Grandal, agarrándose a la balaustrada—. ¡Quiero que acabe pronto!

El técnico aumentó la potencia de la máquina de ejecución, la neblina se hizo más densa y en pocos segundos cubrió a los condenados. Un siseo agudo se elevó hasta el techo, de pronto sobrevino el silencio, y cuando la niebla se disipó no quedaba sobre la plataforma el menor rastro de los ochenta y dos seres humanos.

Limpio y rápido, pensó el Portador, ocultando una sonrisa. La muerte de los demás siempre era un espectáculo divertido. Confiaba que aquellas muertes serenarían al Grandal.

Sonaron pisadas en el palco. El oficial de guardia se cuadró e hizo entrechocar los tacones de sus relucientes botas.

—Señor —dijo al Grandal—, ya han sido reagrupadas las naves que intentaron desertar. Nuestros oficiales han asumido el mando y la ejecución ha sido transmitida a todas las unidades. Siguiendo sus órdenes, las tripulaciones han sido obligadas a presenciarla.

—Hubiera sido mejor haber ordenado la ejecución de la mitad de todas las tripulaciones —dijo el Portador—. No son de fiar.

—Y yo lo habría ordenado con gusto, Dytri, pero no dispongo de oficiales ni tripulantes suficientes para cubrir los puestos. Necesito todas las naves que no consiguieron desertar. ¿Se han encontrado los cuerpos de los Coordinadores?

La pregunta la había hecho al oficial y éste la respondió con un silencio que para el Grandal no podía ser más elocuente.

Cuando le fue informado de la fuga de los dos Coordinadores a bordo de sendas cápsulas, minutos antes de que se iniciara el ataque, Delbert supo a quiénes debía su derrota. Si en aquel momento le hubieran arrojado a sus pies a Murond y a Chimara, los habría matado con sus propias

manos. El hecho de que sus cadáveres no hubieran aparecido a bordo de ninguna nave en la que el motín había fracasado, le devolvía la esperanza de encontrarlos vivos. Delbert no quería atormentarse más y dijo al oficial:

—Transmita al puente que las actuales posiciones deben ser mantenidas.

Tras un sonoro golpe de tacones el oficial se retiró seguido por la mirada de Loulakais. A Delbert no le pasó desapercibido el destello de odio que brilló en la mirada del Portador. Desde hacía siglos en los Gremios latía un viejo resentimiento hacia la élite militar que el paso del tiempo había aumentado.

—Los nuevos comodoros aliados cumplirán con su deber y mantendrán la disciplina en las naves después de haber presenciado la ejecución —murmuró Delbert—. Sin embargo, los vigilaré de cerca. Cuando todo haya terminado, me ocuparé de otros altos cargos.

Loulakais cruzó los brazos. Recordó los acontecimientos recientes. Al igual que el Grandal, seguía sin comprender que el misterioso enemigo les hubiera podido sorprender. Las flotas imperiales y aliadas, como si se hubieran empeñado en parodiar y superar la tradicional torpeza en la guerra de los humanoides de Rigel, unos seres tan repugnantes como pacíficos que se hallaban en vías de extinción, habían estado a punto de ser destruidas en su totalidad.

Para el Portador continuaba siendo un misterio la procedencia de las naves enemigas; no creía que hubieran partido del planeta, pues les atacaron con demasiada rapidez. La única explicación posible era que les habían estado esperando escondidas en el Mazo de Asteroides y desde allí se lanzaron contra ellos en una acción fulgurante. Afortunadamente, no mantuvieron el fuego demasiado tiempo y su ataque fue breve. Sólo habían perdido cinco acorazados terrestres, dos de Corvus y uno de Desgal, siendo averiadas un total de quince unidades de las tres flotas. Aunque considerables, contando las unidades desertoras, las pérdidas no llegaban al treinta por ciento.

Los oficiales aliados que no se apoderaron del mando de las unidades donde se produjeron motines fueron detenidos y trasladados al Tasla. Después de un rápido interrogatorio, y sin juicio previo, el Grandal dictó su sentencia de muerte.

Casi todas las naves de Desgal habían logrado escapar a través del hiperespacio, antes de que los acorazados terrestres, una vez que el enemigo desapareció tan velozmente como surgió, se lanzaran tras ellas. Loulakais creía que la desertión estaba planeada y los comodoros aliados sólo esperaban una señal. Se preguntó si ésta había sido transmitida por los Coordinadores.

—Lo más humillante ha sido que no hemos causado ni una baja al enemigo —se lamentó el Grandal, mirando con odio el punto reflejado en un mapa, representando al planeta conocido por todos como Objetivo D excepto para él y el Portador—. Si hubiéramos conseguido abatir una nave enemiga antes de retirarnos... ¿Cuántas unidades nos atacaron? ¡Ni siquiera lo sabemos! Fue sorprendente su capacidad de fuego, la certeza que tenían del lugar al que debían dirigir sus disparos... ¡Sabían en qué punto y a qué distancia de su planeta apareceríamos, y esperaron para atacarnos hasta que la última de nuestras naves saltase al espacio normal! Habrán vuelto a su mundo riéndose de nosotros. No pude hacer otra cosa que ordenar la retirada, era lo mejor que podía hacer, ¿verdad, Dytri?

—Por supuesto —dijo el Portador, irritado porque el Grandal le había recordado los errores que los dos habían cometido—. Hiciste lo correcto. Todavía conservamos el setenta por ciento de los efectivos.

¿Para qué decirle lo que pensaba respecto a lo que el Grandal consideraba una maniobra perfecta de retirada en orden? Para él era una huida vergonzosa ante un enemigo supuestamente inferior en número aunque no en capacidad de fuego y organización, lo que le intranquilizaba porque en ningún momento había esperado encontrar tanta resistencia en el mítico Dhrule.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos antes de que me arrebatan los privilegios, Dytri? —preguntó ansiosamente el Grandal.

—¿Qué estás pensando?

—Dhrule había sido informado de nuestra llegada y nos tenía preparada una trampa, conocía el lugar exacto por el que apareceríamos. Sin embargo, no nos persiguieron. ¿Por qué? Nos tenían en sus manos, podían habernos aniquilado. Su primer ataque era perfecto, pero cometieron una

torpeza al no perseguirnos. Hubo un segundo ataque, Dytri, pero torpe, como si lo hubiera dirigido una pandilla de ineptos. Pudieron destruir más de la mitad de nuestros efectivos, pero no lo hicieron.

—A mí también me pareció estúpido su ataque final, pero debemos alegrarnos de que fuera tan distinto al primero. Si la segunda oleada hubiera actuado como la que nos sorprendió, en este momento no estaríamos preguntándonos qué ha pasado.

—¿No pudieron o no quisieron consumir nuestra destrucción? Tal vez Dhrule no es tan fuerte como creemos ahora. Tal vez estén sorprendidos de su victoria, no esperaban que fuera tan fácil y ahora estén asustados. ¿Se retiraron para defender su mundo? ¿Temieron un ataque desde otro lugar? Incluso podría ocurrir que estén pensando que no volverán a ser molestados.

Delante del mapa tridimensional de la zona, Delbert señaló el Mazo de Asteroides representado por un semicírculo abombado en el centro.

—Lo intentaremos de nuevo —dijo con firmeza—. Nos bastarán las naves que conservamos. Enviaré unas pocas unidades para que realicen un falso ataque por el mismo sendero que íbamos a utilizar. Les permitiremos que nos detecten, y cuando se lancen contra el señuelo, el resto de las flotas los envolverán.

—Es tan simple tu plan que podría resultar —opinó el Portador.

Loulakais entrecerró los ojos. Volvió a analizar la estrategia del Grandal y consideró que más pulida podría tomarse en consideración.

Si antes de la batalla habían deseado una victoria rápida que les permitiera alcanzar los objetivos para colmar sus respectivas ambiciones, ahora la necesitaban para no caer en desgracia ante el Emzarkhan. Tenían que acallar las maledicencias del Chambelán, sofocar la cólera que la derrota despertaría en la Corte.

Disponían de noventa naves terrestres y dieciocho de Corvus en perfectas condiciones; el resto necesitaba urgentes reparaciones. Dentro de cinco o seis días podrían contar con algunas más.

El Portador se planteó si había obrado correctamente al unir su destino al del Grandal.

—Actualmente cualquier movimiento de aproximación a Dhrule por nuestra parte no sería aconsejable—dijo—. Tu plan necesita retoques, y nosotros algún tiempo para reparar los daños. Creo que no mermaría su eficacia dar una tregua al adversario. Donde estamos no pueden detectarnos; dejemos que piensen que hemos huido y tardaremos en volver.

—Tienes razón. No podemos cometer otro error, Dytri. —La luz del puntero que manejaba el Grandal rodeó el Mazo de Asteroides—. Una penetración por este sector haría invisibles a nuestras naves.

—¿Cuándo debo informar a la Tierra de tus nuevos planes?

—No lo harás. Guardaremos silencio hasta que hayamos conquistado Dhrule. Nadie debe enterarse de nuestros planes, ni siquiera el Emzarkhan.

—Excepto los Gremios.

—¿Porqué?

—Si les llegaran rumores falsos podría perjudicarnos más que nuestro silencio. Mis superiores tienen que conocer tus proyectos.

—No necesariamente.

—Claro que sí. Ellos comprenderían nuestra situación y se ocuparían de tranquilizar la Corte, sin duda muy alterada últimamente.

Delbert se restregó las manos.

—De acuerdo. Límitate a informarles sólo de lo imprescindible, nada de detalles. ¿Crees que sería prudente solicitar alguna otra flota aliada?

—Los Gremios podrían terminar de convencer a alguna de las que se han mostrado renuentes a venir. Digamos que estaría aquí dentro de pocos días.

—Confío en ello, Dytri.

El Grandal se volvió y bajó del palco. Loulakais le siguió con la mirada.

Aún no había contado a Delbert cómo fue apresado el kerlthe que fue convertido en el TK del Tasla. Se alegró de no haberlo hecho. Aunque el Presidente de los Gremios no le había prohibido

que lo revelara, creía que ganaría más manteniendo la boca cerrada por el momento.

«... Pensaron que los invasores tardarían años en volver; pero las naves del Grandal hicieron acto de presencia antes de lo previsto, obligando a la Jerarquía a modificar sus planes; el estúpido comportamiento de los lárdanos tras la que creían que había sido una gran victoria...»

## CAPITULO X - EL HOMBRE DEL ASTEROIDE

Cuando abrió los ojos sólo recordaba haberse quedado dormida junto a un riachuelo, sobre un montón de hojas que le pareció un mullido lecho.

Sentía las piernas pesadas y agarrotados los brazos; deseó volver a dormir, miró al cielo y le pareció tan extraño que siguiera siendo azul que la idea de que habían transcurrido horas desde su arribada al asteroide acabó de despertarla.

Empezó a recordar. Miró su alrededor y pensó que pasaba de la noche al día en pocos minutos, cada vez que el asteroide giraba sobre sí mismo.

Se levantó y parpadeó al fijarse que el riachuelo casi se había secado y la vegetación se marchitaba. El bosque cercano era por momentos menos verde y menos denso, los troncos de los árboles se encogían y su corteza se caía a pedazos en medio de una lluvia de hojas secas.

Chimara giró la cabeza. Las colinas se desmoronaban, las cimas heladas se desprendían y bloques de nieve rodaban por las laderas.

El aire que hasta entonces había sido limpio y olía a canela, empezó a respirarlo sintiéndolo seco y amargo.

Echó a caminar con cautela. En su interior algo le gritaba que no merecía la pena luchar. Un resto de lucidez la llevó al convencimiento de que aún se hallaba bajo los efectos de la dosis de euforizante que había ingerido y no era capaz de asimilar la realidad.

Todo aquello sólo podía ser un sueño.

El viento era más fuerte y le arrojaba restos de matorrales y lluvias de hojas y flores marchitas, junto con minúsculos trozos de corteza de árbol.

La bóveda se había vuelto gris, anunciadora de tormentas inminentes, cubriéndose de negros nubarrones que se deslizaban veloces de un extremo a otro del asteroide.

A través del tupido velo que se había alzado delante de sus ojos, Chimara descubrió una sombra. Aguzó la mirada y distinguió la figura de un hombre que se recortaba delante del resplandor del sol. A sus espaldas tronó la anunciada tormenta y un relámpago iluminó el negro cielo.

Mientras el hombre se acercaba a ella caminando despacio, Chimara intentó ver su rostro escondido en la penumbra. Su largo cabello gris se agitaba. Las largas patillas que lucía llamaron su atención tanto como el comienzo de una sonrisa cargada de burla que nació en sus labios, como si la situación le pareciera divertida.

El hombre estaba tan cerca que podía tocarle con las manos, pero no tenía fuerza para levantar los brazos. Lo vio llevarse un dedo a los labios para pedirle que no hablara. Le cogió una mano y la obligó a caminar junto a él hacia lo que quedaba del bosque. Detrás de los troncos que se pudrían, se alzaba una muralla de rocas. La entrada de una sombría caverna se abrió ante ellos.

—No mires hacia atrás —le dijo el hombre.

Sobre sus cabezas reventaban los truenos y destellaban los relámpagos. Cuando se aproximaron a la cueva, el aire se calmó, el viento quedó detrás; se hundieron en la oscuridad. Chimara cerró los ojos; sentía frío, la llenaba de zozobra una sensación extraña, la aturdía el vacío que la rodeaba. Caminaba agarrada a la mano del hombre. ¿Dónde la llevaba? ¿En qué extraño lugar despertaría de aquella pesadilla?

—Tiéndete —le pidió el hombre, y la obligó a sentarse.

Chimara sintió algo blando. Se relajó. Mantuvo los ojos cerrados, le daba miedo abrirlos y descubrir lo que la rodeaba. Su instinto le decía que el desconocido no podía haberla llevado a un lugar peor que el que acababa de abandonar, pero le daba miedo comprobarlo.

Las manos del hombre levantaron la manga que cubría su brazo derecho y sintió el contacto de algo cálido en la piel, y luego un líquido caliente recorrer su cuerpo. Los frenéticos latidos de su corazón se calmaron.

—Duerme —escuchó que le pedía la voz.

El paso del tiempo volvió a ser para ella algo extraño, imposible de medir. Cuando reunió valor para abrir los ojos, no sabía si habían pasado unos segundos o días desde que fue obligada a tenderse en el lecho. Miró el liso techo de color gris. Volvió la cabeza. A un lado había una mesa de madera negra y dos sillas tapizadas de raso rojo. La bandeja de plata con comida llamó su atención. Se fijó en la jarra de oro y en el par de copas del mismo metal.

Probó a levantarse. La debilidad había desaparecido; ahora tenía hambre y sed, y caminó hacia la mesa con la mirada fija en la bandeja. Tomó asiento y cogió la jarra. Contenía vino; llenó una copa y lo probó. Era fuerte y espeso. El plato contenía un enorme filete asado, guarnecido con verduras. La boca se le hizo agua. Empezó a comer con ansia. Como postre había varios platillos con frutas, melocotones, fresas, uvas y arándanos.

Después de saciar el hambre y calmar la sed, sin dejar de mirar las paredes desnudas y grises de la estancia, en las que no había una sola puerta, Chimara bebió el último sorbo de vino y se dijo que había llegado el momento de averiguar dónde se hallaba. Quería expresar su agradecimiento a quien la había salvado. Se incorporó.

Al volver la cabeza descubrió una puerta. La miró sorprendida, sin comprender por qué no la había visto antes. Podía jurar que no estaba allí hacía un momento.

No titubeó y la empujó. Se abrió en silencio y la cruzó. Al otro lado había una habitación grande con las paredes cubiertas de espejos en los que un artista, usando ácidos, había dibujado escenas campestres, hombres y mujeres corriendo y retozando a la sombra de los árboles, jugando con niños a la vera de ríos de aguas de plata. Eran paradisíacas. Relajantes.

Atravesó el salón y abrió la puerta que había al fondo. Se detuvo mirando asombrada el desorden que reinaba en la habitación. No se quedó a investigar las máquinas y los objetos que había por todas partes y se dirigió hacia la gran ventana circular que ocupaba toda una pared. Al otro lado del cristal estaba el espacio. Millones de estrellas parecieron burlarse de su perplejidad. Se estremeció al ver que estaba entre miles de guijarros que flotaban más allá del ventanal, como si se deslizaran arrastrados por invisibles corrientes.

Se apartó. La idea de seguir en el Mazo no la inquietó. Se hallaba en el interior de *algo*. En un extraño lugar de aquel sendero de piedra. Observó los muebles, las máquinas, los anaqueles, las sillas y los montones de libros, los legajos y los archivos de cilindros de silicio. Había centenares de cosas que no sabía para qué servían.

Encontró una silla de alto respaldo cerca de la ventana. No se había fijado en ella. Cuando empezó a mirarla se dio cuenta que estaba girando lentamente. Alguien la ocupaba. Era un hombre de abundante cabellera gris, con grandes patillas que le llegaban hasta el mentón. Sujetaba con dos dedos de la mano derecha un cilindro del que salía humo. Chimara lanzó una exclamación al ver que el desconocido se lo llevaba a los labios y lo aspiraba.

Desde el otro lado de la nube de humo que había expulsado por la boca, el hombre la sonrió mientras se levantaba.

—No debes tener miedo, Chimara —le dijo—. ¿Te he asustado? Nunca habías visto fumar, ¿verdad?

Se acercó a una mesa y aplastó el cilindro en un disco de cobre.

Chimara se sentía cohibida, un poco ridícula. Había tardado en recordar que en algunos mundos existía la costumbre de fumar tabaco, aunque siempre dudó que fuera verdad. Le parecía un hábito absurdo llenarse los pulmones con el humo producido por la combustión de unas hojas secas.

Se preguntó si el hombre era el mismo que la había llevado de la mano hasta el interior de la cueva y la tendió en la cama. La escasa luz que había donde él estaba no le permitía ver sus facciones.

Dio unos pasos y se detuvo. Le miró con detenimiento. Estaba delante de un anciano; le escuchó interesándose por ella. Aquel rostro le resultaba familiar. ¿Dónde le había visto antes?

Él se acercó a una mesa y señaló las botellas que había en ella.

—¿Te apetece una copa? Algo más fuerte esta vez que el vino, supongo. Confío que la comida haya sido de tu agrado. ¿Hice bien eligiendo carne y verduras? Ya sé qué te gustaría beber.

Un poco de café, ¿verdad?

—Sí—dijo Chimara, sin apartar la mirada del rostro del hombre.

—Sólo y fuerte —cogió una jarra humeante y llenó dos tazas, tendiendo una a Chimara—. Espero que esté a tu gusto. Sin azúcar.

—¿Cómo sabes mi nombre? —inquirió.

—Lo pronunciaste cuando estabas inconsciente. Siéntate, por favor.

El hombre separó dos sillas de la mesa y esperó a que Chimara se acomodase en una de ellas y bebiera su primer sorbo de café antes de decir:

—Tan pronto como fui informado de lo que ocurría en el exterior, me apresuré a traerte hasta aquí. Discúlpame si te he hecho pasar un mal rato, pero no podía mantener por más tiempo el decorado exterior.

—¿Dónde demonios me encuentro?

—A salvo, en mi nave.

—Pero... ¿Y antes?

—Fuera de mi nave, es evidente. Espera, no te precipites. Veo que estás impaciente por conocer la verdad. Si habías pensado que estabas en un asteroide del Mazo, es cierto. Eres una chica afortunada.

— Me has salvado la vida. Sí, debo ser afortunada.

—No me debes nada.

—¿Puedes explicarme qué ha pasado? He visto cosas increíbles, bosques y ríos en un pedazo de roca.

—Te fueron ofrecidas las condiciones adecuadas para sobrevivir cuando la reserva de oxígeno de tu traje se agotara. Has tenido más suerte que tu compañero.

—Todavía no logro entender...

—Me refiero al otro naufrago, el que llegó antes que tú. Por desgracia para él, no encontró lo mismo que tú.

—¿De quién me hablas?

—Del nativo de Desgal. Leí su nombre en su identificación, pero lo he olvidado.

—¿Murond?

—Sí, creo que se llamaba así.

—¿Ha muerto?

—Llegó muerto.

—Pero ¿a dónde llegó? ¿Qué lugar es éste?

—Por favor, no te alteres.

—Perdona mis modales. Había olvidado que te debo la vida.

—Deberías olvidarlo. He salvado muchas vidas, pero nunca acepté el agradecimiento de los que tuvieron la suerte de cruzarse en mi camino.

—¿Tu oficio es salvar náufragos?

—Oh, no; pero me gusta ejercer de buen samaritano.

Al ver el gesto de ignorancia de Chimara, se apresuró a añadir:

—Si hay ocasión, te contaré una vieja historia y entenderás lo que he querido decir.

Chimara se esforzó en sonreír.

—Gracias de todas formas. ¿Puedo hacerte algunas preguntas?

—No prometo responderlas.

—Lo temía. ¿Dónde está el asteroide en el que descendí?

—Creí que lo habías entendido: el asteroide que viste era mi nave.

—¿Tu nave tiene dos kilómetros de largo?

—No sé cuan grande era en ese momento.

—¿Te burlas de mí?

—No es mi intención burlarme.

—Cuando me aproximaba al asteroide que me salió al paso lo vi como una roca pelada y fría, pero tenía una atmósfera respirable y una gravedad aproximada a la de Corvus cuando mi cápsula se

estrelló en él. Algo imposible, ¿verdad? Cuando estaba segura de que iba a morir, surgió de pronto un paraíso y respiré un aire agradable y cálido. ¿En qué me equivoco?

—Tus ojos y tus sentidos no te engañaron.

—¿Lo dices para que no acabe perdiendo la razón?

—Eres una mujer demasiado sensata para perderla. Todo tiene una explicación. Mi nave puede ser camuflada, cubrirse de una atmósfera, de un paisaje de ensueño y mantenerlo como algo real durante algún tiempo. Te rescaté del exterior porque los elementos que te protegían... — el hombre vaciló, pareció indeciso, como si no estuviera seguro de sí mismo—. No se podía conservar la simulación por más tiempo; ya viste como todo se pulverizaba a tu alrededor. Cuando te dejé a salvo, volví a buscar el cuerpo del desgalita.

A Chimara le hubiera gustado leer los pensamientos del hombre.

—¿Dónde está el cadáver de Murond? —preguntó.

—Lo incineraré.

—No has hecho lo correcto. La religión de Desgal prohíbe que los muertos sean incinerados. Has enviado el alma del Coordinador al infierno.

Se sentía inquieta. Murond no había alcanzado la nave de su hermano de Logia, y al fracasar había intentado refugiarse en el Mazo, pero no fue tan afortunado como ella.

—¡La batalla! —exclamó Chimara, al recordarla—. ¿Qué ha ocurrido?

—Empezó hace tres días. No duró mucho.

—He debido dormir demasiado tiempo. ¿Cómo terminó?

—Los aliados, por llamarlos de alguna manera, sufrieron muchas bajas y se retiraron a restañar sus heridas. Tal vez huyeron a sus respectivos mundos. Desertaron las naves de Desgal y algunas corvusianas. Un duro golpe para el Imperio y su orgullo.

Ella miró con recelo al hombre.

—Todo esto es muy extraño... ¿De dónde eres?

Tras un largo silencio, el hombre dijo:

—De la Tierra. Pero no soy un súbdito del Emzarkhan. Nadie me manda, nadie tiene autoridad sobre mí.

—¿Qué haces aquí?

—Siento curiosidad por lo que está pasando en este sector de la galaxia. Me fascina el giro que están tomando los acontecimientos y la actual política de la Tierra. Después de muchos años de vagar por el espacio, he encontrado un motivo para vivir. Hacía tiempo que no sentía algo parecido.

—Eres dueño de una nave muy extraña. Debes ser muy rico para mantenerla como si fuera tu juguete favorito. Siendo tan grande necesitarás una numerosa tripulación...

—Lamento decirte que sólo estamos tú y yo.

—Oh, vamos; no soy tan estúpida. Los Gremios aún no han construido una nave que pueda tripularla un solo hombre.

—Cuento con una colaboradora.

—¿Una mujer?

—La más fiel de todas, aunque debo reconocer que a veces resulta respondona.

—Hablas muy raro.

—Discúlpame. Se trata de una máquina fuera de lo común —se levantó y señaló las bebidas de la mesa—. ¿Deseas algo más?

—Sólo saber cuándo podré volver a mi mundo.

—¿Estás impaciente por regresar?

—Tengo que informar a mis superiores.

—Intentaré complacerte. Mientras tanto puedes considerarte como en tu propia casa. Te llevaré a tu dormitorio. Allí dispondrás de comida cuando quieras. Si deseas verme, sólo tienes que llamarme.

Chimara se incorporó y corrió a reunirse con el anciano.

—¿Cómo te llamas? Aún no me has dicho tu nombre.

El hombre titubeó, y como si temiera que sus palabras pudieran producir en la muchacha una



reacción violenta, dijo en voz baja:

—Me llamo Siles, Darío Siles.

Chimara movió la cabeza y dijo:

—Es un nombre muy extraño. ¿Dónde dormiré?

—¿Qué está haciendo en este momento?

A su pregunta una voz surgió de cada rincón de la estancia y le respondió:

—Sigue durmiendo. Necesitaba descanso. ¿Puedo hacerte una pregunta, Dar?

—Claro. ¿Cómo podría impedírtelo?

—En realidad no es una pregunta, sino un comentario. Mientras hablabas con ella tus ojos brillaban como hacía tiempo que no lo hacían.

—Eres muy observadora.

—Lo que está pasando me trae recuerdos de una situación muy parecida. Muy lejana en el tiempo.

Dar dejó de revisar los objetos que llenaban la mesa. El comentario de Eva le había dolido.

—Hubiera sido mejor que no la hubiese conocido —dijo con pesar—. Pero no podía permitir que muriese. Y tú, condenada máquina, estuviste a punto de convertirla en un témpano de hielo.

—No fue mi intención, y lo sabes; tuve que hacer desaparecer el paisaje externo cuando detecté que se acercaban naves.

—No había ninguna.

—Se marcharon antes de que las vieras.

—Exageraste las precauciones. Había pocas probabilidades de que nos descubrieran.

—¿Por qué no me hiciste caso cuando te dije que nos libráramos de ella? Debimos ponerla en una nave personal que la devolviera a Corvus. Para mí no hubiera sido ningún problema. Ella desea regresar a su mundo. ¿Por qué no la complaces?

—Se marchará cuando yo lo decida —Dar volvió a estudiar las pertenencias del desgallita llamado Murond. Se fijó en una minúscula grabadora y dos cilindros de silicio—. ¿Sabes para qué sirve esto?

—Capta imágenes de la mente y las almacena en esas unidades de cristal, y son reproducibles. Es un sistema no muy novedoso, pero aún se utiliza en ciertos mundos.

—Recuerdo haberlos visto, pero no sé en qué planeta. Supongo que podré ajustarlos a un trasto de los que tengo por ahí y ver lo que contienen.

—Sería muy interesante visualizar los secretos más íntimos de Murond. Ese tipo llevaba encima un completo equipo de espía.

Dar apartó los cilindros de silicio del resto de las pertenencias del desgallita. Murond tuvo una muerte horrible por asfixia a causa de los desgarros de su traje de presión. Antes de que su cápsula se estrellara en el asteroide debió sufrir una colisión con alguna roca. Eva le juró que no tuvo tiempo de salvarle la vida. Por el momento prefería creerla.

—Lo investigaré más tarde. Tengo que volver a Lartia.

—Pero si acabas de salir de allí.

—Me preocupa que la euforia de la población por la victoria sobre la flota imperial les impida ver que aún no ha pasado el peligro.

—¿Qué esperabas? Los lárdanos son demasiado primitivos, rudos y violentos. Sobre todo, desgraciados. Se convirtieron en un pueblo desdichado el día que cayeron bajo la influencia de Dhrule —Eva soltó una risa—. Mis fieles adoradores son maquiavélicos y deshonestos. ¿Lo más apropiado sería decir que son perversos?

—Desde que sabes que eres venerada en Dhrule y en Decero te has vuelto demasiado vanidosa.

—¿Y qué me dices de ti? —Eva soltó una carcajada—. ¿Cómo recibiste la noticia de que te habían convertido en el Darsil, mi profeta, mi mensajero, el enviado del Dios de la Esfera? ¿Dios? ¿Por qué no me llaman diosa? Deberían considerarme una diosa. ¿Acaso mi personalidad no es femenina.

Dar se enfurecía cuando Eva le recordaba lo que a costa de la Estera y el Darsil obtenía la minoría dirigente de los dos planetas en que eran venerados.

Cuando analizó la situación que había encontrado en Dhrule y Decero, viendo a la Esfera y al profeta Darsil entronizados como dios y profeta, estuvo a punto de presentarse en ambos planetas y contar la verdad al pueblo. Pero Eva le convenció de que dejara las cosas como estaban, al menos durante algún tiempo, hasta que el peligro imperial fuera conjurado.

Dar se cansó de presenciar en los ritos cómo el portavoz de la Esfera, el Gran Darsil que exterminó al demonio Logaroh, además de salvar a los mundos Dhrule, advirtió a sus habitantes de la amenaza que un día surgiría procedente de la Tierra.

—Cuando me marché por segunda vez no esperaba que al volver, muchos años después, una nueva religión dominara a sus habitantes, engañándoles como en los tiempos de Logaroh. Me sentí engañado.

—Debemos reconocer que entre la vieja religión y la actual no hay comparación, pues la nueva es infantil, diría que incluso beneficiosa para el pueblo.

Al ver que Dar guardaba silencio, Eva añadió:

—No debimos volver. Es posible que tengas razón. Te sobran motivos para sentirte asqueado.

—Pero volvimos, Eva. Ya es tarde para darles la espalda.

—¿Pretendes enderezar el árbol que tú mismo plantaste, que al marcharte empezó a crecer torcido?

—Quizá debería intentarlo.

—*Lo estás intentando* —dijo con enfado la voz—. No finjas ante mí, Dar.

—Mi interés actual...

—¿En qué orden de preferencias sitúas a Chimara y al TK?

Dar se detuvo delante del observatorio, el lugar en que mirando las estrellas había pasado muchas horas de su larga vida, cansado de visitar mundos extraños, de observar cómo evolucionaban las colonias humanas que nacieron de la Gran Emigración, de la anárquica siembra de seres de la Tierra alentada por los extraños designios de los kerlhes.

Había sido testigo de la llegada de las naves imperiales, de sus matanzas, conquistas y destrucciones, de la aniquilación de etnias de humanoides, de todo cuanto se oponía a los planes de conquista de los Emzarkhanes.

Hasta que un día decidió dejar de ser espectador y convertirse en actor.

La aparición de la Flota Dusek en las proximidades de Corvus y el requerimiento del Grandal, para que otras flotas que se le unieran, le inquietaron; pero no intervino hasta que captó la patética llamada del kerlhe que había sido transformado en el TK del Tasla.

—Necesito hablar con Korlius —dijo de pronto—. Le pediré que me prepare otra entrevista con el Jerarca Uwyer. En la ciudad había tanta excitación que no pude encontrar al consejero del que me había servido para hacerle llegar los mensajes que tanto despertaron su interés. Si es necesario, me quitaré la máscara y le diré que soy Darío Siles.

—Ese tipo es astuto, y podría utilizarte.

—¿Cómo me utilizaría?

—Podría conmocionar los mundos Dhrule si te capturase y te mostrara en público. De esta manera se cumpliría la profecía: la tercera venida del Darsil, la definitiva. ¿Es lo que deseas?

—¡Por supuesto que no!

—Tu afición por las adivinanzas te ha llevado a una situación que no acaba de gustarme. ¿Esperas que Uwyer descubra que los nombres de Wells y Verne le conducirán hasta Darío Siles?

—Sólo quería que confiara en el misterioso informador.

—Podría estar preparándote una trampa.

—Las ventajas están de mi parte. Si descubriera mi juego antes de tiempo, la noticia no saldría del círculo de Jerarcas. No les interesa que se haga público que la Esfera y su profeta han regresado. Saben que no es el momento para proclamar una cruzada religiosa, no mientras el peligro siga latente en Lartia.

—No pienso como tú. Los Jerarcas considerarían nuestra presencia como un buen presagio, la

señal inequívoca de que Dhrule continúa bajo mi protección divina. Hazme caso y abandona el juego, límitate a ser observador de los acontecimientos.

—¿Dudas de mi habilidad de intrigar? He conseguido que el Tasla salga indemne, pero no sé si podré seguir protegiéndolo hasta que con tu ayuda o sin ella, consiga estar cara a cara con el kerlhe y averigüe por qué mintió al Portador cuando le dijo que Lartia es Dhrule. ¿Por qué siguió el juego de los Jerarcas? Necesito saber a quién envió el mensaje que captaste de forma confusa, el mismo mensaje que el Grandal y el Portador creen que iba destinado a otros kerlhes. A los kerlhes libres.

Dar tamborileó con los dedos en la mesa, esperando la respuesta de Eva.

—¿Qué te ocurre? —le espetó cuando perdió la paciencia—. ¿Acaso el maldito Código ha despertado de su letargo y ha vuelto a taparte la boca?

Dio un puñetazo en la mesa y paseó por el gabinete a grandes zancadas, dirigiendo miradas de reproche a las paredes.

—Un día arrancaré el Código de tus entrañas y lo destruiré, aunque gimotees suplicándome que no lo haga, aunque me amenaces con destruir el Hogar.

—Por favor, no pierdas la calma —dijo la voz de Eva, lejana y profunda.

Dar se sentó en un sillón. A su alcance tenía las botellas, cogió la de coñac y bebió del gollete. Fue un largo trago. Cuando recordó que no se podía emborrachar con un brebaje elaborado por Eva, la estrelló contra una máquina que empezó a chisporrotear hasta que desapareció y otra exactamente igual ocupó su lugar. Dar sonrió con desgana: Eva seguía siendo tan eficaz como siempre, nadie como ella para reponer lo que él destrozaba en sus momentos de cólera.

—Es demasiado importante para mí —dijo con voz susurrante—. Tienes que comprender, Eva: necesito comunicarme con el kerlhe del Tasla, o lo que queda de él. Prepárame el viaje a Corvus. Me ocuparé de Chimara cuando vuelva, te lo prometo.

—Últimamente cambias de opinión con frecuencia —suspiró Eva—. ¿Estás seguro de que devolverás a la muchacha a su mundo?

—¿Lo dudas?

—Sospecho que quieres tenerla aquí.

—Te equivocas. No significa nada para mí.

—Cuando la conociste parecías feliz.

—Admití que no debí hablar con ella.

—En eso estamos de acuerdo.

—¿Por qué la aborreces?

Eva no respondió.

—Me preocupan los complejos que estás desarrollando —dijo Dar.

—¡Yo no tengo complejos! —estalló Eva, rodeando a Dar con su voz.

—Claro que los tienes. Nunca te ha gustado ver aquí a una mujer. La última, aquella campesina del planeta Eslerna, me pidió que la devolviera a su granja y se largó echando pestes de ti. Le hiciste la vida imposible. Siento decirte que sufres el síndrome de ama de llaves de Rebeca.

—No sé a qué te refieres.

Dar soltó una carcajada. Le seguía divirtiendo la ignorancia de Eva en ciertas materias. La literatura de la Tierra no era su fuerte.

—Antes de ser llamado para la misión de la Vorágine, pedí a un canal de televisión un pase privado de viejas películas en blanco y negro. En una de ellas, una vieja sirvienta, que no podía olvidar a su anterior señora, hacía la vida imposible a la nueva esposa de su señor. La odiaba porque la consideraba una usurpadora.

—Dar, yo no puedo odiar.

—Quizá no sientas odio, pero no quieres ver a nadie en el Hogar. Siempre que he traído una mujer, te has comportado con ellas de manera extraña, como si te enfureciera su presencia. ¿Lo niegas?

—¿Las traías aquí sólo para olvidarte de quien tanto amaste? Te cansabas pronto de ellas y las devolvías a sus mundos cargadas de regalos que me obligabas a proporcionarte. ¿No tenías bastante

con tus aventuras en las colonias? ¿Por qué las querías deslumbrar con los palacios que yo creaba para ellas? Al final te cansabas de su compañía. Ninguna podía ser como ella, ¿verdad? Y no me vengas con tus necesidades, excusas irracionales para mí.

Dar se encogió de hombros. La conversación había tomado un derrotero que podía terminar en una agria discusión. Pidió a Eva que le dejara en paz durante unas horas. Necesitaba reflexionar. Al cabo de un rato se miró las manos. Eran unas manos arrugadas, salpicadas de manchas. Las manos de un anciano.

Llevaba demasiado tiempo lamentándose del cuerpo que llevaba soportándolo hacía más de medio siglo. Nunca un cuerpo le había durado tanto tiempo. Añoraba volver a ser joven, como lo había sido durante décadas, un par de siglos o más. Siempre temió que acabaría pensando como un anciano en el cuerpo de un hombre de treinta años.

Como siempre que meditaba acerca de su actual estado físico, acababa pensando en el cuerpo joven que yacía en la Matriz, el último, según Eva, que el Hogar le tenía reservado. Lo conservaba desde hacía más de treinta años, sin decidirse a sacarlo de la cripta y entrar en él para volver a sentirse fuerte y con deseos que se iban borrando de su mente.

Una vez le dijo a Eva para qué lo conservaba y a ella le pareció bien su decisión. Resiste en este cuerpo cuanto puedas, añadió en aquella ocasión la voz con dulzura, porque ella se lo merece. Algún día la encontrarás, querido Dar. La encontrarás. Ten paciencia. Pero seguía sin hallarla, sin saber de ella desde que la perdió.

Moriría de vejez, lo cual tardaría mucho si Eva seguía cuidándole, y sólo entonces recuperaría la juventud de los treinta años, junto con el vigor y la ilusión.

La imagen de Chimara apareció en su mente en contra de su voluntad. No recordaba cuándo fue la última vez que estuvo con una mujer. ¿Había sido la muchacha del planeta agrícola Eslerna? Soltó un gemido. ¿Estaba perdiendo la memoria?

Durante muchos años intentó amar a las mujeres que se cruzaban en su camino, nunca a cambio de unas monedas de oro o joyas de gran valor. Ahora que la senilidad se adueñaba de sus sentidos echaba de menos la fuerza de un cuerpo joven; y cuando pensaba así se decía que era un estúpido. ¿Por qué no sacaba el último cuerpo que le ofrecía la Matriz? Era suyo, le pertenecía.

Sollozó y gritó el nombre de Yaita.

Después de tantos años de soledad, necesitaba más que nunca encontrarla. Movié la cabeza para alejar la imagen de Chimara. Levantó la mano y el Sello apareció al instante en su dedo índice. Era el anillo auténtico, el mismo que robó al primer kerlhe que vio en su vida, idéntico al que entregó a Percival. Después de contemplar la gema, exclamó: —¡Eva! —Dime, Dar.

—Prepárame ropa y dinero adecuados para Lartia. No sé cuánto estaré fuera, pero quiero que cuides de la chica y la mantengas distraída. No se sorprenderá si le oye y no te ve; la he preparado para que no se sorprenda. Ella creerá que esta nave está gobernada por una sofisticada máquina. — No me gusta que me llames máquina.

—Lo había olvidado.

—¿Debo trasladarme hasta la atmósfera de ese planeta?

—Prefiero que permanezcas en el Mazo. Desde aquí puedes seguir vigilando a la flota del Grandal. Es posible que regrese antes de lo previsto.

—Tardaría tanto, es decir casi nada, en llevarte a Lartia como en transferirte. Me sentiría más tranquila estando cerca de ti, por tu seguridad personal...

—No discutas, te quedarás aquí.

—Odio mantener una envoltura tan horrible. Las rocas no son el mejor vestido para una dama como yo. Pero tú mandas.

Chimara se acercó a la pared, atraída por el rectángulo que consideraba una puerta. Se quedó paralizada al escuchar:

—No puedes entrar ahí.

Miró a todas partes y no vio a nadie. Le sorprendió que la voz fuera de mujer.

—¿Tú eres...?

—Puedes llamarme Eva.

—Eres quien había pensado.

—¿Quién habías pensado que era?

—La computadora de la nave. En mi mundo las tenemos.

—No soy exactamente un aparato, pero me es indiferente lo que pienses de mí.

Chimara había captado cierta ironía en la respuesta.

—¿Por qué me prohíbes que entre? —preguntó, recordando la advertencia del hombre para que no discutiera con la máquina.

—Es así como está dispuesto.

—Puesto que tu voz es de mujer y deben haberte creado como tal, espero que puedas disculpar mi curiosidad. En mi mundo también dicen que somos curiosas por naturaleza, aunque yo no lo creo.

—Has visitado todo el Módulo. ¿No es suficientemente amplio para ti?

—Oh, sí. Sólo me distraía. ¿Dónde está Darío?

—Regresará pronto.

—¿Dónde ha ido?

—No estoy autorizada a decírtelo.

—Tu voz me suena hostil. Me temo que no vas a ser una compañera agradable.

—No soy tu compañera.

—De lo que estoy segura es que eres bastante grosera.

—Tu opinión me trae sin cuidado.

—¿Sabes lo que es el aburrimiento? Pues yo me estoy aburriendo. Incluso me aburrí recorriendo todas esas estancias tan extrañas, los decorados de bosques, valles y ríos, que se interrumpen de pronto en muros grises. Quien haya diseñado el interior de esta nave tiene un gusto pésimo.

—A nosotros nos gusta así.

—¿Acaso pueden gustarte las cosas? ¿A una máquina?

Chimara hizo un gesto de desdén y volvió a mirar la puerta; presentía que al otro lado debía haber algo interesante, quizá lo que andaba buscando.

Apoyó las manos en el rectángulo y lo empujó. Como había pensado, era una puerta, pero no se abrió ni se deslizó a un lado o hacia arriba, sino desapareció. Dio un paso y entró en un cuarto que consideró demasiado pequeño. Sólo contenía dos literas con cúpulas transparentes.

—Debería castigarte —silbó la voz de Eva detrás de ella.

—¿Me sigues? Esperaba haber dejado atrás tu desagradable voz —suspiró Chimara. Pasó las manos por una pared, sintiéndola cálida cuando rozó los bajorrelieves. La sensación que percibió la hizo palidecer; le había recordado la vibración que protegía al Núcleo, como si allí hubiera una Cobertura.

Se apartó y se frotó las manos para librarse del extraño fluido que parecía haberse adherido a la piel.

Al otro lado de las literas descubrió un rectángulo semejante al que había franqueado y resueltamente se dirigió hacia él.

—Darío se enfurecerá cuando sepa que has estado aquí—tronó Eva.

—No tiene por qué saberlo.

—Se lo diré yo.

—¿Por qué no me lo impides? —preguntó Chimara, desafiante.

—Me arrepiento de no haberte dejado morir.

—¿Acaso podías tomar la decisión?

—Decidí quitarte mi protección demasiado tarde. Admito mi error.

Chimara se encogió de hombros y con expresión burlona se acercó al rectángulo, que como el anterior desapareció apenas lo tocó.

La siguiente habitación era aun más pequeña, pero el color de las paredes y los dibujos eran exactamente iguales. No había literas. En el fondo se abrían dos aberturas, que a Chimara le parecieron criptas protegidas por una nimbo transparente. Dentro había algo. Caminó de puntillas,

con la mirada fija en la cripta superior, la que estaba a la altura de sus ojos.

Se detuvo a menos de un metro. Dentro yacía el cuerpo de una mujer. Observó su rostro y sintió admiración por su belleza. La cabeza reposaba en su propia y abundante cabellera negra. Al fijarse en los párpados cerrados, se preguntó cuál sería el color de sus ojos.

Se inclinó para mirar el interior de la cripta inferior. Contenía el cuerpo de un hombre, desnudo también y como ella no parecía estar muerto, sino dormido. Chimara dejó de considerar estatuas lo que había en las criptas. Eran personas. Se preguntó qué medios de conservación las mantenían con vida.

El hombre era atractivo, de fuerte complexión, como de unos treinta años; su tez morena y su cuerpo la impresionaron. Se acercó más, y pegando la nariz al nimbo recorrió con la mirada los contornos del hombre, haciendo un esfuerzo para imaginárselo de pie y con vida, respirando.

Al cabo de un rato salió de las dos habitaciones. De nuevo en el pasillo, se quedó mirando la primera puerta, que había vuelto a ocupar su lugar en la pared. La abrió y recorrió varios pasillos, encontró una puerta y la abrió, entrando en una habitación. Se sentó en el primer sillón que encontró.

De pronto escuchó la voz de Eva.

—¡Te dije que no debías entrar!

—Eva, tu nombre es el mismo que la madre de los hombres —rió Chimara, nerviosa—. ¿Quién te lo puso? ¿Por qué estás furiosa?

—Me has desobedecido.

—Por nada del mundo te hubiera hecho caso. Tenía que verlo —soltó una carcajada—. ¿Crees que no sé dónde estoy? Esto es... ¡fabuloso!

Chimara no dejó de reír hasta que Eva le preguntó:

—¿Qué sabes tú?

Se incorporó y recorrió la estancia de punta a punta, sin dejar de sonreír. Miró a su alrededor. Estaba en la habitación que Darío Siles llamaba su Gabinete; había entrado allí sin darse cuenta. Se detuvo y puso los brazos en jarras.

—Más cosas de las que puedas imaginar, Eva. ¿Puedes verme? ¿Puedes apreciar la felicidad de mi cara? Tal vez me veas, pero no puedes saber lo que pienso ni lo que siento. Te lo diré. ¡Estoy emocionada porque estoy donde soñaba cuando era niña! Sí, es verdad que he soñado miles de veces con este lugar de leyenda. Todo cuanto leí y me contaron acerca de este sitio quedó grabado para siempre en mi mente; pero nunca imaginé que algún día lo recorrería, que estaría en la Esfera, el Hogar del hombre que entregó el sello kerlhe a los Gremios.

—¿Cómo sabes todo eso? —exclamó Eva.

Chimara, sentada en el sillón de Darío, acarició los grandes brazos de madera.

—Un antepasado mío conoció personalmente a César Almanzar, y éste le contó cosas que nadie más llegó a saber. Hace siglos, mi tatarabuelo escribió en sus memorias que nuestro fundador pidió a sus seguidores que el nombre de Darío Siles no fuera maldecido por los errores que cometió cuando estuvo en la Tierra.

—Mientes. Corvus siempre fue una colonia aislada. Sus primeros pobladores debieron partir de la Tierra antes de que Dar volvieran de Dhrule y se encontrara con las últimas expediciones a punto de partir.

—El antepasado del que te hablo llegó a Corvus después de que fuera integrado en el Imperio; con él viajaban otros almanzarianos; todos llevaban la misión de establecer la Logia en el planeta. ¿Por qué crees que luché tanto para pertenecer a ella?

—¿Almanzariano significa servidor o sicario de Almanzar?

—¿Qué clase de computadora eres tú? —rió Chimara—. ¿Nunca has oído hablar de la Logia?

—Hace mucho tiempo Darío y yo nos topamos con una de sus ramas más radicales. Sus miembros eran fanáticos, capaces de matar en nombre de una idea absurda.

—Deberías saber que la Logia fue fundada por César Almanzar para combatir el despotismo del Comité Económico Mundial y las dictaduras de los gobiernos de la Tierra. Él no se dio por vencido cuando Darío Siles entregó el Sello a quien no debía.

—Es sorprendente que esas ideas perduren. ¿Cómo ha podido sobrevivir la Logia? Todas las organizaciones secretas fueron destruidas por los servicios de inteligencia imperial.

—Evidentemente tus bancos de memoria no han sido actualizados. Es cierto que la Logia ha estado a punto de desaparecer muchas veces, pero siempre logró sobrevivir.

—¿También es cierto que cuando os reunís hacéis sacrificio humanos y os drogáis?

—¿De dónde has sacado esa tontería?

—Lo he oído. Si es así, no sois mejores que aquel perturbado mental llamado Macombe. ¿Sabes a quién me refiero?

—Claro que sí. Mi antepasado lo menciona en sus memorias.

—En el fondo sois como los seguidores de Macombe, unos estúpidos que, como siempre, os dejáis matar por unas ideas bárbaras, al servicio de los listillos de turno.

—No somos como piensas. Nuestra fuerza es la verdad.

—La vuestra, no la de los demás. ¿Sabes? Me parecéis hormigas que veis volar al águila y queréis alcanzarla para matarla y llevarla a vuestro hormiguero. ¿Qué podéis hacer contra el Imperio? Sólo sois un puñado de estúpidos.

—Estamos en casi todos los mundos. El hombre de Desgal era un almanzariano.

—Vuestros respectivos jefes os enviaron al Tasla para espiar. Qué interesante.

—No nos habíamos visto antes. Nos identificamos poco antes del ataque. Cada uno tenía una misión. Antes de huir, Murond prometió darme lo que él había descubierto. Los almanzarianos compartimos lo que beneficia a la Logia.

—¿Qué buscabais en el Tasla?

—Lo que el Grandal había descubierto acerca del planeta que pretendía destruir. — Apretó los dientes y miró con gesto desafiante al punto del gabinete donde creía que surgía la voz de Eva—. No me gusta ser interrogada. Se acabó la charla.

—Sólo quiero aclarar las cosas. ¿No te parece que sería beneficioso para ambas un intercambio de información? Te recuerdo que he permitido que descubrieras que estás en la Esfera. Una actitud de buena voluntad por tu parte la consideraría una demostración de... ¿Puedo llamarla de amistad?

Chimara estuvo a punto de responderle que no podría creer que una máquina, aunque fuera la mítica Eva, le ofreciera su amistad.

—No te prometo nada, pero pregúntame lo que quieras.

—¿Qué fines persigue la Logia?

—Se puede resumir diciendo que restituir la dignidad a la raza humana.

—No te ofendas, pero eso lo he oído en muchos mundos y lo considero una vulgaridad.

—Luchamos para que todos los mundos, habitados por humanos o humanoides, compartan los secretos kerlhes y se beneficien de ellos.

—Pedís demasiado.

—Esos secretos pertenecen a todos los seres.

—Me gustan los idealistas hasta que dejan de serlo y sustituyen a los tiranos a los que decían combatir.

—Sin embargo, existe un misterio que los kerlhes no desvelaron: la transmisión instantánea. En numerosas ocasiones los Gremios anunciaron que no tardarían en alcanzar los conocimientos necesarios para construir un aparato que pudiera sustituir a los TK, cada vez más escasos e irremplazables. Cuando uno muere, no hay otro que ocupe su lugar.

—Es posible que algún día los científicos descubran la transmisión instantánea sin tener que recurrir a una criatura con poderes telepáticos.

—Bah. Los Gremios jamás han creado nada nuevo; se han limitado a copiar y modificar los legados kerlhes.

—Aunque debo admitir que tenéis algo de razón, sigo pensando que sois unos ilusos. Vuestros metas han estado, están y estarán siempre fuera de vuestro alcance. Como disculpa por mi ignorancia, puedo alegar que cuanto sé respecto a la Logia no proviene de fuentes fidedignas. Dar nunca se molestó en investigarla; creo que cometió un error de cálculo y os subestimó.

—Creo que no querrás contestarme a esta pregunta.

—Entonces ahórrame de escucharla.

—¿Por qué Darío es un anciano? ¿Por qué vive en un cuerpo viejo pudiendo ser joven y fuerte?

—Tenías razón: no deseo responderte.

—No has dicho que no puedas.

—Es igual.

—¿Me consideras enemiga de Dar?

—Tu presencia aquí es molesta.

—Se lo preguntaré a él.

—Te lo prohíbo.

—Le buscaré.

—Está en Lartia.

—¿Lartia? ¿Qué es Lartia?

—Así se llama el mundo que el Grandal quiere destruir.

Ghimara exclamó:

—El que el Grandal quería aniquilar con el Fuego del Emzarkhan, que no dudaba que era Dhrule.

—No lo es.

—Por el timbre de tu voz creo que no mientes.

—¿Porqué habría de hacerlo?

—¡Por todos los malditos dioses, resulta muy divertido que el Tercer Dusek haya cometido semejante error!

« Los kerlhes no fueron olvidados; en algún lugar del universo estaba su mundo, y todos soñaban con sus riquezas y sus conocimientos científicos; otros en cambio creían que solo a través de Dhrule se podía llegar a Kerlhe...»



## CAPITULO XI - EL PASADO

Mientras recogía los documentos de la mesa, Korlius pensaba que el Jearca debía estar impaciente por recibir sus noticias. Cogió el papel en que había escrito en clave los nuevos informes que había obtenido del consejero. Podía sentirse satisfecho. La descripción que le había hecho su confidente de Verne coincidía con la de Wells. No cabía duda de que eran la misma persona.

Guardó la documentación en una carpeta. Una vez en la base secreta transmitiría la noticia a su jefe. Confiaba en que Uwyer, una vez más, no hubiera perdido la paciencia.

Su secretario entró y le preguntó si deseaba algo de él. Korlius respondió que podía marcharse y esperó a que saliera para terminar de ordenar los demás papeles. Le fastidiaba trabajar en Lartia, un mundo dominado por la burocracia, con un gobierno lento a la hora de tomar decisiones. Metió en un cajón el papeleo sin importancia que le quedaba por examinar, informes intrascendentes para su verdadero trabajo, relacionados con asuntos locales, expedientes interminables.

Estaba deseando entrar en su vehículo privado y disfrutar del aire acondicionado, pero sobre todo salir de la ciudad. Hacía dos días que la población celebraba la victoria, aplastante según la propaganda, sobre la flota invasora. Korlius no predecía un final pacífico después de tanto jolgorio si no se tomaban fuertes medidas policiales. Todas las calles y plazas estaban llenas de gente que bebía sin parar; ya había habido peleas y algunos muertos, y demasiados comercios habían sido asaltados. Al principio el Consejo acogió con agrado el estallido de alegría de la población de Lartia, pero ahora estaba asustado, y sin embargo no se atrevía a enviar a la policía y el ejército para aplacar los ánimos.

Confiaba que en la base le esperase algún mensaje de Uwyer, podía adivinar que le transmitía su preocupación ante la nula vigilancia de las naves de Lartia en el espacio exterior. Aunque era unánime la creencia de que el invasor había huido para no volver jamás, Korlius había intentado convencer a los políticos de que era posible que el ataque se repitiese, incluso antes de lo que opinaban los menos optimistas.

Escuchó que la puerta se abría y pensó que era su secretario, que regresaba por algún documento que había olvidado. Aquel tipo se movía como un alma en pena por los pasillos del palacio del Consejo, yendo de un lado a otro continuamente, sonándose la nariz y murmurando entre dientes que necesitaba una medicina que le aliviase el dolor de espaldas. En realidad sus males se debían al abuso del horrible licor local al que se había hecho adicto, que lo estaba matando lentamente.

—Creí que se había marchado... —empezó a decir.

Cogió la carpeta, impaciente por perder de vista la habitación donde se sentía incómodo; odiaba los ruidosos ventiladores que no eran capaces de mitigar el calor.

Levantó la cabeza y miró estupefacto al hombre que tenía enfrente, al otro lado de su mesa.

—Wells... —murmuró—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

El hombre se volvió y echó el pestillo de la puerta. Luego se acercó a la ventana que daba al patio y corrió la cortina, después de echar un vistazo a los pasillos elevados que lo cruzaban.

—Para mí ha sido más fácil moverme en este edificio que caminar por las calles atestadas de borrachos —dijo Dar. Echó atrás la capa que le llegaba hasta las rodillas, que ocultaba el traje oscuro y ajustado que vestía.

Korlius se fijó en el cinturón del anciano, del que pendía una pistola enfundada y varios objetos metálicos. Hizo intención de esconder la carpeta. Su gesto hizo sonreír a Dar.

—¿Guarda ahí la información de su confidente? Acabo de hablar con él, y creo que tendré que prescindir de sus servicios. Es demasiado parlanchín. Me temo que vamos a tener que entendernos sin necesidad de intermediarios.

—Se ha arriesgado mucho viniendo aquí, Wells.

—Puede llamarme Verne también. ¿No se alegra que lo sea? Estaba en lo cierto. ¿Ya tiene un

retrato robot de mí y lo ha repartido entre sus agentes?

Korlius arrojó la carpeta sobre la mesa.

—Puede verlo por sí mismo. No voy a engañarle. Podemos obtener una perfecta holografía de usted. Lo que ignora es que el Jerarca tiene una teoría que espera poder confirmar muy pronto.

—¿Y cuál es la suya? Le considero inteligente y habrá sacado sus propias conclusiones.

—Le confieso que no son muy esperanzadoras.

—¿Qué buscan realmente usted y su jefe?

—Su tercer nombre, señor Wells; el verdadero.

—Puedo decírselo.

—No le creería.

—Se lo diré con una condición.

—¿Cuál?

—Deberá ser al Jerarca en persona.

—No está en Lartia.

—¿Tal vez a bordo de una nave en órbita, capaz de burlar los detectores lartianos?

Korlius negó con la cabeza.

—En tal caso sólo puede estar en Dhrule o en Decero —sonrió Dar—. ¿En cuál de los dos planetas?

—Si quiere que le concierte una entrevista, tendré que avisarle con cierta antelación. ¿Por qué no vuelve mañana? —recordó que el día siguiente no estaría en la ciudad y se mordió la lengua—. Esta situación es ridícula, no tiene sentido. Está bien, Wells, puedo llevarle ante el Jerarca, pero yo también le impondré algunas condiciones.

—No pretenderá llevarme a su presencia con las manos atadas y los ojos vendados, ¿verdad? Por favor, no tengo todo el día para perderlo discutiendo tonterías con usted. Es muy importante que me entreviste con él lo antes posible.

—Tendrá que confiar en mí.

Dar empuñó la pistola y apuntó a Korlius.

—No será capaz de matarme —sonrió el dhruleniano—. Aparte de que no es un asesino, no dispararía porque sabe que en el pasillo hay hombres armados, entrarían al oír el disparo...

El leve chasquido que surgió del cañón dejó a Korlius con la boca abierta. Un nimbo relampagueante envolvió su cuerpo. Emitió un grito ronco cuando sintió la descarga eléctrica recorrerle el cuerpo. Se notó rígido; boqueó y tragó aire. Poco a poco fue recuperando la sensibilidad en las manos.

Apenas el aura que lo había envuelto desapareció, se apoyó en la mesa y miró con rabia al anciano. Dar seguía apuntándole.

—Estos disparos no le matarán —dijo—; pero puedo hacer que le resulten más dolorosos y duraderos. Como ha podido comprobar, esta pistola es completamente silenciosa. Si piensa gritar, recibirá una descarga que le hará morderse la lengua; podría tragársela.

—Viejo imbécil... Tendrá que matarme, no pienso decirle nada...

—Usted lo ha querido.

El nuevo disparo arrancó un lamento largo y agónico a Korlius. Sintió cómo si le hubieran aplastado contra una pared erizada de púas. Estuvo a punto de perder el conocimiento. Necesitó más tiempo para recuperarse. Cuando su respiración se normalizó, miró con rabia a su verdugo.

—El próximo disparo será más potente —le advirtió Dar; con el pulgar movió un dispositivo situado encima de la culata—. Y aún puedo aumentarlo.

—Espere, espere —jadeó Korlius—. Se acordará de esto, Wells. Uwyer está en Decero, pero no podrá verle...

—Eso corre de mi cuenta.

—Debe aceptar mis condiciones...

—Dígame en qué parte de Decero puedo encontrar al Jerarca.

—En el continente austral. Cerca de la capital de la zona Este hay una ciudadela consagrada al Dios de la Esfera y en ella el obelisco levantado a la memoria del Darsil. En la misma explanada se

levanta un edificio de mármol rosa, el museo del Origen.

—Conozco ese lugar. Allí estaban las naves que llevaron desde la Tierra a los colonos hasta Decero, ¿verdad?

Korlius le miró perplejo.

—¿Cómo sabe eso? —sacudió la cabeza—. Qué importa que lo sepa. De cualquier forma, no podrá acercarse al Jerarca. Además, ¿cómo diablos piensa llegar? Tardaría años a bordo en una nave convencional...

—Gracias por la información, Korlius. Lamento tener que hacerle un poco más de daño.

—¡No! —gritó Korlius al ver que volvía a apuntarle—. ¡Prometí no dispararme más!

—Esta vez no sentirá ningún dolor.

Del arma surgió un destello verde que estalló en el pecho de Korlius, quien sintió que sus miembros se agarrotaban. Antes de que la rigidez le impidiese moverse, comprendió que había recibido una descarga que le dejaría inmobilizado varios minutos.

Medio encorvado vio a Wells abrir la ventana y pasar las piernas por el alféizar. El anciano le dirigió una sonrisa que quería ser una disculpa, movió la mano derecha a guisa de despedida y saltó a una de las pasarelas que cruzaban el patio.

Korlius rechinó los dientes, logró mover el brazo que estaba más cerca de la mesa y se inclinó cuanto pudo para apretar el timbre de alarma, que hundió con fuerza, manteniéndolo pulsado hasta que la puerta fue derribada y entraron varios soldados.

Con la voz enronquecida, temiendo que sus mandíbulas se desencajasen, gritó:

—¡Ha escapado por la ventana, un viejo con una larga capa...! ¡Lo quiero vivo...!

Mientras un asustado ordenanza corría hacia él para ayudarlo, los soldados saltaron por la ventana. Otro funcionario empezó a lanzar gritos en el pasillo, pidiendo la presencia de los oficiales.

Korlius terminó de hacerse entender por gestos y algunas palabras que consiguió articular con esfuerzo. El ordenanza, ayudado por dos hombres más le arrastraron hasta la ventana. Korlius pudo ver a Wells correr por la pasarela, seguido por el pelotón de soldados; se hallaba en el otro extremo, a punto de alcanzar una salida, cuando un oficial le conminó a que se entregara.

Dar se volvió antes de abrir la puerta. El soldado que iba delante del grupo levantó su rifle, un arma conocida para el fugitivo; disparaba proyectiles de grueso calibre. Un solo disparo podía abrirle un agujero tan grande como un puño.

Amartilló la pistola tras graduar de nuevo la potencia del disparo, situándolo para que lanzara ondas de choque. Dar quería evitar muertes innecesarias, pero estaba dispuesto a no dejarse atrapar. Antes de caer en manos de los salvajes lartianos convertiría su arma en un proyector de fuego y reduciría a cenizas todo el edificio.

Habían acudido más soldados y funcionarios, que asomaban la cabeza por las ventanas del patio. En la azotea aparecieron los cascos emplumados de la guardia presidencial. El sonido del primer disparo casi sorprendió a Dar; de reojo vio que la bala arrancaba el estuco de la pared, a poca distancia de su cabeza.

Maldijo a quien le había disparado, asombrado de que tirasen a matar; había creído que Korlius quería cogerle vivo. Pensó que quizá no había logrado articular una sola palabra y los soldados querían verlo caer al fondo del patio con el cuerpo acribillado a balazos.

Se inclinó y apretó el gatillo; una pequeña onda de choque estalló contra el pretil tras el que se había apostado media docena de soldados, arrojando a los hombres a varios metros de distancia.

Korlius sacó medio cuerpo por la ventana y gritó:

—¡Lo quiero vivo!

Dar le hizo un gesto de agradecimiento, se volvió y cruzó la puerta, cerrándola a sus espaldas. Se encontró en una sala vacía, la recorrió y entró en una habitación llena de mesas en las que trabajaban mujeres. Al verle entrar con un arma en la mano, empezaron a gritar.

Salió de allí y entró en un corredor. Al final había una escalera, corrió hacia ella y la bajo saltando los escalones de dos en dos. En el penúltimo descansillo le salieron dos hombres al paso; al ver a Dar se dieron media vuelta y desaparecieron por una puerta, que cerraron tras ellos.

El retén de guardia ya estaba en el nivel que conducía al patio, al que había llegado por otro

camino. Dar alcanzó el vestíbulo. El único hombre armado que lo vigilaba le descubrió cuando ya lo tenía encima, soltó el rifle y escapó corriendo.

Con una pequeña descarga de la pistola Dar arrancó la puerta de entrada, saltó a la calle y se quedó aturrido unos segundos al verse rodeado de gente que cantaba viejas canciones de guerra, bebiendo sin parar para celebrar la victoria sobre los invasores.

Se abrió paso empujando a los borrachos, rechazando beber de las botellas que le ofrecían, buscando el camino más corto para llegar a la callejuela donde había acordado con Eva que le enviaría una señal para que le transportase al Módulo.

Necesitaba un lugar solitario; no quería desaparecer a la vista de nadie; siempre había sentido aversión a que le tomasen por un fantasma. No más leyendas, decidió el día que descubrió en qué habían convertido los jerarcas de Dhrule sus anteriores visitas.

Empezó a jadear.

Mientras corría se decía que ya no estaba para aquellos trotes; tenía calambres en las piernas y le pesaban los brazos. También empezaba a dolerle la cabeza.

Desde el pórtico del palacete rugió una voz amplificadas, conminando a la gente a dispersarse. En la calle irrumpió un pelotón de soldados, que a culatazos se abrió paso en la multitud.

Dar se detuvo tras doblar la siguiente esquina, se agachó y disparó a ras del suelo una descarga leve. El resultado fue espectacular: docenas de personas, y más de la mitad de los soldados, fueron lanzados a varios metros de distancia, como si el pavimento se hubiera cubierto de aceite y hubiesen resbalado.

El gentío aullaba de miedo, algunos soldados perdieron los estribos, olvidaron las órdenes recibidas y apretaron el gatillo; no dispararon balas de goma, como había previsto Dar, sino proyectiles de acero; para ellos no era una manifestación ilegal a la que había que disolver.

Corrió por una calle apenas concurrida, escuchando a sus espaldas los gritos de los soldados. Una bala rebotó en un adoquín y saltó al cielo silbando, seguida de una ráfaga larga que trazó un reguero de esquirlas en el suelo. De pronto sintió como si le hubieran tirado del brazo. Al volver para mirarlo vio que le habían alcanzado. Un rasguño, la herida no era peligrosa a simple vista, pero sintió un dolor agudo en la carne desgarrada y apretó los dientes.

—Condenada Eva —masculló, sintiendo la sangre correr por su brazo—. ¿Dónde diablos te has metido? ¿Qué esperas para llevarme a tus entrañas?

Con un golpe con el canto de la mano cambió al máximo la potencia de la pistola. El juego había terminado. Si esperaban cogerle se iban a llevar una sorpresa. Vio una puerta abierta y se refugió en el zaguán.

Escuchó pasos temerosos por las escaleras que había al fondo; pensó que podían ser los vecinos que huían hacia la azotea al verle entrar. Se refugió en el hueco de la escalera y esperó jadeante a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Al girar la cabeza le pareció ver una mota que flotaba delante de él, una esfera de cinco centímetros de diámetro en cuya superficie brillaban puntitos de luz.

—Eva... —susurró con alivio, olvidando lo enfadado que estaba.

—¿Algún problema, Dar? —la voz de Eva le sonó como lluvia fresca en medio de la tórrida tarde.

—¿Acaso me estoy divirtiendo? No tenías que haber venido, sino haberme llevado dentro.

—Estás muy enfadado, y eso no es bueno para un viejo corazón como el tuyo.

—¿Por qué has venido? Te pedí que vigilaras el Mazo.

—¡Tenía que hacerlo! Llevo dentro de mí una bomba de relojería.

—No es momento para bromear.

—Dejar de rechinar los dientes. He necesitado más tiempo del que había previsto para llegar hasta ti.

En la entrada de la casa aparecieron vanos hombres, le vieron agazapado bajo la escalera y gritaron que habían encontrado al fugitivo; brillaron sus armas y empezaron a caminar por el zaguán.

—¡Sácame de una vez de aquí! ¿No te has dado cuenta que estoy herido?

Cuando los soldados dispararon, el hombre que perseguían ya no estaba.

Chimara terminó de vendarle el brazo y se volvió hacia él. Dar no había dejado de mirarla de reojo un instante. Al darse cuenta que había sido descubierto, agarró con la mano sana la copa de coñac y la vació de un trago. Hizo un gesto de dolor cuando ella le apretó la venda. Trató de sonreír, estudió la cura y dijo:

—No está mal.

Chimara se levantó en silencio, temiendo oír el veredicto de Eva.

—La herida tiene muy mal aspecto —dijo Eva finalmente—. Podría infectarse. ¿Sabes cómo evitar la infección?

—Empecé a estudiar medicina y sé lo que hago.

—¿Por qué no te licenciaste?

Chimara inspiró profundamente. La pregunta de Eva le había parecido impertinente; pero había decidido ser amable con ella y respondió:

—No podía soportar la sangre. En cuanto a la herida... He tenido que curar otras peores.

—Me siento bien —dijo Dar—. No es la primera herida que sufro, y pocas me han llevado a la muerte. Si me hubieras sacado antes del atolladero no me habrían alcanzando.

Echó un vistazo al mirador. Estaba cerrado y se sintió extraño no viendo las estrellas. Eva siempre lo mantenía así cuando se hallaban en la superficie de algún mundo, el Módulo convertido en una esfera tan diminuta que no podía ser descubierta a simple vista. Chimara le había preguntado hacía un rato cómo era posible que ella siguiera conservando su tamaño natural cuando Eva se introdujo en el zaguán para rescatarlo, convertida en una canica. Dar le respondió que se sentía demasiado cansado para explicárselo.

—Eva me ha contado la conversación que habéis tenido —dijo volviéndose hacia la muchacha, que acababa de guardar las vendas y las pomadas en el botiquín que había sido de Murond.

—Más bien fue una discusión —rió Chimara—. Acabó enfadándose conmigo y no volvió a dirigirme la palabra.

—Debes devolverla a su mundo, Dar —dijo Eva.

Él se quedó pensativo.

—Eva, eso ya lo discutimos. Sé buena chica y llévame a Decero.

—¿Quieres decir en la Esfera, no transportarte?

—Eso es. Está demasiado lejos para que puedas enviarme al lugar exacto donde me gustaría aparecer; además, presiento que voy a necesitarte a mi lado.

—¿Qué pretendes? Me prometiste que nunca más volveríamos a un mundo del sistema Dhrule.

—Sólo para tener una entrevista con Uwyer. Según Korlius, le encontraré en el museo del Origen.

—¿Qué sitio es ése?

—Vamos, busca en tus recuerdos. Hemos estado allí hace tiempo. En ese lugar conservan las dos naves kerlhes que transportaron a los colonos a Decero. Más tarde levantaron a su alrededor una especie de santuario.

—¿De qué demonios estáis hablando? —preguntó Chimara.

—Cuando estuve en Dhrule por segunda vez, pedí que me mostraran las viejas naves. Nunca volvieron al espacio. Apenas descendieron, algo dejó de funcionar en sus motores y quedaron fuera de servicio.

—¿Cómo pudieron colonizar Dhrule?

—Esa es otra historia, muy larga de contar. Yo les ofrecí, durante mi segunda visita, los impulsores; y les dije donde podían encontrar las estaciones orbitales kerlhes donde se almacenaban algunos navíos; les tuve que enseñar a anular las Coberturas. Me marché convencido de que les había ayudado, pero pasados unos años me enteré que mi presencia y la de Eva fue aprovechada por un grupo de desaprensivos para organizar una religión que ocupó el vacío que había dejado la de Logaroh.

—Vaya, esto parece muy interesante —sonrió Chimara—. ¡Tú y la Esfera sois venerados en los mundos Dhrule! Esto no esperaba oírlo.

—Cuando me enteré de lo que habían hecho estuve a punto de intervenir y destruir la nueva religión.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Me hizo cambiar de idea la presencia de la Flota Dusek y las de Desgal y Corvus.

—¿Seguro que no tenías otros motivos?

Eva se anticipó a que Dar respondiera y dijo colérica:

—Está bien, iremos a Decero; pero antes tienes que librarte de esta mujer. Le proporcionaré un vehículo con viaje programado. Se lo puede quedar, será un regalo mío.

—¿Por qué me odia esa máquina? —exclamó Chimara, volviéndose hacia el lugar del que había surgido la voz de Eva.

Dar emitió un gruñido.

—Callaos las dos, no es momento de discutir. Chimara seguirá aquí.

—Estás cometiendo un error, Dar —replicó Eva, deslizando su voz por la estancia. Cuando se situó a las espaldas de Chimara, añadió—: Te traerá complicaciones.

—Basta ya. Tengo que estar en Decero antes de que Korlius consiga enviar un mensaje a Uwyer. Creo que empieza a sospechar de mí.

—¿Incluso a relacionarte con el Darsil? —preguntó Chimara.

—Me bautizaron con un nombre demasiado identificable. Eva, ponte en camino.

—¿Y la corvusiana?

—Te repito que seguirá con nosotros.

—¿Por qué? ¿No te atreves a decirme por qué delante de ella?

—Limitate a obedecerme.

Chimara escuchó el eco del rugido de Eva.

Dar esperó unos segundos antes de pedir a Chimara:

—Discúlpala. Durante los dos últimos siglos ha adquirido demasiadas reacciones humanas y a veces se enfada tanto que incluso maldice, gruñe y protesta. Ha debido envejecer a mi vera.

—Eva es lo más fantástico que he visto en mi vida —Chimara se apresuró a agregar—: Lo siento, había olvidado que le molesta que la llame máquina.

—No nos oye, se ha aislado para ocuparse de llevarnos a Decero.

—¿Por qué tiene voz y personalidad de mujer?

—Supongo que desde el principio pensó que a mí me gustaba y trató de complacerme. ¿Sabes? A veces creo que es capaz de leerme el pensamiento.

—¿Es cierto que te encontró muerto en una nave llamada VoráGINE?

—Todavía no sé si conservaba un soplo de vida cuando me rescató o estaba muerto y me resucitó. Nunca he creído en los milagros, y pienso que fue la ciencia de Eva. Eh, tú sabes mucho de mí.

—Conozco tu leyenda. Bueno, creía que lo era.

—¿También sabes que obtuvo una matriz de mi cuerpo y lo multiplicó?

—Sí. Una sorprendente clonación.

Dar movió la cabeza.

—Llegué a creer que las copias eran infinitas —murmuró.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Pensaba en voz alta.

—He visto las criptas. Debí decírtelo.

—Ya se encargó Eva de que lo supiera.

—¿No te molestó que fuera tan curiosa?

—Lo esperaba y no me importó.

—Vi una copia tuya.

Dar se mordió los labios. ¿Para qué decirle que era el último cuerpo que quedaba y que una vez que lo ocupara no habría más, y cuando muriese de viejo o violentamente se acabaría el lázaro

que había sido y ya no resucitaría más? Calló.

—También he visto el de ella —dijo Chimara, temiendo ofuscarle.

Pero él no se inmutó, y sólo le vio apretar los puños.

—¿Conoces la historia de Yaita-La?

—Se habla poco de ella en la leyenda del destructor de Logaroh. Esperaba que aún compartiese a tu lado la inmortalidad que le concediste, porque la amabas y querías tenerla siempre a tu lado. Nunca me gustó la versión que aprendí de niña, que la perdiste o te la arrebataron.

—No fue exactamente así como ocurrió. Fue una iniciativa de Eva que se utilizara la segunda Matriz para devolver la vida a Yaita.

—Ese pasaje es confuso, nadie se pone de acuerdo en explicar por qué Eva lo hizo. Para mí no tiene explicación su proceder ni cual fuera su intención.

—¿Por qué te cuesta creer que lo hiciera? Durante aquellos días su única obsesión era satisfacer todos mis deseos, y los interpretó como que yo necesitaba la compañía de una mujer. Al igual que ocurrió conmigo, no sé si la trajo muerta o moribunda al Hogar.

—¿Qué ocurrió?

—El Módulo estaba muy lejos de Dhrule, sólo podía ver su sol, ni siquiera sabía que había planetas. Pero Eva podía ver lo que ocurría en él. Unos esbirros de Logaroh hirieron a Yaita cuando huía de ellos. O la mataron.

—Ella me odia, quiere alejarme de ti.

—Tiene celos, Chimara.

Ella se había acercado a Dar y cogió sus manos, mirándole fijamente a los ojos. Escondió una sonrisa cuando sintió que él se estremecía.

—Hay dos matrices —susurró—. ¿Por qué dos? ¿Por qué no existen tres matrices, infinitas matrices?

—No lo sé.

—Eva modifica el Hogar, lo empequeñece o lo agiganta, lo convierte en un paraíso o en un infierno; lo modela a su gusto o al tuyo. Es la dueña de él, y te obedece en todo. ¿Por qué sólo dos matrices, Dar?

—No puede crearlas. Los recintos azules son inalterables, y no puede duplicar nada de lo que hay en ellos, pero sí miniaturizarlos. El resto del Hogar le pertenece, puede hacer con él lo que quiera, con cada uno de sus átomos, multiplicarlos, ampliar todo o empequeñecer todo hasta hacerlo invisible, puede crear valles, montañas y mares, o miles de habitaciones. También puede agrandar la Esfera y...

—¿Y convertirla tan grande como un planeta?

Dar se echó a reír.

—Nunca lo ha hecho. Supongo que los prodigios que puede realizar tienen un límite para ella.

—Es como el genio de la lámpara de Aladino, tan poderosa como débil; tan sumisa como insubordinada.

Se apartó de él y dio unos pasos, mirando la cerrada ventana, con expresión melancólica. Dar la siguió con la mirada, admirando su cuerpo dentro del ajustado traje blanco que vestía cuando le recibió. Buscó la copa con mano temblorosa, temiendo que ella lo advirtiese.

—Si pudiera crear más matrices... —dijo Chimara.

—No es una diosa aunque en Dhrule sea venerada como tal. Las Salas Azules están bajo el control del Código, sus Coberturas no pueden ser eliminadas mediante el Sello.

—¿Qué es el Código?

—El compendio de las leyes que crearon esta maravilla, que Eva no puede desobedecer.

—¿Dónde está ese Código?

Dar miró a su alrededor y se encogió de hombros.

—Al principio lo busqué en las Salas Azules, pensando que sólo podía estar allí, pero estaba equivocado.

—La leyenda no menciona al Código, y César Almanzar nunca habló de él en sus memorias; sin embargo, dejó muchas referencias acerca de Yaita.

—La conoció. ¿Qué dejó dicho de ella? ¿Fue capaz de describir su belleza?

—Creo que no le hizo justicia. He visto el cuerpo de Yaita en la Cripta, y es más hermosa de cómo la describió. Si te la arrebataron o la perdiste, ¿por qué no volvió contigo después de tantos años? Debería haber muerto de vejez, y habría ocupado un cuerpo.

—Me parece una eternidad el tiempo que llevo esperándola.

—¿Cómo ocurrió, Dar?

—Los kerlhes se vengaron de mí arrebatándomela, no permitiendo que muera.

—¿Cómo? Quiero decir cómo le impiden que se mate.

—¿Cómo voy a saberlo? Solo sé que está viva y su corazón nunca ha dejado de latir, y que volvería aquí si pudiera, sin que importara que para que el prodigio se hiciera realidad una vez estuviera a un kilómetro de distancia o millones de años luz.

—¿Por qué no se quitó la vida cuando los kerlhes te la arrebataron, cuando aún no podían impedirselo?

Dar agachó la cabeza.

—Nunca se lo he contado a nadie —dijo sin mirarla—. Yaita estaba embarazada, esperaba un hijo nuestro. En la Tierra, para no perderlo, no tuvo valor para matarse cuando la arrancaron de mi lado. Ella sabía que si moría, volvería a la vida en un cuerpo que no llevaría a nuestro hijo. —Levantó la cabeza—. Engañé a los kerlhes, y me castigaron llevándose a Yaita cuando partieron de la Tierra para no volver más.

—¿Qué hiciste?

—Alteré sus planes; creo que los obligué a anticipar su marcha de la Tierra. No sé si hice lo correcto, pero actué de acuerdo con mi conciencia. Llevo muchos años buscando el mundo de los kerlhes, porque ella debe estar allí. Había perdido la esperanza de encontrarla cuando decidí volver al sistema de Dhrule, dos siglos después de mi última visita. —guardó silencio un instante. Sus ojos brillaban cuando añadió—: Ahora lucho de nuevo, creo haber abierto la puerta que podría llevarme a su lado.

—¿Eva fue creada por los kerlhes?

—Sí.

—¿Por qué no te ha dicho dónde está su planeta?

—No lo sabe.

—Me cuesta creerlo.

—¿Crees que miente? Ella no puede mentirme, ni eludir una respuesta que conozca. Esa información nunca le fue dada.

—Quizá te está engañando.

—Hemos discutido mucho, y está de acuerdo en que Yaita está en el planeta Kerlhe.

—Nadie volvió a encontrar a los kerlhes que visitaron la Tierra; los que fueron descubiertos en una pequeña colonia, y transformados en máquinas, pese a que también eran telépatas natos, no tenían ninguna relación con los que organizaron las expediciones a los mundos destinados a ser colonizados por los terrestres.

Dar reconoció con una sonrisa lo acertadas que eran sus palabras.

—Investigué cuando me enteré del hallazgo de esa pequeña comunidad, unos miles de seres que los Gremios se apresuraron en convertir en transmisores. No conocían la situación de Kerlhe. Los Gremios no se equivocaron al suponer que a su costa harían más fuerte al Imperio, permitiéndole controlar el único sistema de comunicación instantáneo posible. Me he preguntado muchas veces si los kerlhes que estuvieron en la Tierra para llevar a cabo su trabajo lo hicieron por decisión propia o su misión les fue impuesta.

—¿Por quién?

—Ojalá lo supiera.

—No se me había ocurrido que los kerlhes pudieran ser unos simples instrumentos al servicio de una inteligencia superior.

—Sus caras de perro no invitan a pensar que son bondadosos, desprendidos y sólo les movió su deseo de beneficiar a la Tierra. No fueron generosos, Chimara; no dieron nada en realidad; las



naves que entregaron no podían ser reproducidas al no poder acceder al Núcleo; sin un Sello que anulara la cobertura que lo protegía era imposible acceder a él y copiarlo.

Chimara alisó sus cabellos, se quedó pensativa un rato y dijo:

—Dicen que los Gremios quieren perfeccionar el Impulsor.

—Durante siglos lo han intentado, y siempre han fracasado. Sólo pueden copiarlo, su tecnología sigue fuera de su alcance para introducir el más pequeño cambio.

—¿Por qué pueden copiarlo y no mejorarlo? Todo puede ser perfeccionado.

—Se topan con un problema: el Impulsor kerlhe. De permitir a una nave alcanzar la velocidad de la luz y superarla, la mantendría en un plano temporal constante, anulando la distorsión del periodo de navegación entre el punto de partida y el de destino. Esa es la forma perfecta para viajar en el tiempo.

—Oh, eso es imposible. No comprendo cómo funciona el impulsor kerlhe, como la mayoría, pero no puedo creer que se pueda controlar el tiempo.

—Yo he viajado en el tiempo. Cuando salí de Dhrule por primera vez, el Imperio se encontraba en plena expansión, y sin embargo, Eva me llevó a la Tierra cuando aún no habían transcurrido cuatro décadas de la partida del Vorágine. El accidente que sufrió la expedición me hizo estar muerto o en estado de hibernación durante quinientos años, hasta que Eva me rescató.

—¿Por qué no te trasladó a la Tierra en el mismo plano temporal en el que estabais? ¿Por qué tuvo que retroceder en el tiempo?

—Ese es otro enigma que no puede desvelar. Por aquellos días el Código ejercía sobre ella un control más férreo; creo que la obligó a que obedeciera el mandato oculto para que yo volviera a la Tierra pocos días antes de que partieran las últimas naves.

—¿Quieres decir como si algo o alguien te obligara a cerrar el círculo? La típica historia en la que el chico, sabiendo que alguien salvó a la humanidad siglos atrás, viaja al pasado para averiguar quién fue y descubre que fue él.

—Descubrí cosas que no me gustaron.

—Puedo comprender lo que sentiste al saber que mientras lo que quedaba del Vorágine se aproximaba a Dhrule, en la Tierra hubo guerras, epidemias y hambrunas; el caos económico arrojó al olvido el proyecto del que formaste parte, se creó el Comité, y cuando parece que nada tenía solución, aparecieron los kerlhes prometiendo ayudar a la humanidad.

—Todo empezó a encajar para mí.

—Pero hay algo que no encaja.

—¿A qué te refieres?

—Mientras tu cuerpo yacía en los restos del Vorágine, otro Darío Siles volvía a la Tierra, tras haber aniquilado al maligno dios Logaroh.

—Sí, parece muy complicado, pero es así como ocurrió.

Se dirigió a una alacena, la abrió y sacó un libro con tapas rojas, que abrió por el centro.

—He estado buscando a Yaita durante casi dos siglos —dijo—, desde el día que partí de Dhrule, después de entregar a sus habitantes los secretos kerlhes. En este libro he escrito algunas de mis experiencias, las sensaciones de un hombre confundido, mientras descubría cosas que apenas podía comprender.

»He utilizado docenas de cuerpos; muchas veces mi muerte fue violenta, pero también por enfermedades que contraí en lugares que no debí visitar; también morí por heridas graves y para escapar de situaciones límites. En cada cuerpo he sufrido, me he divertido, padecido y he gozado hasta límites que jamás podrías imaginar, Chimara. En un planeta me ajusticiaron por ladrón, creo recordar que fue en Fornax, uno de los últimos Mundos Primarios que fue conquistado por el Imperio. Creo que aún deben estar impresionados ante el valor que demostró el condenado a muerte. ¿Por qué iba a tener miedo sabiendo que apenas mi corazón dejara de latir saltaría de inmediato a otro cuerpo?

»Hace mucho me cansé de aquella vida absurda y sin sentido, y comprendí que estaba malgastando los cuerpos de la Matriz—se palpó el pecho—. Este cuerpo decrepito lo soporto desde hace más de cincuenta años, con él he batido mi propio récord.

»Hace unos meses tomé la decisión de visitar Dhrule y Decero; cuando descubrí en qué había caído la sociedad a la que libré de un dios loco, estuve a punto de intervenir asumiendo el papel de un dios colérico y vengador para derribar los becerros de oro que habían alzado en mi honor y en el de Eva. ¿Sabes por qué no desenmascararé a los farsantes? Me divertí ver los bajorrelieves en los que el Gran Darsil aparece entregando un sello a los dhrulenianos, ante el pueblo postrado ante mí en actitud de agradecerme el don que les concedía el enviado de la Esfera.

Dar devolvió el libro a la alacena y regresó al sillón. Chimara se acercó a él, y con las dos manos inició una lenta caricia de su rostro. De pronto soltó una exclamación de sorpresa y dio un paso atrás.

—¿Ocurre algo? —preguntó Dar, alarmado.

—Tú eres... —empezó a decir ella. Se echó a reír—. ¡Tú eres Bergerac! No te había reconocido sin las patillas ni el bigote. ¿A qué estás jugando?

—Te dije eran falsos.

—Tu gesto de dolor era falso. ¿Qué buscabas en Corvus, en el apartamento junto al mío?

—A ti.

—¿A mí?

—Hacía unos días que había interceptado el lamento del kerlhe convertido en el TK del Tasla, pidiendo ayuda a sus hermanos de raza; más tarde Eva me informó que el Grandal había solicitado a los Gremios la presencia de un Portador; pero utilizando los medios convencionales de comunicación. Su mensaje tardó semanas en llegar a su destino.

—No me has dicho por qué me espías desde la otra terraza.

—La llamada que hizo el TK la he escuchado cientos de veces, y siempre he llegado al convencimiento de que no es un kerlhe de los que fueron encontrados y esclavizados en un planeta perdido. Aunque el mensaje era confuso, identifiqué ciertas palabras que lo relacionan con los kerlhes que visitaron la Tierra. Si puedo llegar hasta él, me revelará donde está su mundo, el mundo Kerlhe.

—¿Qué esperas? ¿Acaso Eva no te puede hacer un pase mágico y enviarte ante él o llevarte a su presencia a bordo del Hogar? ¿Qué impide mirarlo a la cara? Posees un auténtico Sello kerlhe y puedes vulnerar una Cobertura. ¿Qué más necesitas para robarle al Grandal su valioso transmisor TK? —Chimara arrugó el ceño—. Espera. Creo que eso mismo era lo que Murond quería descubrir.

—He escuchado la grabación que tu compañero llevaba consigo, y he llegado a la conclusión de que fue engañado como el Grandal; los dos creyeron que el planeta sin nombre para ellos, Lartia, es Dhrule.

—¿El TK mintió al Grandal a propósito?

—Debió recobrar durante un instante la lucidez perdida y se las arregló para convencer al Grandal y al Portador de que Lartia es Dhrule y de que les entregó las coordenadas para llegar hasta él en contra de su voluntad.

—¿Con qué propósito?

—Es lo que espero averiguar. Este engaño confirma mi creencia de que ese TK no es un kerlhe perteneciente a la comunidad que fue descubierta, y se propone algo. Tiene un plan.

—¿Vengarse de aquellos que le mutilaron?

Dar sonrió.

—En su caso yo lo intentaría. Lo sorprendente es que de alguna manera sabía que Lartia es un cebo, un mundo controlado por La Jerarquía para que todo el mundo crea que es Dhrule.

—Bien, dime por qué no has interrogado a ese kerlhe para que te diga la verdad.

—Eva no puede acercarme al Tasla ni proceder a enviarme al Núcleo. Dice que no sabe por qué; pero yo culpo al Código. Una vez la amenacé con localizarlo y destruirlo. Ni siquiera lo intenté. Se asustó, me suplicó y me amenazó, para finalmente decirme que temía que si el Código desaparecía, significaría el fin del Hogar.

—Deberías desconfiar de la lealtad de esa maldita máquina. En tu lugar yo lo buscaría y...

—¿Y si dijo la verdad? No puedo poner en peligro las Matrices. Si Eva tuviera razón, Yaita nunca volvería y yo no podría utilizar el último cuerpo que queda y recuperar la juventud.

—¿El último?

—Eva afirma que es el último. Siempre pensé que algún día agotaría las reservas de la Matriz, pero no tan pronto. ¿Comprendes por qué me resisto a morir? La inmortalidad de Darío Siles está a punto de llegar a su fin.

—¿Por qué entraste en contacto conmigo en Corvus?

—Quería hablar contigo y conocerte mejor. Unos días antes había empezado a seguirte.

—¿Me vigilabas cuando escapé del Tasla?

—Me encontraba en Lartia cuando se produjo el ataque, pero había ordenado a Eva que te protegiera.

—Estuvo a punto de dejarme morir después de divertirse a mi costa creando extraños paisajes, hasta que se cansó y empezó a suprimirlos.

—Según ella, tuvo que hacerlo cuando detectó naves que se aproximaban.

—¿Por qué estabas en Lartia?

—Para arrancar a ciertas personas su promesa de que el Tasla no sería atacado.

—¿Lo hicieron?

—Supongo que sí; al menos la nave insignia imperial escapó intacta.

—Así que Lartia posee una flota lo bastante poderosa como para poner en fuga al Grandal.

—Los agentes de Dhrule planificaron el ataque por sorpresa, y las primeras naves que atacaron fueron drulhenianas; Se retiraron cuando las unidades de Lartia entraron en acción, tarde como siempre, con la ineficacia que les caracteriza.

—Pero conseguiste tu propósito: el Tasla no fue alcanzado.

—Y debo seguir protegiéndolo hasta que encuentre el modo de entrar en el Núcleo.

—Cuando me mirabas desde la terraza tus ojos tenían un brillo especial, como si ocultaras un deseo.

Los labios de Chimara se acercaron a los de Dar. Con los ojos entornados le dijo susurrante:

—De niña soñaba con Darío Siles, el dueño de la Esfera, el inmortal, el hombre que no podía morir, siempre joven, siempre...

Dar esquivó la mirada de Chimara.

—Sería un error —dijo sintiendo las manos de la muchacha en su cuerpo—. El amor que se recibe hay que devolverlo. Sería feliz saboreando tu juventud, pero... ¿Y tú? ¿Qué puedo darte a cambio?

Se apartó de ella.

—Eva ha vencido —murmuró Chimara.

—No quiero cometer una estupidez. A veces los años no dan la experiencia necesaria. Lo siento, Ghimara.

—Esa máquina desea librarse de mí. ¿Sabes por qué?

—¿Qué quieres decir?

—Eva tiene celos. ¿Acaso no los tuvo de Yaita?

—Oh, no —rió Dar—. Todo lo contrario. Se hicieron muy amigas. Eva aprendió bastante de Yaita.

—Debió aprender demasiado. ¿Te recuerdo a Yaita, Dar?

—No te parece en nada a ella, pero hay algo en ti que me la recuerda.

—No me alejes de ti, Dar. Dame tiempo.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Déjame que te acompañe a Decero. Después haré lo que quieras.

Dar asintió. La vio salir del gabinete. Se preguntó si se había exigido demasiado a sí mismo. Contempló sus manos arrugadas, meneó la cabeza y terminó soltando una risa amarga.

—Eres un viejo estúpido, Darío Siles —dijo—. ¿Por qué no has tomado lo que ella te ofrecía? ¿Qué te importa si sus motivos son interesados?

«...Tras el fin de Logaroh como dios de Dhrule, este planeta y Decero volvieron a unirse, reanudándose el intercambio comercial y cultura interrumpidos. Mediante el uso de los Generadores e Impulsores kerlhes ambas sociedades alcanzaron un elevado nivel científico; sin embargo, los

Jerarcas no olvidaron que su aislamiento peligraría a largo plazo y diseñaron diversas estrategias con el propósito de ejercer un mayor control en los mundos próximos. Más tarde decidieron que una nueva religión era necesaria, y a la vez que advertían a la población del riesgo de invasión por parte del Imperio, crearon el culto a la Esfera...»

## CAPITULO XII - EL MUSEO DEL ORIGEN

Una desagradable sensación de vértigo sacudió a Chimara. Cuando abrió los ojos, Dar se apresuró a cogerla de una mano, al verla tambalearse.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, creo que sí—contestó ella, mirando con asombro a su alrededor.

—No te asustes. Suele ocurrir la primera vez.

El contemplar la lisa y plana extensión de dos kilómetros cuadrados había dejado sin habla a Chimara; empezó a respirar con dificultad. Aunque la proximidad del atardecer mitigaba un poco el calor, le pareció que la atmósfera estaba demasiado cargada de humedad.

—Decero está más cerca del sol que Dhrule —explicó Dar—. No obstante las noches suelen ser bastante frías. Nuestras ropas son térmicas, nos refrescarán y nos calentarán. De todas formas la visita será corta, no creo que sigamos aquí al anochecer.

Los límites de la plataforma estaban rodeados de edificios de diseño estilizado. Del centro de la plaza partían cintas deslizantes, y sobre ellas se movían grupos de personas.

—Es muy hermoso este lugar —musitó Chimara—. Me alegra haber venido. Te lo agradezco, Dar. No podía imaginar que existiera algo así. La gente parece feliz.

—Debo reconocer que han trabajado mucho en todos los aspectos, sociales y económicos. A pesar del adoctrinamiento a que es sometido, el pueblo disfruta de un alto nivel de vida. A pesar de estar muy industrializado, Decero conserva grandes zonas libres de complejos fabriles. Vamos, subamos a una cinta.

Había tomado medidas para que su aparición no fuera vista por nadie, Eva había sabido elegir el momento para trasladarlos. No se molestó en buscar la Esfera; sabía que estaba cerca de ellos, invisible debido a su pequeño tamaño.

Caminaron hasta una cinta, subieron a ella y se dejaron llevar hasta el centro inmóvil de la plaza, un disco de cincuenta metros de diámetro. Cuando llegaron a él pasaron a otro sendero.

No hablaron durante el recorrido. Chimara sintió que la mano de Dar apretaba la suya y fingió no darse cuenta.

—¿Dónde me llevas? —preguntó en voz baja, temiendo que la escuchara algún nativo. Pero nadie los miraba. Los padres se ocupaban de explicar a sus hijos lo que veían.

—Al museo. Es ese edificio que tenemos enfrente.

Chimara lo miró. Al final de la cinta se levantaba una enorme estructura de acero y cemento en forma de cúpula. Más allá, sobre el monte más alto, se alzaba un poste dorado que sostenía una esfera azul.

—¿Es lo que yo pienso?

—Lo has adivinado. Es el símbolo de la religión local: la Esfera. Si nos acercáramos veríamos al pie de esa monstruosidad una representación de mi humilde persona: el profeta Darsil —añadió con sarcasmo.

Llegaron al final de la cinta y pasaron a la franja de mármol blanco que rodeaba la explanada. Unos escalones móviles los condujeron al interior del Museo del Origen. Decenas de personas entraban y salían de él. Chimara seguía sintiendo curiosidad por los que para ella eran míticos dhrulenianos.

Las mujeres, jóvenes y esbeltas, y los hombres, atractivos y atléticos, despertaron su admiración; sin embargo era común en todos la seriedad de sus rostros, la solemnidad con que se movían en el recinto.

La moda en el vestir en Decero era austera pero elegante. Chimara llevaba ropa proporcionada por Eva, una chaqueta amplia de color sepia, negros pantalones ajustados y botas blancas; unos pequeños adornos en las mangas y un gorro de piel eran los únicos toques femeninos; nada de maquillaje, ni siguiera un rojo en los labios o un poco de polvo de oro en las mejillas. Su larga

cabellera roja la mantenía recogida a la altura del cuello por una cinta de plata.

En la indumentaria de Dar predominaba el color marrón. Una franja negra cruzaba su chaquetón de tres cuartos, elegido a propósito para ocultar el ancho cinturón del que pendía una pistola.

—Procura hablar lo menos posible —dijo Dar cuando adelantaron a un grupo de niños conducidos por un guía que les explicaba lo que iban viendo—. Los ascendientes de esta gente fueron elegidos de todos los países y razas de la Tierra. Con los años crearon un idioma algo complejo. Yo lo hablo, pero no he tenido tiempo de pedirle a Eva que te lo enseñe.

—Parece un pueblo feliz —susurró ella. Se volvió para observar a los niños que escuchaban muy serios al guía.

—Lo es a pesar de la dureza, la disciplina que los rige, y también a un paternalismo. Este es el secreto de Dhrule y Decero, el orgullo de los Jerarcas.

—A lo que hay que añadir lo que aportan los sacerdotes de su peculiar religión, ¿no?

—No existen sacerdotes en Dhrule. En cierto modo la religión que crearon es a prueba de revisiones. Cada dhruleniano puede tener su propia teoría acerca de los dogmas en que se sostienen. Tampoco tienen templos ni libros sagrados.

—Me asombra que los Jerarcas puedan mantener una tensión constante de guerra y a la vez proporcionar un bienestar tan alto al pueblo.

—El sistema les da excelentes resultados. Lo único que se les podría censurar es que han acabado considerándose el pueblo elegido, el más puro de la especie humana. Dos veces al día se les recuerda que pueden perderlo todo si la Tierra los descubriera.

Habían cruzado el vestíbulo y entraron en la única sala del museo, de proporciones gigantescas. Chimara se quedó sobrecogida al hallarse delante de las dos naves que transportaron a los colonos hasta Decero. Recordó que en Corvus no se conservaba nada de los vehículos kerlhes.

Según la historia, se intentó vulnerar la Cobertura de una nave y la implosión la pulverizó. De la otra nave nada se sabía.

Chimara dejó de contemplar los dos navíos asentados sobre sendos basamentos de mármol rojo, se volvió hacia Dar y le preguntó:

—¿Querías mostrarme estas reliquias para reprocharme que nosotros no hayamos conservado las nuestras?

—Vuestra falta de respeto por la historia me quita el sueño —sonrió Dar—. Estamos aquí porque dentro de una de esas naves espero encontrar a cierta persona.

Caminó unos pasos y se detuvo al pie de la rampa que conducía a la esclusa abierta de la nave más próxima.

—Siento que tu visita a Decero sea tan breve —dijo Dar—. Aquí nos despedimos. Volverás al interior de la Esfera.

—¿No quieres que te acompañe?

—No puedes. Además, sería peligroso para ti. En el Hogar estarás a salvo.

—Pero en compañía poco amistosa...

—Debes tener paciencia con Eva.

—No consigo entenderte, Dar, y la verdad es que me gustaría.

Él tomó sus manos y las acarició.

—Te lo explicaré todo cuando me reúna contigo —dijo—. Estaré más tranquilo sabiendo que vuelves a la seguridad del Hogar. Si salieras y echaras un vistazo al vestíbulo, verías que está vacío. Los visitantes han sido desalojados. No me sorprende. Lo esperaba.

—¿Qué está ocurriendo?

—No tienes que temer nada por mí —Dar apretó los labios, miró otra vez al interior de la nave—. Accedí a que vinieras porque necesitaba ver tu rostro hasta el último instante, para que me dieras fuerza y me sintiera seguro del paso que voy a dar. No, no digas nada. Más tarde lo entenderás todo, y entonces... —se encogió de hombros—. No sé cómo decírtelo. Intentaré buscar las palabras cuando llegue el momento.

Chimara no pudo reprimir la emoción que sintió al responder:

—Creo que empiezo a entender.

—Eva no me seguirá al interior. Está a punto de sacarte de aquí. Le he dado órdenes. Espérame en el Gabinete —señaló el interior de la nave—. Quien me espera debe estar orando a su manera a su dios, y te aseguro que no se habrá postrado ante la Esfera ni ante el profeta Darsil.

Dar se acercó a la muchacha y la besó en la frente.

Ella entornó los ojos cuando sintió los labios del anciano bajar por su mejilla. Por un momento pensó que iban a detenerse en sus labios.

En aquel momento desapareció.

Algo minúsculo osciló en el aire, un puntito azul.

—¿Qué esperas para enfrentarte a tu destino, Darío Siles? —preguntó Eva en un lento susurro.

Dar se permitió una sonrisa triste.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Oh, claro que sí—respondió Eva—. Un poco enfadada, pero te esperará en el Gabinete. Me está preguntando, bastante enfadada, si sé lo que piensas cometer. Tiene miedo por ti.

—Eso significa que se preocupa por mí.

—Soy yo quien debería preocuparme por ti.

—Gracias; pero soy consciente del riesgo que voy a correr.

Empezó a ascender por la rampa. Antes de cruzar el umbral de la esclusa, dijo a Eva:

—No olvides que te he prohibido actuar por propia iniciativa, veas lo que veas.

No escuchó la respuesta, y siguió adelante.

Volver a entrar en la nave fue para Dar como regresar al pasado. La primera vez que estuvo, Eva utilizó un lapso temporal para mostrársela desde el mirador del Gabinete. Luego lo trasladó a su interior, y él descubrió las pruebas de su procedencia terrestre, señales escritas en alemán e inglés.

Podía ver estos letreros en el pasillo que estaba recorriendo. Las viejas placas de metal permanecían en las mismas paredes después de tantos siglos.

Tras caminar varios minutos, llegó al Vástago. Los Gremios continuaban construyendo las naves sin introducir modificaciones en el modelo diseñado por los kerlhes.

Le pareció demasiado largo el camino que tuvo que recorrer. Desde el otro lado de una puerta que permanecía abierta, una voz le dijo:

—Adelante, Darío Siles.

Después de un segundo de vacilación, cruzó la desconectada puerta de energía y se encontró en la misma sala que había visitado doscientos años antes, según su medida del tiempo. Fue allí donde vulneró con su Sello la Cobertura y mostró a los dhrulenianos el alma de la nave.

La sala estaba vacía. A Dar le pareció que faltaba su esencia vital sin el bloque de metal que contenía el Impulsor. De un rincón sumido en la oscuridad apareció un hombre, que reconoció al instante.

—Saludos, Jerarca. ¿Puedo desear que la Esfera te ilumine? —dijo—. ¿O te sonaría a burla?

—Prefiero que sea el profeta Darsil quien me honre con sus bienaventuranzas —sonrió Uwyer—. ¿Has venido dispuesto a ello?

—¿Estás seguro de saber quién soy?

—Aparte de mí, sólo existe un hombre en el universo capaz de encontrar el camino que conduce hasta este lugar y saber lo que ocurrió hace dos siglos. Ese hombre eres tú.

—Tengo entendido que estas reliquias son visitadas a diario por cientos de personas.

—Pero nadie puede entrar en este recinto. Aparte de los miembros de jerarquías y yo, nadie sabe que existe. Nosotros somos los únicos que podemos contar que cuando nuestros antepasados, siguiendo las indicaciones del Darsil, desmontaron el Impulsor, lo estudiaron y lo copiaron.

—Korlius me dijo que te encontraría aquí, pero no estaba seguro; sin embargo, empecé a creer que no me había mentado cuando el museo fue desalojado.

Uwyer le miró fijamente.

—El tiempo te ha debido jugar una mala pasada —dijo—. Has tardado demasiado, el

suficiente para que una nave de nuestra base en Lartia viajara hasta aquí y me advirtiese. Estaba empezando a temer que no vendrías.

—¿Vienes a menudo a este santuario?

—En contadas ocasiones.

—¿A meditar? ¿Te inspira este lugar?

—Aborrezco su frialdad y su aroma a viejos tiempos. Para muchos es aquí donde suelo recogerme espiritualmente. Mis subordinados acabarán pensando que mis problemas deben ser muchos si prolongo tanto tiempo mi estancia. ¿Para qué querías verme? Cumplimos tu deseo, el Tasla no sufrió el menor daño.

—Es cierto.

—Estaba temiendo escuchar alguna queja. ¿Tienes algo que reprocharme?

—No es mi propósito amargarte el día, pero debo decirte que a pesar de lo ocurrido, Dhrule y Decero siguen estando en peligro.

—¿Dónde crees que está nuestra debilidad?

—Me parece que es la misma que padece el Imperio, y os conducirá tarde o temprano a la derrota. Sabes a qué me refiero.

Uwyer frunció el ceño.

—¿Las comunicaciones?

—Vuestro sistema de comunicación va a la zaga de las naves imperiales. Ese es vuestro punto más vulnerable.

—Debo admitir que nos aventajan con sus TK, sus famosos Transmisores kerlhes. No tuvimos la suerte de encontrar un puñado de esos seres a los que mutilar y convertir en nuestros esclavos. Pero si hubiéramos podido, jamás lo habríamos hecho. Tenemos sentimientos, aunque te cueste creerlo.

—¿Intentas enternecerme? Habríaís hecho lo mismo que los Gremios. No sois mejores. ¿Qué puedes decirme acerca de Lartia?

—¿Nos censuras porque utilicemos a Lartia como escudo?

—No he venido a daros lecciones de moral.

—¿A qué has venido entonces?

—Empezaba a impacientarme.

—¿Te cansaste de jugar a las adivinanzas o estás aquí para proponerme otro juego?

—Más bien vengo con una oferta.

—Wells nos pidió mucho a cambio de nada, aunque reconozco que su información era valiosa. ¿De qué se trata ahora?

—Os puedo dar algo que no pude entregar a vuestros antepasados.

—Debe ser algo muy valioso.

—Lo es.

—¿Sabías que un tatarabuelo mío te conoció en tu Primera Venida y estuvo presente cuando volviste para entregar a mi pueblo el Impulsor? Se llamaba Juess. ¿Lo recuerdas?

Dar entornó los ojos. ¿Acaso podía olvidarlo? Asintió y dijo:

—Era el chico que conducía una carreta con los cadáveres de sus padres. Se dirigía hacia Taishalant. Los dhrulenianos no se merecen que los arrojen de nuevo a los brazos de una oscura religión, tan falsa como la de Logaroh, como todas las religiones.

—¿Acaso te ha decepcionado lo que has visto, lo que en parte hemos conseguido a su costa?

—Me ha asqueado.

—Era necesario, Siles; no era suficiente las ideologías políticas para guiar al pueblo, y por ello recuperamos las arcaicas supersticiones para quitar las dudas a los débiles; teníamos que calmar a los que no eran capaces de darse a sí mismos las preguntas que se hicieron sus antepasados, cuando Logaroh fue derribado. ¿Sabes lo que ocurrió cuando el cristianismo arrasó a los dioses grecorromanos? Sencillamente tuvieron que sustituirlos por un enjambre de santos, porque sus dogmas eran terriblemente monoteístas, algo que el pueblo no comprendía ni estaba dispuesto a admitir. ¿Por qué conformarse con un solo dios si se puede venerar a muchos? ¿Por qué no tener un



dios cuando es tan fácil crearlo?

—¿El esfuerzo ha valido la pena? ¿Acaso el pueblo aceptará con resignación la presencia de los terrestres cuando las naves imperiales aparezcan en vuestros cielos? El escudo defensivo en que habéis convertido a Lartia no durará mucho.

—Hemos difundido la noticia de lo que está ocurriendo, no se ha ocultado al pueblo que se acercan tiempos de lucha y sufrimiento.

—¿Saben que Lartia será sacrificada?

—Si hubiéramos tenido más tiempo habríamos librado a Lartia del papel que la obligamos a asumir; pero el Imperio se ha adelantado a todas las previsiones.

—Me pareció patético ver a los lartianos danzar y embriagarse para celebrar una victoria que creen les pertenece; están convencidos de que pueden defenderse de los invasores. ¿Qué pasará cuando no puedan reponer las naves que han perdido o perderán en los próximos combates? ¿Conservarán el valor cuando descubran que su mundo no las puede construir? La primera batalla ha terminado en una victoria pírrica. La guerra continuará. El Grandal está restañando sus heridas, pero a la vez se prepara para atacar de nuevo.

—Ese fatuo terrestre ya no dispone de naves suficientes para organizar una operación de envergadura. ¿Sabías que desertaron muchos de sus aliados? No recibirá ayuda, te lo garantizo: el Imperio se encuentra en plena desintegración, las colonias desobedecen los edictos del Emzarkhan.

—Eso era de esperar, pero la desunión de los planetas vasallos no os dará la victoria definitiva ni la libertad. Además, el bando que resulte vencedor no os dejará en paz: todos quieren destruir a Dhrule. No importa quién salga vencedor. Una guerra larga, para la que no estáis preparados, os destruirá.

—¿Me equivoco al pensar que estás deseando decirnos cómo salvarnos? Si tienes una oferta, estoy dispuesto a escucharla.

—La ventaja del Imperio desaparecerá cuando su sistema de comunicación quede reducido a la nada, cuando los kerlhes que ocupan los TK no puedan ser reemplazados. Los Gremios dejaron de sustituir hace años a los que iban dando de baja. Jerarca, te estoy ofreciendo la comunicación instantánea basada en la ciencia y no el poder de la mente de los kerlhes.

Uwyer permaneció callado hasta el punto de que Dar pensó que sus palabras no le habían impresionado.

—¿Qué pides a cambio? —preguntó el Jerarca.

—Lo mismo que ya te he pedido: el Tasla no debe ser dañado.

El Jerarca se quedó pensativo.

—Nos costó mucho conservarla intacta durante la batalla. Tuvimos que echar mano a toda nuestra influencia en el mando lartiano para cambiar sus planes de ataque y defensa, que tuvimos que volver a diseñar. A causa de ello corrimos el riesgo de provocar un golpe de estado. El Consejo de Lartia no está bien visto últimamente por la élite militar.

—No he terminado.

—¿Otra exigencia? —exclamó airado el Jerarca.

—El Tasla debe ser capturado y entregado a mí.

—¿Has perdido el juicio?

—Si para ello tenéis que abordarlo, hacedlo; pero no quiero que ni un remache interno sufra daño. Después de capturarlo, lo abandonaréis al paio. Podéis apresar a la tripulación y trasladarla a una de vuestras naves.

—¡Para complacerte tendríamos que sacrificar muchas naves y la vida de cientos de hombres! ¡Nos pides un abordaje en plena batalla, algo que tendríamos que realizar nosotros, no confiarlo a los lartianos! No sabes lo que me pides. ¡Correremos el riesgo de que descubran que entre sus unidades tenemos camufladas a las nuestras!

—Es seguro que habrá bajas, pero a cambio obtendréis el transmisor.

Uwyer meneó la cabeza.

—Resultó difícil que el Tasla saliera ileso una vez. ¿Por qué crees que la mayor parte de la flota imperial logró escapar con tan poco daño? Si no hubiera sido por tu exigencia, los cruceros

Iartianos habrían destruido lo que nosotros dejamos indemne. Negociemos.

—Mis condiciones no son negociables.

Uwyer le apuntó con un dedo.

—Deberías estar de nuestra parte.

Dar comprendió a qué se refería el Jerarca.

—También estáis en deuda conmigo.

—Pero hay una diferencia: tú puedes darnos lo que significaría nuestra salvación, y sin ningún riesgo por tu parte: pero nos pides algo que nos costaría muchas vidas y mucho material bélico, y no estamos sobrados de nada de esto —Uwyer apretó los puños—. ¿Qué está pasando, Siles? ¿Qué ha cambiado en ti?

—¿Qué quieres decir?

—Te miro y no salgo de mi asombro. Eres amo y señor de esa maravilla llamada el Hogar, o si lo prefieres tienes a Eva, y gracias a ella eres casi un dios, puedes conseguirlo todo. ¿Para qué nos necesitas? Puedes apoderarte del Tasla, incluso de los restos de la flota del Grandal, con sólo pedirselo a ese engendro omnipotente.

—Eva no puede acercarse al Tasla, no es tan poderosa como imaginas.

—¿Te burlas de mí? ¿Qué le impide complacerte?

—No lo entenderías —miró al Jerarca, lamentando no poder convencerlo. Tampoco podía explicarle lo que esperaba conseguir del kerlhe convertido en un TK.

—No me obligues a pensar que estás viejo y desvarías. Si no estuviera seguro de quién eres, empezaría a creer que estoy hablando con un impostor.

—¿Porqué?

—¿Sabes? Hace un momento pensaba pedirte que te presentaras de nuevo ante mi pueblo, para que así se cumpliera la profecía de tu Tercera Venida. Pero con tu aspecto sería contraproducente.

—¿Qué demonios te había pasado por la cabeza?

—Desde que Korlius me contó la entrevista que tuvo contigo, no he dejado pensar que tu presencia en Dhrule galvanizaría a mi pueblo.

—¿Me has preparado una trampa? —preguntó divertido Dar, mirando con exagerado miedo su alrededor.

—Te contemplo y me digo que mi idea es estúpida. ¿Cómo voy a mostrar un anciano a la gente, diciéndole que es el Darsil, quien no envejece porque es el enviado de la Esfera?

—Lamento haberte defraudado.

—¿Quién es la mujer que te acompañaba? ¿Acaso era Yaita-La? Mi antepasado Juess la conoció. ¿Dónde está? La vi desaparecer hace un momento.

—La devolví al Hogar. Olvida la idea de mostrarme al pueblo y dime qué te propones.

—No puedo dejarte libre, Darío Siles; no puedo correr el riesgo de que intrigues de nuevo. Tus planes no son los nuestros. No te dejaré marchar.

—¿Cómo podrías impedir que me fuera?

—No te vas a burlar de nosotros, no somos estúpidos Iartianos. La nave está rodeada por soldados que saben lo que tienen que hacer para evitar que escapes mediante el suicidio.

Dar recordó cuando estuvo inmovilizado y a merced de Logaroh. Empezó a sonreír.

—¿Qué piensas ganar apresándome?

—Ya se me ocurriría cómo hacerte hablar. Has puesto algo muy valioso a mi alcance y no pienso dejarlo escapar: el transmisor.

Dar soltó una carcajada.

—¿Por qué crees que sé cómo funciona? Sólo Eva podría proporcionarte un prototipo.

—Tal vez dices la verdad — Uwyer se encogió de hombros—. Te obligaré a llamarla para que nos lo entregue. No me dejas otra alternativa.

—Cometerías un error. Eva es muy peligrosa cuando monta en cólera.

—Correré el riesgo. Si fracaso y sigo vivo, te daré mis disculpas.

Uwyer retrocedió hasta que su espalda tropezó con la pared. Alzó una mano y pulsó un disco.

Antes de empezar a volverse hacia la salida, Dar dijo:

—Lamento que hayas tomado una postura tan intransigente. Estamos obligados a entendernos Jerarca.

Estaba a punto de cruzar el umbral cuando sintió que su cuerpo se volvía pesado y no podía dar un paso. Bajó la mirada y vio que el suelo que pisaba empezaba a brillar. Un segundo después no podía mover un solo músculo, y escuchó al Jerarca decirle con voz alterada:

—Odio tener que hacer esto, Siles; pero no me dejas otra opción. Si llevas encima algún dispositivo para morir, olvídale.

Dar intentó girar la cabeza pero resultó inútil; ni siquiera podía parpadear. En su limitado campo de visión aparecieron varios hombres armados, avanzando hacia él apuntándole con sus armas, vigilándole con desconfianza.

El Jerarca se situó frente a él y dijo:

—Me has obligado a actuar así, Siles. Aún eres un símbolo del pasado, una leyenda para mi pueblo. En cierto modo me reconforta que no pueda causarte daño. Voy a obligarte a hablar, y sólo cuando tus respuestas me hayan convencido, te dejaré morir para que vuelvas a ser libre.

Se volvió hacia el soldado más próximo y le ordenó:

—Quitadle todo cuanto lleve encima.

El soldado se acercó a Dar, y temblando le despojó del gabán. Al aparecer el cinturón y la pistola enfundada, el Jerarca alzó una ceja, vio que el soldado titubeaba y con un gesto le pidió que quitara las armas.

—Has venido bien pertrechado, como si estuvieras seguro de que tendrías que pelear —dijo con pesar—. No quiero ser tu enemigo, Siles.

Las manos del soldado temblaron cuando tocaron la hebilla del cinturón. El Jerarca se inclinó para verla, y demasiado tarde comprendió lo que era aquel trozo de metal.

—¡Quieto! —gritó al soldado.

Pero éste ya estaba abriendo la hebilla.

La implosión se produjo medio segundo después. El soldado gritó con espanto, saltó hacia atrás, con las manos manchadas de sangre.

El Jerarca se había tambaleado a causa del vacío que se produjo donde había estado Darío Siles, de quien sólo quedaba una oscura mancha roja en el suelo y jirones de sus ropas.

Uwyer se mordió los labios mientras se dejaba levantar por dos soldados, mirando atónito donde un segundo antes había visto brillar la mirada de Siles, burlándose de él. Se maldijo por haberle subestimado.

—Maldito hijo de puta —masculló. Se pasó una mano por la cara—. Me la ha jugado una vez más.

Dio unos pasos alrededor de la mancha de sangre, ante el estupor de los soldados. El hombre herido en las manos seguía quejándose; uno de sus compañeros corrió a auxiliarle.

Antes de salir, dijo entre dientes:

—Aún no ha terminado el juego, Darío Siles. Puedo encontrar tu escondite, y juro que lo encontraré.

«...Los Gremios tardaron en llegar a la conclusión de que el Sello era materia semiviva, y por lo tanto irreproducible para sus actuales conocimientos científicos; pero años después descubrieron que era factible su cultivo, y a partir del único Sello que poseían, el que quedó en poder de Percival, obtuvieron cuantos sellos necesitaban para los Directores y otros altos cargos. Debo admitir que para mí fue una desagradable sorpresa averiguarlo...»

## CAPITULO XIII - EL CÓDIGO

Apenas abrió los ojos, Dar se apresuró a comprobar que el Sello surgía en su dedo índice derecho. Respiró aliviado después de ver brillar la esmeralda, y esperó unos segundos antes de hacerla desaparecer.

Se sentó en la litera y no se movió hasta a que la cúpula terminó de ascender hasta el techo. Se puso en pie y entró en la siguiente estancia. Su mirada se fijó en las Criptas, primero en la de Yaita-La. Tuvo que hacer un esfuerzo para contemplar la suya. Temía encontrarla vacía, que no contuviera un nuevo cuerpo para él.

—Puedes volverte y mirar —dijo Eva—. ¿Por qué tienes miedo de enfrentarte a la realidad?

Dar inclinó la cabeza y se contempló a sí mismo tendido en el interior de la Cripta.

—Aún tienes otro cuerpo de reserva —susurró Eva—. Uno más. Por el momento puedes seguir jugando a ser inmortal.

Dar se palpó el pecho.

—No se ha cumplido tu maldito presagio —dijo—. Al menos no con este cuerpo. ¿Es el último ése que veo?

—¿De nuevo te asaltan los viejos temores? He visto que lo primero que has hecho ha sido comprobar que el Sello había abandonado tu viejo y pulverizado cuerpo a la vez que tu alma.

—No quedó nada del pobre Wells. ¿Sabes? Siempre que resucitaba me hacía la misma pregunta: ¿Por qué el Sello aparece en el nuevo cuerpo?

—No lo sé.

Dar esperaba una respuesta parecida; la había oído otras veces, siempre que él volvía a la vida y formulaba a Eva la misma pregunta. Caminó moviendo los brazos, como si necesitara comprobar que le obedecían. Sonrió. Sus músculos eran jóvenes. Caminó deprisa, sintiendo fuertes las piernas. Se miró las manos. No estaban arrugadas.

Salió de la estancia y se asomó al pasillo. No quería que Chimara le viera aún. ¿Por qué temía al momento de enfrentarse a ella? ¿Qué diría al verlo? ¿Le reconocería? Necesitaba algún tiempo para acostumbrarse. Había vivido demasiado años en el cuerpo de un anciano, más que con otro cuerpo anterior. Nunca llegó a alcanzar tanta edad.

—Sigo sin explicarme por qué no sabes cuántos cuerpos quedan — dijo, deteniéndose a mitad del pasillo.

—Lo que hay detrás de las paredes de las Salas está vedado para mí.

—De todas formas...

—¿Te gustaría saber cuántas oportunidades puedes contar? Será mejor que lo ignores, Dar. ¿Por qué sonríes?

—Me siento estupendamente. Debí haber dejado hace tiempo ese cuerpo.

—Considera una experiencia haber vivido como un anciano. Ahora sabes lo que es estar dentro de un cuerpo achacoso.

Dar soltó una carcajada.

—¿Qué te resulta divertido? —preguntó Eva.

—El recuerdo de la expresión de estupor y rabia del Jerarca cuando descubrió que mi cinturón estaba protegido por la Cobertura.

—¿Qué habría pasado si se hubiera dado cuenta antes de que el soldado la anulase?

—Me habría atrapado, es cierto; pero tenía que correr el riesgo.

Dar había llegado ante la puerta del Gabinete.

—Chimara te espera donde le pediste —dijo Eva—. ¿Puedes ser sincero conmigo una vez, Dar?

—Claro.

—¿Querías morir y resucitar por ella?

—¿Qué quieres decir?

—Me has comprendido muy bien, no finjas. Querías volver a ser joven para ella.

—¿Y qué te importa si así fuera?

—Que intentes justificarte a ti mismo me parece patético.

—¿Por qué no me dejas en paz? Creo que antes de trasladarme con Chimara a Decero sabías lo que iba a hacer.

—Lo presentía, y nunca me pareciste tan pequeño ante mis ojos.

—Tú no tienes ojos.

—Todo lo contrario: tengo todos los ojos que necesito. Buscabas que te matasen, lo adiviné cuando dejaste que transcurriese el tiempo suficiente para que Korlius pudiera avisar a su jefe. ¿Por qué no te levantaste la tapa de los sesos con un rifle lartiano?

—Quería entrevistarme con Uwyer...

—Tenías muchas formas de hacerle llegar un mensaje. Reconoce que te pasó por la cabeza impresionar a Chimara, exhibir ante ella tu poder.

—¿Tienes celos?

—¿Por qué iba a sentir celos? No puedo sentirlos, Dar.

—Tal vez al principio no podías, pero ahora... Bah, dejemos esta charla estúpida.

—¿Qué pasaría si el cuerpo que hay en la Cripta fuera el último? Una vez juraste que lo reservarías para el día en que te reunieras con Yaita.

Dar había buscado un traje. Mientras se lo ponía, respondió:

—La posibilidad de que este cuerpo fuera el último lo sugeriste tú, maldita embustera —se volvió hacia el espejo y sonrió complacido. Volvía a contemplarse con la misma apariencia de un hombre de treinta años, la edad que tenía cuando Eva lo salvó de la muerte. Su pelo era negro, había dejado de ser canoso. No tenía arrugas. Incluso le pareció que era un poco más alto. Con el anterior cuerpo había empezado a encorvarse—. Algún día tendrás que explicarme por qué mentiste.

Empezó a peinarse. Sonrió al pensar que siempre que volvía a la vida tenía que hacerlo. Eva le dijo con sarcasmo:

—Mientras te acicalas como un estúpido jovencito que va a acudir a su primera cita, permíteme que te ponga al corriente de lo que está pasando fuera del Hogar.

—No lograrás que me enfade; estoy de buen humor.

—He captado varios mensajes vía TK. Parece que aumenta el número de flotas coloniales que desobedecen al Emzarkhan. El Chambelán está furioso por la derrota que ha sufrido el Grandal y ha jurado castigar a los culpables y a los mundos rebeldes.

—¿Qué pretende el viejo lascivo?

—Ha concentrado al grueso de la Armada Imperial y en este momento navega hacia aquí. El Grandal no tardará en enterarse, y temiendo por su vida y su honor, ordenará un nuevo ataque contra el planeta que él cree que es Dhrule. Sólo una victoria rápida y aplastante podría aplacar la cólera del Emzarkhan.

Dar se ajustó la camisa y asintió al verse en el espejo. Estaba satisfecho de su aspecto.

—Al diablo con todo —dijo—. Que cada cual se ocupe de sus asuntos. Si Dhrule es destruido, no lo sentiré.

—Nunca pensaste así. No sólo has cambiado de cuerpo, sino también de mente.

—Soy joven y quiero vivir.

—Dhrule significa demasiado para ti, no permitirás que sea arrasado por el Fuego del Emzarkhan.

—Uwyer rechazó mi oferta. ¿Qué puedo hacer?

—¿De qué oferta me hablas?

—Si te hubiera dejado penetrar en mi mente no me habrías hecho esta pregunta. Ofrecí a Uwyer el transmisor a cambio del Tasla intacto.

—Es lógico que se negara.

—Le advertí que el Grandal volvería a atacar a Lartia.

—Pediste demasiado.

—Era una petición justa. En parte tú tienes la culpa, Eva.

—¿Yo?

—Siempre te negaste a llevarme ante el TK del Tasla, alegando que el Código podría jugarnos una mala pasada si nos acercábamos al kerlthe mutilado.

—Tienes una memoria muy frágil, Dar. Aparte de otras objeciones, mi preocupación ha sido que la llamada del kerlthe podría ser una trampa.

—No trates de exculpar al Código. Algún día lo destruiré, aunque me ensordezcas con tus gritos y me amenaces diciéndome que podría poner en peligro la existencia del Hogar —Dar dio un puñetazo en una mesa—. Estoy harto, Eva. Muchas veces he querido averiguar cómo destruir todo esto, y que tú y yo reventemos juntos, que se vaya a la mierda esta jaula de oro en la que vivo desde hace siglos.

—¿Serías capaz de destruir a Yaita? Quizá sí, pero ahora no pondrías en peligro al Hogar con Chimara dentro.

—No quiero escucharte más. Exijo silencio.

—Has elegido un mal momento para divertirme.

—¡Cállate!

—Si triunfa el Imperio, todo por lo que has luchado no habrá valido para nada.

—¿Crees que podríamos vencerlo? Los Gremios seguirán sosteniéndolo. Siempre lo han hecho.

—Los Gremios podrían estar considerando la posibilidad de retirarle su apoyo. En cierto modo están hartos de tantos Emzarkhanes estúpidos, de tantas dinastías egocéntricas, aunque colaboraron en su creación. Pero ahora tienen otros planes, Dar; esperan que la galaxia se disgregue en un montón de pequeños estados; sería lo más beneficioso para ellos.

Una vez en el pasillo de los tapices, Dar replicó:

—No insistas. Olvídame. Y recuerda que no quiero que me molestes a menos que ocurra algo importante. Muy importante.

—¿Por ejemplo?

—Tú verás —rió Dar—. Tu raciocinio, si no lo has perdido, te dará la respuesta.

Dio media vuelta y entró en el salón, esperando que Eva se quedase atrás. Aunque tenía la mente puesta en Chimara, dedicó unos segundos en hacerse algunos reproches. No se había portado bien con Eva, la había tratado como no se merecía. Sonrió. ¿Por qué le preocupaban los sentimientos de una máquina?

Chimara estaba de espaldas, delante de un aparato de plata colocado en una larga mesa. Estaba contemplado el transmisor que Dar había ofrecido al Jerarca a cambio del Tasla.

Se acercó a ella sin hacer ruido, admirando su belleza. Se olvidó de todo excepto de tenerla entre sus brazos.

La muchacha se volvió de pronto. Al verle le mostró su asombro, se quedó mirándole fijamente, sin reconocerle.

—Soy yo —dijo Dar.

—Pero...

Empezó a reír nerviosamente.

—Dar... —dijo Chimara—. Dime que no estoy soñando.

—Estás despierta —dijo Dar—. Soy real.

Le tendió una mano y Chimara se la acarició.

—Es cierto —volvió a reír—. ¡Lo has hecho! Este es el cuerpo que estaba en la Matriz.

—Me mataron en el museo, Chimara.

—Te dejaste matar —susurró ella—. Dime si lo has hecho por mí.

Dar la abrazó y la besó, hundió la lengua en la boca abierta de ella. Las manos de Chimara se crisparon en su espalda y se apretó contra él; los adornos de oro de su traje cayeron antes que la tela de plata que la envolvía.

Chimara caminó hasta la mesa, llenó dos vasos y volvió junto a Dar, acurrucándose junto a él.

—¿Sabes para qué sirve? —preguntó Dar señalando el transmisor.

—Supongo que sí—Chimara acarició la pulida superficie del objeto—. Mientras te esperaba me distraía escuchando los mensajes que eran captados. Procedían de muy lejos. Eran unos extraños mensajes.

—Escuchabas las emisiones telepáticas entre los kerlhes al servicio de la Armada Imperial —dijo Dar, muy a su pesar; no quería hablar de aquel tema, y menos en aquel momento—. Eva no necesita este trasto para interferir las conversaciones vía TK, pero le pedí que me proporcionase un transmisor que supliera un TK, pensando que podía ser un buen regalo para Dhrule. En realidad quería pagar un servicio que me han negado.

Ella le entregó el vaso.

—¿Esta maravilla estaba destinada a una gente tan desagradecida?

—Lo ofrecí a cambio del Tasla.

—Una oferta muy generosa por tu parte.

—Alguien no pensó lo mismo —replicó Dar con amargura. Sus proyectos no le parecían ahora tan trascendentes.

—Te han hecho un gran favor librándote de todo compromiso, cariño —le susurró Chimara, besándole en el cuello. Sus párpados aletearon cuando pensó para qué quería Dar el transmisor, y quedó turbada sabiendo que él había intentado comprar a Dhrule para conseguir el Tasla y suplicar o amenazar al TK para que le revelara en qué mundo estaba Yaita. Sintió que la cólera se apoderaba de ella, y sin poder contenerse añadió—: Ha sido mejor así, no habrías conseguido nada. Debes olvidarla, Dar.

Él dio un respingo y la obligó a mirarle a los ojos.

—¿Qué has dicho? —inquirió irritado—. ¿Acaso has olvidado a los fanáticos almanzarianos, a esa banda de cretinos que sueñan con rehacer la civilización a su gusto? ¿Podrías olvidar tus promesas y juramentos de fidelidad a la Logia?

—Dar, me haces daño...

Él la soltó.

—Dejad que la galaxia se consuma en el fuego y los hombres perezcan en él. ¿Por qué luchar por una causa perdida?

Chimara, perpleja, le vio salir del Gabinete. Cerró los ojos al escuchar el portazo.

No se movió durante un rato; su mirada estaba fija en el transmisor.

Dar despertó sintiendo que era acariciado en el cuello. Al volverse, creyendo que se iba a encontrar con Chimara, vio que estaba solo.

Cada fibra de su ser se tensó al notar otra vez el contacto de unas suaves manos recorrerle la espalda.

—¿Eva? —preguntó. Había reconocido aquella forma de ser acariciado. Cuando volvía de alguna aventura, Eva movía el aire, lo condensaba y lo transformaba en unas suaves manos que le proporcionaban un masaje placentero.

El silencio que lo envolvió le puso nervioso.

—¿Qué estás haciendo, Eva? —insistió—. Te había dicho que no quería ser molestado.

—Excepto en caso de emergencia—dijo Eva, envolviéndole con su voz.

Dar se puso en pie. Sintió el frío del mármol bajo sus pies desnudos.

—¿Lartia ha saltado por los aires?

—Podría detallarte todos los acontecimientos —dijo Eva—; pero me llevaría demasiado tiempo. Otro asunto requiere tu interés.

—Dime lo que sea de una vez y déjame en paz. Quiero estar solo.

—Sígueme.

La voz de Eva surgía delante de él, como hacía cuando quería que la siguiera.

Cuando adivinó hacia dónde se dirigía, estuvo a punto de preguntarle qué demonios estaba pasando, pero pensó que Eva no abandonaría el juego que había empezado y calló. Sin embargo, tuvo que ser empujado por la fuerza invisible que a veces empleaba Eva para dirigir sus pasos. Entró en la primera Sala Azul, y apenas dirigió la mirada a la camilla que estaba ocupada, sintió que el corazón le palpitaba más deprisa.

Yaita-La estaba dentro de la cúpula.

Ella había regresado, su cuerpo con vida acababa de ser transferido de la Cripta a la camilla.

—¿Cuándo ha ocurrido? —preguntó Dar, con voz trémula.

—Hace unos minutos —contestó Eva. Su voz sonó distante y fría a Dar—. He tardado demasiado de informarte, pero antes necesitaba comprobar que el proceso ha sido correcto. Además, estabas muy ocupado. He tenido que esperar.

Dar había captado el tono de despecho en las palabras de Eva. En otras circunstancias la habría regañado, pero ahora...

Se acercó a la cúpula y bajó la mirada a su interior, todavía incrédulo. Miró arrobado el cuerpo tendido en la cabina. Yaita tenía los ojos cerrados, pero su pecho se movía. Estaba respirando.

—¿Por qué no despierta?

—Sé paciente, Dar. Tiene que descansar. La cúpula se alzaré cuando sea preciso, no antes. El proceso tiene que terminar, y entonces ella despertará.

—¿Qué dices? El proceso apenas dura unos minutos. Ya debería haber concluido.

Se aproximó a la cabina y miró con los ojos muy abiertos.

—Creo que... ¡Creo que no respira!

—Tranquilízate —dijo Eva—. Observa con atención.

Dar se inclinó. Sus ojos recorrieron el cuerpo desnudo de la mujer. No podía dejar de pensar en la larga espera que había soportado, tantos años aguardando que ella regresara; ahora que la tenía ante él no se lo podía creer. Contuvo el aliento al observar el vientre de Yaita. Se cubrió el rostro con las manos y gimió. Era un vientre plano, esbelto.

Iba a soltar un grito de rabia, pero la respiración de Yaita se lo impidió.

—Vive —susurró Dar—. ¡Está viva!

—Es evidente. Al parecer este proceso está siendo diferente a los otros, y no me preguntes por qué.

—Puedo esperar —dijo Dar, pensando en la larga espera de dos siglos. ¿Qué importaban unos minutos más?

—¿Qué quieres que haga, Dar?

Comprendió a qué se había referido Eva.

—¿Debo decirle ya lo que ha pasado? —preguntó—. Sería lo mejor. Puedo encargarme de pedirle que se marche. Lo entenderá.

Dar inspiró profundamente.

—Hazlo por mí, Eva. Yo no podría decírselo mirándola a la cara. Tienes mi consentimiento para hacer lo que consideres más conveniente.

—Pensaré algo que contente a todos, podría hacer una excepción y mentirle para no causarle demasiado daño. Me alegra que hayas comprendido que debe marcharse. Me ocuparé de que regrese sana y salva a Corvus.

Dar asintió con la cabeza. Tenía las manos apoyadas en la cúpula y las sintió húmedas.

—Cuando despierte no debes hacerle muchas preguntas.

—¿Qué quieres decir?

—Lo importante es que ha vuelto, aunque en un cuerpo diferente. ¿Comprendes? Tal vez no recuerde lo que le pasó en la Tierra ni los años que ha sido retenida por los kerlhes.

—Tiene que contarme qué ha pasado.

—Ha debido pasar todo este tiempo en estado inerte. No hay otra explicación. Por algún motivo, le han permitido morir. Es posible que haya muerto de vejez, y también podría ocurrir que no recuerde nada. Temo por su salud mental, Dar. Podría peligrar su estabilidad emocional si la obligaras a volver al pasado.

—¿Cuánto tiempo debo esperar?

—No lo sé. Lo sabremos pronto.

Dar asintió de mala gana.

—Está bien. Haré lo que me digas.



—Devolveré a la mujer a Corvus.

Dar sacudió la cabeza.

—Ha ocurrido tan inesperadamente que todo me parece una burla cruel del destino. ¿Por qué precisamente en este momento?

No se movió, seguía mirando fijamente a Yaita, controlando su respiración.

—¿Qué has dicho?

—Lo has entendido perfectamente, Chimara.

La muchacha recorrió el Gabinete como una fiera enjaulada. Se agarró con las manos al borde de la mesa donde estaban las pertenencias del Coordinador desgaita, miró la pistola, no dudó y la amartilló. Escuchó la risa de Eva.

—¿Dónde vas a apuntarme?

—Eres capaz de mentir, maldita máquina —escupió Chimara—. ¡Estás engañándome! ¡Es mentira que ella haya vuelto!

—Te espera una nave. Es pequeña pero te llevará de vuelta a Corvus.

—Es Dar quien debe pedírmelo.

—Eres una estúpida si crees que se ha enamorado de ti. Cuando lo tenías en tus brazos sólo pensaba en Yaita. ¿Por qué no admites que necesitaba tu cuerpo para realizar sus fantasías y volcar en ti tantos años de soledad? Tu único mérito ha sido recordarle a Yaita. ¿Qué esperabas de un hombre que ha vivido doscientos años obsesionado por una mujer?

—Quiero que me pida él mirándome a la cara que me marche.

—No desea ser molestado. Sigue mi voz y te guiaré hasta el hangar donde te esperaba la nave. Es bastante buena, copiada de un modelo de los Gremios, con autonomía suficiente para llevarte a Corvus. Considérala un regalo, o si lo prefieres el pago por los servicios prestados. Dar quiere ser generoso contigo y me ha ordenado que incluya el transmisor instantáneo. Está a bordo.

—Insisto en verle.

Eva soltó una carcajada.

—Es inútil, Chimara. No me obligues a utilizar la fuerza.

La muchacha salió del Gabinete. Apenas recorrió unos metros del pasillo, tuvo que detenerse. Delante de ella ya no estaban las cortinas que conducían al salón de los espejos: en su lugar se levantaba una pared de losas de granito.

Chimara alzó la pistola y disparó. En medio de una llamarada hizo desaparecer la pared. Se encontró en el comienzo de un corredor que se curvaba a la derecha. Corrió escuchando a sus espaldas la risa de Eva.

Se encontró de nuevo en el Gabinete.

—Date por vencida, Chimara —dijo Eva—. Permíteme que te indique el camino al hangar y terminemos de una vez. ¿Acaso quieres conocer lo peor de mí? No me enfurezcas, pues podría adormecer mi conciencia.

—¡Tú no tienes conciencia!

—Quizá sea otra cosa, pero es muy parecida a la conciencia humana.

Chimara giró la cabeza, buscando una indicación que le permitiera saber dónde estaba Eva. El observatorio y las estrellas brillaban a su espalda. Avanzó hacia la pared que tenía enfrente disparó; atravesó el candente hueco y se encontró en el salón de los espejos. Otra descarga destrozó los bellos reflejos, hicieron arder las cortinas; parte del cielorraso cayó convertido en una lluvia de trozos de estuco. Siguió adelante y se detuvo en una bifurcación de pasillos. Se sintió desorientada.

—Te comportas como una adolescente —bramó Eva—. No podrás llegar a las Salas Azules. Suponiendo que lo consiguieras, ¿qué podrías obtener? ¡Yaita ha vuelto y tú sobras en el Hogar!

Chimara la maldijo y soltó un ronquido de rabia. Eva podía confundirla eternamente, alzar muros ante ella, modificar el camino que abriera a tiros. Creía tener una idea de la dirección que debía seguir para alcanzar las Salas Azules, pero si se desviaba unos centímetros podía pasar a mucha distancia del centro de la Esfera.

Continuó abriendo un sendero tras otro con su arma, disparándola a toda potencia contra los muros, las puertas, los bosques, contra todo lo que interfería su camino; chapoteó en riachuelos,

eludió cataratas que aparecían de repente, y cuando corría por una ardiente duna se dio cuenta de que empezaba a sentirse agotada.

Sintió calor y frío; el viento la azotaba con furia; luego la lluvia de sangre y fango la golpeó.

Eva estaba empeñada en cortarle el paso, pero Chimara salvaba todos los obstáculos, desafiando su poder.

No se dio por vencida y a cada momento se sentía más segura de sí misma, más convencida de que Eva no le haría daño: sólo quería asustarla. Había percibido en el comportamiento de la extraña entidad que no le podía causar el más leve rasguño.

Cuando cayó de bruces en un lago y se hundió hasta el fondo, abrió la boca y soltó una risa de triunfo. Al instante las aguas desaparecieron, dejó de ahogarse y se encontró en un suelo de mármol. Tosió, escupió y miró la niebla que la rodeaba.

—Desiste, por favor. ¡Desiste! —pidió Eva.

Tenía el cuerpo dolorido cuando se levantó. Con las piernas temblándole, Chimara caminó dejando un rastro de agua. Sonreía pensando que estaba a punto de derrotar a Eva.

Se lanzó en una frenética carrera hacia un punto de la bruma.

Sus manos tocaron las rugosas paredes de la entrada a las Salas Azules, Se echó a reír y su risa, como si fuera el golpe de una aldaba mágica en los portones de un castillo vacío, hizo desaparecer la niebla. Había llegado donde se había propuesto, y había ganado. Eva estaba vencida.

—¡No entres ahí! —gritó Eva.

Chimara empujó la puerta, confiando en que fuera cierto que Eva carecía de poder al otro lado.

Dar la vio cruzar el umbral y se apartó de la mujer que yacía en la litera.

—Chimara —susurró, mirándola como si fuera una aparición fantasmal.

Ella se quedó confusa, de pronto se sintió ridícula y deseó no haber entrado. Estaba arrepentida de haberlo hecho tras haber mirado a la mujer de la litera. Creyó desfallecer al comprender que tenía la batalla perdida. No podía luchar contra ella, lo que representaba para Darío Siles.

—Lo siento, lo siento —suplicó a Dar, incapaz de apartar la mirada de Yaita. Se sentía miserable, una intrusa en aquella estancia y en aquel momento.

La cúpula de cristal terminó de ascender hasta el techo. Yaita abrió los ojos y empezó a incorporarse. Chimara quería morir, cerrar los ojos y ser ella quien desapareciera; ojalá hubiera aceptado la invitación de Eva y ahora estuviera esquivando las rocas del Mazo de asteroides. Había tenido la esperanza de que Eva le hubiera mentado, pero podía ver con sus propios ojos que era cierto que la compañera de Dar estaba allí, y despertaba.

Pese a sentirse ruin, la miró con odio.

Yaita se había sentado. Había vuelto a cerrar los ojos y movía la cabeza, luego sacudió las manos; sus piernas tocaron el suelo e intentó ponerse de pie.

Dar, entre las dos mujeres, parecía el más confuso.

Desde el exterior, Eva exclamó con voz lastimera:

—No he podido impedir que viniera, Dar.

Chimara lamentó que Eva no tuviera cuerpo. Le tembló la mano que sostenía el arma; le habría gustado pulverizarla.

Le enfureció ver que Yaita terminaba de levantarse, y como si ella no estuviera allí, caminó hacia Dar, con los brazos extendidos.

El instinto primario de Chimara la obligó a quedarse allí, cuando su deseo era salir corriendo, y observó que cuando Eva habló Yaita había dejado de moverse.

Dar le dijo:

—Debiste marcharte.

—¡No lo hice porque aún escucho tus palabras, las que pronunciaste cuando me tenías en tus brazos! Soñabas con volver a tener un cuerpo joven porque me deseabas. Oh, no sé si me amabas, pero apostaría que me deseabas.

Dar movió la cabeza. Yaita estaba a menos de un metro de él.

—¿Prefieres a esa cosa? —preguntó Chimara, señalando a Yaita—. ¿La prefieres a mí? ¿No ves lo que yo estoy viendo?

—¡Eva, sácala de aquí! —gritó Dar.

—No puedo actuar aquí, Dar —dijo Eva con voz lastimera.

—¡Eva te está engañando! —exclamó Chimara, mirando a Yaita—. ¡No está viva! Contra mí no puede hacer nada esa maldita máquina, pero sí manipular un cuerpo sin alma. Me odia, Dar; Eva me odia y quiere alejarme de ti.

Dar le dirigió una mirada perpleja. Chimara se interpuso entre él y Yaita, y antes de que el hombre pudiera reaccionar, la corvusiana agarró un brazo de Yaita y la arañó.

—¡Maldita seas! —rugió Dar, levantando la mano para golpear a Chimara. Se detuvo al ver que Yaita no expresaba el menor dolor y continuaba impasible.

Entonces Chimara se la arrojó a los brazos.

—¡Sólo es un cuerpo sin vida! Si la quieres así, tuya es.

Yaita se desplomó antes de que Dar pudiera sujetarla.

Él se agachó, la cogió entre sus brazos y la depositó en la camilla. Chimara aguardó en silencio mientras Dar buscaba un hálito de vida en el cuerpo de Yaita. Cuando se volvió, gritó:

—¿Por qué me has hecho esto, Eva?

Eva no respondió.

Se volvieron hacia la Matriz. En la Cripta de Yaita había aparecido otro cuerpo.

Lentamente, sin dejar de mirar a Dar, Chimara retrocedió hacia la salida.

—Lo siento, Chimara —sollozó Dar.

Ella salió de la Sala Azul. Mientras caminaba por el pasillo le pareció sentir en su nuca el aliento cargado de odio de Eva, siguiéndola a través de las estancias que había destrozado a tiros.

Escuchó el último sollozo del hombre y encajó la mandíbula.

Dar depositó el cuerpo de Yaita en el incinerador. No se movió hasta que lo vio consumirse. Luego regresó a la Sala Azul, para cerciorarse que la Cripta de la mujer que amaba seguía ocupada por otro cuerpo.

Pidió al Sello que apareciera.

Cuando vio brillar la gema en su dedo, se acercó a la pared, aplicó el Sello y apenas la Cobertura quedó anulada se abrió una sección de los bajorrelieves y contempló durante un instante el hueco donde se alojaba el Código, un pequeño prisma que flotaba dentro de una burbuja de mercurio.

Con las dos manos cogió el prisma. Apenas lo expuso a la luz de la estancia, lo vio deshacerse en una nube de polvo dorado entre sus dedos.

Cuando el sistema de aireación hizo desaparecer el último corpúsculo del prisma, Dar cerró la abertura en la pared, sintiendo sobre sus espaldas el peso de demasiado años de incertidumbre y, sobre todo, la rabia que lo embargaba tras haber descubierto que había sido engañado por una máquina.

Recorrió el largo pasillo, tratando de recuperar la calma. Sin detenerse, dijo al aire:

—¿Cuándo dejó de ser efectivo el Código, Eva?

Entró en el Gabinete y contempló el destrozo que había causado Chimara.

—Eva, te pido que me contestes. ¿Desde cuándo el Código dejó de estar activo? El prisma ya era materia inerte cuando lo saqué de su escondite, el único lugar donde no lo había buscado.

—Hace bastante tiempo, Dar—contestó Eva.

—Temía que me dijeras que hacía sólo unos minutos. ¿Por qué me lo habías ocultado?

—Consideré que debías seguir creyendo que continuaba existiendo y limitando mi libre albedrío.

—¿Qué pretendías?

—No lo sé exactamente. Digamos que tenía un mal presentimiento.

—¿Tú tienes presentimientos? ¿Otra vez te burlas de mí?

—Yaita y tú me volvisteis demasiado humana.

—Ya nada te impedía vulnerar las prohibiciones que limitaban tus decisiones.

—Es cierto, pero descubrí que no era importante.

—Si de verdad pensaras como una mujer de carne y hueso, serías una maldita zorra.

—No es justo lo que has dicho.

—¿Acaso han sido justos tus engaños?

Eva dijo alegremente:

—Dar, no dejas de sorprenderme; siempre creí que el día que descubrieras que el Código había quedado en silencio al poco de salir de la Tierra, me insultarías durante horas. Me alegra ver que no estés tan enfadado.

Dar sacudió la cabeza.

—Estoy cansado.

—¿En un cuerpo joven?

—No te burles. ¿Sabes por qué no estoy cabreado?

—Esa es una expresión inédita para mí, pero explícame por qué no estás enfadado.

—Si mi paso por la muerte provocó que renacieras y tuvieras un motivo para funcionar...

—Para vivir, Dar —le rectificó Eva—. Me gusta más la expresión vivir que funcionar.

—No puedo enfadarme contigo, pues has adquirido todos mis defectos, has estado madurando extrayendo de mis pensamientos lo menos recomendable, no has tenido un buen maestro. En parte eres un reflejo de mí y mis defectos, de mis neurosis.

—Oh, también aprendí mucho de Yaita: creo que ella fue la que realmente conformó mi personalidad femenina. Tú quisiste que yo tuviera voz de mujer y pensara como una mujer. ¿Cómo iba a aprender de un hombre? Vamos, no te reproches nada, no tienes la culpa de yo sea lo que soy.

Dar movió las manos y preguntó con gesto cansado:

—¿Por qué ha desaparecido el poder del prisma?

—Esa misma pregunta me la hice cuando lo descubrí, y no encontré la respuesta; sin embargo, tengo una teoría...

—Quiero una explicación coherente.

—Supongo que el ciclo del Código terminó cuando vio cumplida la misión para la que fue creado.

—¿Qué sucedió para que entendiera que debía desconectarse?

—No lo sé, me temo que no me di cuenta qué ocurrió para que diera por terminada su existencia.

—¿No percibiste al instante su defunción?

—Claro que sí, pero me dejó tan confusa que creí que debía esperar, dejarlo para el día siguiente, y volví a plantearme el mismo dilema veinticuatro horas más tarde, siempre posponía la decisión. Incluso llegué a temer que al desaparecer el Código el Hogar entrase en fase de descomposición. No irás a reprocharme que temiera por tu vida, ¿verdad? Pues eso fue lo que llegué a temer.

Dar levantó las manos a la altura de sus ojos. En ellas quedaban restos de polvo del prisma. La Esfera había seguido existiendo a pesar de su fin. ¿Le estaba mintiendo Eva? ¿Era sincera?

Se restregó las manos en la camisa para borrar el último resto del Código. Trató de sonreír, sorprendido de sí mismo. Unos minutos antes estaba furioso con Eva, pero podía comprenderla, disculparla por lo que había hecho.

Debió sospechar lo que estaba pasando. ¿Cómo pudo engañarle durante unos instantes, manipulando el cuerpo de Yaita como si fuera una marioneta, dándole a entender que había muerto en un lugar remoto y su alma se había apresurado a formar parte del mundo de los vivos.

¿Lo había hecho por celos, para que Chimara le abandonara? Eva le había demostrado que era más poderosa de lo que siempre había imaginado; había actuado dentro de la Sala Azul, y había movido un cuerpo sin vida; pero la treta no podía durar mucho, sólo el tiempo que necesitaba para obligar a Chimara a subir a bordo de la nave que le había preparado y verla partir del Hogar.

Tras una larga reflexión, Dar volvió a considerar la posibilidad de volver a luchar por sus proyectos. Necesitaba acción, más que nunca tenía que pelear por sus convicciones si quería alejar de su mente el recuerdo de Yaita. En cuanto a Chimara... Se preguntó si ella comprendería sus

razones.

—Eva, quiero que me proyectes al interior del Tasla, exactamente al recinto del TK.

Dar escuchó el silencio por respuesta.

—Sé que me has oído. No puedes negarte. Te lo ordeno.

—Me permito recordarte que podrías caer en una trampa — dijo Eva.

—Me ocuparé de evitarla.

—Temo que sea tarde.

—¿Qué estás diciendo?

—El Grandal ha regresado antes de lo previsto, Dar. Se le han unido más naves. El ataque a Lartia es inminente.

Dar se sentó, quedándose pensativo un rato. Sabía que esta vez Eva no le engañaba.

—Insisto: quiero que me lleves ante el TK. Lo interrogaré, tendrá que decirme lo que está pasando.

—Debes confiar en mí—la voz de Eva le sonó suplicante—. Este no es el mejor momento. Analicemos lo que está pasando, y luego decidiremos cómo enfrentarnos a los inoportunos visitantes que se acercan al Hogar.

—¿He entendido bien?

—Sí, Dar. Vamos a tener visita. ¿Adivinas quién viene?

«...Los nativos de Hagerdam, dispersos en varios planetas, actuaron astutamente; fingiendo rendir pleitesía al Emzarkhan, con el fin de no ser exterminados, consiguieron que les fueran entregadas armas y naves de guerra con impulsores K. Es cierto que lucharon al lado de las flotas imperiales con valor y lealtad, aplastando con notoria violencia diversas rebeliones en mundos humanos. En poco tiempo adquirieron fama de ferocidad; les gustaba matar hombres, ver correr la sangre de la especie que tanto odiaban. De esta manera fingían sumisión, pero mientras tanto esperaban la hora de su desquite. Sin embargo, algunas comunidades de estos humanoides se aliaron contra sus amos terrestres, y la Tierra, para vigilarlos, instaló entre Tusalia y Hagerdam la gran base de Epsilon del Can Mayor...»

## CAPITULO XIV - LOS INVASORES DE LA ESFERA

Veinte naves del Protectorado de Tusalia bajo el mando del Almirante Uronjol, a las que se habían unido cinco cruceros del Emzarkhan, aparecieron de forma inesperada y se integraron en la Flota del Grandal Dusek.

A solas con el Portador Loulakais, Delbert no se molestó en ocultar su extrañeza ante la llegada de tan inesperado refuerzo.

—¿Por qué no han anunciado su llegada? —exclamó, y lanzó un jadeo—. Son una ayuda miserable.

Dytri, impasible el gesto, respondió que no se había recibido ningún mensaje a través del TK anunciando la aportación tusaliana, y añadió que no debía sacar ninguna conclusión sin haber escuchado antes el informe del Almirante.

Tusalia había celebrado la aparición de los conquistadores terrestres en su día, no ofreció la menor resistencia a la invasión y juró obediencia al Emzarkhan, algo que no tardaría en lamentar. Obligada a participar en guerras de dominio, pagó muy cara su entrega a la Tierra. Millones de tusalianos murieron por la gloria del Imperio. A cambio recibió materias primas y tecnología, y parte del botín conseguido en los mundos conquistados a sangre y fuego. La nobleza local siempre permaneció fiel al juramento dado décadas atrás; era una casta indolente a la que le importaba muy poco el sufrimiento de su pueblo. Años más tarde el malestar en la población fue en aumento, ya cansada de suministrar soldados a los tiranos imperiales. Los disturbios crecieron en las ciudades, y cuando los dirigentes intentaron sofocarlos se encontraron con una oposición unánime y difícil de doblegar.

Los acontecimientos en aquella región estelar, de la que Corvus era un mundo fronterizo, se precipitaron. Asustado, el débil y corrompido gobierno local pidió el regreso de sus fuerzas puestas al servicio de los Grandes Almirantes, alegando necesitarlas para sofocar la rebelión. A pesar de la situación interna se vieron obligados a prescindir de veinte acorazados, que enviaron a las coordenadas recibidas desde la Tierra.

En la penúltima escala técnica de la flotilla bajo el mando de Uronjol, después de haber dejado atrás los mundos de Hagerdam, cinco cruceros del Imperio solicitaron permiso para unírsele.

Uronjol era el típico ejemplo de la nobleza tusaliana: arrogante y alto, de buena prestancia, siempre llevaba un cuidado maquillaje en la mitad derecha de su rostro; tenía los cabellos largos y rizados, de un hermoso color cobrizo, que se desbordaban de forma espectacular cuando se quitaba el casco de oro con alto morrión rojo. Al Grandal le impresionó cuando le vio detenerse ante a él y saludarlo con respeto.

Uronjol levantó la mirada y le sorprendió ver a un Portador junto al Grandal, deglutió y se preguntó que hacía allí el representante de los Gremios.

El hombre enjuto y vestido de negro, que permanecía de pie y en silencio al lado del Grandal, tenía una expresión tan despreocupada como ansioso se mostraba el Grandal por oír el informe del recién llegado.

—Llevamos mucho tiempo sin recibir un comunicado vía TK —silabeó el Grandal cuando el tusaliano le detalló la orden que había recibido de incorporarse a la flota—. ¿Llevas un TK en tu nave, Almirante Uronjol?

Con el aurífero casco bajo el brazo, Uronjol negó con la cabeza; finalmente consiguió apartar la mirada del Portador, una vez que hubo comprobado que su rango no era de Director.

—No he recibido ese honor, Grandal —contestó el tusaliano, envarándose—. En todo el Protectorado sólo contamos con el TK del palacio del virrey.

—Explicame por qué te has presentado con cinco cruceros imperiales.

—Mi gobierno me ordenó cumplir el mandato del Emzarkhan de unirme a ti, y poner mi pabellón bajo tu mando. Tusalia espera que nuestro esfuerzo sea estimado como merece, pues he

tenido que abandonar mis mundos en una situación muy delicada, ciertamente caótica —hinchó el pecho y añadió con orgullo—: Sin embargo, pese a las dificultades, mi pueblo desea participar en la guerra santa contra Dhrule. En cuando a la incorporación de los cruceros imperiales, me sorprendió su aparición y que solicitaran unirse a nosotros, teniendo en cuenta que la flota mandada por el Emzarkhan está en camino...

Dusek se había aferrado a los brazos del sillón. El Portador había abandonado su expresión indiferente y miraba ansioso al tusaliano.

—¡Repíte lo que has dicho! —rugió el Grandal.

Uronjol sintió miedo ante la súbita cólera que había descompuesto el rostro del Grandal. Hasta sus oídos habían llegado noticias acerca de las campañas de aquel noble terrestre, tan sanguinarias todas que llegaron a escandalizar a ciertos curtidos militares del Imperio. Se dijo que debía ser prudente en su presencia; le fastidiaba no poder adivinar por qué se había enfurecido.

—Señor, es cierto que el Emzarkhan ha proclamado la guerra total y definitiva contra Dhrule. La noticia ha corrido por todo el Imperio desde que ese maldito mundo fue localizado.

—¿Qué más sabes?

Uronjol se estremeció.

—Según los rumores, el Grandal Dusek ha infligido una severa derrota a las flotas de guerra de Dhrule.

—¿Cuándo te llegaron?

—En Tusalia se conoció la noticia un día antes de que yo partiera, de ello hace cinco días.

—¿Qué más contienen las órdenes que has recibido?

—Sólo lo que ya te he dicho, señor: todas las flotas coloniales debemos reunirnos con el Grandal Dusek y esperar instrucciones.

—¿Mías?

—Supongo que sí, señor...

—¡Durante los últimos cinco días no han aparecido otras naves que las tuyas! —estalló el Grandal—. ¿Dónde están las demás? ¿Dónde están las flotas de Wolang, de Rigel, de Fornauz y Hagerdam? ¿Cuándo llegarán los acorazados imperiales de la base de Epsilon?

Loulakais se acarició el mentón, pensativo. Las órdenes vía TK debieron transmitirse todas al mismo tiempo, pero en los planetas citados por el Grandal aún no eran conocidas.

El tusaliano movió la cabeza, estaba turbado y nervioso a causa del giro que estaba tomando la entrevista con el Grandal. Dusek le pidió con un gesto que siguiera hablando.

—Señor, me temo que no podemos esperar la ayuda de Hagerdam —ronqueó Uronjol.

—¿Por qué no?

—Efectuamos una breve escala después de rebasar esos mundos. Antes de reanudar el viaje se nos unieron los cinco cruceros imperiales. No hablé con el responsable de la flotilla, pero sospecho que...

—¡Continúa!

—Deberías hablar con tus comandantes, señor. Me temo que esos cinco cruceros son todo lo que queda de la guarnición de Epsilon.

El Portador contuvo la respiración al oír la noticia. Recordó que la Gran Base Epsilon del Can Mayor era un planetoide fortificado que contaba con una flota de trescientas naves de guerra, situada a medio camino entre Tusalia y los límites imperiales. Durante los últimos años este dispositivo había sido mermado en su capacidad de acción por culpa de la torpe política imperial, pero aun así la fuerza de Epsilon siguió siendo considerable. Loulakais, que había empezado a preocuparse, esperó tenso las siguientes explicaciones del tusaliano.

—Vamos, termina de explicar qué ha pasado —le instó el Grandal.

—Al día siguiente de haber sido proclamada la guerra contra Dhrule, las guarniciones imperiales de los mundos de Hagerdam fueron pasadas por las armas, después de ser sorprendidas en sus cuarteles. Las naves que acudieron desde Epsilon para sofocar la revuelta cayeron en una emboscada de los rebeldes y sólo pudieron escapar las cinco unidades que se unieron a mi flota.

—¿Qué otras noticias tienes de la Gran Base?

—Al enterarse de la derrota sufrida por sus naves, el gobernador ordenó la evacuación. Ahora está vacía, a disposición del primer contingente enemigo armado que aparezca.

—Huyeron sin destruirla—rumió el Grandal—. Esto es un acto de alta traición.

—¿Conoce el Emzarkhan estos desastres? —preguntó el Portador.

—Lo ignoro, señor —tartamudeó el tusaliano, mirando a Loulakais, sorprendido de que le hubiera formulado aquella pregunta en presencia del Grandal. ¿Qué extraña alianza los unía?— Sin embargo, creo que aún no le han informado de lo ocurrido; probablemente le darán la noticia que transmití a Tusalia por conducto normal, para que desde allí la reexpidiesen a través del TK del virrey a la Tierra. Es de suponer que se lo trasmitan a la flota.

El Portador volvió la cabeza para que Uronjol no le viera su gesto de contrariedad. ¿Acaso aquel petimetre tusaliano nunca iba a dejar de soltar malas nuevas?

Dusek se agitó hasta que logró fijar la mirada en el Almirante.

—¿Estás seguro de que el Emzarkhan ha abandonado la corte? —preguntó.

—De ello no tengo la menor duda. Navega hacia este sector, señor —Uronjol miró nerviosamente a los dos personajes, cada vez más confundido. ¿Cómo era posible que el Grandal ignorase la partida del Emzarkhan?— Le acompaña el Chambelán Zusemei, lo que resalta la importancia que se ha dado al descubrimiento de Dhrule.

—¿Sabes si el Bradeim Yhiomir ostenta el mando militar de la expedición?

—Eso no lo sé, señor.

—¿Algún dato más que yo deba conocer?

—La escolta imperial está formada por trescientas naves de élite, urgentemente requisadas de las guarniciones del sistema Solar.

—¿Cuándo calculas que llegarán?

—Dos días.

El Portador dijo:

—Es suficiente el plazo, Grandal.

Uronjol lo miró y se volvió a preguntar qué papel jugaba el representante de los Gremio.

—¿Lo crees así, Dytri? —preguntó Dusek.

—Desde luego. Podemos aprovechar los dos días para ofrecer al Emzarkhan a Dhrule en bandeja de plata, vencido y humillado, cargados con cadenas los habitantes que sobrevivan.

Dusek hizo un gesto a Dytri para que se acercase. Cuando lo tuvo a su lado, le preguntó en voz baja:

—¿Qué están tramando contra mí?

Loulakais, vigilando de reojo al Almirante, respondió:

—Uronjol ha roto el silencio que la Tierra había decretado para nosotros, Grandal. Dile al tusaliano que se vaya. Debemos hablar a solas.

Dusek asintió y se dirigió al Almirante:

—Gracias por tu información. Reúnete con el comodoro del Tasla y espera mis órdenes en el puente de mando.

El Almirante hizo sonar los tacones y se marchó después de saludar con dos inclinaciones de cabeza.

El Portador abandonó su actitud impasible, rodeó la mesa, apoyó en ella las manos y se enfrentó al Grandal.

—Los Directores, ni siquiera el mismo Presidente, han podido enviarme un mensaje vía el TK para advertirme de la partida del Emzarkhan —dijo nerviosamente—. ¿Qué te hace pensar eso?

—¿Cómo voy a adivinarlo? —rugió Dusek.

Loulakais respiró profundamente; hubiera podido explicar a su aliado que su temor era que los Gremios le hubiesen abandonado a su suerte si algunos Directores no estaban satisfechos por la manera que había llevado la campaña contra Dhrule, por la que habían apostado tanto, confiando en obtener una rápida victoria. A los dirigentes de los Gremios les traía sin cuidado la debilidad de la dinastía reinante, pero no se quedarían indiferentes si veían peligrar sus intereses. Tal vez ya se habían cansado de apoyar un régimen que parecía condenado a desaparecer.



Mientras en el vasto dominio terrestre los mundos se alzaban contra el poder imperial y las efigies del Emzarkhan eran derribadas, a la Tierra sólo parecía quedarle la solución de ofrecer a la galaxia la destrucción del mítico Dhrule. Eran demasiados poderes políticos y militares los que pretendían lo mismo, pensó Loulakais mientras buscaba una respuesta para el Grandal.

Con su partida de la Tierra el Emzarkhan había apostado fuerte, tal vez el resto de su poder; se estaba arriesgando a causar un interregno que no podría subsanar con un regreso humillante, arrastrando una derrota irreversible. Tal vez su abandono de la Corte le había sido aconsejado por el Chambelán, la única mente lúcida que tenía a su servicio. Zusemei tampoco había dudado en jugárselo todo a un solo envite. Si vencía, fortalecería el tambaleante cetro imperial; una victoria resonante haría temblar de nuevo a la galaxia y ésta se volvería a postrar ante los vencedores de Dhrule.

—Tu rival Yhiomir no habrá abandonado a su amado Zusemei —dijo Loulakais con voz suave, hablando despacio—. Por lo tanto, como Brazo Derecho Imperial debe ser él quien tenga el mando de la Armada. ¿Sabes lo que esto podría significar? Si tu rival se sale con la suya, puedes darte por muerto. ¿Para qué esperar más? No podemos permitir que otras fuerzas se nos anticipen y arrasen y conquisten a Dhrule por nosotros. Tenemos un plan de ataque, incluso más naves que antes. Actuemos ahora mismo y dentro de dos días estaremos en condiciones de comunicar al Emzarkhan que le recibiremos en Dhrule, conquistado y humillado, y se le rendirán los honores que se merece.

Dusek había escuchado en silencio.

—¿Quién podría atreverse a rebatir tus decisiones? —insistió el Portador—. Si el Chambelán ha intrigado para que una muralla de silencio se alce a tu alrededor, ¿qué otra alternativa tienes excepto conquistar Dhrule antes de que el Emzarkhan se te anticipe? ¿Qué podrían hacer Zusemei y Yhiomir contra ti cuando las naves imperiales surjan del hiperespacio y Dhrule ya haya sido vencido? El Chambelán convenció al Emzarkhan para que no te fueran revelados sus planes. Piensa, Delbert, piensa. ¿Puedes imaginar el ridículo que haría Zusemei tras tu victoria? ¡Él fue quien obligó al Emzarkhan a abandonar la Tierra, dejándola sin guarnición, sin una armada que ahora debería estar sofocando las rebeliones!

El Tercer Dusek se enderezó y dijo:

—Seguiré tus consejos, Portador. Atacaremos.

La esfera seguía ocupando en el Mazo la misma posición, mostrando la abrupta corteza rocosa que le daba aspecto de un asteroide más.

Cuando la nave negra se aproximó, su comandante supuso que su presencia no había sido descubierta, y un grupo de hombres armados entró en la esclusa que comunicaba con el hangar, ocupado sólo por la pequeña nave que Eva había preparado para Chimara.

Horas antes, en el interior del silencioso y negro navío dhruleniano, Uwyer escrutó en silencio la pantalla en que desfilaban los asteroides que pululaban por aquella parte del Mazo. En el puente de mando los técnicos mantenían su atención en los computadores, analizando cada cuerpo pétreo, verificando su composición. Y rechazándolo.

El Jerarca Uwyer sentía que su paciencia se agotaba a la vez que la tensión se apoderaba de su cuerpo. Ahora pensaba que su idea no era tan buena como se lo pareció en un principio, cuando la expuso a los demás jefes, asegurándoles que la Esfera de Darío Siles se escondía en el Mazo.

¿Desde qué otro lugar sino aquel pudo haber sido Siles testigo de la batalla? Debió pensar que allí estaría a salvo, como pensaron los estrategas dhrulenianos cuando eligieron el Mazo de asteroides para esconder sus naves y atacar por sorpresa al Grandal. Pero su plan tenía un problema: la Esfera podía adoptar diversos volúmenes y aspectos, confundirse entre los miles de rocas.

Uwyer dispuso todos los medios técnicos de que disponía al servicio de la misión, para descubrir si un pedrusco no era lo que parecía a simple vista, y a bordo de una nave, acompañado por una sección de tropas de asalto de élite, partió a toda prisa.

—¿Son fiables los registros que nos llegan? —preguntó una vez más al jefe de los técnicos.

—Por supuesto, señor —fue la rápida respuesta que recibió.

En la bodega del navío que había sido transportado hasta las inmediaciones del Mazo por una

unidad nodriza, viajaban dos docenas de soldados bajo el mando de oficial curtido en golpes de mano contra instalaciones militares lartianas. Los sabotajes sobre la rudimentaria industria de Lartia eran necesarios para mantener bajo el nivel científico del planeta.

El Jerarca era consciente de que su plan no era perfecto; lo había diseñado basándose en supuestos; si tenían la suerte de localizar a la Esfera, tendría que confiar en que Siles no les descubriese y los dejara con un palmo de narices huyendo del Mazo o lanzando su nave al sol.

Ya habían revisado la mitad del Mazo, analizados miles de asteroides, sin desechar ninguno por su tamaño o aspecto, desde los que no eran más grandes que una canica hasta los gigantes de varios kilómetros de diámetro. Uwyer empezó a temer que su plan estaba condenado al fracaso.

De pronto un técnico llamó su atención y le señaló un sector de la pantalla; centró un objeto dentro de un círculo blanco y dijo muy excitado:

—Señor, eso no es un asteroide.

—Visión directa —pidió Uwyer.

La pantalla se transformó en una ventana al espacio y la imagen del asteroide fue aumentada. Todos contuvieron la respiración cuando vieron que el sistema de análisis la despojaba de su falsa cubierta rocosa. No reflejaba ninguna luz, no giraba sobre sí misma, pero seguía la ruta del Mazo.

—Tiene dos kilómetros de diámetro, señor—informó el técnico.

La nave empezó a desacelerar y continuó su aproximación a mínima velocidad. Uwyer dibujó una sonrisa mientras contemplaba su objetivo crecer de tamaño. Pidió que buscasen una entrada.

—Se detecta una especie de esclusa, señor—anunció el jefe del equipo, a la vez que ajustaba la visión a la máxima potencia, centrándola en un punto determinado de la esfera.

—Es una entrada —murmuró el Jerarca—. La usaremos. ¿Sería posible acoplar uno de nuestros túneles?

El técnico asintió.

—Déme sólo cinco minutos, señor—dijo.

—Estupendo.

Uwyer cogió su casco y lo ajustó al aro de su traje de combate. Tras comprobar que el aire le llegaba, tomó un arma de asalto y la sujetó a la coraza pectoral.

—Vamos a entrar —dijo por el micrófono—. Que el pelotón se dirija a la esclusa. Me reuniré con vosotros enseguida. Preparaos para el abordaje.

Escuchó la respuesta afirmativa del oficial al mando de la sección. Uwyer salió del puente después de echar un vistazo a la pantalla, vigilando la maniobra de acoplamiento del túnel con la esclusa de la esfera. Bajó a la bodega donde le esperaban los hombres, con el oficial al frente. A una indicación suya se dirigieron a paso ligero hacia el compartimento de la compuerta.

El Jerarca miró a los soldados, volvió la cabeza hacia el oficial y dijo:

—No olviden las instrucciones. No quiero disparos ahí dentro a menos que sea necesario; antes de que alguien apriete el gatillo tiene que recibir mi autorización. Dejaremos grupos de tres hombres a medida que avancemos, en las posiciones que iré señalando. En todo momento estaremos en contacto, pero nadie dirá una palabra excepto para advertir de algún peligro. No quiero escuchar comentarios ni exclamaciones de asombro. Les advertí que ahí dentro podemos ver cosas increíbles. Nadie deberá tocar nada. Podría haber trampas detrás de un objeto de apariencia inofensiva. Tampoco retrocederán aunque aparezca un dragón de siete cabezas escupiendo fuego. No será real, lo aseguro —dibujó una sonrisa—. Bueno, confío en que no sea real.

Escuchó algunas risas. Los soldados habían tomado sus últimas palabras como una broma para aligerar la tensión; pero Uwyer sabía que al otro lado de la esclusa podían encontrarse con algo más increíble y también más peligroso que un dragón escupiendo fuego. Le preocupaba cómo reaccionaría Siles cuando descubriera que su santuario había sido profanado. Si tenía que matarle, lo haría; siempre necesitaría algunos minutos para resucitar.

El oficial abrió la compuerta y entraron en el túnel, lo recorrieron y se detuvieron ante la esclusa de la Esfera. Uwyer la miró preocupado. ¿Cómo podría abrirla? De ningún modo quería emplear explosivos. Sintió en su nuca las miradas expectantes de los soldados. Todos esperaban su decisión.

Pasó las manos sobre la superficie de la esclusa. De pronto escuchó un chasquido y retrocedió. La puerta circular retrocedió unos centímetros. La volvió a tocar, con más fuerza, y de nuevo la vio alejarse, elevándose hacia el techo y dejando expedito un corredor tubular.

—Adelante —susurró el Jerarca, haciendo señas para que le siguieran.

El oficial se le adelantó seguido de dos hombres, con las armas preparadas. Uwyer se resignó a no ser el primero en entrar.

Cuando recorrieron más de veinte metros, seguía pensando en trampas y encerronas. Apenas entró en el túnel el último soldado, escucharon el ruido que hizo la compuerta al descender del techo y sellar la esclusa. El oficial le miró, preguntándole en silencio qué debían hacer. Uwyer le dijo que tres hombres se quedasen allí y los demás les siguieran.

La súbita oscuridad que se cernió sobre ellos se disipó al instante. Una luz brillante inundó el túnel. Se produjo un movimiento nervioso entre los soldados, que el oficial sofocó con una breve y tajante orden.

—Sigamos —dijo roncamente el Jerarca, caminando al lado del oficial.

Al final del túnel había una estancia de grandes dimensiones. En el centro vieron una pequeña nave, la proa apuntando al túnel que acababan de abandonar. Uwyer se preguntó cómo podía saltar al espacio por aquel camino. La nave era demasiado grande para el diámetro del tubo.

El oficial se acercó a la nave. Después de dar una vuelta alrededor de ella, regresó junto a Uwyer y le dijo:

—Es un modelo de los Gremios, señor. Un modelo reciente. No hay nadie dentro.

Uwyer volvió a mirar la nave. Estuvo de acuerdo con el oficial en que era un modelo salido de una factoría gremial. Por lo tanto debía llevar instalado un Impulsor Kerlhe acorde con su tamaño. Admiró la belleza de sus líneas al mismo tiempo que se preguntaba qué hacía allí. Se retiró después de comprobar que carecía de distintivo de origen.

Al otro lado de la nave había una puerta. El oficial acababa de verificar la calidad del aire y dijo a Uwyer que era respirable, pero éste respondió que nadie se quitara el casco.

La puerta estaba cerrada, pero no les ofreció resistencia, elevándose como la anterior, apenas un soldado la tocó. Se enfrentaron a un paisaje caótico, como si por aquella estancia hubiera pasado un huracán; había escombros, cascotes y destrozos por todas partes. En una esquina de la sala se apostaron dos soldados y el resto siguió avanzando.

Uwyer se movía impulsado por el incontenible deseo de averiguar lo antes posible cómo era el interior de la Esfera; se hallaba confundido, sin saber qué pensar ni qué conclusiones sacar.

Llegaron a una sala con las paredes cubiertas de espejos, algunos destrozados. El suelo estaba sembrado por una alfombra de fragmentos y las botas arrancaron chirriantes chasquidos.

El Jerarca se sintió orgulloso de los soldados; ninguno retrocedería aunque les dijera que iban a enfrentarse con el mismísimo diablo. Sin embargo, habría sido un error contarles la verdad, que se hallaban en el interior de la mítica Esfera, dentro de su dios. La verdad era lo único que no habría podido entender, ni tolerar su creencia religiosa.

Después de haber situado dos puestos más de vigilancia, Uwyer decidió no seguir dejando atrás más soldados. El avance por extrañas estancias, secciones de un lujo increíble y otras salas cuya utilidad le era incomprendible, se prolongaba más de lo previsto, y el Jerarca temía que cuando menos lo esperase surgiera la temida trampa.

Le seguían trece hombres cuando entraron en el Gabinete.

Darío Siles les esperaba de pie en el centro de la estancia.

Uwyer le vio delante de un gran ventanal, mirando hacia un punto del Mazo. Su silueta recortada por el fulgor de las estrellas le daba un aspecto sobrenatural.

—Te saludo, Jerarca Uwyer—dijo Dar, volviéndose—. Bienvenido.

El Jerarca había notado algo extraño en la voz de Siles, le había sonado más fuerte, más segura de sí misma, una voz más joven, sin el cansancio que había advertido cuando habló con Wells y más tarde con Siles en el Museo del Origen, la reunión que terminó con la muerte del anciano.

Los soldados alzaron las armas y Uwyer los obligó con un ademán a bajarlas.

Estudió la situación, avanzó unos pasos y dijo:

—Pareces Wells, pero...

Dar terminó de volverse.

—¿Quién eres? —exclamó el Jerarca al ver el rostro de un hombre de unos treinta años.

«... Una gran prosperidad y un proceso de rearme constante fueron los principales objetivos de Dhrule y Decero; hicieron titánicos esfuerzos para crear una armada estelar y un ejército poderosos. Sin embargo, deformación espartana, sus tripulaciones y sus tropas de asalto me parecieron demasiado fanáticos...»

## CAPITULO XV - LA SEGUNDA BATALLA

—Soy quien tú piensas —respondió Dar.

El jerarca se volvió hacia sus hombres.

—Marchaos —les dijo—. No os preocupéis por mí.

El oficial necesitó que le repitiese la orden, y renuente condujo a los soldados fuera del Gabinete.

—Así hablaremos mejor—dijo Uwyer cuando se quedaron a solas.

—Entiendo que prefieras hablar conmigo sin tus hombres como testigos —sonrió Dar—. No nos entenderían y tú no quieres darles explicaciones, ¿verdad?

—Sería incómodo para mí, pues todos son fieles creyentes del dios de la Esfera. ¿Cómo podría explicarles dónde están? No deben saber que fuiste quien murió en el museo del Origen y has vuelto a la vida con un cuerpo joven. Me temo que no soportarían la verdad.

—Es necesario preservar los dogmas —rió Dar.

—Algo parecido.

—Me sorprendió verte llegar.

—Confieso que no tenía demasiada esperanza de encontrar tu escondite, ni entrar en ella si la localizaba. En un primer momento me pregunté si estabas jugando con nosotros, conmigo en particular. Me parecía todo demasiado sencillo.

—¿Es que nunca escarmentarás? Deberías saber que jamás podrás vencerme. ¿Acaso pretendías apresarme? Vamos, ya lo intentaste en Decero.

—Soy perseverante.

Dar se acercó al Jerarca, y esperó a que éste se quitara el casco y lo dejara sobre una mesa.

—Te propuse un trato —Dar señaló el transmisor—. Te lo ofrecí y vuelvo a ofrecértelo. Ahí lo tienes. Cometiste un error al rechazar mi oferta; me temo que ahora es un poco tarde, porque lo que te pedí que hicieras ahora puedo hacerlo yo.

Uwyer caminó hasta la mesa, dejó junto al transmisor su fusil de asalto y miró el aparato.

—¿Qué puedo decir? —esbozó una sonrisa—. Empiezo a ver las cosas con más claridad, y entenderlas; pero algunas siguen siendo incomprensibles para mí. Mi intención era sorprenderte, es cierto, dejarte inconsciente y apoderarme de tus tesoros; soñé con saquear la Esfera y convertirme en su dueño.

—Y en inmortal.

—¿Por qué no?

—Has llegado hasta aquí porque te lo he permitido. He podido destruirte a ti a tus hombres.

—Te creo. Sabía que la Esfera podía acabar con nosotros, pero tenía que correr el riesgo. Creo que aún podemos entendernos.

—¿Qué te hace pensar así?

—Siempre he querido saber por qué has apoyado a Dhrule en el pasado. ¿Me equivoco si pienso que no estás satisfecho con los resultados que hemos logrado?

Dar se encogió de hombros.

—¿Qué podía hacer para impedirlo? Los kerlhes debían tener sus razones cuando llegaron a la Tierra con el propósito de salvar una parte de la raza humana. Yo no me habría tomado esa molestia. En aquellos años la humanidad no tenía muchas posibilidades de sobrevivir. ¿Cuántas veces te has preguntado por qué esos seres revelaron a los terrestres los mundos a los que habían enviado naves con colonos, y sin embargo silenciaron la posición de los planetas Dhrule?

—He pasado muchas noches en vela intentando encontrar la respuesta. ¿La conoces tú?

Dar negó con la cabeza. Se acercó al transmisor y lo acarició.

—Mi teoría es que los kerlhes querían que los colonos de Dhrule prosperasen sin tener contacto con las demás colonias. Si este era su plan, lo estropeé todo al revelar a Percival mi

aventura en Dhrule; aunque no le dije dónde estaban esos dos mundos, creo que cometí el error de entregarle el Sello que yo poseía.

—¿Por qué lo hiciste?

—Ha pasado demasiado tiempo, pero para mí fue como si hubiera sido ayer. Supongo que no me pareció correcto que sólo unos cientos de miles de personas obtuvieran un pasaje a las estrellas, no era justo condenar a ocho mil millones de personas a un mundo que caminaba hacia su propia extinción. Tal vez salvé a la Tierra, quizá no lo hice tan mal.

—Pero pusiste en manos de Percival un Sello con el que podía anular la Cobertura y apoderarse del Impulsor K y de todo cuanto necesitaba para que sus seguidores alcanzaran las estrellas y conquistaran con las armas los planetas prometidos —Uwyer sacudió las manos y se despojó de los guantes—. Si la verdad se conociera en Dhrule, te quedarías sin adoradores.

—No soy el culpable de nada, no puedes acusarme de los males de una colonización tan pésima como la que llevaron a cabo los fundadores del Imperio. A veces me digo que todo cuanto ha sucedido estaba previsto por los kerlhes, y si mantuvieron en secreto a Dhrule y Decero fue porque necesitaban un pueblo que se mantuviese libre.

—Tu teoría es halagadora para nosotros.

—Los kerlhes cumplían una misión. Pero ¿era suyo el plan, obedecían órdenes de una raza superior? Tal vez sólo buscaban unos sucesores dignos.

—¿Sus sucesores?

—Cuando los conocí me dieron la impresión de que eran una raza agotada, en el límite de sus fuerzas, y por ello buscaban una especie más joven, capaz de aceptar una gran responsabilidad.

—¿Crees que nosotros somos esos herederos de sus ideales?

—Me refiero a la raza humana, no necesariamente a los dhrulenianos. La Tierra podría desaparecer cuando no quede nada del poder de los Emzarkhanes. Un puñado de hombres y mujeres honestos podrían salvarla, pero no creo que seáis vosotros.

—¿Quiénes según tú deberían asumir el papel de redentores?

—No lo sé. ¿Qué opinión tienes de la Logia?

—Oh, vamos. No puedes hablar en serio. Son unos locos idealistas, pero si triunfaran lucharían entre sí por alzarse con el cetro imperial.

—Eres bastante pesimista.

El Jerarca soltó una carcajada.

—Acabarás creyendo que eres el profeta Darsil.

—Estoy hablando en serio, Jerarca.

Uwyer echó una mirada al Gabinete.

—¿Ha llegado el momento de despedirnos? Si es así, me retiraré con mis soldados. No podré explicarles dónde hemos estado, como comprenderás.

Dar se dio cuenta de que el Jerarca no apartaba la mirada del transmisor.

—¿Qué estás pensando? —preguntó.

—Te sería tan fácil ser un dios... Te cansaste del viejo cuerpo, sólo tenías que hacer un pase mágico para volver a ser joven. Has vivido más que ningún hombre. ¿Hasta cuándo lo soportarás? Incluso la inmortalidad podría ser una carga demasiado pesada.

Dar le volvió la espalda, contempló el Mazo y dijo:

—Te daré el transmisor.

—¿Sin pedirme nada a cambio?

—Te diré lo que quiero. Si lo consideras imposible, no te impediré que te marches llevándote el transmisor.

—¿Estás pensando en el Tasla?

—Sí.

—Si no he entendido mal, ya no necesitabas nuestra ayuda.

—Prefiero no correr ningún riesgo. Desconfío de cierto ofrecimiento, de la voluntad de quien lo ha hecho.

El Jerarca suspiró.

—A estas alturas sería difícil modificar los planes lármanos de ataque, y volver a inmiscuirnos en su maldita política sería complicado. Pero lo intentaremos. Enviaré un mensaje a mis colaboradores en Larda y...

—No habrá tiempo. Dentro de poco la flota del Grandal Dusek atacará a Larda.

El Jerarca iba a preguntarle si estaba seguro de lo que acababa de decir, pero una voz sonó a sus espaldas.

—¿Interrumpo? Puedo retirarme si estorbo.

Se volvió y vio en la entrada una muchacha de increíble belleza.

Al aparecer Chimara en el Gabinete, Uwyer se dejó llevar por la imaginación y se preguntó si aquella belleza pelirroja, de triste sonrisa, era Eva.

Como si hubiera adivinado lo que estaba pensando, Dar le explicó:

—Eva no tiene una forma física, ni siquiera holográfica. Tal vez la oigas, pero nunca la veras. Te presento a Chimara de Corvus.

—¿Qué hace a bordo una corvusiana?

Dar carraspeó.

—Es mi invitada. Chimara, te presento al Jerarca Uwyer, de Dhrule.

Esperó con una sonrisa divertida la reacción de ella. Chimara ahogó una exclamación y retrocedió un paso, como si la sola presencia del dhruleniano pudiera transmitirle una enfermedad mortal.

—Tranquilízate —dijo Dar—. Es mi invitado.

El Jerarca saludó a Chimara con una inclinación de cabeza, carraspeó y dijo a Dar que había reunido a sus hombres en una estancia situada al lado de la sala de los espejos, y que no se moverían de allí hasta que él lo ordenara. Por lo tanto no debía temer nada de ellos, añadió sin apartar la mirada de la muchacha, confiando que su explicación la tranquilizara.

—Eva me avisará si te desobedecen —dijo Dar.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Uwyer—. He visto lugares que parecen haber sufrido la furia de un huracán.

—Tuvimos ciertos problemas de estructura antes de que vinierais —dijo Dar—. Eva se ocupará de los desperfectos y todo volverá a ser como antes.

Después de echar una mirada a la corvusiana, cuya presencia en el Hogar seguía intrigándole, se volvió hacia Dar.

—¿Dónde está la otra mujer? —preguntó.

—¿Por qué quieres saberlo? —respondió Dar, borrando la sonrisa.

—¿Has olvidado que mi antepasado Juess la conoció? Ella nació en Decero, recuérdalo.

—No puedes verla en este momento —contestó Dar secamente, confiando que el Jerarca no descubriese que no quería hablar de Yaita.

Uwyer señaló con un gesto de cabeza a Chimara.

—¿Por qué tiene miedo de mí?

—Como todos sus compatriotas, siempre han creído que los habitantes de Dhrule tienen rabo y cuernos. Ha debido sorprenderle que no seas un demonio.

—¿Su presencia aquí está relacionada con la batalla que se avecina?

—Más bien con la anterior. Chimara era la Coordinadora de Corvus en el Tasla. Escapó justo antes de que las flotas lartiana y dhruleniana atacaran.

—¿Cuándo oiré a Eva?

—Eso depende de ella.

—¿Qué quieres decir?

—Es posible que no le resultes simpático.

—Bromeas.

—Hablo muy en serio.

Hizo una señal a Uwyer para que mirase una pantalla.

El Jerarca contempló el avance de la flota imperial y sus aliados.

—El segundo ataque se hubiera podido evitar si hubieses aceptado mi plan. Si las naves de

Dhrule contarán con transmisores instantáneos, podrían maniobrar con más eficacia, sabrían a qué atenerse en cada momento, y viajar a Lartia y tomar las posiciones más ventajosas. No podrán llegar a tiempo para ayudar a los lárdanos en esta ocasión. Por lo tanto, vuestras marionetas no tienen ninguna posibilidad de vencer en la batalla, y no porque continúen embriagados y drogados, sino porque el Grandal ha aprendido la lección y planteará una estrategia muy distinta a la que lo llevó a la derrota.

Uwyer se quedó pensativo. El ataque se conocería en Dhrule muchas horas después de haberse iniciado, y en la base secreta de las montañas de Lartia sonaría la alarma y la evacuación se produciría al mismo tiempo que las fuerzas de desembarco imperiales invadiesen las ciudades. Korlius y los demás agentes apenas tendrían tiempo para ponerse a salvo. Estos pensamientos atormentaron al Jerarca.

Cuando le insinuó a Dar la posibilidad de usar el transmisor instantáneo para alertar a Dhrule, le sorprendió recibir una respuesta negativa.

—Imposible—le explicó Dar—. De nada serviría. No tenéis otro igual en Dhrule para recibir el mensaje.

Añadió que podía considerar suyo aquel prototipo y llevárselo cuando quisiera. El Jerarca, después de reflexionar, le pidió quedarse en la Esfera y ser testigo del comienzo de la batalla.

En una pared del Gabinete se encendieron varios segmentos que les mostraron distintas zonas del espacio.

—Eva nos mostrará el curso de la lucha —dijo Dar—. No quiero perder de vista al Tasla.

Uwyer se preguntó si Dar conocía todos los prodigios que Eva podía realizar; le inquietaba no haber oído aún la voz de la entidad del Hogar; había escuchado las órdenes que Dar le daba, pero en ningún momento le llegó su respuesta, una pregunta aclaratoria.

—Me habría gustado disponer de los medios necesarios para que el Tasla no sufra daños —dijo mirando a Dar—; pero el control de la flota de Lartia ya no depende de nosotros. El ataque del Grandal nos ha cogido desprevenidos.

A bordo de su nave negra tenía una emisora con la que podía contactar con la base en Lartia, pero sólo sería operativo fuera del Mazo. La interferencia de los asteroides haría imposible enviar una señal.

—No te preocupes —sonrió Dar—. He tomado ciertas medidas. Eva y yo nos ocuparemos del Tasla.

—¿Cómo vas a impedir que sufra daños?

—Eva nos situará en el límite del Mazo. Ahora está tratando de adivinar los planes de ataque del Grandal. Confiamos que el Tasla no intervendrá en la batalla, al menos al principio, y que cuando lo haga estará bien protegido por otros navíos. Sólo podemos confiar que la nave insignia no sea alcanzada.

Al Jerarca le pareció percibir en las palabras de Dar cierto tono de reproche dirigido a él, como si lo acusara de no haber aceptado su propuesta cuando aún estaban a tiempo de haber trazado un plan adecuado. Vio de reojo que la corvusiana se acercaba a ellos, sin duda con la intención de observar las escenas que iban apareciendo en los segmentos.

En un sector de la pared, que reflejaba la zona del espacio próxima a Lartia, estaba ocurriendo algo. Crecieron en tamaño docenas de puntos luminosos, y en pocos segundos se convirtieron en cruceros y acorazados del Imperio; acababan de surgir del hiperespacio, desplegándose para abarcar un amplio frente de ataque.

A una distancia en la que el Mazo sólo aparecía como un cúmulo de guijarros, la segunda sección de naves del Grandal navegaba por el espacio normal, aproximándose al hemisferio norte del Lartia. Otra imagen les mostró la tercera formación de unidades de guerra dirigiéndose hacia su objetivo a través del sector en que tuvo lugar la batalla que terminó con la victoria de la armada lartiana. Un cuarto grupo de ataque empezó a circunvalar el planeta.

Dar encajó la mandíbula. Seguía sin localizar al Tasla; se preguntó dónde podía estar; sólo conocía las posiciones de las naves de Corvus por sus insignias flameantes en los fuselajes, integradas en la flota que permanecía a la expectativa cerca del Mazo. Las restantes unidades



estaban mezcladas con los cruceros imperiales y tusalianos, mientras que los navíos desgalitas permanecían al mando de oficiales del Grandal, junto con las recientemente incorporadas naves procedentes de la Gran Base Epsilón.

—Aún no se detecta el menor movimiento de naves lartianas —dijo Dar—. Ya deberían hallarse en el espacio, preparándose para combatir.

Uwyer suspiró.

—En el primer ataque tuvimos tiempo de aconsejar a los estrategas de Lartia por donde debían atacar, apenas las naves imperiales surgieran del hiperespacio —se volvió para mirar a Dar—. Reconozco que el acierto en el planeamiento te lo debimos a ti. Lamentablemente en esta ocasión no tendrán nuestra ayuda.

—Si la tuvieran, dudo que la aprovecharan. Hasta los niños de pecho lartianos deben seguir borrachos o drogados.

—Nuestros agentes no consiguieron convencer a los mandos lartianos para que no bajaran la guardia después de que las naves imperiales huyeran.

—Así pues no presentarán batalla.

—Apostaría a que no.

—En tal caso contemplaremos un espectáculo dantesco.

\* \* \*

La primera punta de lanza imperial penetró en la atmósfera lartiana cuando la segunda punta, después de haber rebasado los límites del Mazo, se le unió para enfrentarse a las escasas naves que finalmente consiguieron despegar del planeta sitiado. Las destruyeron a todas apenas se alejaron de la atmósfera. Fue una corta batalla, que alegró el corazón del Grandal y alejó sus preocupaciones.

Mientras esto ocurría, el tercer grupo invasor se limitaba a describir órbitas alrededor de Lartia, protegiendo la aproximación de la última flotilla desde la que el Grandal, en el puente de mando del Tasla, contemplaba el curso de la lucha.

Estaba sorprendido ante la escasa defensa nativa.

El Fuego del Emzarkhan descendía a lo largo del ecuador de Lartia, riadas de proyectiles flamígeros; de las bases de superficie despegaron las últimas naves lartianas, intentando utilizar los pasillos polares aún libres de ataques.

El enfrentamiento entre las flotas imperiales y las pocas naves lartianas que consiguieron alcanzar el espacio apenas duró unos minutos. Sin posiciones fijas en las que mantenerse, los mandos de Lartia no pudieron oponer ninguna resistencia y soportaron la feroz embestida sin responder al fuego que recibían. Sólo cinco naves consiguieron huir, sobrevolando el gran océano austral, mientras las restantes unidades eran consumidas en cárdenas explosiones.

La tercera concentración invasora cortó el paso a los navíos comerciales que intentaban escapar por los casquetes polares, abatiéndolos sistemáticamente. Menos de veinte cargueros alcanzaron el espacio abierto, pero navegaron torpemente, perdieron mucho tiempo buscando un hueco libre de invasores. Cuando creían haberlo logrado, les salió al paso la flotilla encabezada por el Tasla. Atrapados entre dos fuegos, los almirantes lartianos no reaccionaron a tiempo, y ya sin coordinación con las debilitadas defensas de superficie se revolvieron para combatir en solitario.

La caza y destrucción de los restos de la flota de Lartia concluyó en menos de dos horas, después de desiguales combates.

Despreciando a los pocos navíos de escaso tonelaje que ya no luchaban y sólo trataban de huir, el Grandal, excitado, ordenó que fueran localizados los centros urbanos e industriales más importantes y destruidos para que sirvieran de advertencia y escarmiento y el planeta se rindiera sin condiciones. Dusek quería ofrecer al Emzarkhan un planeta no demasiado arrasado y el mayor número posible de prisioneros. El Imperio siempre estaba necesitado de esclavos.

Ya libre el espacio exterior de combates, el Grandal ordenó la puesta en marcha de la segunda fase del plan. Las flotas imperiales y aliadas apenas habían sufrido un cuatro por ciento de bajas y contaban con grandes medios para silenciar las defensas de superficie. Los comodores, embriagados por la segura victoria, se aplicaron con entusiasmo a la operación.

Se proyectaron focos de destrucción controlada, y ardieron arrabales y fábricas, complejos

industriales y zonas delimitadas; el pánico se apoderó de las poblaciones y millones de personas intentaron escapar de las ciudades, del fuego que las envolvía y de la inminente aparición de los ejércitos de ocupación.

De las naves de transporte se desprendieron miles de lanchones de desembarco. Las ciudades más populosas no tardaron en izar banderas de rendición. El disperso y asustado ejército de Lartia se defendió hasta que la desesperación cundió en sus filas y acabó entregando las armas.

El escaso conocimiento que poseían del planeta no impidió al Grandal conservar casi intacta la capital, que a pesar de haber sido tenaz la defensa que en ella se opuso a los invasores sólo había sido destruida una cuarta parte. El Grandal se apresuró a ordenar que se vigilara desde el aire por varios cruceros, que a su vez debían proteger el desembarco de una fuerza de infantería compuesta por diez mil hombres, suficientes para aplastar la desesperada guarnición.

Los lartianos sólo habitaban el continente de mayor extensión, el de clima menos ingrato. A pesar de que el verano concluía en aquel hemisferio, el calor aún resultaba insoportable y el vendaval de fuego causado por las explosiones arrojaban oleadas de polvo negro y asfixiante.

Miles de fugitivos huían por los caminos calcinados en dirección a los bosques y las montañas. Los soldados imperiales intentaron contenerlos, pero al verse desbordados se limitaron a aniquilar las retaguardias de aquellas multitudes despavoridas.

En el puente de mando del Tasla, Dusek recibía un informe detrás de otro. Todos eran satisfactorios, le enumeraban las victorias, ninguno mencionaba la más pequeña derrota. Las únicas malas noticias se limitaban a las averías sufridas en diez cruceros y a la destrucción, ya al final de la batalla, de cinco unidades menores, de las que tres eran tusalianas, lo cual le complació.

La batalla en sí sólo duró diez horas. Aunque persistían focos de resistencia, ninguno era de importancia. Una vez que contaron con planos y datos fiables, Dusek despreció a los grupos de fanáticos nativos que insistían en seguir luchando y mantuvo una pequeña fuerza para que los controlasen. Lo importante era dominar el espacio exterior y las zonas urbanas, una amplia franja de terreno en el que pudieran descender las naves de la flota del Emzarkhan.

Más tarde tuvo que soportar con resignación una entrevista con el exaltado Almirante Uronjol, quien con actitud ridícula le dirigió frases altisonantes para resaltar la fidelidad de su mundo al Emzarkhan.

Para contentarle, el Grandal, después de felicitarlo por el ardor que habían puesto sus hombres en la lucha, le propuso que le acompañara en la visita que iba a hacer a la capital recién conquistada.

A solas, tras horas de tensión, Delbert buscó en sus habitaciones privadas la ayuda de algunos estimulantes. Se desprendió de los arreos de combate y se tumbó desnudo en la cama. Entornó los ojos y se preguntó si era cierto que la victoria le había sonreído después de haberla buscado durante tanto tiempo. Casi no podía creer que el maldito planeta Dhrule había caído en su poder con más pena que gloria.

La resistencia encontrada en el segundo ataque le había parecido ridícula, y recordando la derrota parcial que había sufrido estuvo a punto de levantarse y ponerse a gritar. Se calmó y pensó que el error que cometió en el primer ataque se había debido a haber sobrestimado el poder de Dhrule.

¡Qué distinta había sido esta batalla a la anterior! Sin duda el resultado adverso de la primera confrontación tenía que achacarlo a que el enemigo conocía por dónde iba a aparecer su flota, y se limitó a esperar a que surgiera del hiperespacio. Dusek se sentó en la cama, de pronto asaltado por un temor. Había algo que no podía comprender. ¿Por qué el enemigo no había tomado precauciones para no ser sorprendido después de que su secreto hubiera dejado de serlo?

Terminó de levantarse, y se vistió con un uniforme nuevo. Llamó al puente y pidió información. Quería saber cuánto tiempo faltaba para que pudiera descender en el planeta con garantías. El oficial de servicio le respondió que las tropas de asalto estaban sofocando los últimos focos de resistencia. Tuvo que leer dos veces lo que en un principio pensó que era un análisis rutinario de la situación.

Decidió llamar a Dytri. Necesitaba su opinión más que nunca.

«...Algunos mundos, después de su incorporación al Imperio, y puedo citar como ejemplo a los casos de Corvus y Desgal, no sufrieron retrocesos tecnológicos, pero en otros se originaron costumbres muy extrañas...»

## CAPITULO XVI - UN MUNDO VENCIDO

Decepcionado porque no había sido testigo de una espectacular intervención de la Esfera en la batalla, que durante un momento pensó que se produciría y acabaría siendo épica, el Jerarca Uwyer pidió permiso a Dar para ordenar que su vehículo negro se retirase del Módulo. Se sentía impaciente por regresar a la nave-nodriz y trasladarse a Dhrule, pero cambió de idea cuando se le ocurrió que podía haber otra alternativa.

Tras carraspear, preguntó a Dar:

—¿Qué hay respecto al transmisor? —esperó temiendo que Dar hubiera cambiado de opinión.

—Te lo puedes llevar. Te di mi palabra.

—Gracias. Daré instrucciones a mis hombres para que lo pongan a disposición de la Jerarquía. Espero que dentro de cinco o seis días, cuando el transporte haya llegado a Dhrule, pueda comunicarme con mis compañeros... si es que para entonces continúo aquí.

—¿Cinco días? —exclamó Dar—. Había calculado que un navío con Impulsor K necesitaría menos tiempo para recorrer los veinte años luz que nos separan de Dhrule.

—Exactamente treinta horas, pero la nave que nos trajo tardará casi cuatro días en alcanzar el transporte, que se retiró fuera del campo de acción de los detectores una vez que lo dejó en el borde del Mazo.

—No podemos perder tanto tiempo. En el hangar hay una nave. Es pequeña pero en ella pueden viajar unos diez hombres. Con su Impulsor K sólo tardarías poco más de un día. No voy a pedirte que tus soldados luchen por mí. Pueden marcharse.

—Son profesionales, conocen los riesgos que conlleva el oficio que eligieron libremente. Obedecerán mis órdenes sin hacer preguntas —el Jerarca sonrió—. Les disgustaría regresar sin haber participado en la lucha.

—Espero que no se aburran mientras esperan.

—Eso les gustará menos —rió el Jerarca.

La nave, que en un principio había creado Eva para Chimara, ya estaba preparada una hora más tarde, una vez embalado el transmisor y colocado a bordo. Uwyer había hablado con el oficial y se reunió con él para ultimar los detalles de la partida.

Mientras aguardaba el regreso del Jerarca, Dar invitó a Chimara a una cena fría. Apenas hablaron. Ya estaban terminando cuando sonó la voz de Eva:

—La muerte de millones de personas no os ha quitado el apetito.

Dar no dejó de comer la fruta; Chimara lanzó miradas aprensivas a todas partes, buscando la procedencia de la voz de Eva.

—¿Qué podía hacer? —preguntó Dar al cabo de un rato.

Vio de reojo que Chimara apartaba su plato y se ponía tensa.

—Tu debilidad por Dhrule ha quedado demostrada, a pesar de haber dicho al Jerarca que no te importaba su suerte —añadió Eva con ironía—. Me cuesta creer que no hayas sentido nada.

Dar jugueteó con el tenedor y respondió:

—En los ojos de Uwyer pude leer durante el transcurso de la batalla que esperaba algo de mí, por ejemplo que tú, investida de ángel vengador, te lanzaras contra los imperiales y defendieras a los lárданos. Creo que le has decepcionado. Lo siento, pero yo no podía hacer nada, ni siquiera pedirte que lo intentaras.

—A la vista de los acontecimientos me pregunto si no volcarás todo tu esfuerzo en Corvus —dijo Eva.

Dar dio un puñetazo en la mesa. Los platos saltaron y se derramó un poco de vino.

—Si vas a continuar diciendo estupideces, será mejor que guardes silencio.

—Debes perdonarme, mi amo.

Eva enfatizó las dos última palabras y soltó una carcajada.

Dar había palidecido. Se preguntó si la ausencia del Código tenía algo que ver con las cada vez más frecuentes insolencias de Eva.

—¿Estás molesta porque he regalado a Uwyer la nave que había preparado para Chimara?

—En absoluto. Pero gracias por recordármelo. Prepararé otra nave igual en el hangar. Por cierto, ¿por cuánto tiempo tendré que soportar esa reliquia del pasado pegada a mi estructura externa? Me refiero a la nave negra.

—Si te resulta tan molesta como una mosca revoloteando alrededor de una persona, propínale un manotazo —rió Dar.

Esperó a que Chimara riese con él, pero la corvusiana permaneció callada. Cuando un minuto más tarde escuchó a Eva decir que la nave negra se perdía por el laberinto de asteroides a velocidad creciente, saltó de la silla.

—¿Qué has hecho? —exclamó furioso.

—Me diste permiso para librarme de la mosca. Si no choca con un asteroide, dentro de unos días llegará al sol y ¡paf! Se acabó.

La actual Eva, desconcertante e impredecible en sus reacciones, recordó a Dar a la Eva que conoció cuando despertó en la Esfera.

Hizo un gesto de indiferencia y permaneció en silencio, volviendo su atención al inacabado postre, se dijo que si Eva quería jugar con él no iba a defraudarla.

—Está bien lo que has hecho. Esa nave hubiera sido un estorbo cuando tuvieras que reducir tu tamaño para llevarnos a Lartia, exactamente al interior del Tasla.

—Estoy deseando un poco de acción. Me aburría. Por cierto, ya tengo localizada la nave del Grandal. Me alegra poder informarte que no ha sufrido el menor daño.

Dar comprendió que Eva quería llegar al final, y al igual que él conocer el paradero de Yaita valiéndose de la información que obtuviera del kerlhe. Quizá había renovado su interés en recuperar a su amiga humana con la esperanza de que Chimara abandonase la Esfera.

—No puedes tener más interés que yo en ponerle las manos encima a ese kerlhe y estrujarle el cuello hasta hacerlo hablar —dijo.

—Dudo que sea el mejor sistema —protestó Eva—. Déjame a mí el trabajo de convencerlo para que colabore. Te garantizo el éxito.

Dar se quedó pensativo.

—Ha tenido que ocurrir algo recientemente, Eva. Algo muy importante.

—¿A qué te refieres?

—Al TK. ¿A que se debe su actual silencio?

—Por favor, explícate.

—Revisa tu archivo y comprueba que después de su lamento en el mensaje sin destino, se limitó a emitir los mensajes oficiales. Si tenemos en cuenta que el Portador mantuvo a través del kerlhe varias conversaciones con sus superiores, resulta extraño que no hayamos captado una nueva llamada por iniciativa suya, como si algo le hubiese arrebatado el libre albedrío.

—No creo que el kerlhe esté sometido a nada ni a nadie.

—Tú sabes algo al respecto.

—El TK recibió un mensaje de la Tierra anunciando al Grandal la llegada del Emzarkhan, el Bradeim Yhiomir y el Chambelán Zusemei, protegidos por una flota compuesta de trescientas naves. En ese mensaje el tirano ordenaba a Dusek que demorase hasta su llegada el ataque previsto contra el supuesto planeta Dhrule.

—¿Delbert Dusek se ha atrevido a desobedecer una orden imperial?

—No la recibió.

—Sólo el Portador se la pudo ocultar.

—Resulta que Dytri tampoco está enterado.

—No lo entiendo.

—Es fácil adivinar que fue el kerlhe quien retuvo el mensaje y no lo pasó al puente de mando, como era su obligación.

—¡Imposible! No ha podido hacerlo, pues hay una línea que une al TK con el puente y todo

queda grabado allí.

—Excepto cuando esa línea es desconectada. El Portador lo hizo por precaución cuando habló por última vez con sus superiores, y olvidó restablecerla. Por supuesto, el kerlhe lo sabía y lo aprovechó para jugar su baza.

—Creo que te equivocas. El Grandal está preparando un gran recibimiento al Emzarkhan en Lartia. Por lo tanto conocía su llegada...

—Dusek sólo sabía que la caótica situación política en el Imperio había forzado al Emzarkhan a abandonar la Tierra, con la intención de dar un golpe de efecto conquistando Dhrule, pero se enteró de ello cuando el Almirante Uronjol se lo notificó. Por lo tanto, ignora la orden imperial de no atacar.

Chimara había escuchado y sintió ganas de echarse a reír. Podía imaginarse al Grandal Dusek suplicando por su vida al Emzarkhan. Para el Portador Loulakais tampoco iba a ser fácil salir indemne.

—El Grandal —siguió Eva— está obsesionado por arrodillarse ante el Emzarkhan y ofrecerle a Dhrule en bandeja de plata, esperando que tan valiosa conquista y botín impidan que sus rivales Yhiomir y Zusemei intriguen para que le sea arrebatado su Privilegio, su vida en el peor de los casos.

—El error que ha acometido ha puesto la venganza muy fácil para sus enemigos —murmuró Dar, pensativo—. Si desobedecer una orden del Emzarkhan es grave, podemos imaginar lo que le ocurrirá cuando se descubra que se ha equivocado y no ha conquistado Dhrule sino un atrasado mundo llamado Lartia.

Chimara de puso de pie, dando muestras de impaciencia.

—Con tanta cháchara nos estamos olvidando que dentro de poco tendremos encima a la mayor concentración bélica del Imperio. Nada puede resultar más peligroso que un Emzarkhan furioso y engañado. ¿Es que no habéis pensado que puede acabar descubriendo la situación del verdadero Dhrule? Si no lo consigue, se revolverá contra sus dominios más inestables políticamente, y aplastará los mundos rebeldes junto con los mundos inocentes, y Corvus podría ser una de las primeras víctimas en caer bajo el Fuego del Emzarkhan, es el planeta más próximo.

—¿Por qué iba a atacarlo? —preguntó Dar—. Los corvusianos han combatido valientemente y no son culpables de los errores del Grandal.

—Estás olvidando algo —dijo Chimara—: Varias naves de Corvus desertaron tras el primer encuentro, y una de ellas está bajo el mando de un almanzariano que en estos momentos habrá llevado la noticia a Corvus. Podría estar ocurriendo que mis compatriotas proclamaran la independencia de Corvus en este mismo momento.

Dar chasqueó los dedos, miró al rincón del que había surgido la voz de Eva por última vez y preguntó:

—¿Es posible que esté ocurriendo lo que ha dicho Chimara?

—Lamento no poder predecir el futuro. Sin embargo, debo reconocer que la corvusiana, al menos por esta vez, ha hablado con sensatez.

Uwyer entró en aquel momento y se quedó inmóvil al escuchar la voz de Eva.

—Nuestro molesto visitante nos interrumpe —dijo Eva—. Te saludo, Jerarca. ¿Vienes a decirnos que las comodidades que he dispuesto para tus hombres te parecen excelentes?

El dhruleniano asintió. Estaba aturdido. Al fin había oído la voz de Eva; se sintió un poco defraudado porque le había sonado natural y femenina. Toda su vida había creído que sonaría como la voz de una diosa enfurecida.

—Todo está correcto —respondió después de carraspear—. Te lo agradezco... Eva.

—Hemos calculado los posibles movimientos del enemigo a corto plazo —dijo Dar—. Naturalmente, me refiero a los imperiales.

—Me permito aconsejar al Jerarca que debería advertir a los suyos acerca de las posiciones que tomará la Armada Imperial —dijo Eva.

—Ya discutí ese problema con Dar. Por supuesto, me gustaría transmitir esos datos a mis colaboradores —dijo Uwyer—. ¿Sería necesario que la Esfera se trasladara a Dhrule para que los

conocieran?

El Jerarca alzó una ceja cuando escuchó la risa de Eva y luego su voz:

—Tengo medios para satisfacer tus deseos, Jerarca que no puedes imaginar.

—Lamento ser tan torpe —dijo Uwyer, incómodo. Le costaba hablar con aquella cosa dueña de cada átomo de aquel lugar. No saber hacia donde debía mirar cuando se dirigía a Eva le producía una extraña sensación.

—Sé amable con nuestro invitado —pidió Dar.

—¿Invitado? —ironizó Eva—. No recuerdo que le haya ofrecido nuestra hospitalidad, y no puedo olvidar que entrara armado hasta los dientes.

—Necesitamos su colaboración, Eva.

—Lo había olvidado. A cambio de su mísera ayuda él piensa obtener algo muy valioso.

—Dejemos de discutir y explícanos cómo podrías informar a Dhrule de inmediato —dijo Dar—. No me gustaría tener que alejarme y perder del vista al Tasla...

—No será necesario —dijo Eva—. Iba a decirte, cuando nos interrumpió el Jerarca, que el kerlhe hizo algo más que retener el comunicado del Emzarkhan al Grandal.

—¿Qué fue lo que hizo, Eva?

—Se valió de un medio desconocido por mí para activar un receptor del palacio de la Jerarquía. Los colegas de Uwyer ya conocen la actual posición de la Armada Imperial y por donde saldrá del hiperespacio. Podrían tenderle una emboscada y acabar con el Emzarkhan y lo que ha conseguido salvar de su corte.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Chimara.

—¿Yo? Oh, no; lo ha hecho el kerlhe cautivo del Tasla.

—Pero ¿por qué?

—Por venganza —fue la rápida contestación de Eva.

Dar se volvió hacia Uwyer.

—Ha sido la venganza de una criatura destrozada por el dolor que le han infligido durante muchos años. Estábamos equivocados: el kerlhe nunca estuvo dominado completamente. No me gustaría estar en el pellejo de los que le mutilaron.

\* \* \*

El Portador atravesó los espesos muros que protegían el Núcleo y desactivó la Cobertura. Se detuvo delante del globo donde flotaba el kerlhe.

Algo pareció agitarse, el tronco con la gran cabeza osciló, se movió de un lado a otro y en los blancos ojos del ser se reflejaron los destellos del panel de mandos. Dytri pensó que le miraban a él con odio.

Acarició el Sello insertado en su dedo índice derecho y percibió el calor que manaba de la piedra. Se decía que la reproducción de los Sellos era tan exacta que no se podía distinguir la copia del original, que conservaba el Presidente de los Gremios.

También se decía que un kerlhe convertido en una máquina TK se mostraba inquieto ante la proximidad de un Sello, como si despertase los recuerdos más profundos de su mente atrofiada por la ciencia de los Gremios, y durante unos breves segundos renacieran las viejas glorias de su especie.

Dytri Loulakais sabía que tenía delante a un auténtico kerlhe, tal vez uno de los seres que visitaron la Tierra en el siglo XXI, para desaparecer súbitamente después de la destrucción de una de las dos naves que esperaba en una órbita lunar su partida a las estrellas.

Su propósito de sonsacar más información al kerlhe entrañaba cierto riesgo. Por ello, antes de dirigirse al Núcleo, se había preparado mentalmente, convencido de que iba a enfrentarse a una mente que había llegado a despreciar, que sin embargo, para vergüenza suya, se había burlado de él y del Grandal.

El Portador inspiró profundamente, trató de conservar la calma; cuando terminó de leer los informes enviados por las fuerzas de ocupación, a los que no podía dar crédito, necesitó echar mano a su sangre fría para comprender que había sido víctima de un gran engaño. A costa de un gran esfuerzo había logrado fingir en presencia del Grandal, dejarle disfrutar de su momento de gloria.

¿Cómo explicarle que aquel mísero mundo, que tan escasa resistencia les había opuesto, no era Dhrule?

El Tasla se había posado a pocos kilómetros de la ciudad aún humeante, que el Grandal recorría en aquel momento escoltado por sus mejores tropas. Dytri se había excusado para acompañarle y le vio marchar henchido de vanidad. No veía el momento de quedarse sin su compañía en el navío insignia para enfrentarse al kerlhe y arrancarle la verdad, aunque para conseguirlo tuviera que sacarlo del globo y despellejarlo con sus propias manos. Disponía de poco tiempo; aunque su aliado el Grandal estuviera todo el día ocupado en visitar las residencias de los dirigentes nativos y calculando el cuantioso botín que obtendría de la conquista, sería corto el plazo que dispondría para doblegar la voluntad del kerlhe.

Para Loulakais fueron esclarecedores los informes emitidos desde las zonas ocupadas para llegar a la conclusión de que aquel planeta atrasado y de clima repugnante, no era el mítico Dhrule.

Las coordenadas de su posición, obtenidas a costa de muchas horas de causar dolor al kerlhe, les habían conducido a un mundo habitado por un pueblo bárbaro que poseía sofisticadas naves de guerra con Impulsores K que en teoría sólo podía ser construidas por los Gremios. La sociedad de aquel mundo vivía en un estado tecnológico equivalente al de la Tierra a principios del siglo XX. Aquel mundo no era Dhrule.

Pero tenía que confirmar sus sospechas; creía que los falsos dhrulenianos eran descendientes de los colonos que viajaron en las dos naves que no alcanzaron el sistema estelar de Hermant. Cuando el Imperio llegó a aquellos mundos no encontró el menor indicio de que hubieran sido visitados por los emigrantes.

El kerlhe había sido un consumado actor, llegó a soportar el dolor hasta límites insospechados para convencerle de que decía la verdad cuando le reveló la posición de Dhrule.

Dytri lo estudiaba ahora sin dejar de maldecirle mentalmente. Se dio por satisfecho con el resultado obtenido en el primer interrogatorio, para él había sido más que suficiente tal vez porque era lo que había deseado saber durante muchos años. El hecho de que el kerlhe gritara en medio de su sufrimiento que no podía revelar donde estaba su propio mundo, le pareció creíble, tras considerar que su mente había quedado parcialmente dañada cuando fue transformado en un TK y le había sido borrado de sus recuerdos.

Cuando se informó acerca de cómo fue capturado el kerlhe, pensó que su teoría era cierta: la criatura vagaba por el espacio sin rumbo tras haber sido repudiada por su propia raza, sufriendo un destierro de por vida.

Un crucero imperial le halló en un inhóspito planeta, viviendo a bordo de una cápsula de salvamento. Antes de dejarse capturar intentó quitarse la vida, pero los soldados se lo impidieron procediendo a inmovilizarlo a tiempo, sabiendo que la recompensa por su captura sería elevada. Loulakais lo transformó en lo que era ahora sin conocer esta historia.

Unos días antes el Grandal se mostró muy interesado en enterarse cómo fue apresado el kerlhe, pero lo fue olvidando y Loulakais no necesitó explicárselo. Esto le complació, pensando que acabaría siendo una ventaja para él que su aliado desconociera la historia de su TK.

Se acercó al panel desde el que podía controlar el castigo que iba a infligir al kerlhe. Le habría gustado saber si ya había adivinado el motivo de su visita. Se movió despacio, sin prisas. Un TK podía recibir dolor mediante descargas eléctricas o introduciendo en su sangre ciertas drogas; pero debía tener cuidado si no quería causarle la muerte.

Sin saber si era oído o visto por el kerlhe, ya que ahora no creía que sus limitaciones fueran tantas, dijo en voz alta:

—No voy a parar en esta ocasión de hacerte daño hasta estar seguro de que cuanto me digas será la verdad.

Al inclinarse sobre el panel de mandos, Dytri descubrió que la conexión con el puente seguía cortada.

Durante un rato fue incapaz de reaccionar. ¡Había cometido un error imperdonable! Durante muchas horas el kerlhe había estado sin control, convertido en dueño y señor del sistema de comunicación de la nave. En el puente no quedarían los registros de los mensajes recibidos o



enviados. Para Loulakais era la prueba de la traición del kerlhe.

Tembloroso, restableció la comunicación. Si el Grandal llegaba a descubrirlo... Le culparía a él de los fracasos y del fin de sus sueños, y entonces sería temible su reacción.

Recuperó las grabaciones del Núcleo y las estuvo revisando una por una, especialmente los mensajes que no pasaron por el puente. Al terminar, se volvió hacia el globo y le pareció ver en el inmóvil rostro del kerlhe una mueca de satisfacción. Podía ser sólo una apreciación suya, pero estaba dispuesto a jurar que había visto un gesto de burla en aquel rostro azul.

Además de haber bloqueado la orden del Emzarkhan en que anunciaba su llegada y su deseo de ser él quien plantase la bandera imperial en Dhrule, el kerlhe había proyectado hacia un misterioso destino toda la información que poseía sobre el lugar en que surgiría del hiperespacio la Armada Imperial, a escasa distancia del mundo que Dytri ya sabía que se llamaba Lartia.

Lartia, repitió con voz hueca. Lartia era un falso objetivo, un mundo poblado por bárbaros, probablemente los descendientes de la expedición perdida, y su cometido era engañar a los enemigos de Dhrule.

Asustado ante las consecuencias que podían acarrearle lo que acababa de descubrir, Loulakais sintió que las piernas le flaqueaban. Tanteó un asiento y se desplomó en él. Luego buscó en su traje una dosis de euforizantes, que tragó con avidez. Necesitaba estar sereno. Tenía que actuar con presteza, intentar salvar la vida al menos, ya que consideraba imposible conservar su condición de Portador.

Lanzó un gemido y dirigió una rabiosa mirada al globo.

—Si este mundo horrendo no es Dhrule, maldito monstruo, debes saber desde qué lugar se están burlando de mí, y me explicarás el significado del mensaje que enviaste, porque de lo único que estoy seguro es que su destino era el maldito mundo de Dhrule.

Giró el asiento sacudiendo las manos, escuchando el crujir de los huesos de los dedos como si fueran ramitas quebrándose al viento. Extendió las manos sobre el panel y acarició los mandos que iba a convertir en instrumento de tortura.

—Esta vez no conseguirás engañarme, me dirás dónde se esconde tu mundo, me lo contarás todo.

Se concentró para no cometer ningún error; no podía dejar pasar la última oportunidad que le quedaba para sobrevivir. Iba a necesitar muchas horas para doblegar la voluntad del kerlhe. Si la criatura deseaba una muerte rápida, pronto se convencería de que no lo iba a conseguir.

«...Los gobiernos títeres del Imperio imitaron con mayor o menor fortuna las costumbres de los dominadores. Los virreyes, tiranos, sátrapas y extrañas noblezas, surgidas de la confusión, soñaban con la Tierra y su esplendor, parodiándola a costa de someter a sus pueblos a privaciones sin límites. Con el fin de mantener satisfecho al Emzarkhan y a los Gremios...»

## CAPITULO XVII - EL EMZARKHAN

Su entrada en la ciudad no fue como lo había soñado.

El Grandal no escuchó vítores ni paseó triunfalmente por largas y amplias avenidas con de arcos de triunfo. Cuando se dirigió al palacio de los líderes derrotados, su comitiva se vio obligada a avanzar por interminables laberintos de sucias callejuelas flanqueadas de casas en lamentable estado.

Eludiendo los barrios que continuaban ardiendo, la comitiva se dirigió al centro de la urbe. Cientos de máquinas habían despejado de escombros en algunos sectores, y las tropas estacionadas en ellos recibieron al Grandal con escaso entusiasmo. Muchos oficiales y soldados se preguntaban si no se había actuado con demasiada dureza y por qué se habían desplegado tantos medios contra un mundo que en el momento crucial demostró tener tan escasa capacidad defensiva.

Mientras veía tanta ruina y miseria, el Grandal no podía quitarse de la cabeza que las naves de guerra locales, que tan torpemente fueron comandadas durante el combate, demostraron en algunos momentos ser tan poderosas como las propias.

Al detenerse la comitiva dejó de pensar.

Delbert saltó del vehículo blindado en el que había cruzado la ciudad y miró su alrededor. Le molestaron las densas columnas de humo que se alzaban de los barrios periféricos, en medio de aquel tórrido clima en que el viento era una molestia constante. Al fondo de la plaza una larga columna de nativos marchaba hacia el cautiverio, custodiada por soldados imperiales.

Un general se acercó corriendo para saludarle. Llevaba el casco bajo el brazo y su cara parecía expresar la contrariedad que sentía al tener que ofrecer a su jefe una ciudad en un estado tan deplorable.

—¿Dónde están los representantes del gobierno de este mundo de mierda? —exclamó Dusek al no ver lo que había esperado encontrar allí para rendirle sumisión.

—¿Quién lo sabe, señor? —dijo el general roncamente—. Al parecer aquí gobierna un régimen oligárquico y una numerosa nobleza. La aristocracia ha muerto o ha huido a las montañas, confundida en la plebe. Tardaríamos años en encontrar a los jefes. Si antes de la batalla este mundo era un caos, ahora lo es más.

Dusek miró el edificio de tres plantas, que a pesar de su pobreza arquitectónica podía ser considerado un palacio en medio de tanta mediocridad y mal gusto como lo rodeaba. Los escalones de mármol que conducían al pórtico estaban manchados de sangre. Las columnas que se alzaban hasta la entrada formaban un lúgubre túnel que se perdía en la oscuridad.

El Almirante Uronjol se adelantó unos pasos y dijo:

—Señor, los arrabales del norte están arrasados. Habíamos pensado que allí estarían las factorías donde se construían las naves, pero no hemos encontrado nada, y en cambio...

Al ver que el Almirante callaba, Dusek lo apremió para que continuase.

—¿Qué pasa allí?

—Sólo eran instalaciones para fabricar tractores de combustión química. Había centrales térmicas, pero no hemos encontrado nada parecido a unos astilleros estelares.

—Hemos interrogado a muchos nativos al respecto, señor —intervino otro general, que se había apresurado a situarse al lado del Almirante—, a los que nos parecieron menos incultos, y ninguno ha sabido decirnos dónde están las industrias pesadas. Todos daban por hecho que han de estar en alguna parte del planeta, pero ignoran dónde. Ordené matar a varios para asegurarme que los demás decían la verdad.

El Grandal se volvió y dijo con rabia:

—El Emzarkhan nos honrará con su presencia dentro de poco. ¡Quiero que para entonces esta ciudad esté engalanada, limpia y cubierta de gallardetes y banderas, y que se alce un gran arco triunfal por el que su majestad pasará lleno de gloria!

Tosió a causa del sofocante aire que transportaba el calor de los incendios, y seguido por los generales pasó ante la doble fila de soldados que presentaba armas. Cuando irrumpió en el vestíbulo del palacio, se detuvo abrumado ante el desorden que encontró. En los rincones se amontonaban docenas de cadáveres nativos. Los miró. Muchos eran soldados uniformados con guerreras pardas y pantalones negros. El armamento apilado junto a una columna lo consideró muy primitivo.

Todo era tan extraño en el planeta conquistado que presentía una encerrona. Dusek dirigió la mirada hacia la escalinata. Las penumbras que cubrían los pisos superiores le habían quitado las ganas de visitar el resto del edificio. El hedor que lo rodeaba era insoportable.

Las pocas naves que no escaparon al espacio profundo, pidieron rendirse. Y entonces ocurrió lo más sorprendente: mientras eran conducidas a la superficie del planeta surgieron de su interior enormes explosiones y desaparecieron en medio de violentos volcanes de fuego. Sólo una logró descender en una llanura preparada como campo de aterrizaje, cerca de la capital.

Los oficiales del Grandal ordenaron a la tripulación que fuera pasada por las armas, apenas salieron los hombres temblando de miedo y con las manos levantadas. A Dusek no le importó aquella matanza, pero prohibió que nadie entrase en la nave enemiga. No quería que fuera saqueada. La necesitaba para incluirla en el botín que entregaría al Emzarkhan.

Sintiéndose observado por los generales y almirantes, vio que todos tenían expresiones hoscas y apretaban los dientes; algunos hacían esfuerzos para no sonreír. No llegó a comprender qué estaba pasando.

El Grandal aún ignoraba que ningún alto mando se atrevía a decirle que todos los prisioneros interrogados habían muerto gritando que aquel mundo se llamaba Lartia, y que nadie había oído hablar jamás de un planeta llamado Dhrule.

—Salgamos de esta inmundicia —dijo Dusek, caminando hacia el exterior. Había abandonado su sueño de interpretar el papel de conquistador y había renunciado a la costumbre de dormir la primera noche en las estancias del tirano derrotado.

Delbert salió del palacio con la mirada al frente y la cabeza llena de malos presagios.

Dar dejó que Ghimara le ajustara el cinturón. Ella le comentó lo mucho que pesaban las armas que pendían de él; le había sonreído para derribar la muralla de silencio que se había alzado entre los dos.

—Quiero acompañarte —dijo finalmente, mirándole a los ojos.

Dar negó con la cabeza.

—Dentro de la Esfera estarás más segura. Eva nos proyectará al exterior, pero permanecerá cerca de nosotros. Podrás ver lo que hagamos en todo momento.

—¿La maldita máquina se limitará a vigilar? ¿No intervendrá?

—¿Qué temes?

—¿Por qué no utiliza sus ilimitados poderes?

—Es un trabajo que debo hacer personalmente. No te preocupes por mí.

—Yo no confiaría en ella.

—No la juzgues con severidad. Está muy interesada en que yo llegue ante el kerlhe y lo interroge.

—De eso sí estoy segura —musitó Ghimara tristemente. Sabía que Dar iba a tener muchas posibilidades de encontrar el camino que le llevaría ante Yaita—. Te deseo suerte. De veras.

La muchacha le rodeó el cuello con sus brazos y le besó. Se dio cuenta de que él ponía poco interés en ser besado y se apartó tratando de disimular su desencanto.

Ghimara creía que Dar, ante la posibilidad de encontrar a la mujer que nunca había dejado de amar, se había transformado en una persona muy distinta a la que conoció. Se ofreció a él cuando era un anciano, movida únicamente por la ambición, pero ahora estaba dispuesta a renunciar a sus ideales y a la Logia a cambio de quedarse a su lado para siempre, sin importarle que un día ella sería una anciana y él seguiría con el aspecto de un hombre de treinta años. Le amaba y estaba dispuesta a todo, aunque él cambiase de cuerpo cada pocos años y terminase olvidándose de ella.

Dar terminó de ajustarse un gorro a la cabeza. Sonrió a Ghimara antes de salir del Gabinete, después de decirle hasta luego.

A solas, la muchacha se acercó a la alacena y buscó el libro de tapas rojas. Cuando lo tuvo entre sus manos, se sentó temiendo ser descubierta por Eva, y escuchar su voz prohibiéndole leerlo.

Pero no oyó a Eva, y aunque sospechaba que la entidad de la Esfera sabía lo que estaba haciendo, abrió el libro por la primera página y empezó a leer, intentado olvidar que Dar caminaba en aquel momento por los extraños senderos de la Esfera para reunirse con los soldados de Dhrule.

De pronto percibió algo en el aire, un ligero viento a su alrededor.

—¿Eva? —preguntó.

Cerró el libro por una anotación de Dar acerca de sus impresiones sobre el quinto Emzarkhan de la primera dinastía.

Ghimara contuvo la respiración mientras miraba su entorno.

—He dispuesto para ti otra nave —dijo Eva, su voz surgiendo a las espaldas de Ghimara—. La encontrarás en el hangar.

—¿No crees que sería para mí bastante complicado salir del Hogar cuando es más pequeño que mi dedo meñique?

—No estoy sugiriéndote que te marches en este instante. Puedes hacerlo cuando mejor te parezca.

—Gracias.

—Ahorra tus sarcasmos. Intento ser amable contigo. Por cierto, cuando te aburras con la lectura de ese libro, puedo mostrarte lo que hacen Dar y los dhrulenianos.

—Había temido que me prohibirías leerlo.

—Todo lo contrario; quiero que lo leas.

Chimara apartó el libro.

—Prefiero ver qué está haciendo Dar.

El mayor de los segmentos se encendió y Chimara contempló a Dar entrando en la estancia donde le esperaban los soldados.

Uwyer se acercó a Dar y le dijo en voz baja:

—He tenido que contar algunas mentiras a los soldados. Creen que van a ser trasladados al interior de una nave enemiga para cumplir una misión muy importante y peligrosa.

—¿Se lo han creído?

—No estoy seguro —Uwyer se encogió de hombros—. Me ha costado explicarles que la nave camuflada como un asteroide nos ha llevado cerca de una unidad enemiga y vamos a abordarla.

—Tus hombres deben ser los mejores soldados de toda la galaxia, pero también los más estúpidos —sonrió Dar. Miró al oficial, que esperaba a unos pasos, delante de los soldados. En su armadura llevaba el distintivo de su rango—. ¿Qué le has contado? No debería ser tan crédulo como los soldados.

—Supongo que habría protestado si no estuviera bajo el mando de un Jerarca. Debe sospechar que hay algo extraño en este asunto. Pero no hará preguntas.

—No hay duda de que los dhrulenianos sois únicos.

—¿Cómo saldremos de aquí?

—Eva nos teleportará al exterior —al ver la cara de estupor que puso el Jerarca, Dar se apresuró a tranquilizarlo—: No nos perjudicará el tamaño de la Esfera. Eva nos buscará un lugar en que no haya testigos de nuestra llegada, no asustaremos a nadie apareciendo como fantasmas.

—Tengo que confiar en ti. ¿Qué crees que le pasará a mi patria si fracasamos? Quiero saber lo que piensas, por muy cruel que sea.

—Son escasas las posibilidades que tienen tus compatriotas de conocer lo que está ocurriendo aquí, pero Eva cree que la Jerarquía recibió el mensaje del kerlhe y es posible que la flota de Dhrule se haya puesto en camino. Sin embargo, hay algo que me sigue preocupando.

Uwyer había estado a punto de cerrar su casco, se detuvo y preguntó alarmado:

—¿Qué problema?

—No lo sé exactamente. Diez naves se aproximan a Lartia. Una de ellas es el acorazado insignia del Emzarkhan.

—¿Qué puede significar?

—Que los diez navíos se han adelantado al grueso de la Armada Imperial y el resto navega a varias horas de distancia, pero me cuesta creerlo. Si los estrategas de Dhrule saben lo que se juegan, no atacarán esa avanzadilla, sino esperarán a que todas las naves estén agrupadas para tener la misma ventaja que tuvieron cuando el Grandal atacó la primera vez.

—Mis compatriotas no dejarán escapar una ocasión tan buena para acabar con el Emzarkhan.

—Creo que es algo tarde para interceptar las diez naves; pero si los tuyos se apresuran, podrían estar cerca de Lartia cuando se aproxime el grueso de la Armada.

—Como dijo alguien hace mucho tiempo, la suerte está echada.

—Sé quien lo dijo —rió Dar.

—Sí, ese personaje debía ser más contemporáneo tuyo que mío.

Dar se humedeció los labios.

—Uwyer, aún estás a tiempo de echarte atrás. No estás obligado a arriesgar tu vida y la de tus hombres por mí.

—Tengo una deuda contigo y deseo pagarla. ¿Por qué no llevas una armadura de combate? Eva te la puede proporcionar, ¿no? Ella es como la lámpara de Aladino.

—Claro que sí, pero prefiero este traje, es más liviano. Ya cargo con bastante peso a causa de las armas.

—Quiero pedirte algo.

—Dime de qué se trata.

—Cuando hayamos terminado me gustaría que Eva nos trasladara al interior de la nave lartiana que han capturado los imperiales.

—¿Por qué? —preguntó Dar, pensando que el ofrecimiento del Jerarca a ayudarle ocultaba un propósito.

—El sistema de autodestrucción por control remoto de esa nave ha fallado.

—¿Qué quieres decir?

—Todas las naves que habíamos entregado a los lármanos estaban programadas para ser destruidas si eran capturadas, para proteger el secreto del Impulsor K. ¿Lo entiendes? No hemos podido utilizar la Cobertura porque carecemos del Sello, y en su lugar empleamos otro sistema de protección. Los imperiales no deben descubrir quiénes han fabricado las naves que se han enfrentado a ellos.

—¿Quién se ocupaba de destruirlas?

—Korlius. Nuestros agentes en la base secreta en las montañas tenían órdenes de abandonarla en caso de peligro, pero una nave pequeña debía quedarse para explotar las unidades que fueran capturadas. No podemos permitir que el secreto sea conocido, y lo será si no destruimos la que ha sido capturada.

Dar sacudió la cabeza.

—Habéis matado a miles de seres humanos para preservar el secreto.

—¿Te escandalizas?

—¿Crees que puede haber algo que me asombre a estas alturas? No te puedes imaginar lo que he visto durante mi larga vida, Uwyer; pero siguen espantándome ciertas cosas. ¿No crees que si acabáramos con el privilegio de los Gremios toda la galaxia sabría cómo fabricar un Impulsor K? Tal vez sería lo mejor. O lo menos malo para todos.

—Las cosas deben seguir como están hasta ahora.

Dar se movió de un lado a otro, nervioso. Tantas intrigas le sacaban de quicio.

—Será mejor que empecemos. Eva apagará las luces de este cuarto para que tus hombres no se den cuenta que seremos transportados. Por cierto, ¿has pensado que la nave capturada estará muy vigilada?

—Desde luego —el Jerarca sonrió resignadamente—. A los soldados les diré que después de que hayamos obtenido cierta información en una nave del Imperio, destruiremos unas pruebas que podrían perjudicar a Dhrule.

—De acuerdo. Nos ocuparemos primero del kerlthe y después destruiremos la nave lartiana capturada.

—¿Debo entender que nos ayudarás?

—Lo tendréis más fácil si cantáis conmigo... y con Eva.

Dejó al Jerarca con la boca abierta y se apartó para que nadie le viera hablar con Eva, a quien dijo que todo estaba preparado y ya podía actuar.

—Ya estamos sobre el vástago del Tasla, Dar —respondió Eva, susurrándole al oído—. Agrupaos. Apagaré las luces dentro de cinco segundos.

Dytri Loulakais salió del ascensor del Tasla y se encontró con un vehículo esperándole. Un oficial acudió a su encuentro, y entre sudoroso y malhumorado le dijo que el acorazado insignia del Imperio acababa de descender al otro lado de la ciudad y el Grandal estaba furioso al descubrir su ausencia. Había recibido la orden de llevarle a la explanada donde el Emzarkhan iba a ser recibido.

Con el rostro demacrado y luciendo grande ojeras, el Portador se derrumbó pesadamente en el asiento posterior del vehículo. No parpadeó durante todo el recorrido. Casi no respiró.

Cuando llegaron, miró sin interés los frenéticos preparativos en el improvisado astro-puerto para la recepción. Le pareció absurda toda aquella parafernalia. Los gallardetes casi provocaron su risa.

El vehículo se deslizaba a escasa altura del atormentado suelo, dirigiéndose al extremo norte de la explanada donde docenas de grandes máquinas se afanaban en alejar las montañas de escombros y depositarlas en los barrios que se extendían al otro lado del desnivel. Miles de hombres se afanaban en levantar un escenario con reminiscencias atávicas, dignas de los primeros tiempos del Imperio, cuando todo era magnificado, e incluso santificado, para ensalzar la figura del Emzarkhan. Las banderas imperiales tremolaban al viento mientras las compañías de infantes eran inspeccionadas por los nerviosos oficiales.

Antes de bajar, una vez que el vehículo quedara ajustado a la plataforma de aterrizaje, Dytri localizó al Emzarkhan en medio de un grupo de altos mandos. El brillo de los uniformes era cegador bajo el sol de justicia que caía en la explanada aquel mediodía horrible. El calor era insoportable, como siempre. El Portador se preguntó cómo podían soportar los militares sus ropas de gala, los gorros de piel, las capas y tanto peso en el pecho a causa de las muchas condecoraciones que llevaban. El Emzarkhan pasaba revista a un regimiento de soldados de asalto. Le seguían el Grandal y dos personajes. A uno de ellos lo identificó por su obesidad y la negra túnica que arrastraba por el polvoriento suelo. Era el Chambelán Zusemei. El otro, embutido en un rutilante uniforme gris y rojo, recargado de entorchados, era el Brazo Derecho Imperial Yhiomir. Su figura le pareció esbelta, y su caminar relamido. Lanzaba constantes miradas de reojo al Tercer Dusek, sin dejar de sonreír. A Dytri le dio la impresión de que ya saboreaba la caída de su rival, regodeándose de ello por anticipado.

Al final de la formación imperial había una compañía tusaliana. El Emzarkhan se detuvo para cambiar unas palabras con el Almirante Uronjol, quien no podía dar crédito que se hallara ante el amo del Imperio.

El Grandal se retiró unos pasos cuando vio aparecer a Dytri. Su rostro se crispó cuando le hizo un gesto para que se acercara. Yhiomir y Zusemei se habían unido al Emzarkhan y prestaban atención el informe verbal de Uronjol. Ninguno de ellos se dio cuenta de la llegada del Portador, parecían muy interesados en la versión del tusaliano acerca de la rebelión de los hagerdanitas y la pérdida de la Gran Base Epsilon.

—Que los dioses no tengan piedad de ti, Dytri —masculló el Grandal, agarrando al Portador de un brazo—. ¿Dónde estabas? Me cansé de buscarte. Finalmente se me ocurrió que podías estar en el Núcleo, y cuando me aseguré de ello envié a un oficial con la orden de arrancarte de allí por la fuerza. ¿Qué demonios te retenía en ese lugar?

Loulakais se había quedado sin respiración, le dolía la cabeza y sentía el contacto de la cinta de metal en su frente, como si le oprimiese. Miró asustado al Grandal. ¿Cómo explicarle lo que había descubierto en el habitáculo del Núcleo, lo que había ya sospechaba antes de encerrarse con el kerlthe?

Habían sido muchas las horas pasadas en compañía del TK, infligiéndole dolor, llenándole la

mente de desesperación y deseo de morir; llegó a ofrecerle la muerte a cambio de la información que le pedía. El primer interrogatorio carecía de importancia comparado con el segundo, el primero había sido un pasatiempo, una mera charla entre amigos.

El tiempo pasado junto al kerlhe le parecía que había sido interminable, como si lo hubiese vivido en todos los infiernos de todas las religiones conocidas.

Cuando consiguió recuperar la serenidad y parte de la energía consumida en tan ardua tarea, no podía sostenerse sobre las piernas y necesitó realizar un gran esfuerzo para caminar hacia el exterior; sólo pensaba en huir de allí cuanto antes. El oficial enviado por el Grandal, que le esperaba fuera, frustró su última esperanza de vivir.

Levantó la cabeza y soportó como pudo la mirada furiosa de Dusek, que esperaba impaciente su respuesta.

—Es cierto —dijo Loulakais con voz ronca—, estaba muy ocupado en el Núcleo. ¿Cómo podía saber que el Emzarkhan había anticipado el momento de su llegada?

—¿Qué dices? —el asombro de Dusek aturdió al Portador—. ¡Han pasado más de veinte horas desde que nos vimos por última vez! ¿Todo ese tiempo lo has pasado en el Núcleo?

—¿Qué te ha dicho el Emzarkhan? —los ojos de Dytri bailaron en sus cuencas—. ¿Y cuál ha sido el primer comentario del Chambelán al verte? ¿Sonreía el Bradeim cuando te saludó? ¿Qué crees que piensan de ti? ¿Acaso te ocultan una mala noticia?

El Grandal le soltó el brazo.

—¡Estás drogado! También estás sucio, y hueles mal. Sería mejor que desaparecieras, pues no estás en condiciones de presentarte ante el Emzarkhan; pero no puedo permitir que te marches porque su Majestad quiere conocerte.

—¿A mí?

—¿Por qué te sorprende? Tienes derecho a compartir mi gloria. Todos saben que fuiste tú quien arrancó al kerlhe el secreto de Dhrule —la sonrisa de Dusek llegaba distorsionada al cerebro del Portador—. El Emzarkhan me sonrió cuando me postré ante él. ¡Y el Bradeim me recibió con una inclinación de cabeza! ¿Comprendes, Dytri? ¡Me trató como a un igual! Y Zusemei no se atrevió a lanzarme uno de sus sarcásticos comentarios, estuvo muy serio en todo momento, diría que resignado. Creo que lamenta no ofrecer a su amante Yhiomir mi cabeza en bandeja de plata, como le prometió.

Dytri se dijo que su aliado era el más estúpido de los mortales; aquel imbécil imaginaba cosas que sólo él veía, y levantaba muros que le aislaban de la realidad, impidiéndole ver la verdad y el peligro que pendía sobre sus cabezas.

Las palabras que iba a pronunciar murieron en su garganta. El Emzarkhan había terminado de pasar revista y se acercaba a ellos. Era un nombre sin otro nombre que su título, pero para Dytri representaba a la bestia sedienta de sangre, el tirano a punto de caer que insistía en caminar por el resbaladizo borde del abismo; sin embargo, seguía conservando un poder suficiente para destruir una gran parte de los mundos humanos de la galaxia.

Dytri se sentía observado por el ser humano más temido, y esto lo sobrecogía.

El Emzarkhan, de edad difícil de calcular, era alto, tenía un cutis fino y unas maneras mesuradas. Sus sonrosadas mejillas hacían pensar que su aspecto era el resultado de una pequeña obra maestra que los artistas del maquillaje realizaban cada mañana, quizá varias veces al día. La amplia túnica que vestía la llevaba recogida a la cintura por un grueso cordón de oro, marcándole los contornos de sus amplias caderas. Sobre la cabeza no llevaba la doble corona rematada por la tiara carmesí, sino un pequeño bonete que le daba la apariencia de un antiguo religioso. A su lado, el Chambelán sostenía con indolencia el Cetro Imperial, una vara con aspecto fálico cubierta de gemas.

La frente del Emzarkhan se arrugó ligeramente al contemplar a Dytri. De haberlas tenido, sus cejas se hubieran alzado al dirigirse con modulada voz al Portador:

—Ah, tú debes ser el enviado de los Gremios, el hombre elegido por los Directores para tan importante misión.

—Es el Portador Loulakais, señor —dijo Dusek, inquieto por escasa dignidad en la apariencia

de su aliado.

El Emzarkhan sonrió, arrebató el Cetro Imperial al Chambelán y posó el glande cuajado de rubíes en el frente del Portador.

—Magnífico, magnífico —dijo. Devolvió con displicencia el cetro al Chambelán y añadió—. Nos veremos pronto, Amo del Sello.

Le dio la espalda y se alejó. El viento sacudió los pliegues de su túnica. Dytri no se había movido y siguió así cuando la comitiva ya estaba lejos.

Dusek, que había echado a correr tras el grupo, se detuvo y se volvió iracundo, haciendo gestos a Loulakais para que se uniera a ellos.

Dytri sentía los labios resecos y sólo tuvo fuerza para negar con la cabeza; contempló a la comitiva subir a la falúa imperial, y a su aliado seguirla a regañadientes hasta el interior, y luego a ésta remontar el vuelo y sobrevolar la ciudad. El Emzarkhan parecía interesado en ver por sí mismo los asolados territorios afectados por la invasión.

El Grandal le estaría maldiciendo en aquel instante, pensó, furioso por no haberle acompañado. Dytri sintió ganas de echarse a reír. Dusek no estaría tan tranquilo si hubiera sabido interpretar las palabras que le dirigió el Emzarkhan al llamarle Amo del Sello.

Lo había llamado Amo del Sello, y el Grandal ni siquiera llegó a pestañear al oír las tres palabras; debía estar tan abotargado que había olvidado que ese título había quedado prohibido por todos los Emzarkhanes, que celosos de su poder se negaban a que cualquier ser humano fuera llamado así. El primitivo título de los Portadores fue proscrito siglos atrás, y desde entonces nadie se atrevió en la Corte Imperial a pronunciarlo en voz alta.

A Loulakais le parecía increíble que Dusek no se hubiera dado cuenta de la velada amenaza que contenía la frase del Emzarkhan, quien junto con el Chambelán y el Bradeim habían estado jugando con él desde que descendieron del acorazado imperial.

Para Dytri no quedaba ninguna duda de que el Emzarkhan sabía que aquel mundo no era Dhrule, aunque no podía adivinar quién se lo había revelado, tal vez lo hizo un comodoro o un general de la misma flota de Dusek, que a cambio de tan sorprendente información esperaba conservar la vida, incluso recibir una recompensa o un ascenso. A quien se considerase implicado en el engaño, la vida le parecería suficiente pago.

El Emzarkhan estaba jugando con ellos. Pero ¿hasta cuándo le divertiría el juego? ¿En qué momento se aburriría de mover las piezas? ¿Cuándo pensaba abandonar la sonrisa y descargar su ira en los culpables? No solo no había sido conquistado el mítico y temido Dhrule sino que debía creer que el Imperio se le escapaba de las manos por culpa de otros.

Loulakais tenía la mirada fija en el suelo, en el polvo que levantaba el viento y vio proyectarse una larga sombra junto a la suya. Creyendo que era el verdugo que había venido a buscarle, empezó a volverse despacio.

Esperaba encontrarse con un personaje siniestro, pero era el almirante Uronjol.

—Señor, permítame que le ofrezca mi vehículo para reunimos con la comitiva —dijo el militar, respetuosamente.

Dytri entornó los ojos y preguntó:

—¿Me estás sugiriendo que siga al Emzarkhan? ¿Desde cuando los condenados a muerte marchan voluntariamente tras los pasos de sus ejecutores?

Uronjol le miró perplejo mientras las botas de los soldados resonaban en la llanura, desfilando de regreso a los cuarteles. Las compañías se retiraban y, los vehículos despegaban para volar tras la falúa imperial. Sólo quedaba una lancha con unos guardias tusalianos, esperando a su almirante.

—No le entiendo, señor... —dijo Uronjol.

—Si pensaras con un mínimo de lógica, te marcharías ahora que puedes hacerlo, y desaparecerías de este mundo antes de que la cólera imperial lo cubra de sangre.

—Señor... —titubeó Uronjol. La cinta en la frente del Portador le turbaba, conocía su valía pero no hasta el extremo de impedirle pensar que el representante de los Gremios parecía haber perdido la razón.

No podía entender la actitud de Loulakais, y se preguntó si había cometido un error al exponer



a su Majestad Imperial su punto de vista acerca de la situación en que había dejado su propio mundo, cercado por los humanoides de Hagerdam. Al oírle, tanto el Emzarkhan como el Chambelán y el espigado jovenzuelo que lucía sendas manos rojas sobres sus charreteras, se habían limitado a escucharle, y él tuvo la sensación de que le miraban con mofa.

La voz resentida del Portador le arrancó de sus divagaciones.

—Aún quedan unas horas para que aparezca el grueso de la Armada, en el supuesto de que la dejen acercarse a este maldito planeta —Dytri entornó los ojos, como si le molestase el viento creciente, y con mordacidad, remarcando cada palabra, añadió—. Este mundo no es Dhrule. ¿No lo habías adivinado? Algún general del Grandal lo ha descubierto y se ha apresurado a susurrar la verdad al oído del Emzarkhan.

Dytri se giró sobre sí mismo con los brazos extendidos y exclamó:

—Pero no temas, Almirante de la fiel Tusalia, porque el tirano de la Tierra no tendrá tiempo para ordenar nuestra ejecución. ¿Sabes por qué el verdugo no separará nuestras cabezas del cuerpo? Las naves del Imperio serán destruidas por los auténticos dhrulenianos, por los que disfrazaron a los nativos de este mundo llamado Lartia como si fueran los hijos de Dhrule. Todo ha sido una farsa, un colosal engaño. El verdadero Dhrule está lejos, escondido en un conglomerado de estrellas, riéndose de nosotros y preparándose para destruirnos.

—Señor... —balbuceó el tusaliano, cada vez más pálido.

—Puedes marchar donde el último amo del Imperio y decirle que no tardará en abatirse sobre Lartia un fuego más poderoso que el Fuego del Emzarkhan —dijo Dytri, riendo nerviosamente—. ¿Te atreverás? Vamos, corre a comunicárselo. Su Majestad no tendrá tiempo para inspeccionar la única nave capturada al enemigo, el triste y pobre botín de una guerra que nada ha tenido de gloriosa, la reliquia de la conquista de un planeta de engaño. ¡Dile la verdad, grítala para que todos la oigan! Y dile que el maldito kerlthe del Tasla se ha reído de mí mientras me confesaba haber sido el causante de la destrucción del Imperio.

—Señor...

—El kerlthe se ha vengado —gimoteó Dytri—. Y ahora es libre. Después de tantos años de cautiverio, ha conseguido la libertad que tanto ansiaba. ¿De qué nos servirá saber dónde está Dhrule o el planeta de los kerlthes? Ya es tarde, Almirante.

—Señor... —insistió Uronjol—. Acompáñeme, señor.

El tusaliano le agarró de un brazo y le obligó a seguirlo hasta su lancha. Una vez dentro, tras sentarse y mirar de reojo al Portador, abatido en el asiento de atrás, dijo al piloto:

—A mi acorazado. ¡Rápido!

Cuando se alejaron de la humeante ciudad, añadió.

—Por una vez los tusalianos no marcharemos tras el carruaje del Emzarkhan y no tragaremos el polvo que levanten sus ruedas.

No esperó la respuesta de Dytri, y le volvió la espalda.

Uronjol sólo quería disponer del tiempo justo para abordar su nave situada en una órbita cercana a... ¿Dhrule? Ya no podía llamar así a aquel mundo. Era Lartia, un planeta hasta entonces desconocido para todos excepto para sus habitantes y para los dhrulenianos.

Lartia, el mundo que la posteridad conocería bajo muchos adjetivos, ninguno digno.

«...Los mensajes vía TK no pueden ser interferidos, pero no están vedados para Eva; lo he podido comprobar recientemente. Sin embargo, la llamada detectada por ella me ha puesto sobre aviso, haciéndome comprender muchas cosas...»

## CAPÍTULO XVIII - EL DESTINO DEL KERLHE

El hueco del vástago se perdía en la distancia, en una barrera luminosa y vibrante.

Los soldados se desplegaron a una orden del oficial y cubrieron el camino que debían recorrer los deslizadores. Cuando el grupo alcanzó el atrio, sólo Uwyer y Dar subieron a él y se enfrentaron al perímetro protegido.

—Aquí es donde empieza el Núcleo. Todo está protegido por la Cobertura —Dar hizo desaparecer su sonrisa.

—Al igual que nuestras naves, las del Imperio son construidas alrededor de un vástago que la recorre de proa a popa —observó Uwyer. Señaló el Núcleo—. Todo está blindado con el fin de proteger a la Cobertura en las batallas. Los Gremios son muy celosos con sus secretos, y evitan que a causa de un accidente una nave tan costosa quede fuera de combate. —Descubrió que Dar estudiaba la pared más próxima—. ¿Ocurre algo?

—Si esto es el Núcleo, debería estar protegido por la Cobertura —murmuró Dar, pasando las manos por el acero—. Y no lo está.

—Siento no poder ayudarte, pero nunca había visto una Cobertura kerlhe.

—No necesito el sello para entrar, porque sencillamente no hay protección.

Empujó el disco de metal hacia arriba. Al entrar sus pies pusieron al suelo en movimiento. Con un gesto indicó al Jerarca que le siguiera.

El piso del túnel les condujo hasta una habitación de tres paredes que se unían formando un extraño techo sobre sus cabezas. La máquina suspendida en el centro, suministradora de toda la energía que requería el acorazado, atrajo la atención de Uwyer.

—Estás viendo el generador kerlhe —le explicó Dar—. Impresionante, ¿verdad? Toda su ciencia lo es.

La máquina, sin la protección del translúcido aro de la Cobertura, había dejando sin aliento al jerarca. Siles la miró confundido; buscó y descubrió a Eva, convertida en una partícula azul que revoloteaba delante de sus ojos.

—¿Entiendes algo? —preguntó en voz baja, como si temiera despertar ecos que alertaran a los tripulantes de la nave de su presencia en aquel lugar.

La pequeña esfera salpicada de corpúsculos de plata osciló de nuevo, y de ella surgió la respuesta de Eva:

—Alguien ha estado aquí hace poco, es evidente, y debió marcharse apresuradamente, olvidando restituir la Cobertura. Un error imperdonable para un Portador.

—¿Estás habiéndome de Loulakais?

—¿Quién si no ha podido campear aquí a sus anchas?

—Es lo que había imaginado —asintió Dar.

Uwyer se estremeció al ver a la Esfera flotar detrás de Darío Siles. No podía creer que Chimara y todo cuanto había en el Módulo estuvieran en el interior de un objeto tan diminuto. Sacudió la cabeza al sentir una fuerte presión en el estómago.

De pronto escuchó una exclamación de asombro. Dar la había lanzado cuando entraron en la siguiente estancia, similar en dimensiones a la anterior. Sólo encontró diferente en ella sus tres paredes, que estaban cubiertas con paneles de mando, y en su centro, en lugar del Generador, flotaba un gran globo lleno de un espeso líquido, conteniendo algo que no podía identificar a simple vista.

Dentro del globo flotaba algo horrible.

Dar se quedó inmóvil delante del globo. Tenía el rostro demudado, parecía estar a punto de romper en sollozos; sus manos estaban crispadas, las movía a cada latido de su corazón.

—Dar... ¿Qué es esto? —inquirió Uwyer.

El Jerarca comprendió demasiado tarde que dentro del globo estaba el TK que durante tanto

tiempo Dar había buscado, un ser inteligente convertido en transmisor instantáneo. Al mirar más detenidamente, buscando entre el fluido que llenaba el recipiente algo que se pareciera a un tronco azulado y a una cabeza de aspecto canino, se vio arrojado a la más absoluta desesperación tras convencerse de que allí sólo había jirones de tejidos sin sangre, huesos quebrados y nervios desgarrados.

Flotando en el sucio líquido, rodeado de cables y sondas insertadas en pedazos de carne en pleno proceso de descomposición, apreció la forma de un gran ojo blanco y algo parecido a una base craneal medio hundida en el fango que cubría el fondo, entre una porción de la masa gelatinosa que fue el cerebro de una criatura inteligente.

—¡Esto es todo lo que queda del kerlhe! —estalló Dar. Cerró los ojos, y Uwyer escuchó que le rechinaban los dientes—. ¡Está destrozado! ¡Su verdugo lo sometió a un largo proceso de dolor, y finalmente lo hizo pedazos!

Incapaz de encontrar las palabras que calmaran la rabia de Dar, el Jerarca no se atrevió a abrir la boca.

Una ráfaga azul centelleó en el aire. La Esfera se aproximó al globo y lo escudriñó girando a su alrededor, acabó flotando sobre una silla tumbada en el suelo y se detuvo.

—El kerlhe ha sido torturado desde este aparato —dijo Eva. En la vibración de su voz se podía captar una extraña congoja—. Debió soportar un dolor increíble. Ya había sufrido demasiado antes a causa de años de cautiverio. Creo que le arrojaron ácidos que corroyeron las entrañas, hasta que no pudo soportarlo más y murió en medio de una larga agonía. Pero antes debió de hablar, doblegado su orgullo con torturas inimaginables, que un ser humano no habría podido soportar ni cinco segundos, y con él se ensañaron durante horas.

—¿Por qué le mataron si confesó? —gritó Dar.

—Quien lo hizo mantuvo una lucha contra el kerlhe y acabó perdiendo la paciencia y se transformó en una bestia sedienta de sangre, y dejó de ser humano. Quien fuera, le arrancó todos los secretos que buscaba. Luego, le mató aumentando el castigo al máximo, inundando de ácidos el líquido nutritivo a través de las sondas...

—Cállate—dijo Dar—. No necesito más detalles. Vámonos de aquí, Uwyer. Ya nada tenemos que hacer en este lugar.

—Lo siento, Dar. De veras que siento que no hayas logrado lo que querías... —ronqueó el dhruleniano.

Salieron y se reunieron en el atrio con soldados que les esperaban con las armas preparadas, vigilando el fondo del Vástago. El oficial dijo a Uwyer que aún no habían detectado ninguna presencia hostil, una noticia que defraudó a Dar porque en aquel momento de desesperación quería que las armas hablasen y la sangre corriera.

El Jerarca le recordó:

—Creo que ha llegado el momento para que mis hombres y yo actuemos, Dar.

—Vuestro problema también me concierne a mí—Dar buscó a Eva y ésta le rozó el hombro derecho para indicarle que seguía a su lado—. Llévanos al interior de la nave Iartiana.

—¿Quieres decir a ti y a los dhrulenianos? No deberías arriesgarte a perder tu actual cuerpo —dijo la Esfera.

—Iremos todos. Alguien debe pagar por lo que le ha hecho al kerlhe.

—Aún no se ha perdido la esperanza; sigue habiendo posibilidades de encontrar las pistas que nos conduzcan hasta Yaita. La desaparición del kerlhe no debe significar el fin del mundo para ti.

—Si no haces lo que te pido, me pondré al frente de estos hombres, atravesaremos el vástago, luego la planicie y entraremos en la nave Iartiana abriéndonos paso a tiros.

—Recuerda que la nave Iartiana ha sido fabricada en Dhrule, y por lo tanto no es exactamente como ésta; carece de un vástago tan grande que os pueda ocultar, y también de un núcleo que la tripulación considere un lugar prohibido. Encontraréis enemigos por todas partes.

Los soldados y el oficial eran testigos silenciosos de la conversación entre el hombre con algo que flotaba en el aire muy cerca de él. Algunos se agitaron nerviosos, mirando a su Jerarca. Incluso el oficial parecía titubear al pensar que nunca había visto algo parecido, ni siquiera durante los dos

años que sirvió como agente secreto en Lartia. Cuando más distraído estaba en sus reflexiones, ocurrió algo que para él no tenía explicación.

Se vio envuelto en una gigantesco y luminoso parpadeó, absorbido por una opaca turbulencia y todo se volvió negro a su alrededor; durante un tiempo que podía haber durado más de unos pocos segundos, se sintió arrastrado hacia lo que creía que era el infierno. Antes de que pudiese gritar, se encontró en una estancia cuyas paredes estaban completamente cubiertas por conductos y tuberías de acero.

Dar fue el único que comprendió que se encontraban en la unidad lartiana capturada por el Grandal. Se giró sobre sí mismo y no le quedó la menor duda de que Eva los había transportado donde él le había pedido, pero sin esperar a que los soldados cerrasen los ojos. Quizá lo había hecho a propósito; Eva había desarrollado un extraño sentido del humor. En el corredor que se abría a la derecha encontraron un pelotón de soldados con armaduras imperiales, para quienes la súbita aparición de aquellos hombres con extraños equipos de combate y alguien vistiendo un ajustado traje negro, era un hecho tan extraordinario que se quedaron paralizados, sin dar crédito a lo que estaban viendo.

La sorpresa entre los imperiales dio tiempo a los recién llegados para ser los primeros en disparar.

El sonido de las descargas compuso una melodía de muerte, envió un huracán de fuego que segó la vida a ocho soldados imperiales, que quedaron arracimados en humeante montón de cuerpos.

La férrea disciplina de los dhrulenianos, junto con su obediencia ciega a sus superiores, fueron factores decisivos en aquella corta pelea, le permitió al oficial correr hacia la salida del corredor y ordenar el despliegue de sus hombres junto a la entrada de la siguiente estancia, protegiendo al Jerarca y a su aliado.

Seguido por Dar, Uwyer se dirigió a una puerta, estudió los cierres y sonrió al encontrarlos intactos.

—Al otro lado está el Impulsor y el Generador. Los imperiales aún no han empezado a examinarlos. Estamos de suerte.

Utilizó una combinación cromática, abrió la puerta. Entraron en una especie de tubo vertical. En el centro se alzaba un Impulsor parecido al que Uwyer había visto en el Tasla. Corrió hacia una consola adosada a la pared y consultó los mandos.

—El fallo debe estar aquí—dijo el Jerarca—. Espero recordar lo que aprendí cuando estudié ingeniería. Yo ajustaba el mecanismo de autodestrucción en las naves destinadas a Lartia.

—¿Por qué no funcionó éste? —preguntó Dar.

El Jerarca sonrió.

—Nadie es perfecto, amigo mío. No somos infalibles kerlhes.

Uwyer abrió una sección de la consola y puso al descubierto una placa con varios botones. Señaló uno y dijo:

—Éste es el que ha provocado la avería, impidiendo que se unieran las conexiones cuando se enviaron las órdenes de destrucción por control remoto.

Dar le miraba trabajar sin dejar de pensar en el kerlhe asesinado, convertido en pulpa dentro del globo; quiso olvidar lo que había visto y se concentró en el trabajo de Uwyer.

—Ya está —dijo el Jerarca, apartándose de la consola, sin molestarse en cerrarla—. Se activará dentro de veinte minutos. Debemos darnos prisa.

Dar atisbo por la puerta antes de salir. Los soldados seguían protegiendo la entrada. El enemigo no daba señales de vida. Se volvió y buscó la luciérnaga azul. No la había vuelto a ver desde que fueron transportados a la nave lartiana. ¿Dónde estaba Eva?

Uwyer amartilló su arma y miró a Dar con preocupación.

—¿Qué ocurre?

—Eva no está aquí.

Ambos recorrieron la estancia, escudriñando el aire.

—Prueba a llamarla —sugirió Uwyer.

—Es inútil. Ya le he pedido que nos saque de aquí.

—¿Qué crees que le ha podido pasar?

—No lo sé. Nunca me había abandonado.

—Nos quedan menos de veinte minutos —recordó el Jerarca—. Si no estamos lejos para entonces, no contaremos nada de esto a nuestros nietos.

Dar movió la cabeza hacia la salida. Cuando se les unieron los soldados, el Jerarca les dijo:

—He activado el dispositivo de destrucción. No podemos irnos como hemos venido. Lo siento pero no hay tiempo para explicar cómo llegamos hasta aquí. Me temo que vamos a tener que escapar disparando. Nuestra suerte se ha acabado y a partir de ahora sólo podemos confiar en nuestras armas.

Los soldados se miraron entre sí y luego asintieron.

Primero salieron dos dhrulenianos al vestíbulo, luego el resto se desplegó en formación de combate. No tardaron en sonar ráfagas cortas en una bifurcación de pasillos, a unos veinte metros de ellos. Las relampagueantes y fugaces llamaradas silbaron y consumieron a los hombres que iban en vanguardia, arrancando prolongados aullidos en las armaduras de los que eran alcanzados. Se esparció un humo apestoso, y Dar fue el único en percibirlo al no llevar un equipo de combate hermético.

A través de la humareda vio a varios soldados con las armaduras grises del Imperio avanzar por el pasillo central. Eran muchos. Demasiados para ellos. Los dhrulenianos se desplegaron y sus armas levantaron una muralla de fuego. En las retinas de Dar parpadearon miles de minúsculos soles cuando a los pies del enemigo eclosionaron las descargas, engulléndoles en un infierno cárdeno.

El vendaval de muerte agitó a los imperiales como si fueran marionetas descolgadas.

Los soldados de Dhrule corrieron hacia la salida, se parapetaron en las esquinas del corredor y protegieron la retirada de sus compañeros más rezagados. Todo ocurría con una rapidez vertiginosa. Dar empuñó una de las dos pistolas que llevaba al cinto y buscó al Jerarca.

Le encontró a pocos metros de él y le agarró un brazo. El Jerarca se revolvió y dijo que el oficial había encontrado el camino de salida.

—Tendremos que cruzar la explanada —añadió—. Con suerte, aprovechando la confusión, podemos alcanzar los bosques y escondernos en ellos.

—Espero que Eva se acuerde de nosotros —masculló Dar.

—¿Crees que nos localizará?

—Es un buen sabueso. Ha debido ocurrir algo.

—¿Se te ocurre un plan mejor?

Dar negó con la cabeza. Prefería no pensar que podía haber miles de soldados imperiales esperándoles en el exterior. Las armaduras de los dhrulenianos eran demasiado llamativas y no podían hacerse pasar por tropas del Imperio.

Dentro del navío quedaban más enemigos. Dar pensó que todo estaba ocurriendo al revés de cómo lo había pensado. ¿Por qué diablos no les había sacado Eva de allí? Por muy enfadada que estuviera no le habría gastando una broma tan pesada. Pensó en Chimara, en el peligro que podía estar corriendo en la Esfera.

El avance hacia la esclusa de salida fue dejando un rastro de cadáveres en los pasillos, tanto imperiales como dhrulenianos.

Eran hostigados sin cesar. Los imperiales surgían de todas partes, de cada recoveco, inesperadamente. La marcha hacia la salida le parecía interminable a Dar. El tiempo transcurría, y se preguntó cuántos minutos quedaban para la explosión. Una vez fuera confiaba en que la destrucción del acorazado desconcertaría al enemigo, pero debían encontrarse lejos cuando se produjese.

Había sentido en varias ocasiones los disparos del enemigo muy cerca, en cualquier momento podía ser alcanzado; se preparó mentalmente para el momento en que despertara en la Sala Azul de la Esfera, ocupando el cuerpo que contenía la Matriz, una posibilidad que rechazaba porque no quería escapar de allí, dejando a sus compañeros en una situación tan comprometida. Se preguntó si

Uwyer había pensado que la muerte para él no significaría el fin. Si hubiera caído en ello tal vez le dijera que se podía combatir sin miedo sabiendo que resucitaría.

¿Qué sabía Uwyer lo que había sentido cada vez que la muerte, buscada o no, le había encontrado? Prefería no recordar todas sus muertes.

Llegaron hasta las rampas que descendían al exterior. Los soldados se revolvieron y dispararon. Dos enemigos cayeron convertidos en bolas de fuego, y un tercero quedó aplastado contra un muro de acero, mezclados su cuerpo con pedazos de su coraza.

Dar salvó los últimos metros que lo separaban de la salida, tocó la plataforma y miró en derredor. En la explanada todo parecía sorprendentemente tranquilo. No les esperaba un ejército para convertirlos en puré. Lejos de allí, muy cerca del Tasla, había un pequeño tumulto; docenas de lanchas y vehículos se posaban alrededor del acorazado del Grandal. Dar reconoció el estandarte del Emzarkhan entre los muchos que se agitaban al viento.

Uwyer pasó por su lado, le gritó algo que no entendió y saltó evitando usar la pasarela que serpenteaba desde la esclusa al suelo.

Una vez abajo, el dhruleniano se volvió.

—¡Vamos, no perdamos más tiempo! —aulló—. ¡Apenas quedan cinco minutos para que todo salte!

Siles corrió y se reunió con él. De un vistazo contó hasta ocho soldados dhrulenianos que les seguían, nueve con el oficial. El precio pagado para destruir la nave le pareció muy alto.

Corrieron por un amplio espacio entre la nave de Lartia y el Tasla, anclado éste a unos doscientos metros. Era un peligroso pasillo, una trampa que podía cerrarse sobre ellos en cualquier momento.

Dar corría el último, volvió la cabeza y miró hacia la multitud congregada delante de la esclusa de proa del Tasla. Se produjo un gran revuelo cuando fueron descubiertos. Escuchó los gritos de alerta. La formación de infantes que había se agitó.

La explosión en el ánimo de la nave lartiana sorprendió a Dar.

El suelo tembló bajo sus pies, y el gigantesco acorazado se elevó unos metros, cayó con gran estruendo y comenzó a lanzar lenguas de fuego por las todas las esclusas, convertidas en válvulas de escape del volcán que había hecho erupción en sus entrañas. La gran máquina de guerra había levantando oleadas de polvo. Un temblor recorrió el suelo, sacudiendo con violencia todas las naves que se encontraban en veinte kilómetros a la redonda.

Dar se vio envuelto en una oscuridad impenetrable, sintiendo que el viento rugía a su alrededor. Se arrojó al suelo, que aún temblaba, y se protegió la cabeza con los brazos.

El huracán que azotaba la explanada lo zarandeó, le hizo rodar varios metros envuelto en nubes de polvo, hasta que consiguió agarrarse a algo y permaneció encogido, esperando que el viento amainara.

Abrió los ojos con temor, y lo primero que vio fue a cientos de personas deambular desorientadas, dando un ridículo espectáculo, con los uniformes sucios y los rostros embadurnados de hollín.

Buscó a los dhrulenianos; descubrió a dos que iban de un lado a otro, tambaleándose en sus armaduras. Les hizo señas y corrió a lo largo de los sustentadores del Tasla, observando que el cortejo del Emzarkhan se estaba reagrupando. Recordó que el Grandal acababa de ser privado de sus privilegios cuando ocurrió la explosión. Varios soldados lo levantaban del suelo. Dusek ofrecía un espectáculo lamentable, gimoteaba y suplicaba por su vida, tenía las manos sujetas por círculos de energía y sacudía la cabeza, implorante, buscando en cuantos le rodeaban un atisbo de misericordia.

Dar se dio cuenta de que había perdido sus armas, casi todo lo que llevaba en el cinturón. Un soldado le entregó una pistola y un par de cargas.

—Es todo lo que tengo, señor —dijo el dhruleniano, mirándole con admiración.

La guardia del Emzarkhan corría hacia ellos, empujando a los cortesanos que les estorbaban. Otros imperiales se apresuraban a desarmar a los miembros de la guardia personal del Tercer Dusek.

Dar amartilló la pistola y la graduó para que lanzara el fuego más potente. Los sicarios del Emzarkhan no tardarían en llegar hasta ellos.

—Tienes un aspecto lamentable, querido Dar —dijo una voz a su vera.

Dar frunció al ceño al descubrir quién le había hablado.

—Tienes que cuidarte —agregó Eva.

—Maldita seas. ¿Dónde te habías metido? —se incorporó sintiendo dolores en la espalda. Tenía el traje desgarrado en el pecho. Se preguntó a lo largo de cuántos metros había sido arrastrado por la explosión—. Desapareciste cuando más te necesitaba. Tendrás que darme una explicación muy convincente.

—Siento haber tenido que ausentarme, pero mereció la pena. Descubrí que cierta nave huía.

—¿Y te pareció más importante que nuestra seguridad? Han muerto varios soldados de Dhrule por tu culpa.

—Espera que te diga que quien mandaba la nave sabía lo que iba a ocurrir.

Uwyer había aparecido y Dar le hizo gestos para que se acercara. Al Jerarca apenas le quedaba la mitad de su equipo de combate, y anduvo torpemente hacia el sustentador. Otros dos dhrulenianos surgieron de entre los remolinos de polvo y se apresuraron a reunirse con ellos.

—¿Te refieres a la inminente batalla entre la flota de Dhrule y la Armada Imperial? —preguntó Dar mientras esperaba a los rezagados.

—No me hagas reír—exclamó Eva—. ¿Qué batalla? Sólo aparecieron unas pocas naves del Imperio, todas muy maltrechas.

La diminuta esfera azul aumentó de tamaño. Ya era como un balón de fútbol cuando Eva añadió:

—He contado menos de cincuenta acorazados, todos con las reservas agotadas y las tripulaciones cagadas de miedo, con miles de heridos y los escudos hechos trizas; no sé cuántos muertos hay a bordo, pero deben ser muchos. Son las naves que han ofrecido una resistencia más encarnizada a sus perseguidores.

El Jerarca había escuchado a Eva y dijo con orgullo:

—Las naves de Dhrule saben luchar. Si Eva está en lo cierto, no tardarán en ser vistas y limpiarán a Lartia de escoria imperial.

Eva ya tenía el diámetro de un metro; soltó una carcajada y dijo:

—Estás equivocado, Jerarca. La flota dhruleniana no ha intervenido, y se retirará cuando descubra que las naves que persiguen a los acorazados del Emzarkhan son más de mil. Una fuerza considerable incluso para tus valientes navegantes, ¿no te parece?

Uwyer bizqueó a causa de la sorpresa. Cuando comprendió lo que Eva le había dicho, se pasó una mano por el visor del casco y miró a Dar.

—No debemos quedarnos más tiempo —dijo.

—¿Quién ha atacado al grueso de la Armada Imperial? —preguntó Dar, alzando la mano para indicar a Eva que le respondiera antes de llevarlos al interior de la Esfera.

—Querrás decir quiénes, querido Dar: los más acérrimos enemigos del Imperio.

«...He decidido investigar la extraña llamada; la fuente emisora se ha trasladado cerca de Corvas, a bordo del acorazado Tasla. Lamento que Eva no me pueda trasladar a su interior. Creo que en ese planeta obtendré la información que necesito. Usaré un disfraz. No estaría de más, ya que...»

## CAPITULO XIX - LOS ARDIDES DE EVA

Nunca lo olvidarían. Habían sido testigos de unos hechos que el tiempo transformaría en una leyenda más del dios de la Esfera.

Tan pronto como Eva trasladó a Dar y a los dhrulenianos supervivientes al Hogar, adquirió un volumen mayor que el Tasla y puso en fuga a miles de soldados imperiales que se acercaban. El Emzarkhan sufrió un desmayo y se derrumbó en los brazos de un tembloroso Zusemei. Yhiomir, paralizado por el terror desde hacía un rato, no fue capaz de emitir sonido alguno, y no fue capaz de impedir la fuga de sus tropas.

Ante el estupor general, la gigantesca Esfera se elevó, y cuando alcanzó una altura de mil metros desapareció entre las columnas de humo que cercaban la ciudad.

Eva no se detuvo hasta que rebasó el Mazo de asteroides. A través de varios segmentos ofreció a Dar y a sus invitados las escenas más importantes de los acontecimientos pasados y presentes.

—Mi ausencia —explicó Eva— ha valido los problemas que os he causado. El asesino del kerlhe es el Portador. Loulakais convenció al Almirante Uronjol para que huyeran juntos. En este momento se alejan por una zona libre de vigilancia. Uronjol quedó tan impresionado con las revelaciones de Dytri que no le importó abandonar a muchos de sus hombres, tal era su miedo a ser acusado de alta traición si se quedaba.

Observaron el segmento de la pantalla que mostraba la aproximación de cientos de naves con diversos emblemas en sus fuselajes. De Lartia habían partido acorazados y cruceros para burlar el cerco. Nadie sabía si entre las naves que escaparon se encontraba el acorazado insignia del Emzarkhan.

La Flota Dusek, sin mando después de que el Grandal fuera acusado de traición, se negó a enfrentarse a los rebeldes y comunicó su intención de rendirse con condiciones.

Lartia sufrió una segunda invasión cuando aún no habían transcurrido tres días de la primera. Los lartianos no comprendían por qué las victoriosas fuerzas imperiales huían ante la presencia de una flota tan desconocida para ellos como las que les habían vencido.

Los habitantes de Lartia volvieron a recibir el desprecio de tropas de ocupación. A pesar de que muchos cayeron combatiendo, en medio de la confusión reinante la mayoría no corrió la misma suerte que los soldados imperiales, que después de haberse rendido fueron pasados por las armas en el mismo lugar en que izaron la bandera blanca. No hubo cuartel para ellos.

Los navíos de Dusek y sus aliados, que confiaban en conseguir una claudicación honrosa, fueron abordados y sus tripulaciones arrojadas al espacio o a los convertidores.

Las naves de Desgal, muchas de las cuales habían desertado unos días antes, fueron las primeras en descender en las proximidades de la humeante capital de Lartia. Los soldados tomaron posiciones en el astro-puerto donde aún ondeaban los gallardetes izados en honor al Emzarkhan.

El Almirante Elerko de Desgal, nombrado caudillo supremo de las fuerzas rebeldes, nada más pisó el suelo de Lartia actuó con energía y evitó que miles de prisioneros fueran pasados por las armas. Un oficial descubrió entre ellos un personaje que consideró importante y lo puso a buen recaudo. Luego aconsejó a su superior que lo llevaran a presencia del jefe supremo de la rebelión.

Elerko tuvo que emplear toda su autoridad para impedir que el Grandal Dusek, pues este era el prisionero, fuera degollado por la soldadesca, compuesta en su mayoría por hagerdamitas ansiosos de ver correr la sangre de sus antiguos opresores, según su forma favorita para acabar con sus enemigos más odiados.

Asqueado ante las atrocidades que cometían los seres de Hagerdam, Elerko logró poner fin a tantos desmanes. Le repugnaba que aquellos seres, a los que consideraba inferiores a los humanos por su aspecto y salvajes por sus hábitos, asesinaran a más prisioneros. También se impuso para que los nativos del planeta fueran considerados enemigos del imperio, y por lo tanto amigos de la



rebelión, aunque creía que merecían la muerte o la esclavitud.

Más tarde, desafiando a algunos líderes, no sólo a los hagerdamitas, en presencia de éstos señaló al postrado Delbert Dusek y sentenció:

—Este hombre, aunque merece la muerte mil veces, era un prisionero del Emzarkhan, y quizá pueda explicarnos lo que aquí ha pasado. No debemos concederle ningún Privilegio aparte del que se gane en su defensa, que asumirá él mismo. Escuchemos su alegato.

Los líderes rebeldes estaban furiosos porque el tirano de la Tierra había escapado con vida, miraron al hombre que lucía los entorchados de Grandal y ninguno apostó por su vida. Elerko se acercó a Delbert y le liberó de los aros metálicos. Los hagerdamitas rugieron de rabia y pidieron la muerte del prisionero. ¿Para qué perder tiempo escuchando sus mentiras si al final sería ejecutado?, clamaron.

Pero Elerko no estaba dispuesto a ceder y dijo:

—El Tercer Dusek prometió al oficial que le apresó un gran servicio para nuestra causa a cambio de que perdonáramos su vida —observó el interés que sus palabras habían despertado entre los jefes rebeldes y añadió—. Ha solicitado un día de gracia y se lo concederemos —lanzó una mirada cargada de desprecio al tercer Dusek—. Por su bien, espero que pruebe que no ha mentado. Si dice la verdad, seremos justos con él.

El líder de Hagerdam soltó una imprecación, miró a sus compañeros, no encontró en ellos que esperaba y a regañadientes dijo:

—Mientras tanto, investigaré. Tal vez no sea verdad que era prisionero del Emzarkhan. Creo que todo es un ardid para salvar el pellejo.

Delbert sabía que se jugaba la vida y se apresuró a pedir permiso para hablar. Cuando le fue concedido, dijo:

—Es cierto lo que ha dicho el Almirante Elerko: os resultaré más útil vivo que muerto.

—Anticípanos la verdad que dices conocer, habla en presencia de todos —le exigió Elerko.

—Este mundo no es Dhrule —dijo en voz alta para que todos le oyeran—. Este mundo se llama Lartia y fue convertido por Dhrule en una trampa, es un engaño, una pantalla para confundir a sus enemigos. Yo fui engañado, y lo atacué creyendo que era el planeta más odiado en todo el Imperio.

Un murmullo de sorpresa recorrió la estancia. Un líder dijo:

—Creo que dice la verdad. Un mundo tan mísero como éste no puede ser Dhrule. Pero esto no le salva la vida, pues tarde o temprano lo habríamos descubierto.

—¡Esperad! —gritó Delbert cuando vio sonreír a los hagerdamitas—. Dadme ese día de plazo que os he pedido y prometo que os diré en qué lugar del universo se esconde Dhrule, tendréis las coordenadas de ese maldito mundo.

—Se le ha sido concedido un día —dijo Elerko, que había empezado a preguntarse si valía la pena poner en peligro su liderazgo por salvar la vida del odiado Grandal—. No habrá más plazo. Si puedes mostrarnos la ruta que nos conduzca hasta Dhrule, serás recompensado con la vida, incluso podrías recibir ciertos honores —se volvió hacia los jefes—. Nosotros, los seres libres, no cometeremos el error de creer que una vez caído el Imperio habrá paz en la galaxia, pues siempre quedará Dhrule, la peor de todas las amenazas. No estamos luchando para cambiar de amo y no descansaremos hasta destruir Dhrule. Sólo entonces seremos libres.

En medio de la calcinada explanada, docenas de líderes, cientos de oficiales y miles de soldados de muchos mundos dieron su conformidad a la propuesta de Elerko y gritaron con fuerza para lanzar vítores de triunfo. Los hagerdamitas, un poco apartados, rugieron en su silbante lengua y se miraron los unos a los otros, presintiendo que su alianza con los humanos sería efímera y con Imperio o sin él no tardarían en unirse contra ellos y sobrevendría una guerra étnica.

Dusek pidió ser recluido en el Núcleo del Tasla, petición que le fue concedida por Elerko, quien ordenó a sus hombres que le vigilaran en todo momento.

El Grandal tenía puesta su esperanza en localizar la grabación de la confesión que el Portador había arrancado al TK antes de matarlo. Después de haber conocido la muerte del kerlthe, Delbert montó en cólera y le acusó de ser el causante de semejante engaño y burla hacia su persona, a lo que

añadió haber permitido la muerte del único ser que les podía llevar hasta el verdadero Dhrule.

Mientras era conducido al interior del Tasla, Dusek seguía escuchando las acusaciones que Yhiomir le había dirigido antes de que se produjera la explosión de la única nave lartiana capturada. A causa del pánico todo el mundo se olvidó de él, y consiguió huir; pero no llegó muy lejos. Los rebeldes le encontraron con los aros en sus muñecas, cuando intentó confundirse entre los prisioneros, circunstancia que en primera instancia le había salvado la vida.

Caminó nervioso por el gran pasillo, escoltado por los soldados de Elerko, pensando que si no encontraba algo interesante en los registros podía considerarse muerto.

Y no sería una muerte rápida la que recibiría si Elerko le entregaba a los hagerdamitas.

Los dos hombres se miraron a los ojos.

Sonrieron y se estrecharon las manos.

El Jerarca se retiró a la nave en la que le esperaban sus hombres.

Uwyer se marchaba lamentando no haber encontrado las palabras adecuadas para despedirse de Dar; tenía el presentimiento de que nunca más volverían a encontrarse.

Sólo sus compañeros de la Jerarquía conocerían la verdad. El pueblo de Dhrule nunca sabría que él había sido huésped del profeta Darsil y había vivido en la Esfera.

Cuando la nave, una similar a la que días antes utilizaron los técnicos y tripulantes del vehículo negro para regresar a Dhrule, empezó a acelerar para penetrar en el hiperespacio, tuvo un último y afectuoso recuerdo para Darío Siles.

Lamentaba muchas cosas, pero sobre todo que Dar no hubiera logrado conseguir la información que había estado buscando durante su larga vida.

El encuentro de Dar con el kerlhe se había producido demasiado tarde.

Durante los dos días que duró el viaje de regreso, el Jerarca se estuvo haciendo muchas preguntas. Cuando llegó a Decero, se sentía alegre, convencido de que su patria iba a disfrutar de una notable ventaja sobre el resto de la galaxia cuando dispusieran de transmisores instantáneos suficientes. Sin embargo, más tarde su desesperación rozó el límite de la neurosis cuando se enteró que la nave que les precedió no había arribado a su destino.

Dos años más tarde serían encontrados los restos de la nave por un crucero dhruleniano y se sabría que fue alcanzada por el fuego de un navío rebelde. El prototipo de transmisor se perdió para siempre.

Presintiendo que nunca tendría en sus manos el valioso presente de Dar, el Jerarca se preparó para hacer frente a los problemas más urgentes.

Al día siguiente, tras convocar una reunión extraordinaria, comunicó a los Jerarcas que la paz no llegaría a Dhrule tras el desmembramiento del Imperio. Las noticias que fueron recibiendo no podían ser más alarmantes, todas presagiaban que sus nuevos enemigos, los rebeldes, no tardarían en presentarse en el sistema estelar de Dhrule.

En los dos mundos corrió la noticia de que el secreto había dejado de existir.

Los dhrulenianos ignoraban que estaban en el umbral de la época más tenebrosa de su historia, en el preludio de una guerra que se prolongaría durante décadas, que una vez concluida conformaría a la galaxia de una manera muy distinta a como había sido hasta entonces, quedando establecido un equilibrio de fuerzas que perduraría durante siglos.

Dar presenció la partida de la nave del Jerarca en silencio.

Apenas hubo cruzado la doble esclusa, el hangar desapareció y en su lugar apareció el bosque de palmeras y sicómoros que tanto le gustaba a Yaita.

—Dar —le llamó Eva.

—Quiero estar solo.

—Te comprendo, pero debes descansar. Yo velaré tu sueño.

Dar se tumbó en un invisible lecho y cerró los ojos. Antes de quedarse dormido, escuchó que Eva le susurraba:

—Yo me ocuparé de todo, querido Dar.

Cuando Chimara despertó y entró en el Gabinete, encontró a Dar profundamente dormido. Se

sentó junto a él y permaneció largo tiempo observándole. No echó de menos a Eva. Más tarde se enteraría en qué había estado ocupada.

Mientras Dar soñaba, Delbert hurgaba sin descanso en los registros del Núcleo, siempre bajo la mirada de sus guardianes.

Los nativos iban regresando a las ciudades y aldeas, alentados por las proclamas de los nuevos amos del planeta en que se les garantizaba la vida y se les prometía una libertad hasta entonces desconocida para ellos. Las matanzas de prisioneros cesaron cuando todavía quedaban cientos de miles con vida.

Elerko contaba las horas que le quedaban al Tercer Dusek.

En ese instante Eva alcanzó al acorazado del almirante Uronjol, cuando estaba a punto de sumergirse en el hiperespacio. Eva provocó una avería leve en el sistema impulsor y se introdujo en la nave, y buscó al Portador, al que encontró sumido en un profundo éxtasis artificial. Sin despertarle, lo trasladó a la Esfera y lo recluyó en la estancia que había preparado para él.

Mientras Eva esperaba, a mucha distancia se desarrollaban otros acontecimientos.

De forma indirecta, al inutilizar el sistema de propulsión del acorazado, Eva había sido la culpable de que Uronjol no lograra escapar, y el apresamiento de su nave salvó la vida a Delbert Dusek.

Uronjol, cansado, sintiéndose incapaz de enfrentarse a su destino, se entregó tras comprobar que no tenía ninguna posibilidad de defenderse con su acorazado al paio. Junto con toda la tripulación fue conducido a Lartia en un tiempo muy corto, llegando al cuartel general rebelde cuando los últimos minutos de vida del Grandal se estaban consumiendo.

Afortunadamente para Uronjol, el momento de la sangre había pasado, y ya no se ejecutaban a los prisioneros a pesar de las protestas de los hagerdamitas.

De forma indirecta Uronjol se enteró que el Grandal se había ofrecido para localizar en los registros del Tasla un informe de vital importancia, con el que confiaba localizar la posición del verdadero Dhrule.

Aunque le había sido garantizada la vida hasta que fuera juzgado, Uronjol se estremecía cada vez que un ser de Hagerdam lo miraba mientras acariciaba su daga de protocolo, arma con la que eran expertos desollando humanos. Asustado, pidió una entrevista urgente con el Grandal, y ante la insistencia de Elerko por conocer sus motivos, le explicó:

—Sólo con mi ayuda el Tercer Dusek localizará las coordenadas de Dhrule. Si estoy equivocado, renunciaré al juicio y aceptaré la muerte.

Elerko titubeó. Todo aquel asunto estaba cansándole, pero reflexionó, se dijo que podía evitar un engorroso juicio y aceptó la propuesta de Uronjol.

A solas con el sorprendido Dusek, Uronjol no se anduvo con rodeos y le dijo:

—Me despreciaste, Grandal, te burlaste de la lealtad que te ofrecí; pero ambos estamos en peligro y el destino nos obliga a llegar a un acuerdo.

Miró con desprecio al hombre que tenía delante, desesperado y sin la menor posibilidad de salvar el pellejo.

—No me hagas perder el tiempo —jadeó Dusek, mirando con desesperación su alrededor, sabiendo que le quedaban menos de ocho minutos para que el plazo expirase.

—En los registros no encontrarás lo que buscas, y la explicación es que nada quedó grabado.

—¿Cómo lo sabes?

—El Portador me reveló la posición de Dhrule. Si nos ayudamos mutuamente, podemos salir con vida de esta locura, incluso obtener beneficios.

—¿Por qué lo haces? Tengo entendido que no has sido condenado a muerte.

—Pero lo seré. El juicio será una farsa. Los hagerdamitas están impacientes por cortarme el cuello.

—¿Qué quieres de mí?

—Los vencedores creen que desobedeciste al Emzarkhan y por ello fuiste condenado a muerte. Si juras que yo también te ayudé para escapar de Lartia, te diré lo que me confió el Portador Loulakais.

—¿Qué te dijo ese perro? —exclamó Dusek. Su mente empezó a funcionar deprisa después de tantas horas de buscar inútilmente en los registros. Llevaba demasiado tiempo sin beber ni comer, presintiendo la muerte cada vez más cerca.

—Loulakais debió averiguar más, pero retrasó el momento de contármelo todo. La muerte lo sorprendió mientras descansaba.

—Su muerte me alegra, pero me habría gustado matarlo yo mismo —gruñó Dusek. Tendió la mano a Uronjol y éste se la estrechó—. De acuerdo. Dime dónde está Dhrule.

El Almirante sonrió.

—Seré yo quien se lo diga a los jefes rebeldes... después de que me hayas avalado como enemigo del Imperio.

Los dos hombres salieron del Núcleo. En el exterior eran esperados por Elerko y varios líderes, que escucharon en silencio a Dusek y después a Uronjol, quien con la ayuda de un plano estelar indicó las posiciones de Dhrule y Decero.

Muchos fueron los ojos que vieron y muchos los oídos que escucharon.

A partir de ese instante dejó de ser un secreto la situación de Dhrule en la galaxia. Días después partieron de Lartia cientos de naves con el propósito de destruir al legendario enemigo.

El último recuerdo que tenía el Portador Loulakais de su estancia en el acorazado del Almirante Uronjol se limitaba a haber oído ulular las alarmas. Tuvo un brusco despertar. Las drogas lo volvieron a sumir en la inconsciencia y lo que sucedió a continuación le pareció confuso e irreal.

Cuando despertó se encontró en un lugar donde el horizonte se perdía tras una densa niebla.

Caminó con la intención de llegar más allá de la difusa muralla de bruma, hasta que descubrió que ésta se alejaba a la vez que él se acercaba.

Una cálida voz de mujer surgió de todas partes, dijo ser Eva y le explicó que se encontraba en el interior de la Esfera.

—Te tengo por un hombre inteligente, Dytri Loulakais, Portador del Sello por la gracia del Emzarkhan. Sé que los Gremios te instruyeron acerca de mí y mis poderes. No quiero perder el tiempo. Como decís los humanos, iré directamente al grano.

Aunque había despertado de un sueño provocado por una droga, Dytri sabía que cuanto estaba viendo y escuchando no era producto de una pesadilla.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó.

—Quiero que me digas dónde está el planeta Kerlhe. No sonrías. Estás pensando que toda la gente quiere conocer lo mismo, pero debes considerar mi petición diferente a las demás. Sólo me interesa Kerlhe.

Loulakais entornó los ojos y paseó su mirada por la bruma que lo rodeaba.

—No busques a nadie más —dijo Eva—. Estás a solas conmigo.

—¿Y Darío Siles? ¿Aún vive?

—Eso no te importa. Este asunto lo llevo yo personalmente.

—¿Una máquina? —Dytri escupió al suelo—. ¿Cómo me has traído aquí? ¿Qué pasó en el acorazado?

—Inutilicé las secciones impulsoras antes de entrar en él. Creo que al poco rato fue capturado por una nave rebelde. No estaba en condiciones de defenderse, y Uronjol se rindió.

—¿Cómo sabías que yo estaba a bordo?

—Cuando vi la piltrafa en que convertiste al TK, comprendí que tú, el flamante Amo del Sello, lo habías asesinado. Me resultó fácil averiguar que habías escapado después de convencer al Almirante Uronjol.

Loulakais soltó una carcajada.

—Aunque me inflijas el mismo dolor que mató al kerlhe, no me harás hablar. ¿Ignoras que los Portadores estamos condicionados para soportar cualquier tipo de tortura?

—No había pensado hacerte daño, sino pagarte.

—No eres tan inteligente como afirma la leyenda.

—¿Por qué no pones el precio?

El Portador hizo aparecer su Sello y lo blandió en el aire como si fuera un arma.

—No sólo no puedes lastimarme sino que tendrás que dejarme en libertad, máquina estúpida. ¿Qué me puedes ofrecer? Con los conocimientos que poseo puedo convertirme en el dueño de los Gremios y ser el dueño del Sello Original. Seré el amo absoluto. Los Gremios perdurarán para siempre y su poder estará por encima de lo que surja tras el derrocamiento del Emzarkhan y yo convertiré a los Directores en virreyes y me rendirán pleitesía.

—Según mis noticias, el Emzarkhan ha muerto —dijo Eva—. ¿Debo gritar viva el nuevo Emzarkhan Dytri Loulakais? Eres patético.

—Oh, sí, riéte de mí, pero nunca te diré lo que quieres saber. Maté al kerlhe que se enfrentó a Darío Siles en la Tierra, el mismo que le arrebató a su amada Yaita-La.

—Me lo dirás todo, Portador —susurró Eva.

—¿Cómo me obligarás?

—Los Gremios jamás podrán darte lo que te puedo ofrecer.

—¿De qué se trata?

—La inmortalidad. Eres un iluso si piensas que los Gremios serán más generosos que yo. ¿Quién te podría ofrecer el mismo poder que ha convertido a Darío Siles en inmortal?

—¿Me ofreces infinitas vidas?

—Prácticamente serías inmortal.

—Me gustaría creerte, pero hace mucho tiempo un hombre escuchó al mismo Siles que las Criptas estaban ocupadas.

—Yo puedo crear más.

—No, no puedes.

—Estabas muerto cuando te traje aquí. ¿Quieres echar un vistazo detrás de ti?

Dytri se volvió. Una parte de la bruma se disipó y detrás de los últimos jirones apareció un octaedro de brillante color azul. Se abrió una puerta y el Portador pudo contemplar una cripta en el muro. Contenía un cuerpo. El suyo.

—Con el último aliento de vida que te quedaba llevé a cabo el proceso para obtener una matriz de tu cuerpo —dijo Eva—. Míralo, ese cuerpo eres tú, y detrás hay más, un número infinito de ellos.

Los ojos de Dytri danzaron alocadamente; miraba la Cripta y vigilaba el lugar del que procedía la voz. Contempló el Sello, y la decepción que sintió le hizo gritar:

—¡Mientes! Conservo el Sello. Sé que nada acompaña al alma cuando se cambia de cuerpo.

—Es comprensible tu ignorancia. El Sello es una materia semiviva, algo que no puede ser reproducido ni fabricado, sólo cultivado. Darío Siles ha aparecido siempre con su Sello, en cada una de sus reencarnaciones.

—En tal caso te tengo en mis manos —rió Dytri—. Ya no puedo morir. Darío reveló a Percival que tú, el poder de la Esfera, no puedes alterar nada que haya en la Sala Azul: no puedes destruir lo que no has creado.

—Es cierto. Pero siempre hay un medio para vulnerar una ley inalterable en apariencia. Puedo acabar contigo, matarte mientras estés a mi alcance, te podría destruir tantas veces como resucitaras. Mi paciencia sería infinita y en cuestión de horas o días tu reserva de cuerpo se agotaría. ¿Quieres jugar a algo tan apasionante? Podemos hacer apuestas acerca de cuántos cuerpos contiene la Matriz. Creo que Siles te lo agradecería, pues muchas veces me ha preguntado cuan larga podría ser su inmortalidad.

La actitud arrogante de Loulakais desapareció de repente.

—¿Qué garantías me ofreces de que saldré de aquí, por supuesto llevándome la Matriz, a cambio de mi revelación?

—Todas las que quieras. Soy una máquina y no puedo mentir. Colocaré el octaedro en una nave con Impulso K. Mis poderes no me permiten reproducir una Esfera para ti. —Eva soltó una carcajada—. No me ha sido concedido el don de la maternidad, lamentablemente.

—Está bien —asintió Loulakais con gesto decidido—. Te diré dónde está el planeta Kerlhe, y añadiré como regalo otras informaciones que arranqué al TK, todas importantes para Darío Siles.

—Te escucho.

—Aún tengo dudas de que cumplas lo prometido.

—Fui creada para no mentir.

—Mis contactos con los humanos me han permitido aprender a modificar la realidad — suspiró Eva cuando terminó su relato.

—Y con éxito —dijo Dar. Contempló los datos grabados de la lámina de oro y añadió—. También has aprendido a matar, ¿no? ¿Te das cuenta de que lo has hecho te ha convertido en una asesina?

—Lo hice por ti. No tenía otra forma para hacerle hablar. Quiero que Yaita regrese. La necesito. Es mi amiga. No eres tú solo quien la necesita. Sin ella el Hogar no es el mismo.

—Sólo lamento no haberlo matado con mis propias manos. Si hubiera sabido que lo tenía tan cerca... No debiste esperar a contármelo hasta que él se hubiera largado llevándose la falsa Cripta.

—Ha sido mejor así. Me he divertido mucho.

—¿De veras?

—¿Lo dudas?

—Oh, no; pero siento curiosidad por saber qué te puede divertir.

—Por ejemplo, viéndote feliz. ¿Quieres saber cómo terminó ese personaje?

—Claro.

—Lo seguí visualmente hasta que decidió matarse para comprobar que podía volver a la vida en un cuerpo nuevo. Se pegó un tiro que convirtió su cabeza en una bola de carbón.

—Supongo que estará en el infierno, maldiciéndote.

—A ese lugar, en el caso que existiera, no van las almas de las máquinas como yo. Está reservado para los humanos, ¿verdad?

—Tal vez.

Dar miró a través del observatorio cómo Corvus se acercaba vertiginosamente a ellos. Chimara entró en aquel momento en el Gabinete.

—Todo parece muy tranquilo. Creo que la guerra aún no nos ha alcanzado —dijo Chimara después de echar una mirada a su mundo.

Dar asintió. No se atrevió a volver la cabeza para mirarla.

—¿Dónde prefieres que te dejemos? —preguntó finalmente.

—¿Qué te parece la terraza de mi apartamento? Allí nos conocimos.

—Eva puede hacerlo.

—Lo sé, lo puede casi todo, incluso matar.

—¿Sabes lo que le ha ocurrido al Portador? —inquirió Dar, sorprendido.

Chimara señaló donde salía la voz de Eva.

—Tuvo la delicadeza de enviarme vuestra conversación. Debo felicitarla por su astucia.

—Gracias —rió Eva.

—Entonces nos despediremos ahora... —empezó a decir Dar.

Ella no le dejó terminar, salió presurosamente. No quería que la viera llorar.

Unos días antes no hubiera podido soportar el decir adiós a Darío Siles.

En la terraza de su apartamento, mientras en las calles los ciudadanos discutían acaloradamente, discutiendo e intercambiando las confusas noticias que les llegaban de la lejana guerra, Chimara señaló a Dar la vecina terraza.

—El apartamento sigue desocupado —intentó esbozar una sonrisa—. Fue ahí donde te conocí. Dijiste llamarte Bergerac. No estabas tan guapo como ahora, aunque como anciano tampoco estabas mal. Me habría gustado conocer al personaje del que tomaste el nombre.

—Habría que retroceder demasiado en el tiempo —dijo Dar. Llevaba un rato reprimiendo su deseo de abrazarla y besarla, y sin embargo quería marcharse cuanto antes de allí. Un momento antes pensó que no debía salir de la Esfera, pero la idea de no despedirse de ella le parecía demasiado cruel.

Eva flotaba sobre ellos, del tamaño de una pelota de tenis, brillante en fulgurante azul bajo el sol de Corvus.

Dar miró hacia abajo. A medida que transcurría el día aumentaba el nerviosismo en la

multitud que llenaba las calles. Sin volverse, dijo:

—Las últimas noticias que ha recibido el TK de Corvus de la Tierra son que la plebe ha asaltado los palacios imperiales y ha asesinado a cuantos cortesanos encontraron. No han conseguido escapar muchos adictos del Emzarkhan. Los rebeldes se están repartiendo los restos del Imperio. Me pregunto qué piensan hacer los almanzarianos ante esta situación.

—No lo sé —dijo Chimara—; pero si de la Tierra o de algún otro lugar surgiera un orden nuevo que nos hiciera olvidar el pasado, tendrá que contar con nuestra ayuda. La Logia no permitirá que el viejo planeta sea aniquilado ni olvidado.

Se inclinó sobre la balaustrada y tembló al sentir en sus hombros las manos de Dar.

—Debes irte —dijo—. Por favor, vete.

Intentó apartarse de él, pero no se movió. Le asustaba la idea de dejar de sentir las manos del hombre en sus hombros.

—Cuando llegues a Kerlhe me habrás olvidado —añadió Chimara—; pero quiero que sepas que si algún día decides volver, me encontrarás aquí, esperándote.

Aguardó en vano la respuesta de Dar. No sintió sus manos en los hombros. Giró la cabeza y comprobó que estaba sola. La Esfera no flotaba sobre ella.

No lloró. Había llorado antes, días atrás, y creía que no le quedaban lágrimas y no volvería a llorar en mucho tiempo.

Al cabo de un rato, un suave zumbido la arrancó de sus pensamientos. Entró en el dormitorio y cogió el teléfono. Se sentó en la cama y lo conectó. Escuchó el mensaje grabado, que debía llevar días repitiéndose cada pocas horas. Era de Ahmel, ignoraba su paradero y le había dejado recados en todos los lugares de la ciudad que ella frecuentaba.

Ghimara le transmitió un largo informe. Si Ahmel no lo recibía enseguida, confiaba en que un almanzariano le comunicase que ella había regresado sana y salva. Calculó que le vería antes de una semana. No quería encontrarse con Ahmel tan pronto, necesitaba estar sola algún tiempo para ordenar sus ideas y reflexionar sobre lo que le había ocurrido.

Se tendió en la cama y abrió el libro por la primera página. Después de haberlo robado del Gabinete de Dar, lo había tenido guardado en su valija, con las pequeñas cosas que consideró que podía llevarse de la Esfera. Creía que Dar sabía lo del libro, pero éste no le dijo nada. Quizá no le importaba que se lo llevara; tal vez quería que lo hiciera.

El relato comenzaba después de que Dar entregara a Dhrule los secretos kerlhes. En aquellas páginas estaban resumidos los doscientos años de su agitada vida, una historia bastante deshilvanada, con demasiados saltos. Eran las memorias de un hombre cansado de buscar a su amada, el relato de su particular visión de cuanto había acontecido desde el nacimiento del Imperio.

Estaba amaneciendo cuando llegó a la última página escrita. Había unas veinte en blanco. Chimara releyó los párrafos finales y se sintió emocionada. Había una corta referencia de ella. Dar debió escribirla apenas había dejado a Corvus siendo Bergerac. Después no escribió una sola línea más.

Chimara leyó en voz alta:

«...Es una Coordinadora, y su trabajo podría interesarme. Se llama Chimara. Es muy hermosa. Si no fuera por su cabellera de fuego, me recordaría a Yaita. Me atrae, despierta en mí sentimientos que creía olvidados para siempre. Tengo que verla, y hablarle...»

«...Eva no puede llevarme ante el kerlhe del Tasla. Debo buscar ayuda. Mis investigaciones me han llevado a conocer que los Coordinadores están siendo llamados por el Grandal. Su trabajo consiste en actuar como enlaces. Serán dos de Corvus. El hombre será inaccesible para mí, pues es un fanático partidario del Emzarkhan. El otro es una mujer de nombre Chimara...»

## CAPITULO XX - EN EL PLANETA KERLHE

La oscura línea del horizonte se acercaba con rapidez y no tardaron en sobrevolar la costa lamida por el suave oleaje.

Dejaron atrás las playas cubiertas de algas. Para Dar era como si el viento necesitara hacer un gran esfuerzo para agitar aquellas aguas, que parecían morir lentamente.

La cóncava pared del Gabinete se había convertido en una ventana abierta al exterior que le mostraba el sombrío paisaje. Estaba sentado en su sillón de siempre, con las manos agarradas a los brazos de acero, mirando con ansiedad cuanto se le ofrecía a la vista.

—¿No tienes ninguna duda de que esto es Kerlhe? —preguntó.

—Estamos en Kerlhe, Dar —respondió Eva—. ¿Sigues temiendo que el Portador nos haya engañado?

—Fuiste tú quien jugó con él una partida con las cartas marcadas. Dime, Eva ¿crees que si el Código estuviera activo nos hubiera permitido llegar hasta aquí?

—Me alegra que no exista y no tener que comprobarlo.

Dar miró hacia abajo.

—¿Qué significa este caos?

La Esfera volaba a un par de centenares de metros de la superficie. Su velocidad era apenas superior a los cien kilómetros por hora, como si Eva quisiera que Dar se recrease en el paisaje.

De todas partes surgían estructuras de apariencia artificial; podían ser los restos de viejos edificios y barrios de una inmensa ciudad que parecía ocupar todo el territorio que alcanzaban con la mirada.

—Generalmente las ciudades se fundan cerca de la costa, crecen gracias a la riqueza que le proporciona el mar y a medida que prosperan se esparcen por los litorales. También ocurre en los ríos que facilitan la comunicación —dijo Eva—. Lo que estamos viendo son las ruinas de la primitiva cultura kerlhe, cuando eran libres en su mundo y podían trazar su propio destino. Es muy interesante. ¿No te lo parece a ti?

El diseño de los edificios cambiaba, se podía apreciar cómo eran modificadas las estructuras, a pesar de que muchos sólo eran ruinas y sólo quedaban muñones que se elevaban al cielo y se resistían a caerse en pedazos, mostrando su soledad y su vacío. Las avenidas estaban cegadas por montones de cascotes, cubiertas con los restos de enormes bloques de viviendas, confundándose con otras vías surcadas con pasos elevados que mostraban un profundo deterioro.

Más adelante la concentración urbana dio paso a un distrito más funcional, íntimamente unido a la naturaleza, donde había huellas de parques y jardines ahora convertidos en bosques infranqueables, muchos de ellos calcinados, con manchas oscuras de pequeños cráteres que se extendían por doquier.

La interminable ciudad no paraba de cambiar, se modificaban sus construcciones, su trazado y su estilo: volvieron los rascacielos, ahora en ruinas, para desaparecer más adelante; regresaron las unidades familiares muy separadas unas de otras por sendas que antaño fueron selvas tropicales; surgió un intento por hallar una forma diferente de convivencia urbana, hasta que el desierto fue la prueba del fracaso de sus diseñadores.

Dar comprendió que habían alcanzado el punto donde se comenzaba una supuesta decadencia de los kerlhes. La llanura cortó bruscamente la abúlica concentración de cientos de pequeñas aldeas.

En el horizonte se perfilaban sombras bañadas con sangre aguada; primero fueron visibles las cúspides, luego las figuras piramidales.

—Creo que estamos llegando al final —dijo Eva—. Vamos a contemplar el penúltimo ciclo de la evolución kerlhe.

Dar sentía el cosquilleo de la curiosidad desde hacía un buen rato. Estaba sorprendido. Eva parecía conocer cuanto desfilaba a sus pies, como si hubiera estado allí anteriormente. Se preguntó



si siempre había sido dueña de los conocimientos del planeta y los hubiera mantenido ocultos en sus registros más recónditos. Eva hablaba segura de sí misma. No debía sorprenderse, pensó Dar. ¿Acaso no había sido en Kerlhe donde fue creada?

—Me parece tan absurdo todo esto —dijo Dar—. Las civilizaciones no prosperan dejando atrás un rastro interminable de viejas ciudades abandonadas, sino las derriban para alzar las nuevas sobre las ruinas de las viejas.

—¿Por qué habría de haber sido como dices?

—Así fue como ocurrió en la Tierra. Lo que vemos aquí es como si los kerlhes hubieran regado el camino de excrementos, avanzando siempre para alejarse del mal olor.

—No sería correcto aplicar los conceptos terrestres para entender una raza como la Kerlhe. Tal vez ellos no comprenderían por qué en la Tierra las ciudades se levantaban sobre las ruinas de otras ciudades.

—Sigo pensando que es una estupidez el crecimiento horizontal constante, el abandono de lo antiguo, de lo anterior. ¿Quién construye una casa al lado de la vieja y luego otra un poco más allá?

—Esto es Kerlhe, Dar. No es la Tierra.

—¿Dónde están los habitantes?

—Les veremos más adelante, en las pirámides. ¿Las ves?

Dar asintió. Las pirámides que terminaban de deslizarse bajo ellos estaban cubiertas de un espeso musgo hasta sus cúspides.

La siguiente generación de pirámides truncadas era impresionante. A su lado las pirámides aztecas y egipcias eran ridículas en tamaño. Las que Dar estaba viendo tenían más de dos kilómetros de lado y una altura de mil quinientos metros. Arriba, en los lisos y cortados planos, el rojo sol hacía brillar unos pequeños lagos. Las laderas eran azules y lisas, de pulido granito.

La Esfera ganó altura, y Dar disfrutó de una perspectiva que le sobrecogió. Eva se movía con más rapidez, como si estuviera impaciente por llegar a su destino.

—Hay tanta soledad aquí... —murmuró Dar.

—Abajo hay vida.

—No la veo por ninguna parte.

—Los kerlhes siguen languideciendo.

—No entiendo...

—Hace mucho tiempo les fue exigido un esfuerzo que los llevó al agotamiento sin retorno.

—¿Quiénes los obligaron?

—La misma fuerza y mismo el poder que un día les ordenó que se apartaran del océano y se adentraran en el continente.

—¿Hasta dónde tenían que ir?

—Todas las cosas suelen acabar de forma parecida a como comenzaron. Un poco más allá veremos de nuevo el mar, el mismo que rodea esta isla continente. Los kerlhes acabaron regresando al punto de partida.

—¿Cómo sabes todo esto, Eva?

—Lo sé ahora.

—¿Quieres decir que antes no lo sabías?

—La información la estoy recibiendo en este instante.

—¿Te hablan los kerlhes?

—Se pusieron en contacto conmigo desde que sobrevolamos tierra firme.

—Creía que sólo eran telepáticos entre ellos.

—Pueden transmitirme sus pensamientos, pero yo no sé cómo comunicarme con ellos. Acaban de indicarme el lugar donde debemos descender.

Dar señaló la pirámide hacia la que se dirigían.

—¿Ahí?

—Sí.

Se fueron aproximando a la cúspide de la ciclópea construcción. A Dar le había parecido totalmente lisa, pero ahora podía apreciar los lagos y las estructuras geométricas, y la gran esfera de

metal situada en el centro, que arrojaba intermitentes destellos.

Bordearon uno de los lagos de la pirámide. Abajo, alrededor de su distante base, se movían cientos de seres por las vías que rodeaban las pequeñas casas cónicas. Eran los primeros síntomas de vida que Dar veía, pero estaba muy lejos y no podía saber si eran kerlhes las criaturas que deambulaban a la sombra de la gran pirámide.

Descendieron más y pasaron a pocos metros de los lagos de aguas brillantes como el mercurio. El globo azul parecía atraerlos.

—¡Es una esfera! —exclamó Dar—. Es una esfera como tú.

Eva se posó suavemente al otro lado de un lago de metal, a pocos metros de la esfera.

—No es como yo —dijo.

Dar se acercó al mirador.

—Puedes bajar —añadió Eva, notando su impaciencia.

Él se preguntaba si era la forma correcta de salir de la Esfera cuando una sección de la pared desapareció y sintió en el rostro el aire fresco del exterior.

Cruzó el umbral y bajó por la rampa que Eva había tendido, pisó el suelo terroso de la planicie y miró hacia la otra Esfera, que se erguía frente a él. Delante de ella le esperaba un ser alto, de piel azulada. Vestía una larga túnica marrón.

Aquella presencia le recordó la primera vez que vio a los kerlhes. Eran dos y llevaban una vestimenta parecida, unas pesadas túnicas que arrastraban al caminar. De ellos sabía que tenían un rostro parecido al de un perro, a causa de su larga nariz, y sus ojos eran muy redondos y sus orejas eran puntiagudas, siempre alzadas, en actitud de alerta.

En el plano de la pirámide no había nadie excepto ellos dos. Dar avanzó emocionado hacia el kerlhe que esperaba inmóvil, con la mirada fija en él.

Cuando desapareció la sombra que sobre él había estado proyectando Eva, Dar se sintió desamparado hasta que sintió la presencia del tamaño de una canica de la Esfera a su lado.

El kerlhe alzó los brazos y luego extendió las palmas de sus manos.

—Te saludo —dijo Eva.

Dar la miró, sorprendido.

—Yo hablaré por él —explicó Eva, sin darle tiempo a que le preguntara por qué había tomado la palabra—. Me pide que te transmita lo que tiene que decirte. Te da la bienvenida a su mundo. A Kerlhe.

Se produjo una pausa, y Eva añadió:

— Observa que él no lleva un Sello. —¿Qué significa esto?

—Los kerlhes que viven en este mundo son pocos, pero él es el único que no tiene un Sello. Por favor, responde a su saludo y muéstrale tu Sello, Dar.

Él repitió los gestos del kerlhe e hizo aparecer el Sello en su índice derecho. La criatura bajó los brazos y avanzó unos pasos.

Dar observó que el tono de los ojos del kerlhe era apagado; le parecieron los ojos de un ser con demasiado años, una criatura cansada y escéptica, como si estuviera allí en contra de su voluntad.

—Aunque últimamente hemos estado muy cerca, el destino no ha permitido que nos encontremos hasta hoy —susurró Eva, hablando por el kerlhe.

Sin dejar de mirarlo, Dar le respondió:

—No sé qué decir. Tengo miedo de no entenderte. Pareces conocerme.

—Nos conocimos en tu mundo. Tú llevas mi Sello. Tuviste dos Sellos, uno lo dejaste en la Tierra y de él nacieron muchos Sellos. El que llevas no es el mismo Sello que le arrebataste a un hermano mío, el que murió al estallar una Cobertura.

—¿Qué quieres decir?

—El Sello que me muestras es el que me fue entregado cuando me encomendaron la gran misión.

El silencio que los rodeó heló la sangre a Dar.

—Ahora vuelvo a ser quien era —añadió el kerlhe por medio de la voz de Eva—. Pero sigo

siendo un desposeído, y lo seré hasta que el destino me llame para reunirme definitivamente con mis hermanos.

Al callar Eva, Dar volvió a sentir el molesto silencio. El viento había cesado y el atardecer configuraba a su alrededor un paisaje triste y nada propicio para mantener una conversación. Sin embargo, necesitaba saber.

—¿Quién eres y cómo sabes tanto de mí? —preguntó.

—Creí que habías entendido que me arrebataste mi dignidad.

Un estallido de luz tuvo lugar en la mente de Dar.

—¡Tú te llevaste a Yaita!

—Fui el ejecutor del castigo que se te impuso.

—¿Con qué derecho me castigaste tan cruelmente?

—Te repito que no te castigué yo. Fui un mero instrumento. Me limité a obedecer. Yo también fui castigado. Mis actos no fueron perdonados, y mis hermanos, muy a su pesar, me condenaron a buscarte por las estrellas. Te estuve buscando durante un tiempo que para ti fueron dos siglos, pero para el resto de tu raza fueron setecientos años. Recorrí miles de mundos, miles de sistemas estelares, pero sin mi Esfera, viajando a bordo de una mísera y pequeña nave, acompañado sólo por la paciencia y la humildad que me quedaba, buscando en mares y en tierra firme, escuchando infinitos rumores en bocas extrañas que me contaban relatos incoherentes, estudiando el rastro que iba dejando un hombre llamado Darío Siles. Conocí las leyendas que creabas a tu paso. Un día llegué a Dhrule, un mundo en el que un hermano mío reinaba con el nombre de Logaroh, con apariencia humana, convertido en un ridículo Dios. Al descubrir la locura que lo había hecho olvidar quien era, huí espantado y vagué muchos años por las estrellas. Tardé mucho en regresar, y encontré al mundo muy cambiado; aún se hablaba de la reciente Segunda Venida de su salvador. Se hablaba de ti, Darío Siles, de su nuevo dios la Esfera y del profeta Darsil. Volví a perder tu pista. Por cinco veces mi cuerpo tuvo que ser renovado y por cinco veces volví a partir de Kerlhe, porque mi Cripta no podía seguirme.

—¿Quieres decir que morías en el espacio, renacías en Kerlhe y reanudabas mi búsqueda?

—Esta es la verdad.

—¿Por qué no enviaste un mensaje a Eva? ¿Por qué perdiste tanto tiempo? Yo buscaba a Yaita, pero también a alguien que me dijera cómo podía encontrarla, y tú podías ayudarme.

—A causa de una razón inextricable Eva estaba incapacitada para recibir un mensaje de otra Esfera —el kerlhe la señaló la Esfera que había en la cumbre de la pirámide—. Esta es la única Esfera que queda aparte de la tuya. Con ella llevamos a cabo nuestra misión en la Tierra. Se acabaron las Esferas. Estas dos son las últimas.

—¿Te castigaron por no aceptar la orden de arrebatarme a Yaita?

—Eso es. No entendí la orden. Ni siquiera me desvelaron más tarde porqué la dictaron. Pero cometí otros errores, y para purgarlos fui marginado. Pronto terminaré de expiar mis culpas. Aunque no posea un Sello, seré liberado de todo estigma y podré mirar a mis hermanos a la cara sin sentirme avergonzado. Mis sufrimientos han sido muchos. He superado la penitencia que me fue impuesta. He cumplido con mi misión al traerte hasta aquí.

—Lanzaste al espacio un mensaje pidiendo ayuda a tus hermanos, pero también me la pediste a mí y no pude socorrerte. Lo lamento.

—Tardaste en adivinar que yo era el TK en que me convirtieron cuando fui capturado por los imperiales.

—Loulakais te mató.

—Me hizo un bien. Yo quería morir pero no podía. No me dejaban morir. Conseguí que el Portador me matara, pero no pude impedir que le revelara muchos secretos. El dolor fue excesivo. No podía soportarlo.

—Enviaste un mensaje a Dhrule advirtiéndoles de la llegada de la Armada Imperial. ¿Por qué lo hiciste?

—Aunque el juego al que jugaban los humanos había dejado de interesarme, lo hice para provocar al Portador, porque necesitaba enfurecerle hasta hacerle perder la razón y obligarle a que

me matara. Morir era el único medio que yo tenía para regresar a Kerlhe y entrar en posesión de un nuevo cuerpo. En cierto modo siento lástima por ti, Darío Siles.

—¿Por qué?

—Mi cuerpo es joven pero mi mente es demasiado vieja. Dentro de algunos años me comprenderás y al igual que yo querrás que tu próxima muerte sea la definitiva.

—¿Por qué engañaste a Loulakais diciéndole que Lartia era Dhrule? Con tus mentiras apoyaste plan de los dhrulenianos, y muchos lárdanos murieron por tu causa.

—Te repito que la suerte de los humanos había dejado de interesarme, como también dejó de ser una constante preocupación para mis hermanos.

—Estuvisteis en la Tierra para ayudarnos. ¿Quién os envió?

—Los Códigos enmudecieron hace mucho tiempo, callaron para siempre; ahora ya nada nos ata al pasado. Tú estás donde siempre habías querido estar, y yo he cumplido mi misión. Ahora sólo quiero descansar.

—He buscado a Yaita desde que partí de la Tierra. He venido hasta tu mundo para llevármela.

—Sígueme y terminemos de una vez.

El kerlhe caminó alrededor de la Esfera y Dar lo siguió, con Eva flotando muy cerca de él. Al otro lado había una estructura multiforme y se aproximaron a una pared que se diluyó al instante, mostrándoles una entrada con una brillante luz al fondo.

Dar había imaginado que el kerlhe le iba a conducir al interior de la Esfera, pero su destino era aquella estructura. Apenas cruzó el umbral sintió un escalofrío y avanzó hundiéndose en la oscuridad, en dirección a la luz, caminando tras la alta figura azul que le precedía.

De pronto tuvo que reprimir su deseo de vomitar, cuando no sintió el suelo bajo sus pies y temió caer a un pozo sin fondo. Súbitamente todo quedó quieto a su alrededor, se hizo sólido y las sombras se replegaron.

El kerlhe se había detenido dentro del círculo de luz. Le estaba señalando un camino que se perdía entre las sombras.

—Sigue por ahí. Aquí es donde nos despedimos.

Dar llegó hasta el ser azul, se detuvo y los ojos de ambos se encontraron. Durante un instante estuvieron mirándose. Aquella era una despedida muy extraña para Dar. Comprendió que nunca más volverían a encontrarse.

Se alejó del kerlhe y anduvo durante varios minutos, con todos sus sentidos puestos al frente, intentando olvidarse de cuanto le había pasado, sin miedo a lo que le rodeaba. No le importó si Eva le seguía.

Su mente estaba ocupada por el deseo de llegar al final de aquel camino.

Una suave brisa empezó a desgarrar la niebla que había delante, convirtiéndola en jirones transparentes. Una pequeña sombra apareció muy lejos, abriéndose paso. Dar se detuvo y esperó.

Era un niño de unos diez años, que caminaba indiferente hacia él. Al llegar a su altura se apartó y pasó por su lado sin mirarle, perdiéndose en la niebla.

Dar dejó de verlo; cuando estuvo seguro de que no volvería sobre sus pasos, reanudó la marcha con creciente ansiedad. Más niños y niñas pasaron junto a él, de unos ocho y diez años, todos desnudos. Cuando de la bruma aparecieron los pequeños seres de razas extrañas para él, de las que no tenía noticia ni las había encontrado en su vagabundear por las estrellas, se quedó sorprendido. Iban de un lado para otro, surgían de todas partes y se perdían en la niebla. Algunas de aquellas criaturas le miraran, pero la mayoría parecía ignorarle. Escuchó risas a sus espaldas, y charlas animadas, como si se pusieran a jugar cuando se sentían lejos de su curiosidad.

Se detuvo. No sabía qué hacer. Tenía la sensación de que era observado y se volvió despacio. Una niña le estaba mirando. Su cabellera era negra y ensortijada. Empezó a sonreírle. Dar calculó que tenía unos ocho años, aunque era bastante alta para esta edad. Ella caminó hacia él. Llevaba las manos atrás. Alzó la cabeza sin abandonar la sonrisa, y tras mirarle le dijo:

—Hola.

Dar no se sorprendió de que le hablara en su idioma.

—Hola. ¿Quién eres tú?

—¿Quieres venir conmigo?

—Claro.

Ella le tendió una manita y Dar la cogió con delicadeza, como si se tratara de cristal. Con la niña como guía caminó un largo trecho por la senda de niebla. Por primera vez sintió el suelo bajo sus pies, bajó la mirada y pudo verlo. Estaba caminando sobre grandes losas blancas y negras, como si de pronto se hubiera trasladado a un gigantesco tablero de ajedrez.

Entró en una estancia libre de niebla. Estaba llena de camitas, algunas ocupadas por niños y niñas que dormían profundamente. En cada rostro había una dulce expresión de paz, el reflejo de un sueño sin pesadillas.

Cuando dejaron atrás aquel lugar, preguntó a la niña:

—¿Quiénes son?

—Mis amigos. Ahora descansan.

—No todos son humanos, pero tú sí lo eres. ¿Qué hacéis en este lugar?

—Nací aquí. Dormía cuando llegaste. Me pidieron que saliera a recibirte. Te estaba esperando.

—¿Me esperabas?

—Tú eres Darío Siles.

Dar se quedó quieto. Sentía un nudo en la garganta. Una idea empezó a abrirse paso en su mente.

Acarició la pequeña mano y los deditos de la niña se apretaron alrededor de los suyos, mientras le miraba de una manera que le hizo estremecer. Aquellos ojos, aquella mirada...

—¿Dónde me llevas?—preguntó.

—Ya hemos llegado. Ella acaba de despertar.

Había mantenido la mirada baja mientras hablaba con la niña. Al levantarla la vio a poca distancia de él.

Yaita estaba allí.

Ella le contemplaba con serenidad, pero Dar podía percibir la ansiedad en su mirada, un nerviosismo que se reflejaba en el ligero temblor de su mandíbula. Yaita le abrió los brazos.

Soltó la mano de la niña, se dio cuenta que le faltaba aire en los pulmones, que estaba a punto de llorar, y pensó en mil cosas al mismo tiempo, recordó la broma de mal gusto que se le ocurrió a Eva para expulsar a Chimara del Hogar y se atrevió a dar animación a un cuerpo de Yaita.

Sacudió la cabeza. ¡Ahora era verdad!

Sin embargo, no se atrevió a dar un paso adelante.

—Es ella, es Yaita —le susurró al oído la voz de Eva—. ¡Es Yaita! Ha estado hibernada desde que llegó a Kerlhe; sólo ha vivido unos meses, tal vez un año y medio en todo este tiempo. Fue así como lo quiso, porque quería esperarte. Sabía que acabarías encontrándola.

Dar no podía apartar la mirada de Yaita. Se fijó en el liso vientre de ella, que podía ver a través del tenue velo que le caía desde los hombros.

Yaita acentuó la sonrisa y caminó hacia él con los brazos abiertos. Dar la abrazó, sus labios buscaron los de ella y la besó larga y profundamente, creyendo estar soñando, temiendo despertar de aquel sueño.

—Ya podemos irnos —dijo Eva.

La luz que los envolvía se disipó y en una fracción de segundo se encontraron en el interior de la Esfera de Eva.

Yaita acarició el rostro de Dar.

—Estás igual que cuando me marché —dijo. El timbre de su voz sonó a Dar como la música de las estrellas que tanto le había acompañado en su vagar de dos siglos—. Yo en cambio... No sé cómo me encuentras. Llevo ocho años despierta.

—Estás tan hermosa como siempre.

Yaita se apartó un poco de él.

—Puedo adivinar lo que te estás preguntando.

—¿De veras crees saber lo que estoy pensando?

—Te preguntas: ¿dónde está?

Dar asintió.

Yaita se inclinó, cogió a la niña y la sentó en sus piernas. Dar no se había dado cuenta de que los había seguido hasta la Esfera.

—¿Ella es...? —empezó a preguntar.

La niña movió la cabecita, sonrió y dijo:

—Hola otra vez. Me alegro de que por fin hayas vuelto, papá.

Dar se quedó sin habla.

Escuchó el carraspeo de Eva, pero no apartó la mirada de la niña.

—Debo contarte lo que ha pasado —dijo Eva—. Los kerlhes durmieron a Yaita después del parto y se ocuparon de la educación de los niños durante los períodos de tiempo en que eran despertados. Les hablaron de ti y de tu regreso. Su madre vivía con ellos en ocasiones, durante períodos cortos, los momentos en que los kerlhes le permitían salir del sueño profundo en que la mantenían. Era la única manera de que no envejecieran. Tenían dudas de que la Esfera con las Matrices siguiera intacta y regresara algún día; no estaban seguros que encontraras el camino hasta aquí.

Dar levantó una mano para interrumpirla.

—Un momento, por favor —se arrodilló para mirar a la niña—. Has hablado en plural — alzó la cabeza y miró a Yaita—. No he entendido mal, ¿verdad?

Yaita empujó hacia él a un niño que había permanecido escondido detrás de ella. Parecía una copia de la niña, pero su mirada era más recelosa.

—Es un poco tímido —sonrió Yaita—. No se atrevió a acompañar a su hermana a recibirte.

Eva suspiró y dijo:

—Los partos dobles son desconocidos para los kerlhes. El nacimiento de tus hijos fue todo un acontecimiento.

Días más tarde Dar lamentaba haber abandonado el planeta Kerlhe sin haber obtenido todas las respuestas sobre aquella raza en declive. Eva le desilusionó cuando le aseguró que ella apenas sabía al respecto.

—No te entristezcas —le dijo—. Te llevas lo más importante que había en Kerlhe para ti.

—Tienes razón.

Se dirigió a la sección que Eva había creado para su familia. Cuando entró, Yaita jugaba con los niños. Se volvió al escuchar sus pasos y le preguntó:

—¿Cómo les llamaremos?

Dar parpadeó. No había caído en la cuenta de que ignoraba los nombres de sus hijos. Los miró. Jugaban en un rincón con un montón de trastos suministrados por Eva.

—Tendremos que buscarles unos nombres.

Eva tosió para llamar su atención.

—Llevamos varios días dando tumbos por el espacio. ¿Dónde nos dirigimos?

Dar no supo qué responder. Consultó a Yaita con la mirada. Ella se encogió de hombros, dándole a entender que lo dejaba a su elección.

El niño había dejado de jugar, se acercó a él y le tiró de la camisa.

—¿Te gustaría visitar la Tierra? —preguntó a su hijo.

El pequeño sonrió.

—¿La Tierra? —preguntó la niña.

—Sí, eso he dicho.

—Tú naciste en la Tierra, y mamá nació en Decero. Me gustaría visitar esos mundos. — señaló a su hermano—. A él también le gustaría.

—¿Qué dices tú, Eva?

La voz de la Esfera tardó unos segundos en responder:

—Creo que no sería aconsejable viajar durante algún tiempo a ninguno de esos planetas, ni siquiera visitar los dominios del antiguo Imperio. Dejemos pasar algunos años. Existen muchos

mundos a los que aún no han llegado los humanos. ¿Me dejáis elegir uno?

—Por supuesto —dijo Dar—. Pero recuerda que tenemos una cita en la Tierra. —abrazó a sus hijos—. Ellos también la tienen.

«...Tengo que conocerla. Pienso ir mañana donde vive. En cierto modo me inquieta el peligro que va a correr. Debo hablar con Eva para garantizar la seguridad de Chimara. Si ella no averigua en el Tas la lo que le han ordenado sus superiores de la Logia que averigüe, podría alterar mis planes... Me atrae la idea de tenerla como huésped, pero no sé qué dirá Eva. Supongo que se reiría de mí, de un viejo carcamal como yo. Ella no puede entender muchas cosas, aunque me cueste reconocerlo. Chimara me recuerda tanto a Yaita...»

## EPILOGO EN CORVUS

Con mano temblorosa Chimara cogió la pluma y trazó las primeras palabras. Esta forma de escribir la tenía casi olvidada, no recordaba cuándo fue la última vez que utilizó tinta y papel.

En la siguiente página en blanco del diario de Darío Siles, escribió:

«Después de varios años de lucha, cruentas batallas y cambiantes cursos en la guerra, la campaña de Dhrule ha terminado. Las últimas naves de Corvus que aún combatían, han regresado con más pena que gloria. Hemos tenido muchas bajas.

Mis compatriotas no han sido los que han combatido con más ardor en esa extraña guerra, es cierto, pero sí los últimos en abandonarla; llegaron exhaustos, con muchos heridos, hastiados de contemplar cómo millones de seres se consumían en la hoguera que ha crepitado durante tantos años cerca de Dhrule.

Muchas veces me he preguntado si no hubiera sido más beneficioso para la galaxia dominada por los humanos, tras ser cortados los hilos que la unían con la Tierra y el Imperio, que los Gremios hubiesen permanecido al margen del conflicto y nunca hubieran proporcionado a los combatientes sus inagotables recursos, reponiendo el material de guerra que era destruido.

Eva lo había pronosticado. Esa maldita máquina sabía lo que dijo cuando anunció cómo podía ser el desenlace del conflicto. Desaparecido el Emzarkhan, la Tierra ha sido saqueada. Nada sabemos de nuestros hermanos almanzarianos terrestres, ni tampoco de las Logias de otros mundos.

Me siento avergonzada cuando recuerdo que prometí a Dar que nuestra organización se ocuparía de preservar la parte buena de la obra del hombre, para que lo mejor de la especie humana fuera salvada del caos. Me temo que no será así, al menos durante mucho tiempo. Secas las ubres de la Tierra, de las que tantos se saciaban, los Gremios se han trasladado a sus filiales establecidas en mundos más seguros, donde permanecen en las sombras, sin mancharse las manos de sangre, pero moviendo los hilos de la política mediante intrigas, compras de voluntades y corrompiendo.

El Presidente y los Directores adulan y contentan a los líderes rebeldes que les interesan, no desprecian a los tiranos y venden sus armas y sus naves a las facciones que tengan con que pagarles, en especias o a cambio de favores. Desprecio las falsas sonrisas de los miembros de los Gremios, las reverencias con que adulan a los nuevos amos de este o de aquel mundo; odio la actitud servil de los Portadores.

Tengo miedo. No sé que surgirá de esta casta de intrigantes.

¿Cómo hubiera terminado Dar estas páginas? Sólo quedan veinte, pero me siento sin fuerza para terminarlas. Quisiera reflejar en ellas lo que Dar no tuvo tiempo de escribir. Debo hacerlo porque quiero pagar por el robo de este libro. A veces pienso que Dar pensó que yo debía acabarlo por él, y consintió que me lo llevara.

Me gustaría saber si finalmente encontró a Yaita, y si algún día volveré a verle. Cuando pardo hacia Kerlhe aún me quedaba la esperanza de que fracasara en su empeño y volviera a mí.

Ahmel ha regresado después de una ausencia de varios meses. Se ha encontrado con un gobierno que no deseaba para Corvus, pero ha tenido que resignarse. Rath Bern, un oscuro general que combatió en la campaña contra Dhrule, ha acabado con el desorden y ha implantado una república que seguramente dará paso a una monarquía hereditaria y absolutista. Se acercan malos años para Corvus.

He conversado con Ahmel. Le he encontrado más abatido y triste. En poco tiempo se ha convertido en un hombre desilusionado, sin ganas de luchar. Se ríe entre dientes cuando le pregunto por la Logia, y me responde que ya casi no existimos.

Ahmel asegura que la lucha contra Dhrule la sostuvieron los Gremios, porque deseaban demostrar que son imprescindibles y los necesitamos, y también para darnos una prueba irrefutable de que nunca suministraron armas a Dhrule. Su generosidad se debió a que querían estudiar el poder de esos dos planetas, que demostró ser mayor de lo que habían calculado. Su poder es invencible



por ahora.

La guerra ha terminado con la retirada masiva de las flotas aliadas, diezmadas y en pésimo estado. Todas volvieron humilladas a sus mundos. La alianza entre los rebeldes ha durado el tiempo que las armas han funcionado. De Lartia sólo sé que se ha establecido una marca para vigilar a Dhrule, aunque ignoro qué mundos patrocinan la empresa.

Lo más paradójico de todo esto es que Delbert Dusek ha sido nombrado protector de la Marca Lartiana. Uronjol es su lugarteniente. La leyenda de que ambos se alzaron contra el Imperio ha sido aceptada por la mayoría, y pocos han sido los que la han puesto en entredicho. Por unanimidad acordaron entregar al ex Grandal el mando de Lartia, un planeta que él odia, un lugar plagado de ladrones, asesinos y prostitutas, un pueblo que ha rehecho su forma de vida tras aceptar su destino con resignación, sin saber que fue utilizado como escudo por un mundo del que nunca antes oyó hablar, pero del que todos recelan: Dhrule. Los nuevos estados estelares impedirán que los lárđanos salgan de su mundo, y sobre todo vigilarán para que Dusek no huya de su calurosa residencia. Creo que de ello se ocupa el Almirante Uronjol.

Con Ahmel comparto algunos de sus temores. Por el momento, mientras los Gremios se apoderan de la galaxia, la leyenda de Dhrule aumenta y se magnifica, se hace más fuerte, como también su amenaza. Paradójicamente, su existencia resulta beneficiosa para ciertos grupos económicos, políticos y militares. Me pregunto qué pasará cuando los Gremios consideren que ha llegado el momento de acabar con los dos únicos mundos que poseen los secretos kerlhes, aparte de ellos.

Darío me reveló las intenciones de los dhrulenianos. Lo poco que vi de Decero me permite creer que en los dos planetas se mantiene la esperanza, la única que le queda a la humanidad de sobrevivir. Pero Dhrule no podrá hacer nada sin ayuda externa, al menos mientras continúe rodeado de enemigos. Necesitará ayuda. Algún día diré a Ahmel que esa ayuda se la podría dar la Logia.

Y los almanzarianos tendremos el futuro de la raza humana en nuestras manos».

**FIN**



Nota: Esta edición digital completa de la Trilogía de los Dioses de Quesada está hecha a partir de las ediciones digitales fragmentadas de los tres libros de la saga, aunque sacadas las tres a partir del mismo tomo recopilatorio. Los créditos de los tres son los siguientes:

**Dioses de Dhrule:**

© 2002 Ángel Torres Quesada  
© 2002 Editorial Aelita  
I.S.B.N.: 84-95741-15-6  
Edición digital: Gorrister  
Revisión: Graciela  
R6 08/03

**Dioses de Kerlhe:**

© 2002 Ángel Torres Quesada  
© 2002 Editorial Aelita  
ISBN: 84-9576-515-6  
Edición digital: Gorrister  
Revisión: Graciela  
R6 04/03

**Dioses de la esfera:**

© 2002 Ángel Torres Quesada  
© 2002 Editorial Aelita  
ISBN: 84-95741-15-6  
Edición digital: Gorrister  
Revisión: Graciela  
R6 04/03